

**ALUMENIA**



**OBRAS ESCOGIDAS (I)**

**860.92**

**A122**

**V.1 Ej.2**

**AGN- 026863**

# ABIGAÍL MEJÍA

OBRAS ESCOGIDAS

( 1 )



Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos  
Santo Domingo, R. D.  
1995

SECRETARIA DE ESTADO DE CULTURA  
ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN  
DEPTO. DE BIBLIOTECA



SECRETARIA DE ESTADO DE CULTURA  
ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN  
DEPTO. DE BIBLIOTECA

# ABIGAÍL MEJÍA

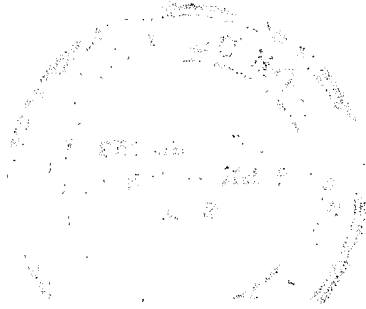
## OBRAS ESCOGIDAS

( 1 )



SECRETARÍA DE ECONOMÍA

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS



AGN  
500  
A 122  
V. 1, 62

EDICIÓN CONMEMORATIVA DEL CENTENARIO  
DE ABIGAÍL MEJÍA (1895-1995)

# ABIGAÍL MEJÍA

## OBRAS ESCOGIDAS

( 1 )

COMPILADORES:

Arístides Incháustegui  
Blanca Delgado Malagón

Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos  
Santo Domingo, R. D.  
1995

Publicación de la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos  
en el Año del Centenario de Abigaíl Mejía (1895-1995)

Título original:  
ABIGAÍL MEJÍA  
OBRAS ESCOGIDAS

Edición al cuidado de  
los Compiladores

Diagramación:  
Deisy Ortiz

Reproducción fotográfica:  
Leonel Castillo

Impresión:  
Editora Corripio, C. por A.  
Calle A esq. Central  
Zona Industrial de Herrera  
Santo Domingo, República Dominicana

1995

En la tipografía de esta edición ha sido empleada la fuente Galliard.



*Abigail Mejía Solière*

(Santo Domingo, 15 abril 1895 - Santo Domingo, 15 marzo 1941)



*Joaquín Balaguer*

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DOMINICANA

NUMERO: 87-95

**CONSIDERANDO:** Que la escritora y pedagoga dominicana Abigaíl Mejía Solière, cuyo Centenario de su nacimiento celebramos el 15 de abril del año 1995 contribuyó a los estudios humanísticos en el país con su Ideario Feminista y su Historia de la Literatura Dominicana y otros textos didácticos, así como sus poemarios, novelas y las biografías del Arzobispo Meriño y del Generalísimo Máximo Gómez.

**CONSIDERANDO:** Que es deber del Gobierno acoger las solicitudes elevadas por la Presidenta del Comité Gestor de los Festivales de Mujeres Escritoras, Sra. Ilonka Nacidit-Perdomo, en el sentido de honrar la memoria de esta ilustre dominicana.

VISTA la ley No. 1113 de fecha 26 de mayo de 1936.

En ejercicio de las atribuciones que me confiere el Artículo 55 de la Constitución de la República,

**D E C R E T O :**

**Artículo 1.-** Se designa una Comisión Oficial a fin de que en coordinación con el Comité Gestor de los Festivales de Mujeres Escritoras, organice la celebración de los actos para la conmemoración del Centenario del Nacimiento de la Escritora, activista feminista y pedagoga Abigaíl Mejía Solière. Dicha Comisión Oficial estará integrada por: Dra. Licelott Marte de Barrios, quien la presidirá; Dr. Victor Villegas; Dr. Mariano Lebrón Saviñón; Lic. Ilonka Nacidit-Perdomo; Lic. Rosa Roa de López; Lic. Jacqueline Malagón y Lic. Elida Jiménez Victorio.

**Artículo 2.-** Se concede póstumamente la Condecoración de la Orden del Mérito Juan Pablo Duarte en el Grado de Comendador, a la Señora Abigaíl Mejía Solière (1895-1941).

**Artículo 3.-** Se encarga a la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos a fin de que reedite las obras completas de Abigaíl Mejía Solière.

**DADO** en Santo Domingo de Guzmán, Distrito Nacional, Capital de la República Dominicana, a los cinco (5) días del mes de abril del año mil novecientos noventa y cinco, año 152 de la Independencia y 132 de la Restauración.

JOAQUÍN BALAGUER

SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA  
 ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN  
 DEPTO. DE BIBLIOTECA

## CONTENIDO

*Jorge Tena Reyes: Abigaíl Mejía en la distancia*..... xiii

### POR ENTRE FRIVOLIDADES

A guisa de prólogo.....	5
DE MI TIERRA.....	7
El cuento del tío Samuel .....	9
Palabras dirigidas al poeta Villacpesa .....	14
Una opinión .....	17
Volverá la Epopeya .....	19
El caso de Santo Domingo .....	23
Más sobre el caso de Santo Domingo .....	28
HISPANÓFILAS .....	31
España, ¡sí! .....	33
Pérez Galdós.....	37
Cosas de España .....	42
La desconfianza española .....	56
CUENTOS PSIQUICOS .....	61
El heredero .....	63
La sinceridad .....	66

Corazón .....	68
El abúlico .....	72
Don Gasparito Samsón .....	78
La extraña .....	91
<b>ALMA FEMENINA .....</b>	<b>107</b>
El idilio del pichoncito .....	109
De cuerpo entero .....	112
La doncella que aguarda un Príncipe Azul .....	115
Nido de pájaros .....	121
La madre del «boche» .....	125
Mi hermana ha muerto .....	129
<b>LAS COSTUMBRES .....</b>	<b>133</b>
¡Tanguí, tangó, tanguinette! .....	135
Campesina .....	138
Día de recibo .....	143
¡Pobre lengua! .....	152
Vuelven las castañeras... ..	155
El hombre de quien no se puede hablar .....	157

## SUEÑA PILARÍN

<b>PRIMERA PARTE: PILARÍN EN LIBERTAD .....</b>	<b>165</b>
I. La boda interrumpida .....	167
II. Si has visto alguna vez... ..	174
III. En ruta .....	185
IV. Hablemos del castillo y los castellanos .....	195
V. Conversación .....	205
VI. Paréntesis de la muerte .....	211
VII. ¡Mis, mis! .....	213
VIII. Continúa la «instrucción» de Pilarín .....	220

SEGUNDA PARTE: PILARÍN EN EL COLEGIO .....	231
I. Maravillosos efectos de la educación conventual .....	233
II. De un mundo a otro .....	240
III. Cariños y rencores .....	249
IV. Cuestiones trascendentales – ¿Sí... o no?... .....	257
V. Jornadas de juventud .....	267
VI. Avance y retirada de un valiente capitán .....	278
VII. En la noche perfumada (Soliloquios de Severo) .....	292
VIII. Derrota de un militar y triunfos del paisanaje .....	296
 TERCERA PARTE: PILARÍN ANTE EL AMOR .....	 319
I. «¡Sálvame Virgen María...» .....	321
II. «Mens sana in corpore sano...» .....	328
III. ¿En qué parte se halla el amado? .....	342
IV. Héle aquí .....	350
V. Las caballerizas de Augias, Rey de la Élide .....	362
VI. En donde se nos muestra Oscar un diplomático .....	371
VII. Unos que se van... .....	386
VIII. Hércules y el amor .....	397
IX. La medicina está en la mar... u otra vez la epístola de San Pablo... .....	408
 POESÍA .....	 419
Perdón .....	421
Los tres fantasmas:	
I. Amor .....	422
II. Locura .....	423
III. La muerte .....	424
La Semana Santa en España .....	426
 CRÓNICAS DE VIAJE .....	 429
Hojas de un diario viajero .....	431
De mi peregrinación a Roma y Lourdes .....	457

TRES PERSONAJES DOMINICANOS .....	491
El hombre de quien no se podía hablar: Cayo Báez .....	493
Amelia Francasci .....	497
Adriana Billini, artista dominicana .....	503
PLAN ACERCA DE LA FUNDACIÓN DE UN MUSEO NACIONAL DOMINICANO .....	509
Plan acerca de la fundación de un Museo Nacional en Santo Domingo .....	511
De la necesidad de un Museo en nuestra Patria .....	518
Editoriales del <i>Listín Diario</i> :	
El Museo Nacional .....	521
Algo más sobre el Museo .....	523
La Srta. Abigaíl Mejía y la Biblioteca Nacional y el Museo .....	525
De cómo visitar el Museo Nacional .....	527
ABIGAÍL MEJÍA Y EL FEMINISMO .....	531
La mujer en Santo Domingo .....	533
Sobre el mismo tema del feminismo .....	536
Manifiesto de la «Acción Feminista Dominicana» .....	540
Ideario Feminista .....	547
Concurso clausurado .....	569
¿Están preparados los hombres para el voto de la mujer? ..	571
ESCRITOS DIVERSOS .....	575
Divagaciones acerca de la crítica .....	577
Carta al director de <i>La Opinión</i> y al director de <i>Plus Ultra</i> .....	580
La caoba dominicana en la Historia .....	583
ANEXO .....	589

## ABIGAÍL MEJÍA A LA DISTANCIA

*La presencia de la mujer en la vida política, cultural y social de nuestro país tiene antecedentes muy lejanos. Bastaría recordar episodios que se remontan a la historia colonial dominicana.*

*Resulta harto conocido el martirio de Anacaona, así como los idílicos romances de las indias Catalina y Mencía. Un siglo después aparece, según el historiador Pedro L. Vergés Vidal, la figura de Juana de Sotomayor en las acciones generadas por la invasión dirigida por los generales ingleses William Penn y Robert Venables en 1655, hasta llegar a las conspicuas figuras de nuestro proceso independentista, lo que demuestra que la participación de la mujer en la historia dominicana se registra desde épocas muy remotas.*

*Con estos antecedentes el Gobierno dominicano, a petición del Comité Gestor de los Festivales de las Mujeres Escritoras, mediante el Decreto No. 87-95, designó una comisión oficial a fin de organizar los actos para la conmemoración del primer centenario del nacimiento de la escritora, activista feminista y pedagoga Abigaíl Mejía Soliere, confiriéndole, en el Artículo 3 de este decreto, a la Secretaría de Estado de Educación, la responsabilidad de reeditar las obras de tan distinguida dama.*

*Esta comisión oficial la integran la Dra. Licelott Marte de Barrios, quien la preside, y como miembros el Dr. Víctor Villegas, Dr. Mariano Lebrón Saviñón, Lic. Ilonka Nacidit Perdomo, Lic. Rosa Roa de López, Lic. Jacqueline Malagón, en su calidad*

*entonces de Secretaria de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos y la Lic. Elida Jiménez.*

*Para darle cumplimiento a este mandato se procedió por instrucciones del actual titular de la cartera educativa, Dr. José Andrés Aybar Sánchez, a una revisión de la producción publicada de la ferviente feminista, y aunque finalmente alguno de sus textos haya quedado fuera de esta selección, entendemos que Abigail Mejía tiene un espacio en la historia del feminismo dominicano que trasciende la calidad e importancia de sus obras de erudición y de ficción, aspectos en los que ella proyectó su imagen de creadora en un momento singular de nuestra vida social y política.*

*Creo que sería una ingenuidad pretender colocar a esta mujer más allá de la época que le tocó vivir. Fue madre, maestra y escritora con singulares signos de talento y de cultura, cualidades que tuvo la voluntad de poner al servicio de sus contemporáneos. Querer sobrepasar esta contemporaneidad sería ignorar el valor intrínseco de su producción.*

*Hablar de la Historia de la literatura castellana y de su apéndice la Historia de la literatura dominicana, sin considerar el momento y las circunstancias en que se escribieron, sería exponerla al intolerante juicio de la crítica. Ella fue una mujer de su época e hizo lo que en ese momento le estaba permitido, sobre todo en un medio como el nuestro, donde todavía hoy los escritores tienen que superar, con heroica voluntad, las barreras de las limitaciones y del estímulo oportuno, aunque doña Abigail Mejía tuvo el privilegio de poder observar, personalmente, otras culturas y otros ambientes.*

*Cuando afirmo ésto es porque desde mi adolescencia intelectual he considerado que Abigail Mejía, Aída Cartagena Portalatín, Hilma Contreras, Amada Nivar de Pittaluga, Delia Weber y la valiente educadora Ercilia Pepín, y por qué no citar también a mi estimada condiscípula, Estervina Matos, encarnan la proyección*

*del ideal de reivindicación feminista que había iniciado, de manera formal, Salomé Ureña de Henríquez, en el siglo XIX, galería ésta en la que no debe faltar la casi ya legendaria Minerva Bernardino, como tampoco Antera Mota, Luisa Ozema Pellerano, quienes tienen asignada categoría de excelencia para permanecer en el salón donde reposan los inmortales dominicanos.*

*Con esta estimación lo más importante no es hablar de derechos o aspiraciones, sino de creatividad, originalidad y capacidad. Abigaíl Mejía tuvo, incuestionablemente, talento y cultura, y aquí radican sus méritos, y esto debe servir de motivación suficiente para su consideración permanente.*

*Tal vez estos juicios no formen parte de los que asimila la matrícula que conforma la corriente feminista; pero los expongo como criterios personales, al margen de todo compromiso burocrático o político. Quizás se pueda decir que hablo desde la acera del frente. Si así se pensase me adelanto a aclarar que mis puntos de vista se afianzan en una sincera convicción intelectual y no en un propósito crítico irreverente.*

*Por doña Abigaíl he sentido siempre una gran admiración y respeto, desde los días en que frecuentaba las instalaciones del antiguo Museo Nacional, donde se exhibía una amplia fotografía de ella en su condición de ex-directora de esa institución, aunque, obviamente, no comparto la totalidad de sus juicios acerca de la realidad de la literatura española y de la historia dominicana, sobre todo porque muchas de sus opiniones han sido ya superadas, quedando relegadas a una especie de cronología bibliográfica, tal como sucede en España con las plúmbeas obras de don José Amador de los Ríos, Julio Cejador y Frauca y don Modesto de la Fuente, para poner sólo algunos ejemplos.*

*Digamos, por otra parte, que el tema del feminismo fuera de nuestro ámbito tiene también antecedentes muy lejanos, según lo confirma la Dra. Camila Henríquez Ureña, en su magistral ensayo titulado Feminismo y otros temas sobre la mujer, desta-*

*cando la ocurrencia que recoge Aristófanes en su comedia: La asamblea de las mujeres. La profesora Henríquez Ureña nos ilustra, además, acerca de la historia de este proceso y sus principales protagonistas, concluyendo que la mujer «debe llevar como consigna la divisa estoica: conciencia de que combate por el bien».*

*Las apologistas del feminismo tal vez han consumido demasiado tiempo en exhibir los espacios de oportunidades que, tradicionalmente, han separado al hombre de la mujer, tal vez sin pensar que esta postura más que respeto lo que genera es compasión. Las mujeres que han descollado no lo han logrado por ser más bellas o más atractivas que los hombres, porque esos privilegios naturales sólo son válidos en el fascinante mundo del celuloide o en los encantadores escenarios de la televisión, sino por su talento, por su disposición de superación constante y, además, por incorporarse a los imperativos de su época con decisión y responsabilidad.*

*La profesora Camila Henríquez Ureña señala lo siguiente en su citado ensayo: «La época que nos toca vivir es la de derribar barreras, de franquear obstáculos, de demoler para que se construya luego, en todos los aspectos, la vida de relación entre los seres humanos».*

*Este mensaje no puede ser más edificante para la acción feminista y la función social que tiene que desempeñar la mujer en una época de funciones compartidas, cuando se percibe que los efectos del misogenismo parecen cosas del pasado.*

*Por su parte, Abigail Mejía fue una mujer excepcional, de esas que dejan una obra tan amplia tras de ellas y con estructura tan firme, que cuando emprenden el inevitable camino de lo ignoto, ésta, al prevalecer, conserva su recuerdo a través de los días. Es una verdad incontrovertible, que no se hunde en el abismo del olvido, sino quien lo merece y ella, por su vida y sus méritos, no sólo está presente ahora sino que seguirá estándolo para las generaciones venideras.*

*En estos términos la recuerda Carmen Stengre cuando hablaba del «Club Nosotras», en su semblanza que incluye en la obra Mujeres dominicanas.*

*En nuestro país el ascenso de la mujer a los altos niveles de dirección ha sido un proceso vertiginoso con óptimos resultados a partir de 1940, cuando fueron reconocidos, jurídicamente, los derechos civiles de la mujer.*

*Abigaíl Mejía murió un año más tarde.*

*Para lograr ésto trabajó perseverantemente con otras prestigiosas damas, concitando ella el aprecio y distinción de sus coetáneos, ya por su labor docente o por su actitud vanguardista en defensa de los derechos de igualdad que reclamaba.*

*La recopilación de obras escogidas de Abigaíl Mejía que entregamos al público en dos volúmenes, incluye algunos textos pocos conocidos para la mayoría de sus lectores, porque en verdad Abigaíl exploró terrenos muy variados en la creación literaria.*

*Con esta visión, ligeramente selectiva, la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, cumple con el mandato que se le asignó en el Decreto No. 87-95, reservando para el público el juicio que pueda merecerle la obra de Pilarín, seudónimo que usó Abigaíl Mejía Solière en 1940, tomado de su propia novela Sueña Pilarín, la cual se incluye en el primer tomo de esta edición conmemorativa, publicada por el Gobierno Dominicano en ocasión del centenario del nacimiento de esta destacada escritora.*

DR. JORGE TENA REYES

Subsecretario de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos  
Encargado de los Asuntos Culturales

Diciembre, 1995

1910

1911

1912

1913

1914

1915

1916

1917

1918

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

1926

1927

1928

1929

1930



OPOR, ENTRE  
FRIVOLIDADES

ABIGAIL MEJÍA

Facsímil de la portada de la primera edición de *Por entre frivolidades* [Barcelona, 1922].

# POR ENTRE FRIVOLIDADES

*A mi patria, a mi madre,  
a mis hermanos...*

1875

1875

1875

1875

## A GUIA DE PRÓLOGO

Todos estos artículos y cuentos, que en caprichosa miscelánea hoy ofrezco a tu atención, caro lector, han ido apareciendo y reproduciéndose en diferentes revistas y diarios, los cuales a lo que me sé acordar, fueron: «El Hogar y la Moda», – primero al que, desde París, me lancé;– «El Cine», «Jesús Maestro», «Hojas Selectas», y últimamente «La Vanguardia». De Santo Domingo; en la mayoría de los nacionales, tales: «El Listín», «La Cuna», «Blanco y Negro», «Letras», «Renacimiento», «Cosmopolita», «La Información», «El Diario», «Alpha» y «A B C»; y sólo en uno de Puerto Rico, al ir de paso por San Juan: el españolísimo «Imparcial».

Son algo heterogéneos, gracias a las circunstancias de lugar, tiempo, y lectores a quienes fueron dirigidos; – y tú, con tu buen sentido, ayudado en veces por la apostilla final, sabrás distinguirlo.

Andaban por ahí los pobrecitos desperdigados (en lo cual puede que nada tú perdieras...), más como tenían una madre en el mundo, y ya se sabe como se ciegan éstas y aman el fruto de sus entrañas, he aquí que me apenó tener esos infelices hijitos en un rincón de mis gavetas, olvidados...

Gracias a lo cual y presentes las palabras de aquel sabio, –creo fue nuestro Santo Padre Cervantes, – de «no haber libro por malo que sea, que no tenga algo de bueno»; y notando en algunos de mis artículos y cuentos mejor intención, voluntad, patriotismo, etc., que en otros más bien hechos, decidíme a la recolección y composición de este libro, hoy en tus manos.

## «POR ENTRE FRIVOLIDADES»

para pasar el rato, quizás encuentres semilla de provecho.

Con lisonjera suerte vino al mundo: en sus partes fue siempre acogido por los periódicos; el todo, halló la fortuna de un generoso editor, artista de corazón y de cabeza para quien va toda mi gratitud, y merced al cual, se te presenta el infeliz infante con mejores trajes de los que quizás le correspondan. No pares mientes en ello; recrea tus ojos, si lo estimas como un «bello libro», y en cuanto al texto, entre verdades y mentiras, cuento e historia fiel, separa y escoge lo que te guste.

Cree que, pese a cuanto te diga sobre mi ternura maternal hacia esos trabajos primerizos, no me ciega tal cariño, y, si tienes paciencia –lector dominicano, a quien casi exclusivamente van encaminados mis artículos,– espera, tras esta cortísima edición, sin otro mérito intelectual que el de primogenitura, algo menos malo en próxima obra.

Con eso y reclamar tu indulgencia para composiciones que, por la fecha del pié, podrás deducir los pocos e inexpertos años de la autora cuando las escribió, me despido y no te entretengo más, a fin de que adelantes.

Que mi libro te sea leve.

LA AUTORA.

## DE MI TIERRA

AGN

## EL CUENTO DE TIO SAMUEL

*(Historia americana muy verídica)*

El judío Samuel era un gran hombre, es decir, un hombre riquísimo. Bajo su férrea dirección trabajaban centenares de obreros, los que a una sola mirada suya, presagiadora de tempestades, temblaban de miedo. (¡Pobrecitos!)

*Pimpín* y *Timbirimba* eran sus vecinos. (No eran esos sus nombres, pero si los queréis saber, puede suponerse que él se llamaba Hermógenes, o Tesifonte, y ella Idaime, Cariátides o cualquier otro no menos estafalario de los tan abundantes en tierras americanas, mi amada patria, por ejemplo).

Constituían una especie de matrimonio político-religioso y desavenido, que por un «quítame allá esas pajas», andaban siempre a la greña.

Generalmente, los sábados eran los días de jarana, pues cobrando *Pimpín* el jornal de toda la semana, se echaba al cuerpo unos traguillos de aguardiente y demostraba su satisfacción, al llegar a casa, riñendo con su mujer y obsequiándose mutuamente con estacazos y hasta mordiscos... ¡Buena era *Timbirimba* para aguantar nada a nadie y menos al zoquete de su marido!, ¡que Dios le dio buenos puños afortunadamente, para ponerlos cerca de la cara de *Pimpín*, si no los veía! ¡Dábale éste un cogotazo! Ella le daba dos. ¡Ponía su hombre el grito en el cielo! La mujer se hacía oír hasta en el infierno; y, claro está, con tal sistema, el rico, el poderoso, el omnipotente Samuel, llegó a disgustarse de unos vecinos tan amigos de bochinche.

No era irremediable la molestia que causaban al tío Samuel (a quien, para abreviar, llamaremos Sam) aquellos alborotadores; pues en el inmenso *palacio*, donde residía, había espléndidas habitaciones bastantes alejadas del campo de batalla en el cual dilucidaban sus asuntos los miembros de la asociación Pimpín-Timbirimba. Allí se hubiera estado metido el tío Sam, y a él no llegaron los ecos de las revoluciones... ¡digo! ... discusiones de sus vecinos. Cada cual manda en su casa y sólo Dios en la de todos; pero a él no le dio la gana de estarse quieto en su palacio, y desde una glorieta monísima de su jardín les atisbaba.

En un principio le divertía verles reñir tan sin motivo; luego, el recreo le cansó, y, a la postre, envióles a su infame administrador con un recadito así:

—Señores míos: el Amo, —que no es un amo de *pipiripao*, como decís en vuestra despreciable jerga, sino el muy poderoso Samuel,— se encuentra bastante disgustado con vuestra manera de *discutir*, pues hasta él llegó el ruido de vuestros chillidos y estacazos. En consecuencia, os manda a decir que de ahora en adelante seáis más parcos en palabras y obras, porque de lo contrario... En fin... He dicho.

Y el parlamentario volvía las espaldas.

—¡Yo soy un hombre libre!— aulló Pimpín.

—Soy libre de hacer cuanto me venga bien en mi casa, inclusive pegar a mi mujer y dejar que ella me pegue.

—¡Sípote! ¿Pues quién es ese tío Samuel para mangonear en casa agena?

—Un poderoso Señor, —contestó al administrador retrocediendo en su camino.— Un amo rico y grande que, con un solo soplo de su omnipotentè voluntad, os puede aventar lejos de aquí como a granitos de arena. Ya estáis avisados; adiós.

Pimpín no se amilanó: *guapo* había nacido y haciendo el guapo había de morir. Siguió embriagándose periódicamente y *peleando* con su mujer todos los sábados y a veces también los domingos, que aunque día de descanso, él no lo reconocía en eso de mover brazos

y piernas desafiando a Timbirimba, la cual, un poquitín menos imprudente, decíale:

–Mira, Pimpín, que ese tío nos quiere fastidiar. No levantes tanto el diapasón, pues si no, lo alzo yo también y, entonces, vendrá el intruso a poner diz que la paz.

–Pues que venga– respondió el valiente.

Y, en efecto, en forma de nueva advertencia, fue.

–Cuidadito –tornó a avisar el intendente. –El amo está cada vez más amoscado y un día de mal humor os mandará lejos de aquí, a paseo...

–¿Y cómo se arreglará tu amo para enviarnos a paseo, no queriendo ir nosotros? –inquirió, burloncillo, Pimpín.

–Sencillamente: pagará a los dueños de la casa en que vivís el doble de su valor y, siendo suya, podrá ponerlos de patitas en la calle y allí, seréis libre... de pasearos o no, y de pegaros también si queréis.

–Está bien –responden a una vez los esposos Pimpín - Timbirimba con gran dignidad. –Puedes decir *a tu amo* que... quedamos enterados.

–¿Cómo?

–¿Qué haremos [si] nuestra réquete-republicana gana? ¿Lo quieres más claro?...

–¡Muy bien! Van dos. Tened cuidado con la tercera advertencia; esa puede que no sea yo quien la venga a hacer.

–¿Quién, pues? ... –pregunta con sorna Timbirimba haciéndose la tonta.

–¡El diablo o su hermano! –contestó de mal humor el administrador de Samuel.

–¡Abrenuncio! No sabia yo que Lucifer y tu *amo* fueran una misma persona –dijo Pimpín, riendo.

–Bien veo que deseáis *chulearos* de mí, zarrapastrosos. Pero ya he cumplido mi misión, ¡cará... tula! que al fin se cansa uno de cantaletear siempre lo mismo.

Y completamente indignado; con paso grave y altanero, marchóse el intendente del tío Sam a contarle el resultado infructuoso de su delicada encomienda.

A pesar de sus aires bravucones, el matrimonio desavenido no las tenía consigo todas, temiendo, y con razón, que aquel *lambío* del tío Samuel cumpliera sus amenazas, pues de poder, ya podía eso y aún más con su dinero omnipotente. Así, reuniéronse en consejo de familia y acordaron firmar paces, al menos durante un mes. Pimpín prometió a su mujer entregarle integro... la mitad de su salario y gastarse nada más que la mitad en rom, y Timbirimba juró no desafiarle, aun cuando le viera llegar algo *ajumado*.

Bajo tan sólidas bases duró la paz... unos quince días. Volvieron a anudarse las hostilidades y tornó el aviso inútil del tío Sam. Al fin compró éste la casa al propietario, y puso a mis dos valientes en la calle, según promesa.

El gran Pimpín adoptó entonces una actitud de sereno dolor, después del tiempo perdido entre ellos en recriminaciones inútiles y mutuas, y subiendo al carro en que metía sus cuatro muebles, dijo a Timbirimba:

—Sube, Timbirimba... ¡Ya no tenemos hogar! Ese rey del cobre nos lo roba. Más... ¡ay de él y de su raza judía!... Te juro pro Dios Santísimo...

—¿Qué?—interrumpe asustada la mujer. —No hagas un disparate, Pimpín de mi alma. ¿Qué?...

—Que su conciencia no le dejará dormir tranquilo—acabó el bravo.

Y encarándose con el judío Samuel y su ruín descendencia, les soltó el siguiente discurso, en altisonante estilo y acompañado de enérgicos ademanes:

—¡Oh, tú, el más poderoso judío y el más judío de los poderosos! Yo soy para tí un granito de arena—cual decíanos ese tu esclavo, —y puedes aventarnos lejos de ti, con el soplo de tu oro, a donde mi libertad no te moleste; pero has de saber que no temo a ti ni a los tuyos. Contra todos ustedes no puedo oponer más que el valor de mi noble pecho y la voz potente de mi buena esposa; (ésta saluda).

Pero ¡guay de ti, feroz judío, y guay de los tuyos, a quienes siempre amenazará el odio mío y el de todos los desgraciados, como

yo, aplastados por tu mano! Ten siempre en tu memoria que aquí o en otra parte, cerca o lejos de ti, donde quiera me halle, haré lo que me dé la gana siempre. He dicho.

Y como aquel valentón de que habla el sublime manco, mi pobre hombre político

...luego, incontinente,  
caló el chapeo, requirió la espada,  
miró el soslayo... fuése... y no hubo nada.

(*Hojas Selectas*, Junio 1918; Barcelona).

## PALABRAS

*dirigidas al poeta Villaespesa en la velada  
del Teatro Colón, en Santiago (República  
Dominicana), el 24 enero de 1920.*

Señor, Príncipe de la poesía castellana, que en embajada de arte y amor llegáis a estas tierras de la América, un tiempo patrimonio de vuestra nación, recibid el homenaje de salutación y gracias que por medio de este breve parlamento quiere daros la mujer dominicana. (*Aplausos*).

Había tenido ya el altísimo placer estético, a vuestro paso por la Ciudad Primada, de oír, saliendo de vuestros propios labios, vuestros versos, a la manera de perlas que otro *Alcázar* a vuestra gloria artística levantan. Entonces, hubiera querido daros gracias, en nombre del nexo espiritual que une a la mujer con todos los poetas, pero... eran ya demasiados los que se alzaban hasta vos, saludándoos como poeta y Embajador que nos venía de España, y los amordazadores de la vida nacional pusieron trabas a la libre manifestación de esas voces espontáneas. (*Aplausos*)

Y es que habéis llegado como Poeta y como un Símbolo...

Como Poeta, os estamos agradecidos todos los enfermos del mal de belleza; todos cuantos, sedientos de ideales, nos acercamos a la fuente divina en donde Apolo dice por vos, como Jesús *en aquel tiempo*: —«Venid a mí los que estáis atribulados y cargados de trabajo: yo os aliviaré.» «Caminantes, yo os daré el agua de vida de mis versos.»

Todos los que, como vos, amamos, «los nardos, las sedas, los sueños y la luna...» –cual decís en una Kasida, –perdidos en la selva obscurísima de este mundo, viendo brillar en vuestra mano, para guiarnos, la antorcha esplendorosa de la Poesía, os hemos seguido siempre y nos hemos elevado, en alas del ritmo, hasta vuestra «*Torre de Marfil*», ascensión dichosa tras más de veinte volúmenes de floridos versos. Después, os hemos visto, recorridos ya los luminosos caminos líricos, escalar, esforzado como un Abderramán, la cuesta espinosa de la Dramática, en la cual, –antes de dibujar el perfil heroico de *Aben Humeya*, –vuestra imaginación ardiente de *Poeta de Andalucía*, –dos timbres preclaros, –os hizo levantar un *Alcázar de las Perlas*, que es vuestro blasón de éxito, el sello de vuestra gloria teatral. (*Aplausos*). Por todo eso, deslumbrados de poesía, de arte y de divina emoción, os miramos llenos de reconocimiento.

Pero, además, sois un Símbolo.

Santo Domingo, nuestra amada República, era también a la manera de aquella «ciudad alegre» que vivía confiada sin pensar en el día de su asolamiento y ruina...» –de que habló el Profeta y a su Patria aplicó el ilustre Benavente. – Confiada y alegre, gozaba de su libertad y de su sol, son ocurrírsele pensar que esto fuera sólo patrimonio exclusivo de las grandes naciones. (*Grandes aplausos*). Deslumbrada con los ardientes fulgores de su sol, que cada día aquí nace, lo mismo para los grandes que para los pequeños, creyó que la libertad era también así...

Hasta que unos *humanitarios Caballeros* la sacaron de su error.

Todo el mundo calló ante el atropello: era costumbre tradicional.

Pero entonces una voz, (\*) una voz sola se oyó que clamaba en el desierto; la misma voz misericordiosa y suave que, tocada de quijotismo sublime, se alzaba siempre en demanda de ¡piedad para los prisioneros de guerra!; ¡piedad para las mujeres!; ¡piedad para los

---

(\*) Me refiero al mensaje enviado por senadores españoles a los Estados Unidos, en favor de la libertad de Santo Domingo.

niños!; ¡piedad para los condenados a muerte!, en esa pasada guerra europea. ¡La voz de España, de nuestra MADRE ESPAÑA, siempre hidalga! (*Inmensa ovación ante ese nombre*).

Y os vimos llegar en ese momento en que la tierra de clásica honradez, volvía los ojos de este lado de los mares hacia su pequeña hija emancipada, perdonadas mutuas ofensas que «¡culpas fueron del tiempo, no de España!», para no pensar sino en pedir el fin del Cautiverio.

Por eso, vuestra embajada espiritual ha sido tomada como un Símbolo. ¡Sóis España misma que viene hacia nosotros pronunciando sólo palabras de amor y *libertad!*... (*Grandes aplausos*).

El labio quedó mudo ante ese noble gesto... y por eso os festejamos ahora con mayor entusiasmo, porque así manifestamos también a España y a su Rey, cuanta es nuestra gratitud.

Sois un gran Poeta y un gran Símbolo. Gracias por haber venido.

*Gracias, Poeta altísimo, venido de la España,  
 trayendo en vuestros cantos palabras de consuelo  
 en esa noble, altiva y singular hazaña  
 de conquistar de nuevo la América en un vuelo.  
 Cual de águila, pacífica, posando ya en la tierra,  
 en donde España siempre es reina y es señora,  
 en donde de otras aves hoy el perfil aterra  
 aunque haya un Ideal que el alma siempre añora.  
 Gracias por vuestro Canto (\*), que es canto de esperanza,  
 gracias por vuestros versos, pedazos de armonía,  
 gracias por el mensaje de amor que nos alcanza,  
 venido de esa tierra de clásica hidalguía.  
 Pues habláis de Sevilla, y con gentil empeño  
 de moros, de Granada, prenda de vuestro amor;  
 pues venís de la España, con cuya gloria sueño,  
 recoged homenajes, altísimo Señor!*

---

(\*) El «Canto a Santo Domingo», de Francisco Villaespesa.

## UNA OPINIÓN

(Carta al Sr. Director de «La Conquista»);  
Santo Domingo.

A la solícita demanda que Ud. se dignó hacerme sobre «¿Cuál debe ser la actitud de la mujer dominicana ante la Intervención?» respondo en estas líneas:

Aún no hace un año que llegué al país, después de muchísimos de ausencia; por consiguiente, no estaba aquí cuando acabaron nuestras libertades, y no tuve ocasión de palpar como fue recibida esa suspensión; pero por las escasas noticias que hasta mí llegaron, tuve la impresión de que aunque nunca vergonzosa, no fue tampoco todo lo que debió ser. Así lo manifesté en un simbólico «Cuento del tío Sam», que publiqué entonces, haciéndolo terminar con lo que dice de aquel valentón el sublime Manco: miró al soslayo, ... fué... ¡y no hubo nada!

Es verdad que los tiempos cambian; las epopeyas se olvidan, los heroísmos pasan de moda y ni aún pueden tener lugar, sin armas como estamos. ¿Cómo, pues, a unas mujercitas que van olvidando hasta el hablar criollo y sólo viven pendientes de los gestos de los modistos en la gran urbe neoyorkina, de donde viene, para ellas, *todo lo mejor*, les váis a conversar sobre antigüedades como aquello de la madre de Coriolano o de los Gracos o Macabeos? «¡Siempre con eso del patriotismo! ¡Cuánto embromar!» En cambio, presentándoles un figurín moderno dirán: «¡Oh, *fine!*!...» ¿Es esto una actitud verdaderamente *fain?*... No: muy otra debe ser como maestra y como madre.

Pasaron ya los tiempos epopéyicos aún para los hombres: Carlota Corday no está ya de moda; Duarte, murió... Al mártir de hoy, atado a la columna, sin armas... ¿qué le resta sino mostrar el estoicismo de su alma, sufriendo su dolor? La mujer, a su lado, debe cumplir también sus deberes; como esposa, alentar al marido, sin permitirle que flaquee y no alegrarse nunca de los *tiempos presentes*, cuya aparente tranquilidad beneficia al *negocio*... ¡Si es María, hasta el Calvario, acompañarle; si Mencía, esposa del héroe nacional Enriquillo, hasta el Bahoruco!

Como maestra en las escuelas debe predicar y practicar el patriotismo, el respeto y amor a la bandera, tal como lo entendió Trinidad Sánchez, nuestra simpática compatriota, émula de la española Mariana Pineda. Debe enseñar a los futuros ciudadanos, que no hay empleo ni puesto, por elevado que sea, que compense de la bajeza en que cae el hombre indigno de su patria.

Y como madre, tener presente esto que dice Aimé Martín en su «Educación de las madres de familia»: «Las mujeres no serán madres, según la ley moral de la Naturaleza, hasta que trabajen en el desarrollo del alma de sus hijos. Su misión no se reduce a procrear un bípedo inteligente: el mundo les pide un hombre completo, cuyas pasiones, todas, participen de lo bello y lo infinito; que sepa escoger su compañera, educar sus hijos, y si necesario fuese, morir por la virtud...»

Quien dice *virtud*, dice *amor patrio*, lo cual sería dulce y decoroso, según está grabado en el antiguo baluarte de nuestras libertades:

«DULCE ET DECORUM  
EST PRO PATRIA MORI»

Así debieran las madres grabarlo en el pecho de sus hijos.  
Muy atentamente, etc.

(La Conquista: Santo Domingo, 1920)

## VOLVERÁ LA EPOPEYA...

### *Patriotismo y patriotería*

En esta nuestra deliciosa tierra, ex-República de las pasadas epopeyas, ocurre que, desde el más fútil capricho de modisto yankee – aparecido en el «Elite» o el «Pictorial», – a la cosa de trascendencia mayor, todo, absolutamente todo, entre nosotros, se viene a reducir a una simple cuestión de moda de relativa duración.

De idéntico modo que el usar las mujeres zapatos con medias o sin ellas, sombreros enormes o chiquitines, según el viento de los figurines sople, o el decretar nuestra Señora la Moda que el sumsun de la aristocracia consiste en comer... mangos banilejos, así para algunas gentes ha llegado la hora del patriotismo; como una moda nueva... Cuando sí hay alguna cosa grande y digna de ser tratada con respeto, en este mundo poblado de banalidades y futesas, es ese

«amour sacré de la Patrie...»

que cantó en armonías heroicas Rouget de l'Isle, y por el cual murieron tantos varones ilustres que han merecido bien de la posteridad.

Junto a los patriotereros de ocasión, la estirpe de los buenos patriotas, para honra de la especie humana, no se acaba: ha existido siempre y no se extinguirá jamás. Desde la antigüedad a nuestros días, desde Viriato a la Condesa de Bureta, en España; desde el Versingetorix de la antigua Galia, al francés Gambetta; de Brutus, romano de ayer, a Cavour, italiano de hoy; pasando del germano Arminius al prusiano

Bismarck, todos los tiempos han tenido sus grandes hombres; todas las patrias sus patriotas, inclusive nuestro epopéyico pedacito de tierra, Santo Domingo, que un día produjo un Enriquillo para luego dar paso a un Juan Pablo Duarte.

Los patriotas verdaderos son a millares, los héroes a montones. No hay más que haber leído un Boletín cualquiera de los ejércitos beligerantes en la pasada Gran Guerra; y, sin eso, recordar solo los nombres de muchos no combatientes, pues no es únicamente con la espada como se demuestra el valor cívico y el patriotismo. Tan grande como Joffre, fue Clemenceau... o la pobre viejecita que, uno tras otro, entregó tres hijos a la muerte, resignada y estóica, mientras los labios murmuraban: «*Pour la Patrie!*...» ¡Por la patria!...

Tan patriotas como el que más, fueron las mujeres que trabajaron en el campo y en las fábricas alegremente, en substitución de los hombres que combatían, y sufrieron calladas en tanto que las alentaba la esperanza de que su nación venciera.

Por todo eso, es una pena considerar que junto a esa raza ilustre de los ciudadanos beneméritos, dejen oír su graznar estrepitoso los patrioterros, de oficio o moda, que tanto abundan hoy en este país... ¡Todo el mundo patriota!... Ya, todos sentimos el patriotismo con la misma intensidad... Aquellos a quienes no faltó más que prosternarse ante el que hoy, valientemente tal vez condenan, como invasor e intruso; aquellos que en otro tiempo, a su llegada, cuando creyeron que no volverían más los tiempos «de la antigua epopeya», por la que hoy ya de manera patética suspiran, se sienten héroes. Su patriotismo raya en furor, que a ratos resulta más fácil ser héroe un momento que ciudadano digno toda la vida.

Duarte, el padre de la República, cuyo honrado y luminoso nombre no debiera pronunciar nunca la patriotería asquerosa, a cada instante es estremecido en su tumba por la indignación que le causa tanto *chaquetero*, blasonando de poseer lo que nunca ha conocido. El desprecio debe arrugar su noble frente y sus labios al ver que valen lo

mismo los que con riesgo de ir a la cárcel levantaron su voz, valerosa o prudente, en contra de la Intervención, que cuántos la recibieron con los brazos abiertos.

¡Dolor de los observadores desapasionados, patriotas de siempre, que habéis visto *tantas cosas* y ahora veréis más!

–*Concho Primo* puede volver: apresurémonos también a... *volver la chaqueta...*

Y sin embargo: ¿no fuiste tú, nobilísimo padre de familia, despotricador ahora contra el yankee, que celebró su arribo, entusiasmado, al grito de «¡Abajo el desorden!...» Mucho han bailado tus hijas con esos mismos de que quienes ahora abominas. – Y tú, alma burguesa de patriota de ocasión, ¿no entonaste el «¡Hosanna!», cuando a estas playas descendieron los que con gozo proclamaste pacificadores, los que te traían el orden, tan necesario a tus negocios? Igualmente ¿no eres tú quien hasta un ciento de pesos es capaz de dar por un festejo sin objetivo noble, con tal que resuene el tintineo de tus monedas y, en cambio, para otra fiesta de carácter patriótico, te niegas porque eso no habrá de saberse, contribuyendo así al fiasco de la misma?

Todo eso habremos de olvidarlo. Debemos contemplar impasibles las nuevas chaquetas... vueltas al revés... Ahora, todos somos unos. En los bailes aristocráticos hemos de ver a muchos cuyo patriotismo no consistirá sino en *ajumarse* en nombre de la patria; y en la prensa leemos toda clase de cosas anodinas cuyo momento de estar en moda (*en vogue*), ha llegado ya.

Parodiando a M<sup>me</sup>. Roland, (cuyas palabras «¡Oh, libertad!, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!», se pueden aplicar a ciertas grandes naciones que conocemos...); también podemos decir aquí, *inter nos*: «¡Oh, Patria!», ¡cuántas cobardías se cometen y cuántas bobadas se dicen en tu nombre!...»

Tendamos, no obstante, un velo sobre esas miserias del presente y miremos con fe y amor hacia el futuro, de donde puede venirnos una nueva luz.

Que la patria, si llega el fin de su cautiverio y la hora de su liberación, no olvide ciertas cosas; pero que las perdone, pues de tratar sus hombres de vengarla, sería el cuento vuelto a empezar y... no se acabaría nunca.

Si termina algún día esta *hora de clase* que sufrimos, convengamos en un solo punto con los malos patriotas: en que la dura *lección* fue bien merecida; pero, quédenos siempre el resquemor de esta duda: ¿Con qué derecho vino el Preceptor?...

(Santo Domingo, R. D., junio 15, 1920)

## EL CASO DE SANTO DOMINGO

Cuando por necesidades de la guerra europea ocuparon los yankees esta República, declararon entonces, a todo el que les quiso oír, que tal medida era tomada solo a título temporal, y parece que en la convicción de que los dominicanos éramos poco cultos, con el objeto de pacificarnos y darnos un algo de su deslumbrante cultura, se establecieron aquí anunciando, eso sí que no sería a perpetuidad.

Terminada la guerra, en premio a su buen comportamiento en ella, concedieron a Wilson los títulos de «defensor de los pueblos pequeños», «noble amigo de la justicia» y otras paradojas, que hacen sonreír a los pequeños pueblos dominados por esa gran nación, pasmo de Europa.

Los unionistas borincanos, –aspirantes a un Puerto Rico libre,– los naturales de Haití y de la otra república de Santo Domingo y demás víctimas de la falaz doctrina de Monroe, no pueden considerar tales denominaciones sino en un sentido irónico. Si recuerdan la colosal obra de Bartholdi, que a la entrada de la bahía de Nueva York, representa «la Libertad iluminando al mundo», los pobrecitos subyugados por la fuerza se preguntarán ingénuamente sorprendidos: «Dios de los ejércitos, ¿Acaso nosotros no formaremos parte de dicho mundo?... Porque, de ser así, y a no impedirlo sus enormes proporciones, dicha estatua, o al menos una copia diminuta, merecería figurar en una exposición de humoristas, junto a un busto del aliadófilo yankee, a cuyos pies, retorciéndose entre sus cadenas, algunas pequeñas repúblicas americanas depositarían flores con esta

inscripción sobre una cinta: «A Wilson, defensor de la libertad de los pueblos pequeños. Sus hijastras agradecidas...»

Es cosa harto corriente que las naciones de muchas campanillas, prediquen una y practiquen otra cuando les conviene, testigo: Inglaterra. Generosa, ayuda a Francia a recuperar la Alsacia-Lorena y, luego, no en un lecho de rosas, mantiene a la pobre Irlanda, pese a sus alcaldes de Cork (integérrimos hasta la muerte), por el crimen de pedir su autonomía.

Y es que los países chicos no se convencerán nunca de la «inmensa ventaja» de ser dominados por los grandes. ¿La explicación? Hallémosla en las frases de Arlequín, —el de «La ciudad alegre y confiada», —a quien se le reprochaban sus pasados amores y admiraciones por el pueblo entonces invasor. Arlequín replica que de aquella magnífica potencia (dicho en distintas palabras que ahora no recordemos), él sigue admirando sus artistas, sus maestros y sus sabios, pero que como cuando una nación va a dominar a otra, no envía allá ni sus artistas ni sus sabios, sino la brutal soldadesca, él se permite censurarla. Así ocurre en la República Dominicana: el magno pueblo de Edisson, no ha mandado ningún sabio bonachón, discípulo del «Brujo admirable», para que nos ilustre, naturalmente; ni siquiera dos o tres maestros de escuela. Tan solamente vimos un jefe militar declarando «cuanto sentiría si los dominicanos se insurreccionaban, porque él estaba dispuesto a ahogar en sangre la sublevación». Sólo se supo de otro, a quien llamaban «el tigre del Seibo», por la dulzura «civilizadora» con que pacificaba esa región... Y de la tierra de las colosales industrias y de los inventos sin imitación, salieron los causantes de las crueldades denunciadas por el arzobispo de Santo Domingo, Monseñor Adolfo Nouel, en carta dirigida al enviado de los Estados Unidos. También se conserva fresco el recuerdo de los tres mil y pico de haitianos, vecinos nuestros, muertos violentamente durante la ocupación yankee, que allá, como en Santo Domingo, tuvo lugar con miras «civilizadoras», según declararon. ¡Demasiado presente el caso de nuestros mejores escritores y periodistas, que encarcelaron por el crimen de publicar

artículos patriotas! Tan enorme pecado castíganlo, los descendientes de Jorge Washington, con la prisión y haciendo vestir el traje de presidiarios a todo el que dice «esta pluma es mía». Todo el pueblo, lleno de callada indignación (las armas fueron confiscadas desde el principio), vio cruzar por las calles de la capital de la República, la noble figura del poeta Fabio Fiallo, vistiendo como un criminal por la publicación de un artículo nacionalista. Y como prueba del convencimiento de su propia injusticia en que estaba el gobierno militar, citaremos el hecho de que en cuanto se hizo un poco de ruido en el mundo hispano-americano alrededor de tales enormidades, y llovieron protestas, artículos y telegramas, el gobernador militar se apresuró a quitarles el traje ignominioso y a ponerles en la calle.

Todos los reos habían renunciado a defenderse, dando a entender que se juzgaban condenados de antemano. Entre ellos, el escritor Américo Lugo, doctor en Derecho, supo pronunciar estas palabras, valientes y justas:

«Señores. Al escribir un artículo por el cual se me imputa un delito, entendí cumplir mi deber de dominicano. Como tal ciudadano, no puedo reconocer en mi patria otra soberanía que la de mi nación. Toda suplantación de esa soberanía, no es ni será sino un hecho de fuerza. Por consiguiente, y puesto que creo no haber cometido delito y no puedo reconocer sobre mi jurisdicción a este tribunal, no he venido a defenderme: he comparecido solamente obligado por la fuerza».

El tribunal, no queriendo reconocerse representante de la fuerza, siendo compuesto por hermanos de aquellos que tanto blasonaron de defensores de la justicia y el derecho contra la «brutal» Alemania, tuvo que sufrir la misma contestación cuantas veces citó a juicio al doctor Lugo, y al fin, desesperanzado e impotente para hacerle defenderse, le dio libertad provisional, suspendiendo la causa hasta nueva orden.

Después de todo eso, aún se atreven los norteamericanos a afirmar que Santo Domingo está contento con su «civilizadora» dominación. Hay valor para eso y más, y hay ejemplos en la Historia:

El 6 de mayo de 1808, se promulgó el decreto nombrado a José I, rey de España y de las Indias, «a petición de los españoles y con la garantía de la integridad de sus estados...» ¡Y semejante declaración se hizo en el pueblo del 2 de mayo, fecha en la cual se vio bien, cuán distinta era «la petición de los españoles»!

Con la misma razón los yankees se esfuerzan en demostrar que están en nuestra tierra, «a petición» y con el beneplácito de los dominicanos, quienes por su parte no desperdician nunca ocasión de demostrar lo contrario. Prueba es que el último presidente que lo fue «*de jure et facto*», en Santo Domingo, don Francisco Henríquez y Carvajal, el cual, con noble gesto abandonó su Gobierno para no plegarse a las exigencias del invasor, es aún considerado casi unánimemente como el verdadero jefe dominicano.

Hace un tiempo tuvo lugar en toda la República, la «Semana Patriótica», con objeto de allegar fondos para sostener en sus gestiones pro-patria al doctor Henríquez y demás conciudadanos ilustres, que en Washington y otras partes, hacen porque se conceda la suspirada independencia. Pues bien: todo el país vibró al conjuro mágico de tal palabra, y desde el más pobre al más rico, contribuyeron con su óbolo a la subscripción nacional, recolectándose muchísimos miles de pesos. Y cuando estuvo en el país Villaespesa, a raíz de la caballerisca petición del Senado español en favor nuestro, los corazones dominicanos se sintieron sacudidos por un sentimiento de gratitud y amor a la gloriosa Madre, que se acordó de ellos, y se aclamó al Poeta en donde quiera que fue, «¡como si fuera España misma que a nosotros viniera con los brazos abiertos y pronunciando solo palabras de cariño y de piedad!» Lo que prueba que a pesar de las industrias y el comercio casi exclusivamente americanos, si bien los barriles de harina son yankees, los corazones continúan siendo españoles. Y el culto a España, madre de la raza, va unido a la devoción por una República «absolutamente libre, absolutamente soberana y absolutamente independiente», tal como en un destello de esperanza, cree el país poder obtenerla, ya que no de Wilson, el exdefensor de la

## POR ENTRE FRIVOLIDADES

libertad de los pueblos pequeños, dador de tantas promesas incumplidas, al menos quizás de Harding, nuevo presidente electo de los Estados Unidos. El pronunció estas palabras como arma de combate para la elección: «Si yo fuera presidente de esta justa y honorable República, no daría poderes a un secretario auxiliar de Marina, para que redacte una Constitución para nuestros indefensos vecinos de las Antillas, y hacérsela tragar a punta de bayonetas llevadas por marinos de los Estados Unidos.

Así, dijo en Ohio el candidato Warren C. Harding, en el discurso pronunciado el 28 de agosto de 1920. Quizás ahora, al igual que Wilson, no será el nuevo Presidente consecuente con sus principios, pues, debemos saber que el derecho de los pequeños, no es más que un instrumento con que reclamar su derecho los grandes...

En fin, que no aparece todavía la estrella que ha de guiarnos en el camino de nuestra malaventuranza, hacia la tantas veces prometida tierra de la libertad....

Un nuevo escritor ha sido preso, Horacio Blanco Fombona (hermano del ilustre poeta venezolano Rufino), por haber nada más reproducido la fotografía de uno de los campesinos víctimas del maltrato de los soldados yankees.

Volverá quizás España a levantar su voz hidalga en pro de su pequeña hija atormentada. Sería tal vez oída, y su éxito la mejor solución, ganándose al mismo tiempo más provechosas simpatías entre las demás repúblicas centro y suramericanas, a quienes ya preocupa bastante el caso del pobre Santo Domingo.

(*La Vanguardia*, Barcelona, 1921)

## MÁS SOBRE EL CASO DE SANTO DOMINGO

*Un pueblecito que no se resigna.*

Las desgraciadamente innumerables personas que no conocen la Geografía, ni por el forro, o quizás de ella solo el nombre, viendo escrito con relativa frecuencia de un tiempo a esta parte, el de Santo Domingo en los periódicos, figúranse en seguida un pueblucho de negros, tal vez semisalvaje, al cual los poderosos Estados Unidos de América, hicieronle merced de un poco de cultura. Ignoran muchos europeos que en la capital de aquel pequeño estado, hay calles y aceras tan buenas como las de aquí, y se construyen carreteras quizás mejores; que los automóviles, camiones, pianolas y otras zarandajas de la civilización, están allí a la orden del día; y que aquel país donde los dos tercios de la población es blanca, solo por crasa ignorancia puede confundirse con su vecina, la república de Haití, (hoy también ocupada militarmente por el extranjero).

Por lo tanto, muchos se sorprenderán, si acaso sus ojos distraídos llegan a posarse sobre las noticias de aquella parte de la isla, que Colón llamó «Hispaniola», en donde un pueblecito de quien dijo Estébanez, «no hay otro tan belicoso en América, ni quizá en el mundo», no cesa de protestar con todas sus fuerzas contra una intervención injustificable ya, y unos pseudo civilizadores que hoy la tienen desengañada por completo acerca de sus miras.

Dominación, no civilización, fue el objeto y el pretexto, nacido de un Convenio que con él firmaron, todo menos humanitarismo o

molestias derivadas de sus revoluciones, —pequeño móvil para tan gran desmán.

Si de pacificadores siguieran el oficio, hubiéranlo continuado en Méjico; más, como allí se trata de un gran pueblo de muchos millones capaces de enfrentarles, cesaron pronto en la aventura, apenas comenzada. Las imprudentes pequeñas repúblicas — ¡oh, eterno cuento del tío Sam!, — estaban a la mano. Ya pudo protestar el gran patriota portorriqueño José de Diego, en sus célebres aleyuas:

*Caballeros del Norte, magnífico y fecundo,  
también el Centro es parte de la bola del mundo.  
Por una loca audacia de la extensión esférica  
estas pobres Antillas son un poco de América...*

Y es lo que olvidan frecuentemente los grandes: que los pequeños también somos hijos de Dios y con derecho a vivir.

En días pasados, cual accediendo al deseo imperioso de un niño travieso y enredador, los Estados Unidos que subyugan desde cuatro años hace a la antigua «Hispaniola», prometiéronla formalmente, — ¡oh promesa de los grandes! — que como regalo de Pascuas, le darían la pronta y satisfactoria solución a su problema. Y el pueblo ansioso de la libertad que sin ningún derecho otros le usufructúan, cuyos representantes recorrieron toda América haciendo oír su voz patriótica; el que ha dado al mundo el ejemplo admirable de un pueblecito que, aún desarmado, no se resigna a seguir con amo extraño, vio que en lugar de lo anunciado para plazo tan breve, dábanle... nuevas promesas, una gran seguridad... Pedía su soberanía y obtiene en cambio, una Proclama de sus mandatarios del Gobierno Militar extranjero, en la cual se le dice, que van a hacerle reformas en su Constitución y otros desafueros. De modo, que el pueblo nuestro pide libertad y se le dá unas promesas; pide independendia y se le nombra una Junta asesorada por ellos, que nada podría hacer sin la anuencia de los amos.

¿No es esto un caso de humorismo internacional, una especie de tomadura de pelo de un pueblo grande que se ríe de los chicos? Se van: anuncian que nos dejarán al fin libres... Pero tal libertad, se nos antoja semejante a la de una caricatura que vimos en el «Nuevo Mundo», reproducida, y se titula también «la libertad». Idéntica a la nuestra: un pajarillo prisionero tiene ¡al fin! la jaula abierta... es libre de escapar a gozar del aire y del sol... más ¡ay! frente a la jaula abierta, armado con un espantoso sable, hay un terrible personaje que lo está esperando y vela su salida: el señor gato.

¿Puede ser apetecible tal libertad?

Por eso, nuestro gran pueblecito no quiere resignarse y, protesta con todas sus fuerzas de la desocupación gradual y del irse condicionalmente.

Quiere ser libre, más del todo, sin ningún gato en acecho ante la abierta puerta de su jaula – que tal sería concertando pactos y condiciones con quienes indebidamente cerraron el portal de sus libertades.

(*La Vanguardia*, Barcelona, 1921).

SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA  
ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN  
DEPTO. DE BIBLIOTECA

SECRETARIA DE ESTADO DE CULTURA  
ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN  
DEPTO. DE BIBLIOTECA

# HISPANÓFILAS

SECRETARIA DE DEFENSA  
COMANDO EN JEFE FUERZA ARMADA GENERAL DE LA NACION  
BUENOS AIRES, 1981

SECRETARIA DE DEFENSA  
COMANDO EN JEFE FUERZA ARMADA GENERAL DE LA NACION  
BUENOS AIRES, 1981

## ESPAÑA, ¡SÍ!

*(Carta a una francesita patriota que me pidió la opinión de los españoles en la guerra europea. - 1914)*

*Ma chère:* Seguimos neutrales hasta ahora, pese a todo y quizá afortunadamente. Parece que Don Quijote está ya lúcido y se ha metido a persona formal: ya no embiste contra molinos de viento; ya no toma por ejércitos a lo que sólo son... rebaños de carneros, ni tampoco quiere ser redentor de galeotes forzados, temiendo encontrar luego, entre ellos, algún Ginés de Pasamonte.

Tú, que como la mayoría de tus compatriotas, no conoces de toda la literatura española más figuras ni más libros, que Cervantes y su «*Quijote*», sabrás cuan mal parado salía siempre de sus aventuras guerreras el pobre loco. Así es, que ha desistido de ellas. Y sin embargo, aquí *inter-nos*, te diré que con o sin razón, *casi* todas las simpatías de los españoles están a favor de vosotros los franceses; *casi* todos están

*...pour les fils du Quatrevingstreize  
dont la gloire est le seul tourment.*

como decís en la «Marsellaise de l'Aviation».

Y te digo *casi*, así subrayado, porque un núcleo bastante de españoles (sin contar con los jaimistas germanófilos) piensa, sensatamente, con Dionisio Pérez, un desapasionado que dice

friamente, «no debemos ser partidarios de ninguna de las naciones beligerantes a las cuales debemos considerar tan extrañas a nuestra vida como hasta el presente les hemos sido nosotros a ellos». Dice también dicho señor, que Francia nunca ha tenido presente la hermandad de raza a ideas que sacan ahora a relucir los francófilos, y que para Francia «no hemos sido siempre nada más que un instrumento...» Pero esa es una opinión particular, de la que no hay que hacer caso...

¡Como me gustaría volver ahora a París para ver vuestras manifestaciones de entusiasmo... latino! Me hubiera agradado ver el hermoso espectáculo que daban los furibundos socialistas, fraternizando con los dignos militares que partían hacia el teatro de la guerra, y juntos cantando a voz en grito muy «armónicamente»:

*C'est la tête a Guillaume,  
c'est la tête qu'il nous faut!*

«Es la cabeza de Guillermo, la cabeza que nos hace falta».

Permíteme que te advierta una cosa, *ma vieille*, y es que seguramente, en Berlín habrá idénticas manifestaciones «patrióticas» contra los franceses, a pesar de que a esos *brutos* no queréis concederles ningún sentimiento, ni el patriótico. Hasta a algún ocurrente germano se le habrá antojado pedir a gritos la venerable cabeza del bueno de Poincaré... No; pero, hablando en serio, te diré que acabaré por coincidir enteramente contigo y llamar bárbaros a los soldador del Kaiser, porque con su sistemática guerra a las catedrales y monumentos de arte, me van siendo ya antipáticos. Ayer fue Lovaina y su Universidad; hoy Reims, la magnífica catedral gótica; mañana quizá será Notre Dame, el divino templo cantado por la pagana pluma de Hugo el inmortal.

¡Si los alemanes entraran en París!... No quiero pensar lo que ocurriría antes de eso, pues sin duda empezarán por bombardear la ciudad del arte y caerían mil maravillas. ¡Oh, eso sería muy triste, muy

triste!... Considera cuan doloroso es pensar que cada soldado que muere significa el dolor inmenso de una mujer, su madre: pues bien, más tristes y dolorosos aún son los ataques y la destrucción de obras de arte. Una madre puede volver a tener hijos, aunque le quede siempre el recuerdo de aquel que murió; pero Reims, no volverá nunca a tener su catedral como antes (arreglándola o no), y si destruyen a París, la ciudad-luz, orgullo de Francia, ¡cuántos años no se necesitarían para formar otro París esplendoroso y artístico como el actual! Vale más que desaparezcan los ejércitos teutones, antes que permitirles que cometan esa herejía, esa profanación, ¡ese crimen! Y... leyendo lo anterior, te habrás pensado que puesto que sufría ataques de *germanofobia*, me los debía curar con algunas dosis de *francofilia*. Te engañas: a veces también me da rabia contra los franceses por la indiferencia, rayana en el desprecio, que sentís hacia todo lo relacionado con estos pobrecitos *africanos* de allende el Pirineo. ¡Pobre España! Dentro de casa, todos los españoles hablan mal y se quejan de ella; fuera, en pasando las fronteras, ya nadie habla de ella, ni bien ni mal. Una gran hermandad nos une a Francia (dicen por aquí), hermandad nacida de la comunidad de ideas, de la raza y del idioma: pues bien, todo eso que solo tienen privilegio de verlo los ojos españoles para proceder, en consecuencia, a la importación de obras literarias (algunas solo de nombre), ideas y costumbres gálicas. Y en cambio en Francia, nadie se preocupa de nada de lo de por aquí; en vuestras escuelas y liceos, según pude observar durante mi permanencia en París, hay profesores de alemán, inglés e italiano, y en cuanto al español... *pa el gato*. Como nadie lo quiere aprender, no hay necesidad de profesor... Es lógico y natural. Conste que hablo de colegios particulares, porque en la Sorbonne hay un catedrático que enseña nuestra lengua a los estudiantes de bachillerato que la han escogido, teniendo obligación de saber dos idiomas extranjeros. Fuerza es confesar que son pocos los que la escogen para completar sus estudios, pues casi todos prefieren el inglés y el alemán como más útiles... Tienen razón...

Escudriñando en vuestras bibliotecas particulares, nunca hallé en ellas un libro de autor español, a no ser (y por casualidad) el «*Quijote*». La mayoría de vosotros no conoce el glorioso nombre del autor de «*Gloria*», el ilustre Don Benito Pérez Galdós, el más grande escritor de España en la época actual. (Ahora ya lo sabes, *n'est ce pas?* pero como si nones, ¿eh?)

Si no conocéis a los más grandes, menos conoceréis a los pequeños.

¿Ves como tengo razón al lanzar contra los francos un «*yo acuso*» que quiere ser terrible como el de Zola?

Ayer estaba curioseando una literatura general para uso de los niños franceses, y vi que al final se trataba, en varias páginas, de la literatura extranjera y querrás creer, es decir, bien cierto que lo creerás, que se habla de Portugal, Alemania, Inglaterra e Italia, y no hay un mísero puesto para España? Citar a Camoens, Goethe, Schiller, Dante y no nombrar a Cervantes, que no les va en zaga para nada, es imperdonable. Víctor Hugo, Merimée y Dumas, han estudiado y amado las cosas de España, porque fueron espíritus privilegiados, porque fueron grandes y supieron admirar lo grande y lo bueno, sin distingos, allí donde lo encontraron.

Y... voy a terminar esta filípica. Después de ese ligero desahogo antifrancófilo, que lo mismo hubiera sido antigermánico si conociendo mejor la vida y milagros de Alemania, comprobara que nos tratan como vosotros nos tratáis, quiero acabar diciéndote que para mí, como para los españoles, la Madre España debe ser *sobre todas las cosas*, y pensar en ella primero, deben antes de mostrar sus simpatías hacia las naciones extranjeras. En ella, que tan falta está de amor, es en quien deben poner sus entusiasmos tantos *ófilos* de ocasión.

*Toute à toi.*

(Barcelona, 1914)

## PÉREZ GALDÓS

(1843-1920)

Ha muerto el célebre novelista español don Benito Pérez Galdós...» Tal fue la noticia que escuetamente dieron los cables sobre la desaparición de la más gloriosa figura de la literatura castellana contemporánea, acontecimiento que no debiera pasar desapercibido en el mundo de los que profesamos el rito de todas las bellezas, descritas en prosa o verso.

No quiero ofender la cultura de los lectores, suponiendo que puedan desconocer siquiera el nombre del que hasta hace poco fue llamado el «Patriarca de las letras hispanas». Cuando andan por ahí, de mano en mano, novelas, versos y toda clase de engendros debidos a las plumas de tantos *Pérez Cualquiera*, más o menos notables, desde ese inofensivo Pérez Escrich, desgraciadamente el más leído por el público vulgar (más amante de él que de Pérez Nieva o Pérez Triana), imperdonable sería que quien sólo ostentaba por nombre y apellido los muy poco aristocráticos de *Benito Pérez*, e hizo de su firma un timbre de gloria, no fuera popular aquí, o al menos algo nombrado. Semejante desconocimiento no podríamos explicárnoslo cuantos llevamos en el alma la devoción galdosiana, pues hemos llorado con *Marianela*, la pobrecita «*Nela*», feísima y desdichada, de la cual andaba loco de amor un ciego, hasta que la ciencia, imperturbable, devolvió la luz a sus ojos, para hacer derramar lágrimas a los de la infeliz. Nosotros nos hemos estremecido de horror ante el enigma de «*Doña Perfecta*», – cruel y feroz en su fanatismo hasta con el amor de

su propia hija,— y lamentado las desventuras causadas por «*La familia de León Roch*», a este hombre noble y bueno; siguiendo también las andanzas de *Celipín*, desde cuando en «*Marianela*» era el misero Celipín, lleno de aspiraciones, cuyo talentazo (según confesión propia), no le dejaba dormir por las noches, haciéndole burrum... burrrrum... en la cabeza, hasta verlo convertido luego en «*El Doctor Centeno*». También nos hemos conmovido viendo en escena la lucha íntima de «*El Abuelo*», que trata de descubrir cuál de las dos niñas a quienes tanto él ama y en cada una de las cuales le parece notar los rasgos característicos de su altiva prosapia, es el fruto adulterino de su nuera. Y... —¡oh temible solución la del problema!— cuya verdadera nieta, heredera de su sangre y su nobleza, abandona, presa de miedo, al aristócrata, mientras la otra, la plebeya, según él, no quiere dejarlo nunca y le llama, con voz que al alma llega, «¡Abuelito!...

Del mismo modo admiramos el sacrificio sublime de la que todos denominaban «*La loca de la casa*»; el martirio de la enamorada «*Gloria*»; y tuvimos el alma llena de «*Misericordia*» al leer este libro, espejo fiel de la miseria humana tomado en las últimas capas de la sociedad, que el autor pintó tan perfectamente, porque hasta ellas descendió para copiarlas. Y «*Nazarín*», vida de un bendito cura, dulce, caritativo y bueno como el monje de Asís, está escrito por la mano maestra en contrapeso a «*Doña Perfecta*» y «*Gloria*», novelas en las que se ponen de relieve los efectos de la religión llevada al fanatismo.

Con tanto interés como las anteriores, leímos esa misteriosa «*Incógnita*», que seduce e inquieta profundamente el alma, ante el abismo de otra alma de mujer, amante, joven y hácenos pensar en un crimen por celos, crimen inexistente, según se ve con plenitud en la deslumbradora «*Realidad*», segunda parte de aquella. Allí aparece Orozco, el marido engañado, hecho un verdadero super-hombre, cuya voluntad y razón se sobrepone a toda la flaqueza humana, aún a la suya propia. La bárbara tradición calderoniana de «*El médico de su honra*», se eclipsa así.

Harto extenso sería un estudio completo acerca de toda la magnífica obra de Pérez Galdós, y por eso no podemos más que citar de paso a «*Electra*», «*Los Condenados*», «*Fortunata y Jacinta*», «*La Fontana de oro*», «*El Audaz*», «*El Amigo Manso*», «*Tormento*», «*La de Bringas*» y otras muchas, algunas traducidas al inglés, alemán, italiano, portugués, y hasta al holandés, dinamarqués y sueco; por lo que es consiguiente, que los pueblos de habla castellana se hallen más obligados en el deber de no serles desconocido el nombre de este don Benito Pérez Galdós, quien a la manera de Voltaire, ya en el umbral de los ochenta años, ciegos casi los ojos, guiadores tanto tiempo de la luego temblorosa mano, siguió produciendo para España y para su gloria.

Sus últimos frutos literarios, obra de un anciano que dicta, adolecen de algún defecto, pero en todos ellos campea un pensamiento generoso, como suyo al fin, tal en «*Sor Simona*». Más Pérez Galdós no necesita indulgencia para tales pequeñeces; ahí están las copiosas series, de «*Episodios Nacionales*», su obra culminante, que bajo una forma novelesca y amena abarca un largo período de la Historia de España, desde la batalla de Trafalgar a casi nuestros días, y la cual diera a su autor la fama de que goza en el mundo entero.

Tan poderosa inteligencia, esa tenaz voluntad que sostuvo a aquella hasta el último momento, han sido apagados por la muerte, cuando aún no hace dos años tuvimos la honra de conocer y contemplar la venerable figura del maestro en el teatro *Novedades*, de Barcelona, en el estreno de «*Marianela*». Bajado el telón, tras el primer acto, los entusiastas aplausos del público hicieron aparecer al autor, conducido por Margarita Xirgu, gran trágica catalana, quien le daba el brazo mientras los otros actores le rodeaban y guiaban. Estaba casi ciego: unas gafas negras resguardaban de la luz la escasa vista; los años habían hecho inclinar hacia tierra la altísima encina, y don Benito se doblegaba dentro de su gabán, en cuyos insondables bolsillos, a más del producto de tantos libros, se perdió el millón recogido en la subscripción nacional pro-Galdós. Fue pródigo de cuanto se puede

serlo: talento, amor, dinero... (En el libro de nuestro ilustrado compatriota don Eliseo Grullón «*Del Mediterráneo al Caribe*», hay un pequeño detalle sobre esto).

Pero sólo debemos hablar de la gloria del ilustre muerto, fustigador de la rancia aristocracia, y de todos los fanatismos, que pintó de preferencia la vida tal cual es en la clase media, como se vive y cómo se habla en ella; que fue el cantor de la literatura y el mejor historiador de su patria, pues, popularizó sus hazañas en «*Zaragoza*», «*Gerona*», «*Bailén*», «*El 19 de Marzo y el Dos de Mayo*», «*La batalla de los Arapiles*», etc., etc. He aquí el lenguaje patriótico de un tipo galdosiano:

«¿Zaragoza se rendirá? La muerte al que esto diga. Zaragoza no se rinde. La reducirán a polvo: de sus históricas casas no quedará ladrillo sobre ladrillo; caerán sus cien templos; su suelo abriráse vomitando llamas, y lanzados al aire los cimientos caerán las tejas al fondo de los pozos; pero entre los escombros y entre los muertos habrá una lengua viva para decir que Zaragoza no se rinde».

Frente a esa muestra de lenguaje heroico, pondremos este otro botoncito, místico y amorosamente exaltado de la infeliz hija de «*Doña Perfecta*», la madre cruel y fanática: «Señor que adoro: Señor Dios, del mundo y tutelar de mi casa y de mi familia; Señor a quien Pepe también adora; Santo Cristo bendito que moriste en la Cruz por nuestros pecados: ante ti, ante tu cuerpo herido, ante tu frente coronada de espinas, digo que este es mi esposo, y que, después de ti, es el que más ama mi corazón; digo que le declaro mío, y que antes moriré que pertenecer a otro. Mi corazón y mi alma son suyos. Haz que el mundo no se oponga a nuestra felicidad, y concédeme el favor de esta unión, que ha de ser buena ante el mundo como lo es en mi conciencia».

Pero donde pone Galdós pinceladas maestras, es, sobre todo, al copiar el lenguaje del pueblo, con todo su gracejo y sus incorrecciones. No tenemos a la vista ninguna otra obra del maestro, sino, citaríamos

mil períodos que nos han extasiado como brillantes muestras del gran escritor español, cuyo culto seguirá guardando nuestra alma, del mismo modo que se conserva su retrato frente a nuestra mesa de escribir, en Barcelona.

Viéndolo, siempre nos parecerá sentirnos hondamente emocionados, como cuando aún duraba en nuestra alma el sacudimiento producido por la desgracia de la pobre «Nela», al ver inclinar al Maestro para saludar al público entusiasmado y puesto de pies, su altísima figura, tal la de un Dios que se doblega para bendecir a los simples mortales, cuyas grandezas y miserias nadie como él retrató.

¡Y el recuerdo del creador de los «*Episodios Nacionales*», perdurará fuerte y constante, como perdura entre nosotros el de la Madre España, a cuya honra levantó aquel tan hermoso monumento!

(Santiago, República Dominicana, enero 1920)

## COSAS DE ESPAÑA

Voy a hablaros de España... aunque para ello no ostente más títulos ni derechos que los que me confieren el inmenso amor que por tan noble nación tenga, y el conocimiento que de ella pueda ostentar como blasón, quien tantos años, los mejores de la niñez y la juventud, pasó en aquella tierra.

Aparte las incorrecciones inherentes al estilo y lenguaje de mi humilde pluma, quizás al hablaros de la Madre, con todo el grande afecto que la profeso, háyanseme de perdonar no pocos defectos y omisiones; pero creo que se olvidarán con facilidad si benévolamente se me aplican las palabras de Jesús: «Mucho se le perdonará, porque mucho ama...»

Hecha tal salvedad, adelantemos. Un tiempo hubo, en que, tras la huella luminosa de un soñador que enseñó el camino, muchos hombres esforzados, valientes y emprendedores se aventuraron en el misterio del mar, y de su arrojó brotaron en la Historia esas páginas inmortales que se llaman «Del Descubrimiento y conquista de América, por los españoles».

Ese tiempo pasó ya: cerrado el libro tras la última página, la exploración de las Américas pertenece hoy al pasado; pero de esa pretérita gloria quedaron en las nuevas naciones multitud de legados preciosos, que sólo a los «gallegos», a los hijos de España, hoy casi desconocida y vilipendiada, se deben:

«tales la raza, nuestro idioma y el modelo de su literatura».

En la raza, hoy casi una mezcla, bastante heterogénea, lo bueno que hay es *blanco de España*, forzosamente, y si el necio orgullo no quisiera así aceptarlo, planteado quedaría el dilema, o más bien, trilema, de reconocernos por nuestra sangre: o africanos, o sajones, o españoles. ¿Se puede escoger...?

El idioma es otro legado, hermoso, suave, musical, digno de ser hablado con Dios, aunque nos empeñemos en estropearlo como unos bárbaros, ya desfigurando la pronunciación y escritura de las voces, o bien introduciendo giros nuevos, (\*) palabras extrañas a la lengua de Cervantes, que es miel en los labios y oro en los libros... idioma que hablan como cien millones de seres y es único medio de comunicación espiritual en diez y ocho repúblicas, centro y sudamericanas.

Y un modelo, única fuente a donde van a beber todos los poetas y escritores nuestros, es la incomparable literatura española, en cuya cima hay plantada una estatua inmortal, el «*Don Quijote*» de Miguel de Cervantes, a la vez modelo de literatura, manantial del idioma y ejemplar hermosísimo de la española raza. En pago a tales regalos y otros muchos que sería prolijo citar, los hijos agradecidos de su América emancipada, sentimos el deber de salir al encuentro de esa España que no es tal cual aparece ante el mundo, gracias a la presentación de sus enemigos; y, a la recíproca de lo que ella nos hizo, «descubrirla nosotros, presentarla, y amarla».

Descubrirla; para poder decir aquí y fuera, *urbi et orbi*, que España no es solo la España negra, en cuya descripción se complacen quienes no saben amarla y desearan tenerla siempre envuelta en las sombras de la Edad Media. Presentarla, luego, no a la manera de la España de pandereta de la cual sólo hablan los ignorantes que pretenden conocerla; y en consecuencia ofrendarla nuestro amor, porque a pesar de los pesares, y con todas las muy justas guerras de independencia, –momento que siempre llega en la vida de los pueblos nacidos para ser libres,– España, hoy sin aspiraciones de conquista, ama a su

---

(\*) Véase el artículo «¡Pobre lengua!».

América latina, del propio modo que el sur, el centro de América y las Antillas vuelven a ella

«hoy sus ojos oscuros con amor»

según dijo un poeta mejicano, Amado Nervo, en sus versos a Alfonso XIII que terminan así:

*Descendiente de claros monarcas, oh Señor,  
 en vos, miramos todos los hijos de la grey  
 hispana, al joven símbolo de la Raza. Sois Rey  
 aun en cierto modo, de América como antes.  
 Rey, mientras el idioma divino de Cervantes  
 melifíque los labios y cante en las canciones  
 de diez y ocho repúblicas y cincuenta (?) millones  
 de seres; mientras rijan los labios y la mano  
 el ideal austero del honor castellano.*

Y más adelante:

*Rey mientras que no olviden al palpar las olas  
 el ritmo que mecía las naves españolas;  
 Rey, mientras haya un héroe, que oponga el firme pecho  
 como un baluarte para defender el derecho;  
 Rey como cuando el manto de torres y leones  
 cobijaba dos mundos como dos corazones;  
 Rey, en fin, en la vasta mitad de este planeta,  
 mientras haya un hidalgo, un santo y un poeta.*

Si aspirásemos a hacer una presentación histórica a nuestros lectores, iríamos a desempolvar páginas famosas en la antigüedad, desde cuando la gloria hispana se llamó Numancia y se llamó Sagunto, y desde antes, que tuvo héroes como Indibil y Mandonio, como Viriato, ejemplos inmortales del modo que sabe un pueblo, individual o colectivamente, morir antes de humillarse al invasor, llámese la

mercantil Cartago o la poderosa Roma; hasta, más tarde hallar el mismo heroico pueblo tratando de arrojar a los árabes mientras realiza, al propio tiempo, otra obra tan llena de dificultades con esa: su unidad nacional.

Luego, encontraríamos a Colón recorriendo todas las cortes europeas, en las cuales, sólo toparon mofas y escarnios los que parecían fantásticos planes en que el provecho andaba lejos. Sólo una nación generosa, la del Quijote, le tendió los brazos, proporcionando el oro, los barcos, los hombres que necesitaba; la única capaz de encargarse de tal empresa, según los visos descabellada, esa fue España. La que en medio de su decadencia, sobre sus ruinas, se levantó y sacó fuerza para alzarse más tarde como un solo hombre y esculpir en letras de oro esta fecha y estos nombres:

Dos de Mayo, Zaragoza, Gerona, victorias de Bailén y Arapiles, y otras muchas; siendo la única nación que se opuso desde el principio, con las armas en la mano, a los planes dominadores del gran Napoleón. El pueblo español no quiso reconocer nunca al hermano de aquel, José I, y mientras en todas las monarquías europeas soportaban a los reyes de la ya gloriosa familia, se atrevió a obsequiar con el lindo mote de *Pepe Botella*, a su soberano impuesto, como prueba del respeto que le merecían los napoleónicos planes, en tanto que su ejército, hambriento, exhausto, daba paliza tras paliza a las tropas del Intruso, hasta expulsarlas de su suelo.

¿Qué más? La Historia nos dirá que España no fue sólo la patria de Carlos V y del gran Capitán, de don Juan de Austria y del héroe de Otumba, de los inmortales Gravina y Churruca, del invicto Palafóx, del mártir Mariano Alvarez de Castro, de Guzmán de Bueno..., sinó también produjo a San Fernando, el rey bueno que engendró a Alfonso X, el rey sabio, (el cual, en la nebulosa Edad Media, supo de leyes, de astronomía, de poesía.) Patria de Santa Teresa, la andariega y heroica, fundadora y escritora; en la península florecieron la Católica Isabel, el buen Las Casas, bienhechor de los indios; el virilísimo Cisneros, sostenedor de un reino y fundador de

Universidades. Si dio un Ponce de León, conquistador intrépido, tuvo otro Ponce de León, fray Pedro, que benefició a la humanidad enseñando a hablar a los sordomudos. No fue la exageradamente denigrada Inquisición española la que quemó al sabio hispano Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre.

¡Tierra de héroes, también le nacen santos y sabios!

Cuando decae, cuando ya no hay hechos famosos en su vida de nación, surge el genio de Velázquez y copiará en el lienzo con su pincel, casi mágico, las figuras de los reyes que él hizo así notables. Y Murillo, nos traslada al cielo para hacernos ver los santos y las vírgenes tal como pueden ser en realidad. Fue por entonces el tiempo en que Cervantes, so pretexto de acabar con los libros de caballerías (trastornadores de cerebros, como hoy los de policías y bandidos), escribió una obra maestra, abarcando en dos retratos la humanidad entera, y símbolo sobre todo, de la raza hispana, con sus locuras sublimes y arrestos impotentes hoy, de desfacedora de agravios, enderezadora de entuertos, protectora de los débiles...

¡Y a esa noble nación, que tanto ha dado al mundo, la desconocen!

¿Se puede no reír? —*risum teneatis*, diría Horacio,— ante el miserable concepto que de España quieren imbuirnos aquellos que la desconocen por completo. Se reiría, si no moviese a indignación el contemplar, vgr. en una Geografía Universal, actualmente de texto en las escuelas portorriqueñas, y que hemos estudiado de pequeños en Santo Domingo, (\*) junto a muchos fotograbados hermosos de Inglaterra, Estados Unidos y otros países, sólo tres vistas de España. ¿Una fábrica en Cataluña? ¿Los Altos Hornos de Bilbao? ¿El palacio de Bellas Artes? ¿La escuela de música? No: nada de eso. Una es de campesinos españoles con sus pintorescos trajes; otra un «*Lechero en España*», hombre miserable montado sobre escuálido rocín, con dos bidones a los lados, y el tercero, como el «Inri» de la maliciosa obra,

---

(\*) En el Liceo Dominicano, por más señas.

reza «*Tipos españoles*» al pie de unos pobres seres, flacos, cubiertos de pingajos, y que conducen una desvencijada carreta de bueyes... ¡Unos boyeros!

«Tipos españoles... para la exportación...»

¡los únicos presentables en una Geografía destinada a ilustrar a los niños americanos, hombres que mañana no llegarán a amar la España que así se les mostró!...

No se les ocurre presentar la España pintoresca de las montañas de Asturias, las verdes praderas de Galicia y los huertos valencianos; ni la comercial de la bahía de Cádiz, los puertos del Ferrol, Barcelona, etc., llenos con vapores de todas las banderas y compañías del mundo; ni la España artística y monumental que posee el Alcázar de Sevilla, una catedral de Toledo, un Palacio Real, en Madrid, la catedral de Burgos, la Alhambra de Granada, la maravilla del Escorial, el célebre museo del Prado, lleno de maravillas (algunas de las cuales excitaran la codicia de las tropas imperiales y hoy se lucen en el Louvre); ni tampoco enseñan fotografías impresionadas en las aristocráticas playas de Santander o San Sebastián, plenas también de *tipos españoles*, muy diferentes de los que ellos hacen ver.

¡Campesinos, un lechero... unos boyeros!... ¿se puede ostentar algo mejor de esa *miserable y menguada* España!

Si no, otro aspecto:

«Pueblo de manolos y chisperos, de toreadores» (como dicen los franceses), de mujeres con la navaja en la liga, tal es la España que aparece ante sus enemigos maliciosos y los ignorantes; ¡la España de pandereta!

He aquí una anécdota: Durante mi estancia en París, conocí a una señora rusa casada allí, y un día nos llevó a su casa para mostrarnos sus joyas antiguas, recuerdos de su madre y abuela. Entre ellas, llamó mi atención un puñalito, diminuta y extraña alhaja entre aquellas otras, por lo cual, tomándolo en mis manos, lo examiné con detenimiento. La señora rusa, en notando lo que tomó como delectación de «la petite espagnole»— llamábame así por haber venido de tras el Pirineo,

—ante el arma homicida, díjome con una sonrisa: «*Oh ce n'est pas espagnol...*»— ¡Ingenua advertencia de la buena Aniouta, que demostraba su casi fe en que esas cosas generalmente han de ser de España!

Es tal el fruto de la España de pandereta, explotada para sus fines particulares por mil desaprensivos; y, los que no ven otra cosa, frente a esas explotaciones de lo pintoresco, creerían ya conocer el país, por cuyas ciudades, se figuran, no discurren más que toreros y manolas vestidas de colorines, y que no saben bailar sinó... la jota. Ignorarán que allí se sigue la universal y única moda de París; y, que los mantones de Manila, tan vistosos y bellos, quedan casi relegados a las tablas o a ciertas fiestas, y sólo se ven por las calles en algunas partes de Andalucía. En las ciudades modernas y no pocas, la clásica mantilla negra sobre juveniles cabezas aparece en Semana Santa, y la blanca sólo en fiestas de toros y no siempre. ¿A qué creer, pues, en el uso de colorines y desconocimiento de los sombreros bonitos? Las españolas siguen la insustituible moda francesa con más fuerza que aquí, (\*) sin ser pasada por el tamiz norteamericano.

El proverbio latino *ab uno disce omnes* —por uno se conoce a los demás, o sea, interpretado en castellano por otro refrán: para muestra basta un botón, — puede dar lugar a equivocaciones, como en veces otros muchos adagios.

Los refranes, como las naciones, a veces engañan... Véase el ejemplo: de la lejana Europa, cansado de la lucha por la vida, que en aquellos países es cada día más complicada (testigo hoy el bolcheviquismo), sale un emigrante rumbo a América, ruta fácil. Es un hombre lleno de anhelos de trabajo, de la clase humilde, honrado, fuerte, que irá a engrosar la ya poderosa inmigración; más como no llega con intención de deslumbrarnos, ni más pretensiones de conquista que la del pan por su trabajo, no gastará chaqueta, ni otros cuellos y

---

(\*) Téngase en cuenta que esto se escribió en Santo Domingo y para lectores dominicanos.

puños que los suyos fortísimos, regalo de la Naturaleza para ayuda en su labor.

«Un tipo español, «un gallego...»

califican ya despectivamente los irreflexivos. Y por ese pobre obrero, sucio y descuidado (admirable en realidad bajo otro aspecto), y quien tal vez llegue un día a millonario, gracias a su rudo trabajar, hombre digno de loa por su tesón, pero que no aspira a ser tomado como modelo de la elegancia española; por este tipo, –repito,– bastantes americanos juzgan a toda España, ignorando, u olvidando que allí, como en toda Europa, no es generalmente la aristocracia emigradora, así como tampoco los plutócratas, cuyos hábitos ya son tan refinados.

El emigrante, digno, aunque pobre, hijo de España, la abandona, porque la ubre inmensa no da para alimentar con hartura a sus veinte millones de hijos. Tipo pacífico, agradecido al nuevo país donde trabaja y vive, merece consideración. Podríamos citar mil ejemplos de emigrantes enriquecidos que, luego, se tornaron verdaderos filántropos, haciendo donaciones espléndidas al país adoptivo sin olvidar la lejana patria, cual ese ciudadano muerto en Méjico, no ha mucho, y que legó miles de pesos con destino a escuelas para su tierra.

«Es un hombre que toma, pero da, el emigrante.»

Comercio, industria y raza, han de estarle agradecidos: viene a traer a la mezcla étnica un poco del «blanco de España...» de que hablábamos antes y que buena falta hace para purificarla, según lo demostraron recientes disposiciones americanas sobre inmigración no caucásica. Se enriquece, pero también enriquece al país con su comercio o industria; es una rueda siempre activa del gran engranaje hispano-americano. Por consecuencia, mirar debíamos llenos de agradecimiento ese tipo interesante que llega a nuestras playas, porque ya España no tiene colonias a donde, –cual otras naciones – enviar el sobrante de su producción y consumidores. América fue su tesoro colonial: emancipada en llegando a la mayor edad– según la sabidísima frase, –los reyes de aquella monarquía «en cuyos dominios

no se ponía el Sol», viéronle un día obscurecerse para dar paso a otros imperialismos.

Su hora, pasó. Tal como cantó elegíacamente a la ciudad de la Alhambra, su poeta Villaespesa, podía decirse de España toda:

*¡Granada, Granada!...*

*De tu poderío*

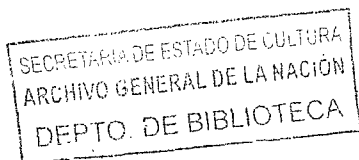
*Ya no resta nada!...*

Hoy España no posee colonias que la enriquezcan; hoy, es de otras naciones el poderío colonial, sin que haya quien se atreva casi a protestar contra las dominaciones de ahora. Ya no se forman «juntas patrióticas»,(\*) en Nueva York, como cuando la guerra de Cuba contra la Madre. Ya no es *causa simpática* a los ojos del resto del mundo, la defensa de pueblos oprimidos cuando el opresor no se llama España, sinó grandes naciones de muchas campanillas.

Y en tanto que eso va ocurriendo, los hijos de tan noble tierra emprenden resignados, pero siempre animosos, la reconquista de América, por la única ruta digna de los hombres de bien: la del trabajo y el amor. Tal es el emigrante pobre, quien a pesar de ir en mangas de camisa, llegará a constituir un factor comercial y étnico, muy representativo, y contra el cual, sin embargo, se ensañan las cóleras de muchos pseudo-aristócratas de estas democráticas Américas, lanzando contra él un veto que le impida luego incorporarse a la Sociedad, por haber sido emigrante, por haber sido pobre... Recordémosles este caso: el joven Benjamín Franklin, cuando llegó por primera vez a Filadelfia, andrajoso, sucio, comiendo ávidamente un pedazo de pan, tropezó con una señorita pizpireta que al verle en tal facha se rió de él. La misma que años después tuvo a honra ser la esposa del grande y célebre sabio Franklin, universalmente aplaudido. Lo propio ocurrir

---

(\*) Después se organizaron.



puede a los menospreciadores del *gallego*: mañana sus hijas pueden ser las esposas de otros tales.

«¡Gallegos!»

¿Acaso puede ser un mote despectivo tal denominación? Gallego puro, de Galicia, es el «gran don Ramón de las barbas de chivo», a quien cantó Rubén, en un célebre soneto a Valle Inclán, cuyas obras en prosa y verso corren por toda América latina. Sus «*Sonatas*», su «*Cuento de Abril*», «*Aromas de Leyenda*», «*Voces de Gesta*», etc., preciosos diamantes son engarzados en la corona del idioma.

De la verde Galicia, rincón pintoresco y poético, fueron oriundas tres de las mujeres que más brillaron en España: la dulce Rosalía de Castro, que cantó con tan dulces versos en su dialecto; Concepción Arenal, corazón de mujer y talento viril, de obra fecunda y sorprendente, aun para quienes no comprenden como se puede ser sabia y ser madre; y la incomparable condesa Emilia Pardo Bazán, escritora de fama mundial bien merecida; catedrático de la Universidad y no miembro de la Academia Española, a causa de que los timoratos varones no se atrevieron a franquearle la entrada por llevar faldas...

«Todos, pues, fueron, *gallegos*...»

De otras regiones, innumerables son en España quienes la dieron gloria. Atreviéndonos a pisar sólo los umbrales del templo de la Ciencia, citaríamos, en lo antiguo, al gran Raimundo Lulio, sabio químico, matemático, filósofo, mártir de la humanidad, de la ciencia y de la fe; y al célebre pedagogo valenciano Luis Vives. Ya en el tiempo, también remoto de Carlos V, «el rayo de la guerra», si no el invento de la máquina de vapor, muchas loables tentativas en ese sentido, debiéronse al español Blasco de Garay. Glorioso e ignorado, el que verdaderamente hizo el primer submarino, Isaac Peral, cuyo invento aprovecharon tanto las demás naciones, fue también hijo de España, como lo fue don Narciso Monturiol, a quien también se atribuye la invención maravillosa.

Hoy, honran su patria el doctor Ramón y Cajal, cuya fama traspone el Pirineo y va muy lejos; y el doctor Ferrán, catalán ilustre,

autor de varios descubrimientos científicos, entre ellos, el de la vacuna antitirofóbica.

Los escritores y poetas grandes, forman legión; desde ese gran don Benito Pérez Galdós, recientemente fallecido, a Dicenta, creador de «*Aurora*» y «*Juan José*», abogado siempre de los pobres obreros. Blasco Ibáñez, el novelista de la guerra europea, autor de «*Los cuatro jinetes del Apocalipsis*», por muchas bellísimas novelas llenas de realismo, célebre era antes de ser contratado en los Estados Unidos para exhibirlo como un ingenio moderno. Benavente, Pío Baroja, y otros nombres, no necesitan calificativos. Entre los poetas innumerables hay una trinidad gloriosa, Villaespesa, Marquina y Salvador Rueda.

En cuanto a artistas líricos geniales, no sólo el público de Nueva York, sino el de todos los países, gracias al fonógrafo y sus perfeccionamientos, puede saber como cantan la Barrientos, Hipólito Lázaro, Manolo Utor, y otros ruiseñores hispanos.

Víctima de su fama, Granados halló la muerte en el océano, cuando volvía cargado de laureles a su patria, de regreso de los Estados Unidos. Millet, otro músico insigne, paseó la gloria de los coros del Orfeón Catalán por París, la ciudad luz que vio brillar también la del genial Sarasate, en otros tiempos, cuando se admiraron allí a los pintores Madrazo, Fortuny, y al gran dibujante Vierge (que para ser popularizado usó su apellido francés, el materno). Gayarre, el tenor de la voz de oro, cual no ha habido otra en el mundo, aplaudido fue en Londres, igual que en San Petersburgo, en Lisboa, como en Viena o Madrid.

Citar nombres de escultores y célebres pintores contemporáneos de España, sería tarea inacabable: Blay, Benlliure, Casas, Zuloaga, Sorolla, Rusiñol, Clará... son conocidos universalmente, y a ellos acuden municipios y estados de toda América en demanda de obras y proyectos, cual a la fuente de puro arte e inspiración latina.

Nombramos eso a la manera de demostración de cuánto hay aún en España, y cuánto puede. Tal dijo un dominicano, Primitivo Herrera, en su «*Canto Lírico*»:

«Aún te sobra vigor ¡oh, Madre España!...»

¡Y ese vigor y lozanía se empeñan, no obstante, en no verlo otros países! (\*)

Los datos abundan: abramos un libro cualquiera de la biblioteca. «*Almas y Cerebros*», de Gómez Carrillo, en el cual hay visitas a grandes literatos extranjeros, franceses, sobre todo. Huysmas pregunta, y Carrillo observa:

«-¿Julián del Casal?»

Naturalmente, Huysmas no le conocía. ¿Quién conoce en Francia, a los que escriben versos en español?» Sigue el periodista dándoselos a conocer y acaba declarando que el francés le oía pacientemente.

«Luego, para hacerme ver que no le interesaba poco ni mucho cuanto le refería, me cortó la palabra:

-La literatura española *fue* muy interesante en otro tiempo.» (¡Oh, el plomo del ignorante en una cosa!).

Paul Verlaine es el único que algo gustaba de *esas* cosas:

«-Venid a verme—dice a Carrillo,—para que hablemos de Calderón y de Góngora».

En cuanto a Emilio Zola, se expresa así:

«¡España!... sí... un hermoso país latino. Yo conozco a la Pardo Bazán, que ha escrito un bello libro sobre Goncourt, sobre Daudet, sobre Flaubert y todos mis amigos.» (Lo conocería porque la Condesa se lo envió). «Y a Galdós... sí, Galdós, que es un novelista de Madrid. También tengo un amigo en Barcelona, que posee un gran talento, Narciso Oller. Le puse un prologuillo a «*Mariposa*...» «Pero en realidad sé poco de letras castellanas... ¡Es tan difícil saberlo todo!»

De modo que Gómez Carrillo, la Pardo, Clarín, Galdós, y todos esos, lo *saben todo*, porque, como la mayoría inmensa de los escritores españoles, aún los de segundo orden, conocen al dedillo, tan perfectamente como la suya, toda la literatura francesa, gran parte de

---

(\*) Léanse en este mismo volumen las verdades que, con harto sentimiento, estampamos en carta a una francesita, «España, ¡sí!»

la inglesa, la rusa, y la de tantas otras naciones que no saben ni *patata* de la española.

Sigamos copiando al interesantísimo autor, que habla ahora de François Copéc:

«Muy amigo de España, de la España romántica, pintoresca y heroica, de la España de Gauthier y de Musset, (\*) en fin, no ha leído nunca un sólo verso de Núñez de Arce, y ni siquiera tiene idea de que *tras los montes*, pueda existir una literatura que no sea calderoniana en el peor sentido de la palabra».

Es decir, que cree todavía lleno el teatro español de maridos *médicos de su honra*, e ignorará a Benavente, Dicenta, Galdós, Linares Rivas...

Armando Silvestre, pregunta a Gómez Carrillo:

«-¿Y la literatura española?

Mi amigo Bonafoux habría contestado:

–Está buena, gracias.» Es lo que merecía en realidad; pero Gómez Carrillo, con paciencia, se pone a descubrirla, mientras Silvestre parecía escuchar atento nombres y títulos que, sin duda, oía por vez primera, y a fin de excusar su ignorancia y la de otros como él, alegaba:

«Sólo que los españoles parecen más alejados, más aislados. Quizás me equivoque, pero me parece que si los franceses conocemos mal la literatura castellana, es por culpa de los españoles que no se nos acercan».

¡Gran Dios! No faltaba sinó eso. Es como si puerilmente un niño nos brindara esta afirmación, queriéndonos hacer tragar su verdad:

–Sí; yo no sé Geografía, pero la Geografía tiene la culpa. ¿Por qué no viene y se mete en mi cabeza?...

Y terminemos de copiar a Gómez Carrillo:

«Confieso que las últimas palabras del autor de *«Rosa de Mayo»*, siguen siendo para mí, un enigma. ¿Acercarse? Pero ¿y cómo? Intelectualmente, por medio de la educación ideológica? No, por si

---

(\*) Con su *andalouse de Barcelone* ¿eh?

algún país es afrancesado, en lo que a su cultura se refiere, tal país es España. ¿Entonces?...»

Entonces, insigne cronista, casi español, Gómez Carrillo, atengámonos a la comparación del niño y su Geografía: ¿quieren que España brote en su cerebro por generación espontánea, sin tomarse el trabajo de procurar estudiarla!

En España, señores literatos extranjeros, en cuanto penetramos en una casa donde haya alguien que lea, encontraréis a Dumas, a Víctor Hugo y a Zola, junto a los autores peninsulares, porque se traduce mucho. Y entre vosotros, hasta Anatole France, el exquisito Anatolio, escribe su «*Vida Literaria*», nombrando a todos los autores del mundo moderno, sin acordarse de los españoles, y solo cita en lo antiguo, y como de paso, a Calderón y Cervantes.

¿Cómo paga España esas indiferencias e injusticias? Como ha pagado siempre los mismos agravios que recibió de otras naciones: conociéndolas, estudiándolas y admirándolas; haciendo el bien a manos llenas, recordando al mundo que no es una palabra vana todo aquello de

«la hidalguía y la generosidad española...»

Víctimas de todas las nacionalidades, fueron arrancadas a la muerte y perdonadas, gracias a la intervención del en verdad rey Caballero de estos tiempos, Alfonso XIII, más ilustrado, liberal y demócrata que muchos presidentes de república, y también, más piadoso.

Un poco de fe, pues, en el porvenir de España como nación; tengamos en ella confianza como Madre. No pedirla, sin embargo, más de lo que ella buenamente puede dar.

España noble y grande aún como hemos visto, no es ya ni guerrera, ni fuerte y dígame lo que se diga en el mundo, siempre mandará un poder: el de las armas y el dinero combinados, nuevo imperialismo que ha venido a substituir a otros.

El de España pasó ya para nosotros: sólo nos resta su amor.

(Santiago de los Caballeros, República Dominicana).

## LA DESCONFIANZA ESPAÑOLA

Hubo una época en que, tras la huella luminosa de un soñador que enseñó el camino, muchos hombres esforzados, valientes y emprendedores, se aventuraron a la conquista del tenebroso mar, y de su arrojo brotaron en la Historia esas páginas luminosas que se llaman «Del Descubrimiento y conquista de América, por los españoles».

Tal escribimos en un anterior artículo, más por desgracia aquellos tiempos ya pasados, en lugar de constituir la orgullosa herencia de sus sucesores, aparecen hoy como una antigualla gloriosa que no es preciso desempolvar, ateniéndose en su displicente menosprecio a la frase del gran Costa: «¡Cerrad con triple llave el sepulcro del Cid!» Y tomándolo al pie de la letra, bajo esa misma cerradura dejan en el rincón del olvido al Campeador, a todas las glorias de España, al Gran Capitán, a los heroicos Caballeros de la Conquista.

Sin tener en cuenta que la frase del patriota de Grau, está hecha fuera de dudas, para los que sólo por patriotería fanfarrona remueven continuamente las cenizas de quienes en ningún orden piensan emular; para los que incapaces de mirar al porvenir, resguárdanse con las cenizas del pretérito.

—«Bien está; pasó Cortés, pasó Alvarado; descansen en la paz de las bibliotecas el «*Quijote*»; pasó ya el tiempo en que, en España un porquerizo, desde el interior de Extremadura, soñaba con subyugar un nuevo mundo... Hoy, como «moda sentimentalista» únicamente, dejaremos implantar de cuando en cuando el amor a la lejana América, el hablar sobre americanismo y las conveniencias de la

aproximación hispano-americana...» Tales son las voces que frente a los removedores de reliquias gloriosas, entona el coro de los desconfiados y escépticos, tan abundantes hoy en la tierra que antaño fue nidal de audaces aventureros y conquistadores, los que robaron su secreto al mar, descubriendo un mundo para entregarlo a la presente codicia de otros pueblos y otras razas sin herencia latina; mientras aquellos, los descreídos que con una carcajada acogen el hispano americanismo, siguen riendo escépticamente.

Se dice que España puede esperar mucho de sus relaciones con América y mucha gente sonrío... Pase como moda. Otros, se aprovechan para escribir alguna crónica llena de chirigotas, derrochando esa chulería que Dios les dio y él confunda... y que impide, gracias a la manía del chiste, tomar en serio las cosas serias.

–Dicen que el porvenir de España está en Marruecos. ¿Tú crees eso?

–Hombre, sí. Al menos el de los jóvenes... ¡Hay allí cada mora!...

¡La informalidad y el descreimiento! He ahí los dos verdaderos males de España. El «gracejo» nacional acogería con burlas un proyecto de confederación hispano-americana, de igual modo que, si lo hubiesen consultado antes de su formación, tomaría a chacota la Sociedad de las Naciones por demasiado utópica, y sonreirían... Como sonreían cuando Filipinas, cuando Puerto Rico y Cuba; como se ríen hoy ante Xexauen... Aquello, por demasiado lejos; ésto, quizás, por estar muy cerca.

¡Tened fe! Tan pernicioso es el reir burlón, la manía del gracejo, el chiste ante las cosas grandes, como el descreimiento y la desconfianza sistemática de aquellas personas, que en cuanto un desconocido se le acerca ven en él no más a un presunto timador... Ya puede, a esos tales (una legión) aproximársele o intentarlo, la virgen América desconocida, ofreciéndole cariños y riquezas, si saben conquistarla legítimamente: ¡hasta de prostituta calificaríanla!

Y, mientras esa voz de América, que representa la de más de cien millones de seres que hablan la misma lengua de España, es desatendida

por la desconfianza de ésta, otros avisados estados dirigen hacia allá sus miradas, aprenden el idioma, fundan escuelas y periódicos, y llueven productos y barcos que los conduzcan a conquistar, por penetración pacífica, aquellas plazas comerciales, aquella riqueza... Ya pueden seguir sonriendo los escépticos de aquí: se sorprenderán cuando vean por estadísticas los resultados en números de esa aproximación (que predicaban no siendo atendidos unos cuantos españoles e hispanófilos), aprovechada por otras naciones.

No por amor a España, más bien comprendiendo la importancia para su industria y comercio, de sus relaciones con Sur América, Francia empieza a enseñar activamente en sus escuelas el idioma castellano; y los Estados Unidos, vecinos siempre alertas, tienen unas *tres mil escuelas* de la propia lengua cervantina.

En tanto, que los trasatlánticos españoles, olvidado o quizás nunca aprendido por las Compañías el viejo refrán sajón «*Times is money*» (el tiempo es oro), van al paso torturesco de ocho a once millas por hora, llegando al más inmediato puerto americano únicamente al cabo de quince o veinte días, los grandes vapores franceses se ven en Nueva York, en una semana. De ahí a los puertos de Sur América en menos de otra, cosa harto conveniente a todas luces para el pronto intercambio de productos.

Los yankees nada descuidan: son incontables los libros y periódicos, que la América Sajona lanza en español con destino a la venta en los países del Sur y Centro de América, mientras en España los editores se quejan de sus escasas entradas. Recordamos, entre las revistas, «*El Norteamericano*», «*La Hacienda*», «*El Exportador Americano*», la «*Revista de Dun*», etc., etc., comerciales; otras de ciencias «*Hipnotismo y Sugestión*», de Chicago; de artes, como «*El Cine Mundial*», y muchas hasta de Modas también aquí llegan, verbigracia el «*Pictorial Review*», «*Vogue*», «*Elite*» y otras.

En cuanto a los productos de industria y comercio que se consumen en América española, pena cáusanos a los españoles tener que declarar que casi todos son yankees, con etiquetas en

castellano. Los hijos del tío Sam no se duermen... Y España se limita a admirar... Por miedo a ser llamada quijotesca no se atrevió a tomarles la delantera, y ahora desconfía de hacerles ventajosa competencia. En estática admiración, ante sus maravillosos progresos, nada se le ocurre para emularlos, lo cual se le antoja imposible en su modesta actitud, olvidando que Víctor Hugo, dijo a los humildes y desconfiados: «Los grandes, nos parecen aún más grandes porque los miramos de rodillas: ¡levantémonos!»

Eso hace falta en esta noble tierra: entonar el *Sursum corda*, no burlesca ni descreídamente, sinó con toda fe. ¡Elevemos los corazones! A los hombres de poca fe que sin cesar dudan, remitámoslos siempre a pasajes del Evangelio, en que en muchas y diferentes ocasiones el buen Jesús alaba a cuantos profesan tal virtud. No toda razón tenía Galdós, poniendo en boca de un personaje de «*Gloria*», que España en realidad es el país más escéptico del mundo, pues no es fe divina la que a ella falta, sinó una fe humana, grande y racional, en sí misma; contraria al necio orgullo o fanfarronería de quien se juzga infalible, la serena confianza en las propias fuerzas y una seguridad nacida del valer personal.

Ciertas nonadas, algún pequeño detalle, puede explicar grandes cosas. ¿Por qué en América hay tantos multimillonarios, nacidos de la nada? Porque en aquellas tierras de audacia, cualquier chiquillo harapiento, un vendedor de diarios o cerillas, ve un automóvil y no lo considera objeto irreal e intangible: piensa que él puede poseer algún día uno igual. En España, el señor de la clase media cuando ve un auto en el que nunca entra, sólo se le ocurre... que lo puede atropellar. Falta el aliento y sobra la desconfianza, virtud negativa que a nada conduce, muy diferente de la prudencia. Aquella fue causante de que Monturiol no se viese ayudado para su maravilloso invento, y hoy los submarinos sean alemanes o ingleses, pero no españoles... La desconfianza, a bordo del barco de Colón, estuvo a punto de malograr un Nuevo Mundo; y fue también ella la causa, cuando en 1885, salió un Dr. Ferrán proclamando el descubrimiento de la

vacuna contra el cólera, los *sesudos* sabios de tres al cuarto le hicieran la guerra. Como siempre...

Los que amamos a España; los que junto al culto por el pedacito de tierra americana en que nacimos, conservamos un gran entusiasmo por los destinos de nuestra Madre de la Raza, y no podemos hablar mal de ella, porque según los maliciosos versos:

«si habla mal de España, es español...»

–y nosotros no somos más que hispanófilos,– a veces nos preguntamos si acaso no hubiera sido más conveniente para ella, en lugar de la no muy bien aprovechada neutralidad, haber sufrido la conmoción guerrera, la intensa sacudida que quizás habría, como deseó Benavente, despertado el *alma de la gran ciudad* (que él creía confiada y no lo es en lo que debe serlo), y hoy se entrega a los peligrosos juegos del sindicalismo y el separatismo. Cual despertó y se puso de pie el frívolo espíritu de los franceses a la voz de ¡*Patria!*, así se hubiera despabilado España, pues sólo en los pueblos abocados a morir esas sacudidas pueden ser de agonía...

Y la grande España no está muerta ni morirá. Un poco de fe y seguridad en sus destinos, es cuanto ha menester. No a la manera del burgués de nuestra comparación, debe detenerse únicamente a considerar que pueden atropellarle esos fantásticos automóviles que llamaríamos «*La industria española dominando en América*»; «*Conquista de Marruecos*»; «*Comercio facilitado con Ultramar*»; «*Autonomía de las regiones*»; «*Solución del problema obrero*»; «*Confederación de pueblos hispanos*», etc., etc... ¡Creed con el chiquillo harapiento y atrevido en las muchas gentes a quienes no atropellan los autos, porque de ellos se resguardan!... ¡sabiendo ir dentro!

Entonces quizás las otras naciones dirían palabras evangélicas ante el milagro de España triunfadora:

«Hija, tu fe te ha salvado».

Porque para la fe nada es imposible.

(*La Vanguardia*, Barcelona, febrero 1921).

# CUENTOS PSÍQUICOS

[The text in this section is extremely faint and illegible due to low contrast and scan quality. It appears to be a multi-paragraph document.]

[The text in this section is also extremely faint and illegible, continuing the document's content.]

## EL HEREDERO

Quizás hayáis leído «*Las Aceitunas*», paso de comedia del ilustre Lope de Rueda. Así, recordaréis los campesinos que disputan sobre el precio a que han de vender las aceitunas producidas por olivos... aún no plantados.

Pues bien: alguna relación con lo anterior deben tener las aventuras del señor Marqués del Torrente. Su esposa, la Excelentísima Sra. Marquesa, quiere obsequiarle con un heredero o una heredera. Uno de los mejores médicos de España, presta los auxilios de su ciencia para que no queden fallidas las legítimas esperanzas del señor Marqués, de ver perpetuar su nombre esclarecido. En el saloncito de música, contiguo al dormitorio de su mujer, aguarda el Marqués, impaciente, la buena nueva, ora paseándose en actitud napoleónica, es decir, con la mano introducida a medias por la abertura de la levita; ora se deja caer en un sillón suspirando y se pone a observar con atención, como si por primera vez los viera, los complicados dibujos que en el techo grabó el capricho de artista ignorado; o bien, acércase al balcón, y a través de los cristales contempla –aunque no fuera ocupación muy propia para sus ilustres ojos,– a un carbonerillo que baja de un carrito un saco de combustible y trata de entrar con él, en la casa frontera, pese a las recriminaciones porteriles de quien lamenta sus baldosas lavadas esa mañana.

Y en tanto, la imaginación del Marqués, trabaja que trabaja...

–Tendré un hijo... sí, porque mi primer vástago deber ser un niño, un Marqués que lleve con gallardía su título, como yo... Será

guapo; indudable. ¡Y qué gusto verle a caballo correr por ahí! En cuanto tenga quince años, aprende a montar, y también jugará al Polo. Así, cuando vaya a la corte, tendrá el honor de jugar con Su Majestad. Será sano, fuerte; un perfecto deportista. Mas, habrá que enseñarle una carrera... ¡Ah! ¡Ya! La militar. Al Rey le gusta mucho la milicia. (El Marqués tenía la obsesión de asemejarse al Rey). Es una noble carrera. Va a la guerra mi hijo, vuelve cargado de laureles, es decir, el pecho lleno de cruces; gana fama y, «...*Seigneur, voilà des soins dignes du fils d'Achille*» le diré entonces como la Andrómaca de Racine.

Entonces, lo casaré con una señorita millonaria, si posible fuera, norteamericana. Y tate, a mi hijo el Marqués hecho un ricacho... y su padre pasará tranquilo su vejez, sin pensar en *ingleses* ni otras alimañas que tanto contratiempo han hecho sufrir a mi elevada alcurnia, a pesar de su elevación...

Pero todo pasará: seré feliz, puesto que tendré un hijo en quien pongo todas mis esperanzas, y Quintiliano, sería un embustero si...

En este momento corrióse una cortina, que dejó ver tres cosas relucientes: una calva y un par de gafas, todo ello perteneciente a la eminencia médica.

-¿Ya, doctor? -dijo anhelante el Marqués.

-Ya.

-¿Un niño?

-Sí-respondió el monosilábico galeno.

El Marqués precipitóse en la habitación de su esposa, y corrió a la camita preparada para el esperado heredero... Y retrocedió dando un grito.

-¡No, no! ¡Imposible! ¿Pero es cierto? ¿Eso es mi hijo?

Sobre la hermosa cuna, entre encajes de Bruselas y finas telas de Holanda, había un pequeño monstruo de cabeza descomunal, sobre un cuerpecillo ridículo, que parecía abrumado por el peso de aquella. Para mayor irrisión, la despiadada Naturaleza le había suprimido los brazos, cual juzgándolos inútiles en un ser que tenía tanta cabeza...



## LA SINCERIDAD

París está blanco. La nieve ha caído con constancia brumadora, durante todo el día, y el sol no ha aparecido para deshacerla.

Se está calentito dentro de la casa, junto a la chimenea ardiente, sobre la cual el reloj da las ocho.

Suzón toca el piano, y de reojo mira a su marido, quien bebe, con expresión de bienestar indecible, una taza de té con ron, saboreándolo mucho.

Acaba éste de beber, y su mujer al mismo tiempo abandona el piano y se sienta, mimosa, sobre sus rodillas.

—¿Sabes una cosa, Gabriel?

—¿Qué?

—No sé si son ideas, aprensiones más, pero me parece... que cada día estás más guapo... y que te quiero un poquito más cada vez... tanto, que creo llegaré a quererte demasiado.

—¡*Bon!* —respondió sonriendo el marido, mientras pensaba: Mi mujer se siente hoy tierna; vamos a darle gusto... Y complaciente, deposita un suave beso sobre la blanca garganta de Suzón.

—Eres un pícaro, a pesar de eso, y comprendo que es mal empleado el cariño que he puesto en ti. ¿No adivinas en qué he estado pensando desde anoche? Te pregunté: ¿a dónde vas? Y como siempre, con tu acostumbrada frescura, me dijiste: A pasear por el boulevard, y después... al *Bal Tabarín*. Tú sabes que no me gusta ni ir a esos sitios, ni que tú vayas. Si fueras a pasearte por los almacenes como yo... no sería peligroso, ¡pero en el Tabarín!...

## POR ENTRE FRIVOLIDADES

—¿Dónde vas a parar?

—Lo sabrás. ¿Por qué te complaces en no parecerte a todo el mundo? Te diviertes, eres un calavera, y tienes valor para contárselo todo a tu mujer. Sé como los otros maridos; sé un... sinvergüenza, ¡pero ocúltamelo! Hoy todo el mundo tiene la manía de ser original, y por lo visto tú también. No lo seas... me haces sufrir...

—Convenido. Desde ahora seré un hipócrita.

—Más vale así.

Al día siguiente.

Suzón, sentada al piano, ensaya un couplet a la moda, «*Tu m'as donné le grand frisson*».

Gabriel, mira cuántos grados marca el termómetro; se abriga bien, besa a su mujer y se marcha sin decir a dónde. Algo siente Suzón, que la desequilibra, la hace sufrir... pero no se lo confiesa. Su marido inconsciente, con esa *insouciance* tan parisién se va contento. ¿Quién sabe dónde? Al Tabarín, quizás a casa de una *demimondaine*... Y ahora, no lo confiesa... Y Suzón, sufre más que antes. ¿Cómo estar segura?

¡Qué pena! Qué pena que Suzón, no sepa el español, para poder consolarse cantando a la franqueza de su marido:

*Ni contigo ni sin tí,  
 tienen mis penas remedio;  
 contigo, porque me matas  
 y sin tí, ¡porque me muero!*

(París, 1914).

## CORAZÓN

Las barcas descansan sobre la arena de la playa. En ellas, los pescadores tomando el fresco devoran la cena, que les han traído preparada sus familias.

Las pobres casitas en que viven quedan enfrente, pero en la barca se disfruta de más fresco, y además, tiene un cierto atractivo imposible de explicar por lo complejo. Una nuez en apariencia ante los profanos; más para ellos un semi-hogar, porque allí se pasan las horas de brega y hasta de dolor; y es también la compañera de penas y fatigas que se siente abandonar, sea por unas horas.

–Mire, mire al hijo de la Roseta, como se va ahora, –dijo una mujer a un viejo que comía pulpos, sentados ambos bajo el toldo de una barquita verde. – Ese siempre tiene miedo de que no haya bastante pesca para él, y se va solo a esta hora. Con Dios, hijo... o con el Diablo, que tú eres de mala raza. ¡Mal tiro!...

–No digas eso, Mariana – interrumpió el viejo con severidad. – A uno que se va al mar, nunca se le puede desear nada malo. Bastantes cosas se pasan, nada buenas, para deseárselas a nadie.

–Pero, *pare*, es que usted no sabe. Ese y toa su gente son a propósito para el mar, sí, pero *pa* tirarlos de cabeza. La Roseta... ¡ah, diablo de mujer! Después de lo que yo hice por ella en el asunto de la sardina, ¿se acuerda, *pare*? (El viejo pescador hizo señal de que no había olvidado tan importante asunto, y siguió mascando pulpos a dos carrillos). Pues bueno, –continuó la mujer, –me lo ha pagado con una

patada. Se presentó ocasión de que ella hiciera otro tanto por mí, y no sólo no lo ha hecho, sino que contribuyó a que las otras me vendieran su pescado el doble de caro. Ah, y ayer mi Rita, ¡pobre *filleta!* se cayó, delante de ella, casi se rompió la nariz, y la mala pécora no volvió la cara ni siquiera pa preguntarle: «¿No te has muerto toavía?»

—Eso no es ná, —arguyó el anciano rebañando la cazuela en que comía y chupándose los dedos con muestras de satisfacción. —Eso no es ná, te digo, y lo debes olvidar. Mira tú de lo que vienes ahora acordarte.

—¿Qué es ná? Sí, para usted que tó se le importa poco, porque no ha hecho bien a nadie que se lo haya pagao con un puntapié.

Diga lo que diga usted, yo a esos —y señalaba al pescador, que desplegaba la vela para hacerse a la mar, —ya no les puedo ver ni en pintura, y me alegraría que viniese un tiburón grande, grande como la hermita de San Cristóbal, y se tragara a toda la familia, empezando por la Roseta, como vermú, ¡anda!

—Mira *filla*, —dijo sentencioso el viejo catalán a su nuera. — Las palabras imprudentes por fortuna se las lleva el viento; pero Dios quiera que no se las lleve del lado que han ido tus maldiciones. No sé por qué has de decir cosas que no sientes, o que si las sientes luego te arrepentirás de haberlas dicho.

—¿Arrepentirme? ¡Nunca! —exclamó la hija con gesto dramático, extendiendo el arremangado brazo hacia el mar, como tomándolo por testigo de su irreductibilidad.

—Allá tú. Voy a contarte una cosa, —dijo el viejo llenando su pipa y acomodándose en el suelo. Encendió calmosamente, dio dos chupetazos y mirando al cielo, azul como el mar, empezó:

—¿Tú conociste a Paco, verdá?

—Sí, —asintió la mujer, que escuchaba atenta.

—Pues, una noche a mi hermano, le dieron una cuchillada en el callejón del Moro, y huyó el bandido sin que nadie lo reconociera. Yo no dije nada a nadie, pero suponiendo que podía ser Paco a quien mi

padre había agraviado antes, me propuse hacerle pagar cara aquella herida. Pasó tiempo. Paco y su hijo, se hacían cada día a la pesca. Salieron una tarde, como siempre, todas las barcas, y hacía buena mar; pero ¡ay! que ésta es traidora como un mal amigo, y a la vuelta nos puso la cara fea. Llovía, el mar estaba gris, y al anochecer con grandes trabajos pudimos volver a la playa, mi barca la primera; la de Paco se movía, igual a una bailarina borracha. Al querer plegar la vela, el viento se la volvió, y él y su hijo... ¡cataplum!... Yo miraba todo esto desde la playa...

—¿Y que hizo usted, *pare?* —preguntó ansiosa la Mariana.

—¿Yo? —Pues pensaba relamiéndome, hecho un animal: «¡Es la mía! Anda y húndete to lo que quieras, que yo no he de mover un deo pa salvarte.» Todos los otros pensaban auxiliarlo, pero nadie se decidía. Cuando entonces siento unas voces:

—¡Paco, *fill meu!* ¡*Fill del meu cor!* (\*)

Quien gritaba era la mujer de Paco, por su hijo que también se llamaba así. Yo no sé qué pensé ni qué pasó entonces: me tiré al mar tal como estaba, y nadando, nadando, llegué donde se hallaba mi enemigo ayudando a su hijo, que muerto de miedo —pues era la primera vez que el chico veía de cerca la cara fea del mar en tempestad, —se había desvanecido. Agarré al muchacho con un brazo, sosteniéndole la cabeza fuera, por debajo de la barba —así... —y nadando con el otro, llego a tierra. ¿Me da las gracias la madre? No; coge su hijo como una loca y entonces empieza a gritar por el padre: — ¡Ay, *el meu Paco!* ¡Ay, *el meu Paco!* ¡Entonces vino a acordarse del marido! Se estaba hundiendo, sin fuerzas, porque al cogerle el hijo le dí un golpe sin querer y le impedía el dolor nadar. Lo cojo también y lo traigo a tierra.

Con admirable sencillez así acabó el viejo su relato. Calló. Dio un chupetazo a la pipa.

---

(\*) ¡Paco, hijo mío! ¡Hijo de mi corazón!

—¿Y por qué hizo usted eso, padre? —preguntó la nuera, sin querer dar su brazo a torcer, aunque en voz suave trasparenteadora de interés y emoción.

—¡Ay, hija! ¿Yo que sé? Pregúntaselo a éste, —dijo señalando al corazón.

## EL ABÚLICO

Juan de la Paresse, reposa sobre amplio canapé tendido, mirando los azulados y fantásticos dibujos de monstruos, quimeras, y hasta rostros bonitos que su imaginación le hace ver en el humo de la pipa.

El fumaría opio, como otras veces, pero eso es demasiado complicado; el fumadero clandestino, las mujeres, las multas... ¡demasiadas complicaciones! Resígnase al tabaco. El tabaco permite la meditación. Y, como en una cinta cinematográfica pasada de prisa por un operador loco, ve mezcladas, no sabe si en su memoria o en el humo azulado, grabadas por la fantasía, diferentes fases de su vida. Arrastrado en una época por amigos calaveras, vivió en juerga continua, víctima unas veces del champagne, otras del amor, llegó a los mayores excesos, hasta verse complicado en aquel escándalo célebre en que unos cuantos jóvenes aristocráticos cogieron a la Bella Farine, —tan borracha como ellos— y la zambulleron en el lago de Vincennes, donde la pobre estuvo a punto de morir.

Luego, un amigo católico lo atrajo a la religión y abominó de los pasados errores, llegando a los mayores extremos en la locura mística. Lloró, hizo penitencias... Mas, el amigo murió. Ahora estaba abandonado a su débil o casi nula voluntad. Como una lancha hecha para tener gasolina... y sin... motor. Para él parecían escritas las frases de Stendhal: «Ahora sólo me quedan fuerzas para cultivar el encantador secreto de mis aspiraciones infecundas, que sin cesar renacen y mueren en mi enfermizo cerebro». ¡Sin fuerzas, sin voluntad!

Fuerte taconeo, toses, ruido de puertas, le anunciaron al artista Pedro Content.

—¿Qué haces ahí, viejo mío? —preguntó al soñador.

—Aburrirme. Nada...

—Esa es ocupación digna de una ostra, no de un hombre. Anda, ven. Te proporciono un espectáculo novísimo, propio para filosofar... ¡Se ha encontrado la «Gioconda»! Ven a reírte de la facha de esos burgueses de París, que se pasan la vida sin poner los pies en ese magnífico museo del Louvre, y ahora, la novelería lleva a formar cola ante el cuadro hallado que antes ni conocían. ¡Noveleros!

Mientras así hablaba, el artista, conocedor profundo de su irresoluto amigo, le ponía el sombrero y le ayudaba a meterse el gabán empujándole hacia la puerta, en la que apareció un criado de librea, que preguntaba:

—¿Vive aquí el señor de la Paresse?

—¡No! —dijo el interesado con fastidio.

—Aquí es. —Sin inmutarse, con gran decisión, se dirigió el criado a una maleta, sobre la cual estaba grabado el nombre de «Jean de la Paresse».

—No soy yo... protestó aún Juan.

—Perdone, estoy seguro. Con la tranquilidad más grande, previa otra excusa, le quitó el sombrero y le mostró las iniciales grabadas en el interior: *J. de la P.*

—Es usted, —declaró nuevamente.

Quedó encantado Juan de tanta decisión y audacia, y Content se moría de risa con la escena. ¡Ese era el hombre que convenía para servir a su amigo el abúlico, el indeciso! Lo propuso.

—Serviré gustoso al señor, pero para eso ha de casarse con mi ama. Así estaré al servicio de los dos. —Tal fue la respuesta del mozo.

Content no pudo más... Se tiró sobre un sofá, gritó, cantó; se puso malo de reír. En su vida oyó cosas más chocantes. ¡Delicioso!... ¡Sublime!... ¡Magnífico!...

Aquello era el *non plus ultra*. ¡Vaya un mozo! ¡No; él se moría!... ¡Qué risa!

El criado seguía serio y tieso dentro de su librea. Pero aún tendría Content, ocasión de reír más y de asombrarse más todavía, pues vio a su amigo camino de hacerle caso al extraño servidor, preguntándole por su ama, inquiriendo su nombre y circunstancias. Impertérrito cual si hablara de la cosa más natural del mundo, respondíale al mozo. Su señora tenía por costumbre, llevar a cabo cuanto se proponía, por lo que siendo vecina suya y habiéndole visto y gustado, ofrecíale su blanca mano. La caprichosa era la digna hija de un chileno, que por el soberano esfuerzo de su voluntad, ascendió desde vendedor de periódicos a millonario.

Todo aquello era novedad y atractivo para Juan de la Paresse, según observó Pedro, viéndole ponerse el sombrero, sin contestar a sus preguntas de que a donde iba, obteniendo sólo esta atenta respuesta del criado:

—El señor, sin duda, va a casarse.

Y eso ocurrió después.

## II

La joven era digna ama de tal criado, y como encima era bonita, no tuvo más remedio Juan que casarse y ser feliz. Lo fueron ambos, pese a efectuarse la boda por tan extraños caminos. Dicen que no hay augurios ciertos que permitan asegurar la dicha matrimonial, pues, los que se casan bajo tales auspicios son a veces más desgraciados que los que no y viceversa, que todo es una lotería... Ello fue que obtuvieron el gordo.

Juan se felicitó al haber hallado, sin hacer las diligencias, cuanto pudo apetecer: su mujer le aportó hermosura, amor y riqueza; todo en gracia a sus bellos ojos de artista soñador e indolente (él era artista en sus ratos perdidos, aunque pocas obras habían salido de sus

pinceles). Ya era otra cosa: su mujer le animaba y le inspiraba; era su musa alentadora, quien le ponía con la paleta en la mano ante el caballete, mientras él hallaba inspiración en los verdes ojos y castaños cabellos de la amada.

\*  
\* \*

En tanto que él pinta, ella habla para distraerle:

–Fíjate, viejo mío, como hemos nacido el uno para el otro. Eres el ángulo, yo soy tu complemento. Soñador eres, yo, muy práctica; viniste al mundo para hacer algo grande que no se decide a salir de tu pincel, yo he de hacerlo poner en obra; eres la fuerza latente, y yo, el impulso que la mueve. Has de saber que mi padre llenó mi biblioteca desde pequeña, con las obras de Marden, de Smiles, y otros grandes impulsores; pero por encima de ellos tengo yo mi evangelio, ¡el viejo Shakespeare!, de quien todo el mundo sabe que puso la cuestión en *ser o no ser*. Yo, he interpretado eso, he escogido el *ser* e impediré que tú que te has dejado imponer el *Not to be*, te resignes a *no ser*, por tu abulia innata. Ya verás, viejo mío, como entre los dos hacemos algo superior. Pero no te pares...

–Por escuchar a la deliciosa criatura, –su musa, –Juan dejaba de pintar y besaba extasiado la fuente de inspiración, que eran los bellos ojos de su Lina.

Así, dulcemente, pasaban los meses...

Mas llegó un día trágico a poner fin a aquellos tan deliciosos; un día en que la patria se vio en guerra, con su suelo invadido por extranjeros. Vino la movilización general. No se sabe por qué, La Paresse no fue llamado. Indolentemente, el hubiera dejado transcurrir el tiempo hasta que un aviso le hiciese acudir a filas, como tantos otros «emboscados» que se paseaban por aquel inmenso París, sin que nadie los sospechase desertores.

Afortunadamente Lina estaba allí, y con gesto digno de aquellas espartanas que enviaban sus hijos a la victoria o la muerte, diciéndoles: «O con el escudo o... sobre el escudo...», puso en sus manos el fusil. No era justo que mientras tantos padres y esposos dejaban sus hogares, para ir a la defensa de la colectividad, hubiese individuos reacios al cumplimiento del deber sagrado.

Y lo hizo ir a la guerra...

Cayeron sobre Juan los días monótonos, tristes, de la vida en las trincheras; los tiroteos intermitentes entre enemigos casi invisibles; la toma de una posición perdida, vuelta a tomar y recuperada cuatro y cinco veces de una y otra parte; la lucha trágicamente aburridísima y pareciendo ser eterna...

Un año, otro... Y otro... Aquello no se acabaría.

Juan se cansaba... Comprendió que su débil voluntad iba a flaquear...

Por entonces, ocurrió el apoderarse las tropas de una trinchera, en el fondo de la cual, quedaron dos enemigos rezagados y sin poder huir. Como en aquella tentativa de ofensiva se trataba del avance siempre, a toda costa, sin complicarse con prisioneros... tócole a Juan ir a rematarlos a la bayoneta, para economizar balas... Acto horrible, en verdad, pero gaje de la guerra que es cuanto hay de más horrible.

Caminaba Juan, junto a un compañero también encargado de la fatal tarea... Y lo dejó avanzar solo, viéndole muy decidido, con esa fiebre de sangre y de pelea, que el alma del artista nunca sintió. Era la primera vez – si iba, – que Juan se encontrara en una lucha a la bayoneta...

Se sintió desfallecer ante el horror...

Dos, contra dos, eso sí; pero quizás armados, ser dos bravos... defenderse fieramente. También podía ocurrirles –y eso era menos temible, pero más inhumano, –que estuviesen desarmados, y ellos tuviesen que hacer sólo una ejecución...

En tanto, los minutos volaban, se perdían... El compañero de La Paresse, debía hallarse ya al final de la galería, luchando acaso... y Juan

## POR ENTRE FRIVOLIDADES

vacilante. Sin embargo, de no acudir allí, sería pasado por ante el Consejo de Guerra y condenaríanle por cobarde.

¡El no quería eso, no! Más tampoco decidíase a la ejecución sangrienta...

Tarde fue ya: su compañero había vuelto bañado en sangre... como un héroe...

La Paresse decidió morir. Apoyando la punta afiladísima del arma sobre el lado izquierdo del pecho, dejó que penetrase suavemente.

Suavemente, así se extinguió...

Era su único acto de voluntad. Quizás una cobardía.

(San Francisco de Macorís, República Dominicana).

## DON GASPARITO SAMSÓN (*Cuento ridículo*)

Aún no se sabe con toda certeza a qué debía la grandiosidad de su nombre, y no recuerdo si le llamaron Samsón a causa de su elevada estatura o por los arrestos guerreros de sus sublimes aspiraciones, de sus sueños irrealizables; sueños de super-hombre, en los cuales él se veía con fuerzas suficientes para aplastar nuestro débil planeta con un puñetazo... ideal, y formar con esa misma materia (¡malo!) otro nuevo, fabricado expresamente para morada de la justicia. Jamás se preocupaba de ocultar su desprecio hacia esos humanos que adoran la hipocresía, las desigualdades, la... etc., etc., pues la lista de los vicios sería interminable.

Una noche entraba nuestro Gasparito en el cuarto de costura de su mujer, para hablarle de no sé qué (no nos gusta meternos en asuntos domésticos), y se encontró sin la que buscaba, mientras que al acercarse a la ventana, atraído por unas alegres voces, vio en el jardín a su mujer e hija dirigiéndose a un coche que esperaba.

No tenía Samsón mucha prisa, según parece.

Siéntase en un mecedora y coge un periódico dispuesto a esperar el regreso. Empezó a leer, con olímpico desprecio las insulseces estampadas con letras de molde en un diario de la tarde... o de la mañana, cosa poco importante a nuestra historia. Ahora, en un momento, vamos a sacar una instantánea de aquel coloso. Figurémonos un hombre alto y gordote, con una cabeza bastante más voluminosa

que la de Madame Stäel, –de quien dice la historia no la tenía muy grande, pese a su talento; –la frente, estrecha, que no acostumbra el genio aposentarse siempre en las espaciosas, así por ejemplo, nosotros tenemos la frente no precisamente como una plaza de Cataluña; es chiquita, pero... ¡quién sabe si resultaremos genios!

Apartando disquisiciones personales volvamos a nuestro hombre, cuya verdadera «gracia» era Gaspar Arnús, y digamos sinceramente de él que era un verdadero pensador, y de mérito. Eso no le impidió, cual a otros, casarse, y ya tenía una hija de diez y siete años con el apodo de *Lulú*, para distinguirla de su madre, una bonita cubana a quien su amante esposo llamaba Dolores o Lola, indistintamente.

Leía, pues, el diario y hacía muecas de disgusto al enterarse, –recorridas todas las noticias extranjerías, –de las peripecias de un duelo verificado en Madrid.

–¡Estúpido, más que estúpido! –Y no lo decía por el duelo, sino por uno de los duelistas. –Mirad que siendo el esposo el ofendido cometía la insigne torpeza de desafiar a su ofensor, a fin de darse el gustazo de que éste lo matara. ¿Dónde estaba ahí la justicia? ¿Y el honor vengado? ¡Imbécil humanidad! Siempre habrían de proceder los hombres como unos tontos de capirote... «Ojo por ojo, diente por diente»; he ahí la suprema ley. ¡Ay, si hubiera sido él, Gasparito, el injuriado! No lo quería pensar, *per aixó* (decía como buen catalán), pero si sucediera... ya verían. Nada de desafiar al otro al «campo de honor», para que lo dejaran allí patas arriba. «Ojo por ojo, diente por diente». Tú me robas mi honra, yo te robo tu vida, y pim... pam... pum, donde lo encontrara allí lo dejaba muerto, y después... *ja està fet*. –Y al pensar esto Samsón, entusiasmado con sus justicieras ideas, pum... pam... pum..., pegó un hermoso puñetazo sobre la mesita donde se apoyaba, tirando al suelo libros, papeles, labores...

Se dignó inclinarse a recoger aquello y reparar el desaguisado, metiendo en le cestillo de labor, con la tranquilidad hombruna ignorante del orden, tijeras, hilos, papeles, etc.; todo cuanto encontró

a mano, incluso una carta, en la cual primero no paró mientes, pero después... ¡oh, después! leyó el sobre, un casi jeroglífico:

A

D.

de

A.

Eran trozos alargados, varoniles, se nos hubiera ocurrido a nosotros, pero... ¡cá! No podía ser. La carta estaba sin abrir y no tenía sello, como es natural con semejante dirección. Tomóla en sus manos, un poco intrigado ante aquellas misteriosas, cabalísticas letras, y porque entre sus pequeños defectos contaba la curiosidad, vicio que los hombres atribuyen sólo a las mujeres... sin duda a causa de una modestia indisculpable. Pues, como decíamos... ahora mismo, la curiosidad le atenaceaba.

—¡Ah, claro!... Será para mi mujer «Dolores de Arnús», significarán, pero... ¡hum! ¡Estas letras! Vamos, la abriré. Total, alguna amiga convidando a la consabida fiesta de caridad. —Díjose para tranquilizarse a sí mismo, pues en efecto, aquella clase de letra le había puesto (¿cómo diremos?) un poquito... eso es, un poquitín nervioso. Abrió la carta: ¡ojalá nunca lo hubiera hecho! He aquí lo que leyó y releyó varias veces, acompañando la lectura de expresivos «pero...» «¡oh!» «¿esto qué quiere decir?»

«Mi dulce Dolores: Esta noche, como siempre, iré al jardín a contemplar cinco minutos tu encantadora carita, pero te suplico bajas un poquitín antes, como a las diez (si están acostados todos), porque tengo que ir al Tívoli. Un verdadero compromiso, chica, con unos amigos que mañana se van a Melilla. Dispénsame, Lolita, que no es mi culpa. Un beso a nuestro pimpollo y... hasta un saludo a ese respetable D. Gasparito.

No sabe lo que dice tu enamorado. —Angel.»

—¿Eh? ¿Qué es esto? ¡Cochinos, infames! —rugió Samsón, y dio un salto en su asiento como si le hubiese picado la tarántula. —¡Para mi mujer...! ¡Ah, mosquita muerta! «Mi dulce Dolores» Naturalmente.

«Un compromiso...» «Dispénsame Lolita». Claro Lola, era su mujer, pues a su hija le llamaban Lulú, –y continuaba sus comentarios: «nuestro pimpollo» ¡Horror! ¿Un hijo que tenían? ¡Y era la creída por él su hija! –El pobre hombre no pudo más; rompió a llorar desesperado.

¡Cómo se burlaron de él! ¡De él tan complaciente, tan bueno, que como tenía por ley la de reciprocidad del Talión, nunca había cometido el más ligero desliz, para que a su mujer, con el ejemplo, no le dieran ganas de hacerle otro tanto, y queriendo pagar cariño con cariño, fidelidad con fidelidad, jamás había ni siquiera dirigido un «¡Uy, qué gloria de Dios!» a las modistillas, camino del taller, cuando él iba a ocupar su sillón en el Banco Vitalicio.

–¡Ah, que traición! –Pero... –se irguió de improviso y, sonriendo cual lo hiciera el conde de Montecristo, pensó en la venganza. ¡Ya verían! Lloró don Gasparito, pero tras ese momento de anonadamiento, el Samsón terrible apareció grandioso, dispuesto ¡a morir con los filisteos! Un buen golpe, matarlo a *él*, al «Angel» que vino a introducirse en el ajeno hogar. No quería más el ridículo ante los ojos de todo el mundo. Se habrían ya reído de él los dos bribones confiando en su seguridad impune, y sus amigos también lo debían saber ya... que ahora se acuerda de alguna sonrisa, cuando él pasaba junto a ellos y se dignaba decirles un «Adiós, chicos».

–¡No, mil veces no! Ahora si que verían lo que era bueno, pues iba a hacer una sonada... Interrumpióse aquí. ¡Qué imbécil hubiera sido! *Eso* debía callarse y lo demás, lo que iba a hacer *después*, también. No quería nada con la justicia. –¡Pero matar a un hombre! ¡Convertirse en asesino! ¡El, un asesino! Se estremeció. ¿Y si después supiesen...?

¡Horror, terror y furor!

Pero no, imposible; aquello no era un crimen, sino un acto de severa justicia, y no había derecho a vacilaciones. Al grano, al grano. Nada de desafíos, para que luego le sucediera como al marido de la «*Veu*», es decir, el esposo tonto de quien este periódico trataba.

Mataría a Angel, mataría a su mujer, se mataría él después y... ya

no quedaba nadie más por matar...

—¿Y mi hija?

Esta pregunta que surgió de improviso en su huracanada mente, le dejó frío, como quien dice. Y era verdad. ¿Qué sería de su pobre Lulú, muertos los padres? Habrá que proceder con orden, por lo cual fuese a su habitación con intención de modificar el testamento a su favor. Le dejaría la *torre* de Barcelona, donde vivían, la de San Gervasio, otras dos propiedades, en fin, toda su fortuna sería para su... ¡Oh inconsciencias, gran olvido! ¡Si no era Lulú hija suya! ¡Si era el «pimpollo» de aquellos dos palomos, cuyo pescuezo iba pronto a retorcer! No había que pensar... más por si acaso... ¡Pobre niña! Ella no tenía la culpa... Bien concebido fue su pensamiento, y así hizo los legados conforme a su buen impulso primero.

Después... Tomó una pistola, la cargó y se colocó en el bolsillo una cantidad de cápsulas, igual a las que puso en el arma. En este momento sonó el timbre del jardín, y asomándose vio venir a su esposa e hija de retorno del paseo.

—Disimulemos por ahora, —dijose.

—Eh, papá pst —gritó Lulú al verle, y riendo le envió un beso con la misma cara, gestos y expresión con que había visto enviarse los besos a los personajes de las películas *cinescas*.

El hizo igualmente, tal si no le hubiese ocurrido nada, y mientras se besaba la derecha, introducía la izquierda la carta delatora en el bolsillo... Después... metió dentro de un cajón, el arma con que iba a hacer justicia junto al testamento, prueba póstuma de su bondad de alma y, con tranquilo paso, fue a recibir las recién llegadas, como si en aquel cerebro no se hubiese desencadenado minutos antes una tormenta tal, que me ha sido imposible describírosela en todos sus detalles, no poseyendo yo la sublime pluma del inmenso Víctor Hugo, para pintar con la misma grandiosidad, un huracán en el Océano o «una tempestad dentro de un cráneo», páginas inmortales del poeta.

\*  
\* \*

–¡Un beso, rico! ¡Ahora otro a mamá... y otro al perrito! ¿Y bien, te has divertido, papá? –se adelantó a decirle Lulú, antes de que él se lo preguntara, porque una de las encantadoras costumbres de aquel diablillo, era hacer las preguntas que debían dirigirse a ella.

–¿Yo? Psh, regular. No me ha aburrido, *por esto*, entreteniéndome en leer... periódicos y... cartas viejas y nuevas. –Decía con retintín, esperando ver el efecto de sus palabras en el rostro de su traidora, cuanto bella esposa, quien impasible, como si tal cosa, se quitaba el sombrero.

–¿Y tú? ¿Dónde habéis estado? ¿En el cine?

–No, papá, haciendo visitas; por cierto de las que hacen dormir, aunque a mamá le gustan. Esas señoras no hablan sinó de novenas, y curas, y frailes que confiesan bien y...

–¡Lulú, Lulú!

–Pues, si señor; eso me carga, y si no, se ocupan de quitar la piel a sus conocidas. Me fastidian, vaya, y he dicho: no voy a verles más la cara. Y si tú quieres ir otro viernes, te vas... con papá. ¡Ja, ja! Se divertirá, se lo aseguro. –Y al decir ésto, planta irreverentemente su sombrero en la hermosa calva de su señor papá.

–¡Ay, Lulú, angelito!... –(paró en seco al acordarse del otro «ángel» cuyas alas pensaba recortar). –¡Y que aquel querubín tan mono que él estrechaba contra su pecho no fuera suyo, no era su hija!

–Gaspar, ¿qué tienes? ¡Te has puesto pálido! Esa criatura te está mareando.

–(Ya quisieras tú que me matara –consideró Samsón). –No es nada; un mareo ligero, pero ya pasó.

–A cenar, a cenar, pues.

Durante el transcurso de la cena, no ocurrió nada digno de contarse entre aquellos seres, cuyo destino y posición variaron tanto desde la noche antes, en la consideración de don Gasparito. Su esposa, se le convirtió en una adúltera; su hija presentábasele como una

intrusa en aquella casa, donde no estaba en su puesto, y él... ya un marido ridículo. ¡Ridículo! Tremenda palabra, que por poco le hace atravesarse una espina de pescado en la garganta, de sólo pensarla.

Concluida la cena cada uno campó por sus respetos, y él hizo creer que andaba algo malillo, para dar las buenas noches a su *amante* esposa e hija, y poder irse a la cama, según dijo, más ya sabemos que otra ocupación bien distinta a la de roncar entre suaves holandas, se preparó.

—A *ella* no se le ocurrirá bajar. Es probable que no sepa de la carta. Pero... ¿si le avisaría la criada o cómplice que la llevó hasta allí? Cuando entré en el cuartito de costura, recuerdo haber visto por allí a Montserrat... Será esa la encubridora. Afortunadamente, Montserrat no vendrá hasta mañana, pues ha ido a velar, según dijo en la mesa, a una amiga que se muere.

Dieron las diez... El corazón parecía crecerle... crecerle... dentro del pecho, hasta ahogarle con su presión. Sin embargo... ¡las diez y cuarto! Reinaba silencio en todo el pasaje donde vivía don Gaspar y su familia. Sólo el crimen velaba, es decir, la justicia, y ya lo creía inútil. De pronto un *ric, ric*, entre las hojas del jardín, como una señal, indicó la presencia de alguien y nuestro hombre bajó sigilosamente, arma en mano.

Junto a la verja, se movía un bulto negro, su rival sin duda alguna.

Nuevas vacilaciones en el espíritu de don Gasparito... ¿Sería más leal desafiarlo? No: lo primero, lo primero ¡justicia!... y se acercó; pero el otro, a la débil luz de un farol no muy cercano, pudo notar que alguien se aproximaba, y creyendo sin duda en la presencia de Dolores, murmuró antes de poderle ver el rostro:

—Creí no ibas a venir, porque como yo...

No pudo acabar la frase. Pim, pam, pum, pam... el segundo tiro hizo blanco, y «Angel» cayó...

—¡Qué hice, criminal de mí! —Digámoselo en obsequio a la verdad; la primera impresión de nuestro hombre fue de horror, remordimiento, venganza, miedo... que se yo.

–¡Ay! ¡Vendrá el sereno! Debo ocultarme.

Corrió hacia la escalera, procurando hacer el menor ruido posible; la subió casi a gatas y sin ninguna luz llegó hasta su cuarto, donde llenó de balas otra vez la pistola... y se acostó. Inútil es decir que no durmió en toda la noche, aunque quiso no fijar su atención en los ruidos que creía percibir en su casa y en el pasaje, cuyos vecinos se despertarían al de los disparos...

\*  
 \* \*

En una casa fronteriza a la de los señores de Arnús, una madre velaba el retorno de su hijo del teatro, y al oír los disparos, la buena señora asustada llamó a su portero, despierto todavía, y le hizo ver que era. El hombre fue.

–¡Un hombre muerto... o herido, allí enfrente señora! –dijo aquel regresando.

–¡Oh, Dios mío! ¡Si será mi hijo! ¡Pronto, traedlo! ¡Julián, Andrés! ¡Pronto! –y asómose al balcón. –¡Oh, si, es él! ¡Mi pobre hijo! –Le trajeron sin ninguna dificultad. Unos vecinos salieron a curiosear. ¿Qué era ello?

–Eh, ¿os importa? El señorito que se ha herido. Sin duda se le cayó el revólver, y una bala le tocó en la pierna, –declaró el portero de mal humor, sin convencer a todos. Los criados condujeron a Angel, ligeramente herido, junto a su madre. Imposible describir el dolor de ésta, creyendo a su hijo mortalmente herido, muerto quizás, pero él abrió los ojos y dijo:

–No es nada... no te apures.

–¡Hijo mío! ¿Quién?...

–Nadie, nadie, yo mismo... Llamad al médico. –Casi por sus propios pies, con muy poca ayuda en los criados llegó hasta su cama, y fueron luego a buscar el Doctor.

–Digo que no es nada... El tiro se me escapó. –¡Ea! Que salga toda esa gente... Pues... mira si no ha sido grave, que yo mismo tuve fuerzas para... Cierra las persianas. –¡Que salgan! –Tal se hizo como iba ordenando.

–¡Hijo de mi alma! –clamaba la señora.

–Mira, mamá... no es nada. Decid al médico también que se me escapó el tiro...

–Toma, toma un poco de Jerez. Esto te hará bien. ¿Pero?...

–¡Calla! Ven aquí cerca: ¿Adivinas quien ha sido? Don Gaspar...

–¡Don Gaspar! ¡Cómo es posible!

–Sí, pero calla; no hay que comprometerle. Sin duda una equivocación... Me creería un ladrón... no sé... Yo no entré en su jardín...

Vino el médico. No se tragó mucho lo del tiro escapado, vista la posición de la herida, e hizo creer que sí.

–Doctor, ¿cómo encuentra Ud. la herida?

–¡Qué diablos! No es nada importante. Sólo le quedará un poquitín de cojera algunos días...

–¡Oh, con tal que cure pronto!

\*

\* \*

Al día siguiente.

Noche de angustias pasó don Gasparito, y día de angustia le aguardaba según el caudal de remordimientos proporcionados por su conciencia manchada.

Muy temprano a llamarle vino un criado, y se levantó con sobresaltos. –¡La justicia! ¡Pero la de guardias y policías!

Equivocóse.

–La señora Dalmau de Cervera, manda esto al señor. –Una carta. Rompió el sobre con mano trémula.

–Puedes retirarte... te llamaré luego.

«Respetable señor. Le ruego venga inmediatamente a esta su casa, en el mismo Pasaje de la Concepción, núm. 3. Nada temáis de nuestra parte, somos vuestros amigos y sólo queremos una explicación; pero venga Ud. –Angela Serradell Dalmau de Cervera.»

¡Hum! ¿La buena señora que querría? No sería denunciarle, *si es que sabe*, pues los términos de la carta son amistosos... No obstante: hay como una amenaza. «¡Angela, Angela...!» ¿No se llamaba Angel *é*? ¿En qué había parado? ¿Se... lo habían llevado? ¿Y a dónde?

El caso es que don Gasparito, al fin se viste y acudió a donde le llamaban, no exento de ciertos temores y aprensión.

–Venga Ud., don Gaspar, por aquí –le indica conduciéndole muy amable una elegante señora, presentada ella misma como doña Angela. –Temblando acercóse don Gaspar. El aposento estaba medio oscuro por las persianas aún cerradas, pero *fiat-lux!* y a la de una bombilla eléctrica, contempla a su víctima en el lecho. Se incorporó ésta y tendióle la mano que él ¡oh débil humanidad!, cometió la flaqueza de estrechar, olvidando la ofensa... para olvidar el crimen.

–Siéntese, don Gaspar, –dijo el herido mostrándole un sillón. –Y tú quédate también aquí, mamá.

Luego hubo una pausa larga, embarazosa, que terminó al fin por estas palabras del propio Angel:

–Señor Arnús; sin duda una lamentable equivocación lo movió a Ud. a...

Saltó Samsón.

–¿Para esta comedia me habéis hecho venir aquí? ¡Bonita equivocación! ¿Y mi honra ultrajada?

–¿Eh? ¿Yo le he ultrajado a Ud. su honra? Se equivoca don Gaspar. ¡Si nunca he saltado a su jardín, y nuestras entrevistas siempre han sido a través de la reja!

–No tiene Ud. mala reja... ¿Y vuestra hija la habéis tenido también a través de la reja?

–Dios mío, ¿qué patrañas está Ud. contando?

—¿Qué quiere decir eso? —dijo doña Angela.

—¡Quiere decir que su hijo de Ud. es un tunante, un bribón, que se ha atrevido a enamorar a mi esposa... y algo más!... ¡Quiere decir también, que han tenido un hijo... fruto de adulterio... a quien yo... pobre de mí, creía mi hija!... ¡Quiere decir que mi esposa...

—Don Gaspar, por Dios y todos los santos, ¡si yo no me he ocupado de su esposa!

—¡Demonio! ¿Pues para quién era esta carta? ¿No sería para mí, eh?

—No señor, pero era para su hija —dijo Angel, poniéndose colorado. —Yo soy su novio, con perdón de Ud.

¡Zambomba! ¡A mi hija! ¡Buena plancha! —Ahora, ahora sí que había hecho bien el ridículo, el terrible ridículo que tanto temía. Se había creído un marido engañado, ultrajado, ridiculizado por su esposa y su amante, y ahora, despejada la incógnita, no había ofensores ni ofendido, y sí sólo un joven que, ruborizándose confesábase su amor por su hija; y un padre puesto en ridículo por él mismo, a causa de sus estúpidos celos, que le hacían ver visiones. Tan sorprendido quedó Samsón al salir del engaño, que no tuvo tiempo de alegrarse al saber la inocencia de su esposa, y la picardía de su inofensivamente hipocritilla Lulú. No era verdad tanta belleza, y meneaba la cabeza con aire inconvenido.

—¿Aún duda Ud.? Diga, pues por qué, —dijo Angel, ya repuesto, con una sonrisa indulgente.

—¡Esta carta!...

—Esas carta no tiene nada de particular.

A

D.

de

A.

«A Dolores, de su Angel». Así le escribo siempre, llamándole indistintamente Dolores o Lolita, porque eso de Lulú, no me entra del todo: parece un nombre de perro, y yo le dije que llamaríamos Lulú, al perrito que le regalé hace unos días.

—¿Con que fue Ud.?

—Si... Perdone el hacerle creer que era una amiga la autora del regalo. Ese... es nuestro pimpollo, y por broma le llamamos nuestro hijo, aludiendo a él en esta carta que la llevó una criada de usted, sabedora de nuestros amores.

Lo ocultábamos porque... como no he terminado aún la carrera... Pero ahora, que todo se ha descubierto gracias a un descuido... mi madre le pedirá en mi nombre la mano de su hija... para cuando acabe.

—Ya lo oye, pues, señor de Arnús; mi hijo le hace a Ud. esa petición, que yo con mil amores le transmito.

—Bueno, concedido. —Y ahora me perdonarán Uds. mi locura, ... y no digan nada...

—No hay que hablar más, —contestó magnánimamente Angel, porque como dice Calderón:

*Juez que ha sido delincuente,  
¡qué fácilmente perdona!*

Se despidió don Gasparito de su futuro yerno y de doña Angela. Y allá va Samsón murmurando:

—Ridículo, ridículo; ¡ahora sí que lo he quedado... de veras! ¡Y qué planchazo! ¡Pero todo ha sido mentira! ¡Cuánta felicidad!

Llegó a su casa. Su Lulú estaba en el jardín, y dejando en el suelo la regadera, corrió a él.

—Papín, ¿dónde has estado, tan madrugador?

El padre, se esforzó en parecer serio e irritado.

—¿Sabes de dónde vengo? ¡De casa de tu Angel, señorita hipócrita, gatita de Mari-Ramos!

—¡Papá! —balbuceó Lulú, viéndose descubierta.

—Pues, sí señor, y ¿sabes una cosa? Me han mandado a llamar...

—¡Oh!

—...porque está herido, —continuó divirtiéndose con el terror de su hija.

–¡Ay, Dios mío! ¿Y quién?

–¡Yo!!

–¡Tú, papá tú! –y rompió en llanto sin poderse contener.

–Ea, –dijo decidido al fin, a no martirizar más aquel pobre corazoncito. –No ha sido nada; fue equivocadamente, que anoche disparé creyéndole un ladrón. Pero... el año que viene os casaremos.

–¡Papaito! ¡Mi buen papá! ¡Oh, qué retebuenísimo eres! ¿No me engañas?

–¡Toma! ¿Y para qué?

–Un beso, adorable papín.

–Aunque sean doscientos. ¡Angelito mío!

Aparece la mamá en lo alto de la escalera.

–Ven mamá, corre; un notición, así... –y abría las manos indicando el volumen de la noticia.

–¿Pero qué es esto? –dijo llegando a ellos.

–¡Que pronto seré suegro... y que te quiero más que nunca! –dijo Samsón olvidando por completo la terrible palabra «ridículo», y besando locamente a su esposa.

(Barcelona, 30 de julio, 1913).

## LA EXTRAÑA

*...Elle n'aimait pas plus à se sentir fraîche et voluptueuse qu'on aime un son répété sans but. La beauté même lui était insupportable comme une chose inutile. Elle entrevoyait avec horreur que désormais elle ne pouvait plus être une créature complète...*

BALZAC.

Père Lachaise...

Este era un señor, confesor de Luis XIV... mas no quiero hablar del buen jesuita a quien debe su nombre, sinó de la interesante ciudad de los muertos, el melancólico cementerio del Père Lachaise.

Allí se duerme, se sueña... La poesía de camposanto invade el alma y hace pensar en la paz de los sepulcros, en la tranquilidad, nunca turbada de ultra tumba, de las cosas muertas, que *viven* mejor que las vivas. (Yo desvarío sin duda, como dicen en las comedias, a causa de los años y los desengaños, su consonante natural. Eso me habrá vuelto medio tonto).

Voy a confiar al papel una aventura, una aventura de cementerio, ciertamente, y nada macabra no obstante. Comenzó bien, continuó mejor... y se acabó. *Sic transit*... Así pasa la gloria del mundo. Yo era estudiante de segundo año de medicina, viviendo en el Barrio Latino, como todos los que en París tienen la desgracia de pasar su juventud inclinados sobre los libros. Me mantenía con su estudio, más siendo

eso poco sólido para el estómago, el gobierno de mi país me pasaba regular o irregularmente, –según marcaba el termómetro de la cosa pública, –una pensoncita. Además, tenía yo un tío..., y el puerto de salvación cuando me sentía náufrago en el piélagos sin *fondos* de mis deudas y apuros, era el Boulevard Menil Montant, donde vivía con su feliz familia «el alma caritativa de mi tío», en espera de ir a ocupar una habitación entre los vecinos de enfrente: los moradores del «Père Lachaise». Frecuentes visitas hacía yo a mi tío Oscar. Él vivía desde treinta años atrás en París, a donde vino desde América como estudiante de medicina. Se casó y se quedó, ejerciendo con muchísimo éxito su humanitaria profesión. Hizo varios viajes a América, su tierra natal y mía, durante los cuales tuvo el gusto de conocerme y tomarme inmenso cariño, por lo cual con permiso de mi madre viuda y una pensión del gobierno, decidió traerme a París, para estudiar, como él, la medicina. Aquí me tienen ustedes. Me colocó en el Barrio Latino, a fin de estar más cerca de la Universidad, ya que él vivía más alejado, pues como he dicho antes, su casa estaba frente al «Père Lachaise».

Una tarde triste de invierno, queriendo mantener viva la melancolía que me producía la carencia de cuartos y la insoportable ausencia de mi tío protector, a quien no encontré en su domicilio, me dirigí al cementerio, a pasear mis penas. ¡Era desesperante! Cuando con el corazón repleto de confianza en la generosidad del tío Oscar, subo en un periquete la escalera, llamo... me sale al encuentro su hija.

Hay que saber que lo único que le reprocho al buen señor, es haber contribuido a que esté en el mundo esa mole de carne, esa sosería andando a quien debo llamar mi prima.

¿Por qué amamos? ¿Por qué odiamos? No sé quién dijo, con razón a quintales, que nadie sabe darse cuenta de esos *por qué*s. El caso es que el amor es algo instintivo, como el comer... y nadie puede obligarme a probar un bocado si no tengo apetito. A mí me gusta muchísimo el francés, pero hablado con mi prima, me parece que no es una lengua de sabios... Después de este ligero desahogo continuo.

–Buenos días, prima, –le dije.

–Buenos días, querido. ¡Qué felicidad verte por aquí! –Me tendió su mano fría.

–¿Está mi tío?

–No, acaba de salir. Pero estoy yo, si te es igual.

–¡Ah! Eso es siempre algo –dije con una sonrisa, o con una morisqueta, como llaman en mi tierra a las muecas.

–Entra, entra; siéntate.

Entré. Me senté. Y no hablamos más, ella por no atreverse al ver mi desabrimiento, y yo... porque no tenía ganas de hablar con ella. Sospechaba que tío Oscar, quería convertirme en su yerno desde mucho tiempo, y esa suposición me escamaba y me hacía ser frío, casi grosero respecto a su hija, al objeto de que no concibiera vanas ilusiones.

Diré para atenuar mi ingratitud respecto a mi pariente, que su niña era nada bonita; no harto fea tampoco, pero sí muy gorda, y a través de aquellas sus masas de carne por más esfuerzos que hacía mi imaginación, no lograba descubrir ni un átomo de espiritualidad ni de gracia, suponiendo que tales cosas se midan por átomos...

«En fin, Malherbe vino» –dijo Boileau, –y en fin, mi prima habló, –diré yo.

–Hace un tiempo nada agradable, ¿eh? (Siempre lo paga el tiempo).

–Si, no es bonito. –Pausa.

–¿Recibiste carta de tu casa?

–Si.

–¿Están bien todos?

–Si, todos bien. –(Decididamente yo parecía el más tonto de los dos. No tenía ganas de hablar. Me paré y tomé el sombrero).

–Hasta la vista, prima. Saludos al tío.

–Hasta la vista, primo.

Interesante conversación, ¿eh? Bajé la escalera, volando, como si tuviera mucha prisa, y lo único que se me ocurrió fue ir a pasear mi hipocondría por el cementerio. Caminaba deprisa, con las manos en

los bolsillos, mirando a tierra, furioso conmigo mismo, con mi prima, con mi tío, con el cosmos entero, cuando ¡cataplum! tropecé y por poquito caigo encima de alguien que cruzaba también, sin fijarse por donde caminaba. Miro ese alguien y veo la cara más linda que se haya paseado por un cementerio.

—Perdón, señorita, —balbucí al mismo tiempo que ella articulaba un: Perdón caballero, y continuaba tranquilamente su ruta examinando una a una las tumbas, con curiosidad indiferente. Luego, se volvió y me salió al encuentro diciéndome:

—Caballero, ¿sabe Ud. por donde se va al cementerio israelita?

—Oh, *oui, mademoiselle*, —respondí encantado de entablar conversación con ella. —Verá usted: tuerza por ahí a la derecha, por «Avenida de los Pozos», y continúe siempre recto...

La joven me miró con atención y con una sonrisa.

—El señor no es parisién —dijo.

—No, señorita; soy americano. Lo notará usted en el acento. Verdaderamente ¿se me conoce mucho?

—No, no mucho; pero en fin algo, un poco sí, como es natural. Eso no se pierde tan fácilmente.

—¿Quiere usted que la acompañe al cementerio israelita? —atreví a insinuar. —Sin duda querrá visitar lo que todo el mundo quiere ver primero, la tumba de Abelardo y Eloísa. (Era indudable: ahora ya me habían vuelto las ganas de hablar, y a ella por lo visto no le faltaban tampoco).

—Sí, es verdad. Quería visitarla. Mas no se moleste Ud., puedo ir sola.

—No es molestia ninguna por mi parte. Además, yendo sola no sabrá encontrarla...

—Vamos allá, pues, —dijo con naturalidad. —Empezamos andar uno al lado del otro.

—Por aquí. Mire Ud., la tumba de la trágica Raquel, —enseñaba yo muy satisfecho de mi papel de cicerone en el cementerio.

–Parece mentira; lo cierto es que no hay como ser parisién para no conocer París. Vergüenza me da el verme conducida por un extranjero que conoce París mejor que yo.

–No es ningún mérito de mi parte, no vaya usted a creer. Como yo sé que no me quedaré en París siempre, me he apresurado en conocer sus bellezas. Una de las que más me atrae es la de este cementerio, y lo visito con frecuencia; y estoy familiarizado con sus tumbas.

–¿Es decir, que Ud. no vive en París?

–Sí... mejor dicho no. Soy estudiante y cuando termine la carrera volveré a mi país.

–¡Ya!... pero oiga, el «Quartier Latin», está algo lejos de aquí. ¿Cómo es que Ud. busca para pasearse un sitio tan distante de donde vive, pues sin duda vive Ud. en el barrio de los estudiantes... *n'est ce pas?*

Aquella muchacha era adorable; todo lo quería saber, y yo satisfacía su curiosidad encantado de su charla. En tanto, llegamos a la tumba de los amantes que duermen el sueño de la piedra, uno al lado del otro.

–Ahí tiene Ud. a Eloísa junto a su erudito esposo, a quien casi igualaba en saber.

–¡Bah! No es menester ser tan sabios para amarse tanto. ¿Eso qué tiene que ver?

–¿Lo cree Ud. así? Sin embargo, el amor es la sabiduría de los ignorantes, y el complemento de la ciencia de los sabios, dijo no sé quién (y repetí yo entonces pedantemente).

–De manera, que siempre se es sabio amando, según Ud. –objetó con cierta ironía.

–Sin duda.

–Eso habrá que discutirse. Yo creo que los que mejor deben amar son los pobres de espíritu... pero, no discutamos eso, en primer lugar, porque usted no comprendería mi opinión si llegara a exponérselo, y en segundo... porque soy una ignorante, ¿sabe usted?

–Es decir, –interrumpí, –una pobre de espíritu que sabría amar...

–No sea Ud. socarrón y deje continuar. Soy una ignorante en cuestión de amor, así que mis opiniones serían sólo suposiciones, frutos de la imaginación y no de la experiencia, algo que se ha pensado y no se ha vivido, y no obstante debiera saberlo... mejor dicho, pude haber vivido, todo eso. ¡Se vé tanto, ocurren tantas aventuras en la vida de una cómica!...

–¿Es Ud. artista?

–¿Artista? Sí, es verdad; se llama artista a cualquiera... Yo soy artista, pues, artista de películas ¿comprende? Trabajo para el cinematógrafo. Algo se ha de hacer para vivir. No quiero deberle el pan a nadie, ni a mi... padre, y por eso vivo sola. Además, le hago aún un favor dejándole gastarse solo lo que él gana, que buena falta le hace... para gastárselo en su copita... y en lo que no es vino, en las faldas...

Dijo esto con un tonillo medio irónico, medio jocoso, y que sin embargo, me pareció ocultaba un secreto rencor contra el padre borrachón y libertino. Siguió hablando, en ese charlar apresurado de los parisinos, que es imposible a los extranjeros seguir y comprender bien de repente, y que exige una atención continuadísima so pena de perder el hilo más de una vez, como me pasaba a mí. Lo que recuerdo es que me contaba su historia según me parecía. Creo habló de su madre muerta, no hacía mucho tiempo, de su padre a quien abandonaron las dos, por ser imposible la vida en común con un perpetuo ebrio. También charló del cine.

–Ya vé Ud. –acuérdome que decía; –¡a mí que me gusta tanto charlar, y verme precisada a hacer papeles mudos y secundarios siempre! Y los hago bien, créame, aunque suponga Ud. en su interior que no sirvo para callar. Cuando desempeño mis papeles, como entonces no hay casi que hablar, todo mi fuego se me va por los ojos, los brazos... vaya, que hago mil aspavientos... y sale bien la película. Amo locamente mi trabajo. Y a usted ¿no le gustaría ser artista, a la manera que yo? Seguramente, no. ¡Vaya un capricho, eh! Es un gran

arte, el arte del cinematógrafo. Muy divertido, hacer películas. No se tiene delante al público, no se intimida una; se es más natural. Después aplauden o silban, cuando no lo veo; sigo trabajando sin descorazonamiento ni desilusiones... ni ilusiones. ¡C'es rigolo! Es un gran arte, un gran arte la cinematografía.

Yo la escuchaba silencioso y atento, mejor dicho, adivinaba lo que decía y... la contemplaba estático haciendo mil observaciones interiores. Tenía unos ojos bellos, negros, grandes casi tanto como pequeña la boca; unos ojos llenos de inteligencia, y de bondad sobre todo. Aquella joven debía ser buena, porque sí, porque sus ojos acariciaban inocentemente a aquel a quien su boca hablaba. No se pintaba, lo cual, en una artista joven y bella como ella era, indicaba pocas pretensiones de conquista. No, no debía ser una cualquier cosa... Era alegre de carácter, franca, tal vez demasiado, pues con un desconocido conversaba tranquilamente, como si fuera amigo de toda la vida, contándole su historia, manifestando sus opiniones, y algunas extravagantes, por cierto.

Viendo ella que había charlado largo tiempo, sin parar, y yo, estático, no chistaba, djome bruscamente:

-¿Qué hace Ud.?

-La miraba a Ud. hablando.

-¡Sin escucharme!

-Perdone, señorita. Hacía lo que su público en el cine: la miraba y la admiraba sin oírla.

-Veamos -dijo, sentándose al borde de una tumba. -¿Por qué miraba Ud. tanto? ¿Qué resultado ha obtenido de sus observaciones?

-Uno muy halagüeño para la observada. Es usted no sólo bonita, sino simpática, agradable a oír, encantadora a contemplar... -Me entusiasma hablando, pero ella interrumpió:

-¡Cuidado! Va usted por mal camino. ¡Una declaración, casi!

-¿No estará acostumbrada a oírlas? Seguramente que sí.

-No, en un cementerio...

—¿Eso, qué importa? Cuando el amor canta, canta en cualquier parte. Todo se embellece y alegra entonces. —Pero no sonría Ud., no se burle, por Dios, y escúcheme un momento...

—¡Si no me burlo! —contestó riendo. —¡Si al contrario, me gusta mucho oírle! ¡Qué gracioso! *C'est rigolo...*

—¿Qué es lo gracioso?

—Su acentillo americano, y luego, lo intempestivo de sus palabras. Eso está pasado de moda... vamos, lo que se usa es hablar de amor después de cierto tiempo, y no así, de repente. Veamos. ¿Está Ud. enamorado? Míreme bien. ¿Está Ud. enamorado... de alguien?

—¡De usted... con todo el corazón!

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Si Ud. no sabe lo que es amor! Confiese: Ud. no está enamorado.

—¡Señorita!

—¡Ah! ¡los hombres! Como si no los conociera. ¿Sabe Ud.? Mi... padre siempre le decía a mi madre, que la adoraba, y cuando mi madre le abandonó, ni siquiera se ha muerto... Ya ve lo que es el amor de los hombres.

—Dígame —articulé yo sentándome a su lado en la misma tumba. —¿Sabe Ud. lo que es el amor?

—Ya le he dicho antes que no. Nunca lo he sentido... Sin embargo, podría juzgar por lo observado, entre los que dicen o creen amar.

—Ahora pregunto yo, como me decía usted hace un momento: ¿qué resultado ha obtenido de sus observaciones?

—¡Que es Ud. un curioso preguntón! —respondió riendo y levantándose al oír que los guardianes empezaban a gritar: ¡Se cierra! —Yo quedé sentado donde estaba, mirándola con ojos conmovidos. Aquella muchacha me gustaba infinitamente; su charla continua, su franqueza, sus palabras bruscas, todo me encantaba en ella.

—¡Ah! —dijo ella pasando a otro asunto como si nada hubiésemos hablado. —¿Quiere enseñarme la tumba de Daudet, antes de irme?

—Está lejos de aquí, señorita.

—Bueno, será otra día.

–Quise aprovecharme de aquella su volubilidad encantadora para insinuar:

–Mañana, si quiere, podríamos continuar nuestra excursión...

–¿Mañana? ¿Qué día es mañana? Lunes, es cierto. Pues sí, cuando salga de mis trabajos, pasaré por aquí. Vivo en la *rue des Amandiers*, y por lo tanto, para ir a casa pasaré delante del cementerio.

–¿Vendrá, pues, mañana?

–Sí; no le tengo miedo ni a Ud. ni a... sus enamoramientos.

–¿Tan inofensivo me cree? –pregunté ya de buen humor, mientras caminaba a su lado con rumbo a la Avenida Principal. –Debo parecerle muy feo, muy tonto quizás...

–No; ni lo uno ni lo otro, –contestó con naturalidad. –Es Ud. un amigo agradable, con quien me gusta conversar; y es Ud. franco. La franqueza simpatiza conmigo.

Tenía razón. Soy muy franco, y debido a eso nunca puedo estar a gusto junto a mi prima: a su lado si empezara a ser franco, sería grosero. ¡Me gusta tan poco la hija de mi tío!

–Adiós, señorita.

–Hasta mañana.

–Su inofensivo amigo le esperará en la puerta mañana a las tres en punto. ¿No es eso?

–Sí, a esa hora me retiraré mañana. No trabajo más que hasta las dos. Como por allá... y volveré aquí.

–Hasta la vista.

Se fue. Quedé parado en la acera, siguiéndola con la vista hasta la plaza «*des Amandiers*», al llegar a la cual volviéndose, me miró aún plantado donde me dejó, y se puso a reír. También yo reí, sin saber por qué y tomé alegremente el camino de mi barrio.

Aquella noche me acosté sin cenar, como consecuencia de no haber visto a mi tío, y del otro encuentro que en su lugar tuve. (Conste que no aludo al de mi prima.) No cené a causa de no tener dinero, pero aun cuando lo hubiera tenido, no probaría un bocado... ¡Tan satisfecho estaba, sinó mi estómago, mi corazón!

¡Felices veinte años! Es una dicha simplemente el ser joven. Lo digo ahora porque no lo soy. La felicidad consiste en conformarse con poco, en ser dichoso con lo que se tiene, y en hacerse la ilusión de que eso nos basta. La juventud es como la elevada columna de Simeón, el «Estilita»: desde su altura, sólo se descubre lo azul del cielo y se olvida que la tierra es negra...

Al día siguiente, la joven, de la cual ignoraba el nombre, como ella el mío, acudió al cementerio. Siguió viniendo varios días. Pasábamos, visitando varias tumbas notables, y conversábamos amigablemente, nada más que como dos amigos, sobre mil cosas distintas.

Una vez intenté hablar de amor, del mío especialmente. Me comprendió y me atajó al punto, diciéndome:

–Va Ud. por mal camino: devuélvase... –y siguió perorando, no sé si acerca de Dios o... de los aeroplanos.

A propósito de aquél, voy a exponeros algunas de sus ideas sobre la divinidad.

–Es Ud. religiosa... –dije en cierta ocasión, en que al paso de un entierro, se santiguó devotamente.

–Se puede hacer la señal de la cruz, sin creer en Dios, –respondió sonriendo enigmática.

–¿Luego, no cree Ud.?

–¿Por qué no?

–Dice un novelista español, que es una cosa horrible una mujer sin religión, y sin embargo, él mismo añade, que aún es peor una mujer fanática.

–Eso es. Para no ser *horrible* ni *peor*, no soy ni lo uno ni lo otro, manteniéndome, como quería Luis Felipe, en el *justo medio*; aunque temo me dé tan mal resultado como a él. Siempre me quedará el recurso de pasarme a uno o a otro bando.

–Sabe usted mucho, –le interrumpí.

Ella siguió:

–Yo que tengo poquísima fe, no tendría inconveniente en creer mucho, en admitirlo todo si fuera necesario, para salvar mi alma del

fuego del infierno, o mi cuerpo del de la Inquisición, si estuviéramos en sus tiempos feroces.

—¿Es decir, que su conciencia se acomodaría a todo?

—No, a todo no; a lo que instintivamente repugna no puede acomodarse, pero las ciencias las inventan los hombres; y ellas lo mismo que éstos, nunca son ni enteramente buenas, ni enteramente malas... y así se pueden admitir todas sin peligro para la conciencia.

—¿Dónde ha aprendido Ud. a razonar de la manera? Es Ud. muy sabia.

—¡Ah, los hombres! Naturalmente: creéis que sólo vuestro pensamiento piensa, vuestra inteligencia concibe, que un cerebro de mujer ha de estar siempre lleno de superfluosidades y bagatelas, sin que pueda ocurrírsele las mismas cosas que al de un hombre. Yo, yo he pensado cuando no tengo nada que hacer, en muchas cosas... y he concluído aceptando que el mundo es un carnaval, que todos tienen su careta, aún los más sinceros; nadie se demuestra tal cual es... ¡Quién sabe qué profundos ateísmos hay bajo los capuchones de los monjes! En fin, tal vez yo tenga también mi careta... Lo admito todo, y ¡quién sabe lo que guardo en mi interior, qué ideas, qué pensamientos! Callaré no vaya a horrorizarse, de que una mujer hable de esa manera. Para que no crea Ud. soy anarquista, volteriana, ni nada de eso, voy a hacerle una invitación: mañana es mi santo, y como buena católica. —agregó sonriendo, —deseo celebrarlo.

¿Quiere Ud. venir a comer conmigo? No le tengo miedo, más por si acaso no estaremos solos. Vendrán otros amigos.

—¡Ah, señorita! —respondí transportado, creyendo hallarme en el séptimo cielo del Profeta. —¡Cuánta bondad! ¿Cómo rehusar tan agradable invitación?

—Tenga Ud. —agregó dándome su tarjeta. —Mañana en la noche, a las ocho en punto. Adiós.

—Hasta mañana a las ocho.

Cuando partió, leí su tarjeta.

MARCELLE TUTAN

ARTISTA

Paris. 20, Rue des Amandiers

¡Singular mujer aquella! No quería oír declaraciones siendo tan bonita como era; conversaba tranquilamente con los hombres; decía que no tenía miedo a éstos, y convidaba a uno, enamorado, a comer. ¡Cuidado! Yo, por mi parte, creía que no le era mi persona indiferente. Se complacía en entablar largas pláticas conmigo, divirtiéndose en exponerme sus ideas, algunas disparatadas, para dejarme asombrado y, luego terminar con que no creía lo que ella misma dijo. Me trataba como un chiquillo a veces, y si es verdad que yo tenía veinte años, no había para tanto, pues sólo tendría cuatro años más que yo, a lo sumo.

Cuando la perdí de vista fui a casa de mi tío.

–Tío, ¿quiere usted prestarme mil francos?

–Muchacho, ¿estás loco? ¿Para qué los necesitas?

–¿Quiere Ud. hacerme feliz con esos mil francos, o no me los quiere dar? –insistí.

–¡Eres terrible! Te pregunto una cosa y me contestas con otra interrogación.

–Toma, –continuó, alargándomelos. –Siempre será para alguna calaverada, y a pesar de eso te los doy, o mejor dicho, para eso te los doy. ¡Juventud! ¡Juventud!... Diviértete, haz locuras... para eso eres joven. Luego, vendrá el tiempo de casarte y ser formal...

–¡Tío, querido tío Oscar! ¡Es usted muy bueno! ¡Es Ud. un santo digno de toda ventura en este mundo y en el otro!

–Un santo bonachón y espléndido. No abundan, sobrino. Aprovéchate de éste.

Compré con el dinero de mi tío, una bonita sortija, un ramo de flores y dos botellas de Champagne. Armado con todo eso, y ya casi

sin un céntimo en el bolsillo, presentéme muy satisfecho en el cuarto piso, rue Amandiers, número 20, el día treinta y uno de Enero, a las ocho menos quince minutos de la noche.

–¡Puntualidad! Así me gusta, no me agrada esperar ni que me esperen, –me recibió diciendo.

–Buenos días, señorita Marcelle, –dije pronunciando por primera vez su nombre. –¿Admite usted las felicitaciones? Reciba entonces las mías sin pronunciarlas, porque ¡le deseo tantas cosas buenas, que no sabría por donde empezar a enumerarlas! –Presenté las flores, dejé el Champagne en una mesita próxima, y saqué orgulloso mi sortija...

–Gracias, por tantos deseos; pero lo que no quiero admitir es tanto regalo. Amo las amistades desinteresadas, así es que, habiéndole convidado la primera, parece se ha visto en el compromiso de hacerme regalos...

–Señorita, le ruego...

–No valen ruegos. Verá: las flores quedan admitidas... la sortija no. ¿Cuántos francos le ha costado? Dígame: ¿ha tenido que empeñar el colchón?

Me puse colorado... hasta los cabellos.

–Señorita... – balbuci.

–Vamos no se ruborice usted. No quise disgustarle. Deme su mano. –Se la alargué, me la estreché, y bonitamente colocóme la sortija.

–¿Qué hace Ud.? –pregunté.

–Guárdela como recuerdo de mi amistad... En cuanto al Champagne, también queda admitido, y lo beberemos juntos.

Me hallaba un poquillo corrido, al ver su manera de tomar las cosas.

–Vamos, señor... ¿cómo se llama Ud.? –dijo poniéndome la mano en el hombro.

–Juan Sánchez.

–Sánchez... Monsieur Sánchez. ¡Qué gracioso! Vamos al comedor. Déme Ud. el brazo, Monsieur Sánchez.

Creo fundadamente que se estaba *chuleando* de mi apellido, o tal vez de mi monísima personita; pero en fin, le di el brazo y entré con mi gentil pareja en el comedor, que era una pieza pequeñita como todas las de la casa, aunque muy bien arreglada, y con un reconfortable fuego en la chimenea. Junto a ésta, se hallaba un hombre como de cuarenta años, y una mujer algo más joven apoyaba un brazo en su hombro, mirando ambos un álbum o libro, o algo por el estilo. Recuerdo algún detalle, como el del grupo que formaban, porque a primera vista, y gracias a la escasa claridad allí reinante, me hicieron el efecto de un cuadro plástico. Luego, vi no eran tan guapos ni uno ni otro personajes, los cuales me presentó Marcelle así:

–Mis amigos el señor Sergio Polaniski, y su hermana la señorita Aniuta. –Mi amigo el señor Juan... ¿Cómo?

–Sánchez, –contesté.

–¡Es verdad! ¡Vaya una memoria! En fin, estáis todos, señores. La mesa está puesta y la comida se enfriaría. –Corrió a la cocina y trajo la sopa. El señor Sergio la siguió y su hermana también, trayendo cada uno un guiso, y ya todo en la mesa comimos sin interrupción, a pesar de la falta de sirvientes. Fue animada la comida, gracias a mi champagne y otras botellas de licor que había también llevado el señor, de quien dijo Marcelle horrores como anarquista, mientras él sonreía con una sonrisa simpática de buen hombre. Era una persona agradabilísima, y tal vez contribuya a esta buena opinión que en seguida de él formé el hecho de marcharse a poco de beber el café, llevándose consigo a su hermana y pidiendo mil excusas a su invitante, pero estaban convidados por no sé quién al teatro, y no era cosa de faltar. Hacían «*Michèl Strogoff*», en el «Chatelet»; (ya véis si me acuerdo bien de todo lo de aquella noche).

Quedé solo con Marcelle. Una idea muy agradable me iba entrando cerebro adentro... El champagne, tiene siempre el poder de tornarme enamorado y tierno; por ahí me empiezan a mí las borracheras...

Cuando Marcelle se sentó a mi lado y me dijo, con su vocecita: – «Hábleme de cosas alegres», –tenía yo ganas de llorar y de comérmela a besos. ¡A tal extremo me habían impulsado su linda *toilette*, su rostro más lindo aún, y más animado que de costumbre, y el delicioso ingenio, su «sprit» desplegado durante toda la cena! La extraña mezcla de fogsidad y emoción sentida por mí, en aquellos momentos, sólo los puedo explicar diciendo que me sentía ahogado y con todos los síntomas de sofocación en un mar de mieles...

La tomé una mano. Ella, sonriendo, trató de desasirla; pero yo, sonriendo también, sonriendo siempre, y con toda la dulzura de que entonces sentía un desbordamiento, se la retuve, la estreché y... se la besé. No sonrió ya otra vez, ruborizóse como una colegiala y sólo pudo o supo decir: «¡Oh!...», frotándose las manos con gracia y confusión indescriptible, cual si quisiera borrar de ellas una mancha. Su turbación envalentonó la mía, y atrapando al vuelo las dos se las besé, no una sinó varias veces, no sé cuántas, que como supondréis no estaba yo en estado en aquel momento, de llevar en cuenta los besos que dí. Sé que fui pródigo y generoso. Ella me miró con dulzura, pareciendo agradecerme el placer que le daba el jueguecito aquel, sobre todo, cuando le decía con mi más tierna voz: «*Ma petite Marcelle... ¡Comme je vous aime!*». –Pasé un brazo, atrevido y acariciante, por su cintura...

–¡Oh no, eso no!, –exclamó levantándose de un brinco, aunque sin yo soltarla. –¡Eso sí!, –dije yo, hecho un valiente y estrechándola en mis brazos, buscando con mis labios ardientes los suyos que me tentaban... Besos, muchos besos, golosos en las mejillas, la boca...

–*Ma petite Marcelle*, –repetía yo, –quíereme, quíereme... –Un beso en la boca... por ahí empieza el cielo... ¡Ay, de mí! El cielo se me alejaba... La gatita parisima que hasta entonces se dejó acariciar, casi con gusto, al ver mi decidido propósito de *entrar en el cielo*, se escapó haciendo un esfuerzo sobre humano, de entre mis brazos, y derribando muebles mientras corría, para poner momentáneos

obstáculos a mi persecución, llegó a la puerta del piso, la abrió, y fuera, en el rellano de la escalera ya, me dijo:

–Vete, vete, o me voy.

–¡Es que yo te amo! –le repetía yo con toda la fuerza y convicción de un testarudo. –He sido tonto, atrevido... pero te quiero, ¡te quiero!

Sofocadísima, muy encarnada, pero más bonita que nunca, retorciéndose las manos con un gesto dolorosamente sincero al que acompañaban unos ojazos nublados por las lágrimas, me dijo estas palabras:

–Lo sé, lo sé... Yo también... pero no puedo... es que... No debe ser... Tendría remordimientos...

–¿Es Ud. casada? –pregunté asustado.

–¡Oh, no!, –protestó sonriendo de una manera especial, dolorosa, como indiqué antes. –Pero vete... no me atormentes... Es que no puedo... no puedo... Por Dios, váyase. No quiere Ud. conformarse con mi amistad... El amor, no será posible.

Cogí mi sombrero y le solté un glacial «Adiós, señorita».

Ansiosamente preguntóme aún:

–¿No se va Ud. muy enfadado, señor Juan?... Adiós pues... Yo le querría... pero no, no *debo*... Adiós.

¿Comprendísteis? ¿No, eh? Pues, yo tampoco... al menos entonces.

Más tarde pensé en ello, leyendo mis libros de estudios, y meditando esta frase terrible de la Escritura, –que a veces confirma la Medicina:

«Las faltas de los padres caerán sobre los hijos, hasta la tercera generación...»

Y sin saber por qué, pensé en la hija del alcohólico, y en alguna herencia miserable o contagio, del que pensó librarme.

(París, Diciembre).

# ALMA FEMENINA

1874

## EL IDILIO DEL PICHONCITO

Habló así la madre:

–Duerme, hijo mío, en mis brazos y reposa en ellos, como en el seno de la Providencia. ¡Así fueran de oro para ofrendar un trono riquísimo a tu descanso!

¿Qué tiene el rey del mundo? ¿Le asusta la tormenta? A tu madre también, niño querido, asusta un poco el rayo; pero... me siento segura llevando tan preciosa carga conmigo. Tu debilidad, a la cual debe proteger y servir de escudo la mía, dame fuerzas y una confianza y seguridad, hasta para ir al fin del mundo, y desafiar los hombres y los elementos, si necesidad tuviera.

Mira: la luna aparece entre nubes. Ya no habrá más tormenta que te asuste. ¡Cuán hermosa es la luna! Igual que tu carita, por la redonda y plácida, cuando hace bueno; pero tú eres más hermoso. ¡Mírala, hijo mío, cómo su belleza quiere asemejarse a la tuya!

El niño, mientras tanto, no quiere ver la luna y continúa llorando.

–¿Lloras tú, cielo, vida, encanto de tu madre? ¿No ves como el firmamento se oscurece si tú lloras, prenda mía? Las estrellas se van: tus lágrimas me las eclipsan, y no quieren verte llorar, como yo tampoco. ¿Ves? Bien oscuro está ahora el camino, y sin embargo, nos falta aún un buen trecho que recorrer... ¿No oyes aullidos? ¡Son los lobos! Debes callarte, alma mía.

Tampoco le preocupan al nene los aullidos de los lobos. Quizás, hecho un sabio filósofo, no crea en la existencia de lo que no ve con sus ojos. Y continúa berreando amargamente.

1910

## EL IDILIO DEL PICHONCITO

Habló así la madre:

–Duerme, hijo mío, en mis brazos y reposa en ellos, como en el seno de la Providencia. ¡Así fueran de oro para ofrendar un trono riquísimo a tu descanso!

¿Qué tiene el rey del mundo? ¿Le asusta la tormenta? A tu madre también, niño querido, asusta un poco el rayo; pero... me siento segura llevando tan preciosa carga conmigo. Tu debilidad, a la cual debe proteger y servir de escudo la mía, dame fuerzas y una confianza y seguridad, hasta para ir al fin del mundo, y desafiar los hombres y los elementos, si necesidad tuviera.

Mira: la luna aparece entre nubes. Ya no habrá más tormenta que te asuste. ¡Cuán hermosa es la luna! Igual que tu carita, por la redonda y plácida, cuando hace bueno; pero tú eres más hermoso. ¡Mírala, hijo mío, cómo su belleza quiere asemejarse a la tuya!

El niño, mientras tanto, no quiere ver la luna y continúa llorando.

–¿Lloras tú, cielo, vida, encanto de tu madre? ¿No ves como el firmamento se obscurece si tú lloras, prenda mía? Las estrellas se van: tus lágrimas me las eclipsan, y no quieren verte llorar, como yo tampoco. ¿Ves? Bien obscuro está ahora el camino, y sin embargo, nos falta aún un buen trecho que recorrer... ¿No oyes aullidos? ¡Son los lobos! Debes callarte, alma mía.

Tampoco le preocupan al nene los aullidos de los lobos. Quizás, hecho un sabio filósofo, no crea en la existencia de lo que no ve con sus ojos. Y continúa berreando amargamente.

SECRETARÍA DE DEFENSA

## EL IDILIO DEL PICHONCITO

Habló así la madre:

–Duerme, hijo mío, en mis brazos y reposa en ellos, como en el seno de la Providencia. ¡Así fueran de oro para ofrendar un trono riquísimo a tu descanso!

¿Qué tiene el rey del mundo? ¿Le asusta la tormenta? A tu madre también, niño querido, asusta un poco el rayo; pero... me siento segura llevando tan preciosa carga conmigo. Tu debilidad, a la cual debe proteger y servir de escudo la mía, dame fuerzas y una confianza y seguridad, hasta para ir al fin del mundo, y desafiar los hombres y los elementos, si necesidad tuviera.

Mira: la luna aparece entre nubes. Ya no habrá más tormenta que te asuste. ¡Cuán hermosa es la luna! Igual que tu carita, por la redonda y plácida, cuando hace bueno; pero tú eres más hermoso. ¡Mírala, hijo mío, cómo su belleza quiere asemejarse a la tuya!

El niño, mientras tanto, no quiere ver la luna y continúa llorando.

–¿Lloras tú, cielo, vida, encanto de tu madre? ¿No ves como el firmamento se oscurece si tú lloras, prenda mía? Las estrellas se van: tus lágrimas me las eclipsan, y no quieren verte llorar, como yo tampoco. ¿Ves? Bien oscuro está ahora el camino, y sin embargo, nos falta aún un buen trecho que recorrer... ¿No oyes aullidos? ¡Son los lobos! Debes callarte, alma mía.

Tampoco le preocupan al nene los aullidos de los lobos. Quizás, hecho un sabio filósofo, no crea en la existencia de lo que no ve con sus ojos. Y continúa berreando amargamente.

—¿Qué haría yo porque no sufriera este rey mío? No sabes nada de las penas que se pasan en esta vida, ¿por qué, pues, parece como si sufrieras? Encanto: ignoras que tu abuelo me arrojó de la casa paterna, a causa del crimen de que vinieses al mundo. ¡Tú, mi dulce rey!

He pecado, sí, me arrepiento; tanto más cuanto que Dios castigó mi pecado, con el premio de recibir en mis brazos, tu hermosura y tu inocencia; y al estrecharte yo entre ellos, comprendí, al fin, que la vida tenía un sentido. Y te amé, hijo, y me sentí perdonada...

El niño no hace gran caso de historias, y continúa abierta la espita de su llanto inagotable. No parece sinó que lllore por todos los pecados del mundo entero, presentes, pasados y futuros. ¡Tan grande es su congoja!

—¡Y continuas llorando tú! Prontito llegaremos, pronto. ¿Ves aquella luz? Será nuestro albergue allí... Calla, calla, vidita. Para tu distracción, voy a decirte en pocas palabras, por qué mi padre me arrojó de casa y por qué el tuyo no me ampara: ¡porque ellos no son madres! ¡Ja, ja! ¡Es la verdadera causa! ¿No te ríes de mi descubrimiento, rey de España, hermosura, mi vida, preciosidad, encanto de la tierra, prenda querida? ¡Hijo mío!

Con acompañamiento de estruendosos besos, agota la madre el repertorio de sus arrullos, pero el nene encuentra extremados unos y otros, y sigue desafinando, con lo cual querrá demostrar que no le gustan las exageraciones maternas. Llegan, por fin, a una casa: una mujer abre la puerta, y al ver a otra con un niño en brazos... ya nada le rehusará. Al amor de la lumbre siéntase con su llorón la madre, y entonces, ¡oh prodigio!, saca la novel nodriza... un talismán, que en el pecho tiene oculto, y se lo pone en la boca al mamoncillo... El niño calla instantáneamente...

La madre sonrío...

Hay otra mujer que con las manos juntas, contempla el cuadro, con la misma sonrisa de adoración con que en otro tiempo los pastores

de Belén, se postraron de hinojos ante el sencillo misterio de un niño  
en brazos de una madre...

Fuera, el lobo ya no aúlla...

La luna es más hermosa que nunca.

## DE CUERPO ENTERO

*Si tu veux faire mon bonheur,  
Margarite, Margarite,  
Si tu veux faire mon bonheur  
Margarite, prête moi ton coeur.*

La criada es quien canta. Lllaman, y va a abrir. Entra madama Bavard, la cual se cuele en el comedor como una corriente de aire, y así como tras el viento sigue el temporal, la entrada de la gentil damita es preludeo de un aluvión de palabras que sin respirar derrama su boca perfumada.

–Buenos días –le dice a madama Epinard. –¿Cómo estás, *ma vieille*? Bien, ¿verdad? Ya lo veo. ¿Y *Marquise*? Siempre durmiendo, ¿eh? ¿Dónde está?, que no la veo. ¡Pst! *Marquise*, ven aquí, *Mignonne*. Es decir que todos estáis bien.

–No vamos mal, gracias. ¿Y tú, de dónde vienes? Esta tarde te vi tomar el metropolitano...

–Cierto. He recorrido almacenes buscando un sombrero de novedad. Y un *renand* blanco, porque no quiero ir siempre con el negro. Además, lo obscuro hace vieja. También compré una tela color *peau de pêche* para hacerme un chalequillo. Estuve en el Louvre.

–Para los sombreros no hay como el Louvre.

Yo prefiero el Printemps o la galerías Lafayette. No fui hoy, porque tenía que hacer una visita cerca del Louvre. He estado tres horas en éste, recorriéndolo y probándome sombreros, y no he

podido encontrar uno como yo soñaba. Quiero algo nuevo, original. La moda la entiendo como distinción y no vulgarización. ¡Y lo que veo en los almacenes lo lleva todo el mundo! En fin, hice enviar varios a casa por decir cualquier cosa, pero no escogeré ninguno. ¿Y tu marido, va bien? A ver si ese ogro te deja venir con nosotros el próximo domingo. Iremos a patinar a Versailles.

–Mi marido, –suspira madama Epinard, –me dice que cuando se va a cumplir cuarenta años, como nosotras, no se debe pensar en ir a tennis, ni a patines, ni a...

–Tu marido, –interrumpe furiosa la otra, –es un oso mal educado. ¿Lo oyes tú bien? Hazme el favor de decírselo. Es decir, no se lo digas. Pero procura incrustarte esa idea en la cabeza y no hagas caso de sermones. Que aprenda de Mr. Bavard, quien me deja hacer cuanto quiero. Con lo único con que no transige, es con que me ponga una peluca color de rosa; pero, por lo demás... Ayer me acompañó al baile del Moulin Rouge, aunque no danzamos, pero fuimos a ver los trajes. ¡Cuántas *toilettes épatantes!* Todas las mañanas vamos al Bosque de Bolonia a caballo. En fin, te dejo. Adiós, *Marquise. Au revoir*, tú; recuerdos a tu oso.

–¿Te vas tan pronto? ¿No querrás una taza de té?

–No, gracias; tengo prisa. Adiós.

–*Au revoir.*

Y se va madama Bavard, la simpática persona que tan bien lleva su nombre. Madama Epinard, la acompaña hasta la puerta; luego vuelve y, pensativa, se sienta en una otomana. ¿En qué medita? Quizá en las palabras de su amiga, de que debe convencerse que su marido, el doctor Epinard, es un oso mal educado, a quien no se debe hacer caso. *Marquise*, salta a las piernas de su ama y ésta vuelve a la realidad.

–¡*Oh, Marquise, ma mignonne, mon canard, mon petit loulou!* – dice con la explosión de su cariño... maternal, al cual pone fin el teléfono.

–Drin, trrrin...

–¿*Allô?*

—Soy yo, ¿sabes? Fui a tu casa por un recado urgente y se me olvidó. Figúrate que mi marido está enfermo, en cama, y me encargó dijera al doctor Epinard, que viniera a verlo. Pero, hija, con tu charla...

—*Pardon*, querrás decir la tuya...

—Bueno, es igual. ¡Ja, ja! Anda, dile a tu marido que venga a curarme a Bavard. Y que haga el favor de no prohibirle salir de noche, porque, ¿con quién iría yo al teatro y a los bailes? Que le aconseje también las aguas de Boulogne, para este verano. Le probarán, y a mí también: allí hay Casino y no se aburre una.

(París, 1914).

## LA DONCELLA QUE AGUARDA UN PRÍNCIPE AZUL...

*(Cuento ejemplar para niñas grandes y chicas).*

Pues señor... esta es la historia de la última princesa de los cuentos azules, que pasó su vida esperando la llegada de un príncipe de ese mismo color.

Nuestra doncellita no era la tercera de las tres hermanas legendarias, entre las cuales, siempre es la menor más lista. Tampoco fue hija única, y deseadísimas por ancianos reyes que siempre ansiaron la paternidad, hasta que un hada, al fin, se la concediera como don; sinó que, simplemente, ocurriósele nacer... de la espuma de la mar, imitando en eso a la Afrodita antigua, y surgió cual ella blanca y cual ella hermosa, amén de un título...

Naturalmente, con tal nacimiento, pudo decirse que no tuvo padres, o al menos nunca le fueron presentados, semejante así a los pobrecitos que lloran en la Inclusa, sin que los suyos naturales les recuerden, ni las demás mujeres, «o madres, que es lo mismo», según Martínez Sierra, traten de adoptarlos ni cuiden de su regalo.

Habitaba – eso sí que no podía faltar, –un bellissimo palacio encantado, dentro del cual la joven princesa se entretenía en hacerse la manicura, probarse vestidos y oír los fox-trot, que un buen fonógrafo le proporcionaba, –pues hasta los palacios de encantamiento llegan ahora los adelantos de la civilización. –Se aburría, no obstante, a ratitos, cosa que ocurre con gran facilidad, lo mismo a los espíritus

superiores que a las doncellitas tontas. Entonces, no tenía más que llamar por teléfono, –la moderna varita de virtudes, –al 131, 313 D. D. –dirección desconocida, –e inmediatamente hallaba dispuesto bajo sus balcones, un automóvil, cuyo misterioso conductor la llevaba al cine, para reírse con «*Payasot*», o sufrir ante «*La estela sangrienta*».

De ese modo completada su educación, cumplió sus quince años la rubia princesita de doradas trenzas, largas hasta casi el suelo, cual tenerlas debía la Margarita de Fausto.

Un día hallábase asomada a la ventana, mirando la interminable carretera. Secreto aviso advirtiéndola, constantemente, que por dicho camino polvoriento se presentaría aquel, que conquistando su corazón y su mano, la habría de libertar de su enojoso y solitario encanto, dentro del cual le estaba prohibido hasta la palabra, cosa que aunque hartamente dura para una mujer, soportaba, pues ¿qué no se impone ésta con objeto de casarse y de casarse a gusto? Así, todas sus impresiones las guardaba para ella, no sólo a causa de la prohibición, sino debido al pequeño inconveniente de estar por lo general sola, y ser sus únicos servidores sordos y mudos.

Mirando, pues, hacia el camino, descubrió un nube azulada, inconfundible con el polvo, acercándosele paulatinamente. En el medio le pareció ver, muy confusa, la forma de un ginete. ¡Tamaño vuelco dióle el corazón, creyendo cercano el momento de conocer al príncipe ideal, héroe de sus sueños!... Y era, en efecto, un príncipe, que le endosó esta cantiga:

*Bella princesa que habitas  
ese castillo encantado,  
bajo el cual, mi amante pecho,  
se sintió de amor llagado...*

No es creíble que la princesa, con suficiente criterio literario, encontrara cursis los versos; más bien el rostro del galán quizás no le

agradó, pues el caso fue que no le dejó continuar, y tapándose los oídos sin andarse en chiquitas, le correspondió con esta aleluya:

—Calla, calla, buen caballero; sigue tu ruta, que no te quiero.

A la manera de una nube de verano, desapareció el pobre caballete, con su par de calabazas bajo el brazo, y al mismo tiempo se halló entre sus manos la orgullosa, un telegrama así:

«—Procediste muy irreflexivamente, dando un *no* tan poco disimulado, al infeliz romántico que te amaba, por el cual se mueren otras mujeres, entre las que, sin duda, encontrará una consoladora. Gracias a tu poca edad, en lugar de castigo, se te condena a esperar tres años el arribo de otro príncipe.»

Lloró la jovencita tan dura condenación, pero al fin, se consoló tocando la pianola y probándose trajes.

Pasaron muchos meses, años... y llegaron a cumplirse los del plazo.

Una tarde, que nuestra doncellita se entretenía a ejecutar con los pies «*Los cuentos de Hoffman*», por Ofembach, su finísimo oído percibe en la carretera los cascos de un caballo, y asomándose al balcón descubre que, en efecto, sobre un hermoso corcel negro, se le acercaba la más gallarda figura de jinete. Vestía también todo de luto, pero lo más lamentable fue cara y manos negras, igualmente en el caballero, cosa notada en seguida por la princesita, produciéndole un mohín desdeñoso.

El recién llegado, aparte su color, poseía muy correctas facciones; bella estatua tallada en ébano, sus hermosos ojos reflejaban honda tristeza. Sin atreverse a pronunciar palabra, ante el disgusto manifiesto de la joven, lanzó un suspiro, que entreabriendo su negra boca dejó lucir blanquísima dentadura, como la claridad de una estrella en la obscuridad del firmamento...

—Sigue, sigue, buen caballero; sigue el camino, que no te quiero, —gritó mejor que hablar la cruel doncella.

Y el pobre alejóse tristemente, hacia lo desconocido... Tal vez, si no muriera de pena, encontraría alguna otra que menos esquiva,

acordándose de que el blanco de España y el albayalde existen para un apuro, no se pararía en colores...

También la princesita fue esta vez amonestada por su desdén, y como correctivo, quedó tres años más sin pretendiente.

Nuevamente la denunciadora polvareda se dio conocer en el horizonte, como heraldo de otro adorador inédito.

A pie venía; gentil la apostura, nieve, rosa y azabache las demás particularidades de su rostro.

Encantada quedó al verle la doncella, y ya iba a decir que «*si*» antes que el joven se declarase, más ¡oh, tristèza del detalle!, viéndole despacio se dio cuenta de un punto horrible, afeador, en el ojo del enamorado, un puntito de esos que llaman nube, porque en efecto oscurecen, –como éstas al Sol, –la belleza de los ojos más hermosos. No bien notara tal la melindrosa, poseedora de muy buenos ojos y mejor vista, obsequió con calabazas al nuevo amante, quien perdióse para ella en la noche de una eterna ausencia.

Se presentó otro enamorado, después de cierto tiempo de castigo, más como fuese demasiado alto para la doncella encantada de la vida, hizose la consideración de que a menos de no partirlo en dos trozos o meterse en un bolsillo, no podrían salir a paseo bien aparejados, y lo despidió con su eterna cantinela:

*Sigue, sigue, buen Caballero  
sigue de largo, que no te quiero...*

Luego, vino un pobre mozo, a quien despidieron por eso, por ser pobre... ¡Justo castigo a su atrevimiento!...

Y un día que la doncella entretenía sus ocios principescos, ensayando con su mudo profesor de baile, una danza estrambótica (que se impuso cual deber a todas las mujeres de su época), mientras atronábale el ruido de la *jaz-band*, distinguió otro muy particular hacia el camino, como el del oro que se cuenta en grandes cantidades... Se estremeció la princesa profundamente... y hasta el palacio pareció conmovirse al dulce son en sus cimientos...

Un misterioso automóvil, de lujosísima carrocería, se detuvo ante el portal, bajando de él un caballero, imponente el aspecto, el vestido irreprochable, pero grises, escandalosamente canos, sus cabellos.

Viejo y feo, el que no podemos llamar «pobre hombre», a causa de sus riquezas y opulencia.

Reíase ya la doncella, gozando de antemano con el «no» descomunal con que pensaba obsequiarle, si acaso se atreviera a declararse; pero su sorpresa fue sin límites, cuando escuchó estas palabras pronunciadas sencillamente, en el tono más natural y tranquilo, por el vejete archimillonario.

–Vengo a casarme contigo...

–¿Conmigo?... ¡Jamás! ¿Quién puede disponer así de mi voluntad?

–¡El Destino, que es tu dueño, y te tiene encantada en este palacio desde hace años! Gastaste demasiado, y ya nada posees: todo, todo cuanto hay aquí lo debes. Yo te deshipotecaré...

–¡Nunca, mientras me reste un hálito de juventud y de belleza...

–exclamó pronta a llorar la pretendida, sin ocurrírsele alegrar «trabajaré para remediarme sola», porque como nadie le había enseñado eso...

A su vez, sonrióse el ricacho, y sacando de su bolsillo un espejito dorado se lo puso delante, para que se mirase. Diferente de todos los grandes espejos que en el palacio abundaban y sobre los que disimuladamente estaba escrito *Adulación*, en éste un pequeño letrero rezaba: *Verdad*

–Ya no eres ni joven, ni hermosa, como ves.

Los años transcurridos tontamente en este palacio de las frivolidades, creyéndote poseedora eterna de un caudal de riqueza, hermosura y juventud, hiciéronte desdeñadora con quienes de veras te amaban y podrían hacerte feliz. Hoy no te resta más recurso que yo. No valdrá rebelarte: con mi dinero compraré tu necesidad.

Lloró la joven su desgracia tan amargamente, que es fama, cayeron sus lágrimas sobre la dura tierra haciendo nacer en ella esas florecillas azules que siempre brotarán: las *Ilusiones*.

Y como no tuvo más remedio, cargó con su Príncipe Gris, el vejete millonario, que con su dinero omnipotente la compró y pagó sus deudas, el inmenso caudal derrochado con tal prodigalidad irreflexiva.

Pero como estas cosas no pueden ocurrir sin un gran asco del alma, también cuenta la historia que la pobre doncellita murió... Sí, de muerte natural: en una nube se ahorcó.

¿No lo creeréis? Pues oidme a Campoamor, que dice:

*¡La que ama un ideal y sube... y sube...  
Suele morir ahorcada... de una nube!*

Ni más ni menos, lectoras. Y os lo cuento como me lo contó una de esas que llaman en Andalucía «mocitas viejas», la cual a su vez lo supo por un cruel maestro: el *Desengaño*...

## NIDO DE PÁJAROS

Dan las cinco.

–Bendita sea la hora en que Nuestro Señor Jesucristo... Padre nuestro... –inicia la monja.

Las cabecitas se inclinan con gran recogimiento, y todas responden a los rezos devotamente.

–Bueno, –dice al terminar la madre Presentación. –Ahora podéis merendar, pero... ¡mucho orden! y, sobre todo, cuidadito con hacer lo del otro día, que al volver encontré una miga de pan en mi tintero, y trozos de chocolate entre las páginas de la Biblia. Por supuesto, si llego a encontrar a la autora de tales irreverencias no hubiera dejado de darle su merecido.

La niñas escuchan en actitud humilde, lo cual parece prometer que no incurrirán ya jamás en los pasados errores... ¡Quimera, ilusión!

Dejando encargada del orden a la hermana Esperanza, márchase la profesora, más no bien desaparece, sus amantes discípulas festejan su partida con un repique general... de pupitres; es decir, dejando caer, todas a la vez, las tapas de aquellos. Se armó un ruido infernal, y naturalmente, como la madre Presentación no andaba aún muy lejos, pronto se encontró de nuevo ante las culpables.

–¿Qué es esto? ¡Habrás visto descaro! ¡Parece mentira semejante falta de compostura en unas señoritas que pretenden ser hijas de María! ¡Que no se repita! –dijo por terminar la suave filípica y partió. Esta vez no volvieron a las andadas aquellos angelitos, sin estar

seguras de que no aparecería más la profesora, y una de ellas se coló por el pasillo con disimulo, espiando si era de veras que se iba. Volvió diciendo:

—¡Se fue! ¡Viva la libertad! ¡Ay hermanita Esperanza de mi alma! ¿Verdad que serás buena y prudente?

—¡Por Dios, niñas! Sedlo vosotras, porque si no... —No pudo acabar: el enemigo le atacó resueltamente. Una le asaltó por detrás, tapándole los ojos con las manos; otra le hizo frente con un carbón, y sin que ella pudiera impedirlo le trazó unos hermosos bigotes.

—¡Ay hermana, y qué guapa está! ¡Sí se parece al nuevo sacristán de la capilla! ¿No se ha fijado que guapo mozo es el nuevo sacristancito?

—¡No me he fijado, no! —dijo la hermana Esperanza, procurando limpiarse la cara. —No me he fijado, porque cuando estoy en la iglesia no hago como las personas inmodestas, que miran al sacristán en lugar de ver los santos.

—¿Pullitas a mí? Que pasen de largo. —Y aquella a quien iban dirigidas se lavó las manchadas manos, y acercándose a dos solitarias que en un rincón devoraban un tomazo de Carolina Invernicio, les preguntó:

—¿Por dónde vais? ¿Ya habéis leído todo eso?

—Sí. Ahora estamos por el sexto crimen. Ya hemos enviado cinco prójimos al otro barrio.

—¡Jesús! ¡Qué horror! ¿Eso os gusta? A mí me agradan las novelas de Dumas, en las que siempre hay una reina enamorada, un paje... y un arrogante caballero... y...

—Pues a mí, me entusiasma lo tremebundo; vengan crímenes, descuartizamientos...

—¡Calla bárbara! Parece mentira...

—Ja, ja, ja.

—¿De qué rien aquellas?

—Anda ven a oír... Ay, ¡qué gracia!

Era Anita, que con el aire del «*Ven y ven...*» cantaba unos couplets de su cosecha, en los cuales ponía en danza a todo bicho viviente,

empezando por la madre Presentación, con gran escándalo de la impotente hermana Esperanza.

–¡Niñas, por la Virgen!... ¡Que mañana os vais a confesar!

–¿Acaso es pecado lo que digo? Escuche...

*Presentación Oportuna  
la más fea de las mujeres...*

–¡No quiero oír! ¡No quiero oír! –exclamaba tapándose las orejas la hermana Paciencia ¡digo! Esperanza.

–¡Ea, chicas!; vamos a jugar a los disparates. Anoche he estado desvelada hasta las doce, pensando unos despropósitos sabrosísimos. Veréis qué bonitas combinaciones.

Y las tan célebres «combinaciones» resultan inocencias como éstas:

–¿Para qué sirven los mosquitos?

–Para predicar en Cuaresma y en todo tiempo.

–¿Y el padre Solet?

–Para zumbar, picar y molestar cuando llega el verano.

Los disparates las entretienen un poco, mas al fin, agotados los temas, inauguran un gran baile, donde con objeto de horrorizar a la Hermana, no faltan «agarraos», machichas y tangos argentinos.

–¡Hijas de mi alma, hijitas mías! ¡Que va a venir la madre Presentación! –balbucía la apurada hermana tratando de calmar aquel afán de bailoteo prohibido, pero... ¡que si quieres! El jaleo era cada vez más animado, hasta que se oyó decir:

–¡Que viene ya la Madre!

Cuando la madre Presentación entró, parecía que no había pasado nada, absolutamente, y si hubiera preguntado algo a la hermana Esperanza, ésta podría contestar con tanta verdad como el parte oficial francés de cada día:

–En el ala izquierda, no ha ocurrido novedad como ve Ud...

Falta saber si la madre Presentación se lo creería, conociendo lo poco asentadas que estaban aquellas cabezas de pájaros.

(*El Cine*, Barcelona 1915).

## LA MADRE DEL «BOCHE»

Una tarde triste, siguiendo a un día de batalla. Es cerca de Lizy, en la llanura del Marne. Un campo aún más triste, porque está cubierto de cadáveres. Aquí agonizan unos hombres; otros ya duermen el sueño del cual no se despierta; más allá se ve un soldado sin brazos; por este lado una pierna sin poseedor... ¡Por todas partes horror y sangre! Y aquellos humanos causantes de todo eso, en tiempo de paz arrojan de su sociedad a los asesinos, y se creerían manchados si su mano tocase la del verdugo...

Pero en la guerra todo cambia; la matanza colectiva se prepara con orden, se dirige, se glorifica... Y sin embargo, ¿acaso es menos grave que el crimen de un sólo hombre, el asesinato de muchos por otros muchos? Las naciones han convenido en que sí... ¡La muerte ha de dar vida a la victoria!

Ahora, en el Marne, aquella se declara por los ejércitos franceses, y una fila de prisioneros es, como trofeo de guerra, conducida al campamento. Se ve, entre ellos, una mujer, llevando la insignia de la Cruz Roja.

—Eso no se hace —exclamó el general. —No se prende a las mujeres.

—Es que, mi general, ella se lo ha buscado, por decirlo así. Vamos, que se acercó a nuestras líneas y comenzó a insultarnos y a decirnos mil herejías. ¡Hasta nos llamó *cochinos*! Figúrese... (*Cochon* es el mayor insulto para un francés).

—¿Hola? ¿Así estamos, señora?

La mujer al sentirse interpelada acercóse al general, y comenzó a balbucir y suplicar en un idioma desconocido para aquel.

—¿Qué diablos dice? No entiendo ese dialecto enrevesado.

—Pide —dijo el Mayor, o médico militar,—que le dejen ver el cadáver de su hijo. Dice, que por seguirlo en las batallas se hizo enfermera de la Cruz-Roja, y por verlo ahora muerto procuró que la apresaran.

—Su hijo...

—Karl Sttug, —interrumpió la mujer con orgullo.

—Sí, —continuó el Mayor; —es ese abanderado que hemos podido coger sólo muerto, pues en vida no quiso entregarse. Un valiente. ¡Pobre muchacho! Figúrese, mi general, que un obús le destrozó un brazo, y cogiendo la bandera con los dientes defendióse como pudo con el otro, hasta que tuvo la mala suerte de perderlo también, más no por eso aflojó el pabellón, y cayó muerto al fin... Es un héroe. Yo lo he visto entre los muertos que han de enterrar en la zanja grande. Aún conserva en la boca un trozo de tela roja... Sí señor, murió como un héroe.

—Bueno, basta; no se entusiasme tanto, señor Mayor, —dijo el general severamente, temiendo que sus «muchachos» se contagiaran de aquel entusiasmo por las hazañas de un «alboche», al ver que, como gente de corazón, escuchaban admirados la relación del heroico hecho. La mujer también escuchó atenta como quien comprende, y después volvió a sus súplicas, llorando y besando las manos del general, mas viendo que éste no parecía ablandarse, acercóse a un oficialillo joven y en buen francés, muy afligida, le dijo:

—Señor, ¿tiene Ud. madre?

El joven conmovióse en lo más profundo, pero por disciplina calló.

—¡Basta de sensiblerías! —ordenó el general. —Acompáñela Ud., Mayor, a donde esté su hijo y cuidado con ella, que puede ser una espía.

Dirigíóle una profunda mirada de desprecio la prisionera, murmurando con sequedad, antes de salir: «Gracias». Y caminaron en silencio largo rato, hasta que, antes de que el Médico dijera: «Es aquí...» –la mujer se había arrojado sobre un cadáver que a lo lejos reconoció. Era su hijo.

–¡Mi Karl! ¿Qué han hecho de ti? ¡Pobre hijo mío! ¿Pero eres tú, realmente tú? ¡Y para eso te he criado con tanto mimo y tantos cuidados!... Señor Mayor, –exclamó de pronto con furia dolorosa, dirigiéndose a él en francés: –¿Sabe usted lo que le dijo? Que el Kaiser es un bruto y vuestro Joffre un animal. –¿A mí qué me importan la Francia ni la Alemania? ¡Que se hubiera hundido el mundo con tal de salvar a mi hijo! ¿No es verdad, señor Mayor?

–¡Vaya! Tanto da Francia como Alemania; todos somos unos. ¿Para qué pelear y matarse? –pregúntase a su vez el Mayor, que tenía resabios socialistas.

La madre no le oía; tenía en brazos cogido a su hijo, y le arrullaba como si fuera pequeño.

–¡Mi Karl! ¡Mi pobre Karl! ¿Verdad que tú no estás muerto? Duerme, duerme hijo mío; hijo de mi corazón. Ahora ya no te despertarán los ruidos de las balas.

–Vamos señora... Que van a enterrar a vuestro hijo. Idos ya de aquí.

–¿Que me vaya? ¿Está Ud. loco, señor Mayor? –Yo también estoy muerta; enterradme. Juntos estamos ahora en la tierra, y lo seguiremos en el cielo, señor francés. ¿No me fusilarán?

–¡Cómo! No señora, no.

–Pues si no sabéis hacer eso... –Lanzóse la mujer sobre el Mayor, con intención de arrebatarse el espadín, mas aquel pudo advertirlo y lo impidió.

–¿Qué pretende Ud.?

–Nada. –Se quedó como pensativa, y de pronto preguntó:

–¿Qué hacen allí?

–¿Allí? Están formando el cuadro para fusilar...

Antes de acabar, la madre había desaparecido; aprovechando la distracción del militar que se colocaba el espadín de nuevo en su sitio, corrió al lugar en donde se iba a fusilar a un espía.

Quiso Dios o la casualidad, que llegase en el momento preciso en que el oficial que lo mandaba, ordenó al cuadro de soldados:

—¡Fuego! —Y la mujer alemana se colocó con presteza junto al espía, y cayó muerta también, exclamando:

—¡Como mi hijo!... ¡Con él!

El Mayor que, sin poder remediarlo, vio el resultado de esta rápida escena, murmuró dando un patada en el suelo:

—¡Qué demonios! Hasta esos *sales boches* (cochinos alemanes), tienen madre.

## MI HERMANA HA MUERTO...

—*¡Duerme en paz! —dicen los buenos.*

—*¡Adiós! —dicen los demás.*

Un filósofo: —*Una menos.*

Un poeta: —*¡Un ángel más!...*

CAMPOAMOR

Lector; en estos tiempos de epidemias, ¿no has estado enfermo, ni has perdido un padre, una hermanita, o un amigo, durante los días luctuosos que corren? Si así fuere, serías un mortal afortunado que posee una envidiable salud, y en cambio no tiene familia, ni amigos, ni conocidos, cuya pérdida por descuidos ajenos lamentaras. Eres dichoso, pues: te saludo *rar avis*.

La desolación y el miedo reinan sobre la ciudad. En todos los hogares se llora o se teme... ¡El mal es tan traidor!...

Y yo... también he llorado... Corre, corre, mi humilde plumita, cuéntale al papel lo grande que es mi pena; cuéntaselo para que él me lo repita si algún día lo olvido; dile que en este instante no deseo que el tiempo compasivo venga a atenuar nuestro dolor, como fatalmente sucederá al transcurso de los años. ¡Quiero tener siempre presente esa juventud, esa casi infancia, sepultada en una blanca cajita y dejada sola, eternamente sola, tras ese desolado Monjuich!...

Allí, en aquel cementerio que es un parque, los pájaros cantan a la vida, entre los árboles, las floridas tumbas, los parterres artísticos, y las avenidas y monumentos de la Ciudad del Silencio, que de lejos

simila una inmensa colmena; pero, ¡ay! cuyas celdillas tapadas no guardan dentro miel, sinó podredumbre, carroña...

¡En eso ha de parar su juventud!...

\*

\* \*

¡Aún parece que te veo! –como exclamó el poeta que cantaba a Teresa. –¡Aún parece que te miro! –no pudiendo conformarme con tu muerte, –sentándote al piano y con aquellas tus marfileñas y perfiladas manos, arrancar del instrumento las notas de «*Cascabelada*», o las armonías, castizamente españolas, de «*La Alegría de la Huerta...*»

Pero... ya todo eso pertenece al pasado; a un pasado de dos, tres meses...

Hace tiempo que la pobre niña descansa en su solitario nicho.

–«¡Qué solita estará mi pobre hija!» –decía la mamá, sin haber leído a Becquer.

*«¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!...»*

Pensamiento profundo, digno de un poeta como el sevillano, o de una madre, tan profunda como todas las madres...

\*

\* \*

Mucho compadecí a las mujeres francesas, belgas y alemanas, que en este trágico momento histórico de la guerra, pierden tantos hijos y esposos a su empuje destructor. ¡Y cómo, gran Dios, iba a pensar que lejos de aquella horrible escena, tendría que ver a tantas otras infelices, en unida desesperación, ante al cadáver de quien de sus fuerzas tomó fuerzas para nacer y vivir!...

¡Y una de esas madres fue mi madre, y su hija muerta era mi hermana!...

La muerte... ¡qué cosa tan horrible!...

\*  
\* \*

La procesión de los blancos ataúdes, continuó durante largo tiempo; los diarios seguían enlutados con las numerosas esquelas, de gente caída en plena juventud, sobre todo, y en la niñez. Nosotros, seguimos también llorando...

Mientras el Ayuntamiento, que ha de velar por la salud de la ciudad, veía satisfecho el curso de sus epidemias.

(Perdóname, lectora, si de todos mis mal pergeñados articulejos, es éste el peor. Ha sido escrito con llanto, y las lágrimas no han servido nunca para otra cosa que para ésto: para derramarlas...)

(1914).

1910

1911

1912

1913

1914

1915

1916

1917

1918

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

1926

1927

1928

1929

1930

1931

1932

1933

1934

1935

1936

1937

1938

1939

1940

1941

1942

1943

1944

1945

1946

1947

1948

1949

1950

1951

1952

1953

1954

1955

1956

1957

1958

1959

1960

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010

2011

2012

2013

2014

2015

2016

2017

2018

2019

2020

2021

2022

2023

2024

2025

## LAS COSTUMBRES

COMITADO RA

## ¡TANGUÍ, TANGO, TANGUINETTE!

Los dioses no se van! Hay un ídolo que hace más de un año, recibe las adoraciones de París-elegante; las damas se consagran a él con un entusiasmo digno de mejor causa, y los hombres también le dedican un culto abnegado..., sobre todo, si son padres de familia.

Entremos en un hogar.

Mamá está fuera, tomando el té en Magic City, y no ha llevado consigo ni a Ivonne ni a Margot, porque tiene la grippe y..., por otros motivos económicos.

Papá lee *Le Journal*, y por encima de su hombro Ivonne también lee.

–¡Ay, papá! ¡Mira! ¡Sólo por cincuenta francos al mes! ¿No es caro, verdad? ¡Llévanos!

–¿A dónde? ¿Qué?

–...Lucie paga sesenta, y sólo es una vez cada semana...

–¿De qué se trata?

–Mi papito querido... no te enfades... ¿Dirás que sí?

–¿Dirás tú que es?

–Fíjate –enseña Ivonne. –Ese anuncio: «Verdadero tango y machicha brasileña; 10 lecciones, 50 francos».

–Mira, –interrumpe el papá espantado como si le nombraran el diablo. –Vete tú, tu tango y tu machicha a paseo. ¡Déjame en paz! ¡Vamos hombre, como si no tuviera bastante! He de pagarle a tu madre, cada viernes, veinte francos por una taza de té y otros veinte

1910

## ¡TANGUÍ, TANGO, TANGUINETTE!

Los dioses no se van! Hay un ídolo que hace más de un año, recibe las adoraciones de París-elegante; las damas se consagran a él con un entusiasmo digno de mejor causa, y los hombres también le dedican un culto abnegado..., sobre todo, si son padres de familia.

Entremos en un hogar.

Mamá está fuera, tomando el té en Magic City, y no ha llevado consigo ni a Ivonne ni a Margot, porque tiene la grippe y..., por otros motivos económicos.

Papá lee *Le Journal*, y por encima de su hombro Ivonne también lee.

—¡Ay, papá! ¡Mira! ¡Sólo por cincuenta francos al mes! ¡No es caro, verdad? ¡Llévanos!

—¿A dónde? ¿Qué?

—...Lucie paga sesenta, y sólo es una vez cada semana...

—¿De qué se trata?

—Mi papito querido... no te enfades... ¿Dirás que sí?

—¿Dirás tú que es?

—Fíjate —enseña Ivonne. —Ese anuncio: «Verdadero tango y machicha brasileña; 10 lecciones, 50 francos».

—Mira, —interrumpe el papá espantado como si le nombraran el diablo. —Vete tú, tu tango y tu machicha a paseo. ¡Déjame en paz! ¡Vamos hombre, como si no tuviera bastante! He de pagarle a tu madre, cada viernes, veinte francos por una taza de té y otros veinte



## ¡TANGUÍ, TANGO, TANGUINETTE!

Los dioses no se van! Hay un ídolo que hace más de un año, recibe las adoraciones de París-elegante; las damas se consagran a él con un entusiasmo digno de mejor causa, y los hombres también le dedican un culto abnegado..., sobre todo, si son padres de familia.

Entremos en un hogar.

Mamá está fuera, tomando el té en Magic City, y no ha llevado consigo ni a Ivonne ni a Margot, porque tiene la grippe y..., por otros motivos económicos.

Papá lee *Le Journal*, y por encima de su hombro Ivonne también lee.

–¡Ay, papá! ¡Mira! ¡Sólo por cincuenta francos al mes! ¿No es caro, verdad? ¡Llévanos!

–¿A dónde? ¿Qué?

–...Lucie paga sesenta, y sólo es una vez cada semana...

–¿De qué se trata?

–Mi papito querido... no te enfades... ¿Dirás que sí?

–¿Dirás tú que es?

–Fíjate –enseña Ivonne. –Ese anuncio: «Verdadero tango y machicha brasileña; 10 lecciones, 50 francos».

–Mira, –interrumpe el papá espantado como si le nombraran el diablo. –Vete tú, tu tango y tu machicha a paseo. ¡Déjame en paz! ¡Vamos hombre, como si no tuviera bastante! He de pagarle a tu madre, cada viernes, veinte francos por una taza de té y otros veinte

por bailar el maldito, –perdón, –bendito tango. ¡Y esas mocosinas que quieren aprenderlo!

–Papá, –balbuce Margot. –No seas así. Al menos cómpranos «*El último tango*». Yo lo tocaré y mamá se lo enseñará a bailar a Ivonne...

–¡Adiós con la otra! ¿Tú también, hija mía? ¡Pues idos a paseo las dos! ¡Y se acabó!

Las dos aspirantes a tangófilas callan aterradas.

Papá abre *Le Journal*, por otro lado.

«Bombones tango. Última novedad», lee en primera línea.

–¡Un demonio! –Vuelve la hoja y se distrae con la lista de espectáculos:

«*Tanguí, tango, tanguinette*». Revista cómico-lírico-bailable, etc.

–¡Otro demonio! –Y cambia de hoja, huyendo al espectro que parece perseguirlo. Un artículo que debe ser serio, por fin.

«En la Academia Francesa. Discurso de Jean Richepin, sobre el tango».

Abandona el periódico soltando un enérgico ¡*Zut, alors!* Luego se calma y murmura con beatífico acento:

¡Señor, tened piedad de nuestros cuerpos, no vayan a parar todos a Charenton! (Que es como si dijéramos a San Boy o a Leganés).

Saca el reloj, y al ver la hora toma su sombrero y su abrigo, y con resignado paso se dirige en busca de su mujer al té-tango, de Magic City.

Allí está ella; con un espléndido traje color tango, baila el idem, estrechamente abrazada a un señor desconocido de papá. Este la contempla con sonrisa forzada, no vaya a disgustarse su cara mitad, y dar en falso uno de los treinta y dos o más pasos de que se compone la danza a la moda.

–Perdón, caballero, – le dice acercándosele uno que habla francés con pronunciado acento extranjero. –¿Quiere usted decirme cómo se llama esa danza indecente que bailan esas parejas de locos estrafalarios?

POR ENTRE FRIVOLIDADES

—¿De dónde sale usted, señor mío, que ignora que esa danza es nuestro glorioso tango argentino? —dice irónico papá. Y entre esas parejas de locos estrafalarios, está la dama que, cuando el tango le da tiempo, tiene a bien llamarme su esposo.

—*Vraiment?* —agrega el extranjero, abriendo una gran boca asombrado. —Pues yo soy argentino... e ignoraba todo eso.

(París, enero 1914).

## CAMPESINA

Se emborracharon los dos viejos. ¿Qué remedio? Todo el año trabajaban como bestias, alimentándose con las mil y una porquerías para economizar; así era cosa de celebrarse el que hubiera en el almanaque un San Onésimo, patrón del pueblo.

Festearon «la fiesta mayor» sacrificando un cabrito, un pato y un hermoso capón. Dicho cruento sacrificio no tuvo lugar precisamente en el altar del Santo, sinó en la limpia cocina de «*Can Furró*», desde cuyos fogones trasladóse toda aquella carnicería a los estómagos de Furró *pare* y Furró *fill*, y sus respectivas y gordas consortes, sin excluir a Tereseta, la pequeña, ídolo de papás y abuelos.

¿Cómo aquellas cuatro personas y media (la chica no comía aún por una), pudieron devorar un cabrito, un pato y un pollo, con su correspondiente arroz, amén de ciertos salchichones que harían abrir la boca hasta la mismísima momia del Santo, cuya fiesta celebraban? Todo sólido, positivo; los campesinos no entienden de entremeses ni principios. ¿Cómo hundir tanta cosa en el cansado abdomen? Pues... ¡a fuerza de vino! —cual diría el otro. —Y, claro está, se marearon un poco; se les subieron los vapores del alcohol a los pisos superiores, acabando por no saber lo que decir querían..., en fin, que cogieron una fenomenal mona, una pítima o borrachera, como queráis llamarla.

La suegra y la nuera, nunca habían sido unos modelos en cuestión de mantener la paz doméstica, y entonces, gracias al calor de la digestión y al vino consumido, sus poco armónicas relaciones quedaron de relieve y, la paz, bastante mal parada.

¡Allí fue ella! Decir que se tiraron los platos a la cabeza resulta pálido, pues, no solo éstos, sino hasta los zapatos estrenados aquel día (y que se quitaron todos, para comer con mayor comodidad), volaron por los aires buscando sitio donde hacer un chichón. ¿Quién comenzó? Quizás la suegra a la que el vino ponía turbio los asuntos, forzándola a decir que no se diese tanta prisa «cierta persona», en despachar las provisiones, pues tiempo tendría de beberse una pipa, si quisiera... Sulfuróse la otra, y como nunca tuvo pelos en la lengua, demostró con argumentos bien expuestos que *un día era un día*, y por tanto justo, si en aquel sacaba la tripa de mal año, pues en todo éste obligábanla al ayuno...

–¡Miren... la gandula! No parece... sino que tengamos de obsequiarla... ¡Encima... de no trabajar!... El que no trabaja, no como, ¿eh?... –fue la balbuciente réplica.

–¡Eh, madre! Cuidado con el vinillo, si sube a la cabeza y luego no distingue. ¡A mi mujer nadie la insulta!

–¡Adiós... con el otro estúpido! ¿Tú también?... –pregunta el viejo metiendo su cuchara en la olla de arroz.

–¿Cómo yo también? Pues... claro... ¡A mí... nadie me tose! ¡Contra!...

–Pues... si dijo que la matamos – masculló el viejo de nuevo, y, sintiendo las ideas algo nubladas, empuñó la bota a fin de aclarárselas con el líquido.

–Sí, eso es... Dice que la matamos... ¡Habrán animal! ¡Contra!... ¡La matamos... la gana traída de casa de sus padres! –repone la vieja tambaleando, pero aún suficientemente diestra para arrancar la ya algo escurrida bota de las fauces maritales.

–¡Mis padres! ¡No, allí no eran miserables como ustedes, viejos rancios!

–La abuela se cae... –dijo Tereseta.

–¿Ha dicho viejos, cómo?... ¡Atrevida, deslenguada! ¡Poca vergüenza! –rugió la buena suegra, echando mano a la sopera y tirando continente y contenido (algo restó), en dirección a la cabeza

de su idolatrada hija política, quien por su parte, cogió la escoba y la vapuleó lucidamente con ella, hasta que cayó la vieja de bruces sobre un montón de hojas que en un rincón de aquella vasta pieza comedor-cocina había. Todo ocurrió, mientras Tereseta chillaba de miedo, el hijo se reía, y el anciano Furró consolábase bebiendo.

Cansada de la «faena», pudo decir la joven:

–Vámonos, vámonos de aquí, y dejemos a esos borrachos con su vino y su tacañería.

–En seguida, –convino el marido; y, tomando el último trago, agarró a Tereseta por la mano.

Salieron los tres. Propuso la mujer irse a casa de sus padres, y su hombre aceptó.

Y el viejo lo vio marchar, silencioso, fijando los ojos, estúpidamente absortos, en la rubia cabecita de la niña, quien decía adiós con la sucia manuca, sin que él acertara a responderle. Quedó fija su mirada siempre en el mismo punto... y al cabo de un rato su fuerte respiración hizo dúo con la de la vieja. Encima del montón de maíz roncaba igual que braman en la plaza los toros.

## II

*El que borracho se acuesta  
con agua se desayuna...*

Al día siguiente, mustios, casi avergonzados con el vago recuerdo de la «fiesta mayor», comenzaron a trabajar los dos viejos.

Lavados los platos y cacerolas, se sentaron en el suelo para limpiar el maíz, separando las hojas que cubren las panochas, y guardando sus rubias hilas que sirven de cura en ciertas enfermedades. Al mirar el color aúreo de los flecos, el hombre suspiró:

–Ya sé, ya... ¿Verdad que parece el cabello de la nena, eso? –dijo la vieja, húmedos los ojos.

POR ENTRE FRIVOLIDADES

–¿Qué hará ahora? –musitó el otro.

–Estará jugando en el lavadero, con barquitos de papel.

–Sí, que a ella le gusta mucho el agua; pero deben tener cuidado no se caiga dentro.

–Aquella mala mujer no se ocupará mucho, y es capaz de dejarla sola para que se pueda ir de cabeza...

–¡Mujer! No la llares mala, que el malo es el vino, cuando se toma mucho. Por su culpa se han ido. Como bebiste tanto...

–Pues mira, que tú...

–Vamos, bebimos todos demasiado; eso es lo cierto.

–Es verdad...

Callaron un rato y siguieron trabajando.

Momentos después, el viejo echó a rodar por tierra las mazorcas y, nervioso, se puso a pasear. La vieja Ramona seguía sus vueltas con la mirada. De repente el marido se le plantó delante:

–¿Sabes lo que te digo? –empezó.

–¿Qué?

–No se me quita de la cabeza la chica. En casa de los padres de *esa*, hay mucho peligro con el lavadero tan bajo.

–Tienes razón. – La mujer, cosa rara, concedíasele por segunda vez en un cuarto de hora. Nuevo silencio.

Pocos minutos después, tornó a hablar el abuelo.

–Mira, Ramona, casi estoy...

–¿Qué?

–Casi estoy, por...

–¿Por qué, hombre?

–Pues, mira... Ir donde *esos*, y decirles...

–Dí...

–Que tú hablaste demasiado; que yo estuve bruto ayer, y ellos tampoco tenían razón en reñir y marcharse por tonterías...

–Eso mismo te iba a proponer, pues, la verdad, no es cosa de que pasemos la vida así... sin la pequeña, y total, por nada.

–Tienes razón, y ahora mismo voy...

Dispuso Dios que en aquel preciso instante, se presentara en la puerta el Furró, hijo, dando la mano a Tereseta.

–Dios los guarde, padres. Yo soy aquí el que hereda, –dijo brutalmente con toda su alma de *payés*, incapaz de disimulos ni rodeos, –y así como hemos reñido, vengo a que hagamos partes.

Abrazando a la nietecita adorada, ya de buen humor, contestó el padre:

–Poco, a poco, *fill meu* (\*); calma. Aquí no tenemos ganas de partes, sino de paces. Y así deja esos bríos y dame la mano.

–Es que yo...

–Es que yo te digo que vayas a buscar a la *jove*, y te vengas a vivir aquí como antes, es decir, mejor que antes. No estamos para rabietas; y si te vas y quieres tu parte, ha de ser con la condición de dejarnos la chica aquí, y si no, nada de herencia. Si vas a buscar a tu mujer y os venís todos por acá, tan contentos, y... *tranquilitat y bons aliments...* ¡Santas Pascuas!

–Ahora sí que está usted bueno. ¡Contra! Habla igual que un libro. Voy en seguida a buscar a la Mariona, pero que madre procure guardar la lengua.

Prometido, aceptado y verificado todo a gusto de ambos, volvieron a la vida de siempre en casa de los Furró: trabajar y comer. La suegra y la *jove*, no riñeron más... que de cuando en cuando, para no perder costumbre, y al recordar los palos que a la una propinó la otra, decía ésta relamiéndose con el recuerdo:

–Suerte que estaba yo también medio mareada, y pude atreverme...

Y la vieja comentaba por su parte con las vecinas:

–Menos mal que andaba yo algo *bebida*, que si no, no me aguanto. ¡Vaya si no me aguanto!

---

(\*) Hijo mío.

## DÍA DE RECIBO

*(Cuadro escapado de una comedia irrepresentable)*

*(En tanto que espera, CLARA, apoyado su cuerpo gentilísimo sobre una mesita, se entretiene dibujando en una tarjeta el perfil de su marido, muy parecido al chato perfil de un mono. Reclinado en el sofá, JULIO está llenándose la cabeza con trincheras tomadas, recuperadas y vueltas a tomar en el juego terrible y eterno de la guerra. Cuando tiene ya el cacumen atiborrado de noticias bélicas, suelta el periódico con gesto aburrido y dice, mientras le abre la boca un enorme bostezo:)*

### JULIO

– Si no vienen pronto tus visitas, yo me marchó al Círculo.

### CLARA

– Es decir, que allí te aburrirás menos que en mi compañía...  
¡Gracias!

### JULIO

– No, mujer; no es eso... sinó que... Verás... Han dicho que vendrían a las cuatro, y va a dar la media y aún no aparecen. Tengo que comprar localidades para el Concierto, y no sabiendo si vienen o no con nosotros...

CLARA

– Siempre has de gruñir. ¡Qué calamidad de hombre!

JULIO

–Y siempre habéis de haceros esperar. ¡Qué calamidad de mujeres!...

CLARA

–(*Escuchando*). ¿Las cuatro y media?... No: es el timbre que suena... Ahí las tienes. ¿Ves como siempre has de tener poquísima razón?...

*(Efectivamente, son ellas: tres figurines que se precipitan en el salón, entre una oleada de perfumes. La madre y dos hijas.)*

LOLA

– ¡Hola, querida!

CLARA

– ¡Gracias a Dios! ¡Cuánto bueno!... (*Besándolas.*)

CARMEN

– ¿Qué tal?

DOÑA LUZ

– Muy buenas, Julio. ¿Cómo está usted?

JULIO

– Bien, gracias; muchas gracias. ¿Qué tal, Lola? Ustedes siempre tan guapas...

LOLA

– Eso queda para Clara, siempre tan bonita.

CLARA

– Ea, chicas, basta de piropos. Sentaos. Creí que ya no vendríaís.

CARMEN

– ¡Cómo íbamos a faltar! Papá convino de buena gana, en que fuéramos juntos al Concierto.

DOÑA LUZ

– Mi marido prefiere la música seria a los couplets de Carmen Flores, que a mí me entusiasman y embelesan. Dice que a él le gusta lo culto, y se conoce que por eso deja ir las chicas siempre a Conciertos, para que... (*vacilando*) parara que se *cultiven*... (*A todos sorprende el vocablo, pero nadie protesta.*)

LOLA (a Clara)

– ¿Sabes con quienes hemos topado esta mañana en el Paseo de Gracia? Con esa cursi de Pepita y el esperpento de su esposo. ¡La pobre! Lleva un sombrero enorme, cuando se usan los pequeños, y con unos adornos que no parece sino que lleva un puesto de verdura en la cabeza.

CLARA

– Anda, no exageres.

CARMEN

– ¡Si es certísimo! Pues ¿y el pobre don Frasquito? Cada vez usa unas medias más encarnadas; hacen juego con sus rojos mofletitos.

JULIO

– ¿Quién es don Frasquito?

LOLA

– ¡Ja, ja!... El marido de Pepa. ¡Ah! ¿y no sabéis lo mejor? La muy cursi tuvo la osadía de decir que no me lucen estos pendientes largos. ¡Cómo si ella supiera algo de modas!

CLARA (*sonriendo*)

–Por ahí te duele, Lola, y por eso la criticas.

LOLA (*sofocada*)

–¡Que no! ¡Si esto no es por murmurar! ¡Si yo se lo diría en su misma cara! ¡Que es una cursi, que ella y su marido son dos entes ridículos, que hacen reír de sólo mirarlos! ¡Valientes mamarrachos!...

CLARA

–No te amosques, mujer. Te lo he dicho por hacerte enfadar.

JULIO

–Yo encuentro que le van muy bien a usted esos pendientes. No sé por qué esas...

LOLA

–Gracias. Pero esa cursi de Pepita... (*Callan al sentir el timbre. Entra «la cursi de Pepita», y detrás de ella, su encarnadito esposo*)

CLARA

–¡Hola, Pepita! ¡Cuánto tiempo!...

EL MARIDO DE PEPITA (*aturrullándose*)

–Bien, ¿y ustedes? Muy buenas... ¿Cómo están? (*PEPA lanza a su marido una mirada terrible que expresa: Siempre has ser tonto.*)

DOÑA LUZ Y SUS HIJAS

–Hola, Pepita. (*Se besan*)

PEPA

–¿Cómo estáis?

JULIO

– ¿Cómo está Ud., don Frasquito? (*CLARA lanza a su vez, la terrible mirada al marido imprudente, queriéndole decir: Metiste la patita...*)

EL MARIDO DE PEPA (*aunque no se llama «don Frasquito»*)

– Bien don Julio, bien... (*Siéntanse todos.*)

PEPA

– Me alegro encontraros, Luz. Ayer le regaló un cliente a mi marido un palco para la ópera...

DOÑA LUZ (*abriendo los ojos*)

– ¿Si?...

PEPA

– Sí. Y lo que digo yo: nosotros solos, estaremos muy aburridos. Si queréis venir como otras veces, dos de vosotras...

LOLA (*sin poder contenerse*)

– Con muchísimo placer. Eres muy amable Pepita en haber pensado en nosotras... (*JULIO sonríe...*)

PEPA

– Nada de amabilidad. A Clara no la convidó porque sé que tienen abonadas sus butacas. Así es que cuento con vosotras...

CARMEN

– ¡Sin ninguna duda! Y nosotras muy agradecidas. (*JULIO sonríe más...*)

LOLA (*aparte*)

– ¿De qué se reirá ese conejo?

PEPA

–Vendrá también a nuestro palco una de las de Vela...

LOLA

–¡Ay, Pepita; qué buena eres! Sólo a tí se te ocurre cargar con semejante personaje. ¡Con tan mala fama que tienen!

PEPA

–Eso son habladurías de la gente...

DOÑA LUZ

–No, hija mía, no. Es muy verdad; estoy bien segura de ello... Verás; te lo contaré... Una noche... *(y la tenebrosa DOÑA LUZ, se aventura por los «verdes» senderos, sintiéndose lechuga, y haciendo asomar un arbol más subido a las mejillas del marido de Pepita, el único que se ruboriza. Las pollitas hacen como si no escucharan y disimulan hablando aparte con JULIO:)*

JULIO

–¿Pero no se llama don Frasquito?

LOLA

–No, por Dios. Eso es un mote que le puso esta burlona de Carmen, que es capaz de enredar a Cristo Padre con el Espíritu Santo.

CARMEN

–¡Embusteraza! Si fuiste tú, que en eso de murmurar y poner mores te pintas sola.

LOLA

–¡Tú, sí que te pintas!...

JULIO *(conciliador)*

–No, el que se pinta es don Frasquito.

CARMEN

–Pues, sí señor. Fuiste tú, la que endosaste el nombre ese; y la que hace poco se reía de Pepita, y luego, te pusiste hecha unas mieles para que te lleve al Liceo.

LOLA

–Mira, Carmen, si no estuviera Julio delante, te daría un pellizco.

JULIO

–Por mí no se prive usted...

LOLA

–No, si ya se lo daré en la calle.

CARMEN

–Y yo se lo contaré todo a papá...

DOÑA LUZ (*acabando su narración misteriosa*)

–Todo eso lo sé de muy buena tinta. ¿Lo ves, Clara? ¿Lo ves, Pepa?

PEPA

–En fin... Casi me convences. Voy sintiendo haberla convidado. (*a CLARA parece no gustarle el oficio de «cortadora» ni los «tijeretazos», y bosteza disimuladamente por tercera o cuarta vez.*)

CLARA

–Me parece que han llamado... (*No acaba de decirlo, cuando entra la difamada VELA*)

ESPERANZA DE VELA

–Buenas tardes, todos. Hola, Clara. ¿Qué tal, rica? (*Siguen saludándose.*)

CLARA

–Hacia ya meses que no nos veíamos. ¿Y las chicas?

ESPERANZA

–Bien, gracias. Te mandan recuerdos. También me encargó saludos para tí la Marquesa de Posas, con quien he ido de compras esta tarde.

CLARA

–Se los devuelves. Siempre tan simpática la nueva Marquesita. Iré a su casa un día de estos.

*(DOÑA LUZ y sus pimpollos, al ver la buena armonía que reina entre CLARA y la MARQUESA, la MARQUESA y la de VELA, juzgan prudente no creer nada de lo que se diga sobre la reputación de la última.)*

PEPA (Aparte, a DOÑA LUZ)

–¿Ves, Luz, como es mentira todo lo que te contaron? Cuando va con la Marquesa, y ésta la consiente gustosa en su compañía, no puede ser cierto... Ya te lo advertía yo...

DOÑA LUZ

–¡Ah! Tú me lo advertías... Yo te decía que no lo creía... ¡Tantas cosas cuentan!

*(La conversación general, no pudiendo ir por otros derroteros, debido a estar presentes las personas de quienes más se puede murmurar, se dirige ahora a las modas, y todas dan sus infalibles pareceres acerca de las faldas anchas y las estrechas. Con los «trajes» que anteriormente cortaron sus lenguas, y las modas de que tratan ahora, podría ponerse un taller que dejaría tamañito a Paquín, el de París)*

DOÑA LUZ

-Es muy bonito ese sombrero que usted lleva Esperanza. ¿De París?...

ESPERANZA

-No. De una modista francesa, la que se los hace a la de Posas.

*(Consumido el tema de modistas y sombreros, al cabo de media hora, van desfilando poco a poco las visitas; y se queda CLARA sola frente a su marido, quien corre al balcón a abrir las puertas y haciendo grandes aspavientos exclama:)*

JULIO

-¡Gracias a Dios! ¡Aire, aire, que me ahogo!...

CLARA *(riendo)*

-Jesús, qué exageración. No parece sinó que te molestan mis visitas, o su conversación.

JULIO

-¡Eso mismo! ¡Tus visitas! ¡Sus murmuraciones! ¡Sus adulaciones!  
¡Todo eso me molesta, me aturde, me ahoga, me asfixia!...

CLARA

-Hijo. Hay que aguantarse, mientras no seamos tan cultas como vosotros y aprendamos a hablar de los discursos de Maura, de las estocadas de Belmonte, y demás intereses de la patria española...

*(El Cine, Barcelona 1913)*

¡POBRE LENGUA!...  
*(Divagaciones filológicas)*

¡Pobre lengua!... Y no me refiero a la sin hueso, que supongo tendrán en sus boquitas las curiosas lectoras, y que Dios les conserve «per sæcula sæculorum», amén. No: hago alusión a la tan decantada lengua – o idioma de Cervantes, – a la cual nos damos tantísima prisa en estropear, que la pobrecita va a quedar más mal parada que una plaza bombardeada por cañones del 42.

Gracias a nuestra «estulticia», –vulgo tontería, –ha llovido sobre nuestro mísero idioma, una plaga de vocablos extranjeros, de los cuales, echamos mano siempre, diz que «para mayor claridad». ¿Será posible? ¿Nos entendemos mejor usando voces extranjeras que palabras castellanas? Parece ser así. Hay frases y voces que la invasión exótica ha hecho emigrar de nuestra conversación, como por ejemplo: se ha de decir «sideboard» o «buffet», pero nunca «aparador», así como es más elegante «champion», que «campeón». Ya a nadie se le ocurre emplear frases como: «se reunió una asamblea en tal sitio»; «voy a cuidar de mi tocado», etc., sinó que eso mismo se ha de expresar de otra manera, «para que nos comprendan mejor», usando algunas de las palabrejas siguientes: «toilette», «succés», «sabotage», «bibelot», «début», «café concert» (no café concierto), «taube», «canard», «chantage», «polissoir», «étagère», «deshabillé», «soirée», «croquet», «soutache», «affaire», «panne», «film», «trousseau», etc., etc., palabras todas importadas de tierras francesas, así como también «apaches» y «cocottes», y su correspondiente «sans-façon», con mil

vocablos más que se oyen en boca siempre de cualquier «amateur» de las cosas de fuera, capaz de formar un «bouquet», una «corbeille» con tanta flor exótica... o mejor dicho: un laberinto en que se dan «rendez-vous» los modernos cicerones del idioma.

La comida, aunque no sea más que un «pic-nic» o un ligero «lunch», forzosamente ha de verificarse en francés o en inglés. ¡Demasiado se sabe que en romance sencillote y llano, no puede comer nada un «gourmet», «pur sang», del «ménéu» dispuesto por el «maître d'hôtel», que a los guisantes tiernos, para ser tragados con elegancia, denomina «petits pois!...»

No es eso solo; del país del «spleen» hemos traído con él, y para matarlo, toda clase de «sports», propios de un «gentleman», o de un «clubman», que a la vez sea algo «sportman», tales como el «boxe», el «lawn-tennis», el «football» (Mariano de Cavia, creo que inventó balompié, más nadie le hace caso), el «base-ball», «hokey», etc., etc., con sus «teams», «players», «matches», «handicaps», «rounds», «hippitchers», «innings», correspondientes.

Ahora cualquier «boy» periodista, no se llama así, sino «reporter», «nombre a su parecer más sonoro...» y me lo dedican a procurar «interviews» o a asistir lo mismo a un «meeting», que a un «five-o-clock-tea», en que esté el «flirt» a la orden del día, para saber lo que piensa todo el mundo, y luego, batir el «record» en eso de dar noticias sensacionales, que a veces resultan unas bolas, unos embustes... ¡digo! ¡unos «canards» hermosísimos!

Las mujeres somos en eso de los «records», las que los ganamos si se trata del mayor empleo de voces extranjeras, pues no hay ninguna dama «chic», de nuestra «high-life», que no guste del «flirt» y sus dulzuras con cualquier «mister» más o menos auténtico (tenga o no «chaperon» al lado), conociendo, además, perfectamente los nombres adecuados para no usar en castellano el azul «nattier» o el color «beige» para sus trajes de «moiré», «charmeuse», «crêpe Georgette», seda «liberty». «duveline» o «foulard». Ni que carezca de un «jersey», un «renard», o varios, o un «sweter».

En las revistas de modas, más o menos parisienses, véñese al pié de los figurines explicaciones tan claras como las siguientes: «Elegante» «toilette» en «voile» color «peau de pêche» (o «tête de nègre»), muy «chic», adornada con «broderie» blanca; sombrero «canotier», con un hermoso «sprit», en lugar de «aigrettes», todo «dernier cri...»

Si vamos a Nueva York, no diremos nunca al volver que estuvimos alojadas en modesta casa de huéspedes, sinó en un «boarding-house», (que no es lo mismo...) mejor que el mejor hotel – aunque eso no pase de ser un «bluff» como una casa. –Y nadie lo dudará en dama que tenga la suya aquí de «parquet», y llena de «bibelots» hasta en el «cabinet» de «toilette»...

Nada de eso deja de ser cosa sin importancia, es decir, «peccata minuta», –por ser mal de toda América latina y de España entera. – En una ciudad como Barcelona, va usted por las Ramblas y no ve más que «Restaurant Royal», «Café de París», «Grand Gérard», «La Parisienne», «Docks de París», «Old England», «Crédit Lyonnais», «Maison Dorée», «Maison Germaine», «Le Lion Noir», «Le Lion d'Or» y «Le Lion...» del que no nos salvan ni Guimerá ni nuestro altísimo padre Cervantes.

En fin, que esto es un maremagnum... (¿Maremagnum? «¡All right!» «C'est ça...»). Que cada hispano-latino puede, en verdad, decir con aquel personaje galdosiano: «Ni yo me entiendo, ni entiendo al que me entienda...»

Y... como voy a terminar con esto, y fuera fácil que si escribo adiós el lector no lo comprenda, pongo punto tras un «addió» o, más armoniosamente un «good bye», que quiere significar: «au revoir».

*(La Cuna de América; El Cine)*

## VUELVEN LAS CASTAÑERAS...

Risueño pasó, el verano, y tras él, que lo ocultaba, se ha dejado ver la cara brumosa del mojado otoño.

Los alegres días estivales, transcurridos en un vallecito cualquiera, rodeado de azules montañas, y en donde se ha deslizado plácidamente nuestra vida de señoritos junto a la vida rústica de los payeses, también pasaron fugazmente.

Llegó el otoño, la estación de las lluvias.

Apoyada en los cristales del balcón la ardorosa frente, con fiebre que produce un resfriado, obsequio del mal tiempo reinante, contemplamos cómo los árboles que adornan nuestros paseos y calles, van quedando casi desnudos.

Las hojas amarillean y caen... Las brumas otoñales tornan triste el pensamiento, y recordamos aquellos versos, deliciosamente melancólicos, del poeta que exclamó:

*Hojas del otoño  
secas y marchitas;  
¿por qué se entristecen...  
todos los que os miran?...*

Las castañeras, heraldos del invierno que pronto estará aquí, ya han venido a anunciárnoslo, y han establecido en las esquinas sus puestos, donde venden la sabrosa y calentita mercancía. Mirándolas, pensamos que ya ha llegado el mes de los muertos, y nos acordamos

que durante estos días iremos a ver a «Don Juan Tenorio», a cuya visita tradicional faltar no podemos... He ahí por donde a la vista de una mujer que asa castañas y boniatos, en una estufa y junto a un farol, por una notable asociación de ideas nos acude a la mente la figura del héroe de Zorrilla.

Pero las castañas comidas ahora, no nos hacen olvidar aquellos atracones que en el campo nos dimos con la fruta cogida, en el propio y en el ajeno cercado, la cual tiene fama de ser «dulce y sabrosa». ¡Dios nos haya perdonado!...

¡Aquellas uvas!... Ya no hay más: han caído todas, bajo la tijera de los labradores que en la vendimia de septiembre, despojaron a las viñas de sus preciosas cargas, para hacer con ellas el divino néctar. No le retiramos a éste nuestro cariño a pesar de haber comprobado cuán suciamente lo hacen. ¡Y pensar que de esos racimos estropeados bajo aquellos rudos pies, sale esa cosa tan rica que llamamos vino, tan grata al paladar del príncipe como al del campesino, que a fuerza de afanes y trabajos logra hacerlo!

Ya todo eso pasó con el estío. Estamos en otoño y las hojas caen para preparar una alfombra mullida al paso del invierno, el cual, según cuentan, está decrépito...

Buscando algún calorillo podemos sentarnos bajo la lámpara del comedor, y en un periódico leemos las últimas noticias de la guerra. ¡También por cada hoja que cae muere un soldado allá bajo, y hay una viuda o un huérfano más en esta culta Europa!...

*Hojas del otoño  
secas y marchitas...  
¿por qué se entristecen  
todos los que os miran?*

(*El Hogar y la Moda*, Barcelona 1914)

## EL HOMBRE DE QUIEN NO SE PUEDE HABLAR

No creáis en un ser extraordinario, es decir, que haya pasado por alguna administración saliendo con las manos limpias, entre las censuras y las envidias; no. Este de quien no se puede hablar, y sin embargo se habla mucho, es un hombre obscuro por su condición, aunque clara la piel y el alma llena de diafanidades, nacido en el interior de la República Dominicana, e inconsciente quizás de la excelcitud a que es acreedora su hazaña estoica al repetir el gesto de Muscio Scévola. El puede que no sepa leer, ni trazar siquiera las cuatro letras de su nombre, que ya ha corrido en muchos papeles de uno y otro continente, envuelto en un grito de solidaridad y protesta contra la barbarie despiadada bajo capa civilizadora.

Ignorante de cuanto puede ignorar un campesino, por seguro, desconoce la abominación eterna que la Historia ha dejado caer sobre la actuación de un tribunal llamado «la Santa Inquisición», cuya existencia se remonta a algunos años; pero ha aprendido prácticamente, en este siglo de las luces, cómo los soldados de una gran nación que las monopoliza todas, encendieron no las capaces de iluminar su entendimiento, sinó las que, desprendidas del fuego, abrasaran un intestino humano: el suyo.

¿Su nombre? En mi tierra no se puede pronunciar sinó muy bajo: por publicar su retrato fue preso, multado y expulsado, un periodista. Su nombre, el apellido, toda la triste y gloriosa historia, andan tal cual dijimos antes, en papeles por el mundo. En una revista que se llama «*España*», nombre simbolizador de cuanto sea causa noble y justa,

acabamos de leer un artículo en que de él se trata, e, irónicamente, de *fraternidad* humana. ¡Pobre fraternidad humana! ¿Creería en ella acaso el difunto alcalde de Cork, a quien la gran Inglaterra dejó morir de hambre por tener el buen alcalde la testarudez sublime de reclamar un derecho? Sin duda que no, de igual modo que no debió creer en la *libertad*, ni en la *igualdad*, pese a los esfuerzos de la Revolución francesa en querer imponerlas al orbe. Así como tampoco puede tener fe el pobre campesino dominicano en la civilización, en la virtud cívica, en la fuerza de la verdad (que tanto amaba Washington...) y en otras quisicosillas que le parecerán chirigotas, cuando se lleve las manos a su vientre y palpe las cicatrices grabadas allí por el crimen de no querer ser ni mentiroso ni delator. Una de dos, según razonaría Pero Grullo: o sus compañeros tenían, en efecto, armas escondidas, o no las tenían: de todos modos, si Cayo hablaba, fuera reprobable su acción y prefirió callar. La... Inquisición le condenó. Y él sufrió el tormento estoicamente, porque a pesar de toda su ignorancia, es así como ciertas gentes aprecian un gesto cívico, y él lo sabía.

Recordad ahora ésto: hubo una vez un hombre, un maestro de escuela algo pedantón y revolucionario, que tomó parte activa en una revuelta, la cual tuvo por *inofensivo* fin, quemar conventos e iglesias, destruir obras de arte y achicharrar de paso algún frailote. Todas las naciones, en un caso por el estilo, cogen al agitador, me lo fusilan como primera providencia, y no dan luego más cuenta a las demás que la de su seguridad nacional. Francia está cansada de ejecutar traidores y revolucionarios, sin mayores consecuencias. Los Estados Unidos de igual modo, electrocutan tranquilamente al agitador. Pero esto lo hace España –¡qué atrevimiento!– y se arma en el Universo una bulla de cincuenta mil pares de demonios: la *inocente* Albión protesta, la dulce Germania chilla, la *culta* Rusia imperial lleva a cabo más de una manifestación y Bélgica levanta una estatua al *mártir* Ferrer... (que no tenía nada de mártir y si mucho de mendaz).

Veamos ahora en qué país del mundo, se efectúan mítines y manifestaciones contra el martirio repetido de campesinos

dominicanos, a quienes se tortura para obligarles a ser delatores o embusteros.

Escuchemos para oír la primera voz protestativa ante los tormentos del fuego, del hambre y del agua, resucitados a través de los siglos por los que van a la cabeza de la civilización. Y que se apresuren, si quieren honrar en vida a este nuevo hijo de Lacio, Cayo Báez, porque nos parece que ese hombre no vivirá mucho. Las almas de los mártires acompañan poco tiempo al cuerpo en que se alojan, y no faltará alguna *casualidad*, que haga desaparecer ese testimonio viviente de ignominia y de crueldad ajena.

¡El pobre campesino, con nombre de los romanos antiguos, llevó a efecto una hazaña digna de los tiempos en que sobre la tierra florecieron los Gracos, los Brutus y los Scévolas; y es merecedor de un monumento que perpetúe, para *in aeternum* su nombre, su martirio y el baldón de los verdugos!

(«El Imparcial», San Juan de Puerto Rico).

de la Nación, y en consecuencia, el presente expediente

se remite a la Oficina de Asesoría Jurídica para que

emita el dictamen correspondiente.

Atentamente,

\_\_\_\_\_  
Jefe de Oficina

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

\_\_\_\_\_  
Asesor Jurídico

SUEÑA  
PILARIN

NOVELA  
POR  
ABIGAIL  
MEJIA

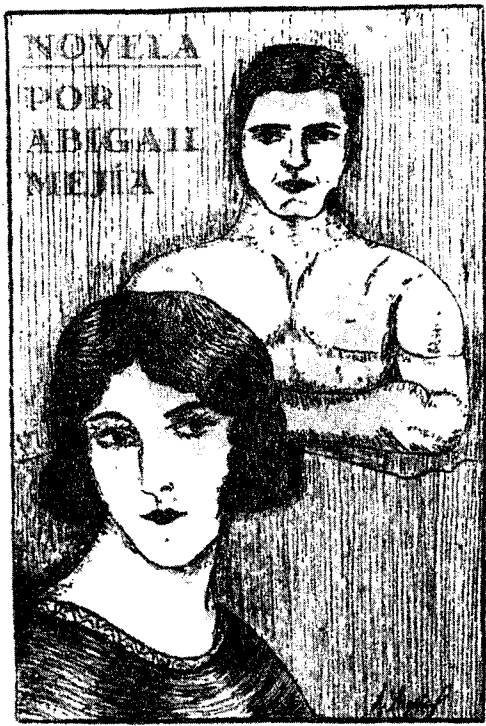


Ilustración de Oscar Rebecq

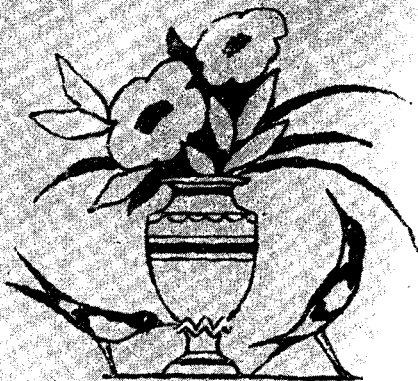


ABIGAIL MEJÍA

SUEÑA  
PILARÍN...  
NOVELA

... Pues que la vida es un sueño  
soñemos, alma; soñemos.

*Calderón de la Barca.*



IMPRENTA ALTÉS. - ÁNGELES, 24. - BARCELONA

1925

Facsímil de la portadilla de la primera edición de *Sueña Pilarín* (Barcelona, 1925).

PRIMERA PARTE

# PILARÍN EN LIBERTAD

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

## I

### LA BODA INTERRUMPIDA

«Dos cosas serían capaces de entretenerme eternamente: ver correr el agua y ver jugar a un niño».

JOSÉ DE SELGAS.

Lo más importante no era casarse, sino casarse bien y de ello se trataba. Preparado todo para el fausto acontecimiento, se notaba en la novia, sin embargo, carencia absoluta de azahares sobre sus ricitos negros, pero en cambio, oh desdicha! tenía el vestido lastimosamente estropeado. Junto a ella el novio lucía orgulloso a guisa de levita una americana larguísima que llegaba a acariciarle los talones. – ¡Extraña boda!– exclamará a este punto el inquieto lector sin dejarme continuar, y le ocurrirá preguntarme: –¿Ocurre eso quizás más allá de Senegambia o en algún pueblucho atrasado en el camino de la civilización y olvidado del mapa? La respuesta eclipsará sus dudas: eso sucede en Cataluña, nada menos y en un risueño vallecito entre montañas de verdes pinares a sólo dos horas y media de la ciudad condal.

La rara indumentaria de los futuros cónyuges débese atribuir a su escasa experiencia y natural ignorancia de los usos sociales, pues el noviecito, –diez años apenas– quizás no sepa que cuando se carece de una levita presentable, no es lícito ni decente usurpar a sus mayores una chaqueta vieja y sucia, prenda enteramente digna de la tienda de

un *drapaire*, la cual llega casi a cubrir las también veteranas alpargatas con que abriga sus menudos pies. La novia es aun más joven que el futuro y acaso también ignore la impropiedad de llevar en tan<sup>3</sup> solemnes momentos un delantal blanco por encima de la cabeza, atado bajo la barbilla; mas para la maravillosa imaginación de los niños, aquello es un velo de finísimo tul. El lugar del suceso es una plazoleta junto a la carretera y ante un banco de piedra los novios se arrodillan: es el altar. (El sacerdote debe ser un personaje invisible porque hasta ahora no se ha dejado ver ni creo que se deje...)

Va a dar principio la ceremonia, pero... ¡ay!... La noviecita se levanta de improviso furiosa y cogiendo un platito de bajo del altar y en el cual había dos o tres anises (los confites de boda) los muestra con gesto trágico, da un pellizco al azorado futuro marido y presa de justa indignación

– ¡Grandísimo pillo! –exclama–. Ya te has comido otros dos anises!

– ¡No, no! –protesta sofocado el presunto ladrón – Desde el último que me comí quedaron cuatro.

– ¡Toma! Pues por esos, *lladre*. Dos... y dos que me robaste... – contando con los dedos – son cuatro, justo.– Deja en el suelo el platillo después de tan brillante prueba de sus conocimientos matemáticos, y rompe a llorar. –¡No me caso más contigo, vaya, no me caso! ¡No juego más!

– Si, mujer, cástate ¡serás tonta! Mira: los volveré a dejar. Aún los tenía en el bolsillo. ¡Tómalos!

– ¿A ver?... El inocente los enseña y ella, la pícara, cógelos, ávidamente y los hace desaparecer en su boquita.

–Si ¿eh? ¿Esas tenemos? Pues yo me comeré los otros –dijo el niño apoderándose del plato y su contenido.

– ¡Que no! ¡Que no! ¡Que me pongo mala! ¡Que me voy a morriir... ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

El chiquillo tenía en la mano ya el plato de los confites de boda y según parece, hallábase en buenas disposiciones de practicar en ellos

una nueva sustracción que los dejaría reducidos a cero, pero al ver la actitud alarmante de la niña, dispuesta a enfermar de la emoción, acude a ella, apuradísimo:

–¿Es de veras? Di qué te pasa, Pilarín ¡por Dios!

–Mira, chico... –responde la muy taimada llevándose una mano a su inteligente cabecita y buscando apoyo la otra en el hombro de su ex-novio – Un dolor de cabeza me ha dado muy gaande, muy gaande... Pero... – aquí habló con zalamería de mujer que conoce el corazón masculino y sus debilidades – Si me das un confite más ¡uno solo! se me pasa. Será como una pastilla de *pimpirina*, de esas que quitan el dolor.

–Toma, vaya –otorgó el niño con la condescendencia inherente al varón superior metiendo un confite en el hociquito que se le tendía ansioso y como quien excusa la propia debilidad agregaba: ¡Siempre te has de salir con la tuya!–

–Es tan bueno este Miguel, tan bueno! Por eso te quiero mucho y me casaré contigo... todas las veces. ¡Qué bueno eres, *noy*, qué bueno!

–¡Hum!

–De veras, créelo.

–Lo que creo es que deseas el otro confite ¿eh?– interrogó, ya escamado, el niño, dando pruebas de profunda penetración.– Pues te lo pintas ¡anda!... ¡Este para mí! – Y se lo zampó bonitamente, sin hacer caso de la sirena que pensaba engatusarle segunda vez.

Llena de estupefacción, contemplaba la llamada Pilarín tal atrevimiento y hubiera continuado asombrándose aun largo tiempo si no acierta a aparecer en escena un pitillo. ¿De donde y cómo? Extraída de los profundos bolsillos que en su gran chaqueta tenía Miguel, salió una cajita cuya tapa rezaba: Medicación ferruginosa, regeneradora del organismo. El título de la medicina estaba semi borrado sobre la presunta tabaquera y el poseedor de ella sacó de su seno un cigarrillo o algo que tal parecía, colocándolo muy ufano en la boca; registró sus bolsillos, depósito de porquerías, entre otras

muchas, de una colección de cromitos representando la guerra ruso-japonesa; varias tapaderas de cajas de fósforos, un trompo, varios cordones encarnados y dos botones... Al fin encontró cerillas y pudo encender el pitillo, en medio del más profundo silencio, pues los novios estaban disgustados; pero seguidas tales maniobras por las curiosas miradas de Pilarín, ante quien se plantó el descaradote echando humo por narices y boca, las manos en la cintura, y toda la actitud de preguntar: – ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Tengo o no la facha de un hombre?

Aproximóse a él la niña, emocionada, y echó mano, con gran decisión al cigarrillo, mientras pedía en humilde tono:

–¿Me dejas dar dos chupadas?

–¡Suelta, mala, suelta! Te daré otro que tengo guardado. –De la consabida pitillera extrajo otro y lo puso en la boca de la niña.

–¡Chico! – Estaba confusa de admiración la niña – ¿Quién te los ha dado?

–¡Yo! yo mismo los hice. Me enseñó el *Forner*. Con hojas secas de la viña... sale la picadura y al padre le quito los papelitos. Así fumo cuanto quiero. – Levantaba la cabeza, orgulloso de su habilidad y cual si desafiase al mundo entero a hacer otro tanto. Pilarín quiso encenderlo en el suyo y juntaron los dos cigarrillos, en sus boquitas respectivas, acercando las caras como en un beso ideal, entre humo... A la chica se le aguaron los ojos... Echaba cada chupetazo capaz de consumir medio pitillo en una vez. Acabó por toser.

–¡Ejem... Ejem!... eso me da tos. Es demasiado fuerte para mí.

–Pues déjalo. Tonta eres. Aprende de mí. –El rapazuelo paseábase de un lado a otro, con las manos en los bolsillos, orgulloso, pero lagrimeando tanto o más que su discípula. En tan *emocionadísima* situación sorprendióles un automóvil, cuya bocina llenaba al aire de estrépito, por la carretera, a la que acudieron nuestros chicos, curiosos, Miguel en equilibrio para que el cigarrito no le cayera al suelo, y la niña lo arrojó de bonísima gana, disimuladamente,

echando un suspiro como persona libre al fin de pesado compromiso y se enjugó los ojos, húmedos por el humo de la porquería aquella. Repitióse:

– Es demasiado fuerte para mí.

Avanzaba en tanto el auto y paró en la plaza. Como por ensalmo, empezaron a salir gentes de aquí y de allá. Eran los habitantes del pueblo que acudían a conocer el artefacto llamado automóvil y pues podían ver de cerca eso tan precedido de fama, no desperdiciaban la ocasión. Se conocerían mucho en Barcelona desde su invento; pero las gentes del villorrio aquel no habían visto más que dos o tres pasar volando y metiendo ruido, entre el polvo de la carretera en dirección a otros pueblos de mayor importancia donde hubiesen señores que se permitiesen el lujo de poseerlos o alquilarlos. Principiaban entonces a propagarse los lujosos vehículos de la rapidez. Del detenido en la plaza echó pie a tierra su conductor, abrió la portezuela preguntando algo a una señora que dentro debía estar y luego se dirigió a quien primero halló delante.

–Dios le guarde, amigo ¿Sabe si por aquí vive una señora llamada Pilar Noé y Camps de Blat?

–Pilar Noé pero sin Camps de Blat – saltó Pilarín a este punto – Para servir a usted y a Dios.

–¡Me... caso con el demonio –soltó el hombre una blasfemiota– ¿eres tú? ¡Valiente mico!

Enfadada la niña por tales frases, acompañadas de risas, mandó al mecánico más allá de la porra y le manifestó que si no era ella sería su mamá, y que si no lo creía se fuese a freir espárragos. Y le volvió la espalda.

–Anda, reinita, no te indignes. No hay para tanto. ¡Si precisamente a verte a ti o a tu madre ha venido la señora marquesa: Anda, hermosa, entra y dile donde vives. – Sin miramientos empujaba a la niña hacia la portezuela ya abierta, en la cual, asomada una señora vestida de negro inició una sonrisa divisando a Pilarín, mas la sonrisa no llegó a

dilatar mucho tiempo su boca, pues enseguida como por impulso ajeno a su voluntad se puso seria, mirándola fijamente con algo de dureza.

–Es la hija de esa señora Pilar que Vd. procura. Y si la señora marquesa lo desea nos enseñará su casa ¿verdad *maca?* preguntó cariñoso tocando las mejillas sonrosadas de la niña con los dedos enguantados.

–Bueno. Quédese usted aquí – ordenó la señora, a quien hemos visto tratar de marquesa, cortando las expansiones entabladas entre el conductor y la chiquilla y hablando pausadamente, como los naturales de América. – ¿Quieres llevarme a tu casa? – dijo a Pilarín, la cual, algo cohibida ante aquella dama tan rígida y perfumada... a colonia, que hablaba suavemente sin embargo de la severidad de su rostro, acariciando las palabras, pensaba en su mamáita; ella pronunciaba también así, diferente de todo el mundo catalán. Tal pensamiento la entretenía mientras la contemplaba; pero un invencible respeto paralizaba sus actos y su lengua. No, no era así su mamá: el perfume de la dama, la pluma enorme de su sombrero, imponíanle grande respeto, y no osando dejar expedita la lengua, se atrevió únicamente a balbucir:

– Allí. – Su dedito a la manera de las estatuas de Colón señalaba una casona bastante próxima. Comprendió la señora aquel laconismo y se encaminó en la dirección indicada convenciéndose de que la niña prefería a ir en su compañía quedarse en la más agradable del mecánico, el niño de la larguísima chaqueta y tantas otras gentes que husmeaban por allí.

Ciertamente, inmensa era la curiosidad de todos por ver de cerca el coche provisto de ruedas y sin caballos que andaba solo.

Rodeábanle, observando unos con atención las ruedas de goma, otros bajábanse a estudiar el cabalístico HP. grabado atrás, ignorando qué demontres podía significar, y hasta alguien más osado, llegó a posar la mano en la bocina y la retiró de prisa y con susto al sentir el desagradable *foom...* que se escapó de allí. En torno de aquel

armatoste negro y alargado, la gente hacía el efecto de hormigas, al llevarse un enorme escarabajo, creído muerto en un principio y que de pronto da señales de vida capaces de atemorizar a los espantadizos insectos. Desde lo alto de su superioridad contemplábalos el joven mecánico, con sonrisa llena de desdén. ¡Vaya unos seres ignorantes y atrasados!

Nuestro conocido Miguel andaba entre los grupos y también hacía su poquito de examen, con las manos cruzadas atrás y la atención de un hombre que ya fuma cigarrillos y se inquieta ante un problema de difícil explicación.

– ¿Verdá usted – interrogó Pilarín – que eso es un otomóvil?

– Anda mujer ¿no lo ves? – la respondió Miguel.

– ¿No habías visto ninguno? – sonriente, preguntó el conductor.

– En los santos de un periódico, sí. Pero escuche ¿y cómo anda eso sin caballos?

– ¡Tonta! Llevará un caballo dentro como el tren – intervino de nuevo el niño satisfecho de su penetración.

– ¡Justito y cabal! Ahí dentro lo tengo bien atado...

– ¿Y es usted el *chuflero*? – (Fue Pilarín quien lanzó la palabreja. Había oído campanas, como vulgarmente se dice, sin saber donde sonaban).

– ¡*Chuflero!* ¡*Chuflero!* – repitió el aludido sin ningunas ganas de reír sino completamente indignado por la palabra que parecía un mote – *Choffer* se dice y a mucha honra lo soy. Pero es claro – continuó – vosotros no sabéis francés.

– Y usted ¿lo sabe? – la niña preguntó sinceramente sin pizca de mala intención.

Ahora sí que no contesta el hombre: tan sólo expresa con un gesto su disgusto por ciertas preguntas importunas; y con aire digno comienza a pasear de un lado a otro, sus largas piernas dentro de las botas altas, nuevecitas y deslumbradoras.

## II

### SI HAS VISTO ALGUNA VEZ...

Si has visto alguna vez morir a alguien,  
piensa que por aquella carrera has de pasar.

KEMPIS

*Imitación de Cristo.*

Mientras los dos rapaces emprendían con el *chuflero* el anterior diálogo, la marquesa se había dirigido hacia la casa que le indicó Pilarín y al encontrarla abierta entró en ella, previa la salutación:

– Ave María...

Ninguna respuesta. Pasaron algunos segundos empleados en la contemplación minuciosa de la pieza, grande y casi huérfana de muebles y hasta sin una estampá en las paredes, lo cual al notarlo la visitante le hizo soltar varios: ¡Bendito Dios!... acompañados de movimientos compasivos de la cabeza.

– ¡Bendito Dios!... – repitió y después de eso, de nuevo en voz más alta: ¿Ave María?...

– Adelante. – Oyóse dentro una vocecita débil y pausada que sin duda fue reconocida por la dama enlutada, pues precipitóse al oscuro aposento de donde aquella salía, y de donde le gritaron enseguida:

– ¿Eres tú, Rosario?

– ¡Pilar!...

Maquinalmente, corrió la marquesa a la ventana por donde entraba un débil haz de luz, abriéndola, y el hacecillo, convertido en potente foco, iluminó un lecho en donde adivinábase una sombra de mujer bonita que en él se hallaba tendida y tratando de incorporarse. Ya la muerte parecía haberla cubierto con su sudario amarillo, pues tan pálida estaba aquella enferma que sólo el aire del sepulcro era capaz de acentuar más su palidez, su casi transparencia, y eso mismo debía sin duda pensar la marquesa Rosario al tenderle los brazos, compasiva y llorosa.

– ¡Pilar! ¡Mi pobre Pilar! – exclamó, besándola.

– ¡Viniste al fin! Dios te lo pague. Ya sabía que eres tan buena que me perdonarías. ¿No es verdad?

– Pero si tú lo sabes bien, hija. Aquello pasó a la historia... Me llamaste ahora... y aquí me tienes.

– Mira Rosarito. No quiero pedirte para mí, aunque eres bastante capaz de todo. Pero hazte cuenta, Rosario... ¡Mi pobre hija, mi hijita, Rosario!

–Vamos, no llores. Te pondrás mala – decía la visitante acariciándola– no seas así. Anda, ve diciendo.

– ¡Es que no me atrevo! Pero tú eres tan buena, tan buenísima, prima... Y además... ¡Yo voy a morirme pronto!

Involuntariamente se estremeció al oírla Rosario; la idea era triste pero nada absurda viendo aquel rostro.

– Anda, muchacha, no seas disparatera. No lo creas.

– Engañame por compasión ahora, eso es. Después de haberte engañado yo a tí venir a compadecerme! ¡Tan mala como fui contigo! ¡Tanto daño a una santa como tú! ¡Qué maldá la mía! ¿verdá, prima? ¡qué maldá!

Un poco contrariada por tantas exclamaciones que quizás le recordarían cosas que ella trataba de olvidar, la prima respondió con un gesto displicente:

–Exagerada... ¡Quién se acuerda!

–Tú, prima, tú no lo olvidas aunque me perdones. ¡Si te lo veo en la cara!

–Bueno, niña... Vamos a hablar de tu hija – dijo resueltamente la marquesa tomando una silla e instalándose junto a la cama, para cortar la cuestión.

– Pues sí – continuó la otra – ¡Mi hija; mi hijita! ¡Cuídamela, Rosario, que yo me voy a morir; pero quizás muy pronto.–¡Me voy a morir! ¿Tú sabes lo que es eso? – La enferma repetía las palabras fatídicas, deseando incrustarlas en la mente de su prima para mover su corazón a piedad. – Voy a morir – repetía como significando: Tengo derecho a demandarte algo muy grande, en la seguridad de que accederás a mi ruego de moribunda. Y proseguía:

– ¿Tú sabes?... Un miedo... un terror infinito me va entrando cuando pienso... ¡ay Dios mío! Dentro de poquito tiempo nada existirá para mí... ni yo seré nada para nadie... Y tan buena como es la vida, prima. ¡No veré más a mi hija!... – clamó en un grito que de nuevo hizo estremecer a la marquesa –¡Ay!... Tú, tan santa, Rosarito, que debes saber las cosas del otro mundo ¿no sabes lo que será en la de la muerte? ¿Si morir será sufrir más de lo que sufro? ¿Será mucho el dolor de ese último momento? – Apegada aún a la vida, la pobre enferma romántica angustiábase y penaba al pensamiento de la muerte y se aferraba con sus manos esqueléticas a las de su prima; esperaba de ella no la imposible salvación sino una palabra de piedad o de seguridad antes de entrar en el instante solemne. La horrible compañera de los tísicos, la tos siempre acechante, juzgó prudente hacer una aparición en aquel momento en forma de un acceso que le duró largo tiempo. Entonces fue triste ver a aquella infeliz inclinarse dolorosa, con sacudidas de todo el cuerpo, bajo los azotes del invisible látigo. La frase tan común y tan terrible: – Esto se va, esto se va... – acudía sin cesar al pensamiento de Rosario viéndola toser y sufrir, considerando que aquel semi-espectro pronto se iría al sepulcro de donde parecía haber salido; tan próxima a la tumba, sólo le hacía falta un soplo de aire para caer en ella, soplo quizás ni siquiera el del

invierno próximo... Tal vez se iría antes de que volvieran a caer marchitas las hojas, cuando se van todos los tísicos...

Infinita compasión inundaba el alma de Rosario: la besó y abrazó con amor de caridad; anheló infundirla un poco de su vida y lloró ante la imposibilidad de hacerlo. Olvidadas sus penas íntimas, preguntábase si podía haber en el mundo cosa más triste, pero del fondo de su memoria pareció brotar un recuerdo apostrofándola:

– «También tú sufriste y esta mujer misma no tuvo misericordia para tí! ¿No te acuerdas?...»

Solamente los santos o los aspirantes a serlo resisten victoriosos las tentaciones fuertes, y así la marquesa debía ser uno de aquellos, pues desoyó la insinuación que el egoísmo en forma de un mal espíritu debió soplarle al oído y balbució cariñosamente.

– ¿Qué... qué pedías tú? Me hablaste de tu niña. Yo haré por ella cuanto me pidas...

– Ya te pediré... ¡Oh, gracias! Pásame primero aquella botella de remedio... Una cucharadita... así. Es lo único bueno para esta maldita tos. Me visita un médico que me dice es una bronquitis..., ¡Bah! Se cansará de cantaletear siempre lo mismo. Buena estoy yo... ¡Apuramente, como dicen en la tierra, para tragarme esa mecha. ¡El pobre! Por no espantarme.

– Tú crees...

– No me hago ilusiones, hija. Ahora me acuerdo... Una vez... (hase ya años) me reía mucho siempre, mucho hasta toser... Entonces dije: Me vuelvo tísica. El se me puso a reír también...

– ¿Quién? ¿mi....? – fruncido el ceño no continuó Rosario la pregunta.

– El... sí, ya tú sabes... Me contestó: «¡Qué más quisieras tú! ¡Morir joven y tísica, cual la “Traviata”! «¡Cosa más linda!» «Pues yo no quiero tanta lindura» dije – Entonces no tenía yo esta voz ronca de ahora... Ni me cansaba tanto al hablar... ¿Cómo iba a figurarme esta condenada enfermedad? ¿Tú no sabes? Todo el mundo me tiene asco... miedo... hasta la bruja de Filomena cuando me trae algo lo

hace de un modo... ¡Una vieja! Tenerme asco... ¿Y tú no? ¿No me oyes, Rosario?

Tenía razón Pilar llamando la atención de la marquesa, cuyo pensamiento estaba muy lejos entonces en virtud de las primeras palabras que dijo su prima; se había trasladado a tierras antillanas, a su patria, en donde veía una mujer joven, bonita, y tan parecida a la que tenía delante que era la misma; pero una Pilar sana, alegre y maliciosa, recostada en una hamaca y riéndose a más no poder pues al otro lado de aquélla había un hombre que a cada balanceo de la hamaca la recibía en sus brazos, levántabala en vilo y tornaba a dejarla ir con más fuerza... Luego aparecía otra figura, severa... igual a la marquesa... La sorprendida Pilar se escapaba, huyendo de las explicaciones y sin reír ya... Y *él*... – Ignoramos lo que decía *él*, porque en esta parte de sus recuerdos evocativos andaba Rosario cuando la enferma le decía:

– ¿No me oyes, Rosario? ¿Estás soñando despierta o qué?

– ¿Cómo?... Ah, sí, te oigo. Desías...

– Que si tú no eres de esas que me tienen miedo.

– ¿Yo? ¡Ay, no! ¿Por qué?

– Porque sí... Entonces déjame besarte las manos porque me vas a hacer un bien muy grande... Te llevarás contigo a mi hija, que está siempre tan delicadita... La cuidarás... La añorarás como su pobre mamá... – La voz ronca se apagaba aún más. – Olvida – continuó – olvídate de quien es hija...

– ¿Como no? Lo olvidaré si me lo pides. Pero no llores, niña. Haré todo por quererla... ¡Jesús! No te pongas así... – Rosario la estrechaba en sus brazos para consolarla y con su propio pañuelo enjugábase las lágrimas. – Has de ser fuerte...

– Lo seré – Te la llevarás hoy mismo. No quiero esté más tiempo en esta atmósfera, junto a mí. Se contagiaría sin poderlo remediar, ella tan tiernecita todavía, y tan flaquita ¡qué horror, mi hija tísica como yo! No quiero pensarlo... Ha de vivir mucho, sana. Te la llevarás hoy mismo...

Conmovida balbuceó la marquesa llorando también de ver llorar:

– Es muy heroico eso de separarte por completo de ella. – Y para sus adentros pensaba: ¡Cómo queremos las madres a los hijos!

– ¡Hoy mismo! – suplicó la enferma – ¡El daño que eso me *hase!* Pero ha de ser... No, no abras la boca *pa* desirme que lo deje *pa* otro día. ¡Hoy! ¿Quieres hacerme el favor de ir a llamarla? Por ahí fuera andará.

Salió complaciente en seguida la marquesa en busca de Pilarín, dispuesta en su pensamiento a creer a su prima más buena de lo que llegó creyéndola y casi con ganas de absolverla por culpas antiguas.

Cuando Rosario asomó a la plazuela, los dos niños que en el capítulo anterior presentamos, hechos toreros, acababan de dar comienzo a una gran corrida, dirigidos por un ilustrado mocosín igual a ellos, que las había visto en Barcelona (porque en aquel pueblacho no estaban tan «adelantados» como para poseer una plaza de toros). Hartos de admirar el exótico automóvil, dejaron libre el sitio a la curiosidad de los mayores, y éstos seguían cual insectos saliendo de sus hormigueros para ir a plantarse ante el carruaje y decir invariablemente, sobre todo los viejos, después de invocar a *la Mare de Déu*:

– Eso parece cosa del demonio.

Y en tanto el torerillo clavaba un par de banderillas en el lomo del fingido cornúpeto (Pilarín, berrendo el traje y malas las intenciones) par colocado con tal gracia, tal arte y tan a lo vivo, que el bicho se amoscó, y buena cuenta hubiera dado del banderillero según las ganas con que hacia él se dirigía, si no llega a distinguir el gesto con que la llamaba la para ella desconocida señora. La marquesa le dijo:

– Oye niña, tu mamá te llama.

Siguióla Pilarín sin decir una palabra, o, para expresarlo con propiedad, mejor dicho la iba precediendo de tal manera que aun se hallaba Rosario en la puerta del dormitorio cuando ya la niña, encima de la cama abrazaba a su madre, diciéndole en correcto castellano, con vocecita acariciadora:

– ¡Mamaíta mía! ¿Quiere algo mi mamaíta? – Lo que deseaba, su madrecita se lo fue explicando mientras procuraba quitársela de encima y le arreglaba los negros rizos alborotados por las faenas de la boda y la corrida. Tenía Pilar la voz preñada de lágrimas y la emoción traducida en un efecto físico le subía del pecho a la garganta, ahogándola tanto como los hartos entusiastas abrazos de su hija.

Entre tos y tos le aconseja que quisiera a aquella señora como a su madre misma y se fuese con ella y la obedeciese... A una seña de su prima, volvióse la marquesa para buscar de nuevo el medicamento, corto tiempo que Pilarín aprovechó para susurrar al oído de la primera, señalando a la otra con su consabido dedito:

– Huele muy bien; pero no me atrevo a ir con ella. ¿Cómo se llama? Tiene la cara demasiado seria y va de negro: ¡debe ser *Manga mocha!*

– ¡Por Dios mi hija! Las cosas de esta criatura... –Con la misma facilidad con que antes lloró reía entonces Pilar de oír a su hija nombrar a Manga Mocha, fantástica señora producto sólo de su tropical imaginación; la cual según ella, descendía por las chimeneas cuando había niños mal criados que no querían dormir o cenar y los hacía ir a la cama por fuerza, sinó se los comía ella. Pilarín no fiaba mucho en tales *cocos*, mas en aquel momento echó mano de ellos con objeto de declarar su voluntad algo reacia a marcharse con la desconocida, que le causaba tanto respeto. Observándola otra vez mientras ponía la medicina en su sitio, volvió a secretear al oído de su madre:

– Si me lleva en su automóvil sí que me voy...

Mucho sorprendió a Pilar el que su prima ya gastara automóvil y ésta explicó entonces que sólo era por un capricho más de su marido, quien de la noche a la mañana vendió el cupé y se compró el auto. No lo empleaba mucho ella, pero para venir deprisa se atrevió y quiso usarlo.

– Bueno, pues ahora mi hijita está conforme en irse contigo ¿Verdía, mi vida?... Sin refunfunar... Tan ricamente como se irá en

automóvil. Parecerás una reina – insinuaba la enferma tratando de convencer a la niña, lo cual consiguió pues exclamó de pronto Pilarín acompañando sus palabras con un gesto chulesco:

– ¡Olé el automóvil! – ¡¡Filomenaaaaa!!... Pegó un chillido y a continuación otro ¡¡Filoomenaaaaa!!

Apareció caminando sin ninguna prisa una vieja que a tal nombre debía responder. Muy engolfada se hallaría, en algún rincón de la casona en la lectura de un grueso libro al cual estaba agarrada su menuda humanidad, y sin duda interesantísimas serían las cosas contadas por el autor en letras de molde pues no se había enterado la lectora de cuanto ocurría en la casa y en todo el pueblo: sólo existiría para ella un montón de hojas sin encuadernar, cuyo título rezaba: «María, la hija del basurero o esposa, virgen y mártir» –Únicamente los potentes chillidos de Pilarín la extrajeron de su mundo ideal. No extrañóse mucho de ver allí una cara nueva; casi sin mirar a la marquesa musitó «Dios la guarde» y después de dejar cuidadosa su tesoro literario sobre una mesita, dijo a Pilarín en santa calma:

– ¿Por qué llamabas?

– Pa que me vistas, *dimoniet*. A sacarme el traje rosa enseguida. ¿Verdá, mamaíta?

–Antes lávala un poquito, Filomena . ¡Habrá carita más sucia!

Con una toalla mojada fue la vieja a restregar el hociquito de la niña; pero ésta se la arrebató y cumplió por sí sola la modesta obra de limpieza; quitóse también el delantal del cuello, desabrochó su vestidito y ya en pantalones abrió un armario viejo.

– El vestidito rosa está en lo último – Ven aquí, *dimoniet* – interpeló a Filomena, tirando de ella con mucha gracia.

– Carga conmigo a ver si llego – Así se hizo: llegando, lo cogió y se lo puso.

– Ah! ¡Qué bien! – Huelo como esa... Si supieras que buena olor a *pomas* hace el *vestidet*, mamita – La madre, con lágrimas disimuladas en sus cansados ojos seguía los alegres preparativos de la marcha,

y al notar lo Rosario temiendo que si caía en ello la niña no quisiera marcharse, trató de distraer su atención preguntándola:

– ¿Huele a manzanas? ¿Cómo así?

– Pues porque ahí dentro las guardan y perfuman la ropa. Meta la nariz y olerá.

– Señora Filomena, a cambiarme los zapatos ¡corriendo!– Batía las palmas para animar a moverse a la calmosa, la cual ya andaba buscando los zapatos mientras ella, subida en una silla contéplase en un espejo la carita monísima que iba cubriendo de polvos presumida. Arrodillada ante ella, la vieja trató de cambiar las destrozadas alpargatas y las casi figuradas medias por unos zapatos y calcetines blancos, todo con parsimonia tal que impacientó a la tiranuela, quien para avivarla, sacudióle un puntapié, haciéndola caer sobre los ladrillos. Y la niña reía de ver al pobre *dimoni* en el suelo. Pero luego la dió la mano y la ayudó a levantarse, muy compungida y llena de arrepentimiento.

– Esa niña tiene mal corazón – Es indómita como un potro – decía la melancólica mirada con que seguía la marquesa estas escenas. Para atenuar el mal efecto que estaba viendo causarle los dichos y hechos de Pilarín explicó su madre:

– Mi hijita es muy ñoña, muy mal criada...

Nada respondió Rosario e hizo un gesto vago.

– Bueno, ¡apa! ya estoy. ¿Nos vamos?

– ¿Sin sombrero? ¿No tiene un sombrero cualquiera? – La madre al oír la pregunta de su prima suspiró.

– ¡Sombrero! Para eso estaba yo... No tiene, ni falta. ¡Bah! Es igual:

– Vámonos, pues. Adiós, mamaíta mía! –exclamó yendo a abrazar a su madre e interrumpiéndose de repente– ¡Ah caramba! ¡No me acordaba!

– ¿Qué? interrogó ansiosa su madre.

– ¡Que no me acordaba de Tripita. – ¡Pobre *fillet*....! – clamó consternada, mezclando siempre castellano y catalán. Supieron

enseguida quién era tal personaje viendo a Pilarín dirigirse al armario y sacar de allí un polichinela, a cuya joroba delantera, abultando sobre la barriga, debía su nombre, pues parecía poseer una gran tripa. Sonrieron las mujeres viendo la triunfal aparición de Tripita en los brazos de su madre, y entonces declaró la niña que ya podía marcharse tranquila, estrechando siempre en los brazos a su hijito. Se hubieran separado solamente llena de desesperación si a ello le obligaran las circunstancias y pues que la mujer es madre desde que empieza a serlo con muñecas y muñecos, Pilarín así debía tener un buen corazón – aunque Rosario lo dudase, – un buen corazón maternal capaz de sufrir como sufría su madre al separarse de ella misma por precaución, llena el alma de congoja. Cuando la abrazó su hija, pensando que quizás sería la última vez, estalló la pena de Pilar, entre sollozos y besos.

– Mi hijita... mi vida... mi hija linda... Adiós, mi vida... Desconcertada Pilarín ante aquel llanto se le oprimió el corazoncito y una pregunta que no le ocurriera hasta entonces le acudió:

– ¿Por qué nos vamos?... Yo no te dejo, mamá, si no quieres...

– ¡Si, hijita, por Dios! – Reaccionó la madre, con susto de que la niña se opusiera a irse. – Te vas, porque yo te lo digo, y de aquí a dos o tres días vuelves. Yo te lo mando. Y las niñas buenas obedecen calladitas.

Suspiró la niña y sin protesta, con humildad desconocida en ella, se conformó creyendo volver pronto. Dejando a Tripita sobre una silla, abrió los brazos hacia su madre, la pellizó amorosamente ambas mejillas para besarla en la frente, en la nariz y la boca, que la enferma procuraba esquivar pensando en el horrible contagio.

– Basta, mi vida, basta... adiós corazón mío.

– Y a mí, nena ¿no me dices adiós? –preguntó la vieja Filomena, aunque su flaco no era hacer preguntas. La niña se dejó besar.

A tiempo que se despedía de su prima, Rosario dejóle en la falda unos billetes, exhortándola a gastar sin miedo y a hacer cuentas; ella lo pagaría todo después, cuando volviera a verla ya buena...

–Gracias... gracias... Adiós, ¡váyanse pronto!

Luego, en la casi solitaria alcoba de la casona sólo oiría (si a algún diablo cojuelo o a Manga Mocha diéranle la fantasía de levantar una teja y escuchar) una respiración angustiada de enferma y una voz ronca que murmuraba:

–No, no es esto morir todavía... ¡Malmente!

### III

## EN RUTA

...On aurait cru entendre une machine a  
écrasser des cailloux...

TRISTAN BERNARD  
*Les veillées du chauffeur*

Corre, vuela el auto llevando a Pilarín «hacia lo desconocido», quizás para ella la dicha, quizás la infelicidad. Todo tiene sin cuidado a la mujercita cuya nariz diminuta se calienta al sol, aplastada, pegada a los cristales del coche; ella no medita sobre lo incierto del porvenir, sobre su posible orfandad: no confía demasiado ni tiene absoluta fe en la señora con quien se va, ignorando quién es y a dónde la lleva; que tales pensamientos ocupan poco la inteligencia que puede caber en su cabeza de niña. Cuando mira las nubes de polvo levantadas a su paso, sólo se le ocurre pensar que van demasiado aprisa y que se pueden caer. ¡Se ven tantas cosas detrás de los cristales! ¡Tantas cosas y casas corriendo, corriendo, corriendo!... ¡Demonio! ¿Y por qué correrán tanto los árboles? Si tendrán miedo de encontrarse con el automóvil... Por eso irán del lado contrario...

Vaya, bueno es ir así. Una tonta era Filomena al decirle cuando la vio subir tan decidida en el coche sin caballos:

— ¡Ahí dentro irás? Hija mía, yo de tí me hallaría espantada — Y ella no: tan tranquila. Se quedarían boquiabiertos los grandes del pueblo

y el *Forner* y Miguel al verla marchar dentro de aquella especie de casita, monísima con sus dos puertas relucientes a la parte de afuera, y por dentro... ¡anda! ¡Vaya un banco más suave y más blando! – Pensándolo, quiso corroborar la impresión que tuvo al sentarse por primera vez y se dejó caer con fuerza sobre los almohadones del asiento. Al hacerlo, la marquesa la miró. La señora había estado hasta aquel momento sumida también en sus imaginaciones, con seguridad más graves que las de la niña a juzgar por los ojos llenos de melancolía que fijó en ella. Sin embargo, poco propicio a engendrar ideas grises estaba el día. Juguetón, alegre, cosquilloso, se presentó desde tempranito el sol, llenando el ambiente, los verdes campos y la polvorosa carretera con el bochorno de su calor. Era un escándalo tanto sol para un día de mayo y a Pilarín parecíale tener calentura por lo que decidióse a dejar a su Tripita sobre el asiento y procurarse un poco de aire por medio de las faltas de su vestidito, lanzando cada mirada de envidia al ocioso abanico de la dama... Pero ésta las adivinó.

– ¿Tienes calor? Tómallo. Es imposible abrir los cristales, porque entraría mucho polvo. – Se apresuró la niña a cogerlo, sin dar las gracias después, y tomando un aire digno y pleno de importancia, abanicóse majestuosamente a la manera de una mamá en funciones, mientras la siniestra mano estrechaba el muñeco contra el pechito. Siguió también sus soliloquios, que eran casi coloquios entablados con el espíritu ausente de Tripita.

– Esta señora tiene pocas ganas de charla. Buen provecho: Yo tendría ganas de decirle que le cae una horquilla pero no me atrevo. A propósito: estamos pasando por la masía de *can jaume*. Mira la fuente, Tripita, –díjole al oído, mientras lo asomaba tras los cristales; pero algo debió decir el muñeco (en la voz misma de Pilarín, naturalmente) porque ella le agregó: Los niños han de estarse quietos y no querer bajar a la carretera a hacer *pipí*. A propósito – continuó en voz alta. – ¡Qué lástima! ¡No me he despedido de Miguel!

Rosario la miró, con la mirada extraña que turbaba a la niña y dijo irónica:

– Verdaderamente ¡es una lástima! – Era frío, seco el acento de la marquesa, y la niña, sintiéndose otra vez cohibida decidió seguir abanicándose y guardar sus impresiones para sí y para Tripita con quien continuó sus fantásticos diálogos.

¿Qué ideas pasaban por la cabeza de la marquesa en tanto? Entrometámonos; quizás los diálogos entre nuestro yo, amor propio, y nuestra conciencia, sean más interesantes que los de una niña y un muñeco.

– Bastante pesadilla es la tarea de encargarme para siempre de esa chiquita – pensaba quitándose los guantes – ¡Para siempre, para siempre, para siempre... ¡me estoy creyendo Santa Teresa al hablar del infierno! – ¿Acaso es la eternidad? – No; pero será durante toda una vida, la mía, que he de consagrar a cuidar, a estudiar esa cosa complicada que me puede resultar la criaturita... Dentro de unas semanas, unos meses, morirá esa pobre Pilar. – ¡Aun tengo valor de llamarla pobre! – Verdad hija, lo es, y bien pobre desde su caída. ¡Eso sí es *siempre*, la eternidad en las consecuencias de un pecado! – ¿Y quién la mandó a pecar? – ¡El destino! – decía mi prima. – ¡Comodísimo echarlo todo al pobre destino! – Al llegar aquí la marquesa vínole a la memoria una historieta que le contaba siempre como nueva una tal doña Mariíta. Era un hombre que se paseaba por una *estancia* donde encuentra una culebra con una piedra encima muy pesada; le da lástima y se la quita. ¿Qué hace entonces la condenada? Más fuerte y grande era de lo que parecía cuando se aplastaba y empezó a picar al hombre... Dolorido se arrepintió el pobre de librar culebras.

– Será un disparate el cuento – pensó – pero así me ocurrió a mí. Pilar huérfana, sin nadie en el mundo, ni sobre qué tumbarse a morir, me la llevo a casa, le doy posición, cariño... hasta le preparaba un dinerito para casarla o si quería quería entrar en un convento! No quiso. – Faltaba vocación – ¡Vocación! Lo que le faltaba era otra cosa... ¡Ingratos! – Rumizando ideas semejantes Rosario perdía su serenidad y lanzó una severa mirada a la niña, como si ella tuviese la culpa de algo, mientras nerviosísima estrujaba entre sus manos los

guantes cual si los quisiera convertir en dos fideos entrefinos. Afortunadamente la niña se entregaba con ardor a la ocupación de darle el pecho a su Tripita sin levantar los ojos y no pudo recoger la fulminante mirada. Tan conmovedora escena de amor maternal serenó a la marquesa por el momento.

—Sin embargo—continuaba pensando—la niña puede no parecerse a su madre... Bien dirigida llegará a ser lo que no fue la otra: una mujer honrada.

No, no y no: la cabra siempre tira al monte. Pilar también me usaba esa facha de niñita angelical, incapaz de romper un plato y luego rompe ¡tinajones! Sabía mi flaco, mi debilidad por ella, siempre perdonándola sus pecadillos de muchacha malcriada, aunque era casi tan niña como ella. Ya se aprovechó ya, la muy... y luego no tener ni pizca de consideración. Podían haberse escondido de mí, que ojos que no ven... ¡Si yo era tan boba! Y hasta cuando no lo ví por mí misma no estuvieron contentos. Bien me lo advertía doña Mariíta, pero yo no podía creer tanta desgracia y pensaba era su malicia la que le hacía ver maldá en todo... Lo descubrí... me convencí... ¡ellos se rieron! ¡hasta donde llegaron, Santo Dios!... Ahorita me preguntaba ella si no tenía miedo a su enfermedad. ¡Bah!... Las enfermedades, la muerte, Dios las manda y no me asustan. Además... ¿puede darme algo la muerte que no me haya dado la vida? — consideró levantando pausadamente al cielo azul radiante la mirada de sus ojos de idéntico azul, cual si quisiera escrutar el infinito; pero el infinito es insondable y no contesta nunca las preguntas, aunque quienes las dirijan sean almas tan atormentadas como la de Rosario.

Mirando al firmamento en un día tan rico de sol, las ideas rencorosas necesariamente se evaporan; ahuyéntanse los pensamientos de desesperación; sueñase sólo en la vida tranquila, sosegada, deseándose la hacer agradable a los demás, y si las ideas tristes acuden al magín son al mismo tiempo suaves, dulcemente melancólicas, resignadas... Fue en un día así, sin duda alguna, en una de esas mañanitas de abril y

mayo, cantadas por él, cuando Calderón escribió aquellos versos:

*...pues que la vida es un sueño  
soñemos, alma, soñemos...*

Quizás la marquesa no había leído a Calderón pero se sabía de memoria la «Imitación de Cristo» y parece que acudió el recuerdo de unas palabras escritas en el libro admirable: «Suavemente descansarás si tu corazón no te reprende».

–Es verdad –continuó para sí.–¿Qué me importa lo sufrido si no es por mi culpa, ni lo que tengo que sufrir todavía si Dios me lo manda?... Manda, pues, Dios mío, mándame... No razonaré más egoístamente como hace un momento y olvidaré lo pasado... ¡aunque me cuesta tanto! – Aquí un suspiro. – A la niña esa tan linda hubiera yo deseado que se parecieran los míos... Tú no lo quisiste, Señor. Se me figura voluntariosa, de mal corazón, mas procuraré quererla; la mandaré a las monjas y ellas me convertirán esa cabrita salvaje en una buena muchachita.

La «cabrita salvaje» estaba en aquel instante muy quieta y se iba quedando dormida estrechando siempre al muñeco contra sí al mismo tiempo que al abanico, demasiado grande para ella. Se figuraba tener dos hijos en sus brazos y en el embeleso, en el éxtasis de este pensamiento, dormíase arrullada por el ruido del motor y el calor bochornoso del día.

Rosario la contempló tiernamente (primera vez que eso le ocurría) y poniéndole una mano sobre la cabeza, inquirió:

– ¿Cuántos años tienes, Pilarcita? – La niña se despabiló de modo instantáneo, aturrullóse y contestó en catalán:

– *Vuit.*

– ¿Cómo?

– Ocho – repitió la niña en castellano.

– Sí... ocho... Verdá. – Entornó la otra los ojos, consultando fechas con la memoria – Luego los abrió en seguida como para

ahuyentar las malas insinuaciones que con el recuerdo pudieran venir y agregó:

– Eres muy inteligente, chiquita, porque sabes tan bien el castellano y el catalán y yo éste todavía no lo entiendo.

– Como mamá lo habla... – dijo la niña humilde quitando importancia a la cosa.

– El castellano ¿verdá? y lo sabes tú por eso. Y oye ¿quieres mucho a tu mamá?

– Claro, es mi mamá – declaró la niña dando una razón convincente.

– A mí también me has de querer un poquito. Mi marido y yo seremos tu papá y mamá...

– Yo tengo mi mamá...

– No importa, seremos tus tíos; nos llamarás tíos, ¿oyes? Mi marido quiere mucho a los niños. Verás, te lo voy a enseñar. – Quitóse un medallón que llevaba al cuello con el retrato de un hombre de unos casi cuarenta años, bastante hermoso, de cara morena, la mirada desafiadora, enteramente correctas las facciones... Era hermoso, sin duda, más aquellos grandes ojos negros, orgullosos... La señora contemplaba a Pilarín buscando semejanzas, y queriendo ver mejor se puso unos lentes extraídos de su bolso. Sí, sí, los mismos ojos negros y bellos lucían en su carita y adoptaban idéntica actitud orgullosa, de desafío, cuando la niña *se ponía malcriada*.

– A este señor... – consideraba en voz alta la chiquilla con el medallón en la mano – yo le conozco... ¡Vaya! si es el señor Alfonso que visita a la mamá! – acabó triunfante y satisfecha de su memoria. Rosario se tornó pálida, lívida.

– ¿Qué... que la visita? ¿Va por allá? – balbuceó.

– Ya lo creo. ¡Si ha ido! Anteayer mismísimo.

– ¡Anteayer!... – Aniquilada, repitió la marquesa la palabra con un dolor y desesperación imposibles de disimular; dejando caer la cabeza sobre el cojín del respaldo, cerró los ojos, apretándolos como para impedir que las lágrimas salieran, empañados ya.

– ¡De manera que siempre la engañaban! Pedía perdón la culpable y continuaba ofendiendo; encomendábale su hija y se veía aún con su marido; a las puertas de la muerte casi, todavía Pilar tenía el mismo descaro. Rogaba, suplicaba cual si no pudiese contar con el amparo de nadie, teniéndolo a él ¡Por qué no le encargó a él que cuidase de su hijita y se la llevase a cualquier sitio, lejos de la infeliz engañada, como se crían tantos hijos naturales? No; mucho más cómodo y fácil fue contar con el buen corazón de la prima; ella, tan religiosa, perdonando siempre, cargaría con todo y la niñita viviría tranquila junto a su señor papá y tendría una mamá postiza en caso de morir la verdadera. ¡Perfectamente ideado! Lástima de estropear combinación tan bonita.

Pilarín miraba asombrada las transformaciones de la marquesa. ¡Aquella buena señora era una caja de sorpresas para ella! Primero, sería como un palo, con cara de pocos amigos y sin ganas de conversación; luego, le entran las ganas, y ella, muy contenta del cambio, responde a cuanto le preguntan, y entonces la señora se amosca y se pone muy afligida... Observóla así un ratito y luego, moviendo con gesto meditabundo la cabeza de un lado a otro, estrechó más contra su seno al muñeco y le dijo confidencialmente:

– No digas nada a nadie, pero me parece que está loca. ¡La pobre!

Aunque la miró con atención, pronto se cansó de observar los ojos llorosos de la señora, ojos tan azules que le hacían el efecto, sobre todo cuando se abrillantaban con las lágrimas de dos cristalitos reflejando el azul del cielo que tenían enfrente, y al clavarse en los de Pilarín producíanle un extraño efecto; la hacían turbar con su fijeza y hasta serían capaces de acoquinarla, a ella, a cuyos heroicos ocho años no causaron ninguna impresión los bigotazos de Maximiliano, ni arredró el automóvil, ni imponía respeto Filomena; a ella, en fin, ¡la Pilarín valiente para quien la misma *Manga Mocha* y todos los *cocos* del mundo no pasaban de la categoría de mitos!

Los ojos de la marquesa, no obstante, poco tenían de aterradores. Su color parecía robado del cielo, tal como pensaba la chiquilla; las

pupilas, demasiado grandes para las órbitas en que se colocaron, hacían no dejar ver casi más de lo azul y daban a su mirada cierta obstinación al fijarse, aunque generalmente estaban melancólicos, mirando con vaguedad a todo y sin ver nada. Cuando no se clavaban en la niña su mirar era suave, como todo en la persona, modo de hablar y movimientos de la marquesa, salvo en aquellos momentos, en que nerviosa apretujaba con una mano los guantes mientras la otra meneaba y remeneaba rápida, cual si fuera una campanilla, el medallón del dichoso retrato que aún conservaba en ella, tal vez no sabiendo que hacer, si abrir la puertecilla y echarlo fuera o ponérselo al cuello. Hizo esto último, temblándole las blancas manos en tanto su recta nariz, perfecta y acabada, era presa también de ligero temblorcillo; desplegóse en una semi sonrisa su boca pura de línea casi recta que dibujaba una especie de triángulo curvilíneo con los dos pliegues colocados más bien que por la edad, por algunas penas, desde la nariz hasta ambos lados de la boca. Por ahí, por esos surcos deben perderse las sonrisas que sólo iniciadas mueren al nacer... Ciertamente, si la marquesa nunca ríe no había de atribuirse a vergüenza de mostrar demasiado los dientes pequeñitos, blanquísimos, no a la manera de las tradicionales perlas sino como el coco, y en ningún modo afearían las sonrisas de su boca pudibunda, labios que poco sabrían de besos ardorosos y sensuales. En fin, para completar este bosquejo de retrato que sin querer hemos ido haciendo, declararemos que la frente también hermosa, era de persona que ha pensado y sufrido, testigo las importunas arrugas; castaño claro el cabello, la tez muy blanca, cruzada aquí y allá por venitas azules, de estatura mejor baja que alta. Debió ser una mujer muy bonita allá en sus veinte no muy lejanos: cuarenta, no los tenía.

La calma majestuosa con que hablaba, la suavidad de sus movimientos, porte y modales, indicios eran de aristocracia; pero su traje color de ala de mosca, el olorcillo a viejo mezclado a Colonia, sus lentes montados en plata y la maletita de cuero algo estropeada parecían declarar contra su dueño y hacernos pensar:—¡Hum! Ratita de iglesia tenemos.

Sin embargo, no podía ser. Imposible nos parecerá que la marquesita de los azules ojos, aquella que tan bravamente resistía las tentaciones de poner en práctica lo de «ojo por ojo, diente por diente», aquella que tan bien sabía la Imitación de Cristo, fuera el sepulcro blanqueado de cal de que habla el Evangelio. Quede pues desechado el concepto de la ratita de iglesia que cual los fariseos tenían al Señor siempre en los labios y muy lejos de su corazón. Bastante más vale estar pintada por fuera de negro la habitación de su alma blanca que si fuera lo contrario.

La de la marquesita había tenido tiempo sobrado de serenarse durante el paréntesis que para hablar de su persona nosotros hicimos. Era la suya un alma como el buen terreno en que sólo el trigo bueno echa raíces y da flor y fruto, mientras las yerbecillas intrusas que pretendían ahogarlo arrancadas a tiempo por el labrador no dejan rastro ni vuelven a crecer ya más. Así en ella las buenas insinuaciones aunque trataban de ahogarlas el instinto y un algo de rencoroso recuerdo por la ofensa, siempre dominaba a toda otra clase de sentimientos su indecible caridad traducida en amor y compasión por todo el mundo.

Ya no contempla el firmamento; tampoco se restregá las manos con fuerza nerviosa como si le picaran unos sabañones inverosímiles en mayo. Su mirada se fija en las anchísimas espaldas de Maximiliano y mira sin ver, pensando de nuevo en las palabras del libro admirable que se empeñan en quedarle grabadas y cree que tiene derecho a descansar suavemente pues nada la reprende. A reposar con el reposo del espíritu.

Pilarín descansa también suavemente. Duerme como los querubines deben dormir. Sueña que tiene alas y va brincando por encima de los montes más altos; vuela sobre la montaña en donde trabajan los picapedreros. ¡Qué ruido arman, *Mare de Déu!* Y la señora Camándula o Rosario también tiene alas, unas alas muy negras para perseguirla volando... Pero ella se ríe: no le causa miedo.— ¡Manga Mochaaa! —sueña la niña que grita y hace: ¡Hu, ju, ju !. . .—

de burla y en modo tan estrepitoso que la despertó. Mas no era ella quien tal hacía, sino la bocina escandalosa del auto avisando a los carruajes y peatones con los que tropezaban al llegar felizmente a las puertas de la ciudad condal; y atravesando calles y con riesgo de atropellar a algún incauto, en menos tiempo del que tarda en persignarse una mujer que llega tarde a la iglesia, pasaron de la Plaza Cataluña a las Ramblas perfumadas y tibias, siempre atrayentes y con mayor motivo más tibias y perfumadas en mayo mes de luz, de rosas, de geranios y claveles. Si en noviembre, para la Conmemoración de los muertos está la Rambla plena de tantísimas coronas de serios crisantemos y en abril hay «flores mil» en mayo «florido y hermoso» es la Rambla un hervidero de las cosas aromáticas, paraíso calentito y oloroso en espera de la tentación de las damas. Allí se apearon y pronto tornó a partir el automóvil transformado en kiosko de jardín a causa de los preciosos ramos que adquirieron, con los cuales la marquesa pensaba adornar en sus altares a los santos. Pilarín contenta de ir en tan agradable y olorosa compañía podía considerarse absolutamente una mujer feliz, y ora miraba los hermosos ramos, ora echaba una ojeada para contemplar extática los edificios altísimos de tres y cuatro pisos, nunca imaginados por ella allá en el pueblo, no asemejándose casas para personas sino asilos de gigantes. Ya no inquietó su cabecita el recuerdo de su madre, del *dimoni* de Filomena, de su amigote Miguel ni de nadie, distraidísima con lo que pasaba ante los cristales, calles de árboles cual la carretera del pueblo, muchos coches grandes y chicos, unos largos, amarillos (los tranvías) que iban sin caballos también y repletos de gentes, con unos golfillos colgando atrás... ¡Ah! Entonces sí que se acordó de Miguel; ¡tanto como se divertirían los dos pilluelos si pudieran correr tras esos coches y encaramarse, enseñando la lengua al cobrador opuesto a dejarles viajar tan cómodamente. Sobre todo ¡oh, que risa! eso de dejarse caer de espaldas expuestos a romperse un hueso!

Ideas tan plebeyas llenábanle el magín a la hijita espúrea del Señor Marqués de Longinos, del Romaní y otras yerbas en el momento en que ante su morada se detuvo el auto.

#### IV

### HABLEMOS DEL CASTILLO Y LOS CASTELLANOS

El afán de progreso que, cuando mueve a los ignorantes es tan dañino como la barbarie, la des-pojó del coro y la ha embadurnado de cal... etc.

TULIO CESTERO  
*Ciudad Romántica.*

Refiere la portentosa imaginación árabe en *Las mil y una noches*, que por obra y gracia del gracioso de su tío (sinvergüenza y postizo como el que más y digno de ser ahorcado en su trenza), el pobre Aladino sufrió un incalificable atropello al hacerle escapar por los aires su palacio con cuanto contenía, inclusive la mujercita adorada, hija del emperador de China, yendo a establecer sus cimientos el entonces movedizo inmueble en un sitio bastante alejado de en donde los tenía antes.

Era una ganga vivir en aquella época que tales mudanzas, algo dificultosas para nuestras modestas conductoras, se verificaban en un santiamén con la ayuda de uno de esos forzudos geniazos de los que afortunadamente se podía en aquel tiempo echar mano para un apuro. Pues bien; hago cuenta de no equivocarme si aseguro que al marqués de Longinos le faltaron los auxilios sobrenaturales y

extraordinarios cuando trató de trasladar a Barcelona (siendo él aún muy joven y sin experiencia) un famoso castillo-palacio asentado no en el aire, sino en la firme tierra aragonesa; y, según la fama, en lugar de llamar en su ayuda a algún genio, contó con la de arquitectos y albañiles, los cuales se esforzaron por copiar la magnífica construcción, y un buen día se alzó en una calle del Ensanche un remedo bastante inexacto de aquello admirado por Aragón entero. Naturalmente, se consideró innecesario reproducir los torreones, garitas, parapetos, aspilleras, etc., y suprimiendo de acá y allá, el famoso castillo contemporáneo de Juan II vino a quedar reducido a un palacete muy cuco, algo más grande que cualquier quinta de recreo, con la ventaja de estar en la ciudad y no el campo y la agravante de tener al lado en lugar de un foso y su correspondiente puente levadizo, un jardín que era una preciosidad. Todavía hay más: eran de ver las monísimas torrecillas colocadas a ambos lados del famoso edificio, sobre su azotea. Sin duda en su fantasía el genial arquitecto halló *partido por gala en dos* el torreón del castillo y en su lugar nos puso las dos torrecillas. En cuanto al resto de la fachada se había respetado bastante, conservándose el ancho portal sobre el cual asomábase un balcón de tribuna moderna y entre ésta y el portal un escudo; luego venían las ventanillas de otro piso y en el coronamiento de la obra, a manera de sucios dientes de piedra, las almenas se reían, con toda su alma petrificada, del artista que las hizo o quizás del marqués que encargó tal obra o tal vez de ambos profanadores. Y he ahí por donde uno que fue castillo famoso de la Edad Media se encontró el pobrecito sin saber en castigo de cuál pecado suyo, convertido en edificio moderno de gusto detestable, estilo indefinido y horripilante aspecto, aunque de gran capacidad. Era vasto, eso sí; cabía mucha gente dentro. Si empezamos por la portería encontraremos al encargado de ella con sus negras y respetables patillas, y habitaciones suyas y de Maximiliano el mecánico, a más de lo que era cochera y fue después garage del automóvil. Junto a un amplio patio interior, adornado con muchas palmeritas, se veía la escalera de mármol que daba idea de que

a veces el arquitecto director tenía buen acierto y gusto el marqués en dar dinero para algo artístico.

Estaban en el primer piso largos pasillos rodeando el caserón, un recibimiento, el salón, otras dos o tres salitas para fumar y otros menesteres, y dormitorios de Rosario, su esposa, el niño y dos más que fueron destinadas a Pilarín, amén del cuarto de baño (que la marquesa, aunque beata, se bañaba...). Y en el otro piso, el comedor, las cocinas, habitaciones para doña Mariíta (una especie de ama de llaves con importancia y sin mucho quehacer); y dormitorios para el resto de la servidumbre ocupados por un criado, una negra cocinera y otra muchacha que servía a la mesa. En fin, grande y todo como era, el propio dueño cuando vió por primera vez los planos hechos según sus instrucciones, quedó bastante sorprendido de que aquello tan raro fuese lo mismo que él concibiera, y con inquietud mal disimulada y su poquitín de timidez osó decir volviendo de todos lados los dichosos planos.

– Bien... bien.... No está mal, pero escuche, amigo... Tenga la bondad... ¿quiere usted decirme?... ¡En fin!... ¿qué es esto tan bonito? –rompió al cabo.

– Pero, señor –contestó algo ruborizado el buen arquitecto– ¿puede ser otra cosa que lo que usted me encomendó que hiciera. La copia de su castillo de...

– ¡Mi castillo! (¡Infeliz!) En la cara del marqués de Longinos se vio pintada la conmiseración más profunda hacia el pobre asilo de sus antepasados, que nada malo les había hecho para jugarle aquella partida serrana. – Y menos mal – continuó para su capote – que el desdichado está en ruinas y se vendrá a tierra pronto, avergonzado de que le llame original respecto a este mamarracho.

Pudo finalmente conformarse sobre todo en vista de lo económico que le salía el traslado (pues siempre andaba escaso de dinero) y suprimiendo y modificando aun más, quedó otra cosa el edificio, pero sin nada de particular en su exterior, sin nada que supiera a arte. Se trasladó también (pero de veras) el mobiliario antiguo y de gran valor,

escogido por sus abuelos, cuyos difuntos señores tenían mejor idea de la estética que el arquitecto y el mismo marqués a quien poco preocupaban estas ideas si no se trataba de aplicarlas al mundo femenino. Fuera de esta debilidad, no tenía el señor marqués otra, ni mayor afición, ni preocupación más grande que los viajes por uno y otro continente, recorriendo y comprobando sobre el terreno si eran ciertas las descripciones de los viajeros cuyas obras llenaban su biblioteca, en la cual tenía desde las antiquísimas narraciones de Herodoto y Marco Polo hasta las de nuestro siglo, que por tener me parece que aun tendría los *Viajes de Gulliver* y los que a la luna hicieron Cyrano de Bergerac y el personaje de Julio Verne, mas es ello cosa que no me atrevo a asegurar. Lo que sí afirmo y certifico es que con tanto rodar por ambos mundos jamás le vino la tentación de caer en brazos de alguna mahometana, japonesa, ni siquiera piel roja, y aunque no respondo de si en privado lo hiciese (que a buen catador de bellezas femeninas nadie le ganara), oficialmente al menos fue a buscar una mujer de su raza, una antillana, descendiente de españoles, con quien tropezó en uno de sus viajes y a quien dispensó el alto honor de llevarla a compartir su nobilísimo tálamo. A fe que no le pesó, pues era la joven muy bonita, con mucha inocencia en sus diez y seis años y nobleza en sus apellidos, llamándose Rosario de Viladesa y Camps de Blat. Aun no siendo hija única, poseía una buena dote propia de quien se llama Camps de Blat, apellido dorado y reluciente, que del catalán traducido quiere decir «Campos de trigo». Parece ser que alguno de sus antepasados tuvo grandes terrenos sembrados del utilísimo grano, cosa que diera por resultado el hallarse las arcas bien repletas del metal que más se parece al trigo: ¡oro! He ahí lo que únicamente vio el marqués, arruinado casi, al dirigirse a Rosario; pero luego eche usted el atenuante de que la niña era guapa, noble y buena como pocas, ¿y quién resiste?

Consintió entonces Don Alfonso en sacrificar sus veinte y seis floridos años, que más no tendría cuando ya sabía de memoria muchas

tierras y mujeres. Se dijo ¡a casarse tocan! porque con los viajes y amiguitas su dinero rodaba más que el mundo y todo su patrimonio quedó en el mismo estado ruinoso que el castillo de Aragón, necesitando refuerzo.

La marquesita Rosario fue muy feliz con su marido... durante un año. Pasó la luna de miel, las ilusiones volaron y también voló el esposo a ver qué hacían sin su presencia los países del mundo, por lo que a darles un vistazo fue. Aquello apenó mucho a la marquesa, que no quiso ir con él – ni él la instó – por no abandonar a sus padres, viejecitos, ni pudo conseguir retener más al pájaro en el nido. Su Alfonso – que algo se parecía a una golondrina, era una golondrina viajera, y... tales avecillas vuelven al nido, como él, que de cuando en cuando tornaba más que deseoso de abrazar a la casi abandonada, empeñado en conseguir de ella un hijo. Esta palabra sonaba dulcemente en los oídos de ambos, y al cabo de tres años lograron uno, muerto al poco tiempo. El cielo se burlaba de ellos, sin duda alguna, porque tras el primogénito vinieron un segundo y un tercero, siempre con idéntico resultado triste. Malas lenguas decían del marqués... ¡qué sé yo lo que decían! ... Al fin un cuarto vástago les vivió, y tendremos el gusto de conocerlo si penetramos tras la marquesa y Pilarín en el comedor del palacio que la señora habitaba.

Grande era el tal comedor. Sobre el lustrosísimo piso encerado asentaban sus bases un aparador hermoso y rico en cristalería, a más de una portátil mesita de te, cierto trinchante y una mesa larga a la que estaba sentado un personaje sobre sillón antiguo como los demás. Junto a la pared la chimenea, artística de veras, simulando tamaño cañón invertido, cuya boca iba a perderse atravesando el techo y bajo la parte más ancha, también abierta, como es consiguiente, estaba el hogar de ladrillos, brillantes, limpios, cual si en ningún invierno hubiesen encendido fuego encima de ellos. Cabe el dicho cañón y tal si su guardián fuera, hallábase sentada una señora que según las trazas bien merecía ser el artillero: presento a ustedes a doña Mariíta.

Tres personas, pues, había en la vasta pieza cuando en ella entraron. Una, el criado, y otra el señorito a quien el primero servía, en la operación de embocar, previamente aderezadas con limón, ostras y más ostras, a lo cual dedicaba gran atención, tanta que no vio a su madre acercársele para besarle en la frente...

– Señora marquesa – dijo a este punto saludando majestuosamente y con gran prosopopeya el tercer personaje a que arriba hice mención, señora como de cuarenta y cinco años, de blanca y almidonadísima bata, que sentada en una mecedora se daba aire con un *pericón* o enorme abanico. Verla levantarse como movida de un resorte y volverse a sentar con la misma majestad y figura de un juguete automático, y darle a Pilarín una risa loca, fue todo uno. ¡Qué carcajadas, Señor!

– Gua, gua, gua! – Parecía descompuesta.

– ¿De qué te ríes? – preguntó amoscada Rosario creyendo, pues frente a él estaba, que se reía de su hijo. En verdad era el marquesito heredero extraña figura, propicia a la hilaridad de los chicos y la compasión de los grandes; mas Pilarín no parecía haberse fijado todavía en él, y sólo la señora semejante a maniquí la divertía.

Repitió su pregunta Rosario cada vez más severa, y la niña, ya intimidada, sólo pudo decir como único pretexto «que se acordaba de una cosa»... Y continuó riendo: aquello era nervioso, y así la marquesa lo hubiera comprendido si no estuviera predispuesta en contra suya. Lo cual la llevó a hacerse esta reflexión:

– ¡Cuando yo digo que tiene mal corazón! Mira que burlarse de mi pobre hijo... – En voz alta se dirigió a éste para reñirlo porque comía demasiadas ostras, acariciándolo al mismo tiempo con las manos, mientras él repetía únicamente:

– Son buenas, buenas...

– No se alarme la señora marquesa – declamó a este punto la de la almidonada bata, levantándose de nuevo como movida por oculto resorte. – Son muy frescas; las ha traído el administrador de Villanueva. Este nombre del administrador de Villanueva, no sé qué

tendría de cosquilloso para arrancar a la niña otra inoportuna carcajada; pero es el caso que por más que mordía al muñeco como si fuera un pañuelo, no logró contener la risa que se le escapaba; pero que se le escapaba infaliblemente, a borbotones, viendo aquel *dimoni* de mujer tan chocante que se levantaba y sentaba como movida por oculto resorte.

– Esa niña es una malcriada, señora marquesa – sentenció la estirada señora comprendiendo la burla. – ¡Ah! ¿Es la hija de... Pilar?... – sigue preguntando con el mayor desprecio de que fue capaz. Suave, pero categóricamente corrigió la marquesa:

– De mi prima, de la señorita Pilar.

– ¿Y ahora qué piensa *hacer* con ella?

– No bebas tanto vino, mi hijito. Luego no querrás bicarbonato – siguió Rosario sin atender a la pregunta, acariciando las encarnadas orejas del niño, dos apéndices algo grandes en los lados de su cara greconiana, alargada, pálida como todas las figuras que hiciera el gran pintor, aunque la semejanza no era exacta, pues dichas orejas, la nariz y el labio colgante mejor le daban un vago parecido con los fenómenos de Velázquez, con la cara bondadosa del pobre niño de Vallecas.

– ¿Qué decía *usté*, doña Mariíta?

– *Desía* – respondió la aludida, que siseaba y tenía el mismo acento americano de la marquesa – que si esa niña... que si la hija de la *señorita* Pilar – subrayando el tratamiento con intención – se va a...

– Sí, señora, se quedará aquí.

– ¡Aquí! ¡Virgen de la Altagracia! ¡Santo Cristo de Bayaguana! *Usté*.. ¿La señora sabe lo que *hace*? – Y se ponía las manos en la cabeza. Siguió atendiendo con afectada impasibilidad la marquesa a su hijo, sin parar mientes en las exclamaciones de la otra, cual si con ella no rezasen.

– ¡Ay, Rosarito, Rosarito! Siempre la misma; sudando calentura ajena! Cuándo será el día...

– En que tome experiencia ¿verdad?

– ¡En que no haga caridad a cuervo!

– Antes *desía* *usté* a culebras, Doña Mariíta – arguyó sonriente la increpada.

– La misma cosa. ¡*Pa* el pago que dan todo!

– Mire, hija, ya sabe que genio y figura...

– Hasta la sepultura. Ya lo sé. Pero ¡aguárdeme el pago! – Una mano se agitaba en el aire con gesto propio de una pitonisa anunciando desgracias.

– No lo hago porque me paguen ni con bien ni con mal. Si me lo pagan con mal... ¡bendito sea Dios! – Y la marquesa lo dijo tan sencillamente que hubiera parecido sublime a otra que no fuese doña María Avelino.

Mientras tuvo lugar ese diálogo, el niño repetía sin cesar su estribillo de: – Son buenas, buenas – haciendo pensar a cualquiera que aquella gran cabeza que el niño tenía sobre los hombros no era una máquina muy rápida en fabricar ideas nuevas; y en tanto la niña pudo recobrar la seriedad. Doña Mariíta luego no tuvo más remedio que cumplir ciertas recomendaciones de Rosario al marcharse ésta del comedor en busca de su marido. Refunfuñando se dispuso a dar órdenes de que trajeran una caja de pinturas con qué entretener al señorito y merienda a Pilarín. No servía para otra cosa, pues estaba hecha de encargo su voz para el mando y ni pintada, para meterla en todo, su nariz de águila, según la afición con que se dedicaba a ambos *quehaceres*.

También tenía otros en la casa, de reconocida importancia y casi ninguna molestia, consistentes, primero: Cuidarse de dar comida a un loro, dos o tres canarios y un gatito de Angora, que formaban su única parentela, familia espiritual a la cual vióse forzada también la marquesa a dar protección y amparo cuando amparó y dio protección a la viuda de don Manuel Avelino. Segundo: subir y bajar, entrar y salir, meterse en todo y preguntarlo todo, una especie en fin, de portera en funciones, con facultad de poder estar en muchas partes y no en el

limitado recinto de un kiosco porteril. Tercero: cuando en gana le venía, criticar a Rosario por sus excursiones caritativas y *eclesiásticas*, pues la marquesa a más de ser socia protectora de muchísimos asilos, conferencias y sociedades, tenía el deber de oír misa todos los miércoles en San José de la Montaña, dedicando los viernes primeros al Sagrado Corazón de los Jesuitas, al cual hacía la vela cuantas veces su turno le tocaba, y los sábados asistía siempre a la Salve solemne en la Merced, amén de otras devotas costumbres. Ah, y todo eso no obstaba a que cada día oyera la marquesa su misa correspondiente en el oratorio de su casa.

Y ahora, manantial inagotable de agua mística, santa marquesita, protectora de gente que sufre y está desamparada, se me ocurre preguntar ¿por qué no dejas caer una gota de agua de santidad sobre el corazón de tu marido... que bien lo ha menester según la buena pieza que es y ha sido siempre? ¿Por qué no otra gotita de las que a tí te sobran sobre el casi endurecido o al menos indiferente al bien y al mal, de la señora Avelino? Para que se contamine de la santa manía que se apoderó de tí desde tu nacimiento, como lo cuenta la misma señora sin ver que también a ella protegiste al encontrarla viuda y sin una *mota*, como llaman a la ínfima moneda en la tierra en que viste por primera vez el sol, ese sol que tantas otras te vio a tí llorar.

Doña Mariíta se cree la línea recta moral como lo es físicamente. ¿No es verdad? Parece haberse tragado el palo de la escoba ¿qué digo el de la escoba! uno de deshollar, pues alta es ella como una vara larga y no se tuerce, teniendo poquísima compasión para los que cometan semejante bobería. ¡Nunca perdonará a Pilarín el haber venido ilegalmente, como no perdonó jamás a la madre su grave falta, teniendo siempre en los labios la consabida fábula de la culebra... Olvida generosa, que también a ella recogieronla por caridad. Sin encomendarse a Dios ni al diablo ni detenerse a considerar si su protegida le saldría culebra o serpiente, a título de algo parienta, lejanísima, fue invitada (o mejor dicho ella misma se invitó) a ser

comensal perpetua en la mesa de Rosario, con quien si bien es verdad que no se portó nunca como el reptil de marras, también es cierto que más de una vez la protectora tuvo que decirse:

– ¡Válgame Dios y su madre santa! ¡Y qué paciencia se necesita para ciertas caridades!

V

CONVERSACIÓN

Los estremecimientos de la humanidad no hacían ya mella en su médula: uno solo, el más poderoso, el estremecimiento del amor, podía sacudirle y conmoverle.

CLAUDE FARRÉRE

*Los Civilizados.*

Aquel día fue canicular, cosa rara en mayo; así es que ahogándose de calor y sin detenerse a tomar un poco de refresco, fue la marquesa al encuentro de su esposo. Le halló envuelto en humo, recostado en un diván del saloncito de fumar y dándose el gustazo de saborear un riquísimo tabaco, de esos que llaman habanos, aun cuando vengan de cualquier parte que no sea de Cuba. Constábale al marqués la legitimidad y pureza de los que le enviaba de Santo Domingo, la antigua isla Española (donde le hay tan rico como en Cuba) un tal señor Ramírez sobrino de doña Mariíta, lo cual – Dios me perdone si me equivoco – motivo fue, según creo, para que Don Alfonso dominara las tentaciones de poner a la entrometida aunque inofensiva viuda de patitas en la calle, y no lo hizo, por un sentimiento de sibaritismo egoísta, al objeto de no disgustar a Ramírez y que él dejara de servirle graciosamente, lo más escogido, la flor de sus tabaquerías. ¡Poder de un pequeño vicio, tan fuerte como la virtud!

Quizás esta consideración hacía el marqués en el momento en que Rosario iba a su encuentro, y nada de extraño tiene que tal pensase por asociación de ideas, pues pocas horas antes, la buena señora no sabiendo cómo explicarse la partida desusada y repentina de la marquesa en automóvil, (revisándose éste antes como para larga caminata y bien provisto de bencina) fue ante él con ganas de hablar y saber si mejor informado sobre el misterio, le daba noticias con que enriquecer sus datos. Había adivinado, no sé como, que se trataba de la hija de Pilar y eso la había dejado estupefacta. Iba a preguntar, a asombrarse, a inquirir algo. Inútil; la marquesa se marchaba silenciosa. Presentóse al marqués: le volvió la espalda, mandándola de paso a freír espárragos. Tuvo que morderse la lengua y conformarse con hablar con su loro hasta que llegó la marquesa y satisfizo su curiosidad del modo que queda expuesto. Mientras saboreaba doña Mariíta las escasas noticias adquiridas, Rosario se halló ante su esposo, quien con gesto de cortesanía perezoso se levantaba a medias y le mostraba una butaca junto a él.

Sentóse aquella. Sacó un pañuelito fino de un bolso y se dio dos o tres toquitos en la frente como limpiando el sudor, aunque en realidad era por hacer algo que se entregaba a tal ocupación, ganando tiempo. Estaba nerviosa; no sabía el modo de empezar... Parecía ella la atemorizada por la presencia del otro, que más dueño de sí mismo fumaba tranquilamente con la expresión de dicha y bienestar propias de la persona que puede decirse:

—Yo sí que estoy en buenas relaciones con mi conciencia...

La marquesa podía decirlo con razón, pero ni lo decía ni demostraba que pudiese decirlo sin mentir, y su marido, al contrario, tranquilo y satisfecho siempre, acariciaba las puntas de su bigote a lo Guillermo II, negrísimo y poblado, del color de sus ojos orgullosos que parecían retar al valiente capaz de hacerlos bajar o de asomar el más ligero carmín a sus mejillas. Un tipo así, guapo de cara, apuesto de figura, de gentiles maneras, había forzosamente de producir hondos trastornos en los, según la fama, frágiles corazones de las

mujeres, y no sería extraños que los siete puñales de los celos se clavaran con frecuencia en el de la suya. Diez años llevabale él a ella cuando se casaron, según hemos dicho antes; si no miente la cuenta, don Alfonso tendría sus cuarenta y pico ya que la señora pasaba de los seis lustros y sin embargo, figuraba tener más ella de lo que tenía, así como él aparentaba ser más joven. Para que todo fuera contradictorio en la pareja, era fácil tomar a Rosario, con su tez blanca y sus venitas azules y cabellos castaños, por una dama de cualquier país allende el Pirineo, mientras el marqués, moreno y de pelo negrísimo, era creído hijo del Trópico por muchas personas, de esas superficiales que desde Europa consideran poco menos que como mulatos a todos los americanos, mientras en América ven a los europeos blancos y rubicundos todos cual los hijos de Albión.

El caso es que la marquesita estaba algo nerviosa, no sabiendo la manera de empezar a exponer cuanto tenía preparado. Su marido, sin retirar de sus blancos dientes el puro mordisqueado, sacudía con la derecha ensortijada de magnífico solitario, un polvillo ceniciento del pantalón. Preguntó suavemente:

– ¿Hay algo nuevo?

La interpelada, de quien, según la frase de doña Mariíta podría decirse que estaba hasta entonces sudando «calentura ajena», al oír la pregunta dirigió al esposo una mirada significativa, de sorpresa y admiración ante su tranquilidad, como queriendo decir:

– ¡Buen marchante estás tú hecho! ¡Y me lo preguntas, cuando lo que haya es idea tuya, seguramente! – Tal expresaron sus ojos, mas al tropezar con los del «marchante» vio en ellos una ingenuidad e inocencia tales que la hicieron explicar:

Pues hijo; fui a ver a Pilar. ¡La pobre! ¡Está más mala! Así lo comprende ella y quiso separarse de su hija, encomendándomela, para evitar el contagio, pues anda muy delicadita.

– ¿Y tú qué hiciste? – preguntó con estudiada indiferencia el fumador, cual si nada de aquello tuviera que ver con él.

– Lo que tenía que hacer... lo que haría cualquiera en mi lugar – contestó la señora con gran calor, que interpretó mal y como egoísta su marido, pues sin poder contener un gesto intranquilo, preguntó algo anheloso:

– ¿Luego no la traerás aquí?

– Ya está. Ahí en el comedor la tienes con tu hijo. ¡Me dio tanta pena su madre!...

Instintivamente dirigióla el marqués una mirada de incomprensión, como la de persona de diferente altura moral... Realmente no la comprendía...

Ella se puso a referir entonces cómo encontró a la prima en una casa pobrísima, mal atendida por una vieja; sucia la niña, jugando con chiquillos asquerosos. Una lástima todo, en fin. Rosario insistía sobre el triste estado de su prima, sin remedio quizás, porque de seguro se moriría pronto, pero muy pronto.

– ¡Muy mal está, es cierto! – se le escapó al marqués.

Chocó una mano con la otra la marquesa pensando: – ¡Has caído! Te vendiste. Luego en voz alta deslizó:

– A la verdad, lo debes saber tan bien como yo, puesto que la has ido a ver no hace mucho.

– ¡Yo! ¡Yo! – protestó el acusado dándose un tremendo golpe de pecho para dar energía al embuste – ¡Te juro que no, por Dios!

– Por Dios, Alfonso, no jures en vano. ¡Si eso no tiene nada de particular! Yo lo encuentro muy natural y lo que no me parece tan bien es que tomes el santo nombre de Dios jurando en falso. En el primer momento me dio rabia, – la verdad – ver que me engañabas, sin nada decirme, pero después reflexioné y ví que no había motivos; primero, porque la pobrecita Pilar no está para... bullas, y Dios me perdone lo injusta que fui al pensar... lo que pensé; después, porque como era tu costumbre de siempre engañarme, nada extraño era que una vez más lo hicieses. Es tu gusto engañarme, taparme tus enredos y los que no lo son. Una cosa me da pena en todo eso, sin embargo, y es tu egoísmo... Pero hombre ¿es posible que a una mujer a quien

en otro tiempo... quisiste, la veas en su triste situación y me la dejes en ella? ¿Qué has hecho por sacarla de la estacada? Nada: ir a verla. Ni una *gurrumina* de lo que a tí te sobra, ni siquiera por su hija.

Eres un poco egoísta, Alfonso, como hombre al fin, y dispénsame.

Su auditor arrugó el entrecejo, dispuesto a enfadarse, según las trazas. Sin quitar la ceniza que se había ido acumulando en el puro que fumaba, despachurró aquel de un golpe contra el cenicero y púsose de pie y al objeto de que se le desarrugara el pantalón dio con brío dos o tres pataditas en el piso; luego unas vueltas por el saloncito y con enojo algo fingido se plantó ante su mujer diciendo:

– ¡Ah! Conque insultos, ¿eh? Pues harás el favor de respetarme, que no me gustan las ironías.

Rosario se tenía bien conocido a su marido y burlona sólo respondió:

– Pero qué bien haces, chico, en enfadarte. Que retebién. Yo, de tí, nunca haría otra cosa ¿Y cómo no? ¡si tan guapo estás cuando te pones bravo!

Se rió de bonísima gana don Alfonso al ver el escaso efecto producido por su simulacro de indignación, y sin acordarse más del enfado y de Pilar que de la mona de Pascua, cogió entre las suyas las manos de su mujer, estrechólas, besólas apasionadamente, las mordisqueó y hasta hizo aspaviento de comérselas.

– ¡Aam! ¡Me las comí! ¿Quién puede hallar otra mujercita como ésta? Un mirlo blanco, tal cual dicen esas francesas que... – No continuó temiendo decir alguna necedad. Y su mujer reanudó ella sola la conversación sobre la imposibilidad de llevar a Pilar, dado su estado, a un sanatorio; la instalación de la niña en el palacio, y otros asuntos.

Púsose contento el marqués sin disimularlo: iba a tener a su lado, siempre, una chiquilla tan maja, una Pilarín, mientras el deseo de viajar fuera menos poderoso que las ganas de estarse comiendo a besos a la niña aquella, su hija, tan sangre de su sangre como todos los otros hijos que de su mujer tuvo, venidos al mundo en tan mala

estrella todos, si no con la triste figura del niño que les quedaba: Panchito.

Y la marquesa, amante y compadecida de su hijo, sentía una nueva pena entrársele en el corazón: la idea de que el pobre chico raquítico iba a tener desde entonces menos cantidad de padre de la que hasta entonces tuviera, bastante escasa, por cierto...

Así fue como Pilarín vióse instalada en casa de su padre natural y su madre adoptiva, quienes desde entonces fueron sus tíos.

## VI

### PARÉNTESIS DE LA MUERTE

Hoy es el hombre y mañana no parece...

KEMPIS

*Imitación de Cristo.*

Hay enfermos que se repiten infinidad de veces: – Me muero, me muero... Pero ellos no son los últimos en creer, para sus adentros, que aquella cosa horrible, la muerte, no vendrá corriendo... Dios no les puede jugar esa mala partida... Vaya: no puede ser... No es sólo ficción la fábula de la caja de Pandora, en cuyo fondo, perdidos los infinitos bienes en ella contenidos, restó únicamente la esperanza. Es el símbolo eterno de la confianza humana, en que, lo peor no les puede nunca suceder y siempre espera...

Así Pilar, viéndose consumir poco a poco y diciéndose a todas horas que Dios la castigaba por pasadas culpas y que pronto iba a morir, siempre confiaba en una mejoría imposible, esperando algo... ¿acaso sabía el qué?...

Mas la muerte es inapelable, y el momento determinado arriba sin falta. Cuarenta y ocho horas después de haber trabado conocimiento Pllarín con las dos preciosas habitaciones a ella destinadas en el palacio de sus tíos, vio entrar en ellas a la señora a quien en un principio llamó Manga Mocha seguida de otra muy elegante, – la modista – la cual tomóle medidas para hacerle varios vestiditos

negros. Había muerto su mamá—diéronle a entender— y tendría que llevar luto... Pese a sus pocos años, aquello causó en la niña sorpresa, duda, angustia, escalofrío... y vergüenza de llorar, por aquellas señoras. Se quedó tiesa, fingiendo impavidez ante la mirada escrutadora de Rosario, y cuando ésta desapareció con la modista, le entraron muy fuertes ganas de llorar, una congoja atroz, una especie de temor inexplicable a estar sola y comenzó a gritar.

—¡Mis, mis!...

No se crea nadie que el infantil cerebro hubiera sufrido una perturbación tan honda como para hacerla divagar; ni tampoco piense alguno que llamaba al gato; sino a una inglesita rubia, linda y afable, su institutrlz nombrada desde el día anterior, la cual dormía junto a la alcoba de la niña, sin abandonar a ésta un momento. Presentóse la mis y la desconsolada se echó en sus brazos llorando amargamente. Trabajo ímprobo fue hacerla enjugar sus llantos. Sólo la promesa de bombones, dulces, una caja de música, la presencia de una muñeca y un piano consiguieron mitigar su pena; mientras la difunta ocupó, tras lujosísimo entierro (gracias a la prodigalidad de su prima) un nicho en el panteón de familia del Cementerio Nuevo; y gracias también al sensible corazón de Rosario hubo quien derramara una lágrima sobre el cuerpo frío antes de recibirlo el doble ataúd de cinc y ébano dentro del cual fue llevado a su reposo el cadáver.

## VII

### ¡MIS, MIS!

Honni soit qui mal y pense...

Pilarín no era desgraciada en exceso.

Una vez pasada la crisis de lágrimas, habituóse fácilmente a su nueva vida... Había llorado mucho a su madre, eso sí. Muchas veces se tiró de bruces sobre su camita mojando las almohadas, mas no lloraba porque pensase si nunca había de volver a ver a su mamá: lejos de ella igualmente la idea de corrupción, de cadáver, de carroña que se tornaría aquella cara, aquellos ojos y mejillas que tanto había besado. Desconocía la muerte y no pensaba nunca en su madre ya difunta, sino en su madre viva, como es natural. Sin embargo, lloró mucho... hasta desesperar... sobre todo al hallarse delante la amabilísima Mis para que pudiera consolarse, como hacen los grandes, contándole su pena.

Se habían hecho muy amigas. Todo el día lo pasaban jugando y así había de ser por mucho tiempo según indicó el marqués, partidario de que la educación intelectual debía suceder a una preparación física, y así el jugar, carreras y saltos quedaron prescritos como antecedentes a la instrucción.

Ponia la inglesita el despertador para las nueve de la mañana con tal gravedad cual si lo pusiera a las tres de la madrugada, y era casi seguro que al día siguiente Pilarín con su costumbre de vivir entre

campesinos tempraneros estuviera despierta un rato antes que su institutriz a quien al fin llamaba.

– ¡Mis, Mis! Hace una hora que sonó el reloj.– De un salto se levantaba la Mis murmurando palabras ininteligibles para ella, con quien casi siempre se expresaba en correcto castellano, idioma que como el francés y el inglés sabía. Gozaba la niña viéndola coger y tirar de un extremo a otro de su habitación las ropas, zapatos y los picatostes que le servían en el chocolate, todo hecho como con prisa fingida por la algo alocada y simpática señorita. También le gustaba mucho ver a Mis moviendo su graciosa testa cual péndulo descompuesto para imitar la cabezota del pobre *Mister Panchito*, mientras balbucía frases a medias según costumbre del chico: Otras veces se burlaba la inglesa de la propia marquesa, con sus gestos suaves, su temor de Dios.

– ¡Oh, no, señorita! Dioses *capass* de castigarnos si no *almorsamos* pronto – decía fingiendo a maravilla el acento americano y siseo de Rosario.

Enseguida bajaban al jardín, jugando al tennis con el marqués o yendo a dar un paseo en auto por la ciudad.

El marqués siempre las acompañaba. A él únicamente no llegaron nunca la mordacidad y burlas de Mis Bessy; en cambio el pobre «Mister Panchito» lo tenía por su cuenta, aprovechando la escasa simpatía que parecía demostrarle Pilarín, en lo cual ésta no hacía más que corresponder a la que en él inspiraba.

Como si se diese cuenta de que estando junto a la niña, tan hermosa y llena de la gracia ingenua propia de sus años, resaltaba más su aspecto triste de ruin enfermizo y retrasado en el desarrollo correspondiente a su edad, no hacía más que gritar, hecho un energúmeno por cualquier chirigota o jugueteo que ella intentase. En verdad, eso de contemplar a las dos criaturas juntas se prestaba siempre a comparaciones enojosas y deprimentes para el chiquillo, quien a fin de que nada faltara en su colección de infelicidades, sufría la pena de haber perdido su correcto nombre de Francisco, substituído con el vulgarísimo Pancho a consecuencia de la ternura de su madre,

la que tenía debilidad por los apodos como muchas personas de España y América (que se empeñan en llamar Pacos a los Franciscos, Pepes a los Josés y no conformes con eso llaman Quiquín o Fifi, a cualquier Juan de las Viñas, o Pampám, Chachá. etc., a uno que tenga por verdadero nombre otro menos ridículo que el diminutivo o apodo).(\*)

Enemigo de vulgaridades, el marqués nunca llamó Pancho a su hijo sino Francisco; o «el señorito» dirigiéndose a la servidumbre.

Un poco bobalicón sí que parecía el tal señorito, aún que no lo fuera, y las noticias que de él daba su mamá eran de que si no la más inteligente y sensible criatura del orbe, al menos podían contarle entre las que más. Dotado de una poderosa facultad de imitación, viendo reír se destornillaba de risa, y si llorar, sus ojos convertíanse en dos caños, en dos fuentes de amargura. Cuando su madre rezaba delante de él, en las largas veladas en que reunían ambos sus soledades, (pues el marqués salía todas las noches), el niño oraba con el mismo fervor de un Juan Berchmans o un Luis de Gonzaga; bien es verdad que la madre tenía los arrobos de Santa Teresa. Tenía el muchacho para la pintura verdadera vocación; en un album traído por Don Alfonso de Alemania se ejercitaba, haciendo cada monigote capaz de hacer caer de espaldas al más curado de espanto... pero en compensación, estando hechos los dibujos y tratándose sólo de darles color lo hacía no muy mal y nunca ocurrióle pintar color de yema de huevo los árboles ni verde lechuga el cielo. Admirando tales obras, la marquesa exclamaba:

—¡Qué ha de ser bobo mi Panchito por más que digan! Y el aludido, con aquella gravedad con que repetía cuanto oyera, decía también:

---

(\*) Llega a ser tan corriente esto en América sobre todo, que hasta se desconoce el verdadero nombre de una persona conocidísima por su apodo o mote.

«El general Julián Alvarez se ha sublevado» dice alguien —¿Quién será ese peleador?— se pregunta mucha gente, hasta que llegue uno más enterado de eso.

— Hombre ¿no sabe usted quién é? — Pué ¡Tutú Alvarez!, o bien ¡el general Sansán!  
 Y entonces se entera el mundo de que Julián y Sansán es una sola cosa.

—¡Qué ha de ser bobo!

La madre entusiasmada se lo comía a besos y él le devolvía todos los besos a su madre; mucho se amaban. Era una gran pereza mental lo que impedía ser, al chico, muy explícito en sus conversaciones, limitándose a repetir lo que ya le daban pensado o hablado, o a expresar con pocas palabras su opinión en contrario. Naturalmente, con tales facultades, andaba bastante retrasada su instrucción. Cierta cura pobre a quien protegía la marquesa le daba clases de tarde en tarde (cuando no iba el profesor de dibujo, el único que sacaba algo de él), y no había conseguido meterle en la cabeza más que la costumbre de leer deletreando y escribir algo mejor. Se ponía furioso en cuanto le mostraban números y no hubo más remedio que suprimirlos y quitárselos de delante.

No adelantaba más la instrucción de Pilarín, a no ser que el corretear por las playas, en el verano, fuese parte de la educación intelectual; o el ir con Mis Bessy de madrugada, cuando estaban en el campo, a ver como sacaban de las barcas pescadoras la reluciente carga de sardinas, brillando al sol cual un montón enorme de diamantes; o meterse las dos en un balandro en el que también saltaba ágil el marqués, elegante, vestido de blanco desde la gorra a los zapatos, impecable y hermoso siempre; (observado y seguido todo por la inquisitorial mirada de Doña Mariíta, quien del terrado de la casa y armada de un largo antejo, tal un mariscal en funciones, exploraba el horizonte).

Si acaso, tales paseos y otros en tierra los organizaba el marqués con objeto de estimular en su hija el amor a la naturaleza, única parte pedagógica que pudieran tener, pues amor a la belleza de Mis Bessy no tenía necesidad de inculcarle, aunque cualquiera creería que de ello trataba vista la obsequiosidad de que rodeaba a la inglesita. Pilarín la quería mucho y Don Alfonso no se lo impidió nunca: al contrario, para manifestar su aprobación, cuando la niña la abrazaba por un lado, él, del otro, también extendía su manga hasta encontrar una de encajes que se confundía con la suya, a espaldas de Pilarín; y las dos

manos, masculina y femenina, estrechábanse formando el emblema de la amistad... Mientras tanto, la cómplice inocente arrullaba a una muñeca que decía papá y mamá, cerraba los ojos y andaba, y le hacía olvidar a *Tripita*, y hasta los dos personajes que tenía junto a sí y no perdían el tiempo.

¡Oh! ¡Si nunca cambiasen la tranquila existencia que en el campo llevaba la niña por otra en que hubiera libros, clases, obligaciones de leer, escribir, rezar y que sé yo qué más!.. ¡Válgame Dios! Qué empeño en preguntar la marquesa si no podía decir el *padre nuestro* o el *ave* tan bien como Panchito, si su mamá nunca le enseñó semejantes tonterías! La letanía sí que la rezaba a perfección, y en latín nada menos: sabía decir *ora pro nobis* a todo. En cuanto a leer... ¡Ilusiones! Nunca fue a la escuela del pueblo; tres letras conocía que se las enseñó su antiguo amigo Miguel: la *o* que recordaba por su parecido a una pelota, la *i* semejante a un palo, y la *s* por ser una culebrita o quizás porque la veía en la figura de los campesinos que salían de la taberna. En fin, por fas o por nefas, ignoraba todo lo ignorable. Pidiéranle en cambio lecciones sobre el arte de subir a los nogales ajenos mientras los dueños duermen la siesta o acerca de la ciencia del mal decir y soltar palabrotas y vería si estaba fuerte en tales asignaturas, lo cual causaba la desesperación de sus «tíos» y las delicias de los criados. En cuestión de pisar uva podíasele ser exigente y en dos o tres ramos más, tales como empinar la bota... robar cigarrillos, etc. De ello habló con Mis Bessy, aunque luego se arrepintió de poner en ella sus confianzas, pues la tal Mis era una charlatana de tomo y lomo y tiempo le faltó para contárselo todo al marqués con quien parecía tener tanta intimidad como la niña con ella.

Tenía la inglesita, a más de una elegante postura de figurín sobre el que todo caía bien, una carita de óvalo perfecto en donde lucían unos ojazos entre verdes y azules, apacibles y tranquilos en apariencia, parecidos a los lagos tantas veces contemplados por el marqués entre las montañas suizas; ojazos que a ratos se encalabraban y alborotaban cual la mar, presagiando naufragio a quien lanzárase a ellos... Fortuna

fue del marqués estar habituado en sus viajes a los huracanes y saber nadar, teniendo certidumbre de llegar... (aferrado a la tabla de la indulgencia de su señora) al puesto donde mora la tranquilidad, si por acaso naufragase, cosa nada extraordinaria teniendo en cuenta que «quien ama el peligro, en él perece».

¿Qué pasaba? ¿Que se lo preguntasen a doña Mariíta. ¡Más de la cuenta iban gustando a don Alfonso los ojos de la *Mis Bessy*, sin que ello quite el gustarle también el cuerpecito... Y las manos blancas y suaves... Para comprobar su suavidad aparente, a cada momento las estrechaba el muy truhán, por supuesto cuando no había delante otro testigo que la chiquilla, fácil de entretenerse con cualquier monada, y la cual, sin embargo, ya preguntábase qué demonios tendrían que hablarse a todas horas en su estrambótico inglés. Lo más gracioso para ella era ver a la viuda Avelino, hecha un sabueso que sigue la pista a dos conejos, tratando de no perderlos de vista, y con los pretextos peor buscados seguirle los pasos, persecución que notaban y esquivaban los presuntos culpables. Pilarín divertíase inocentemente sin comprender bien la malicia de los unos ni la sospechosa actitud de la otra, hacia la cual compartía la opinión de aquellos, juzgándola la viuda más entrometida del universo. Cuando se presentaba donde no la llamaban, esto es, en el cuarto de la niña, estaba la señora segurísima de encontrar allí al marqués, con un libro en la mano cual si tratara de él, pero que vio perfectamente coger justo en el mismo instante en que ella abría la puerta, si por descuido dejáronla entornada. Se ponían entonces a hablar inglés y a reirse mirándola... «¡Santo Cristo de Bayaguana! ¡Cómo estaba el mundo!»

— Perdió, hija, perdió. Si usted me hisiera caso pondría ahora mismito a esa rubia jipata en el medio de la calle — decía a Rosario, la cual, indecisa, no quería creerla...

— Usted se mama el deo, hija. Si usted está en el limbo y dispéñeme que se lo diga, caramba. Si con estos mismos ojos que se comerán los gusanos un día y Dios quiera sea tarde — *pa* que nadie se alegre — les vi como se reían... Y lo sabe todo el mundo. Sólo los *siegos* o los que

no quieren ver... Y dispense la señora, pero yo creo *base* tiempo que usted no es que no vea, sino que no busca ya ver...

Cansada, harta de pruebas que no sabía afrontar valientemente, la marquesa para huir de ciertas miserias, buscaba sólo en la oración el refugio y el consuelo de sus lágrimas y para no dudar a ratos de la misericordia divina; con lo cual ganábase las burlas de su marido por lo rezadora que era quien tenía tan bien encajado su nombre de Rosario. No consideraba ella una desgracia enorme los amoríos del marqués; pero ya llovía sobre mojado y por eso sufría más. Repasaba su vida: sus males empezaron con el matrimonio: murieron sus padres, murieron sus hijos y las ilusiones que en ellos puso de regenerar al padre... Los hijos... su gran dolor. ¿Sabéis lo que es eso? Se espera un niño, un almita blanca que vendrá de lo desconocido y se va formando dentro de una misma... La canastilla... ¡dulce ocupación! ¡Cuánto éxtasis solitario de la que va a ser madre y piensa en esa dicha tan grande, no merecida, que vendrá dentro de un cuerpecito coloradote y rollizo!... Y luego el esperado se va el día siguiente de su llegada... La vulgaridad: el médico dice que es culpa del padre. El es el marido que sólo sabe tener enredos, contraer deudas enormes, que no vacila en seducir a la prima bajo el mismo techo conyugal: y ella, inocente, sólo cree cuando... La naturaleza le da una pruebecita irrefutable: Pilarín...

Perdonó, quiso meter en un convento a Pilar; mas la pecadora no se arrepiente y se va con su hija hacia esos mundos, protegida por el mismo dinero de la injuriada y se da a la *vida bona* – que es como si dijéramos lo contrario... Siguen las hazañas de la prima, hasta lo último; una *buena pieza*, en fin. Y don Alfonso quedó tan tranquilo, sin remordimiento por tal caída, confesando que él no tenía culpa; la dispuesta a tropezar, cae con el primero que se haga el contradizo. Si no él, otro cualquiera hubiera sido el iniciador...

Mas, en fin, aquello pasó. Ahora era lo de la inglesa que vino a enseñar a Pilarín. ¡Bonitas enseñanzas! Eso lo había de terminar ella muy pronto.

Con tales disposiciones, se acostó más de una noche.

## VIII

### CONTINÚA LA «INSTRUCCIÓN» DE PILARÍN

El bien y el mal sólo consisten en la manera  
de ver, de sentir.

SHAKESPEARE

*Hamlet.*

Muchas noches y una porción de días transcurrieron.

Rosario siguió en la misma indecisión del principio, sin atreverse... La inglesita continuando en casa... Pilarín divirtiéndose... y el marqués también.

Era duro a la marquesa despachar a la inglesita a causa de ese motivo bochornoso y decírselo en su cara, por lo cual dejaba correr los días, esperando de la casualidad un buen pretexto.

¿Cómo lo recibiría su marido? Oh, muy bien. De seguro que siempre correcto y sonriente no la contradecía. – Sobre todo si ya hizo su gusto... – y quizás en presencia misma de su amiga asociarse a las disposiciones de la esposa. Tarde ya, iba ésta conociendo el fondo de aquel hombre tan superficial y amante de las *buenas formas*, en toda la extensión de la palabra... infatigable perseguidor de las caras bonitas y los bellos cuerpos, allí donde los hallase, aun cuando fuere al lado mismo de Rosario. Confiado ciegamente en su derecho a procurarse la dicha y los ratos sabrosos, tras ellos iba sin cuidarse del

sufrir ajeno ni de la moralidad, contando tal vez con el instante en que su mujer lo descubriera todo y pusiera punto final a sus enredos. El marido padecía la obsesión de las mujeres, así como Rosario la del bien y la oración. Allí donde hubiese algo femenino digno de tomarse en cuenta, seguía husmeando y en grave peligro de naufragio...

Eso sí; aunque Tenorio de los pies a la cabeza, no era un enamorado vulgar de todas las mujeres por el hecho de ser estas *hembras* (o *varonas*, si se quiere emplear la fina palabra bíblica con que Moisés designa a Eva). No dominaba en él la irresistible atracción que lleva a ciertos hombres tras las mujerazas y las amas de cría: amaba las mujeres suavemente hermosas, finas, delicadas... como su esposa, Pilar, algunas artistas, la Mis y otras muchas. Cierta buen gusto en cuestión de faldas ¡ay! con harta pena le reconocía Rosario, sin dejar de poner coto a los entusiasmos relativos y amorosos de su Alfonso. ¡Un hombre de cuarenta años, casi viejo... ¡y tan joven siempre! ¿Acaso no lo veía?...

Pasaban entonces una temporada de verano en la playa de Villanueva y eran de oír los comentarios de doña Mariíta sobre excursiones a las ermitas – ciertas meriendas entre las rocas o en las viñas... y sobre todo los baños de mar, que, *casualmente*, tomaban siempre a la misma hora los dos tunantes. Por estar siempre delante la buena señora y, aunque nada podía impedir, como buen testigo de vista, aquellos procuraban guardar toda la compostura posible dentro del resbaladizo elemento...

Mas *eso* duraba ya demasiado y tendría pronto que acabarse. Así pensaba una tarde la marquesa mientras escuchaba la charla monótona y sin substancia del profesor de Panchito, que la daba gracias por no sé que regalos recibidos de ella, y le contaba sus apuros y trabajos, con objeto de obtener otros nuevos. El mar se extendía ante ellos: ese azul mediterráneo tantas veces admirado por Rosario y que con su grandeza parecía decir a los también de azul teñidos, melancólicos ojillos que se fijaban en él: – ¿No ves mi inmensidad? Compara la pequeñez de tus sufrimientos con mi grandeza y verás como, ante

ésta, todo son granitos de arena y los despreciarás como menosprecio yo todo lo mezquino que fuera de mí existe» Y era elocuente y provechoso el mudo lenguaje de la naturaleza, pues a veces, mientras se perdía en la contemplación de esas hermosuras, olvidaba Rosario que en el mundo hubiera maridos traidores y frívolos; que existiesen disgustos domésticos; y deudas enormes por causa de un jugador juerguista; que los hijitos tiernos murieran y que el que les restaba tan delicadillo y atrasado anduviese; que el pasado fuera triste y el porvenir motivo de inquietudes...

Todo eso lo olvidaba, y en tanto el cura preceptor de Panchito le refería sus cuitas y ella miraba al cielo y al mar y a la playa.

Buscando con la vista a quién dar el encargo de preparar alguna ligera colación para el padre – muy necesitado, según las trazas, – sólo vio a su hijo entregado al quehacer importantísimo de fabricar castillos en las fichas del dominó en una mesita próxima. La mirada maternal pasó un momento por toda la figura del chico, recorriéndolo de arriba abajo a modo de dos manos cariñosas que acarician, y se detuvo principalmente sobre la rubia cabeza, cuya cara era expresiva en harto grado en aquellos instantes, gracias a la animación del juego. Contemplóla extasiada.

– Mírele, padre, qué contento está. ¿Cómo no va a ser inteligente mi hijo? Mire qué mirada más penetrante. Todo parece comprenderlo, todo saberlo ¿Por qué será que no aprende más?

Tosió un poco el cura, llevándose el puño cerrado a la boca; entretúvose en plegar el manteo sobre sus nada abundantes carnes, y se inclinó, tal un cortesano que busca en su memoria las frases más envueltas en alabanzas para ponerse de acuerdo con las opiniones de su reina.

– De ninguna manera... ¿Quién pudo decir que?... En fin, no es la primera vez que tengo el honor de advertirle lo que... a advertirle voy. – No era muy elocuente el comienzo, y la marquesa, sin darse cuenta y como para no perder el tiempo, había cogido los enseres de hacer frivolité y se entregó al encaje. El niño tiró al suelo todas las

fichas y colocóse junto a su madre; parecía escucharlo con más atención que ella.

– Su hijo de usted – continuó el cura – tiene, según el tiempo, doce años, ¿verdad?

– Doce años – repitió Panchito gravemente.

– Pues, perdone usted, pero nadie tiene más edad que la que representa, y por lo tanto su hijo debe tener sólo ocho años.

– Ocho años, como Pilarín–dijo el niño mirando el ir y venir de la lanzadera en manos de su madre.

– ¿Ve usted? – exclamó satisfechísimo el cura.– Ahora mismo ha dicho unas palabras que demuestran el desarrollo de su memoria e inteligencia. ¿Quién habló de...? En fin.. él piensa y recuerda: luego, está en condiciones de que aún pueda hacer en él prodigios la educación. A la manera de párvulos de seis y ocho años, sus facultades mentales están dormidas y esperan la voz del maestro que le diga como Nuestro Señor a Lázaro: *¡Surge et ambula!* ¡Levántate y anda!

Tal si en efecto hubiera de obedecer a la invocación, Panchito dio un paso hacia adelante instintivamente o por casualidad. En un arranque de amor, su madre lo detuvo y le echó los brazos al cuello, besándolo. Parecía querer decirle:

– Todo cuanto digan es música celestial, y aunque ese buen señor me pruebe lo contrario de lo que quiere demostrarme, siempre serás, para mí, mi hijo lindo, mi hijo bueno y siempre te querré...

A este punto entró doña Mariíta, y usando mucho misterio y muchísimas precauciones, sin contestar las buenas tardes que, levantándose cortés le dirigía el padre Luis, cerró tras sí la puerta de entrada, asomóse a una ventana para ver si era inminente la llegada de otras personas; miró bien a todos lados y se fue a sentar junto a la marquesa, poniendo sobre las piernas un gran libro que tenía medio oculto entre sus faldas. Bajito, inquirió:

– ¿Sabe la señora dónde está esa... sin servir?

– ¿Quien? *¿Mis Bessy?*

– Sí, esa misma.

–No sé... Creo que fue a pasearse por las rocas.

–¿Sola?

–Sí...

–¡Gracias a Dios! Buen día, padre o buenas tardes. Me alegro verle; pero dispéñeme ¿Y don Alfonso está allá arriba, no? siguió preguntando a la marquesa confusa ante tales misterios.

–Sí, creo que juega a las cartas con la niña. Pero... ¿a qué viene eso?

–Por su bien, hija. *Too* lo hago por su bien. ¡Ay marquesa, que sería de *usté* si no fuera por *una servidora*, como *disen* esos catalanes del diablo.

– El padre es catalán –interrumpió con severidad la marquesa queriendo poner un dique a las impertinencias de su protegida, con humos entonces de protectora.

– Pues a estos catalanes de Dios. En fin, hija; tengo una noticia muy gorda que decirle. ¡La inglesa es una judía o una protestante! Sí, señora; la institutriz de la niña es una cosa así.

Tuvo que indignarse el representante de la Iglesia:

– ¡Protestante! ¿Tienen ustedes una protestante en casa?

– ¡Protestante! – repetía la marquesa sorprendida.

Con prolijos detalles refirió la viuda cuanto sabía, y habiéndose enterado de que aunque Rosario la enviaba, nunca iba la inglesa a misa, ni tenía en su cuarto ninguna imagen, ni devocionario, sino tomazos en inglés incomprensibles, decidió un día hacer un registro más detenido; y al fin, aquella tarde, algo halló en castellano que le diera más luz sobre el asunto; un libro abierto sobre una mesa con las cochinas más grandes en él escritas y entre sus páginas un periodiquito hereje, sin ninguna duda, pues lo primero con que dieron sus felinos ojos fue con este título de un artículo: «Diferencias entre los llamados católicos y los verdaderos cristianos protestantes.» ¡Horror de horrores! Y además, en un baulito, otros muchos libros y revistas descubrió por el estilo. Sólo se trajo, de muestra, el periódico que se hallaba entre las hojas de la *indecente* Biblia protestante,

marcando las delicias del *Cantar de los cantares*, no ilustrado por notas, y que enseñaba, con todas sus desnudeces, las bellezas que la Iglesia no ha titubeado en incluir en su ritual, dándoles alto sentido místico.

¡Protestante la institutriz! Eso sí que no estaba dispuesta a consentir Rosario, y animada por el cura, quien lanzó furiosas y aplastantes anatemas sobre tal ralea de gente, decidió despedirla en seguida. Se atrasaría la instrucción de la niña, pero... ¿era cierto que aprendía algo con ella, fuera de dos o tres palabras en inglés? El padre pronunciaba casi un sermón sobre el tema católico-protestante, mientras doña Mariíta mostraba con fruición a la atención distraída de la marquesa los pasajes más libres de la Biblia, tales por ejemplo, aquellos en que, en su delicioso *cálamo*, el rey sabio va describiendo las bellezas más íntimas de la Sulamita...

Presentóse a lo mejor la institutriz. El cura tomó su sombrero en seguida; y en tanto que la marquesa lo despedía prometiéndole arreglar sus asuntos, doña Mariíta se arrellanaba en su sillón, dispuesta a ver como la hacían salir los colores a la inglesa.

Alegre, sonriente siempre, había asomado la tal su linda cara en la que ya lucía el carmín de las rosas. Preguntó:

– ¿Se puede entrar? – muy jovialmente; mas al ver la partida precipitada del cura, la resolución pintada en la cara de la marquesa y la actitud que quería ser severa y digna de la viuda, no pudo menos que hacer otra pregunta:

– ¿Qué pasa?

– Va usted a verlo ahoritica – la respondió su delatora señalando a la puerta por donde entraba Rosario después de despedir al cura.

Se sentó la marquesa. Dijo dos o tres banalidades para entrar en conversación, turbada, confusa, como si la pecadora fuese ella, no sabiendo cómo empezar y siguió de este modo:

– ¿No tiene usted una hermana, creo que me dijo, o algo así, en Barcelona?

– *Yes, sí señora, una hermana.*

– Hace mucho tiempo que no la ve, ¿verdad? Pues mire; he pensado que puede usted ir a verla, cuando quiera. Ahora mismo, si lo desea. Maximiliano la acompañará. La ayudará a hacer sus preparativos. Podrá ir enseguida.

Y queriéndolo hacer con las mejores formas, así de la peor manera le resultó.

– *Very well*, la señora me despide.

– ¡Malmente! – soltó con una ironía atroz doña Mariíta. Y para que entendieran mejor el americanismo repitió con el mismo tono:– ¡Quién va a pensar con eso! ¡Qué disparate! ¡No faltaba más!

– En primer lugar – contestó amoscada en grado sumo Mis Bessy – no es con usted la cosa, ¿sabe? Deje hablar a los demás. En segundo, ya sé por qué se me despide, *pardí!*

– No lo sabe usted, no –dijo vivamente Rosario. La despido porque, la verdad, yo soy católica, no queremos herejes en la casa.

– ¡Herejes! ¡Ah! ¡ya! –Lanzó una mirada de basilisco al libro que procuraba ocultar doña Mariquita. – Ya sé de dónde viene el golpe: por alguna vieja intrusa que se mete por donde no importa. –La *vieja intrusa* tembló en su asiento viendo la furia con que hacia ella se dirigía la inglesa; pero Rosario detuvo a ésta, diciéndole con suavidad, a tiempo que la sujetaba un brazo:

– ¿Quiere que la ayuden a hacer el equipaje? Llame a una camarera.

Mis no contestó sino con una mirada furibunda, y con paso altivo salió de la pieza yéndose a las suyas. Allí encontró al marqués y a la niña, entablado con el primero un diálogo inglés, muy violento de su parte, y de la de don Alfonso, tranquilo y reposado, cual si fuese él verdadero heredero de la flema británica tradicional.

Pilarín contempló la siguiente escena muy sorprendida. Como entender, no entendió las palabras que se dijeron, pero como ver, sí que vio, lo que expresamos a continuación, por medio del lenguaje mímico de los dos.

– Ella. – Penetró en el cuarto con los ojos inyectados de sangre, rabiosa. Cae sobre una butaca; las manos, retorcidas, pugnando por llorar.

El. – Acude solícito a consolarla, con los brazos extendidos. Tal vez, igual que Pilarín, creará también que la ha arañado la gatita Cachimba, de doña Mariíta.

Ella. – Levántase más furiosa todavía, le increpa y le enseña los puños cerrados. Parece querer decir: Tú, tú tienes la culpa – según lo poco que entiende la niña.

El. – Queda enterado del por qué del berrinche, pues se sienta tranquilamente, a tiempo que habla y hace gestos significativos de: «calma», «resignación»

Ella. – Le mira con desprecio, de arriba abajo, y cree que hay bastante expresión en eso, pues no agrega ni una frasecita, y empieza a coger cosas de aquí y allá, arreglándolas y procurando meterlas en el baúl; va a arrastrar una maleta... y se cae de espaldas.

El. – Corre en su auxilio... pero Mis da otro bufido en inglés y se levanta sola. Se vuelve a sentar, tranquilo, fumando su cigarrillo, y con todas las trazas de estar pensando en las musarañas. . . (El ideal amoroso del marqués se debe encontrar fuera de la habitación, quizás muy lejos. Esta es observación nuestra, no de la niña).

Ella. – Continúa trasteando en el baúl. Pilarín al llegar aquí la escena decide intervenir, y hace cambiar la mímica y el diálogo en inglés por el buen castellano preguntando ansiosa:

– ¿Es que se va?

La institutriz encargada de transmitirle su cultura y educación a Pilarín, sólo contestó con una palabra vulgarísima en inglés, que formó casi un rugido; pero el marqués llamó a la niña a su lado con una seña y la hizo no sé cuál cuento al oído, para explicarle de algún modo aquella tan repentina partida a que él se resignaba... Llegando hasta Mis algo de la inventada historia, repugnóle el embuste y reanudó de nuevo la serie de improperios contra el marqués. Cansóse el caballero, y murmurando en romance:

– Peor es meneallo... – salió del cuarto con paso indiferente. El siguiente breve compendio de ejemplar moralidad expuso luego a su discípula la profesora, sentándola sobre sus rodillas:

– Es mentira que tengo yo nadie enferma ni nada. Invencciones de marqués. ¡El mayor *imposter*, el mayor trampista del mundo! *Do you hear?* Bueno, su tío es un bribón. Recuerde lo que le digo: además, creo que es su padre. Cosas extrañas en esta casa... Déme usted un beso. *All right!* Usted no me verá más, señorita! Yo diré a usted por qué: *madame la marquise*, su tía, echa de casa a todas las mujeres más bonitas que ella, porque el señor se enamora, hace la corte a todas. A su madre de usted también la echaron de casa por eso: ¿Es justo echar como una criada porque es una bonita? ¿Tengo culpa si el marqués me ama? Yo puedo hacer una revolución, un escándalo, un *reperpero* grande – como dice hipócrita beata... pero no quiero protestas. Yo soy buena. Esa beata es mala, mala. ¡*Prenez garde!* Un día arrojó de casa a su madre, Pilarín: otro día arrojará usted. ¡Acuérdese que le digo!

Tales y otras más fueron las palabras de la extraña criatura, quien unas veces hablaba correctamente, otras mezclaba dos y tres idiomas. La misma tarde verificó su desaparición sin despedirse de nadie, y aunque buscó con ahínco por toda la casa a Doña Mariíta no pudo dedicarle el harto expresivo adiós que la guardaba. ¿Dónde se metió la muy prudente?

Fugaz pasó así la inglesa por la vida de Pilarín como un cometa, y como él, luminoso en el recuerdo de la niña, quedándole grabada la imagen de una señorita guapa, que llenó de besos y alegría su existencia huérfana de mimos maternos, de los que para ella nunca tuvo hasta entonces su tía Rosario.

Y sobre esta última, una idea bastante rara íbase formando, gracias a las insinuaciones de Mis Bessy y al apartamento espiritual en que ambas siguieron. Sin darse cuenta, invencible aversión se le imponía. Quedó el grano sembrado para que fructificase con el tiempo, y la

SUEÑA PILARÍN

niña, en su inexperiencia, puso fe en la inglesita y sintió crecer el respeto, casi miedo que por su tía concibiera.

Ya no era *Manga Mocha*, mas tampoco la amaba como a una madre, como le recomendó la suya que lo hiciese.

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900

1901

1902

1903

1904

1905

1906

1907

1908

1909

1910

1911

1912

1913

1914

1915

1916

1917

1918

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

1926

1927

1928

1929

1930

1931

1932

1933

1934

1935

1936

1937

1938

1939

1940

1941

1942

1943

1944

1945

1946

1947

1948

1949

1950

1951

1952

1953

1954

1955

1956

1957

1958

1959

1960

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010

2011

2012

2013

2014

2015

2016

2017

2018

2019

2020

2021

2022

2023

2024

2025

SEGUNDA PARTE

# PILARÍN EN EL COLEGIO

1875

I

MARAVILLOSOS EFECTOS  
DE LA EDUCACIÓN CONVENTUAL

«Mamá. Tengo que decirte muchas cosas,  
por eso no te enfades si no te escribo en  
francés.

Estoy muy triste. Me ponen unas lecciones  
muy largas y todos los días nos dan pasas  
de postre»

BENAVENTE

*Cartas de mujeres.*

Es ley natural: tras el estío sigue el otoño como al día la noche, y  
al buen tiempo, el malo.

Así no se extraña Pilarín que a los plácidos días del verano suce-  
diera el regreso a la ciudad y su encierro en un colegio de monjas, justo  
castigo a sus perversidades. ¡Gran pecadora fue! Trataron de endosarle  
una nueva institutriz; pero le resultó tan vieja y antipática y amiga de  
pellizcos disimulados, que en un momento de mal humor, después de  
una reprimenda muy injusta sintió algo dentro de sí que le gritaba  
fuerte:

—¡Rebélate! ¡Basta de institutriz!

Obediente a la voz desconocida, no pudo menos que lanzarle un  
tintero a la cabeza. La expiación, fue el convento.

Un ancho muro; un edificio sombrío, junto a un alegre jardín al  
que casi nunca se baja; un largo dormitorio sembrado de albas

camitas, y la soledad del alma culpable... que sólo tiene nueve años y no sabe leer. ¡Qué vergüenza, tan acompañada, Dios mío, y tan sola entre parvulitas, todas más pequeñas, aunque más sabias, e incapaces de comprenderla!

Le entró un afán tremendo de llorar, la primera noche de colegio. ¡Ay! Esas angustias en el silencio solemne; esos terrores infantiles que causa la obscuridad, sin un papá ni una mamá querida, en tanto que llegan a acostumbrarse a las madres de conventos donde les encierra lo que es muchas veces costumbre, afán de los padres en pagarse ese lujo, o el despegó y comodidad de las mamás que no lo son de veras...

Pilarín acabó por resignarse a su nueva vida. Se halló una amiga.

Un día nublado y triste, fue a sentarse durante el recreo ante una gruta que había en el jardín, consagrada a la Virgen de Lourdes, donde había una pastorcita arrodillada a los pies de cierta hermosa señora vestida de blanco y azul. Ignoraba el motivo; pero también tuvo intenciones de arrodillarse ella también y llorar... No sabía por qué.

La sorprendió una voz cariñosa:

– ¿Qué te pasa, pequeña? ¿Por qué lloras?... Anda, tontina, no te pongas así y dímelo. ¿Es que alguna te hizo algo?... ¿O te han reñido las monjas? Ya les pondremos alfileres en las sillas, no te apures...

– ¡Qué buen corazón! aquella Margarita Martínez– pensó Pilarín. Tenía algunos años más que ella y aunque estaba en la clase elemental y ella en las párvulas, se le acercaba alguna vez y convidábala a jugar – cosa que nunca hacían las otras mayorcitas pretenciosas.

Nada contestó, no obstante, a su consoladora y ésta se impacienta al fin.

– Pareces tonta, llorica. No se llora porque sí. Anda, ríete, boba. Fíjate en esa señora tan pintada y arreglada, que viene a visitar a las monjas. Es la mamá de Inesita Pagés; pero es también una *cocotte*– Papá lo dijo el otro día cuando la vio: «Me huele a *cocotte*.» No sé lo que quiere decir; pero me parece que el olor a *cocotte* no es nada desagradable... ¡Huele tan bien esa señora, caramba! Cuando vaya a

casa para Navidad buscaremos la palabra en el diccionario ¿eh? ¿Vendrás tú también a casa? Ya verás como nos divertiremos.–

Pilarín olvidó sus penas. La otra la convidó a comer almendras que tenía escondidas en su mesita, y como aún la triste se llevaba las manecitas al cráneo en un gesto dolorido, Margarita, con el interés de una mamá pequeña, le tocó el sitio que le dolía, hizo el diagnóstico de que era un *mal de cabeza* sin importancia, aconsejándole que jugaran. Así quedaron amigas para siempre.

Con rapidez alcanzó Pilarín la clase elemental pues no era tonta, y dejando las parvulitas, pudo sentarse un día junto al pupitre envidiable de su amiga. Había llegado a las excelsitudes de la tabla de multiplicar *cantada*, – que recitada y a saltos ninguna la sabía,–y pronto pudo dirigir el rosario, sabiendo de memoria la complicada lista de Misterios cuando de tarde los rezaban. Ya se ve si eran grandes sus progresos. Resignóse a la vida del colegio, a las horas metódicas de clase; supo leer en seguida y aprendió a trabajar encaje de bolillos. En fin, procuró alcanzar la clase de las mayorcitas que la afrentaron por su ignorancia cuando llegó tan atrasada del pueblo. Pronto leería de corrido para devorar libros como lo hacían las grandes en el jardín y en clase, escondiéndose de las monjas, que las podían ver reírse con las cosas tan agradables sin duda de las novelas. Ella gustaba de seguir las y oír sus comentarios aunque a veces escuchaba lo que no hubiera querido:

– ¡Eh! Miren a esa mocosa... ¡Fuera de aquí!

¡Ya podían ellas irse muy a la porra – les respondía muy colorada la niña, quien tenía poco aguante. Dábanle deseos de ir a contárselo todo a los monjas; pero como Margarita le advirtió que eso era una cosa fea, prefería soltarles una palabrota de las suyas, aprendidas en el campo, o una en inglés que *Mis* empleaba siempre.

¡Lo que la hacía reír la cara que ponían las insultadas! Pero lo que no la distrajo poco ni mucho era rezar tanto como tenían que hacerlo en el colegio. ¡Señor! ¿A qué conducía eso sino a aburrirlas, vamos a ver? No podían negar las monjitas que eran amigas de la tía... ¡Tan

parecidas! Figuraos en el programa diario desde luego media hora de estación en la iglesia al levantarse, tempranito para la misa. Luego, al refectorio, y tras el parco desayuno, acción de gracias. Llegadas a clase, otra vez arrodillarse en los pupitres, que cerrados, ya tenían forma de reclinatorios, pidiendo al Señor luz para estudiar con provecho. Las más pequeñas no disponían sino de gradas, en las cuales se podían sentar, ponerse de pies o arrodillarse frente a la imagen del Santo Niño de Praga para rezar. Cantaban a voz en grito el padrenuestro, el *ave*, y el *ba be bi bo bu*. Más tarde, con la misma música y el mismo sonsonete, las tablas de sumar y multiplicar. En la primera época la hermana Carmen les escribía números y letras en la pizarra, lo otro vino después. De cuando en cuando gozaban de nuevos cantos religiosos y explicación de la historia Sagrada y de la de España. Esto era lo más agradable, pues se refería como un cuento, no al pie de la letra como los otros libros: todo lo demás, rutinario, mecánico, cuestión de repetir a modo de papagallos. Terminada la *clase*, acción de gracias nuevamente y un ratito de recreo antes de ir al comedor, en donde se rezaba antes y después de la comida. Las tardes eran dedicadas al rosario, y, además los miércoles, los dolores y gozos del señor San José, mientras cosían, cuando no se leía en voz alta alguna vida de santo, ejemplar para la juventud tales las de Luis Gonzaga, Estanislao de Kostka, Juan Berchmans... Eso sí, ejercicios espirituales sólo en cuaresma, y tras de la primera, confesión y comunión semanalmente; en cuanto al cuarto de hora de oración, todas las tardes, al caer la noche...

En fin; nada extraño que Pilarín se durmiera muchas veces sobre sus bolillos, cuando no podía hacer diabluras. Para distraerse, imitó las picardías de las otras y oía con gusto a las amiguitas que le explicaban *cosas*... Hablaban mal siempre de las monjas y eso fué causa de un desconcierto en las ideas morales de la alumna desde un principio. Todas las niñas, salvo ligeras excepciones, se hallaban acordes en apreciar a las monjas pintándolas a la manera de seres

atormentadores e hipócritas. Ella en cambio las tuvo por santas y buenas como la monja de Avila, cuyo hábito llevaban y no comprendía la mala voluntad de las discípulas al juzgarla. Si hubiera esperado a ser grande las oíría, ya mujeres todas, esta opinión:

– ¡Pobres monjas! ¡Cuánto las hacíamos rabiar! Pero eran tan bonachonas y nos obligaban a rezar tanto...

No pudiendo explicarse aún una cosa que no se compadecía con la otra, tal el odio contra personas de quienes sólo recibían bondades, y alguna que otra reprimenda, Pilarín al modo de quien va hacia delante y encuentra un obstáculo moral o material, saltaba por encima de esas consideraciones y para no molestarse en buscarse la explicación de la conducta de las otras, hizo igual que ellas, o peor. Sus diabluras fueron grandes; era la más habladora, la que hacía reír a las otras, mientras ella se quedaba seria. Hacía muñecos feísimos, escribiendo al pie: «Retrato de la madre Genoveva» y se lo ponía a la *interfecta* en el devocionario. También tenía facilidad para sacar coplas a las monjas, con música de cualquier indecentada, cuya letra componía ella a su gusto, cuando fue mayor.

Más de una vez la encerraron en la capilla sola y se entretenía entonces inventando nuevas diabluras, poniendo los santos al revés, derramando cera en el confesonario para que el cura al sentarse se pegara, o bien se bebía el vino de consagrar, todo sin dejar de cuando en cuando de arrodillarse ante la Virgen y decirla:

– Perdóname madre mía, pero no puedo remediarlo.

Llegó a tanto, que las monjas echaron mano a la amenaza de expulsarla del colegio, y eso fue lo único capaz de contener sus excesos, pues la estancia en su casa no era muy agradable para ella. Su tío cuando estaba allí y no rodando por esos mundos, no le caía muy en gracia. En cuanto a la tía... vamos, esto era otra especie de obstáculo moral sobre el que la niña saltaba no hallando pronto la explicación. La tía Rosario era buena ¡no! es decir, no era mala y sin embargo no la tenía simpatía. ¿Por qué? Es el caso que gustaba poco de estar con ellos, y tampoco la hacía mucha gracia encontrarse junto

a Panchito, a quien se complacía sólo en hacer llorar llamándole el niño tonto. Más resignado con su suerte el pobre niño no se enfadaba tanto como al principio; al contrario, parecía gustarle la compañía de quien gozaba mortificándolo. Siempre acababan, llorando él, y Pilarín riéndose a carcajadas de sus lágrimas.

Cuando estaba sola se arrepentía sin dejar su perverso juego en cuanto salía la ocasión, lo cual le valió no pocos regaños de Doña Mariíta, a quien tampoco pudo pasar ni en pintura nunca.

En el colegio, pese a todo, hallábase más a gusto que en su casa; y no es que se lo confesara a sí propia, sino muy al contrario, sus días transcurrían quejándose continuamente en el mismo tono de las otras, de las monjas, los estudios, la comida, etcétera, pero cuando todo esto les faltaba lo echaban de menos. Decían que si se quitaran los libros, los rezos, las monjas y las reprimendas, el colegio sería bastante aceptable. Sobre todo, los rezos, eran unánimemente condenados. ¿Quién no se aburre de comer siempre hasta empacharse del mismo plato?

Seguía Pilarín muy amiga de Margarita, en cuya casa quedábase largos ratos en las vacaciones, mejor que en la propia cuando se veraneaba en algún campo. Separadas, larguísimas epístolas, a la manera de las de San Pablo uníanlas entonces; pero generalmente estaban en el mismo sitio, pues Margarita era huérfana de madre y casi dueña de su casa en la que disponía a su antojo sobre las voluntades del papá y abuelo, e iban donde ella lo deseaba.

En el invierno, ante la chimenea del gabinetito de ésta, ocupaba las vacaciones de Navidad no precisamente repasando los libros del colegio, sino cosa diferente. Margarita explica a la otra historias sobre noviazgos prematuros en que siempre anduvo. A veces venían otras amiguitas y entre todas se organiza una expedición a la biblioteca de papá en la cual había una serie de «*libros verdes*» muy *instructivos*, que él había prohibido tocar calificándolos de «colección perversa» y por lo mismo los leían con entusiasmo grandísimo y mucho afán.

En el pasillo bostezaban las criadas y señoritas de compañía mientras sus jóvenes amas completaban su instrucción por allá adentro. Los diccionarios proporcionan explicación de palabritas extrañas; comentan a carcajadas la Biblia, (para aprenderse de memoria el asunto de las hijas de Lot, Thamar y su hermana, o la mujer de Putifar y luego hacer preguntitas *inocentes* a las pobres monjas) y leían con entusiasmo las obras excomulgadas, Victor Hugo el inmenso; el galán y despreocupado Dumas; el naturalísimo Zolá y hasta el inmoral sin atenuantes Felipe Trigo, pasaban así por aquellas manos pecadoras; con lo que resulta que las colegialitas repartían –según dirían las religiosas si lo supieran– las tres cuartas partes de sus vidas en el convento allanando el camino del cielo y la otra cuarta... haciendo morcilla para el diablo.

Las madres esforzábanse por educarlas santamente, preparándolas cual si todas aquellas loquillas fuesen destinadas a esposas del señor Jesús, cuando precisamente todas tenían vocación para serlo de otro señor cualquiera...

Y así de este modo, transcurrieron muchos años de colegio y Pilarín se hacía grande.

## II

### DE UN MUNDO A OTRO

«¿Quién es ésta cuya mirada es como la aurora, hermosa como la luna, pura como el sol; terrible como un ejército de escuadrones en batalla?».

SALOMÓN

*Cantar de los Cantares.*

A insinuaciones del médico, en busca de consulta con otros y para cambiar de aires, llevaron sus papás a Panchito en un largo viaje por el nuevo Mundo. Siempre fue el chico algo despacioso en su desarrollo, y aunque la inteligencia iba formándose poquito a poco, no por eso su aspecto exterior dejaba menos que desear. Más después de dicho viaje, y sometido a un tratamiento de provecho, vióse en él tan notable diferencia, que los marqueses por seguir cambiando en lo que tanto al mozo convenía, llegaron a recorrer así todas las Antillas y parte de ambas Américas.

Cuando al cabo de los años los volvió a ver Pilarín, que se quedó con las monjas, extrañóse no poco al encontrarse en vez del pobre niño enfermizo y palido que se fué, un mozo igual a muchos, esto es, ni gordo ni flaco; no muy guapo, pero tampoco notable por su fealdad. El cuerpo creció a proporción de la cabeza y ésta no resultaba exagerada. Había cobrado fuerzas para sostener el colgante labio de

antes y ya no caía. Su palidez casi desapareció, adornándose ahora con un ligero tinte sonrosado; un bigotito o mejor dicho, algo como una sombra de mostacho rubio acababa de favorecerle. El cabello castaño y la mirada melancólica dábanle bastante semejanza a su madre. En uno de sus habituales arranques sinceros demostró la jovencita todo su asombro:

—Pero, Dios mío, ¡si no es el mismo!.. Ya sí que no parece niño tonto.

Muy del gusto de Rosario no fue tal salida; empero, acostumbrada a las «cosas» de la *cabrita salvaje*, de cuyo carácter todo lo esperó siempre, pasó por alto aquello y, disimulando, todavía la instó a que abrazara a su *primo*. Ninguno de los dos se atrevía: ella, por antojarsele el mozo un caballero desconocido casi; y aquél, también encontraba a Pilarín muy diferente con los años de ausencia. A los quince ya se es una mujercita; las formas femeninas se insinúan más de la cuenta: adquieren cierta viveza los negros y hermosos ojos; y se ruborizan las mejillas por motivos quizás de menor cuantía que antes; pero acaso con mayor frecuencia. Dio de ello una muestra Pilarín cuando don Alfonso, presa de paternal entusiasmo, la estrechó fuertemente entre sus brazos posando al mismo tiempo con ardor sus labios sobre las ruborizadas mejillas de aquella a quien dejó una niña y encuentra mujer.

Luego, ya en el auto, camino del muelle a la casa, comprendió la joven que se sonrojaba aún más sintiéndose recorrida de arriba a abajo y objeto de las miradas del padre y el hijo; las del primero curiosas e inquietantes... Panchito la contemplaba sólo con sorpresa ingenua.

—¡Barajo con la muchacha! —exclamó por guasa el marqués, americanizando hasta la exageración el acento. Ahoritica salta un parejero cualquiera que me la enamora...

Galantemente, no como a una niña, la dio el brazo a la bajada del carro, mientras Panchito hacía otro tanto con su madre y doña Mariíta descendía sola... Vengóse la viuda de tal descortesía llamando aparte a Rosarito para manifestarla su asombro por el cambio del *pobre*

*Panchito.*— No; eso no podía ser estable; ella siempre lo creyó un imbécil, un degenerado — díjole con otras palabras — aunque no se atrevió a exponer semejante opinión por temor de disgustarla, cosa que siempre evitaba, ya se ve que sí...

Sonreía la madre bondadosamente, porque estaba satisfecha a pesar de todo. Pilarín no se cansaba tampoco de exponer su admiración ingenua y miraba a Panchito y recogía sus palabras como las de un ser venido del otro mundo. ¡Cuán cambiado!

— ¿Te acuerdas de las calles de Barcelona? —Rosario preguntaba a su hijo— ¿Recuerdas tu casa?

— Me acuerdo de las calles de Barcelona y de mi casa —repuso el mozo gravemente, tras lo cual Pilarín reflexionó:

— Vaya, no ha perdido su costumbre de repetir lo que le dicen.

— También recuerdo que cuando nos fuimos —siguió él, —no estaba adoquinada la calle.

— ¡Santo Dios! ¡Hasta memoria! —exclamó Pilarín a media voz, pero no tanto como para que Rosario no la oyese y dirigiera una mirada de tristeza y desagrado por sus demasiadas franquezas; siendo esto motivo de amonestarse a sí misma la jovencita disgustada:

— Vamos, que tampoco yo he perdido mi manía de meter la pata.

Los días subsiguientes al arribo de las lejanas tierras fueron de fiesta grande en el palacio para todo el mundo, sorprendidos todos, igual que Pilarín y doña Mariña, frente al cambio radicalísimo y satisfactorio de Panchito. Su madre misma extrañábase de considerarse casi feliz por ese sólo hecho.

Debemos reconocer en el fondo de muchas naturalezas humanas una especie de generosidad hacia su propio destino la cual es causa de que en un instante dichoso se olvide toda una existencia de sufrimiento; y es que se goza con tal fruición el momento presente como si su actualidad llenase toda nuestra vida. Así, a Rosario, lo pretérito se le figuraba una pesadilla... y el porvenir, que en horas de tristeza la hizo temblar, parecía algo tan vago que no muy segura de realizarlo, no quería pensar en él.

Entonces, no como en otra época hubiera respondido si le preguntasen: ¿Qué es vivir? – Padecer... – Únicamente don Alfonso podía en todo tiempo contestar la preguntita si con ella le salieran: ¿La vida? Es un goce continuo... – Y es seguro que, en aquellos años transcurridos viajando, procuró guardar fidelidad... a su lema.

Varios amigos fueron invitados en aquella ocasión para festejar la llegada. Hubo té, comilonas y más de cuatro brindis. A todo vióse asociada Margarita Martínez por su amiguita de colegio, (estaban en vacaciones), y tuvo la oportunidad de ver aplaudidas sus habilidades pianísticas por muchos paisanos y compañeros del marqués, algunos nobles como él y diferentes extranjeros, entre ellos un inglés casi descolorido de tan rubio que a través de su rubicundez se permitió lanzarle miradas tan fogosas como las de un capitán de infantería, moreno y guapote, que amenizaba la comida con su charla. Los demás hablaban de política o de la Bolsa; él sólo colmó de piropos y galanterías a las damas, especialmente a Margarita.

– Un ramo quisiera yo de margaritas así– fue de lo menos atrevido que pescó al vuelo Pilarín, de la animada conversación sostenida entre ella y el capitán. Notando que procuraban hablar bajito y para no estorbarles, la más jovencita de las amigas se aproximó a Panchito en busca de un camarada entre aquellas personas mayores todas que los dos, con excepción de Margarita respecto a quien el mozo era en un año menos joven.

– Hace calor – díjole por decir algo.

– No: no es el calor sino el champagne. Te bebiste unas copitas ¿eh?

– ¿Tanto? Tienes quizás razón. Ignoraba que las ibas a contar... – dijo seria y quejosa.

– Te lo advierto – repitióle Panchito gravemente – porque te puede hacer daño... En el colegio no lo bebes nunca y no estás acostumbrada – No te vas a poner brava por eso ¿verdad? – preguntó con cierta infantil inquietud pintada en su cara, al ver la de Pilarín, mas

ésta pronto sonrió. Ni ella se hallaba dispuesta a tomar a mal sus observaciones: al contrario, con su aspecto bonachón e inofensivo, causábale ahora el mozo cierta lástima, bastante lejana a la antipatía, o lo que fuese, de otro tiempo. Se sintió inclinada a charlar con él, sobre todo entre aquella compañía que trataba de cosas poco interesantes, en su concepto. Además su única amiga allí, estaba muy ocupada en coquetear con el militar; así es que cuando Panchito la instó a que saliesen del salón para que se le pasara el calor, sentóse gustosa junto a él en una pieza próxima. De aquellas lejanas tierras de América en que había cacaotales sombríos, «estancias», campos inmensos, árboles que parecen llegar al cielo y cuyos frutos alfombran la tierra; de mangos, guayabas, limoncillos, guanábanas, hablábale el mozo, así como de cajuiles, mameyes, lechosas... Una variedad tan grande de frutos sin comparación con los de Europa. Podría ella nombrarle uno que él le diría siete americanos por cada fruta europea y así lo comprobó. ¡Qué tenían que ver los arbolitos de manzanas y peras con las matas de coco larguísimas que se meten en el cielo! Los mangares enormes, gigantescos, cual todo lo de allá, que se cruzan unos con otros formando un techo. Variación, grandeza, hermosura. Todo aquel color y abundancia – aseguraba él formalmente – se le habían metido por todos los sentidos, causando el desarrollo de su dueño.

– De veras –decía–; el aire del mar no fue sólo el que me favoreció, sino que yo creo fue de comer tanto plátano...

Se los describía: no esos platanitos de por aquí y que allá les llaman guineos, sino unos grandes, bananas, así...

Además: ¡aquella gente de Santo Domingo y Cuba, tan buena, y tan obsequiosa! Todo el mundo tiene confianza con uno, como si toda la vida hubiesen comido juntos... ¡Buena gente americana! Los yankees... Esos sí eran otra cosa diferente. New York: por poco lo vuelve loco; ni un poquito le gustó.

–Ven, Pilar: te enseñaré unas cosas que trajimos.

Fue al jardín tras él, que le mostró convenientemente instaladas en el jardín y a buena temperatura en el invernadero, un par de garzas, finísimas y esbeltas, blancas como los copos de la nieve. Junto a ellas, al lado de la hermosura la fealdad, un enorme quelonio.

– Es una hicotea. Costaron muchísimo trabajo a bordo. Papá las va a regalar al parque. Fíjate en sus ojitos graciosos.

– ¡Vaya una graciosidad! – dijo la chica riendo alegremente – Se mueven como los de doña Mariquita.

Después, un guacamayo de colores muy vivos llamó su atención; pero el animalito quiso lucir su voz soltando una serie de gritos estridentes, que, asustando a Pilarín, la hicieron huir despavorida, las manos en los oídos. Exageró su susto aún porque el mozo hizo otro tanto, y echó a correr detrás, empujándola, empujándola en loca carrera, muertos de risa los dos, hasta obligarla a subir los escalones, con un brío que no cesó sino al llegar y dejarse caer sobre un baúl en el cuarto del muchacho. Reposaron un instante el retozo sin dejar de reír. El champagne, la corrida, todo les ponía contentos.

– ¡Uf...! ¡Qué malo! – exclamó Pilarín respirando – Pues no me ha hecho correr poco.

– Vendrá alguno ahorita *pa* saber qué escándalo es éste. Tranquemos la puerta –dijo el joven e hizo como decía. Repentinamente serena, con cierta inquietud lo miró Pilarín, pero viendo su tranquila sonrisa, su mirada inocente, lo dejó hacer. Sólo trataba de enseñarle muchísimas cosas bonitas traídas para ella de regalo, telas y joyas, junto a algunas curiosidades que ella desconocía seguramente. Un inmenso carey, hamacas de diferentes formas; plumas lindísimas de garza, etc. Panchito enseñaba y explicaba, mientras la joven acompañaba las explicaciones, como si fuera un estribillo, con los conocidísimos versos de «Flor de un día», los cursis:

*–Bello país debe ser*

*el de América, papá*

*–¿Te gustaría ir allá?*

*–Tendría mucho placer.*

– Fuera guasa: la verdad es que me gustaría darme una vueltecita por allí... ¿Y si allá hubiera yo nacido? Mi mamá vivió en esas tierras, según me parece oí decir.

El joven escuchaba esto distraído buscando algo en una maleta, hasta que al fin debió encontrarlo. Juntándose al pecho para que Pilarín no lo viese, le preguntó, con su sonrisa de buen muchacho siempre en la boca:

– ¿A que no adivinas qué es? Te pago...

– No sé.

– Anda, dilo.

– Mira: ¡tu retrato! – exclamó mostrándolo orgulloso.

Sorprendióse Pilarín.

– ¿Mi retrato? ¿y de dónde lo sacaste?

– No adivinas, boba. Papá lo tenía rodando por el hotel y yo se lo cogí *pa* que no rodara más. Mandamos a hacer una *ampliación* y le hice yo mismo un marquito de caoba. Está bien ¿verdá? Yo sé haser cosa bonita con madera.

Por encima de las espaldas del muchacho contempló la obra, pensativa. Era un pequeño marco, todo de complicados dibujos que habían necesitado mucha paciencia; y su autor, sonriente, sentado en la maleta, miraba unas veces al retrato, otras al original.

– Creí siempre que tú no me podías ver ni en pintura.

– Anjá. Tú sí que eres la que me embromaba muchísimo cuando chiquito, hasta que lloraba.

Juzgaba a propósito Pilarín burlarse de nuevo de él por su siseo y acento americano y lo imitó:

– E que yo era muy embromona entonse y me *satisfassia esso*.

– Oye –si vuelves a chotearte te vo a *dar una trompá*, ¿eh? –declaró riendo el chico y amenazándola por broma, con la mano.

– ¡Bobo! En España, las personas *desentes desimos* un cachete, una castaña, una piña.– Tuvo que hacer la enumeración corriendo de un lado a otro del cuarto, porque el muchacho, ganoso de jugar, la perseguía, amenazándola, con plantarle el mismísimo retrato en la cabeza de un golpe.

– A que te cojo.

– A que no.

Después de gran algazara y retozo pudo alcanzarla cuando Pilarín subió a la cama para pasar al otro lado, y cayó sobre ella, ahogándola; y, en juego bruto de muchacho, quería apretarle una mano hasta que gritase, cosa que no tardó en suceder.

Abrióse la puerta no bien cerrada en ese momento y apareció doña Mariíta que se quedó un ratito contemplando el extraño grupo de los dos muchachos abrazados, dando tiempo a que se soltaran y la oyeran decir esto, sonriendo diabólicamente.

– Muy bien. Pero ahora sí que no digo *ná*. – Y se fue. Panchito iba a ir tras la vieja, para inquirir ingenuamente si algo se le ofrecía; mas Pilarín, muy colorada, se lo impidió y salió primero, dando un portazo que lo dejó encerrado sólo un momento; pues aunque ella fugóse corriendo hacia el salón no dejó de oír enseguida, detrás, la voz del joven preguntando por qué huía.

Corría ella diciéndose, indignada contra la viuda Avelino:

– ¡La señora bruja! ¡Si habrá pensado!

Entró en el salón murmurando:

– ¡Oh, Dios mío! ¡Que estúpida soy! Si al fin y al cabo él es... mi... hermano...

Al reunirse con los demás, vió a la marquesa espera a su hijo con una tacita de té, que él, después de darle las gracias con un beso, fue a tomar sentándose junto a Pilarín; ésta ya en el sofá, muy seria, parecía no ver más que a Margarita y al capitán charlatán.

– Vamos, dime ¿por qué te fuiste tan brava? – preguntó Panchito tirándola de la manga suavemente.

– Porque sí, hijo– fue la respuesta que obtuvo. Dirigiéndose a su amiguita, de la cual no se apartaba su galán, pudo Pilarín decirla bajo, y como para cambiar de tema:

– Se me figura, oh reina Margot, que ya estás llamando la atención de esos señores con tu militar. Fíjate: parece que no hablan más que sus cosas; pero de cuando en cuando el banquero dice algo a su mujer,

te miran ambos y sonríen. En aquella parte el tío está muy ocupado con su inglés de la cara de pavo, más así y todo, ya se fijan en lo alborotado que trae la tuya linda a este uniforme.

– Calla, chica, por Dios. Te va a oír. Ya te contaré una cosa después.

– Poco más o menos, la adivino: el bravo capitán de los tercios de Flandes y la reina Margarita...

– Habla más y entonces gritaré lo que me estáis pareciendo tú y tu primo.

Sofocóse Pilarín al oír la inesperada respuesta, y para disimular su rubor, bajóse un poco a tapar sus piernas que enseñaba demasiado la falta corta, balbuciendo.

– No... no sabes lo que dices...

### III

## CARIÑOS Y RENCORES

—¡Abra usted mucho los ojos!  
La niña —a mi plan me aferro—  
necesita mucho hierro...  
—¿En píldoras?  
—Nó: ¡en cerrojos!...

VITAL—AZA  
*Todo en Broma.*

Repentina devoción se manifestó en la nieta del ex-general Martínez, siendo tanto su empeño por ir a misa cada día que el malicioso abuelito guiñaba, uno tras otro, sus miopes ojos al notar la impaciencia con que, el velillo sobre la cabeza y el libro de rezos en la mano, daba prisas a la señorita de compañía para despachar cuanto antes y llegar a *tiempo* a la iglesia.

Meneaba la cabeza el buen señor y, haciéndose el tonto, fingía tragarse la bola:

— Anda, hijita; ve a cumplir tus devociones, que lo que es tú acabarás en monja... — Agregando cínicamente para su capote:

— De las de san Andrés... dos... y amanecen tres...

Esto no lo oía nunca Margarita, en su apresuramiento por llegar a tiempo... A tiempo de encontrar ciertos pantalones de color encarnado, cuyo propietario, apostado en la acera de un cuartel,

dejábala penetrar en la cercana iglesia en donde al minuto se colaba él presuroso.

La pobre señorita de compañía, visto el abuso que hacían de ésta, osó protestar una vez «Ella gustaba ser buena con *mademoiselle Marguerite*; pero si su señor padre o el general se enterasen de que en aquellas salidas a misa, había un novio de por medio...» Margarita y el militar la tranquilizaron: en casa de don Andrés Martínez no se reconocía más capricho que el de la hija de éste. Si *aquello* llegaba a saberse... ya se arreglarían.

Sus motivos tendría la novia para no querer ir sino acompañada de otra persona más, a pesar de la opinión contraria del galán; y, en ocasión de hallarse enferma la francesa, rogó a Pilarín fuera, de incógnito, a *aguantar el gorro* – o la capa – más de una mañana.

– ¡Un papel semejante!... ¡a mis años! – decía sin embargo aquella en cómica indignación y una voz de ancianita que daba gusto oírla. Accedía. Llena de gratitud Margarita se abrazaba a su cuello y le juró mil veces ser su amiga eternamente si seguía «cuidándolos»...

Trató de saber un día la joven rodrigona de qué modo comenzara el noviazgo que, por las trazas, calificó en seguida de repentino, furibundo, volcánico y acaramelado...

– Pues nada, chica... Desde el primer día, en cuanto nos vimos...

– Os amasteis ¿no es cierto? Conforme con lo que leemos en las novelas. Sigue.

– Le gusté... me agradó... y me pidió relaciones...

– Ah, ¿pero eso se pide así como quien pide un dulce?

– Es que mi hombre va muy deprisa. Una semana después... me pidió un beso.

– ¡*Jesús mío, misericordia!* – Se llevó Pilarín las manos a la cabeza. Y eso, en la iglesia, Margot ¡es un pecado!

– No nos vemos sólo en la iglesia –confesó aquella, bajando la cabeza –Fuimos al cine el último día con *Mademoiselle*...

– ¡Comprendo ahora por qué enfermó la pobre señorita! – exclamó Pilarín, la incorregible bromista, dándose una palmada en la frente. Agregó muy seria: ¡Estás en pecado mortal, Margot!

– ¿Yo...? – asustóse la aludida.

– Primero: adquieres un novio con la facilidad con que se compra un par de medias de seda. Segundo: resulta el caballere te una especie de San Expedito por sus procedimientos de ir directamente al grano, y el grano está en ti, lo cual no es ningún grano de anís. .. ¿Creeréis que no os vi ayer, cuando te daba el brazo en la iglesia, y de paso un pellizco? Para eso busca el rinconcito obscuro: profanación de los sagrados lugares... Tercer pecado, quizás no el último; citas en el cine...

– Una vez, Pilar. Nunca más...

– Hasta la próxima. Resultado de esos puntos enumerados anteriormente: *que yo no te a-com-pa-ño más...* – silabeó claro para que se la entendiera.

– Chiquilla, por Dios, no hagas eso. ¿No comprendes que si alguien nos ve yendo solos?...

– Y conmigo, peor. ¡Vaya una compañía!

– Es que te has propuesto desesperarme, criatura, y lo conseguirás. A tu casa no vuelvo ¡ea!

– Buen provecho – dijo tranquilamente Pilarín, acostumbrada a no gastar contemplaciones ni en el lucero del alba.

– Pero dime ¿qué te hice yo para que seas tan mala y me niegues un favor así? Tan ancha que tienes la manga cuando se trata... de *otras cosas...* – Vengóse Margarita subrayando esas *cosas*, como queriendo decir otras muchas... que ni ella misma sabía cuáles podían ser, pero cuya insinuación logró un efecto inesperado. Turbóse Pilarín...

– ¿Cómo? No sé a qué te refieres...

– Ajajá... Ya dí en el punto sensible... Pero no te sofoques, monísima, que no te voy a recrear los oídos hablándote de tu primito, el cual por lo visto ya no es el *niño tonto...* ¡Siempre juntos!

– Mira, Margarita, déjame en paz! – Viendo brillar tal rayo de indignación en los ojos de su amiga, Margarita temió haberse extralimitado en su broma, y aun a riesgo de que el rayo cayera y la aniquilase, aproximóse, pesarosa y arrepentida, tendiéndole los brazos en demanda de perdón:

– Pilarín, monina ¿te has enfadado?

– ¡Que me dejes en paz, he dicho! – repitió Pilarín con toda su fuerza ahogándole las lágrimas que acudían a sus ojos, y encerrándose en su cuarto dejando plantada a la visita; la cual, imperturbable e incapaz de enfadarse con su amiga, gritó por el ojo de la cerradura, mientras se prendía el sombrero:

– Oye: cuando se te pase el ataque de mala crianza, nos volveremos a ver... ¿eh?

No se volvió a abrir la puerta de la habitación en todo el día y aunque tocaron varias veces, llamándola a comer, respondía de dentro que no podía abrir a causa de un tremendo dolor de cabeza. Ni leche quiso.

Por la noche al fin, le dio la gana a la señorita de aparecer en el comedor, dispuesta a cenar como todo el mundo.

– ¡Adiós! ¿Tú no estabas enferma? – la preguntó Panchito con interés, sentándose frente a ella.

– Cuando salgo es porque estoy buena – repuso Pilarín sencillamente, cortando los deseos de conversación que traía el mozo.

Poco se habló en aquella velada, que terminó pronto. El marqués estaba muy distraído y demostraba impaciencia por marcharse, lo cual hizo de frac y guantes blancos, aspecto de «juerga fina».

Quedaban los otros rezando el rosario en el oratorio, bajo la dirección de la marquesa a cuyas plegarias respondían las voces de su hijo, Pilarín, la viuda Avelino y toda la servidumbre reunida. Una vez concluido el rezo desaparecía generalmente todo el mundo, excepto Rosario que se instalaba en el comedor leyendo en «La Vanguardia» la vida del Santo del día.

Pilarín no tuvo sueño pronto en esa ocasión, y mientras Panchito, silencioso, se dedicaba a medir con sus largos pasos el comedor de un extremo a otro, en uno de estos la jovencita, con un libro en la mano, trataba de aprenderse unas cuantas lecciones de memoria antes de la vuelta al colegio. Bajito repetía cada hecho de la historia de don Pelayo, y cuando terminó la vida de éste y la emprendió con el rey

Favila, del cual sólo decíase: «muerto por un oso en una cacería a las que era muy aficionado» se iba adormeciendo poco a poco, y al cerrarse sus ojos pensaba filosóficamente que bien podían todos los personajes célebres hacer como aquel para que fuera la historia de España menos complicada y más fácil su estudio.

Al verla con los ojos cerrados, creyóla Panchito enteramente dormida, y quiso gastarle una broma pasándole una plumita bajo la nariz para provocar un estornudo; pero su madre se lo quitó de la cabeza: aquella muchachita no tenía muy buen carácter... Acertada indicación: la muchacha entonces no dormía ni mucho menos, y reía se ya en su interior a la idea de la «galleta» presta a soltar, como quien sueña y acciona sin saberlo en cuanto se le acercase Panchito. Desechada su idea, el adolescente se quedó parado un rato en muda contemplación ante la hermosa dormida, e hizo volver a la marquesa también.

– Mírala, mamá. ¿Verdá que se ha vuelto linda la primita? Parece aquella muñeca de cien pesos que traía el inglés de Nueva York...

– Verdá que se parece.

Ciertamente, Pilarín reunía todo lo necesario para asemejarse a una linda muñeca y subyugar a cualquiera, con sus ojazos cerrados a los que las larguísimas pestañas, rizadas al extremo, prestaban sombra y encanto. De un negro igual al de la tinta china, sus cabellos, cortados a la romana, por causa de reciente enfermedad, se encabritaban naturalmente formando bucles graciosos, nimbo de la cara también llena de gracia. Su nariz, afiladita y correcta como la boca, se hinchaba de cuando en cuando a compás del pechito, por obra de la agitación que se apoderó de la fingida durmiente, cuando sintió fija en ella la atención de madre e hijo. Abrazado éste a aquella, para sentirse más cerca, decíala al oído mientras el de Pilarín no perdía una sílaba:

– Mamá, ayer me soltó una pregunta la muchachita que me hizo reír. Figúrate: yo pintaba el jardín y ella me iba sacando los defectos ¡porque es más choteona! ... Cuando va y me dice: – Oye Pancho ¿tu papá se había casado antes de haserlo con tu mamá? – Yo claro, me

eché a reír y le dije:– Que yo sepa, no... – Entonces suelta también la carcajada y se pone las manos en la cabeza: – ¡Qué atolondrada! ¡Si tú me llevas como cuatro años! – gritó, y por más que hise no pude sacarle nada en limpio ¿Que quería decir, eh?

– Hum...– Hizo un gesto vago Rosario y calló, pensando que la muchachita tal vez sabría ya o sospecharía su origen. Más vale así... – se dijo.

Juzgó prudente en ese instante Pilarín salir de su letargo, y restregándolos, abrió los ojos... Se desperezó discretamente y con su libro en la mano dio las buenas noches para irse a la cama.

– Buenas noches, dormilona – sonriente Panchito la respondió yendo a acompañarla hasta la puerta.

– ¿Dormilona? ¡Si no dormía! – murmuró a su oído la joven, incapaz de mentir, al desaparecer en seguida y dejando que él lo creyese o no.

Con presteza subió a sus habitaciones, y allí se deja caer en una butaca, y se sienta sobre una pierna. La mano derecha en la mejilla, y la izquierda juguetea con el brazo del sillón, mucho rato pensativa, mirando a la chimenea, mientras la camarera le disponía el lecho, y aún después que se fue, ella proseguía sus meditaciones.

Sí, era verdad que formuló tan necia pregunta a Panchito el día anterior, debido a cierto sueño que tuvo, en el cual se le aparecía la inglesita institutriz con quien nunca tropezó ya más en su vida, y la decía misteriosamente:

– Hija: ocurren cosas muy extrañas en su casa. Ahora le sucede no recordar si realmente no había oído eso antes de soñarlo; y así, otras memorias se le confundían sin distinguir si le había ocurrido sólo en sueños o en la realidad. Por ejemplo... Sí, aquella Mis existió, segurísimamente, pero... ¿en verdad llegó a darle entender que su tío era su padre o fue ilusión? Cuatro, seis años corrieron desde entonces. ¿Cómo desembrollar entre las nubes del recuerdo?... Y éste le traía más confusión.

Una vez – rememoraba –, siendo muy chiquilla preguntáronle en el colegio el nombre de su padre difunto y... no supo qué contestarles.

Después de la vergüenza sufrida por esta causa, evocó algunas palabras de la mis y se atrevió, inocente, a preguntárselo a don Allonso cuando la fue a visitar:

–Yo debí tener un papá como todas. Y no sé el nombre. ¿No será usted, por casualidad?...

El «tío» se puso pálido, lívido, y después encarnado como un tomate, sin saber qué decirle porque sin duda lo cogió desprevenido. Y en su sorpresa, al marcharse aún la regaña:

–Las niñas no deben hablar de esas cosas...

Bueno, el caso es que allí había un lío; pero ello no demuestra la necesidad de que fuera don Alfonso el *liado* o el *liador*... Podían ser equivocaciones, juicios equivocados, todas aquellas reminiscencias que le bullían en la cabeza sin llegar a la consistencia de un recuerdo.

¡Si fuera verdad! Un pecado más para don Alfonso a más de otros muchos que ya sonaban sobre lujosas queridas, deudas de juego y juergas, borracheras... y otras monadas de aquél.

En tal instante, al levantar su ensimismada cabecita, los ojos de Pilarín fueron a topar con un cuadrito junto a la cama, no visto anteriormente. De primera intención, sin fijarse, lo miró sin ver; pero después, intrigada tuvo que acercarse sonriendo:

–Obra de Panchito, seguro ¡Pobre chico! – pensó conmovida.

Al tomarlo en sus manos y aproximarle a las luces vio encuadrando el marco, hecho de madera «cosa bonita» – que diría Pancho, – un retrato del «tío», en todo el esplendor de su cara fresca, cínica. ¡Justamente cuando de él pensaba nada bueno! Indignada, lo quitó enseguida, y, hecho trizas va al cubo del agua sucia. Puso en su lugar uno de Panchito que halló registrando en los cajones del peinador.

Satisfecha del arreglo, comenzo a desnudarse...

A la verdad – siguió pensando, mientras desconsideradamente tiraba las ropas de un lado a otro de la habitación – que si el muy pícaro de don Alfonso fue culpable con su madre, deshonorándola acaso, merecía se le plantara alguien delante a pedirle cuentas y le apostrofara así, tal una protagonista de Dumas:

—«Señor marqués ¡sois un miserable!»

Quizás él entonces, avergonzado bajo el peso de sus culpas haría también como en las novelas de aquel: «Se mordería los labios hasta hacerse sangre»...

Rióse la jovencita de sus propias imaginaciones, y entonces el pájaro loco que cada cual tiene en el cerebro saltó como ave al fin, a otra rama, a otras ideas y con ellas se durmió.

#### IV

### CUESTIONES TRASCENDENTALES

—¿SI... O NO?...

«Abreme—me dice—,hermana mía, amiga...  
paloma sin mancilla: porque mi cabeza  
está cubierta de rocío, y las guedejas de mis  
cabellos de la humedad de la noche...

SALOMÓN

*Cantar de los cantares.*

Una mañana agradable, calentita, de esas de que frecuentemente goza Barcelona en sus inviernos llenos de sol y luz, buscando Pilarín en mayor cantidad uno y otra, con su bastidor de bordar al brazo, subióse hasta una de las torrecillas mencionadas en el cuarto capítulo de ésta su historia. Allá arriba daba el sol por los cuatro costados, y aunque a veces azotaba mucho el viento, cerrado todo era un sitio confortante y distraído, pues también sentíase el ruido de la calle y se veía pasar la gente, lo cual siempre entretiene. La misma opinión y el mismo gusto eran de algún otro habitante del palacio, por cuanto que al ir la jovencita a empujar la puerta de dicho mirador, pudo darse cuenta de que ya había alguien; mas fue tan rápida su acción de abrir y cerrar la puertecilla que casi no adivinó quién o quiénes eran. En el preciso momento de ceder aquella a su presión, recordó la joven que Panchito y su madre acostumbraban pasarse allí las mañanas de sol,

leyendo o rezando la una mientras el otro pintarrajeaba lienzos y tablitas.

Todo lo recordó sin tiempo ya para retroceder.

–Entra, Pilar, que nadie te comerá –dijo la voz del muchacho.

Dejar de entrar por ellos, hubiera sido ridículo... No obstante, como le agradaba poco trabajar ante la gente, colgó bonitamente en el primer clavo de la pared su bastidor, y, las manos líbres, penetró en la pieza. Inútil precaución si por la «tía» lo hiciera, pues estaba el mozo solo, sin otra compañía fuera de los dos monísimos pajaritos cuyos colores se esforzaba en copiar no muy malamente, según notó Pilarín de una ojeada.

Al verle solo, usando el escaso disimulo que en sus acciones ponía siempre, nacido no de aturdimiento sino de la naturalidad base de su idiosincrasia, salió la joven otra vez, descolgó su bastidor y volvió con él, silenciosa a sentarse en un taburete, junto a los cristales y detrás de Panchito. El cual, pintando su par de bien domesticados animaluchos, que permanecían quietecitos sobre una rama atada a una silla, la dijo sin mirarla y como quien no quiere la cosa:

–De modo y manera... Pilarín, que porque mamá no está volviste con tu telar y te atreves a venir...

Antes de responder, la aludida lo miró unos segundos atentamente, entornados los ojazos, y la aguja en la boca, metiéndola y sacándola entre los dos dientes incisivos de arriba.

–Tú parecías tonto ¿eh? –dijo al fin– pero yo creo que a veces te pasas de listo por fijarte demasiado en las cosas. ¿Siempre has sido así?

Nada respondió el joven: se sonrió sin levantar sus melancólicos ojos del pequeño cuadro que estaba en el caballete, dio dos o tres toquecitos en el cuello a uno de los pájaros retratados, alejó un poco la cabeza para ver el efecto, y siguió pintando.

Pilarín se entregaba con un poco menos de entusiasmo que él a su tarea. Cada cuatro puntaditas, levantaba los párpados e iba a fijar la vista en las espaldas y cabeza del pintor, el cual se dejaba crecer un poco los cabellos, de un castaño igual a los de su madre, (pues de su

padre poco sacó, excepto la estatura). Aquellos cabellos olían demasiado a cosmético fino de jazmín: de su perfume se respiraba en toda la pieza, tenuemente, sin molestar, pero sí lo suficientemente intenso para asociarlo a una idea. ¿Quién usaba también ese mismo perfume? ¡Ah! bueno. Ya lo recordaba, ¡el novio de Margarita! ¡Cosa más extraña! Cada olor le traía un recuerdo. Así, la ropa blanca llevada del planchado la hacía poner delante la antipática finura de doña Mariíta; si se lavaba con agua de Colonia, parecía que se le representaba la persona de su tía; y la esencia a violetas la hacía pensar en su amiga del colegio, Margarita. ¡Esa sí que era una fresca! Siempre en las vacaciones se echaba un novio nuevo; ahora, el capitán. Y querer que le «aguantase la capa». Vaya, lo que ella iba a hacer era buscarse un novio también, aunque ella no haría ciertas cosas.

Sin darse cuenta, miró a Panchito, casi inconsciente e inocentemente, no asociándolo a la idea del noviazgo, sino porque lo tenía delante, considerábalo sólo en su aspecto de niño grande, bueno, sencillote.

Pintaba y charlaba el mozo, sobre el origen de sus pajarillos y otros asuntos no menos graves. Los había comprado en la Rambla y se los iba a regalar, después de copiados, al Padre Luis, su preceptor. Un buen cura, un santo era el padre, ¡Y con tan mala suerte! El marido de su hermana había muerto dejándole por herencia cinco bocas a quienes mantener. Cargaba el pobre con todo. Pero por suerte la marquesa los protegía: Ya tenía buscando empleo para los tres mayores y a los dos pequeños los proveía de todo, ropas, juguetes, libros de escuela, etcétera.

En cuanto al padre Luis, cada dos por tres recibía encargo de una misa, por el alma de los padres, de los primos, de los abuelos, hasta en sufragio de algún tatarabuelo muerto cien años atrás—según decía don Alfonso de burla.

—Papá hace mal en chotearse de todo. Y más, que mamá es una santa ¿verdad? Y el padre Luis también ¿verdad? Tenemos que

ayudarnos en este mundo, porque si no, ¿cómo se harían los pobrecitos? Así dice mamá. Yo cuando me encuentro una persona como el padre Luis, no sabría donde ponerla. ¡Es tan bueno!

Dando sus tres o cuatro puntaditas consabidas, al cabo de las cuales levantaba la cabeza, la bordadora consideró un momento interiormente:

– Tú sí que eres bueno, alma de Dios... – El pensamiento, en contra de su voluntad, se le escurrió hasta llegar a la conclusión: – Como tu mamá...

Rebelde a tal idea, se pinchó los labios con la aguja, cual en castigo por las palabras que no llegaron a pronunciar y entonces procuró entregarse a su bordado.

Y el hijo en tanto, hizo el elogio de su madre.

Tan caritativa con todo el mundo... Todo lo perdona y excusa... Hasta las cosas de papá.

– Quiere a tu padre, mi hijo, quiérole mucho, *a pesar* de todo – le decía a veces con lágrimas en los ojos, cuando el joven, que ya *veía* demasiado, se le hacía pesado excusar al causante de los lloros maternos. ¡No; ni a él ni a nadie le daba la gana de perdonar si hacían sufrir a su madre! Esa idea la tenía desde chiquitito...

– Y mira si mamá es... que me dice: «No hagas caso, mi hijo, cuando me veas así... Mis penas no son más grandes que las de otras... Como yo, hay muchísimas mujeres, pero... Son más fuertes y menos lloronas que tu pobre mamá...» – La voz del mozo temblaba de emoción...

Pilarín sin querer se conmovía también al oírlo, aún más cuando notó que disimuladamente secaba una lágrima con el torso de su mano, blanca y pálida.

Una pausa. El joven acaba de retocar el cuello anaranjado de uno de los animalitos, meneando la cabeza de uno a otro lado para ver los efectos; y su acompañante, pensativa, ha renunciado definitivamente a sus puntadas y, colocando los dos brazos sobre del bastidor, no tiene

ojos ni oídos más que para aquel, deseando ver a donde irían a parar sus confianzas...

–Mamá ha ido a ver a una pobre de las «Conferencias» y se ha hecho cargo de ella. ¡Cuánta miseria hay en la vida! Dos hijos tísicos y el marido sin colocación. ¿Y tú sabes lo único que se le ocurre a papá cuando vio que mamá salía? –«Sí, anda, mujersita, ve a recoger chinches para que tu hijo las conozca...»–

¡Mejor! ¡Mejor! – siguió Panchito, pronunciando dos veces esta palabra con la fuerza con que diría una blasfemia, una frase de protesta...

Cambiada la voz, al cabo de un minuto, giró en el taburete hasta encontrarse frente a frente con Pilarín...

–Prima –dijo de pronto– ¿Por qué no quieres a mamá?–

¡Vaya una salida! ¡Las cosas del muchacho que parecía tonto! miren por donde se descolgaba... y todo eso, mirándola fijamente hasta hacerla sonrojar... Y encima se lo ponía de relieve:

–¡Qué coloradita te me quedas, prima! ¡Uy!... ¡Uy!... Mírate. – Dejó sobre la silla paleta y pinceles y sacó un espejito del bolsillo, obligándola a contemplarse... Pero a la chica pronto se le acababa la paciencia, sobre todo no habiendo cosa que la desconcertara tanto como el ponerla de manifiesto un sofoco intempestivo, lo cual tornábala más encarnada; y así, la sangre que un inexplicable rubor subió a la cabeza trasformósele en un manotazo. Y fue el espejito al suelo... Iba a marchar después, mas Panchito cruzóse ante la puerta y le cortó la retirada...

Pedía dispensa... Que por Dios no se pusiera *brava* con él... No lo volvería a hacer *más nunca*... Y al mismo tiempo, hecha cuenta de la poca eficacia de la palabra en ciertas ocasiones, la contenía por medio de una mano apretada entre las suyas, mientras todo su cuerpo pesaba contra la puerta.

Los periquitos asustados, lanzaban gritos de protesta en su lenguaje, viendo aquella lucha y trataban de escapar de aquel sitio funesto antes de que hubiera un «periquicidio».

Pilarín, ya puesta a bromas, quiso echarle una zancadilla a Panchito con objeto de hacerlo caer, pero el mozo estaba bastante bien cimentado sobre sus piernas, y por más que tiró de una, no pudo obtener el derrumbe del humano edificio; desistiendo, fue a levantarse la agachada, con tan escasa fortuna que su cabeza dio un golpe en la de aquel, y lo hirió en la nariz. Panchito entonces se puso palidísimo, los ojos cerrados, desvanecido y ambas manos en la cabeza. No tuvo ya ganas de jugar ni de irse la joven; muy asustada pregunta con afán lo que le ocurre y si le hizo daño sin querer, espantándose al ver que no contesta y se deja caer en una silla...

– ¿Eh? ¿Qué te pasa?... ¿Te hice mal?... ¿Quieres que llame? ¡Habla, por Dios!... ¡Ay, Virgen santa! Te sale sangre de la nariz: toma el pañuelo...

Con torpes manos, temblorosas, le enjugaba. Verdad que *no era mucha la sangre*, más no obstante, gota a gota pronto quedó el pañuelo todo mojado y hubo de sacar otro; todo ello, sin soltarle él de la mano y apretándosela a la manera de niño que sufre y se consuela estrechando a su mamá. De rodillas ante él, también palidísima del susto, miraba Pilarín ansiosa aquellos ojos cerrados, la boca entreabierta que dejaba escapar una agitada respiración, la cual al cabo de un momento pesado y largo como un siglo se tornó en un largo suspiro... Abría los ojos... Ella también respiró aliviada.

– ¡Gracias a Dios! ¿Te pasó verdad? Malo; me has dado un susto...

– Cariñosamente le sonrió ella, y él la atrajo a sí... Si quería bajar, Pilarín se ofrecía a ayudarlo o a llamar a un criado para que lo hiciese. No quiso. Dio otro suspiro, largo, fuerte, levantando bien la cabeza, y murmuró:

– Abre... – Sin separarse de él, obedeció Pilarín alargando el brazo libre, pues afortunadamente en aquella pieza tan pequeña todo estaba cerca. Por los abiertos cristales, creyendo los olvidados animalitos que les daban permiso, no se hicieron rogar y uno tras otro emprendieron el vuelo rumbo a la calle, hacia el sol y la libertad...

Un aleteo, una cosa verde pasó delante de los ojos medio cerrados de Panchito...

– ¡Ay! tus pajaritos... – gritó la niña.

La sonrisa bonachona del mozo apareció de nuevo.

– Déjalos... – Trató de levantarse, riéndose aún por el gesto instintivo de Pilarín hacia los prófugos, y quiso ver la huida; contenta ella por el buen síntoma, le ayudó y lo sostuvo con su brazo. Ambos miraron, abrazados, asomados a la ventana, risueños, a los dos pajaritos que después de descansar sobre un árbol de la calle volvían a emprender el vuelo y al fin no se veían ya.

– Lo malo será que los vuelvan a coger... ¡Pobrecitos!

Mirándolo afectuosamente, pensó Pilarín en los niños y aun los grandes que hasta arrancan los ojos a otros pájaros para que canten mejor en su dolor... ¡Cuándo aquel buenazo iba a ser capaz de una cosa así!...

Sentado en el taburete, el mozo la acarició un momento los cabellos al preguntarle:

– ¿Te asusté mucho antes, eh?

– ¡Vaya! Hasta creí que te morías y me entró un remordimiento...

Escucha: una vez, cuando pequeños, jugando juntos te caíste al suelo y te hiciste mucho daño, como ahora; pero aunque entonces también me dio pena, al ver a tu mamá enfadada dirigirse a mí cual si yo tuviese la culpa hice ver que me alegraba y... me eché a reír.– Esta pequeña confesión hízola humilde, baja la cabeza...

– Ves, sinvergüensita, si yo tenía razón... Tú siempre le has tenido poca voluntad a mamá. Dime... ven acá... ¿por qué no la quieres?

– ¿Quién te ha dicho a tí que no la quiero? – respondió hábilmente ella eludiendo la cuestión por medio de otra pregunta.

– Hija, no hay necesidad de espejuelos para verlo, y tú misma lo demuestras con eso que me contaste. Lo peor es que no sólo con mamá sino con todos eres igual, pues yo voy creyendo que tú no quieres a nadie... – Su voz era triste...

Igual que antes la chica esquivó el responder directamente:

– Y a mí ¿quién me quiere?...

– ¡Todo el mundo! – La frescura, la desfachatez de Pilarín al preguntar una cosa que no ignoraría sacaron de quicio al muchacho, y con gran calor se expresaba – ¡Todo el mundo te quiere aquí mucho y eso da rabia, porque, vamos a ver ¡caramba! ¿qué de bueno haces tú para que la gente te ponca ese cariño? A la pobre mamá casi no le diriges nunca la palabra. Y eso que... en fin... – (Pilarín que no tenía pelo de tonta comprendió dentro de las pocas facultades de elocuencia del muchacho muchas cosas en esas dos reticencias, tales como: «Mejor no se puede portar ella contigo...» «Ya se lo puedes agradecer, pues es casi una mamá para tí,» etc.)

– ¿Tú sabes – continuó – lo que desía mamá por allí? – «Alfonso, escríbele a Pilarín, no te olvides» «Alfonso, ven a firmar el retrato para la niña...» Y no es que papá necesitase que se lo mandaran, pues primero se olvida de escribir al administrador que de tí... En cambio tú lo tratas como a la suela de tus zapatos... Ayer te oí...

– ¿Me oíste? ¿Pasó algo ayer?

– ¿Quieres que te refresque la memoria? Te fue a regañar porque te vio con Margarita y con ese militar que siempre va con ella (y parece que es un vagabundo porque papá lo conoce). No quería que tomases malos ejemplos... Y tú, vas y te pones como una furia y le sueltas que malos ejemplos los había visto en él desde chiquita y que no por eso los ibas a seguir... ¡Uy! aquello fue un fuetazo: papá se puso verde y te hubiera dado una bofetada si mamá no se pone en medio... Yo no sé como se aguantó... y te pregunta sólo si esa era la educación que te daban las monjas...

– Y yo le respondí a tu señor papá poniendo la verdad en su sitio que las monjas me daban una educación que yo arreglaba y completaba por mi cuenta... –Dicho ésto, Pilarín con gran tranquilidad, pasó delante del chico haciéndole una especie de saludo de rigodón yéndose a mirar hacia la calle.

El la miró, atentamente. Movi6 a un lado y otro la cabeza quizás pensando en su interior en aquella «sinvergüensita linda» a quien no

había más remedio que matarla o dejarla, y como un ¡ay!, cual una queja murmuró en lastimera entonación:

– Pilarín, tú eres mala...

Parecía la misma voz del niño quejoso cuando en otro tiempo, una chiquilla más traviesa y más inteligente le jugaba una trastada; la misma voz oída muchas veces por ella cuando los dejaban solos y se entretenía en hacerlo rabiar quitándole un álbum de estampas, un juguete... Y así como entonces se lo devolvía en seguida diciéndole: «¿Ves como no soy mala? Toma» – también en aquel momento se sintió compasiva y, arrodillada, apoyados sus codos sobre las piernas de él, alzó su carita zalamera y afectuosa.

– ¿Crees de veras que soy mala? – preguntó con cierto dejo de pena.

– ¡Sí! Conmigo sobre todo. Malas contestas, hasta groserías me haces delante de los criados mismos. Y, sin embargo, yo te quiero... Mamá me lo aconseja, que te quiera como si fuéramos hermanos.

Fruncido el ceño y separando de él los los brazos interrumpió la joven repentinamente seria y pensativa.

– ¿Eso te dijo?

– Sí, y yo le respondí: Más, mucho más.

Sus ojos tristes se hallaban fijos en los de ella como en espera de algo que premiara aquellas palabras. También Pilarín lo contemplaba pero sin verle, mirando más allá. Reflexionaba.

Por seguro, el mozo estaba convencidísimo de ser su primo. Eso era evidente pero... si no lo fuera, su madre debió habérselo dicho. No calculaba que Rosario la suponía a ella sospechosa ya de saber la verdad y que de consiguiente llegase a juzgar innecesario poner en autos al muchacho sobre cosas tan poco limpias, de las que nadie en palacio hablaba ni acerca de las cuales se hacía nunca la menor alusión delante de ellos.

Lo que sí consideró Pilarín fue que nada sacaría en claro preguntando a quien sabría menos que ella indudablemente; y a los que estarían bien enterados ella no osaría jamás preguntárselo. ¡Qué

vergüenza si la decían algo malo de su madre! Se resignó a permanecer siempre ignorante mirando la sonrisa bonachona con que Panchito le tendía los brazos para que lo ayudase a levantar, porque él pretextaba no poder hacerlo solo.

Ella le ofreció sus dos manos que él tomó, mas no por eso se puso de pies sino que siguió fingiendo por broma y con falsos esfuerzos por moverse... Como cediendo al capricho de un niño mimado, se aproximó a él aún más, y pasó un brazo por debajo de otro suyo, mientras le decía.

– ¡Estás tú bueno! A que ahora sí que te levantas.

En efecto, gracias a eso se levantó, riendo, sin soltarla después de su vera.

– No volverás a decir eso tan feo de que Pilarín es mala, ¿eh?

– Nunca más; pero acompáñame hasta allá abajo. Mamá debe haber llegado. Lllaman a comer.

Bajaron de este modo, casi abrazados, la escalerilla, y atravesaron varias habitaciones sin tropezar con nadie, temor que vagamente abrigaba la jovencita, mientras Panchito estechándola por la cintura, le preguntó envolviéndola en una mirada plena de cariño y dulzura, a tiempo que acercaba su rostro al de ella y como siguiendo el hilo de sus anteriores confidencias.

– Vamos a ver, y a mí ¿sí o no?

Con certeza Pilarín debió entender perfectamente lo envuelto en dichos últimos monosílabos, pues respondió, aprovechando la presencia de alguien que se acercaba para separarse de él.

– A tí, si que te quiero un poquitín, así ¿Tendrás bastante? – La punta de su dedo índice, señalado por el pulgar mostró la medida del cariño que hacia el primo-hermano sentía.

V

JORNADAS DE JUVENTUD

“El silencio es la piadosa caridad del hijo al  
que la desgracia impide la veneración .”

PAUL BOURGET

*El emigrado.*

No se avenía gustoso el espíritu inquieto de Pilarín con aquellos días apacibles de vacaciones, y con sus veladas no menos apacibles y algo monótonas, junto a la tía, tan apartada de toda sociedad que en su casa casi no se recibían más que pobres o juntas de protectores a los mismos, y alguno que otro conocido; debido a lo cual, en vías a su distracción, organizaba frecuentes salidas la chica acompañada muchas veces de su primo, quien la llevaba al cine, al teatro o simplemente a donde Margarita. Tuvieron que cargar en alguna ocasión con la viuda Avelino, como señora de respeto, pues no se fiaba mucho Rosario y con razón de la formalidad de aquellos tres, Doña Mariíta procurábala tener al corriente de los libros que leían y compraban, de las películas y obras teatrales que los chicos gustaban ver, y era una especie de previa censura. Por su parte, vengábanse los otros haciendo mil diabluras como pajarillos en libertad con la sana intención de desesperarla y aburrirla siempre que con ella iban, cual aconteció aquel día de Inocentes en que ya empezaron al salir de casa emprendiendo un paso militar imposible de seguir para la pobre

señora. Un... dos... un... dos... tres –iban marcando el paso a los soldados sin cuidarse de doña Mariña quien hacía imposibles esfuerzos por alcanzarlos. Y ellos: ¡un... dos... un... dos!... Y aquel demonio de «la hija de Pilar» con la mayor desfachatez tomola al fin del brazo, burlonamente cariñosa, llamandola «señora mía» y diciendo que no le haría *pupa*. Y la arrastraba. ¡Oh! nunca más, nunca más prometiése la viuda tornar a acompañar a tres locuelos que se metían con todo el mundo y hasta animaban a los chiquillos, encontrados al paso, para colgar –según tradicional costumbre del día– muñecotes de papel a los transeúntes, y otras *perversas* acciones. Y, como si no fuera bastante, en la taquilla del teatro inmediatamente después de Panchito compró una butaca cierto caballereite a quien parecían conocer mucho Margarita y su amiga, sentándose al lado de la primera. Toda la tarde se pasaron de palique misterioso unos y otros sin dejarla ver la función (que era un don Juan Tenorio en broma, función de Inocentes) y tuvo la viuda, que dividir su atención para poner un oído a lo que en las tablas declamaban, y otro en lo que junto a ella tratábase, con lo que pudo entender como a Panchito disgustaba la pega de aquel señor, mientras Pilarín le decía que los dejara quererse y ser felices uno junto al otro, puesto que el capitán y su novia al fin y al cabo se tendrían de casar. A lo cual objetó el mozo que «¡qué diría la mamá si lo supiera!»...

– Ya nos confesaremos hijo. ¡Anda! no les lances esas ojeadas fulminantes. Mira este caramelo... ¿quieres la mitad? Muerde... ¡Bobo! Has mordido mi dedo...

– Todo eso acabara mal – declaraba en tanto la señora Avelino dando señales de escuchar muy atentamente la escena del Comendador. Efectivamente así fué: después de predecir mil males a Don Juan, quiso desaparecer tal cual había aparecido el ocurrente Comendador, metiéndose –era un espectro– por la pared... y la halló cerrada, expofeso. Fue a la puerta y empujó con su parte posterior, tratando de... desvanecerse, mas también estuvo cerrada y, tras dos o tres intentos así, en medio de las carcajadas del público, no tuvo más remedio el fantasma que desaparecer dentro de la concha del apuntador.

Como un niño gozaba Panchito, distraído, con esta escena, y Pilarín también parecía entretenida; pero en realidad preocupábanla más las que a su lado hacían Margarita y el incógnito capitán muy acarameladitos –no sabían ponerse de otro modo– y casi abrazados.

A fin de ocultarlos a doña Mariíta, inclinábase la chiquilla en su butaca y hacía duo a las risas de Panchito, mientras daba con el codo a su amiga para llamarla a la realidad; pero Margarita estaba en la luna, en el cielo quizás, deslumbrada por la charla de su novio y al mismo tiempo encantada y apurada con las vehemencias de aquel, no sabiendo cómo detenerlas... Y Pilarín, que bien la veía tan ruborizada no sabía qué creer: si estaba así por la dulce emoción o a causa del apuro, y, en la ignorancia, se abstuvo en algún rato de ayudarla a soportar el caso entrando en conversación con ambos.

En situación tan violenta, temiendo los comentarios de doña Mariíta ante la marquesa, optó al fin por salir... con una salida de las suyas, y, antes de que terminase la función, se levantó decidida, arrastrando consigo a Panchito y dijo:

–Vámonos pronto: esto es muy aburrido.

–Pero hija, ¿no te ríes?...

–¿He de reirme yo de esas gansadas? ¡Que nos vayamos he dicho!

Cuando tan categórica se ponía, no había otro remedio sino obedecerla y con harta pena de los demás, dejaron el teatro.

Margarita, algo mustia, después de despedir al capitán pidió excusas a su amiguita por no haberle anunciado la cita con aquél y... por «sus cosas» ¡Oh no! Ella no gozaba poco ni mucho junto a su exaltado novio, al contrario: sufría. Aquellas vehemencias, aquel estrecharla una mano como si implorara algo; sus miradas de fuego, la manera de acercarse tantísimo, la turbaban en gran manera y hacíanla sufrir, pese al inmenso cariño que en él puso. Reñíala Pilarín por sus debilidades y aconsejaba llamar al orden al capitán, a lo cual no se atrevía la condescendiente novia, dando así lugar a que aquél tomase por asentimiento lo que era falta de ánimos para hacerle oposición.

En tanto, siguieron yendo al cine y a teatros, y trataba siempre la más joven de avisar a su amiga del convite sólo a última hora, a fin de que no tuviera tiempo de, a su vez, prevenir al capitán y tener los otros que aguantar el gorro poco apetitoso.

Así, libres los tres, zafándose también de doña Mariíta, hubo ocasión de divertirse mucho, y de partir muchos caramelos los dos pseudo-primitos, juegucito en el que se entretenían bastantes veces. Mordía uno Panchito y de paso, equivocábase con frecuencia y tocaba con sus labios los dedos de la chica que lo sostiene. Ella ríe y en venganza, tirábale de un mechón de pelo. Otras, chupa primero la niña y si no le gusta porque en lugar de piña era pera o viceversa, al ir a tirarlo lo recoge Panchito y gozoso lo mete en su boca.

Tales juegos vistos por Margarita, hicieronla exclamar un día – pues no se mordía la lengua:

–¡Bueno! Tú no quieres aguantar mi «cesta» ni vernos acaramelados, pero es para hacerme aguantar a mí tus caramelos...

Seria y grave replicaba la increpada:

–No sabes lo que dices, Margot: ya una vez te lo indiqué.

E interiormente se sonreía, en aquella época en que estaban de moda los colmos, adivinanzas y tonterías al pensar en lo muy sorprendida que se quedaría Margarita si le declarara en esta forma: que aquel a quien ella juzgaba poder ser novio y al parecer era primo, no era su primo sino quizás su hermano, si su tío no era su padre y su tía no era tal tía ni nada. Un enunciado, en fin, algo laberíntico, y cuya solución no sabía ella donde hallarla. (Debemos confesar que hacía algún tiempo tampoco se cuidaba de aclararlo).

·Decidía no ser curiosa...

Pero... Hay cosas que aunque no se busquen para saber, las ve una misma sin darse cuenta; hay cosas que se le meten a una por los ojos y se han de ver sin haber curioseado buscándolas; y, así era como Pilarín se iba enterando de que Panchito era ya un guapo mozo; de que poseía un excelente corazón para todo el mundo (especialmente hacia ella...) y que la quería mucho, sin que ella nada hiciera en un

principio para captarse aquel cariño. Tenía que corresponderle en algún modo, estando, al fin y al cabo, emparentados...

Y tan bueno, tan inocente, a veces la conmovía en lo más profundo. Muchas cosas ignoraba: por ejemplo, un día oyó hablar entre los criados, de hijos naturales y preguntó muy sorprendido si había hijos que no lo eran y lo fuesen de artificio...

Como no salía de casa más que con el padre Luis, los sobrinos de éste, y las dos jóvenes, Pilarín y Margarita, ni tenía más amigo que su madre, a cuyos pies pasaba horas enteras conversando, y escuchando historias —escenas que vistas por Pilarín producíanla un indefinible sentimiento, parecido a contrariedad, a celos... —y tampoco al mozo gustaban los libros, ni nunca asistió a colegios ni universidades ¿cómo pues había de perder su inocencia y su candor?...

También era Panchito afable, poco rencoroso. Nada de orgullo con los inferiores tampoco: lo mismo ayudaba a una camarera demasiado cargada con bandejas o paquetes, como se entretenía en dibujar golondrinas, flores y muñecos a la chiquilla del portero, cuya sucia boquita más de una vez limpió un fino pañuelo en el cual campeaban las iniciales del futuro marqués de Longinos. Se le iba el dinero en regalar cosas necesarias al padre Luis; en chucherías para obsequiar a su madre, y en bombones y violetas que daba a la prima. Procederes tan inocentes y sencillos fueron conquistando poco a poco el corazón de ésta, sin darse cuenta de que se deslizaba por la pendiente resbaladiza... ¡Ella que juiciosamente aleccionaba a su amiga...!

Un día encontróse a Margarita muy triste, echada sobre un diván en el cuarto biblioteca de su padre. Pilarín, tranquilamente, tomó un libro de la «colección perversa» —llamada así por el general abuelo— y esperó a que ella misma comenzara a contarle sus enojos, lo cual no tardó en suceder.

—Oye tú; deja esos librotos, pues hoy no estoy para cochinerías... ¡Estoy más harta!..

—Ah ¿sí?

—Figúrate... No sé cómo decírtelo... Me da vergüenza... Pero en fin... tal como andaba el asunto lo mejor fue terminar. ¡He reñido con Severo!.. Pilarín no sé como eres; me parece que te ríes... A mí, ninguna gracia me hace...

—¡Enjuga tu llanto! ¡Sé fuerte ante el dolor! —clamó la otra, burlona, en tono dramático mientras le presentaba un extremo de la falda para que seacara sus lágrimas.

—¡Vete a paseo! Si vienes con guasas, no te cuento nada ¡ea! Tú no comprendes el querer, y a la verdad, hago muy mal en dar importancia a una mocosa...

—¿Moco... *quois*? Poco a poco... Cuanta... ¡caco... fonía! ¿Crees que ignoro qué es amar?

*Es hacer del pecho altarr...  
 colocar en él un serrr...  
 y en él solo compendiarr...  
 del universo el valerrr...  
 Es vivir... la vida ajena  
 Sintiendo la sacudida (!!)  
 de otra alma, de amores llena...*

Declamando esto, al llegar a la *sacudida*, dio un meneo tan fuerte con ambos brazos a Margarita para hacerlo a lo vivo, que por un poco más pierde el equilibrio y cae rodando al suelo. Intenciones concibió entonces la víctima de dar un sopapo a la remeneadora, mas Pilarín murmuró un «perdón» tan humilde que la dispensó y, abrazadas, sentáronse en la amplia butaca.

—¿Cómo fué eso? Cuenta.

—Pues, siendo... Ayer estuvimos en el cine...

—¿Solitos?—preguntó guiñando un ojo Pilarín.

—¡Vaya! ¡Qué cosas tienes! *Mademoiselle* nos acompañó, cual otras veces. Bueno... pues... una vez allí: ya sabes que a él le agradan los rinconcitos oscuros... Bueno, pues...

– Si todo lo encuentras *bueno* –exclamó la otra– no sé a que viene el quejarte. No tienes ni vagas semejanzas con Castelar.

– Calla, mujer, déjame que siga. Quiero decir... que en cuanto apagan las luces, Severo empieza a soltar tonterías y, lo que es peor, a... hacerlas: Tiene celos de todo el mundo, hasta de Panchito y de ti...

– ¿De nosotros? Ja, ja...

– Es un pretexto...

– Pues si es un pretexto, caramba –salto Pilarín– y lo sabes ¿cómo es que le compadesces y le permites hacer... esas tonterías? Porque tú consientes, chica. Si no le dejaras... no lo haría.

– ¡Mujer! –protestó Margarita sofocada.

– ¡Mujer! dijo la otra parodiándola–¿No me llamabas mocosina? Pues aunque me creas una parvulita tengo más juicio que tú, y ciertas... maneras no las toleraría nunca. Tú tienes la culpa de todo cuanto ocurre con tu Severo. He dicho. O mejor, no he dicho no, pues aún no he acabado. Las mujeres que se ablandan ¡oyelo bien! a la manera de ti con tu ardiente enamorado, no se deben quejar luego si ellos se propasan y andan por ahí, jactándose de conseguir... lo que fácilmente alcanzan. Ya me figuro la escenita del cine por lo que he visto y me has contado en otras ocasiones. ¿Quién te manda a ir allá sin más compañía que la de tu señorita de ídem, lo cual es tanto como ir sola, pues la infeliz se duerme?

Ante las razonables increpaciones de su amiga, Margarita no hallaba qué contestar; y agobiada bajo el peso de aquella especie de reprimenda, cual si realmente fuese muy culpable bajó los ojos.

– Oye tú –pudo balbucir– Al menos espero que me harás el favor de creer que yo no estoy gustosa cuando el se pone así, tan...

– Tan... expresivo, vamos. No estarás a gusto, pero él se lo creerá puesto que callas. Ahora bien: ¿le amas mucho?

– ¡Claro! Si no le quisiera no sería mi novio.

– No señorita, eso no significa nada. Puédese fácilmente adquirir un novio y aun un marido sin cobrarle ni pizca de amor. Yo, por mi parte, dispuesta estoy a poner eso en práctica cuando la ocasión se me presente. –Y Pilarín se ponía seria al anunciar sus paradojas.

–Ah ¿de manera que te casarías sin amor?

–«¡Sin amor!» Oh, *la, la...*

–Eso quiere decir que tendrías a otro en la cabeza...

–¿Has leído «*La fée*» de Gip? –preguntó Pilarín sin darse por enterada.

–No sé...

–¡Uy! ¡Qué memoria! ¿Y «Hedda Gabler» de *nuestro amigo* Ibsen?

–Tampoco recuerdo...

–Aconséjote amiga mía el comer rabos de pasa. Eso va bien para tus males. Iba a decirte que con una mescolanza de esos dos libros, bien picadito, bien menudito y un poco de sal, resultaría una señorita propia para el matrimonio; pero no te lo digo en vista de que nunca digieres lo leído, ignorante, mocosina.

Quiso enojarse Margarita y al recordar cuan poco ganaría en hacerlo con aquella loquilla decidió devolver la piedra.

– Sí, seré ignorante y no digiero, más tú en cambio tomas cada empacho de ideas sacadas de esas extravagancias que lees... Es decir, que leemos juntas, aunque yo lo hago únicamente por pasar el rato y oírte disparatar luego. Estoy segura que esos libros de que hablabas son algo escabrosos y por eso a tí te gustan.

– ¡Dios mío! ¿Algo escabrosos? –prorrumpió Pilarín con muestras de candoroso asombro en sus grandes ojos – ¡Sí son de lo más decente! «Hedda Gabler» se casa con un marido inferior, a quien no ama y se aburre de un modo soberano. No quiere infidelidades, como «*La fée*», para distraerse. «El hada» en cambio, no se fastidia sino muy al contrario, coqueteando con todo el mundo y llega a causar la muerte a dos estúpidos enamorados. El final ¡ay! no fue tan divertido para ninguna de las dos: en «Hedda Gabler» la protagonista muere de una muerte hermosa; pero «*La fée*» pese a sus encantos, termina ridículamente encinta de un cualquiera, un campesino a quien exasperó y puso *furioso*, el cual se venga a sí y a los otros. Inconvenien-

tes de la coquetería, Margarita. Ya ves pues cuan moral es la tal obra... Gip es una gran moralista...

– Sí, quizás... repuso Margarita, moviendo perpleja la cabeza, pues no se fiaba demasiado de las convencionales explicaciones de Pilarín, ni tampoco confiaba mucho en el propio criterio. – Pero es el caso que tú me distraes con tus cuentos y yo estoy muy apenada. Pilarín...

– ¿De veras? Anda, lloremos juntas tu desgracia. ¡Ejem! ¡Ejem!...

– No te burles...

– ¿Es decir que tanto efecto causa el dar los pasaportes a un imbecil que se propasa? Cuéntamelo todo, Margarita. ¿La desesperación estaba pintada en su semblante hermoso y varonil?... preguntó fingiendo interés.

– Aunque te rías, es muy bueno mi Severo.

– San Luis Gonzaga...

– Y muy guapo. Le sentaba bien esa desesperación que dices.

– Confeccionemos una figura alegórica: Apolo llorando sobre un manojito de lirios...

Margarita se rió... Eso de los lirios...

– Bueno. Es cierto. Retiremos el manojito de la pureza: ¡Es indigno de él! Le daremos uno de rábanos.

Rieronse estrepitosamente las dos muchachas y en ese momento entró un ordenanza a anunciar que el señor estaba abajo en el coche aguardándolas por si querían ir al paseo.

Mientras se disponían y arreglaban, sin acordarse ya Margarita más del novio que de la mona de Pascua, tuvo Pilarín la ocurrencia de aludir a aquel, a propósito de cierto gatito negro encontrado en un rincón.

–Ya ves a éste también le gustan los rinconcitos oscuros, como a tu Severo...

En oyendo el nombre de su adorador, la novia creyó prudente dejar caer la borla de los polvos, se le escapó también un suspiro y aunque ya vestida, sentóse en la butaca, meneando la cabecita frágil.

– ¡Pobre Severo mío! – murmuró. Escucha tú: ¿Qué me aconsejas? No sé si ir al paseo después de la riña... Si le encuentro, tendré un disgusto.

Una carcajada fue la respuesta, demostradora de cuán poca fe se ponía en el gran disgusto anunciado, y sin hacerla caso, Pilarín la hizo levantar, ayudó a abrocharla y la colocó el sombrero.

Bastante gente había en el paseo aquella tarde. Casi no podía andar el coche de don Andrés sino pasito a pasito y en la fila tras los otros. Sonaban todas las bocinas, y el municipal encargado de regular la marcha de carruajes tenía buen quehacer. Y entre todos los ruidos, dominaban las voces de los vendedores de periódicos:

– ¡L' «A. B. C.» que ha arribat de Madri!.....

– ¡EI Liberal! con la revista de torooos!...

Compró un periódico don Andrés y aprovechando su distracción dábale Margarita con el codo a Pilarín, señalándole a una mujer, elegantemente vestida, con unas ricas pieles de marta al cuello y cobijada baja las alas de un grandísimo sombrero, moda entonces, que impedía casi ver el rostro de la solitaria paseante, a cuyo auto miraban las gentes presas de curiosidad maliciosa. Según todas las trazas no era una mujer muy decente, cual significaban también los apretones de mano, que bajo la manta que cubría sus rodillas daba Margarita a la otra como ofreciendo decirle algo, cosa que se atrevió al fin. Su papá, distraído, leía una hoja del «Liberal» de cuando en cuando expuesta a la dudosa luz, y no debió percibir ciertas palabras, dichas casi al oído y que demostraban era Margarita conocedora de algunos secretillos.

– Fíjate... La querida de tu tío...

Miró la niña a la *cocotte* aquella, melancólicamente, y le acudió el recuerdo de su madre muy confuso, pensando también en el padre, si lo fuese, que por allí andaba tan feliz y sinvergüenza.

Se acabaron las risas. Terminó la alegría. En un aparte con su amiga, murmuró Pilarín con gran vehemencia:

–Ojalá que se muriera, Margarita.

- ¡Bárbara! ¿Quién? ¿Esa... *infeliz*?
- No: mi tío.
- ¡Chica, por Dios! Tendrás que confesarte...
- Es verdad - ¡Ojalá morirme yo entonces, que sería lo más acertado!...

## VI

### AVANCE Y RETIRADA DE UN VALIENTE CAPITAN

Margarita. ¡Ay, que vienen!

Fausto. ¡Ah, bribona! Me incitas. Ya te he cogido. (*La abraza*).

Margarita. ¡Oh, el mejor de los hombres!  
Te amo con todo mi corazón!... (*Mefistóteles llama*)

Fausto (*dando una patada en el suelo*).

¿Quién es?

Mefistóteles. Un amigo...

Fausto. ¡Un bestia!...

GOETHE

*Fausto*

Ignoraba, por seguro, Pilarín los avances que en el corazón de Margarita hiciera el buen Severo. ¡Lo tenía muy adentro! según se expresaba llevándose ambas manos al pecho y suspirando románticamente cual una soprano del Liceo.

Pudo sufrir un día paciente y resignada—ya la hemos visto, en coche, —las ausencias de aquel. Y al segundo, asomóse no sé cuantas veces al balcón esperando verle aparecer por algún sitio, pero en todo aquel trozo de la calle Cortes no se vio ni indicio de los adorables pantalones encarnados.

Al cuarto día, mientras ella le aguardaba, el poseedor de aquellos, estaba muy tranquilo sentado ante la mesita de un café, oyendo música en tanto que bebía una copita y fumaba su cigarro.

Le hacía falta la chiquilla; se lo confesaba *in mente*, pero... se acabó! Estuvo bien pasar el rato... Continuar la cosa hasta el final... sería una infamia. No le gustaba hacer siempre canalladas...

Y suspiró, porque a pesar de sus estrellas y sus años, quería a la chiquilla como un cadete. Una de las jóvenes que tocaba en la orquesta le arrancó otro suspiro: poseía unos ojazos verdes, color de uva moscatel, iguales a los de Margarita. ¡Uy!... los mismos cabellos... O al menos le parecieron así... Hecha esta consideración, no sabiendo qué hacer de su persona, quiso salir al salón de billares.

Llama al camarero, golpeando con un duro sobre la mesilla, y distraído, se iba sin aguardar la vuelta; más el honrado mozo le fue detrás:

–Señorito, el cambio...

Volvióse... Ah, sí. Con gesto displicente apartó al mozo, muy sorprendido de tanta generosidad, mientras unos burgueses también se asombraban en la mesa próxima. ¡Un duro por una copita de coñac! ¡Ese hombre está loco!... ¡Oh oh oh !...

Si hubieran sabido que aquellas cinco pesetas constituían el único caudal de aquel señor, todavía mayor fuera el asombro. Un fin de mes con bastante «arranquitis»— que diría el guasón de su amigo don Alfonso: y nuestro capitán, sin duda para no entrar como Espronceda hizo en Lisboa, con tan poco dinero, tiraba sus últimas pesetas al agua...

De repente, vio frente a sí, sin que supiera de donde había salido, la figura de su ordenanza, la diestra junto a la cara en militar saludo, y la izquierda alargándole un sobre pequeñito que le hizo dar un vuelco al corazón... Sí; aquel asistente era un murciano muy avisado. Llegó la carta a la casa de huéspedes hallándose él, y como la supuso cosa interesante para su capitán, fue en su busca, pensando encontrarle en Novedades a tal hora. Ya suponía también que no iban a reñirle por

eso, ni mucho menos. Con lo que no contaba era con que su señorito, agradecido, fuese a escudriñar en el bolsillo para darle una propina, olvidando su vaciedad...

–Bien, chico... Gracias... Mañana te haré un regalo.

Satisfecho de la promesa, desapareció el mozo; y en tanto, el poseedor de la cartita color rosa acercóse a un mechero para leer esta amable comunicación:

«Mi querido Sev: Olvido y perdono. Mañana, si no te causa miedo la venida, habrá conferencia a las siete y media de la noche, en ésta tu casa. Sigilosamente. Tu: Mar».

–¡Demonio de chiquilla! –murmuró saboreando su estilo epistolar tan pintoresco, y estas palabras que para él tenían un encanto lleno de promesas: «mañana... siete de la noche»... «ésta tu casa»...

Olvidó sus anteriores resoluciones, y soltando, según costumbre, una palabrota, díjose:

–¡Me... caso con el demonio! Pese al general, su abuelo, iré... y que salga el sol por Antequera.

\* \* \*

Ya desde hacía rato se había puesto el sol (no sabemos si también en aquella villa) cuando al día siguiente, poco antes de la hora anunciada para la cita, tuvo lugar otra conferencia preliminar, entre Margarita y Pilarín, en casa de la primera, la cual terminó este diálogo:

–Sabrás componértelas ¿verdad?

–¡Y tanto! Si noto por este agujero de la llave que tu galán se torna volcánico y extemporáneo, doy media vuelta y...

–¡Ay, no, por Dios, tontina! No te marchas sino al contrario.

–Espérate, que acabo. Me marchó para que luego salga por los pasillos arrastrando un bastón, dando patadas y carraspeando, tu abuelo el general, y entonces... el ejército enemigo, abandonará el «campo de maniobras»...

– ¡Bravooo!.. exclamó la otra riendo y colocó a Pilarín en su escondite, junto al gabinete donde tendría lugar la entrevista con el novio. No bien desapareció la niña tras la cerrada puerta, cuando se presentó la señorita de compañía a anunciar que ya venía el esperado, y dispuesta a instalarse en el sofá para cumplir su deber de acompañante; pero Margarita con muy buenos modos, la despidió, alegando –y señalaba al sitio donde se escondía Pilarín –que no necesitaba a nadie más...

El capitán Severo, vestido de paisano, entró arrogante y satisfecho. Guapo, siempre guapo... Sus dos manos, despojadas del sombrero y abrigo, estrecharon las de su novia, junto a la cual, sin abandonarlas, sentóse el hombre.

– Buenos días, salada... ¡Gracias a Dios que no está delante ese esperpento ni nadie!...¿Te has compadecido ya de tu pobre capitán? ...¡Picarilla! ¡Cuantos días sin verte! Hasta me dijo no sé quién que estoy más delgado... Lo menos perdí tres kilos...

Lo miraba hablar Margarita y no dejó de pensar:– ¡Dios mío! ¿Por qué será tan guapo... y tan embustero... y yo tan necia? –Y en voz alta se le escapó un ¡ay!

– Buena señal. Si suspiras, todo irá bien. Margarita, vida mía, amor mío... El militar se aproximaba cada vez más, y ella se corría del otro lado del sofá en que estaban.– ¿Por qué te enfadaste conmigo en el cine?

– ¡Me lo preguntas! Ya lo sabes...

– Oye, hermosa. Si continúas alejándote tanto de mí acabaremos la conversación por teléfono. ¡Estamos frescos! Anda, quédate ahí en ese extremo, yo en el otro, y si lo crees conveniente se podría colocar un biombo en medio... Haremos «El Conde de Luxemburgo»...

Nuevo suspiro se le fue a Margarita y acercándose ya algo más le dijo:

– Mira Severo, vamos a tener una explicación muy formal, pero mucho. Te estarás quieto, escuchando, los brazos cruzados... Así... Dime ahora: ¿me quieres?

– ¡Otra que Dios! – Un taco feísimo se le escapó tras eso al capitán, haciendo ruborizar a su novia.

– Eso no es respuesta, sino una cochinado... – arguyó ella.

– Perdóname, vida, pero tienes unas cosas... Mira que salir ahora preguntándome lo que cansado estoy de repetirte. ¡Te quiero te quiero y te quiero! ¿Es bastante?

– No sé... Precisamente el repetirlo tanto no me prueba que sea cierto...

– ¡Chiquilla! Querrás llamarme embustero... Mas estoy dispuesto también a demostrártelo. Pídemme una prueba...

– ¿Lo quieres? – preguntó Margarita aproximándose tanto que Pilarín desde su escondrijo tuvo ganas de hacer: ¡Ejem!... ¡Ejem!... –que estoy yo aquí. –El capitán extendió una mano:

– Palabra de honor...

– Entonces, mi capitán... ¿Por qué no te casas conmigo?

Semejante estupefacción a la que se pintó en la cara del increpado cuando oyó la pregunta de su novia sólo es comparable a la del que muy apegado a la vida escucha decir: «Oye tú, ¿por qué no te tiras por el balcón?...» Tan exacto es, que Severo acarició un momento la idea de presentar a la joven las premisas de este silogismo con su correspondiente conclusión: El suicidio es un crimen. – El matrimonio es una especie de suicidio – Ergo: el matrimonio es un crimen...

Mas como aquella, despechada ante su sorpresa y mutismo significativo iba entristeciéndose –o al menos a él se le antojaba así, – guardó su silogismo y continuó callado. Quizás su pensamiento no voló tan alto, pero, semejante pregunta e implícita oferta parecían la tentación de Luzbel a Jesús . «Todas las tierras de este reino te daré si me adoras»... ¡Un reino que estaba, o podía estar, en su poder si se atreviera un poco más!...

– ¡Ay, Dios mío! – clamó al fin Margarita, casi llorando. – ¡Cuán poquísimo me quieres! – El militar vióse en apuros...

– Hermosa.. No digas eso, reina mía... Pídemme algo que sea más hacedero y si consiste en ello probarte mi cariño, te lo demostraré...

– ¿Más hacedero quieres, que un acto así? Tú me amas, yo a tí, ¡ay! demasiado... Pues vas a Papá, le pides mi mano y nos casamos dentro de un año, o dos, lo que quieras con tal que me digas «sí».

– ¡Chiquilla, imposible!

– Anda, mal educado—prorrumpe la joven ya algo impaciente.—  
¿Eres casado, acaso?

Santiguóse el capitán y en su sorpresa no se fijó en que lo hizo con la mano izquierda. Si fuese andaluz exclamaría ¡Lagarto! ¡lagarto! como si le nombraran la *bicha*.

– ¡Yo! Jesús. María y José. ¡Dios me libre!

– Entonces... – Margarita desplegó una sonrisa de coquetería indecible y le puso una mano en el hombro, mirándole cual una sirena con sus ojazos verdes, fascinadores... – Entonces... – repitió – ¿es que no te gusto?...

He ahí una preguntita que estaba de más... Las miradas de Severo demostraban claramente el efecto que en él causaban la proximidad de Margarita, su perfume y el tibio aliento que rozaba su faz bigotuda. ¡Sí le gustaba!... ¡Señor! ¿Qué necesidad de preguntarlo, cuando el aspecto del hombre ya indica el trastorno que se lleva por dentro?– Y no era menudo el que él tenía. Respirando afanosamente, los ojos se le encendían al contemplarla; rojas sus mejillas, y todos los poros de su cuerpo parecían gritar: ¡Margarita!.. ¡Y la tal preguntando si le gustaba!...

– ¡Demasiado! – balbució al fin y cerró los ojos como hombre que desea resistir a una tentación.

Al oírle, sonrió la joven llena de satisfacción. Cualquiera creyera que en efecto no poseía bastantes pruebas anteriores a esta respuesta y en confirmación de la misma. Sin piedad hacia el pobre Severo, rodeó con su brazo, torneadito y perfumado a violeta (de lo que la coquetuela hacía gran uso diario), el cuello de su novio, quien cerró otra vez los ojos... Sufiría tanto o más que San Antonio en el desierto, y se estaba ganando, por su virtud, la cruz blanca del mérito militar...

Pilarín se la concedió mentalmente a través del agujero de la cerradura, del cual no se apartaba, dándole lugar a también esta consideración:

– ¡Caracoles con Margot! Me advierte que si el novio se propasa lo llame al orden... y me parece que a quien voy a hacer alguna ligera advertencia es a la presunta víctima. ¡Pues no se invierten poco los papeles!

Entre tanto, Margarita se quejaba.

– ¿Será posible, mi Severo, que así me desprecies? Cualquiera no te entiende. Una chica no muy fea... ni vieja... bastante rica, con la cual llevas relaciones y a quien tú quieres, viene a pedir tu velluda mano y la rechazas sin decir la causa?

Efectivamente, el capitán, presuroso, esquivó la persona de Margarita que trataba de abrazarlo, y se puso de pié, yendo hacia el balcón para abrirlo, porque se ahogaba... ¡Y eso en diciembre! Respiró un momento el aire de la calle y cerró después, gracias a la pulmonía doble que le auguraba su novia. Sentada ésta en el sofá, durante el tiempo que permaneció el balcón abierto tapábase falda y piernas con el sobretodo de él; y, cuando un poco más sosegado de cierto mal pensamiento que tuvo antes, el militar al volverse, cerrada ya la puerta, vióla tan monísima con sus gestos de gatita friolera, corrió hacia ella y en menos de lo que se dice la dio un beso, y apoderándose de su sombrero y gabán, quiso marcharse; pero la gatita saltó sobre él, y le empujó suavemente hasta obligarle a sentarse de nuevo.

– ¿Escaparte, eh? Menos que nunca ahora, porque en cambio de esos besos indignamente robados vas a decirme lo que te estoy preguntando desde hace una hora: la causa de tu miedo al matrimonio.

Suspirando otra vez, resignado, murmuró él:

– ¡Ah, chiquillas estas del demonio! – Luego, en voz más clara:–  
¿Lo exiges? – preguntó:

– ¡Sí!

– Pues allá va... y no tendrás derecho a quejarte si soy grosero ya que por galantería callé antes. Sí, sí: lo veo en tus ojos ¡hija de Eva! Me dicen ellos que en este momento prefieren a todas las galanterías del mundo mi sinceridad. ¡Curiosidad, tienes nombre de mujer!... Eres una muñequita deliciosa, Margarita mía, lo que se llama deliciosa, pero... ¿Cómo quieres tú ser para quien casi te dobla la edad algo más que... una muñeca?... Guapa, nadie puede negártelo sin mentir. Rica, también, y ya ves como eso no me tienta, a mí que soy un pobre capitán sin nada más que su paga, dos o tres medallitas y algún descuento. Además... eres buena, buena...–se interrumpió al repetir el mismo adjetivo con acento equívoco.

– (Entonces, ¿qué más querrá ese?–decíase Pilarín en su escondrijo.–)

– Sigue, sigue...

– ¿Te enfadarás si la continuación es algo desagradable?

– ¡No!

– ¿Lo juras?

– Te lo prometo por lo más sagrado: ¡por la memoria de mi madre!

– Siendo así, continuó. – Aproximóse a ella, y, no con el entusiasmo de antes, sino impregnadas de cierta ternura un algo melancólica, salieron sus palabras, mientras le acariciaba una mano:– ¡Ay Margarita! Es esa bondad tuya conmigo la que me escama muchísimo, pero muchísimo.

– ¿Cómo? – preguntó la joven un poquito sofocada, empezando a barruntar.

– ¡Ah! ¿Ya empiezas a ponerte colorada? Prueba de que comprendes. Escucha: yo soy un hombre corrido, lo cual no tiene nada de extraordinario. He vivido el doble, el triple que una chiquilla como tú y, por consiguiente, las cazo largo. Sé que tuviste un novio antecesor mío, y puedes, riñendo ahora conmigo, adquirir otro después, enseguida... Poco raro sería ¿no es cierto? Tan bonita como

para hallarte un novio en cada esquina. Y luego... tan buenaza... Una palabra, una mirada hipócrita que te suplique algo, bastarán para que concedas todo lo que se toma el novio cuando nadie lo ve y ella se hace la tonta...

Sorpresa, rubor, vergüenza que le subía a las orejas, un calor tan fuerte y tan ardiente invadieron a Margarita y le hicieron llenar de lágrimas los ojos, sólo permitiéndola balbucir:

– ¿De manera que cuando... pedís es para que no os den?

Impertérrito el acusador:

– Ni más ni menos – siguió – aunque te parezca extraño. Dios nos hizo a los hombres así, llenos de complicaciones, difíciles de entender a una personita como tú. ¿Quién me responde de que... eso mismo hecho conmigo no lo hicieses con otro, y luego, si nos casáramos – ¡Dios me perdone! – vuelvas a ser... buena, tengas compasión de cualquier enamorado que llegue a tu puerta con las mismas intenciones... con que he llamado yo? –

Era harta crueldad exponer tantas presunciones a la pobre Margarita, quien se había dejado caer de bruces sobre un almohadón que representaba escenas del Quijote y sollozaba sobre los molinos de viento, tapándose la cara. Con el buen sentido de que a veces no carecía Pilarín murmuraba a solas, viendo y oyendo aquello:

– ¡Chúpate esa, chúpatela, Margot! ¿No te advertí?

Habíase sentado el galán y miraba al suelo, tristemente: no se le ocurría nada para consolar a la que lloraba y ésta por su parte, en su aflicción, tampoco trató de refutar las opiniones de él.

– No soy – continuó al cabo de unos minutos Severo – ningún cadete para creer que es a mí sólo y por mi bonita estampa...

– ¡Mal educado! ¡Cállate! – interrumpió la joven furiosa al fin, dándole un empujón que no causó ni un ligero movimiento en la ancha espalda militar. – El otro, Carlitos, sólo me hacía versos y era mejor que tú.

– Lo celebro. ¿Cuántos años tenía?

– Diez y ocho, uno más que yo entonces.

– ¿Y la causa de la riña?

– Pues... porque él tenía otra novia a la vez – ¡el sinvergüenza...

–balbució Margarita llorando tan amargamente como si fuera a causa de la traición de Carlitos. Tanto sollozaba que el capitán, compasivo, acercóse a ella y trató de levantar la hermosa cabeza, oculta con el almohadón ya mojado. La ofreció su pañuelo, pero ella lo cogió y tiró sobre la alfombra, pateándolo encima como si quisiera desquitarse en él, gritando:

– Así haré contigo si te acercas... ¡No me toques! No quiero nada contigo después de las barbaridades que me has dicho!... ¡Sinvergüenza también eres! Y es por esas cosas feas que pensabas tú, que no querías nada con mi papá ni que se enterase mi abuelito, ¿eh, buena pieza? Anda, feo, mal educado, vete de aquí!...

Sin contar con la huésped, Margarita hablaba. Mientras más insultos decía y más indignada se mostraba, se la iba encontrando más «maja» el capitán, que así es la caprichosa inclinación del amor. A unos les da por encontrar bonitas a las mujeres que lloran; otros las prefieren sonrientes siempre; y el capitán Severo Briosa era de los que gustaban... de unas y otras. Lo mismo le encalabrinó en ocasiones una boquita burlona como una amante que gemía y suspiraba por celos. Lo cierto es que muchas damas pudiéronlo apreciar bajo el mismo concepto que un fósforo: inflamable en grado sumo. Varios conatos de inflamación hubo esa tarde, pero la razón sirvió de bomba y se apagaron, mas ¡ay! a veces lo que empieza luz de bengala termina en un incendio voraz y no hay bombero que lo extinga y en aquel momento sintió nuestro hombre buena prueba. Una nube pasó por su vista, obscureciendo sus ideas. Naturalmente, no se puede recordar en cierto instante que una joven es menor de edad, con un abuelo aún de influencia en el ejército, etc., etc. Sólo se detiene uno a considerar lo que ve: una Margarita hermosa y tentadora, cuyos labios, rojos al modo de cerezas por la momentánea fiebre de su llanto parecían decirle: «comedme»... Abalanzóse a ella cerrándola la boca por

medio de un beso largo, interminable, que la impidió gritar, mientras sus brazos, atrevidos, estrechaban el perfumado cuerpo... Dios sabe lo que hubiera sucedido allí si Pilarín, en atisbo siempre, al notar los primeros chispazos del incendio amoroso no hubiera corrido de puntillas hasta el pasillo, murmurando: – ¡Vaya un bruto! Merece una lección– Y al poco rato repercutió por toda la casa un estrépito de golpes, portazos y bastonazos, según tenía costumbre el bromista abuelo de Margarita, general Martínez, para anunciar su llegada. Luego, sobre la puerta del saloncito, en donde quizás se consumaba un crimen, resonaron tres golpes y una palabrota de cuartel articulada en voz tan varonil, tan bien imitada que a la misma Margarita engañó.

Descompuestos los cabellos, algo desordenadas las ropas, vióse libre un momento del atrevido capitán, y con verdadero temor gritó, igual que si pidiera ¡socorro!

– ¡Abuelitoo!...

Petrificado, el capitán. Una ducha de agua fría pareció rodarle desde el cogote a los pies, tornándole la perdida razón, al oírla. En un momento vínole a la cabeza todo lo olvidado, y ya se imaginó tener delante la figura severa del general, su superior, contemplando su alborotado aspecto que le indicaría enseguida cuán lejos de estar en oración con su nieta se hallaba minutos antes. Todas las consecuencias de semejante sorpresa le acudieron, y resignándose a la idea de la menos grave, un reparador casorio, dijo con acento quejumbón y tristísimo:

– Mira... Abre, Margarita. El que la hace o la piensa hacer ha de pagarla. No sé cómo saldré de ésta.

Pero ya Margarita, vuelta a la reflexión, recordó la trama de Pilarín y ella; y, pese al susto bastante fenomenal que pasó al hallarse indefensa entre los brazos de su novio, entráronle ganas de reír por los apuros del culpable y su dolorido semblante. Quiso seguir la broma y se acercó a él, diciéndole bajito, al parecer con reconcentrada ira:

– No querías boda ¿eh? pues ahora lo tendrás peor si abro la puerta. Entre mi abuelo y papá te arreglarás.

– Abre, mira... ¡qué vamos a hacerle!

Nada se le ocurría, nada pensó Severo para salir del apuro. Fue como si el cielo raso de aquel profanado gabinetito de música le cayera encima, sin poder escapar. Sólo la idea de un escándalo y el pensamiento del general, le dejaban sin fuerzas.

La joven, aguantaba la risa.

– Eh, ¿que tal? ¡Mi venganza está ahí! Pero... como soy mil veces mejor que tú, voy a salvarte. ¿No quieres boda? Pues no la habrá, hijo. Escóndete ahí fuera y ponte el abrigo y sombrero para que no te constipes – dijo dándole ambas cosas y abriendo la puerta del balcón. – Pero abrígate enseguida, que está fresca la noche.

Sin voluntad, incapaz de otras ideas mejores, se dejó encerrar en el balcón el pobre capitán, creyendo que le salvaban de un peligro, cuando en realidad la que escapaba de él era Margarita. Cerró bien ésta las persianas, puertas y postigos, y aun rodó la cortina, para garantizar la impunidad de sus risas y comentarios y que no llegaran al prisionero, ya sin duda bastante aturdido con los ruidos de la calle, y fue a abrirle a Pilarín.

No se atrevía la jovencita a entrar temiendo la presencia del burlado, pero como notó su ausencia y a Margarita echada en el sofá, muerta de risa, comprimiéndose el abdomen y mordiendo un almohadón para atenuar sus carcajadas, rióse también francamente. Se mecieron las dos, abrazadas, dos y tres veces, bajo el peso de su regocijo, mientras celebraban con toda su alma el éxito del engaño. A las preguntas de Pilarín, no podía casi contestar.

– Ah, ja, ja, ja... Déjame... ja, ja, ja... que se me pase esto. ¡Ja, ja, ja!... Ahí fuera lo tengo – pudo decir al fin.

– ¡Cuidadito si nos oye! ¡Chit!... Se enfadaría.

– ¡Menuda broma!... ¡Ay, yo me muero!... –Le entró hasta tos de tantas risas, y Pilarín tuvo que darle ligeros golpecitos en la espalda.

– ¡Ay! Creí que me ahogaba – La mayor de aquellas dos loquillas lloraba, pero no de pena, al escucharle esto a la otra, donosamente burlona:

– Eh, tú; qué buena película se podía hacer de todo ésto, ¿eh? Tú ahí sentada en el sofá. con la mano así... piensas en las musarañas. Entra entonces el bizarro capitán Severo Briosa y lanza a un lado y otro miradas siniestras, indicio de sus perversas intenciones, hasta cerciorarse de la falta de estorbos... Contempla a la hermosa pensativa un rato calculando cómo podría darle un susto, y cae sobre ella, así... tratando de abusar... de la situación. Pero entonces, de repente, aparecen en la puerta los bigotes del general... Fantasma, y el bravo capitán de los tercios de Flandes cae desmayado en brazos de la inexperta joven, quien muy experta entonces lo recoge y deposita en el balcón al objeto de que le dé un poco el aire y no se apolille.

Y Pilarín, mientras Margarita celebraba su argumento con grandes risas, acercóse al balcón, aplicando un oído a su puerta:

– ¡Jesús!

– ¿Qué ocurre?

– Que ha estornudado tu pollo y dígole Jesús...

– ¡Dios mío! déjame abrirle la puerta pues se me va a enfriar – saltó la atolondrada Margarita yendo a abrir; mas Pilarín la contuvo un segundo: había que esperar la desaparición del general con faldas. Y se ocultó bajo el sofá. Enseguida le fue franqueada la entrada al pobre Severo. Con el cuello del sobretodo levantado, las manos en los bolsillos, vino muy cabizbajo y humilde, preguntando ante todo «si se fue». Luego, sus primeras palabras rebosaron gratitud, por la inesperada conducta de Margarita, y se mostró dispuesto a ir al altar con aquella que pudo obligarlo por fuerza y lo evitó... Mas sorprendióle mucho la respuesta de su novia.

– No, hijo, gracias. Se me pasaron los deseos. No quiero bodas con un tío bruto como tú.

Entristecido, consideró el capitán que su desairado papel en la escena anterior, cuando la aturullante sorpresa del abuelo, fuera causa de aquella frialdad, por lo que, silencioso, dejóse conducir por ella, que empleaba ya no fingidas precauciones para no topar con el papá ni el abuelito real. En la escalera osó preguntarla:

- Escucha, Margarita. Y ahora ¿hasta cuándo?

- ¡Hasta nunca! Me voy a meter a monja. ¡Adiós!

Le dio casi con la puerta en las narices...

## VII

### EN LA NOCHE PERFUMADA (SOLILOQUIOS DE SEVERO)

«¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharne con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura».

CERVANTES  
*Don Quijote*

Tanta fe como el abuelito puso Severo en la vocación de la nieta de aquél para religiosa; así es que el aspecto grave y meditabundo con que iba escaleras abajo no era sin duda debido al temor de que, para huir de sus amores, se le refugiara en un convento. No; varias veces le oyó cantar, extasiado de gusto, aquello tan estúpido de:

*casadita, sí, eso sí;  
pero monja, no, eso no...*

En tanto que descende la escalera, topa con un señor, don Andrés, al que saludó distraído con su anonadamiento sin fijarse en él, y el cual por su parte distraído siempre tampoco se fija en quien le da las buenas noches; y mientras éste subía, parándose a cada rato para

leer su periódico, bajaba el capitán en un estado semejante al de quien dan con un garrote en la cabeza y lo aturden; ¡tal efecto causarían los inofensivos bastonazos del supuesto abuelito!

Cuando volvió a respirar el aire, ya contra su voluntad disfrutado en el balcón, y se vio, merced a la velocidad que llevaba, un poco lejos de aquella casa a donde subiera una hora antes muy alborozado, tuvo el capricho de mirarse en los cristales de una droguería, «porque, seguramente, – decíase, – debía tener una cara de imbécil que daría gusto...»

Bajo ese pensamiento se planta ante el espejo y ve aparecer detrás de una colección de potes de aceituna, su cara guapota, morena, con unos ojos negros de sinvergüenza (en opinión suya), muy salados. La nariz tenía tendencia a ser algo grandecita, sobre los labios gruesos y sensuales, mas todo ello lo disimulaba el bigote, negro y rizado. En fin, un conjunto bastante aceptable, y el capitán hízose esta reflexión, sin darse cuenta:

– Una bonita pareja que haríamos los dos...

Son cosas repentinas que uno piensa, como hacen los niños sus diabluras: «sin querer»... Sacudióse la enseguida al echar a andar, y se llamó estúpido varias veces... ¡Bonita ocasión para andarse con pamplinas! «Considera, amigo, que has hecho un lucido papel allá arriba. Si pudiera te daría dos bofetadas, camará – decíase a sí mismo. – ¡Hombre, hombre! Un caballere que desde la Academia ganó fama de valeroso, – no desmentida por el tiempo – va y me tiembla ahora delante de una chiquilla y debido todo a un anciano general? ¡Dónde se ha visto!... ¡Qué te podían hacer? veamos, ¿te hubieran matado? – No. – ¡Obligarte por fuerza a soportar el yugo santo? Tampoco: nada hiciste (aunque no por culpa tuya, truhán...) ni nada se te probaría. Lo del escándalo les perjudicaría a ellos. Bien es verdad que tan buen caballero como te jactas de serlo en todas ocasiones y demostrarlo, no dejaría que a ese extremo se lleven el honor de una jovencita por esos cuarteles y consejos de guerra, sino que lavaría con el cura la supuesta mancha sobre la honra. Y aunque bastantes *pruebas de amor* te dio en

tan poco tiempo de relaciones también es cierto que se las exigías o robabas por tu cuenta, gran bribón... Luego vienes con melindres de que si haría o dejaría de hacer con los otros...

«No, Severo; es verdad. Semejante idea te preocupa y quita el sueño»... —(Al pensarlo se paró de nuevo ante otro escaparate, lleno de joyas éste y echóse unas ojeadas en los espejos). «Porque al fin y al cabo, si bien paso por guapo, ya tengo algunos años... Margarita misma sacaba las cuentas el otro día y resulta que su papá sólo me lleva cuatro... Tiene treinta y ocho... Luego resulta que casi puedo ser padre de Margarita... Un papá muy joven... Vamos, no puede ser. Tendría que haberme casado aun más pronto que don Andrés o el general que lo hicieron bastante aprisa, según noto.

«En fin, buena edad la mía. El hombre nunca es viejo, y la felicidad o desdicha de una pareja no dependen de semejantes bobadas.

«¡Caracoles! Hace frío. No se puede uno detener mucho en la calle! —Quizás se refrió *allá*. (Hasta en pensamientos avergonzábale nombrar su encierro).

—«¡Dios mío! Y que bonita se ponía la muy pícara cuando me invitó muy seria a casarme con ella, y luego... después de aquello... que ya no se casaba, y que si monja... ¡Margarita monja! ¡Espíritu de contradicción! La llamé así un día y su amiguita, la conocida por sobrina del marqués me arguyó que son los hombres quienes tienen dos o tres espíritus de esos en el cuerpo. ¡Demonio de chiquillas! Tan moninas las dos, sobretudo Margarita gritándome bruto o malcriado... en lo cual tuvo razón. La verdad es que me puse hecho un bestia... y es que me la hubiera comido en aquel instante... Es ataque que me da de antropofagia».

«Cuando recuerdo que el año pasado, para esta fecha en que ahora hago el cadete, me enredó la viudita aquella, la cual comparada con Margarita es... lo que una figura de pesebre a la Purísima Concepción de los Jesuitas. ¡Vaya una facha de vieja pretenciosa! ¡Me...! (aquí soltaba una frase indecente sin dejar de andar). ¡Casarme yo con

ella! ¡Ensuciarme por unos miles de duros! No, hombre, no. Para eso ahí tengo a Margarita, que, pese a mis escrúpulos, es una flor, una verdadera flor... La comparación es algo cursi, pero exacta. Tan fina su piel, color de rosa, delicada... ¡Y un perfume!... Es una mezcla de violetas y carne joven, de mujer decente... ¡Uf! Si encuentro esta noche por ahí un trozo femenino que huelga como ella, lo devoro. ¡Vaya que sí! soy hombre al agua... Me parece que me puede dar el ataque...»

El fogoso capitán lanzó a un lado y otro – como en la *película* de Pilarín – las miradas fulminantes, capaces de aterrorizar a cualquier muchacha que por allí cruzara, mas sólo vio una tapada, bien vestida y con sombrero, delante de él, y se dedicó a seguirla.

Fresco el airecillo de la noche, pareció colársele por la nariz dejando el nervio olfativo muy expedito, pues muy pronto notó nuestro hombre un levísimo olor a naftalina que despedían quizás las pieles con que se cubría la señora – ya que señora era y no una cualquiera –. Y al tratar de ajustar su paso al de ella con objeto de ver su cara, también creyó sentir otro olorcillo sospechoso que se escapaba de su linda boca.

– ¡Puf!... – casi exclamó enteramente asqueado, y apretando entonces el paso para alejarse. – ¡Maldita sea la..! ¿Por qué las mujeres decentes no olerán todas como Margarita?

– ¡Ay Margarita mía! – consideraba al subir su escalera de la calle de Balmes.–¡Si me firmaran un papel asegurándome!... – Y se llamó estúpido una vez más al entrar en la casa de huéspedes, en donde cenó y se acostó quieto y solo, comenzando a soñar mil tonterías...

Sus labios viriles, acostumbrados a pronunciar frases y palabrotas no muy limpias, murmuraron a guisa de oración y como consecuencia de ciertas reflexiones, en una de las mil vueltas que inquieto dio en el lecho:

– El que con niños se acuesta...

Y eso que ignoraba hasta qué punto podría arrepentirse de tratar con chiquillas...

## VIII

### DERROTA DE UN MILITAR Y TRIUNFOS DEL PAISANAJE

– No me lea usted nada, tío– murmuró Raimundo.

– ¿Pero qué te pasa? ¿Te persigue como a Verísimo alguna mujer hermosa y diabólica?

– No, todo lo contrario.

– ¿Entonces la persigues tú?

– Yo no he dicho eso.

PÍO BAROJA

*El Mayorazgo de Labraz.*

Que los hombres tienen dos o tres espíritus de contradicción en el cuerpo, habíale dicho Pilarín en una vez al capitán y éste lo recordó, – en el capítulo anterior lo vimos –, pero sin duda, andando el tiempo lo olvidaría Severo y no lo aplicaba a su caso particular, al cual venía tan bien acomodado como pedrada en ojo de boticario – (No sé por qué ha de parecer bien semejante barbaridad, mas la gente lo dice y lo repito).

Creemos que eso no es prerrogativa masculina, ni del sexo llamado bello, ya que a hombres y mujeres se les ve siempre, como, en cuanto algo se les prohíbe o lo ven lejos de su alcance, o es cosa que parece imposible, dificultoso no más, enseguida los espíritus de

contradicción dan un salto en el cuerpo y le fuerzan a uno a desearlo, precisamente en siendo poco probable su obtención.

Tal se experimentó en Severo: de una parte su amor propio le incitaba a una rehabilitación ante sus propios ojos, reprochándole cuan poco airoso quedó en aquel triste final de relaciones. Si hubiese sido él quien la abandonara, muy bien, pero... ¿ser ella y él tan afortunado siempre aguantarse ahora el que lo despidiera una chiquilla? ¡Jamás!

Y como por otra parte Margarita – aleccionada por la traviesa Pilarín – aunque se le venían y se le pasaban las ganas de abrirle de nuevo sus brazos amorosos y repetirle todo aquello de «olvido... perdono»... – gracias a la influencia de su amiga se contuvo y siguió nuevo plan, en vías al éxito que se le aseguraba con él.

Como Margot no entendiera lo de seguir un programa cuya base era mostrar desamor y menosprecio a aquel por quien se derretía en amores, tuvo que enseñarle la niña, a guisa de ejemplar modelo, cierto chascarrillo encontrado en no sabemos cuál rincón.

Es la madre que increpa a su esposo con aspereza, advirtiéndole que la hija tiene novio; y el buen hombre no sabe alegar sino ésto:

– Pero mujer, ¿qué quieres que le hagamos?

– Que te opongas, necio. A ver si conseguimos así casarla.

Pues tal se propusieron conseguir las colegialas y se obtuvo un satisfactorio resultado. Fueron de ver entonces los paseos inútiles del militar hacia la calle Cortes; las paradas frente a un balcón de poco grato recuerdo; los suspiros en tal dirección; las cartitas sin respuesta; las impacencias; el deseo aguzado ya hasta la obsesión... y, finalmente, una lamentabilísima derrota de todos los principios antimatrimoniales al cabo de unos cuantos meses de ver sólo por *casualidad* a Margarita en el balcón o en el paseo, sin que ella mostrara al descubrirle más sorpresa que la de una indiferente... bien hipócrita, por cierto.

Consecuencia: Que los «adorables pantalones encarnados» subieran con su dueño un día de buen sol y sin tapujos hasta el despacho de don Andrés Martínez para pedir la mano de su chica, con

harta sorpresa de aquel a quien, – ¡esos papás que siempre consideran niños a los hijos! – nunca se le había ocurrido posible la llegada de tan solemne paso, y tuvo intenciones contenidas de negársela, jugando de hacerlo, sin querer, una plancha a su heredera. Mas la fortuna puso prudencia en don Andrés, y tras consultar al importante abuelo, –también un poco reacio a la idea–, se vino de acuerdo para la boda.

Grande fiesta fue. Haremos gracia al lector no describiéndole las ceremonias y su celebración consiguiente. Ya se sabe cómo empieza generalmente el camino de la dicha, con el camino hacia la parroquia en hermoso landó tirado por dos caballos o magnífico auto de cuarenta ídem. para ya en la iglesia oír la famosa epístola de San Pablo recomendando un amor y unión que en aquellos precisos momentos casi no hay necesidad de aconsejar... sino más tarde.

Luego, otro hermoso trayecto, y éste en Barcelona empieza por un lado en la fotografía Amadeo o Napoleón, y por el otro termina con banquete de bodas, en casa o en el hotel donde se deslizan fugaces las horas para los convidados y se figuran interminables a los novios, ansiosos de escaparse. Corre el tiempo, llega la tarde, y después de los discursos, brindis, alusiones e indirectas, y tras dar también sus vueltecitas de bailes en habiendo música, Ilévase a cabo la desaparición siempre expiada, de las «víctimas» que vuelan a la dicha...

No tan feliz como para Margarita transcurrió el día de Pilarín si bien al principio se divertía y rió de lo lindo. Siempre apartada de festejos y bullicios, su tía no estuvo en la boda ni menos don Alfonso, que «no era gente de eso», yendo la niña sola con su primo. Entre dos simpáticos chicos la colocaron durante el banquete, y ya en la iglesia tampoco fue su caballero Panchito, empeñada la novia en endosarle a su amiga otra variante y no «el pan nuestro de cada día»... (cual decía por el pálido primito que siempre tras la prima iba). Así ocurrió que le buscara de pareja un mozo nuevo a quien su «dama» no conocía aún pero el cual ya había visto a Pilarín, por lo que solicitó su vera.

Colocada junto a aquél, la niña fijóse pronto en sus atenciones y la hacían sonreír complacida sin interesarle; pues más tenía el chico

de presumido que de otros dones. Quiso la casualidad presentarle del otro lado suyo, en la mesa, a un muchacho, no tan jovenzuelo y sí graciosísimo y dicharachero, narrador de cuentos, coleccionista de chistes e iniciador de muy chocantes brindis que hacía con toda la gravedad de un discurso serio. Era andaluz, pero no de los de «güeno» y «manque» y «me güerve usté loco» sino bastante ilustrado y de un hablar no tan populachero y poco fino, adornando su conversación con un ceceo que hacía gracia dentro de su figura elegante.

– ¡Oigan uztez, que voy a brindá: por ezos zaladoz ojoj de la novia y zus concecuencias; por la zalud del interfezto!..

Luego se ponía grave:

–Zeñores y zeñoritzaz: Perdonen Uztedez la ozadía de interrumpir loz gravez trabajoz de mazticación a que noblemente ze entregan vueztraz mandíbulas (en virtu de cierta carpantilla má que regular...) en ezte conmovedor momento hiztórico, momento grave, momento zolemne, digno de ezoz no menoz gravez y zolemnez porque atravieza el resto del mundo... Ah, zeñorez, allá lejoz, en la Europa civilizada de la que involuntariamente no formamoz parte los ezpañolez ni ganaz, graciaz a la generozidad, al zambenito con que noz obsequian nuestros vecinos; allá, zeñores, *lá-bas*, cual dicen las gentes finaz que hablan francéz desde niñoz, la civilización ze desquicia, mientras en este hospitalario hotel-vulgo caza-Pince-aziztimos al desquiciamiento, desmoronamiento y zacrificiamiento de nueztro amigo Zevero... Ay...y...y!.. La emoción de este zucezo me ahoga.. No puedo hablar.

(Voces guasonas: Ojalá fuera verdad tanta belleza! Otros: ¡Que se calle!)

–Ah, no y mil veces no, zeñores. La emoción me enronquece, pero como ezto es fácilmente confundible con los efectos del Rioja y el Elixir de la Viuda consumido, haremos un ezfuerzo y pronunciaré mi improvisado discurso que zólo durará una hora... y zólo ocupa cincuenta cuartillas...

(Voces contradictorias: ¡Bravo! ¡Qué tío! – Otras: – A la cárcel!)

El orador es abogado y gracias a las libaciones aludidas tan discretamente llega a creerse o lo hace ver frente al tribunal defendiendo una causa.

Saca del bolsillo entre las risas y protestas del regocijado auditorio un voluminoso legajo de papeles en los cuales empieza a leer. Los aplausos de *camelo* impiden oír la voz al del brindis y varios amigos próximos obliganle a sentarse, mientras él murmura enseñando con gesto conmovedor las hojas amenazadoras:

– ¡Que láztima! Yo que les iba a abrir mi corazón; ay! –y mostraba las presuntas cuartillas, que eran cuentas del sastre, de la camisería, de cenas no pagadas... en medio de los bravos y risas de cuantos aguardaban la lectura.

Tras ese éxito momentáneo, el frustrado orador, no por mala pega y bromista menos simpático y elegante, se dedicó a echar piropos y «hacer el amor» en toda regla por el lado de su vecinita Pilarín, encantada y muerta de risas al oírle poniendo los ojos en blanco

– Ez uzté maz zalada que la má...

– ¿Yo? ¿por qué?

– Porque es uzté bonita como un cielo y terrible como el infierno. Hace un ratito que eztoy descubriendo en zuz ojillos algo azí como los anuncios eléctricos de la plaza Cataluña.

– Sí ¿Y qué dicen?

– Me eztán diciendo, no máz que aunque yo soy azí que no hago cazo: «Lasciate ogni speranza voi... que la mirate»... como decía... Kuropakin en Ruzia... Y apropózito (no ze ría que Dante no prötezta): le voy a contar un cuento la mar de zalado que me pazó en Zevilla... ¡Qué ha de azuztarze usté, zi es de color e roza!...

Y en efecto... eran bastante subiditos de color, salpimentados sin embargo, tan sabrosamente, que encima había que reírse, pese al atrevimiento.

Obscurecido entre tanto por completo, el otro compañero de la niña, de cuando en cuando procuró meterse en la conversación,

haciendo de su parte también sus chistes y cuentecillos, sin éxito, –que más vale en gracia caer, que ser gracioso. – Todos los comensales reían y bromeaban... Todos no, la verdad. Sentados junto a la novia, los señores Martínez – abuelo y padre– cambiaban entre sí miradas inquietas y llenas de consternación por cuanto allí se decía. ¿Era eso boda seria o no lo era? ¡Si se creerían en una juerga aquellos charlatanes!

Severo, también los miraba, *severamente*, con el rabo del ojo y con el mismo rabo procuraba llamar la atención a sus amigos, ya harto alegres, recomendándoles compostura. Quizás en aquel «momento histórico» pesábale tener amigos tan juerguistas, como él, y poco formales. Pese al inconveniente pronto se consoló mirando a la novia y diciéndole sin duda cosas bonitas que no nos importa saber.

Del otro lado de la mesa, en uno de los palos de la U que ésta formaba, sin ganas Panchito, no se acordaba de comer ni beber gota.

Hacía rato que una cosa semejante a un nudo se le enredaba en la garganta, y daba la casualidad que el dichoso nudo le apretaba más cada vez que miró hacia donde Pilarín sonreía entre sus dos galanes. Ni se cuidó siquiera de acercar la sal o servir el vino a sus compañeras de mesa, caras bonitas que con seguridad jamás podrá recordar de tan poco miradas y atendidas.

La verdad: no podía tragar... Sí, realmente, no podía tragar al diablo de hombre, tan antipático y tan charlatán que le habían endilgado a la pobre prima. ¡Teniendo tan largo rato a su lado una persona nunca callada debía ser cosa de morirse!... Sin embargo, Pilarín sonríe... «Moritori te salutant» como diría el eruditísimo andaluz. Ciertamente, que para hablar de continuo, aunque se digan tonterías se necesita mucha cuerda... ¿Cómo era posible hallar siempre algo que decir? –se preguntaba ingenuo no obstante confesarse que en sus apartes con Pilarín también supo él siempre encontrar motivos de conversación. Tímido, otra cosa le ocurría ante la gente, pero lo que en aquella ocasión, nunca. Dos palabras no llegaron a salirle durante el banquete en que poquísimamente comió, y además

¡aquella bola! aquella cosa extraña que se lo impedía, subiéndole y enredándole la garganta –según su sentir–, le estaba ahogando y acabó por anegarle como una tromba marina, motivándole un extraño lagrimeo. La vista se le iba en el preciso momento en que todos los convidados se levantaban y dedicaban muchos a la danza.

El «diablo de hombre» se empeñó con increíble ligereza y poca destreza en enseñarle el tango a Pilarín, como si fuera tarea de un segundo... y como si él lo supiera. Y fue el caso que pronto se avinieron, es decir, en el baile, empezando a hacer figuras o a inventárselas. En este punto Panchito, el olvidado, no supo de dónde sacó fuerzas para desaparecer de aquel salón de horrores y arrastrarse hasta el lavabo... Lo impreciso de su pena y la delicadeza de su estómago se mezclaron formándosele un revoltijo moral-fisiológico que acabó en vómitos y lágrimas...

Cada uno siente celos a su modo y el que quiere se venga como puede. El otro pollito, eclipsado un poco en sus oficiosidades por el galán saleroso y más simpático, experimentó una verdadera satisfacción cuando pudo interrumpir a la pareja que danzaba infatigablemente y con gran entusiasmo, para darles esta buena noticia:

– Se me figura – y dispensen – que el hermano, creo yo que es hermano ¿verdad?, de esta señorita se ha puesto enfermo... muy malo... no sé.

– ¡Ay, madre de Dios! ¿Dónde está, dónde? – preguntó ansiosa la jovencita, presa de un vago remordimiento, pues a su perspicacia no se le escapa que desde por la mañana Panchito no se siente en el cielo, precisamente...

Allí le encuentra, en el cuartito del lavabo, Iuchando entre una sensación nada agradable y la emoción, causa de aquella, sin poderse explicar a sí mismo lo que le ocurre, y no más que sino que estaba triste, muy triste – rudimentario razonar de niño – y que se iba poniendo muy malito...

– Me muero... – exclamó llorando cuando la niña entraba en el gabinete, escenario de los trastornos de su primo y despedía a sus acompañantes:

–No es nada. Verán ustedes como ahora si nos vamos se curará.  
–Y cerró la puerta.

Tan fácilmente no se le pasaba. Lo poquito que comió, aderezado con amargos tragos del espíritu, fue devuelto bajo mayor angustia que si estuviera sobre la cubierta de un barco, viajando por América sin marearse. ¡Y ahora, en tierra, tal revolución!

Cariñosamente acude Pilarín a rodearle con sus brazos, enjugando lo repugnante de la escena a fuerza de agua... Y su fino pañuelo perfumado acarició, – tal el ala compasiva de una paloma de paz–, el rostro fraternal...

Como en el puerto de su salvación, Panchito se aferró entonces, repentinamente, sin que ella se lo imaginase, a aquel tronco oloroso, – envuelto en trajecito elegante y sedño – que le brindó refugio. Llevó a la boda Pilarín un hermoso vestido de seda rosa y gasas blancas, confeccionado en casa Regomir, la modista de más fama en Barcelona. ¡Un primor de confección! Con su poco de escote y sus mangas cortas que dejaban al descubierto bellezas de detalles, los brazos y cuello de la niña, a cuyos negrísimos cabellos y nívea tez favorecían extraordinariamente los tonos claros.

Quizás no fijábase en esto Panchito más al mismo tiempo nuevo y diferente transtorno le invadió; y un dolor de cabeza muy intenso le produjo cierto mareo extraordinario y raro para el chico.

El calor de aquel cuerpo, tan cercano, hizo que el del suyo se duplicara: latieronle las sienes, sus mejillas ardían, y con los labios secos, balbuceó, sin atreverse a tomar la comunión deseada:

– ¡No sé que tengo!.. Como si me fuera a morir... ¡Dame un beso! ¡pronto dámelo!... Pilarín, mi vida...

Era una sed devoradora que el calor femenino de la jovencita le acentuó aún más. Tántalo, sediento acercaba sus labios a las cristalinas linfas... y éstas se retiraban. Tendía, con hambre, la mano a la fruta que pende sobre su cabeza y una mano misteriosa la quitaba de su alcance, de tal modo en aquel momento sensual el adolescente anheló estrechar el cuerpo amadísimo entre sus brazos y se le escapaba. Trató

de levantarse... y suave empujón de hombros le hizo sentar de nuevo. Alzaba los labios... sus manos querían ayudarle bajando hasta él la fuente que podía apaciguar su sed, esa cabecita espantada que se resiste a inclinarse para ofrendar su boca, roja a causa de la comida larga y las libaciones no acostumbradas, y más tentadora para quien no había comido ni bebido apenas.

Desde la pared de aquella habitación donde todo era blancura y pulcritud y limpieza, reflejó el espejo puesto sobre el mármol del lavabo casi con vergüenza la escena de confusión y desorden que allí tenía lugar. Lucha a estilo greco-romano, cuerpo a cuerpo, en muchas y diferentes ocasiones habíanla practicado los jóvenes jugando; pero en aquel momento la broma andaba lejos, y pronto notó Pilarín como de poquísimo le serviría la especie de jiu-jitsu improvisado con que repentinamente se defendía ella para contrarrestar las ventajas de su primo. Había él logrado levantarse, sin dejar por eso el cuerpo de la niña, medio agarrotado entre los brazos y piernas que se le apretaban como la hiedra al árbol. ¡Era entonces el arbusto – invirtiendo lo que es costumbre – quien no quiso soltar la débil hiedra!... Pero hasta la pobre enredadera en su misma fragilidad halla defensa, y mientras loco, desprovisto de la escasa mentalidad que habitualmente le asistía, su perseguidor besaba ardorosamente el caro rostro, ya a su alcance, mientras las manos se extraviaban... logró la víctima una ayuda providencial en el resbaladizo pavimento, – algo mojado – contra el muchacho que no quiere atender siquiera su voz de súplica.

– ¡Panchito!... ¡No, por Dios!... ¡Estate quieto!... ¡No te pongas así!...

.La niña, virgen sabia y prudente, aleccionada por los libros y hasta la experiencia ajena, desde el principio se dio cuenta del peligro que se cernía sobre ella. Su pensamiento es más veloz, como siempre, que las obras, y tan breve rato empleado en defenderse aun brindóle espacio para sugerirle, rápida, atravesando, la misma escena con diferentes caras, de Margarita y su novio durante cierta tarde... Velozmente, no perdió tiempo ni defensa al concebirlo.

Dijimos que entre tanto que pensaba, halló Pilarín ventajas providenciales en el suelo húmedo, y fue que resbaló Panchito a causa de eso y por no dejar ni un momento de ser rechazado hacia atrás, yendo a caer sentado en la misma – única silla del estrecho cuarto– objeto a que se dedicaban todos los esfuerzos de la niña.

– ¡Vete... malo... eres... Malo!...

Ni pudo continuar, ni parecía haber separación posible. Con cara de locura... o de sátiro novicio, el chico más que el acero por el imán se sentía atraído, y no la soltó al sentarse de golpe en la silla sino que por el contrario, reía cínico al verla dar con el impulso con que tras sí la arrastró, un encontronazo sobre él, cayendo sobre su cara roja de deseos, la otra cara blanca y suave que él se comía a besos. Impulsado por la fiebre, dio un salto, completamente primitivo para de nuevo arrojarle a su presa. Esta, llena de asco y terrores ante el semblante desconocido que se le aparecía en el que hasta entonces fuera un niño, quiso desasirse, apoyándose de espaldas contra la puerta del pequeño cuarto y sacudiendo con todas sus fuerzas los brazos.

Y la puerta cedió... Cayó fuera la niña, al suelo, muerta de miedo y de vergüenza porque en seguida notó que alguien la miraba.

A lo lejos en el salón, se oían alegres compases del paso doble «Gallito», y junto a una columna no muy lejana escuchaba sonriente la música el andaluz que fuera en el banquete su galán y que ha rato esperaba con paciencia la vuelta de su dama.

Sentir un cuerpo que caía y precipitarse en su busca fue todo uno, corriendo hacia los dos hermanos.

– ¡Anda! ¿Qué le paza, ángel de Dios? – pregunta a Pilarín tratando de levantarla, no sin dirigir una oblicua mirada a Panchito, el cual anonadado ante lo inesperado, permanecía sin hablar como quien está en otro mundo del que nadie puede sacarle.

– Me caí... –balbuceó una explicación la niña. – Me apoyé en la puerta... que no estaba bien cerrada...

– ¿Oiga uzté... ze ha hecho uzté mal? Ahí eztá el doctor Cazades que es amigo mío. Agárrese uzté a mi brazo con fuerza, que no lo

rompe, criatura... ¿No quiere uzté que llame? Bueno ... pues uzté es la que manda.

– A casa... el auto espera abajo...

– Pero ¡zanto Cristo del gran Poder! ¡Cómo se ha estropeado el traje, tan preciozísimo que lo eztaba poniendo eze cuerpecito zerrano...

Galante el andaluz hizo sentar a Pilarín en un sillón que aproximó, mientras él mismo fue a buscarle el abrigo y sombrero que trajo volando y ayudó a colocarle, haciendo con grandes aspavientos de satisfacción su papel de camarera. Luego le hizo aceptar nuevamente su brazo para bajar la escalera, dando un rodeo a fin de no llamar la atención de la gente. Más discreto de lo que parecía, pasó por buena la explicación que se le dio, y ante el semblante pesaroso de la jovencita no preguntó más. Un disgusto se le traslucía entre aquellos dos primos o hermanos y él lo respetaba.

Panchito en segundo término y expresamente hecha omisión de él por ambos, seguíales mustio y cabizbajo, como un perrillo desvergonzado, que se va con el rabo entre las piernas porque hubo quien le estorbó de un puntapié...

Tan distraídos iban todos, que luego, ya en sus asientos, dentro del carruaje, Panchito junto a la niña, fue que notó ésta que aquel no llevaba sobretodo ni sombrero. Mientras venía con ello Maximiliano el chofer, no cesó un punto el sevillano de dar palique y distraer a Pilarín. Su conversación se deslizaba por encima del otro muchacho, Panchito, sin tocarle... Tétrico, cada vez más, refugiado en un rincón, no murmuraba una palabra, limitándose en su interior a desear sencillamente la muerte a todos los andaluces del mundo. ¡Tan infeliz se sentía!

Volvió el mecánico con las prendas olvidadas, tuvo, con pena que separarse al fin del auto el oficioso andaluz que ya no volverían a ver más, y cerrado aquél, se puso en movimiento.

Las piernas una encima de otra, los brazos cruzados también - moderna actitud de resignación ante lo inevitable... en su congoja

por las cosas que le ocurren, la niña evitaba mirar al culpable, dirigiendo implacablemente sus ojazos severos, hacia adelante, al espacio por donde se mira *sin ver*, mientras se echa una mirada al interior de las almas.

El causante de aquel ceño fruncido, que se sentía desgraciado a no poder más, trató de ganarse cierta indulgencia o una pequeña dosis de atención con un suspiro... más sus expiraciones se perdían en la limitada atmósfera del auto cerrado, sin llegar ni al ala de un sombrero de tules, ni menos a su dueña. Aquella Diana para quien el ultraje era reciente en su pensamiento no muy alegre, como es consiguiente formulaba estas sentencias:

– Parece mentira que la vida sea tan terriblemente monótona que hasta las porquerías se repiten con diferente traje. Ayer le tocó a Margarita; hoy a mí... ¡La vida tiene muy extrañas casualidades! ¡Qué será de mí si esto se repite! No puede una estar tranquila ni con quien parece un santo.

El chico, en su tristeza inexpresiva no inventaba sino hacer algo para aplacar aquel enojo de la niña que con él siempre fue más cariñosa... o menos desagradable que con el resto del mundo. (El mundo para él era su casa y su familia) Todo lo que se le ocurría eran disparates con que mover su compasión a siquiera mirarle. Así por ejemplo, pensó tirarse de cabeza por la portezuela en busca de la muerte bajo las ruedas del carro; o herirse de gravedad y que ella lo lamentara... Estaba casi decidido por el procedimiento de un golpe en la cabeza propia contra cualquier madero... La sangre iba a correr... Entonces ella depondría su enfado y terrible actitud y se le acercaría otra vez amable, como antes, como cuando no le entraran todavía aquellas extrañas ansias y ardores de tan poco satisfactorias results. ¡Oh, si de nuevo se le muestra afectuosa, qué felicidad más grande le entrará en lugar de esa tenaza que le aprieta el corazón!...

Pero la prima se enfada y sus enfados son durables, cuando son de verdad – que a no dudar aquel era uno de esos. Y total, por un poco

de daño en la caída, al querer él abrazarla. El fue malo, sí... La pediría perdón, antes que ella dejara de quererle...

¡Dejar de quererle! ¡Dios mío! ¡Qué peso más grande y sin consuelo oprime el pecho de Panchito cuando tal considera!... Lo siente tan real, tan grande dicho peso que hasta la respiración se le entorpece, siente la atmósfera cargada, le duele la cabeza, y sus ojos, esos ojos dulces de niño bueno e inconsciente, rompen a llorar en el más lastimero sollozo de su voz.

¿Qué era eso? Pilarín se vuelve, curiosa, entonces... Y ve al muchacho con los codos sobre las rodillas, y las manos, sosteniendo la cara, convulsa, roja de llanto. Lo contempla un instante... Ahora ve morder el abrigo que no llegó a ponerse para ahogar sus sollozos y satisfacer el estremecimiento de sus nervios, mientras sus ojos se dirigen a ella con tanta pena, tal desesperación y anhelo retratadas en sus pupilas que la niña, compasiva, no resiste, y se le acerca más... pues hasta aquel momento huyó su proximidad, refugiada en el extremo opuesto.

– Vamos: ¿Es que estás loco definitivamente? – Le pregunta algo en broma, poniendo una mano, todavía temblorosa sobre su manga y con la otra, índice y pulgar unidos, sacudiendo las perlitas del llanto formado en su solapa.

¡Incompasiva! Recrudece el lloro del mozo de tal manera que se necesita un corazón de piedra, cual no lo tiene sin duda Pilarín, para no suavizarse.

El auto de improvisado da un tumbo y se inclina de un lado con el esfuerzo que hizo el mecánico para no chocar con un tranvía. Sigue en marcha bajo lluvia de insultos y frases gordas cambiadas entre los dos conductores que se echan uno a otro la culpa.

– Por un tris nos matamos... – murmura la niña.

– ¡Ojalá! Qué bueno... Morirnos así... –declara Panchito con gran convicción – Pilarín lo mira.

– Decididamente: loco estás.–

Y después:

– ¿Qué te habrá entrado hoy para ponerte... así?

– ¡No lo sé! ¡No sé lo que me pasa! Yo te pediré perdón si tú quieres... Pero estoy no sé como... Yo no tengo la culpa... Ay, no me mires así... ¡Pilarín... Pilarín!... No seas mala... Déjame que te bese aunque sean las manos... así... Con lágrimas y besos se las regó, esta vez sin protestas de la chica que ya lo miraba más sorprendida y afectuosa que enojada, dejándole hacer, como a un niño consentido, pues el chico seguía llorando sin dejar de besar aquellas manecitas blancas y sedosas, sobre las que se inclinaba poniendo la cara en ellas, para buscar su frescura.

– Bueno... basta ya – dijo sonriente en tanto que se las retiraba con suavidad. ¿Qué he de hacer para que no llores? Y me has de decir también por qué... te pusiste así... vamos, y me dejaste enfadada allí en el hotel...

– ¡No lo sé, te digo! – volvió a repetir con calor el muchacho – Desde esta mañana... que vi, ¡oh, no, no te lo puedo decir!.. – Y suspiró.

– Esta mañana... ¿qué has visto? – inquirió con miedo a que la hubiera acechado mientras se vestía – cosa que alguna vez le pareció...

– Pues que papá... ¡No imposible que te cuente!... Da vergüenza. Curiosa ya, le animó la niña.

– Anda, di. Yo te ayudaré. – Así nos dice el Padre en el colegio al confesarnos de algo malo. –

– Malo es, muy malo... Io que he visto hacer... y con la Pepa... ¡Si lo sabe Max que es su novio!

– Pues tú no me lo quieres decir claro y ya lo sé. Has visto a tu papá besando a la Pepa en su cuarto, esta mañana.

– ¡Oh! ¿Y cómo lo sabes? – S e sorprendió mucho Panchito.

– Porque tú mismo me lo vas diciendo, tonto... ¿Y qué más? – preguntó todavía la niña. Una curiosidad malsana e irrefrenable la venció... El chico no sabía como terminar su relato. Nervioso, se movió varias veces en el asiento, quitando y poniendo sobre las

piernas el abrigo... Si hubiera más luz, viérale la niña muy encarnado y... quizás le volvería el miedo.

Obscurecía... Llegaban a la calle de Gerona, en donde estaba el palacio... Pero la niña tocó rápida en el cristal para indicar al chofer que se detenga:

– Llévanos a dar una vuelta antes por ahí...

Y siguió luego, con la curiosidad que perdió a Eva y que empieza a demostrarse a los quince años.

– Di ¿y qué viste luego? Cuéntalo bien.

– ¿Qué me darás si te lo digo todo? –casi sonreía el que antes lloraba, imaginando cosas...

– Hombre: Tanto como darte... ¿Qué quieres que te dé?

Se aproximó con mimo el chico a su oído, estrechándola sus manos para decirle con humildad.

– Me darás... pero no te pongas brava ¿eh? Un besito...

Lo tomó a risa ahora, la demandada.

– ¡Es empeño el tuyo! ¡Bah! En fin conforme. Te lo daré cuando lleguemos a casa... Pero antes has de ser bueno, si no... una bofetada. Y que las doy fuertes... Mira...

– Pégame... pégame balbucio Panchito, presa de cierto afán masoquista al sentir la blanda bofetada de su prima. Ésta entre risa, repitió la broma.

– Más... más... – La «víctima» presentaba la cara a su sorprendido «verdugo». Pilarín se entusiasmaba pegando y cada vez lo hacia más fuerte sin que el chico dejase de presentar la cara ni intentase protestar ni decir «basta» sino todo lo contrario.

– Más... más...

Riendo, preguntóle ella:

– ¡Qué raro! ¿eso te gusta, verdad, con tal de que no esté yo enfadada? Pues los cachetes que te suelto no son ningún bizcocho... En fin: basta de juego y de pegar y dialoguemos seriamente como dos personas formales... aunque indiscretas. Sígueme aquella historia. Tu

señor papá y la ilustre fregona... Entre sus brazos lo dejaste. ¿Qué más?...

Antes de seguir el peliagudo cuento, rascóse el narrador una oreja; indeciso, luego se puso un dedo en la punta de la nariz... y cruzando las piernas, al fin, con ímpetu, de prisa y para salir pronto de eso soltó el resto sin mirar a la oyente y dedicando al parecer toda su atención al conductor del auto y a las calles por donde pasaba.

– Yo me estaba vistiendo esta mañana cuando va y se me salta el botón de los tirantes, que por poquito me saca un ojo, y entonces, llamo a la camarera que no viene... Y entonces como no venía... salgo al pasillo... buscando... llego casi a su cuarto... y me retiro corriendo...

– Te quedaste escondido en la sombra, espionando... ¡Eso no se hace!

El conductor del auto, (el mismo chofer de tantos años conocido nuestro) ajeno por completo de lo que a sus espaldas se trataba, limitado a cumplir su misión, tan al pie de la letra lo hizo que sólo les había dado *una vuelta* por dos o tres manzanas, y terminada ésta, sin apercibirse, los pasajeros se encontraban frente a su casa, con Maximiliano, la gorra quitada, abriéndoles la portezuela.

Bajó primero el chico y dio la mano a Pilarín. Iban serios, callados, casi avergonzados como si uno y otro hubiesen cometido un pecado muy gordo. Sobre todo ella, la mujercita, tenía cierto fuego en las mejillas que las hacía parecer como dos rosas, dos claveles reventones. Siguiendo el perfume de aquella que delante iba, sin dejar su actitud humilde de perrillo indiscreto, arrastró Panchito su abrigo negligentemente colgado de su brazo por escaleras y salones, y corredores, hasta llegar a la puerta del cuarto de la niña en el primer piso...

– ¿Qué, no te vas? – Parada bruscamente, ante él, vuelta preguntó la jovencita, con el sombrero en la mano haciéndolo girar nerviosa.

Fue un balbuceo la respuesta:

– ¡Pilarín!...

– ¿Qué te duele?

– Oye... Mira... ¿No me das lo que me ofreciste si te contaba?...  
¿No me dejas... que te bese?

Lo miró fijamente antes, y se decidió con ímpetu.

Toma, pues... – Con un leve alzamiento hasta él, un segundo de puntillas, le besó la cara y rápida cerró la puerta, dejándole con los brazos extendidos, deslumbrado, sin habla, medio embriagado y medio loco otra vez con aquel beso.

Le sorprendió a su espalda una voz severa y dolorida.

– ¿Qué haces, hijo?

Dulce acento, maternal siempre, sonó entonces en sus oídos como la temible trompeta que llamará al Juicio en el último día.

Sucedía que el servicio de espionaje que gratuitamente y sólo por vocación llevaba siempre entre manos Doña María de Avelino (sin nadie pedirselo) habíale por esta vez dado algún resultado como en otras ocasiones. Toda la tarde notó la inquietud de Rosario por la al parecer tardanza de los muchachos; esperó luego la llegada de éstos y en viéndoles así mustios y como entristecidos, sólo Dios sabe lo que pensó. Fue al encuentro de Rosario y la tomó de la mano arrastrándola casi a ir tras ellos en silencio. Cuando vio la escena del beso, pedido y recibido con tal entusiasmo, empujó a Rosario hacia el chico y se quedó ella en la penumbra, como le correspondía... aguardando el final de sus maniobras. ¡Al fin Rosarito se iba a convencer de que Dios la había puesto en el mundo con el exclusivo objeto de abrirle los ojos!... Tres veces, tres escándalos, descubriéndose gracias a ella en aquel hogar que parecía maldito: uno, la madre, Pilar; el segundo, cuando buscan institutriz para la niña; el tercero lo daba ahora la propia hija conquistando al hermano.

– Señor, señor ¡Que una tenga que ver estas cosas!... Y... menos mal si una las ve y goza el placer de que las descubre la primera entre todos... Era éste un gusto de su exclusiva pertenencia y al que se lanzaba con fruición su alma de espía.

¿Por qué gozaba en ello? Lo ignoramos. Pudiera hallarse la explicación buscando un tropo como éste: hay quien viene al mundo

con un alma ingenua de paloma: otros se sienten águilas y les atraen las alturas, pero hay almas oscuras que sólo parecen la transmigración de un lobo, o de un tigre, o, en escala menor, sólo de un gato. Tal la de doña María Avelino. Supongámonos que el gato o la gata puede hablar para engañar a una mujer sobre lo que le sugiere su instinto y le dice:

– Ese pajarillo que recogiste y cuidas con cariño te dará un disgusto un día. Ya verás como se escapa de la jaula...

Y en efecto, sucede así: el ingrato intenta volar descuidando amores, agradecimiento y solicitudes... siendo atrapado en seguida por la celosa gata, la que al ser sorprendida por la mujer con su presa entre las patas carniceras, explica excusándose:

– No es a fin de devorarlo... Lo cogí para tí sola, para demostrarte que yo tenía razón y que no se puede uno fiar de pajarillos sin amparo...

De modo pues, que no vaya a creerse el lector viendo el afán descubridor de doña María o Mariñita, que ella gozaba al echarse sobre su presa, ¡ay! nada más lejos de la realidad... Solamente noble intento le guiaba: el de siempre, enseñar a Rosario cuan malos resultados da la caridad a veces, y el peligro de no poner entre santo y santa una buena pared, mejor aún: una muralla china.

Uno de los gorriñillos... ¡qué digo!... Panchito, se dejó cojer en la dulce red maternal que cariñosamente le condujo hasta sus habitaciones, las puertas de las cuales se cerraban para el gato, con hartito sentimiento del felino.

Sobre los sillones, fue a caer el abrigo del chico; el sombrero rodó más allá: y el cuerpo, atribulada, lánguidamente tumbóse sobre el lecho maternal, mirando los ojos en son de súplica al Cristo de marfil que habitualmente, velaba el sueño de la marquesa, desde la cabecera. Según se entraba en la alcoba era lo primero en que la vista tropezaba.

– ¡Ay!... – se oyó al mozo quejarse.

– ¿Qué le pasa a mi hijo? – Saltó la madre, corriendo hacia él, presa de la inquietud con que toda buena mamá oye esta interjección, y se figura incontinenti que su hijo se está muriendo.

– Me duele la cabeza... No estoy bueno hoy... ¡Ay, mamá! ..

Tomó entre las suyas la mano que el amor le tenía y la depositó cuidadoso como una reliquia sobre la almohada para contemplarla un instante. Después, con mimo, puso la cara encima y la mojó sin querer una lágrima.

– ¡Mi vida! ¿Qué tienes, alma mía?—preguntó la voz muy dulce,—inclinada con ansiedad, en tanto, la persona hacia él. —¿Qué te ha pasado? ¿Estás enfermo, mi hijo? Pues tocaré para que te traigan una tacita de tila... Eso son nervios, no llores, cielo...

Y sin perder tiempo,—que ya presentía lo ocurrido y lo que podía el chico confesar, previno explicaciones, después de besarlo cariñosamente, telefóneando.

– Drin... Sí... Central, diga... 1-7-2 G... ¿Doctor Sanet?... Bueno, pues cuando llegue que venga un momento, a la noche, donde el marqués de Longinos... Si... ¿Hará el favor, eh?... Muchas gracias...

El auricular ya en su sitio, vino a sentarse Rosario junto a la cabecera de la cama, poniendo la cabeza del hijo entre sus brazos, acariciándola sus manos, que pasaban y repasaban suaves por entre sus cabellos y a veces se detenían por la cara, cogiéndole la barbilla, para levantar el rostro y estudiarlo.

– Vamos, mi hijo. A tí te pasa algo... o algo te han hecho. Cuéntaselo sin pena a tu mamá... Anda, mi vida... ¿Beberás el té?

Sentado en el lecho, mirando con desesperación ora a su madre, ora al crucifijo, se frotaba las manos con ahinco hasta ponérselas rojas, una sobre otra... De pronto, abriéndolas y apoyándolas en el lecho cual si se fuese a levantar, dijo vivamente, presa de infinita pena:

– ¡No, no quiero nada! Una cosa querría, pero... tú no me la vas a dar, mamá...

– ¿Cómo no? Pide, pide lo que quieras, que con tal de no ver llorar y sufrir así a mi hijo, se hará todo lo humanamente posible...

– Mamá de mi alma!... Así, pues... Mira, es ésta. El capitán que se ha casado hoy... vamos... quería mucho a su novia. ¡Yo también quiero, quiero mucho a Pilarín!... ¡Yo me quiero casar con Pilarín, mamá!..

¡Señor Dios de los ejércitos! Algo es el sufrimiento que se teme ver llegar cada día, cada hora, sin darnos ni punto de reposo el torturante pensamiento, como si fuera un reloj que a cada tic-tac nos dice: ya viene, ya viene, ya está ahí... – y otra cosa es la certidumbre inmensa y agobiante, cuando se comprende que aquello, el dolor, lo más grande que pudiéramos acaecer ya cayó sobre nosotros. Lo primero es la angustia torturante de la espera, si por ejemplo, viviendo en una ciudad en guerra o revolución tememos siempre al salir de casa o volver una esquina que nos mate un tiro. Cuando suena el disparo y al mismo tiempo se siente un golpe seco en el corazón, el cuerpo y el alma ya casi no padecerán más que antes; ¡tan intenso y tan rápido fue el dolor, que se esperaba ya tanto!

– ¡Ay, mi hijo!... – Vaya una ocurrencia... Si eso... Vamos, mi alma... ¡si no puede ser!... ¿Pero tú no sabes que?... ¡Válgame los Santos del cielo y qué desgracia más grande ha echao Dios sobre nosotros!... – terminó casi en un lloro...

En son de queja arguyó el hijo:

– Vamos mamá, ya lo veo... sí... ¡Es que tú no la quieres!... – Pena tan honda indicaban las facciones de su madre, por las injusticias de su vida que el chico al oírla decir: «Ven acá, mi hijo» se puso, conmovido, de rodillas, con la cabeza en su regazo, interrumpiéndose para oírla.

– ¡Mi pobre Panchito! – exclamó acariciándole – ¡Pobre mi hijo! Pero no... no es así... Tú no la quieres más que como a una hermana... como lo es de verdá... ¿eh, mi cielo?

En su inocencia Panchito ni siquiera comprendió la magnitud de su falta si se realizaba – de ser cierto cuanto le decían–aquel amor incestuoso, y preguntó con un sencillo asombro:

– ¿Cómo puede ser eso de que sea mi hermana?

Atrájolo hacia sí cariñosamente Rosario, secó su rostro, los ojos que habían llorado, y mientras los suyos no hallaban consuelo, dejó la amada cabeza sobre el seno, y fué explicando al oído como Dios le dio a entender – del mejor modo para ponerlo al alcance de la inteligencia no muy despierta que le escuchaba – la historia paternal.

Papá y la mamá de Pilarín habían sido amantes, eso es... No tuvieron en cuenta que él ya estaba casado... y... se... *casaron* también... Gran pecado... y por eso nunca se dijo... Un pecado muy gordo sería igualmente el de casarse dos hermanos. ¡En Roma ni en el cielo se perdona falta igual!

Curioso, notabilísimo el pugilato retórico a que se entregó aquella madre, empeñada en demostrar, en hacer llegar hasta el bajo equilibrio mental de su oyente la convicción de su parentesco próximo con Pilarín, por una parte; y de otra su decidido propósito de meterle al propio chico en la cabeza que aquel cariño suyo era sólo de hermanos y sólo las impresiones de una fiesta de bodas y de novios produjeron por reflejo ese anhelo de amores y de otra boda. Echando mano a cuantos argumentos encontraba, desde la Historia Sagrada, vino en demostrarle cómo la ley de Dios y la Iglesia nuestra madre, expresamente prohíben las bodas entre hermano y hermana. Amarse profundamente ya podían— (que ella procurara en adelante sea de *lejitos* y sin aproximaciones, esto sí no lo anunció) pero en cuanto a casarse... «Ay, Panchito, no me hagas reír...» —terminó, como vulgarmente se dice haciendo de tripas corazón y queriendo endulzar sus amarguras una sonrisa.

No sin miedo, pese a serle mostrado muy veladamente, Panchito se asomó al desconocido abismo cuya magnitud se le escapaba. Oía las dulces y acongojadas frases, entendiendo a medias, que había estado a punto y aún lo estaba de ser malo, dejándose arrastrar por su cariño a la niña. Bastante cuidadosa la madre en no contrariarle de frente, proseguía con su tesón de convencerle que su querer, —fuera las violencias— era de hermanos mal entendido por estos mismos hasta entonces.

Tan persuasivos y convincentes argumentos movieron al chico de modo que convino,— sugestionado bajo el poder de la suavísima voz, dócil a todo — en que procediera mal hasta entonces, y fue contando, sonsacado por la astucia materna, cuanto hizo en el día, ya completamente arrepentido y sincero.

Nada dijo, y nada opuso a la noticia – con prontitud concebida – que le anuncia su mamá sobre el breve retorno de Pilarín al colegio; y acabó por enamorarse de un Madrid delicioso que se le prometía ver con papá, mirando por la común distracción. Y cuando la mamá dióle su tacita de tila, la tomó y calmó sus nervios; y echado en la cama escuchó luego dulcemente adormecido, los cuentos que le leía Rosario en que sólo había hijos buenos y madres cariñosas.

Y estas fueron las consecuencias de aquella boda que, pareciendo la derrota de Severo, trocáronse en triunfos para el feliz novio militar, mientras los paisanos sufrían cada uno de su lado, y entre ellos Pilarín Noé, inopinadamente vuelta a las monjas, a cuanto sucedió una ausencia prolongada de su familia, en la villa y corte.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

TERCERA PARTE

PILARÍN ANTE EL AMOR

1910

1911

I

«¡SÁLVAME, VIRGEN MARÍA!...»

Hay que saber expiar faltas que no hemos cometido, puesto que beneficiamos de virtudes que no tenemos.

PAÚL BOURGET

*El emigrado*

Si no estuviesen los mares poblados de submarinos, si no pareciese tentación de Dios el aventurarse por ellos, rumbo a América!... De seguro que Rosario intentaría la más completa separación entre los chicos.

Mucho mar o mucha tierra había que poner de por medio. Pero la guerra o calamidad europea, fecunda en promesas de transformación del mundo (que luego dejó parar todo en agua de borrajas o... ambiciones), en invenciones diabólicas para destruirse los hombres sobre el suelo, dentro del agua y por el aire, pródiga en ensayos, descubrimientos y contra descubrimientos, no proporcionó a los marqueses de Longinos ninguna solución al problema planteado en su hogar, sino mas bien fuéles estorbo. Culpable fue la guerra,—amenaza sobre todos y al parecer inacabable—,de no poder huir con Panchito a Francia, a Inglaterra, a cualquiera tierra lejana de la América, donde pareciera difícil la vuelta, escribir, relacionarse con el que queda o escaparse para ver a la adorable ausente, como hizo una

y otra vez desde Madrid el muchacho. Ved, pues, demostrado como si la muerte de un pobre hombre, cuando se llama Archiduque y ocurre en Serajevo sirve de pequeño móvil para tamañas barbaridades mundiales, así también éstas pudieron dejar de sentir su influencia en una familia que nada tuvo que ver con aquello,— mínimo efecto para tan grande causa.

¡El hijo de su alma nota Rosario triste siempre, enfermo acaso, y pesadoso, abrigando un deseo imposible!

Pareció quedar convencido y resignado, y después, no hablaba, no comía, no vivía, sino que calladamente iba languideciendo al soñar con la ausente, quien a su vez, aunque no del mismo modo, se angustiaba en su encierro.

Sufrió mucho Pilarín... Ya no ríe locamente igual que antes. Las ojeras, reveladoras de noches sin dormir, se le alargaban de una manera alarmadora, y en la edad del crecimiento aún, su silueta alargábase sin redondearse en la proporción debida. Enflaquecía. No gastaba ya ninguna broma a Margarita y a su esposo cuando iban a visitarla, ni al confiarle aquella, a solas, detalles de su intimidad feliz... Por el contrario, semejante dicha que se le ofrecía en espectáculo de un amor satisfecho y ansioso siempre, de dos esposos que no podían vivir el uno sin el otro, besándose, abrazándose, o, a falta de otra cosa, «comiéndose» con los ojos (si el horrible destino puso entre ellos durante cinco minutos la enorme distancia de un metro...) tal cuadro de amor y vida, sensual y tierno, diríase que la molestaba, del mismo modo que el color rojo subido ofende la vista al que han recetado gafas negras...

· Margarita era felicísima, con una intensidad hasta escandalosa. En cambio Pilarín en vez de un militar enamorado y siempre detrás, gozaba la compañía de las monjas, y el colegio reemplazaba el nido de amores... Había, pues una pequeña diferencia...

Su tía Rosario la condujo sin pérdida de tiempo al convento, con muy cariñosos modales al sacarla una tarde de paseo, no permitiendo ni que se vieran más los «primos-hermanos».

—Tu hermano Panchito se halla enfermo... y no le conviene verte...—balbució, con voz tristísima en que temblaban lágrimas, a guisa de explicación.

En otra época, ella habría preguntado:

—¿Mi hermano? ¿Pero ya confiesan ustedes que lo es?...

Entonces, su alma afligida bajo lo inevitable sólo la movió a balbucir también, con los ojos mojados:

—Ya lo sé. Pero yo no tengo la culpa, tía... Hágase usted cargo.

La marquesa la tendió los brazos espontáneamente. Una lágrima, el sufrimiento común, une enseguida a dos mujeres...

—Sí, mi hijita... Ya lo sé... ¡Pobre! Es el destino el que lo enredó.

Y se separaron entonces ya no como dos extrañas que fueron siempre la una para la otra. Las pesadas puertas del colegio cayeron aquella vez sobre la jovencita semejantes a la losa de los sueños a que en finísima comedia alude Benavente.

Sin embargo, no cerradas del todo... Allí llegan cartas mal escritas, sin ortografía, ingenuas, cariñosas, del pobre chico que no obstante serlo se ingeniaba para a escondidas escribir.

Pilarín, sufriendo con tal tenacidad, le contestaba algunas afectuosamente; pero mirando con mucho cuidado lo que le decía, sintiéndose mamá en sus consejos... Aunque causábale ascos, repugnancia, a la manera de aquellos amores malditos que en la Biblia le intrigaban y le infundían horror. Tras los cristales de aumento con que la juventud agranda cosas y sucesos le espantó su propia vida, tan corta, y aquello que ella llamaba su pasado, lleno de infantiles travesuras se le antojó preparación nefanda, guiada por la mano cruel del destino o de Dios, para llegar hasta la prueba terrible de la actualidad.

Abominó de sus pícaras lecturas que le dieran a conocer el amor, y al consultar con el cura que la confesaba se dio más cuenta de que eran «incitaciones de Luzbel» a fin de fomentar en sus almas aquel «apetito desordenado»; de que todo eso tenía la culpa porque encendieron el ansia de cariño que la acercó al muchacho, sin pararse

a considerar que el querer inocente aumentando y ardiendo, envolvería a ambos con su llama. Ella no se juzgaba tan culpable, pues a la verdad, nada se le había encendido ni fomentado...; pero el confesor «la abrió los ojos», ¡También había pecado! ¿No incitaban sus amabilidades? ¿Por qué siempre se acercó a él y no a los demás de la familia? (Y ella bajó la cabeza no atreviéndose a decir en su defensa del desvío que le mostraba su tía, ni el desprecio que la provocaba la conducta del papá...)

Era muy rígido el cura del colegio... La niña llora amargamente su pecado... Y en su tribulación se refugia junto al altar... No se cree segura en ninguna otra parte contra la amenaza de un peligro que parecía seguirla por doquiera. ¡Qué tristeza, Señor! ¡Cuántas noches sin dormir, y cuántas mordió la almohada, ya húmeda de sus lágrimas, al objeto de ahogar la honda pena y que las compañeras no se despierten ni la monja vigilante le pregunte qué le pasa! En el silencio y en la obscuridad, baja del lecho y de rodillas en el suelo alza las manos juntas hacia el negro espacio en donde se le figuraba que la Virgen la oía, y reza su oración atribulada. La misma que en el coro de la iglesia, cuando junto con las otras niñas cantaba y se le angustiaba el alma tras la tonada melancólica que entre las nubes de incienso, las voces graves del oficiante, en la novena del Perpetuo Socorro, subía desde sus infantiles gargantas a la bóveda de la capilla, pintada de angelitos juguetones que se imaginaba ella tomaban a broma lo hondo de su pena...

*Sálvame, Virgen María,  
Virgen María sálvame...*

Imploraba con fe viva y ardiente mientras las otras cantaban la musiquilla monjil con sus vocecillas algo agudas y deplorablemente quejumbrosas, aunque en realidad sin fijarse en lo que decían; pero muy intrigadas porque Pilarín Noé lloraba al compás del rezo:

*Sálvame, imploro con fé...*  
*Mi corazón en tí confía*  
*Virgen María*  
*Sálvame...*

Señalando a la afligida, se daban con el codo y la otra en tanto murmuraba desde el fondo de su espíritu:

– Sálvame, Virgen María, madre querida, que soy muy desgraciada y tú lo ves. Sálvame, porque no puedo querer como todo el mundo con un cariño que Dios al fin bendice en la iglesia: sálvame reina del cielo, porque en castigo de mi orgullo, de mi soberbia o yo no sé de qué, mi hermano me quiere como no debe y sufre por mi causa. ¿Qué hice yo para esto?... ¿Por qué mi mamá, esa mamá que yo creía tan buena y de quien sólo guardo un dulce recuerdo, fue mala... y lo es también *ese*... que parece es mi padre?... ¿Y el único con quien tropiezo en mi anhelo de cariño ha de ser pecado su amor? ¿Por qué mi tía tan buena no me abrió su corazón como su casa?... ¡Madre amantísima, madre pura, santa Virgencita, ten piedad de mí y sálvame, porque soy ahora muy desgraciada y estoy triste!...

En un rinconcito, muy interiormente, muy adentro de su corazón, nace y formula la oración de congoja... Allí hubiera querido guardarla y tenerla siempre oculta; pero sus ojos se le llenan de lágrimas cuando la reza aunque ella las disimula como si estuviera acatarrada apretado el pañuelo sobre la boca para que allí fuera a parar el torrente de amargura.

Si intrigaba a las condiscípulas aquel dolor tan grande y tan callado, aquel fervor en el rezo y en el canto, la devoción con que se oía una y otra misa, y el gesto apresurado y doloroso con que acudía a los triduos, novenarios y todas las prácticas devotas, no menos extrañó a las monjas semejante cambio; más a fuer de seguir la profesión de discretas nada preguntaban, aconsejando silencio a las curiosas.

Porque sin duda el Señor tocó aquella alma y la atraía a sí.

Las buenas madres tomaban allí el efecto por la causa. Y fue que la angustia de su sufrimiento hizo inclinarla a la plegaria –que cuando se está apurado es cuando se pide...– y las prácticas devotas; luego la costumbre de la piedad robusteció su fe algo débil, y de la fe acendrada vino a parar en la religiosidad con exceso, y sin darse apenas cuenta así rodando o ascendiendo por mor de su pena y su aislamiento cae después en el misticismo.

Quiso ser monja como toda colegiala a sus años y las que lo eran la estimularon y alentaron a serlo. «Hija de María» oró en grande, se puso un cilicio, formó un «plan de vida devota» y se entretuvo en confeccionar «ramilletes espirituales».

En una ráfaga de histerismo le pasaron los meses y hasta los años castigándose por un pecado que no llegó a cometer.

Su única familia continuaba lejos. De ellos recibe cartas, unas banales y frívolas de su padre que siempre se firmaba «tu tío Alfonso...» Otras llenas de unción y hasta cariñosas, las de Rosario, con súplica de que rezara bastante por todos, pues «Dios aún no se compadece de nosotros...» Las del hermano, afectuoso y rendido, siempre con la idea de volverla a ver al principio, luego más resignadas, y al final ya no tan apremiantes.

Con motivo del fin de la guerra se fueron a París.

El mozo en un principio pareció volver a la serena razón y tomar las cosas con calma; pero

*... la ausencia es aire  
 que apaga el fuego chico  
 y aviva el grande...*

según la copla, y el fuego de Panchito, fuego primerizo, no se extinguió con facilidad... Lleváronle al mar, y ni las brisas del Mediterráneo ni las del Cantábrico refrescaron el candente corazón. En la montaña, ni los sanos alimentos ni el aire puro hicieron nada por su cura. Un médico muy campechano, el Doctor Sanet, deslizó en las

SUEÑA PILARÍN

orejas curadas de espanto de don Alfonso ciertas recetas que al alegre mujeriego producen risotadas.

–Lo que el chico necesita es...

Entonces, permitiéndose el papá la novedad de pensar seriamente, deduce en conclusión que el chico tenía «que correrla» en su compañía. Le da, paternalmente, lo que el padre Luis llamaría malos consejos. Pero el inocente, escandalizado, no los sigue y los rechaza con horror. Y don Alfonso, en vista del poco éxito de su gestión, se ocupó él sólo de cumplir lo del médico, sumergido en la vida de crápula sin duda para olvidar sus preocupaciones. Quiso correrse una juegucita en París e inventa la conveniencia del viaje; pero su mujer le estropea el programa agregándose con el hijo.

A la vuelta escribe la marquesa a Pilarín invitándola ya a reunirse con ellos.

Turbó a la joven esa carta con toda sencillez escrita por una mujer que como la madre de «Espectros» decide atropellarlo todo por la salud del hijo de sus entrañas y que por encima de la religión, de la moral y de los consejos del confesor, prefiere llamar a la única que puede traer un poco de alegría al corazón del hermano.

¡Nueva inquietud! Pilarín que nunca pensó volver junto al pobre Panchito, hacia el cual la ligaba un afecto fraternal y compasivo, sin su culpa correspondido en pasión tumultuosa, recibía la nueva cuando ya bordeaba los diez y ocho años. Y rezando por él piadosamente al suponerlo delicado de salud, se dispuso, inquieta y complacida al mismo tiempo, a vivir de nuevo en el palacio.

– ¡Sálvalo y sálvame, Virgen santísima– pide nuevamente con ternura y fé. – Sálvalo a él de una desgracia y de la muerte. ¡Y sálvame a mí también!–

– Quizás la Virgen la atendió, según verá sin duda el que leyere.

## II

### «MENS SANA IN CORPORE SANO...»

«En los ejercicios corporales nuestros jóvenes se propondrán, sobre todo aumentar la fuerza moral.»

«...Pero si no hace más que eso y no lo cultivase con ninguna ciencia, con ninguna investigación... etc. esa alma llegará insensiblemente a ser débil, sorda y ciega.»

PLATÓN

*La República*

Una advertencia antes de seguir narrando en el estilo sobrio o placentero, serio y humorista que el lector nos conoce.

Hemos de hacer la protesta de toda persona honrada que refiere algunos hechos de una existencia tal como sucedieron en la realidad, la cual unas veces es hermosa, tan hermosa que «nos parece novela,» y otras veces prosaica como ciertos actos de la vida. Quizás se queje la lectora romántica de los poco extraordinarios sucesos que aquí se siguen; pero ello no tiene aquí otro color que el de la realidad. Bonito hubiera sido que el capitán hubiese robado a Margarita, en un rapto librándola del convento en que se iba a meter y no se metió, y sin embargo los hice casar vulgarmente porque así pasó en efecto. Así también desearía ahora que Pilarín encontrase una persona, testigo

desconocido en la muerte de su madre y que presente un papel escrito por la «mano temblorosa de la moribunda» en que ella declare que su hija no lo era de don Alfonso y así poder casar a los dos primos. Pero si todo fuera hermoso no sería en cambio verídico, y así aténgome a la verdad de los hechos, que quizás alguna vez no dejarán de presentársenos con algún colorcillo poético, aunque siempre la poesía de la verdad. Ahora sigamos nuestra narración.

Es en la playa de «San Sebastián», balneario en Barcelona.

Sopla el viento fuertemente, dejando en ligeros rizos blancos las olas de un azul vivísimo, y es tal la inquietud de Eolo azotando las maderas del café en que se resguarda el marqués de Longinos que se creyera embarcado. Frente a una modesta naranjada, absorbe la bebida con una pajuela mientras el viento, sicalíptico, le hace ceñirse el pantalón a las piernas y mientras él piensa que para piernas las que de aquel sitio estratégico se divisan.

¡Cuánta hermosa bañista, más o menos escultural!

Tan frescas como el viento, ninguna esconde sus hechizos a los numerosos compañeros del otro sexo que por allí pululan, convidándolas a nadar «hasta la bota».

La mayoría reposan al sol, tomando baños según la moda naturista, junto a bañistas menos encantados del sol que de ellas.

Piensa más el marqués en lo triste que es no tener ya veinticinco años que en los sucesos de su casa. ¿A París con la familia? ¡Bueno! Y allá fueron y tuvieron que venir poco después porque el clima no probaba a Panchito y se hubo de terminar el invierno en Niza. Estaba Rosario desorientada, no sabía qué hacer en vista del poco éxito.

Lo que le arranca un gran suspiro es el contemplar las atléticas formas de un bien plantado mozo, en traje de baño, y que, con los brazos cruzados sobre el pecho, se ofrece, sonriente a la caricia dorada del sol, rodeado de muchachas que pretenden todas a una acaparar su atención. Una estatua de gladiador romano asaltada por mariposas.

Don Alfonso, pensativo fumando un egipcio, se acaricia el ya teñido bigote, que se ha hecho recortar hacia abajo en forma de

cepillo para el calzado. Tiene un gesto de don Juan inconforme y de capa caída. ¡Buena facha haría, él en traje así, con sus piernas velludas y no muy robustas de los cincuenta años largos!... Y la envidia se agudiza cuando ve las proezas de natación de aquel buen mozo entre las chicas, sus risas, y sus lecciones a las que no saben nadar. ¡Ea! no quiere ver tonterías! Y se entrega a la lectura de un libro pornográfico que acaba de comprar titulado «Los cuarenta pecados de Claudio» muy en boga entonces, en el que se trataba de señoritos chulos y cabarets, vicios y mujeres perdidas.

Después de salir al cabo de una hora y media del mundo delicioso y atormentador en el que le sumió la tal lecturita encamínase con paso semi entorpecido hacia su carruaje. ¡Y qué casualidad! El mismo joven que antes le intrigara encontrábase allí arreglando muy afanoso su motocicleta a la cual ocurría algún contratiempo. Satisfecho de mostrarse superior en algo don Alfonso mandó la ayuda de su chofer que contemplaba los trabajos.

– Muchas gracias, señor. No hace falta, pues yo mismo lo he compuesto y con tal que me llegue hasta el garage... – Sencillo, casi displicente, sin mirarle, mostrábale el mozo el remiendo que había puesto a la goma.

Al oírle y contemplarle atentamente le reconoció el marqués y se aproximó:

– Pero... ¿no es usted Oscar, el americanito que conocí en el «Presldent», yendo a Washington?

Sonriente, le abrazó con llaneza completamente americana el aludido, dándole golpes en la espalda.

– Lépido Oscar Bustamante, sí, don Alfonso de Longino. El mismo que viste y calza.

– ¡Y pensar que antes no te he conocido! Anda, vente a casa conmigo y charlaremos...

No pudo ser entonces porque el joven necesitaba entregar la moto en el garage; pero al cabo de corto tiempo se reunieron en casa

de don Alfonso el cual entregó al otro sus señas. Sentados a su placer sobre anchas butacas, tras pedirle el marqués a la servidumbre todo lo necesario para hacer un coctail, mientras lo preparaban y Oscar rehusando pitillos y habanos que ofrecía don Alfonso, no paraba éste de charlar con su nuevo amigo, que le resultaba muy viejo conocido. Era una de estas amistades tan íntimas y tan fraternales hechas a bordo, en la diaria comunidad de la comida y vida juntos, vuelta a anudar más tarde por feliz casualidad en otro viaje –las piedras movedizas se encuentran rodando– y que ahora tornábale a ver en tierra, casi desconocidos, el uno más mozo, por estar gordo y sin bigote; el otro más viejo, por tener algunos años más y desfigurarle el mostacho teñido y recortado.

Charlaba don Alfonso y enseguida, como castizo español comenzó a desacreditar su tierra:

– ¡Ay chico! ¡Cuánto te envidio en no ser de esta tierra cursi! Eres dominicano, bien... Nadie sabe aquí donde cae eso, tu republiquita preciosa, que es la de mi mujer, pero en cambio no vives en un país estúpido como éste. ¿Has de creer que ahora en los baños pedí un coctail y nadie sabía cómo se hace ni se bebe?

El mozo se rió.

– De modo, mi amigo, que usted me mide la sivilisación de un país –¡no le pongas tanto limón, hombre!– por e gusto y afición que me demuestra al *tringuis*. Así es que los Estados Unidos me los pones a la cabeza. ¡Hay que ver como *toman* los yankis!

– ¿Quien lo duda? –contestó don Alfonso echando ginebra en la coctelera y agitándola con fuerza.

Se rieron ambos.

– ¡Qué bandido!–

El mozo se puso a hojear la novela que estaba leyendo el marqués momentos antes, y con gesto de dios que compadece la miseria humana, hacía comentarios unas veces desdeñoso, otras irónico, sobre aquella clase de literatura que sin duda conocía y despreciaba.

– «¡El pecado!» «¡la voluptuosidad!» «¡la maldición!» Pim, pam, pom... Y la bobería del autor...

Muy sorprendido don Alfonso.

– ¿No te gustan esos libros? – interrogó.

– ¿A mí? No embromes, hombre. Ni siquiera los títulos que gastan esos cochinos, ni las frases que gastan, ni ná... Eso no son más que palabrotas, frases gordas de que los literatos de ahora en España echan mano para abrirle el apetito al lector. Hay escribientes de esos que si no nos hablan de voluptuosidad y de pecado no sabrían qué decirnos y repiten la misma cantinela siempre. – La carne, la sensualidad... el pecado... Bueno ¿y qué? A mí ná de eso me dise ná. Yo no siento la «voluptuosidad perversa» de mirar una pantorrilla que no me quieren enseñar, ni de dar un pellizco a una pobre en el tranvía, ni de molestarla en el sine, como me cuentan algunos... ¿sabe?

– Sí que estás enterado.

– Oiga, amigo. Si yo quiero amor y quiero tener mujer, tengo una para mí sólo... ¡y satisfecho!

– Ya me la presentarás, ¿eh, chico? –dijo el tunante de don Alfonso. El otro sin hacerle más caso que sonreírle siguió su tema:

– La mujer de mi prójimo no me preocupa porque pienso que, con ligeras variantes, es exacta a la que tengo al lao. . . ¿El alma? tan sólo las de mi madre y mis hermanos son las que me aman. El cuerpo sólo me inquieta a ratos. ¡Ni que *eso* fuera sólo en el mundo! Es manía la de ustedes que se pasan la vida pensando en el ratico dulce... ¡Ché, qué asco!

– ¡Hijo! No hay como eso...

– Reducida al asunto, la literatura va resultando pestilencial, por no decirte estúpida. Todos esos escritores como más fácil para ganarse la vida se limitan a copiar, repetir y ampliar siempre el mismo acto en que saben tomar parte porque es lo más fácil; aprovechan su experiencia de machos. ¡Compadre! Hay otras cosas más interesantes, más nuevas y originales y que por desgracia no tientan a los escritores «porno-

gráficos». Fíjate, amigo, que eso parece que venga de puerco – «Descripción de lo puerco...»

– ¡Ja, ja! Vaya unas etimologías, muchacho.

– Eso mismito. Y llámame a uno de esos literatasos indesentes y dile que escriba un «Quijote» un «Prometeo» o «Hamlet». Ahí les quiero yo: hasiéndome algo que se salga de la cochina vulgaridá.

Blasco Ibáñez, por ejemplo, que nos regala un poquito de cosa sucia en cualquiera obra suya, tiene derecho porque al mismo tiempo nos interesa, nos intriga, nos conmueve y hasta nos ilustra. Pero eso que me vienen a atormentar la médula con descripciones lujuriosas, la verdá, compadre, meresen que le peguen tres tiritos por la espalda... ¿Tré? No, hombre, no. Una dosena de tiritito pa dejarlos agujereado como un guallo...

– Oye tú, ¿qué es eso de guallo?—preguntó don Alfonso repartiendo la bebida. Tuvo que reírse de los modismos y palabrejas que soltaba en su suave y pausado acento el dominicano a quien a veces no entendía.

– Guallo es una hojalata en que se ralla el coco para haser piñonate, sabe?

– Vaya, Oscar. No eres tú nadie fusilando hombres. Pero escúchame y bébete ese coctail, que se te deshace el hielo... Si el amor sensual no te inquieta, no te atosiga como a mí, que me estoy quedando sin pelo, sin carnes y hasta sin cabeza, dime pues, ¿qué es lo que te interesa a tí en el mundo?

Encojió un borde de su boca roja y sana Oscar con profundo desdén al no verse comprendido y con el hablar calmoso del antillano cuando no se incomoda, tornó a explicarse, después de beber un trago.

– Es que tú te crees que no hemos venido al mundo nada más para hacer... de gallos. ¡Compadre! ¡Si hay tantas horas en el día y en la noche! Yo pienso generalmente en mis negocios, en mis ideales; trabajo por ello y por mis aspiraciones; por que mi casa de comercio que tengo en Santo Domingo tenga cada vez más importancia y

llegue a ser de las más fuertes. Además, de tarde me gusta el mar; nado; paseo en lancha o en auto con amigos y amigas desentes; juego a la pelota... ¿Tú crees que me queda mucho tiempo después para ir de parranda?

Ahora es el Marqués quien le mira irónico y despreciativo, con la mirada orgullosa del hombre-macho, que si no se ocupa de serlo y habla de mujeres, compadece a los tontos ocupados en bobadas...

– ¡Qué niño feliz!

– El niño serás tú – dijo el otro vivamente. Conmigo no ¿eh? – y soltó un *ajo* poniéndose de pie con lo que adquiría relieve su elevada y fornida personalidad, tanto que impuso respeto a don Alfonso y temió incomodarle.

– Vamos, siéntate, y no te enfades, hombre, que no te lo he dicho con malas intenciones. Precisamente tus teorías aunque no las entienda ni practique, veo que te van mejor que las mías en cuanto al resultado. Estás rozagante y sanote; tu alma joven, noto que discurre con un criterio que me parece bueno. Toma este cigarro. Ah, es verdad que no fumas. Pues bien, mientras yo me fumo esta «Duquesa» – ¡ay! ojalá que fuera de carne!... – voy a someter a tu buen juicio ciertas cosas que me ocurren, en la seguridad de que podrás darme un consejo, aunque más mozo eres. Te confieso que en eso de tomar resoluciones familiares soy un topo y tú, como excelente hijo de familia podrás auxiliarme. Has de saber que en virtud de esa pícara y repícara afición que tú censuras, de no pensar más que en las mujercitas y sus faldas, tengo varios hijos naturales por el mundo. Uno de ellos, es una chiquilla monísima. Bueno, la historia es larga... La tuve con una parienta de mi mujer a quien ella quería muchísimo, y como mi señora es tonta o es santa que –las dos cosas se parecen– la trajo a casa, me la puso al lado...

Así, con gran lujo de detalles y descaro, abandonando o dejando a un lado la costumbre de hipocresía que le impulsó en un tiempo a disimular su paternidad en el seno de la católica y escrupulosa

sociedad española, – hipocresía que fuera causa del conflicto en que se hallaban – fue contando el marqués a su atento oyente la historia de Pilarín y Panchito, su cariño, el remedio de la separación, –infructuoso – que se les aplicó, y el estado de tristeza, abatimiento y enfermedad del hijo inocente.

Escuchábele Oscar con toda atención, cruzado de brazos y piernas, balanceando éstas con languidez, y mirando fijamente al que hablaba, para poder comprenderle hasta sus intenciones. Su alma sencilla, de una sola pieza y sin dobleces, extrañaba aquellos problemas o conflictos que él hubiera solucionado enseguida. Primero, no habiéndose metido en camisa de once varas ni tocar mujer prohibida. Después, admitida la debilidad y la falta, arrostrando valientemente las consecuencias, no ocultando al mundo ni a los chicos interesados que ambos eran sus hijos. Y ahora, la solución la veía muy sencilla y se hubiera aplicado a tiempo...

– Pues hijo, hombre, la cosa es fácil. Yo, los caso.

– ¿Cómo? ¿Tú te encargarías de semejante disparate?

– Quiero decirte que yo, de tí, les caso.

– Ah, bueno... Pero, oye... Es que no me has comprendido. ¡Son hermanos, chico! El uno es legítimo; la otra, adulterina.

– Eso mismito. Así procuraría casar al muchacho con otra buena muchachita, sana y robusta, que sea alegre y lo entretenga y acapare con mil cosas pa no dejarlo pensar en lo que no debe. Si lo hubieras hecho en seguida ya estaría con la chochera de la mosa y sin esa retahila de lo prohibido y de lo que no sé cuanto en su cabeza. En cuanto a tu chiquita, también la emparejaría con un buen marido... y todos embullao. Si no lo hases, mereses que te guinden por indino y mal padre, ¡cará...tula!

Don Alfonso meditaba, jugando con la tapa de la coctelera una mano, en tanto que la otra, – la izquierda – tiraba del bigote como señal de la onda preocupación en que le sume el desacostumbrado juego de toda sus potencias intelectuales.

Verdaderamente todos los consejos del joven eran excelentes y aun le parecían mejores por coincidir en todo con los de un sesudo amigote suyo que esos mismos le propinaba la antevíspera en el Ecuestre. De pronto se puso en pie y dijo: ¡Chico! Tienes razón que te sobra. Ayer en el Círculo charlé de la cuestión con el barón de San Servindres, mi íntimo amigo, y justamente me aconsejaba que casara la niña. Y para eso se prestaba él a *sacrificarse*. Tiene más de cuarenta años, es verdad, pero es un hombre riquísimo, muy distinguido y muy conocida en Barcelona su ilustre familia. Creo que sería esa boda conveniente para todos... Sin advertirlo se desliza el marqués haciendo el panegírico del que quiere ver su yerno y lo pinta como los propios ángeles, – si los ángeles supieran de juergas... «No había otro más elegante y rumboso en todo Barcelona»... «Sus caballos y sus autos gozaban de merecida ponderación, – bien es verdad que todo ello ganado haciendo aceites y jabones– que no por herencia de abolengo». «Sus queridas, las mejor vestidas e instaladas de todas las mujeres galantes... y ganaba y perdía el dinero a espuestas y sin mirarlo. Bien claro se comprende sería un buen marido...

Sobre todo, al decir que San Servindres era «*inmensamente rico*» prolongaba las *enes* de tal modo, combando los labios, que se podía creer ya tenía el algo tronado marqués la boca llena con la plata del jabón y del olivo...

Una media sonrisa, harto significativa, le dedicaba su oyente, el dominicano, puesto de pies junto a los cristales de un balconcito que daba al patio central por donde se divisa la amplia escalera de mármol del palacio. Cuando don Alfonso entusiasmado con la idea novísima que se le ocurre, enseñó un pequeño retrato de Pilarín como gráfico demostrativo, el joven, que vio la desgraciada pintura bastante mal hecha por Panchito – aunque con retoques de su profesor – pensó en sus adentros era «una muchacha algo feíta» y sin embargo la compadeció vagamente.

Mucho postín... y mucha «prángana»; grandezas... y miserias doradas... dentro de aquel palacio. Lo que aquel «marchante» quería

ahora era vender la hija por un puñaito de pesos, aunque fuera un vejstorio el marido. Como si la pobre no tuviera bastante con la persecución del hermanito.

Sobre una pequeña mesa descansaba un grupo artístico representando a Hércules que lleva el amor a cuestas, y cabe ella dióle el capricho, con displicencia a Oscar de poner su brazo, acariciando, distraído, la cabeza del travieso diosecillo.

Por las nubes subía ya el nivel de los méritos de San Servindres en boca del marqués... En tanto Oscar seguía sonriendo, ya no al ingenuo interés de don Alfonso, sino a cierta pareja de criados, el chofer y una camarera, que en la escalera desde su puesto él descubría. «Pelando la pava», no dejaba la una de mostrar los dientes mientras el galán agitaba su plumero, pretexto de limpieza, sin fijarse en dónde lo ponía... ¡Eso sí que era amor, instinto sano, no tapujos ni intereses!... Pero aquel gallo lascivo, loco toda la vida tras las mujeres, que engañó a la parienta de su esposa tan santa o tan tonta y que ahora ve al hijo persiguiendo a la hija, al hermano tras la hermana y se le ocurre como salvación casarla con un viejo... ¡Hombre, cachimbo!...

Abandona presuroso el criado la charla; la moza desaparece repentina; el plumero se agita con violencia, nervioso, un instante, para luego descansar a lo largo del cuerpo, que se inclina, y saluda al paso de tres personajes que suben la escalera. Eran la señora y los chicos. Oscar en su observatorio adivina. No se le escapa la palidez del enamorado; el paso cansino de la mujer del marqués, ni la cabeza hermosa de la niña.

Su brazo atrae, rápido, a don Alfonso, sujetándole por la solapa, para que le confirme si son ellos, y el apresuramiento motiva la caída del artístico grupo al suelo, con algún ruido...

¡Adiós Hércules y Amor!... Sin embargo el amor todavía puede sonreír a Hércules... pues Pilarín subía más deprisa que los otros la escalera y al percibir el pequeño golpe de tan cerca alzó los ojos mirando a la procedencia de aquel, sin dejar de correr... Pudo, ignorante de ello, la niña vengarse del concepto que su retrato

inspiróle, pues en la mente de Oscar nació un nuevo pensamiento al contemplar su sonrisa:

–¡Carijo, si era linda la muchacha!

–¡Vaya con los nervios de este hijo de América indolente! ¡Y mira que tremendo estropicio en mi estatua... y mis solapas!... Suelta, hombre...

Oscar se mostró magnánimo... Bajóse al suelo a recoger los pedazos del grupo roto, (que parecía de bronce y descubrióse yeso pintado) y le ofreció bajo su palabra al damnificado regalarle una artística reproducción en verdadero mármol de Italia, y que fuera al mismo tiempo adornada o compuesta con unos lingotitos y pepitas de oro, recogidas en un río de Santo Domingo, su patria, tan rica en su suelo como en desventuras políticas.

El hijo de la Ciudad Romántica, declamaba todo eso en su tono de siempre, pausado y como sin importancia. Quinientos pesos podría costarle el regalo replicó a las preguntas de don Alfonso pero esto bien se lo merecía su amigo...

Abría éste los ojos... ¡Caracoles con el «dominicanito»!

Bien se conoce que maneja capitales. ¿Serían suyos? En aquellas tierras ricas y espléndidas, la gente fácilmente llega a la riqueza y con la misma facilidad la desparrama. No estaría de más adquirir ciertos pormenores sobre la vida desconocida del joven amigo, que viajaba siempre con boato, vestía elegante, y tenía casas de comercio con sucursales en el extranjero... Al fin y al cabo San Servindres era viejo y algo feo...

Preocupado don Alfonso, se rascaba el labio por encima del bigote, contemplando de reojo al antillano, sin cuidarse ya de la estatua rota, de que el otro recogía y ponía con esmero sobre la mesita los pedazos como quien reconstruye un rompecabezas.

– Escucha Oscar... –rompió al fin– ¿tienes novia?

Caló sus intenciones el mozo y tuvo que hacer gran esfuerzo para no soltar la carcajada inmensa que le retozaba en el cuerpo al considerar:

## SUEÑA PILARÍN

– ¡Aguanta, Cambelén, que ya tengo al compadre deslumbráito y se me declara! Te coñozco, bacalao...

Su sinceridad natural le impulsó, después de contener la risa, a mostrarse tal cuales eran su situación y su vida. Y lo refirió de esta manera ya completamente serio, dejándose caer sobre una butaca:

– Amigo: tú te creíste que yo era una especie de moso puro y sin mancha, incapaz, no sólo en tener una querida sino hasta de echarse una novia. ¡No embrome, hombre, que yo no soy de palo!...

Ante los atónitos oídos de don Alfonso –quien en su vida de hombre corrido y sin escrúpulo casi nunca concibió sino uno de estos dos extremos: o que el varón lo traen al mundo en disposición de entregarse constantemente a la satisfactoria tarea de hacer suyas el mayor número posible de mujeres – o de lo contrario retirarse a algún rincón por inservible; – como quien escucha un disco de fonógrafo algo extraño o desafinado, se desprendió esta singular historia de los labios del americano calmoso.

Aquel mocetón ingenuo conservaba a su lado, por costumbre y quizás hasta por caridad, una mujer... No la sedujo, no la engañó con presentes ni palabras, ni la recogió en ningún burdel o teatrillo europeo, como hacían algunos compatriotas suyos al deslumbrarse en el viejo continente, no. Estando él visitando unas plantaciones de cacao se sintió tamaño escándalo porque en un «bohío» un soldado yankee borracho pegaba con furia a una mujer... Los negros, los trabajadores se reían. Otros, asustados, compadecían a la víctima, y sin atreverse a llamar a la policía. El, Oscar, indignado, pregunta, se entera, grita... y al no ser atendido, de un empujón casi echa abajo el bohío y pudo arrancar a la infeliz de su atormentador. Este saca una pistola que con otro puñetazo se va al aire muy lejos, mientras él se lleva su presa. La mujer desde aquel día no se separó de Oscar, agradecida como «un lindo animalito cariñoso»... Y nada más.

– Lo que sí me ha dado Dios es buenos puños ¿eh, compadre? – terminó la historia con sencilla satisfacción mirando sus falanges, cerradas, tremendas y fuertes como de boxeador.

¡Caray, caray! He ahí ante Longinos una especie de Quijote de la fuerza. Porque bien recordaba además la ocasión en que lo conoció. Viajaban de Santo Domingo a Nueva York, en el vapor americano «President». Un incauto pasajero criollo se dejó engañar por cierto timador desconocido que sin darse el otro cuenta de cuándo ni cómo, le ganó en precipitada apuesta una sortija de brillantes recuerdo de familia, y muy valiosa.

Ya se iba, relamiéndose, el satisfecho timador cuando al entrar en su camarote nota que le sigue la sombra gigantesca del joven Bustamante, testigo hasta entonces silencioso, el cual, arremangándose los velludos y fuertes brazos le amenazó:

– Escójame, señor tramposo: o me devuelve enseguida a ese pobre tipo su anillo, o va usted a salir de una trompada por ese hoyito pa que se lo coman los tiburones...

Balbuceando una excusa y tembloroso como una gallina, entrególe la prenda estafada; y caballerosamente para que el pícaro no sufriera humillaciones por su cobardía durante el resto del viaje, prometiéndole el vencedor no decir nada hasta llegar a tierra – cosa que fue así cumplida sin más molestias ni comentarios.

Don Alfonso recordaba el hecho porque le chocaban las quijotadas. ¡Ese era el mozo que tenía delante! ¡Ese era el Oscar, el americanito valiente! Y además, un buen partido, con mucho dinero, y a pesar de la historieta aquella... De modo que... ¿pero qué tenía que ver su pregunta con el cuento de la mujer apaleada?

Significaba que si no tenía Oscar novia era por no *deber* tenerla; por que había dado palabra a su compañera de no ser él quien la abandone. ¡A él sólo tenía en el mundo! Ahora la tenía junto a sí por ver su tierra, que española era.

¡Lástima! Se le escapaba a don Alfonso el yerno... ¡Siempre Quijote! Y total por una mujerzuela.

Habría pues, que recurrir a San Servindres, marido ideal, sin *pero* alguno...

Oscar se despedía.

– ¿Te vas? Escucha, hombre, si quieres te presento a mi mujer y los chicos, ya que los has visto, y te quedas a comer con nosotros.

Algo precipitadamente, no muy dueño de sí, Oscar (aunque ya no se creyó más objetivo matrimonial en los planes de don Alfonso, gracias al compromiso explicado) murmuró que no estaba muy presentable, su traje de sport, medio sucio de la moto, en fin, un desastre, y no quería ser visto en esa facha.

Paró en seco, creyendo demasiadas excusas. Sin embargo como no quería pasar por mal educado ni que se tomara a falta de atención el negarse tanto, optó por volver otro día.

Haciéndose el displicente, el marqués le observaba con el rabillo del ojo, notando su turbación.

– Como quieras. Iba a invitarte a almorzar con nosotros mañana, pero como me desprecias...

Sería incorrecto rehusar y aceptó el joven pronto el convite, agradecido. Podrían verse a la noche, en el Palace Hotel. Cenarían juntos y convendrían en el día más a propósito para repetir la comida en el palacio.

Así se convino al despedirse.

Mientras don Alfonso quedaba pensando en muy sabrosos planes y combinaciones que iban brotando en su mente, el joven Bustamante, no marchaba muy contento. La chica no era *féíta*, como él se figuró sino más bien agradable, es decir, algo linda. Mejor dicho: podría pasar por una hermosa muchachita...

En fin, que le gustaba –se confesó horrorizado, en la curva ascendente de aquella graduación.

### III

## ¿EN QUÉ PARTE SE HALLA EL AMADO?...

¿En qué parte se halla tu amado, oh tú, la  
más hermosa de las mujeres?

SALOMÓN

*Cantar de los Cantares*

Todo calma y paz en la casa de Longinos.

¿Ruido? No, seguramente el silencio de la noche de tan intenso y profundo había de parecer inverosímil y a cualquiera forzaría a inventar sonidos misteriosos.

Allí no se trasnochaba sino por el marqués, muchas veces aparición de las siete de la mañana, como el sol invernal... Y a la marquesa únicamente desvelaban los desvelos de Panchito. Sin embargo, su voz pausada fingíanla sus oídos a Pilarín, inquieta sin motivo en el lecho, sumida en la angustia del no dormir que provoca sólo malas ideas y pensamientos fatales; en que uno recuerda penas y tristezas; los rostros de los muertos y los momentos de pena; la gente que no nos quiere y la que nos quiere por su mal, en que la más pequeña lucecita acompañada del menor ruido es un fantasma que sale de bajo de la puerta, levántase, crece, corre por las paredes, se agiganta y se pone encima a la miedosa, que no sabe cómo quitárselo de encima si no es al cerrar los ojos... Para entonces *ver* con extraña claridad la desola-

ción, el espanto de una vida en que se encuentra una niña sola, perseguida, culpable y sin cariño... ¡Una noche eterna!... Cosas todas ellas tristes que acuden a la mente en virtud de no sabemos qué misteriosa analogía con la obscuridad, la noche, el silencio y el insomnio.

Pilarín no podía dormir. No lograba conciliar el sueño, ese sueño suyo generalmente tan sereno y plácido. Llegaban hasta su cama unos ruidos raros como si abrieran y cerraran puertas... y subieran escaleras y se hablara bajo...

¿Serían ladrones... o las almas del purgatorio? ¡Qué terror!

Lo que imaginó pasos alados de fantasmas se transformaron y definieron rápidamente en su cerebro como ruidos de puertas y llaves eléctricas que se abrían para dar luz en el salón contiguo a su dormitorio cuya claridad le entraba por las rendijas y el umbral de la puerta. No encenderían tantas luces los ladrones, es de suponerse...

Presa de gran curiosidad trató de ver quiénes eran los extraños perturbadores de la tranquilidad nocturna; y como en ella la idea factible fue prelude siempre de acto realizado enseguida, para no temblar más ante la de si fueran ladrones o si alguien se hubiese puesto malo en el palacio, echóse una kimona, calzó sus zapatillas y se llegó sin ruido hasta la rendija de la puerta no muy bien cerrada.

¿Se hallaría enfermo su hermano? ¿O le habría dado un patatús a Doña Mariúta?

Chocante escena la que descubrió.

Las mullidas alfombras, que aplacaban las pisadas y cubrían todo el suelo de la casa, impidieronle adivinar antes, que se dirigían al salón tres personas, de una de las cuales la voz por lo bronca y entre-cortada casi no parecía la de don Alfonso; a quien sostenían un buen mozo desconocido para la chica —o al menos no reconocido—, y la marquesa Rosario, muy apurada.

¿Estaría herido o qué le pasaba al buen papá?

Mal corazón tendría el joven que le ayudaba de ser así, pues se notaba sonriente y de buen humor, dirigiendo a la atribulada señora frases campechanas con acento antillano muy pronunciado.

– Por Dios, doña, no se apure, que esto ahorita se pasa, con un chin de café.

Don Alfonso, a quien obligan a sentar en un sillón – toda la pechera arrugada, el chaleco sucio de Dios sabe qué nauseabundos desahogos, tambaleante la cabeza, descompuesto, protestaba estropajosamente.

– ¡Hombre!... ¡eh?... cuidado... no fastidies ¿eh? que harás creer que estoy...

Su turbia razón de «ajumado» se le iba poco a poco obscureciendo con invencible sueño y dobló la cabeza.

El mozo acompañante colócle un almohadón detrás para que durmiera tranquilo su «turca», y dejando de sonreír, hablaba con la marquesa que aplicaba un frasquito sin duda de amoníaco a las narices del esposo.

Había el marqués franqueado seguramente las tres barreras que según su propia opinión, emitida en un rato de humorismo, separaban al hombre de la embriaguez declarada. Se le oyó decir que tras del primer salto hay un estado de dulcísimo sopor corporal en que al espíritu acompaña cierta vaporosidad en las ideas.

La pesadez del cuerpo invita al sueño: si el individuo se deja vencer por éste, se salva y no pasará a los otros dos estados. Ganando la voluntad de beber más, vienen durante el segundo escalón o barrera, las decisiones a los tímidos, la ilusión al pesimista, y el hombre antes débil, como una máquina a la que echan gasolina, se pone en movimiento, y gracias al alcohol se cree capaz de llevar a cabo toda empresa; –estado buscado de preferencia, por cuanto se estimula el genio, por los grandes artistas bebedores tales como Edgar Poe el de las fatídicas historias, y Rubén, mago de la eufonía.

El tercer salto... es lamentable, realmente, pues conduce a una situación de borrachera ignominiosa, con todo su detestable acompañamiento de vómitos, trabazón de lengua, enredo en los pies, caídas, disparates y qué sé yo que más.

Cuando tan a la perfección establecía estas teorías el jovial marqués nadie extrañe si a la práctica llegaba.

Pilarín le había oído estas explicaciones de sobremesa alguna vez, y recordándolo, severamente confirmóse en anteriores juicios de que su señor padre era un «tío»... y bien cochino por cierto.

Antídoto al lamentable espectáculo que el tal tío le ofreciera, púsose a contemplar la otra figura, del mozo que le traía. Fijóse entonces en que era un guapo muchachón, bien plantado y desarrollado de espaldas, tan anchas que indicaban gran fortaleza, dentro de su robustez natural que quizás se estimuló con la gimnasia y los deportes. Vuelto su aniñado y moreno rostro a la luz, destacáronse sus labios, ligeramente gruesos con cierta expresión bondadosa de alma serena, llena de encanto al par que de energía. Un espíritu ingenuo a través de un cuerpo pleno de virilidad. Sobre la nariz finamente tallada, enérgica y recta, los grandes ojos garzos seguían la misma bondadosa expresión de la boca. Rizoso el cabello y el pelo de la cara completamente rasurado. Cubría su estatura, más que mediana casi alta, un vestido de lanilla claro, excelentemente confeccionado, y que como dice algún modisto francés «dibujaba sin tocarle el talle».

Ante las helénicas proporciones del buen mozo decíase la chica que si Margarita le viera quizás le reconocería superior al capitán,—no queriendo ella misma reconocer su propia admiración... Se le figura como un hombre ya conocido en alguna parte... ¿Dónde, anteriormente? Ah que tonta, pues esa misma mañana en el saloncito con su tío, junto a la ventana. ¡El que hizo aquel ruido tremendo, rompiendo la estatua de Hércules!

Naturalmente, como que él mismo parecía un dios... Eso no se lo hubieran enseñado las monjitas más si hubiera sido en tiempos de paganía, Pilarín tendría que reconocerle su legítima ascendencia entre los olímpicos, (¡Jesús mío, perdón!...)

El dios, o lo que fuese, hablaba entonces campechanamente a la marquesa con un acento muy americano. Habían cenado juntos él y Longinos en el Palace Hotel y al despedirse, tras de beber y comer algo más de lo regular, él se retiró para escribir facturas de envíos,

mientras el marqués reunido con unos amigos se fueron a un café-cantante vecino, en donde continuaron bebiendo y «juergueando». Pasando por detalles picarescos que el muchacho semi ocultaba, se comprende que al fin le llamó un camarero, sabedor de que cenaran antes juntos, al objeto de con su influencia retirarle y terminar algún escándalo. Completa la «parranda», durmiendo la mona le soltaron los otros, y entonces intervino Oscar para llevárselo a su casa en el auto.

Porque la marquesa también le reconocía:

– ¿No es usted el joven Bustamante, aquel Oscar que conosimos a bordo?... Deme un abrazo hijo... ¿Y su familia de la capital, buenas?

– Buenas, sí señora... Gracias.

– Ay, hijo, las gracias a usted. ¡Mira que volvemos a ver en este paso! ¡Ay, Jesús mío! ¡Qué vergüenza!

– No se apure, doña, que somos de confianza... ¿Quiere que lo dejemos en su cama? –y sin esperar respuesta Oscar como a un paquete levantaba ya en sus brazos al marqués dormido.

– Deje que llame al chofer, a Maximiliano...

– ¡El chofer! ¡Ay, caray!... Pues sepa, doña, que él también tiene lo suyo, y le obligaron a trincar un poquito. Así es que enseguida le mandé al garage y ¡a dormir! Yo empuñé el volante pa la vuelta.

– Jesús, Jesús... – La marquesa apurada casi llora.

– De modo, mi buena señora que no le queda más recurso que estos «garrotes» –dice sonriente el mozo mostrando sus brazos nervudos con don Alfonso durmiendo en ellos como en una hamaca, tan feliz...

– ¡Quién me había de decir a mí que le iba a servir de ama de cría! –dijo mirándole y riendo para distraer a la marquesa, con lo cual consiguió una sonrisa...

El marqués pareció que se iba a despertar. Vociferó algo en sueños y al fin todos desaparecieron en la penumbra hacia el dormitorio con él.

Pilarín, también sonriente quedó un momento así en su atisbadero, y repentina tomó su determinación.

Se prendió bien la entreabierta bata, calzóse medias prestamente y se puso los zapatos; arregló sus cabellos ante el espejo sin quitarse su bello desorden para sólo modificarlo con arte, y borla sin polvos le atenuó algo el brillo de la cara. Después de extinguir la luz todavía tuvo que esperar un poco ante la puerta.

Cuando sintió de nuevo pasos, juzgó muy natural y adecuado hacer su aparición. Sin duda las monjas no aprobarían tan poco recatada conducta en una señorita que era «hija de María» y presunta candidata a monja; pero ella en aquel momento estaba como atolondrada, las mejillas arreboladas por lo que iba a hacer, las sienas le latían y una voz interior, no obstante, decíale sin miramientos presentándole la figura del buen mozo: «Ve, ve»...

Había pensado lo primero entrar preguntando «¿Qué pasa?», y cuando fue la hora se encontró en el salón sin saber qué decir, por fortuna con la pantalla de las manos ante los ojos, que guiñaban la luz.

Oscar, también silencioso la miraba con agrado y sorpresa, mientras se queda en el aire la mano que a Rosario tendió para despedirse...

Quien toma la palabra es la señora.

– Pero, hija, ¿a dónde vas? ¡Si no ha pasado nada! ¡Es que Alfonso ha venido con este señor... que le ha traído porque estaba... por que no estaba... bueno. Hijita, que te puedes acatarrar...

Alada, una caricia le alisa los cabellos, y Pilarín se refugia un poco sobre el hombro de la marquesita quien sonríe ahora contemplándola, y sonríe a su paisano que parece extasiado... y sonríe también a algún pensamiento simpático que ha nacido en su alma buena, mirándolos a los dos...

¡Ea! Tanto decidirse a entrar la niña y luego se queda allí hecha un pasmarote; pero lo peor es que el muchacho aquel tan grandullón y formidable, (tan guapo, sobre todo), ni produce un sonido en sus

labios viriles, ni siquiera las buenas noches con que salir del paso e iniciar la conversación, sino que la miraba profundamente, con detenimiento, y no sólo a la cara – cosa que acabó por ruborizarla. Se dio cuenta la aparecida entonces de su poco pudorosa actitud; tuvo ganas de irse, de escapar, mas sin moverse, desaparecer como una sombra, sin que la retrataran aquellos ojos en su marcha.

El minuto se iba haciendo eterno... Pronto se quebró su turbador encanto con la fuga, en un rápido saludo, a la tía y al muchacho, que casi no se oyó, y todavía le pareció a ella, de espaldas, que su bata, las formas escondidas, todo su cuerpo, se le iban agrandando, creciendo ante el curioso, como la sombra gigantesca que se proyectaba en las paredes, aunque en realidad sólo fue esfumarse en la obscuridad la figurita amable de la aparición femenil.

En el salón:

– Esa señorita es...

– Sí... es mi sobrina. ¡Ay, caramba! Se me olvidó presentarlos...

Otro día...

– Otro día... – repitió el mozo automáticamente.

Luego, despedidas, silencio y obscuridad...

Y detrás de aquella puerta que se cerró, un alma jovenzuela que continuó insomne mucho espacio en la noche; el reloj soltando una y otra hora en el seno de las tinieblas con la misma parsimonia inquietante con que van cayendo las piedras en un abismo, misteriosamente... horas todas contadas por Pilarín que se levanta de nuevo para tomar cualquier librote con objeto de ayudar al sueño; la santa Biblia leída distraídamente... «*¿En qué parte se halla tu amado, oh tú, la más hermosa de las doncellas?*»

No la más hermosa, pero sí una bastante linda doncellita apaga otra vez la luz y recomienza a dar vueltas y revueltas en la cama, mientras la imaginación fabrica atropelladamente imágenes, todas confusas, sobre las cuales se yergue victoriosa, como el sol sobre las nubes, la de un gallardo mancebo entrevisto dos veces, ante quien el capitán de Margarita, los jóvenes que se le habían declarado, el

apuesto don Alfonso, y ¡ay! hasta el pobre Panchito no eran más que monigotes.

Sin pensar ya tanto en el hermano que en otra habitación quizás también insomne sufría y lloraba por su causa, su pensamiento, dormido o despierto, acariciaba la ilusión de algo así como un boy-scout hermosote que le daba la mano para atravesar montañas y alguna vez la carga sobre sus brazos robustos para atravesar los precipicios... ¡Qué disparates se sueñan!

#### IV

### HÉLE AQUÍ

«... el muchacho con la mayor frescura, cogió un arco de fresno que entre las manos tenía y poniendo en él una flecha, la disparó con mucho tino. Llevó Isabel sus manos al pecho, porque sintió allí la punzada, pero el rapazuelo, como si alas tuviese, salió volando por los aires lo mismo que un azor...

RICARDO LEÓN  
*El amor de los amores*

La ficción mitológica nos dice que la ninfa Proserpina recogía flores cuando fue robada violentamente por Plutón, el temible dios de los Profundos... Ceres, su madre, diosa de los campos y bienhechora del género humano, quejóse a Júpiter por tan abusiva «confianza»... Y obtuvo al fin que su hija pudiese pasar seis meses junto a ella, sobre la tierra, después de otros seis encerrada junto a su esposo. Esto es emblema del grano de trigo, también durante un tiempo en el seno de la tierra, para luego sobre ella florecer. Y es símbolo igualmente de cuanto ocurre con la vegetación de las zonas templadas tan diferentes de aquella

*...zona fecunda  
que al sol enamorado circunscribe  
el vago curso...*

cantada por Andrés Bello. Seis meses dura el verdor de los árboles en estas latitudes y durante otro lapso así de tiempo la mayoría de ellos parecen como muertos. Toda vida duerme en ellos con el frío...

¡Primavera, alegría, juventud! Y tras ella el bochornoso estío con sus germinaciones, vueltas realidades las promesas de los capullos, que se abren al calor veraniego.

Ha pasado el tiempo de las rosas; pero es llegado el de los claveles que revientan como una herida de sangre en diversos rincones del jardín; bajo la lluvia benéfica que las manos de Pilarín Noé dirigen con la manguera de un extremo a otro procurando no romperlos. Inexperta jardinera, al fin dáse cuenta que no se hizo el fuerte chorro para tan débiles plantas y va a buscar la regadera.

Cae, pulverizada ahora la llovizna sobre las flores, mientras la niña, satisfecha, canturrea a media voz con la música del agua.

Los árboles están verdes y hermosos en el jardín y en las calles. Secos, esqueléticos, parecía como si en sus muertas ramas durante el invierno, no hubiera nunca de ascender la savia.

Y un día el esqueleto se pobló de botones; otro día de los botones salen dos hojitas, y crece y se puebla el árbol y se alegran las calles, y a las almas llegó también la influencia del milagro primaveral cuyo anuncio fue el canto de las típicas «caramellas», comparsas festivas que en la noche del Sábado de Gloria y Pascua de Pentecostés recorren las calles barcelonesas lanzando al aire un canto de alegría:

*Al cel brillaven milers d'estrelles.  
Era de Pasqua l'hermosa nit...  
Al vent llençaven les caramelles  
Cançons alegres entre el brogit.*

Esto también canta la chica, aunque ya no es primavera sino *estío*; aunque la «nit de Pasqua» ya pasó: pero hay Pascua y alegría vaga en su corazón, que canta como todo el jardín, alegre sin saber por qué causa, (quizás el agua, quizás las flores...).

Su misticismo ha sufrido un eclipse. Hace días no abundan los rezos, sino las bromas y las risas, sin ponerse seria por la tristeza de su hermano, a quien distrae y hasta enseña a bailar a compás del gramófono, logrando gracias a ello el agradecimiento de la madre.

*¡Canta, canta y no llores  
 que cantando se alegran  
 ¡cielito mío! los corazones!...*

Todas las mañanas (que desde el colegio aprendió a levantarse temprano) usurpa su puesto al jardinero y se siente jovialmente laboriosa.

¡Maliciemos!... Todas las mañanas, también se siente el ruido estrepitoso de una motocicleta, cuyo dueño tiene el pésimo gusto de trocar las suaves sábanas por sentarse en el armatoste y producir aquella algarabía, arriba y abajo de las calles del Ensanche. Una vez lo oyó Pilarín, al pasearse tempranito entre las flores, y se acercó a la reja para ver de cerca aquel furioso deportista, y desde tal momento el deportista, que la reconoció, no pasa una vez sólo por aquella calle y tan temprano...

Se miran todos los días, cambian algunas palabras, se sonríen... y la espantosa moto sigue haciendo de las suyas. Ya se habían conocido y hablado por primera vez en la mesa de don Alfonso, donde comieron juntos una vez (pues el motorista habrá comprendido el lector si no es muy *sonso*, que es Oscar, a quien me referí con ese *héle* que es masculino y no *ele* femenina al encabezar este capítulo.) Véase, si es que alguien me inicia un *¿quare causam?*... por qué razón cuando un motorista o motociclista se presenta enamorado, también una niña bella puede consagrarse a la jardinería...

Los novelistas, amigos de saberlo todo, hemos podido observar cómo, al poblarse la calle con el ruido de la máquina más antipática que pudiese forjar Cupido para lanzar desde ella sus flechas, (una «Standard» inglesa legítima) en lugar de huir aterrorizada la chiquilla, muy al contrario se acerca a la verja a enviar sonrisas por allí. ¿Qué ocurrencia eh? Pues esta aproximación y estas sonrisitas no tienen lugar hasta después que Pilarín mira con disimulo arriba a los balcones y abajo a las cuadras y garage a fin de estar segura de que nadie la ve.

*¡Juventud, divino tesoro!...* No, Dios mío; no todo es alegre en el verano; no todo es tesoro y alegría en la juventud, que de todo hay en la viña del Señor y Dios a veces tiene el capricho de obscurecer ciertas vidas en la sombra del dolor; de amargar unos años juveniles bajo un triste destino que un muchacho no merece. Hoy, por la mañana en lo alto del balconcete que da sobre el jardín de don Alfonso ha salido una aparición triste y melancólica, apoyándose en la baranda.

Casi no lo podemos reconocer. Es Panchito, que está enfermo y está flaco, y aunque no desesperado, aunque su tristeza y su enfermedad son calladitas y quietas y parece resignarse, el caso es que se va desmejorando, perdiéndose, víctima de la anemia y consunción...

¡Y el pobrecillo no ha pecado! El no ha malgastado el «divino tesoro» ni hecho diabluras; ni fue calavera; pero hereda las calaveradas y se consume de enfermedad y de pena.

Ha pasado mala noche y se halla débil. Ya no mira a su hermana con codicia sino con melancolía. No sabe lo que tiene, ni lo que desea. Pilarín le quiere y cariñosa le cuida, le mimas y le distrae y a él parece conformarle eso.

*Canta, canta y no llores  
que cantando se alegran  
cielito mío, los corazones...*

Muy entregada se halla la niña al riego y al canto esta mañana, («¡guarda, Pablo! que hay moros en la costa»...) y es porque descubrió a su hermano en el balcón y su instinto le indica que no debe mirar hacia la calle. El de la moto pasa y repasa una, dos y tres veces, descubriendo siempre en el jardín la forma blanca que hoy, como si no oyera la bocina, los que parecen disparos, el *puf... puf*, el *trac, trac* y el *trepideo*... ni por casualidad saca la cara por entre los barrotes como siempre.

Visto esto, el indiscreto se detiene para indagar por qué misterio hoy le falta su sonrisa cotidiana; echa pie a tierra y con decisión se aproxima: ¡Madre mía, qué imprudente! Lo notará Panchito...

Oscar, en tanto, se quita el sombrero y ruega que le abran...

– Está mi hermano allá arriba, murmura Pilarín con disimulo, señalando por medio del rabillo del ojo – (un rabillo muy cómodo...).

Oscar se pone en la cadera una mano de la que pende el sombrero y extiende la otra.

– Vengo de visita, a ver a... don Alfonso. Abra con naturalidad, que esto no tiene nada de particular, señorita.

Así lo hace la niña y el visitante temprano le estrecha la mano, la pregunta muy cortés por su salud, dirige una ceremoniosa inclinación a Panchito, y Pilarín, que ha entrado ya «en situación» dándose cuenta de que aquello puede pasar como casual, indica a su hermano que baje a recibir al que llega. Mas el muchacho está en traje de casa, con una descuidada bata japonesa sobre el pijama y hácela seña rápida de que así no se reciben visitas y váse adentro para arreglarse.

Todo ha ido bien. Los que quedan conversan:

– ¿Por qué se le ha ocurrido a usted hoy pararse? Mi hermano puede que se disguste...

– Todos los días paseo por aquí y una muchacha muy linda me manda los buenos días con su mirada no más... Hoy no me ha saludado y entonse me dije: Anda, métete, Oscar, que esto te hace farta y quién sabe si te va bien...

Sonrió la niña, alzando un dedo amenazante:

– Sí, pero unos no deben darse un gusto que para otros sea disgusto...

– Ya salió el hermanito... Es que usted me lo quiere tanto... ¡Qué suerte! –Aquí un suspiro de su gruesa humanidad.

– ¡Suerte! ¡Pobre Panchito! No le envidie usted ni en broma. Está enfermo...

– ¡Pobre! Y usted es tan buena que lo debe querer con compasión. Yo no quisiera disgustarlo en lo más mínimo y hasta quiero ser su amigo más íntimo. Usted va a haser que lo seamo; usted va a serme la Virgen que hará este milagro...

– ¡Ojalá! Y que lo animáramos un poco, porque yo creo que se nos va a morir –dijo la niña tristemente, mojóndole los ojos dos lágrimas que asomaban a ellos...

Suspiró Oscar también, –los americanos son muy románticos– y soltó esta parrafada sentimental:

– ¡Yo quisiera ponerme muy malo y triste hasta morirme con tal que esas lagrimitas fueran por mí y que fuera usted la que me matara!...

– Anda, no diga usted esas cosas y vamos arriba a continuar la visita. ¡Buena planta tiene usted, tan robusto, para enfermarse y morirse por nadie!...

– ¿Que no? Póngame a prueba y verá que me vuelvo más delgado que un tirigüiyo...

– Jesús, María... ¡tirigüiyo! ¿Con qué se cocina eso?

– Vamos andandito, que se lo explicaré por el camino –contestó, riendo Oscar a dúo con la niña, los dos ya tan felices y tan contentos, pues los enamorados son como niños y estos pasan fácilmente de la risa al llanto; de las lágrimas, que su sentimiento exagerado aprovecha para derramar por cualquier causa, a la risa que sale también con cualquier motivo.

No respondo si fue el grave asunto del *tirigüiyo* lo que hablaron de camino.

Ello es que se entretuvieron y los vamos a encontrar después sentados frente a frente muy satisfechos, charlando y discutiendo, en el salón donde Oscar cometió un día cierto estropicio.

– Desde aquí la vi la primer vez... –dijo el atleta señalando con la mirada hacia el balconcete.

– Sí... es verdad... – Breve pausa. El silencio es muy solemne... pero ellos se miran con toda el alma y se sonríen. Ya es bastante.

Al cabo de un rato, cuando entran la marquesa y Panchito, la conversación se desliza sobre una magnífica estatuilla de mármol y algún oro que ha regalado el día anterior el joven visitante a don Alfonso, no como indemnización, sino más bien en recuerdo del día en que le rompió la otra.

– Bese usted, aquí, doña Rosario – dice campechanamente Oscar a la marquesa señalándole el pedestal de la figura –. Es todo oro de nuestro país...

– ¿De veras, hijo? No pensaría yo nunca que en mi tierra se iba a coger tanto metal de ese.

– Doce días me he estado en Jaina pagándole pesos a unos muchachos que me lo iban cogiendo en el fondo del río... Y mire, me han servido para hacer un obsequio a unos buenos amigos como usted, a quien yo tanto apresio y para que mi doña Rosario guarde el recuerdo de la tierra.

– Mucho te lo agradezco, hijo. Además, el grupo es precioso y es cosa más bonita que el otro que había. La verdá que eres ocurrente, muchacho.

– Ninguna ocurrencia. Y oiga, doña Rosario: ¿no se le figura que este Hércules se parece un poquito a un santo? He visto un San Cristóbal del Ticiano en el palacio de los dux de Venecia, que por su cuerpo grandote, tremendo, y el palo en que se apoya, llevando el Niño encima, puede confundirse con Hércules y el Amor, inclinado sobre la clava...

– Sí, es verdá... –asintió la marquesa Rosario meneando la cabeza, más bien por complacencia.

Un ambiente de paz les circuía a los cuatro... Pilarín –que se encontraba allí a su placer, en contemplación ante el mozo cuya figura simpática y bonachona concentra la atención de todos, hasta el

mismo Panchito que le escuchaba interesado— quiso dar cuerda a la conversación prolongando el agradable instante. Y se acomodó mejor, en el sofá donde estaba sentada cruzados los brazos después de llamar a su hermano para que se sentara a su vera al paso que dirigía una profunda mirada de afecto a Oscar en compensación.

— Vamos, cuéntenos usted la historia de ese San Cristóbal, que debe ser bonita.

— Pues, hija, ná... Que a San Cristóbal le achacan muchas cosas que son cuentos. Disen que como era corpulento y muy fuerte y sufriendo necesidad se puso a la vera de un río para ganarse la vida pasando la gente en brazos, de una orilla a la otra. Un día creo que se le presentó un niño presioso, que no tenía el pobresito ni un centavo con que pagarle, y le pidió lo pasara. Como Cristóbal tenía buen corazón, cargó con él, y según lo iba pasando va notando que se le pone pesado, pesado... Y le pregunta entonces qué milagro era ese, que siendo tan chiquito pesaba tanto.

«— ¿Como quieres que no pese — le dijo el niño enseñándole una bola— si llevo el mundo a cuestras? — » Porque aquel niño era el Niño Jesús, nuestro Señor. Pero todo esto son leyenda, lo mismo lo de que se apoyaba en un árbol de tan gigante que era. Su historia verdadera es otra... Anda, Panchito, mi hijo, ¿quieres llegarte a mi cuarto y me traes un libro colorao que dice «Vidas de Santos»? —dice prestamente acariciando la cara de su hijo que muy atento le escuchaba, en tanto ella, temerosa, apunta las miradas a hurtadillas entre Pilarín y Oscar.

Seguían éstos el curso de su poema anterior. ¿Qué importa si esa divina música se le pone la letra de una fábula piadosa o las palabras de la verídica historia del mártir San Cristóbal? Todo sonaba bien en sus oídos, hasta la voz de Panchito cuya madre tuvo el buen acuerdo de hacer leer cuando retornó.

«San Cristóbal era cananeo... (¿Qué es cananeo, mamá?) y peleó contra los persas en tiempos del emperador Gordiano. Cuando reinaba Filipo se convirtió al cristianismo y quiso predicar su fe en Licia, obteniendo muchas conversiones. Llevaba una vara en la mano

y una vez la hincó en el suelo y floreció, acabando de convencer este milagro a muchísimos que enseguida pidieron ser bautizados. Por este motivo, gobernando Decio fue puesto en prisión, y martirizado sobre ardientes ascuas; le rociaron con aceite hirviendo, lanzando multitud de saetas contra él, una de las cuales dio en el ojo del verdugo; pero con sangre del mártir se curó. Por último, le cortaron la cabeza...»

– ¿Nada más?

– Jesús, qué barbaridades...

– ¡Qué gentecita aquella! –dijo Oscar en una carcajada.

– Entre paganos, hijos, y como no creían en Dios... Pero ahora este señor Oscar, ya que a ustedes les gustan tanto las historias, nos va a desir en dos palabritas quién era ese Hércules y en qué se parece a San Cristóbal su vida.

– No, si no es la historia lo que se parece, es la figura. Digo yo, vamos... que me lo imagino... como esta estatua. Los dos grandotes, corpulentos, éste con el Amor a cuestras; el santo cristiano con el divino Amor Hermoso sobre el hombro... ¿Le interesan esas tonterías? ¡Mire que yo contando fábulas!..

– Cuento, cuento – exclamaron a duo ambos chicos inclinados ante Oscar para escucharle.

–Pues Hércules fue el más famoso de esos héroes o semidioses, hijo de Júpiter y una mortal. La celosa Juno que no era su madre, le puso bajo el control de Euristeo, el cual obligó al héroe a llevar a cabo las más terribles pruebas y trabajos. Gracias a su fuerza enorme, desde chiquito ahogó, –como si ná...–dos culebrotas que puso la comadre Juño en su cuna para acabar con él.

De sus dose trabajos los más sélebres fueron venser al león de Nemea – y es esa piel que lleva sobre los hombros, como trofeo glorioso...

Ingenuamente preguntó al llegar aquí Panchito abriendo mucho los cándidos ojos:

– ¿Y eso ocurrió de verdá?

– ¡Anda tontín! – corrigió la niña con un ligero golpecillo sobre la mejilla – ¿No ves que todo lo de Hércules son fábulas de los tiempos paganos, en que no se creía en Jesucristo? Siga usted Oscar...

– También se atrevió a robar las manzanas de oro en el jardín de las Hespérides –que probablemente serían naranjas de la China...; cortó las siete cabezas a la Hidra o monstruo de Lerna; mató al toroso que embromaba en la isla de Creta, y vense a las amasonas, –unas lindas damitas, valientes y varoniles que no querían ná con los caballeros– y obliga a su reina, dominada, a casarse con su amigo Teseo. Y así, como quien no quiere las cosas, limpia los establos de Augias rey de la Elide, utilizando para la operacionsita ná menos que un río que saca de su cause.

En fin, que se desvivía por hacerle un servisio a sus amistades y hasta bajó a los infiernos para sacar de allí a un amigo suyo. ¿Qué tal? Y este tipo célebre, este héroe tremendo, a la manera de muchos atletas de circo y campeones de boxeo a quienes domina su costilla, sus últimos años los pasa a los pies de Onfala...

La niña es ahora quien interrumpe:

– ¡*Onfala!* Nombre más raro... y bonito. ¿Es una mujer, eh?

– Sí, señorita; una bellísima reina que lo hace su esclavo; una personita que domina el grandullón... – Oscar aquí suspira mirándola a ella... – El Héroe, vestido de señora, hila la rueca a los pies de ella, mientras la *dulce y pálida Onfala* se da pisto con la piel del león de Nemea y de cuando en cuando le sacude una pela con una sandalia chiquirritica para desirle que lo hace muy mal...

– ¡Pobre Hércules! ¿Y así murió, en aquella postura?

– No: Hércules se acuerda al fin de que es un hombre –y no sé si un hombre cualquiera –y no sé si dio dos patadas a Onfala diciendo: «basta de choteo; ahí queda eso...» pero sí que se escapó para ir a buscarse una novia menos caprichosa.

Había jurado vengarse del rey Euristeo quien le prometió su hija en matrimonio y se estaba haciendo el sordo. Va allí, toma la ciudad, mata al rey y se lleva su muchacha. Entonces es lo malo; porque recibe

un regalo de boda de otra mujer celosa, Deyanira, que le manda cierta túnica envenenada y al ponérsela siente que le corre como fuego por todo el cuerpo y le arden hasta los huesos. Loco, desesperado, busca una muerte digna de él y se fabrica una gran pira en lo alto del Etna acostándose encima, después de prender la candela... Y así muere el cuerpo del héroe cuyo espíritu Júpiter hase entonses semidiós colocándole en el cielo, entre tanto que el volcán Etna sigue ardiendo con fuego inextinguible en su memoria... Y se acabó mi cuento con ajís y pimienta. No me hagan ustede contar otro...

– Bonita fábula... Cuenta usted divinamente la historia de ese pariente suyo... –dice la niña riéndose y haciendo reír a los demás, – porque en efecto el corpulento joven recordaba a todos la estampa de Hércules o de San Cristóbal por lo menos. El mozo se amoscó, igual que en todo momento que presentía una burla, nunca menos esperada que en aquellos agradables instantes y dijo muy serio:

– ¿Cómo mi pariente? Usted si se está choteando...

Apresuróse la niña a enmendarlo:

– No señor, no. Es que como usted parese así, muy fuerte y robusto... y ... Hércules tampoco debió ser feo...

Ya el arreglo iba mejor encaminado a conseguir que el rostro de Oscar se iluminara ante aquella armoniosa voz que subrayando y alargando las palabras de la última frase, involuntariamente casi le llamaba guapo, sin despertar recelos en el alma de Panchito, regocijado todavía a la idea de la niña y repitiendo:

– ¡Qué ocurrencia! ¡Su pariente! –Levantóse del sofá al objeto de contemplar nuevamente la estatuilla. Y, para variar Rosario preguntaba entonces, refiriéndose a la ciudad.

– ¿Le va gustando ésto Oscar?

– ¡Mucho! – articuló con pasión el aludido mirando a Pilarín sin reparo, ya que el que pudiera abrigar celos se hallaba de espaldas... Y ella correspondió con una profunda mirada de afecto.

El hálito de la tragedia pareció soplar de repente una pequeña bocanada de inquietud sobre la amorosa atmósfera de la salita.

La marquesa se estremeció... En un principio, desinteresada, noblemente, sonrió a la idea de una simpatía repentina entre los dos muchachos sanos, jóvenes y hermosos, Pilarín y Oscar; pero notóse entonces toda llena de la presencia de su hijo, impresionada de temor por aquella vida que ya padecía bastante, el pobre hijo suyo, el dueño de su alma. Y sus ojos en susto, inquietos, advertían sin querer a los descuidados que no estaban solos, que allí había un tercero, sin contarse a la madre, a quien se debía evitar más duras penas en la vida.

Ellos, los absortos, diéronse cuenta y trataron de conversar cosas alegres e interesantes para todos, acercándose el joven dominicano a Panchito, preguntándole con mucho interés sobre sus gustos y aficiones; si no desearía ir en bote; si le gustaría pasarse el día en la playa o en el mar, en lancha propia y bonita como la que en el Club Marítimo Oscar tenía, ¡una preciosidad de lancha! Sugestionándole en fin, ganándole la voluntad con visiones de pleno sol y pleno aire hasta que el chico aceptó su invitación para irse juntos.

Rosario disfrutó un momento al notarle animado, después de tanto tiempo de verle siempre triste. No obstante, suspira cuidadosa... ¿En qué pararía aquello?

Feliz, quedándose sola junto a la marquesa, contemplándoles desde el balcón marcharse, uno detrás del otro sentados en la moto, Pilarín dijo a su tía mientras le pasaba el brazo cariñosamente al rededor del cuello.

– Tía, no ponga usted esa cara, que Panchito se pondrá bueno pronto y viviremos muy felices.

No se atrevía a confesar su fe en que semejantes y otros milagros le serían fáciles al joven Hércules, todopoderoso a sus ojos, porque la piadosa señora, incrédula –¡qué duda cabe!– hacia las cosas paganas, sólo murmuró dulcemente con un suspiro:

– Dios te oiga, hija.

V

LAS CABALLERIZAS DE AUGIAS,  
REY DE LA ÉLIDE

«Calla, calla, princesa –dice el Hada Madrina en  
caballo con alas, hacia aquí se encamina,  
en el cinto la espada y en la mano un azor,  
el feliz caballero que te adora sin verte  
y que viene de lejos vencedor de la muerte  
a encenderte los labios con un beso de amor...

RUBÉN DARÍO

*Sonatina*

Señor Dios de los ejércitos, Dios mío ¿qué debe ser ésto? Los cielos se desquician; el mundo es un caos que no hay quien lo entienda, pues los hombres parecen semidioses a los ojos de una chica, y los semidioses andan preocupados, sumidos en la desesperación y en la impaciencia; y de todo ello sólo vemos un mozo pensativo y de mal humor cierta mañana en que pasea por la habitación de su hotel alisándose nerviosamente los cabellos, cuando no se entretiene en marcarse *goals* imaginarios propinando patadas a los libros, gorras y papeles, que, sin culpa en sus trastornos, van a parar a la cama. Furioso deportista, descubre una pelota colgante, y a la manera de Arquímedes cuando saltó con su ¡Eureka! de un brinco váse a ella a darle puñadas con dos gruesos guantes de que se armó no sé cómo y calmar así la intranquilidad de sus nervios.

¡Bueno está el horno para bollos!

Una mujer bajita, de facciones vulgares, pero con muchos olores a esencias y el colorete ampliamente prodigado sobre las mejillas, y el correspondiente carboncillo en los ojos, y lápiz rojo dibujando la boca, que aseméjase a una herida sangrienta y hasta goteando, asómase a la puerta. El vestido corto y ceñido pugna por señalar todo lo señalable, mientras el tul del sombrero produce sombra a los ojos voluptuosos.

Viene a decir adiós a «su nene» porque va de compras, según declara una vocecilla expresamente hecha melosa que a Oscar, el «nene», le sienta como un golpe en la mandíbula si boxeara de veras, y como no está propicio a la zalamerías se hace el distraído con sus continuos puñetazos a la goma. Pim, pam, pim, pam... para pam... ¡Para pan está el horno!...

El mozo no le ve, claro, porque vuelve la cara del opuesto lado, y a éste se dírlge la atildada personita que tiene prisa, pues mira antes de la vuelta su reloj de pulsera. Oscar no tiene más remedio sino darse por enterado, saludándola al fin y posa con ligereza sus labios sobre la empolvada superficie —y después— ¡oh, qué grosero se vuelve uno cuando ya no quiere!—la pregunta aparatosamente, con aspavientos de limpiarse la boca, que qué demonios de polvos usa que le saben a ceniza.

¡Uy, uy, uy! Las mimoserías se truecan en un gesto orgulloso de desprecio; en la indignación más rematada todo el caudal de cariñosas expresiones con que venía provista, y, poco afectuosa, se despide diciéndole que «está hecho un bestia», marchándose de un portazo.

¡Bueno! Ya esto último es más satisfactorio, y él cesa la violencia de su entrenamiento y se deja caer sobre una silla viajera de extensión que parecía esperarle en medio del cuarto muy revuelto.

Mucho desorden hay. Por aquí maletas, por allá baúles, en torno suyo todo es confusión. En el escritorio de trabajo luce una máquina de escribir y al rededor planos, facturas, muestras diversas se ostentan en pintoresco conjunto cual si nerviosas manos los manejasen.

El sabio, el prudente mancebo que supo establecer el equilibrio en su naturaleza y en su vida, alternando, sus ocupaciones sedentarias, mercantiles, con el ejercicio de los deportes; el hombre «*mens sana in corpore sano*», a quien Dios protege en su comercio por su honradez y laboriosidad, su osadía para los grandes negocios, coronados siempre por el éxito que dábale pie a nuevas empresas ¿a qué mostrarse hoy visiblemente contrariado? Sus asuntos del bolsillo marchaban a satisfacción, aunque nunca fue cosa que le preocupó ni quitó el sueño. Madre y hermanas, por herencia paterna, disfrutaban allá en su país rentas cuyo capital él siempre respeta, trabajando con su parte hasta crecerla abundantemente. Y el lema suyo en los negocios pareció ser: O completamente rico o por completo pobre. César o nada. Así, exponía su capital, metiéndose en empresas que hasta entonces fructificaban quizás por lo mismo que no lo detenía el miedo a que algo se le torciera en su camino.

El amor... Para el reposo de su juventud conservaba una mujer a su lado, no sabiendo cómo desprenderse de ella sin lastimarla. Ya le oímos sus ideas a ese respecto. Pero...

¡Ay, omnímoda voluntad del hombre fuerte, que te quiebras al amor nuevo como al fino cristal de Bohemia rompen los líquidos calientes con exceso! Aquella muñeca de carne y trapos ya él la tenía, como vulgarmente se dice, más arriba, mucho más, de los mismísimos cabellos. Le empalagaba y aburría tanto, igual que el piñonate de su tierra, comido en abundancia. En cambio, otra, un hada, aparición divina, se había cruzado en su senda estremeciéndole de codicia y de ilusión.

¡Pilarín! Nombre de plata en la linda muchachita, en quien todo era hermoso, bueno, interesante: la tristeza que en sus ojos se retrataba; la tragedia de su vida amenazada de cariños imposibles. ¡Todo en ella era bello y le atraía! Sus ojos grandes que unas veces se animaban con las bromas; otras, se volvían repentinamente tiernos y contaban muchas cosas sabrosísimas, bajo las pestañas, en el entornar los párpados tan sólo!

–Pero... ¡carátula. ca-chimbo y recachimbo!

¿Se está choteando de mí? ¿Me quiere o no me quiere? – preguntábase ansioso con los puños apretados. Y para tranquilizarse invocaba su imagen, cerrando los ojos, y la contemplaba de nuevo amable y simpática, como cuando aparecía en la verja de su jardín, sonriente, o en las pocas veces que pudo hablarle.

*“Creatura bella bianco vestita”*

cual la «bella giovennetta» del poeta italiano. Era linda y no boba a estilo María Cruz.

Sus ojos hermosos se habían posado en los suyos siguiéndole hasta en el alma y sin duda desde el principio supo descubrir la impresión que en él causó ¡Cómo se extasiaba evocándola y rememorando una por una sus palabras, sonidos vagos en cada uno de los cuales sabía encontrar él un oculto y misterioso sentido de amor! ¡Si casi no se habían hablado! ¡Si casi nada se habían dicho! Pero se conocían a fondo y estaba seguro de que se compenetraban. Divina, divina criatura... Y Oscar, tirado en el lecho, se estremecía y no de deseo, anegado en ternura, con los ojos cerrados, imaginando poder estrecharla en sus brazos un segundo como estrechaba la almohada... Aquella cabecita negra de rizos... Y cuando la mirada turbadora se dirigiera de un punto a otro, a su vez turbada de ver aparecer en algún rincón al hermanito, Oscar la tomaría en sus brazos, la llevaría muy lejos, arrullándola – en esta forma:

–Vente sin miedo en mi compañía. Yo te protejo. ¿No sabes que te quiero con toda mi alma? –

Tal si le zumbaran los oídos, Mari Cruz aún tiene humor de volver por alguna cosa que se le ha olvidado; y Oscar, caído del cielo, no resiste las tentaciones de la tierra ni la segunda embestida. A fin de que resalte su indiferencia coge un librito, lo abre en el sitio donde está señalado por el corta papeles, y echado en la cama, con los pies en el aire – inverosímil postura de equilibrio, –lee.

– Oye, cielo... –dice ella.

El no oye, lee a grandes voces:

– «*Limpió también las caballerizas de Augias, rey...*»

– Mira– le increpa nuevamente la enfadada mujer – Será mejor ¿oyes? que antes de limpiar las caballerizas de ese rey...

– «...*Augias, rey de la Elide, sacando de su cauce el río Alfeo*»... – siguió Oscar, que por lo visto en aquel libro aprendía sus historias de memoria.

– ...¡dejes que limpien tu cuarto que parece una cuadra! ¿oyes? Y si no, buen provecho. Abur.

Y con otro golpe en la puerta se marchó.

¡Oh fémina traviesa e inquietante! Cuando el hombre está propicio a meditaciones de trascendencia se halla mejor solo y en la paz de su cuarto.

– Sí, –pensaba él–, la casa-palacio de los Longinos según rumores veníase abajo con las deudas del cabeza de familia; buscan un marido, un San Servindres ¡qué asco! para la muchacha; el hombre iba tras todas las hembras; el hijo en pos de la hermana; y de todo esto dos mujeres sufrían víctimas de tamañas suciedades, ¡Allí hacía falta un hombre, él, para arreglarlo, lavando el palacio de todo lo inmundo, tal hiciera Hércules con las caballerizas del rey de la Élide, cuyos caballos sanguinarios devoraban a los mortales! ¿Qué mejor trabajo y qué mayor semejanza encontraríale ella con el dios si pudiera arreglarse todo?...

Arremangóse el pijama para mirar después de sus puños, sus fuertes bíceps, sus robustos antebrazos. ¡Era lástima que todo no pudiera componerse a trompadas en el mundo!...

Si no, ¡qué de prisita lo arreglaba él!

Un desaliento repentino le entró, y el espíritu, bajo su peso, hizo desplomar el corpacho robusto en una silla que crujió, la pobre, quejándose. ¡Bueno estaba él para arreglar lo ajeno si lo suyo propio andaba mal!

La hembra aquella mucha razón tenía con sus palabras ligeras, cuya aplicación buscaba él a otro orden de cosas. ¡Antes que limpiar caballerizas, antes de meterse a trabajos hercúleos, él debía limpiar lo sucio de la suya, y echar a la calle a su querida! ¿Pero cómo salir de ella?...

Desalentado, el excelente Oscar mordió sus puños como un niño que tiene hambre, y después extrayendo del bolsillo del pijama su estilográfica que nunca le abandona, coge del escritorio unos papeles en blanco que empieza a emborronar, febrilmente, sin pensarlo mucho; frases que le salían del alma; tachando algunas de un tirón con cuatro rayas: otras leyéndolas de prisa y aprobando con la cabeza el borrador, de esta extraña carta:

«Amor mío: Deje que le llame así por primera y quizás única vez, si nuestro destino o lo que otros llaman mala suerte – en la que no quise creer yo hasta ahora, disponen que así sea. ¡Amor mío! – repite mi pluma, y lo escribe con un gusto, pensando en usted, como por ser la única vez en que formulo yo esa frase pronunciándola al mismo tiempo el corazón. ¡En tantas ocasiones en que tales palabras salieron de los labios acostumbrados a decirlas sin fe, cuando los brazos estrechaban alguna de esas muñequitas de carne, sin un alma bella e inteligente como la suya, que Dios quiso alojar en ese cuerpo hermoso y lleno de encantos.

«Yo quiero decirle antes de irme que la quiero aunque no más sea una vez sola, y que tanto la quiero, que pese a mí, y a no querer mi voluntad – en la que hasta ahora mandé – sino decirle una cosa muy distinta, las palabras de amor salen espontáneamente de mi pluma; aunque deseo contenerlas, y la dichosa estilográfica –que tiene una chapa que dice «Mercantile» –sólo corre y se complace en escribir con suavidad sus alabanzas!...

«He oído decir muchas veces que cuando amamos a una persona siempre se nos figura distinta a las demás; extraño, superior su carácter; sus perfecciones únicas, y su inteligencia y corazón también. ¡Cuánto yo debo querer, puesto que así se me presenta siempre a los

ojos de mi amor, la niña de mis ojos; como una muchachita bella y extraordinaria, y por eso mismo me atreveré a *decirte* –perdón–... a *decirla lo...* no, que suena mal –a decirte lo que quizás no se diga a mujer alguna a quien se hace la corte y de cuya afición todavía no se está seguro.

«Te estoy engañando, mi vida y te pido perdón... Yo no debo empezar por conquistar tu simpatía, sino diciéndote quién soy y cómo vivo, puesto que a tí, en tu lealtad y confianza, sólo te basta que te pareciera un buen muchacho para acogerme en tu dulcísima amistad...

«Pero hay algo más, niña mía, y yo entretenido con la dicha que parecían prometerme tus ojos, no te he hablado de otros lazos, de otras cadenas de que no sé desprenderme sin herir a quien si bien no es más que una muñeca sin cabeza, un bello animalito adicto, no tiene en cambio culpa de que yo me haya enamorado como un bruto.

«Yo soy leal y soy bueno; la esperanza de ser feliz me distrajo y no te advertí; pero ahora voy a hacerlo aunque casi lloro de pensar que quizás puedas no quererme...»

El fogoso escribiente se detuvo indeciso al llegar a este punto, rascándose la cabeza con el extremo de la pluma. Ignoraba el medio de referirle a la niña sus peliagudas relaciones con aquella María Cruz de sus culpas y pecados... Era la cosa tan rara, eso de contarle a la amada criatura sus enredos... Y sin embargo, un imperativo de conciencia honrada, de su franqueza natural, parecía impulsarle.

¡Qué majadería! Toda la carta era inconveniente, pura sonsera, por lo cual, cambiando el pensamiento, la arrugó de pronto con su diestra poderosa, dispuesto a pulverizarla... Y se detuvo otra vez, desplegándola y tornando a leerla, porque... en resumidas cuentas... no la encontraba mal escrita, y el autor no se hallaba disgustado de su obra... Recitó en voz alta, conmovido con sus propios sentimientos, sus párrafos más sentimentales, y terminó por guardársela en un bolsillo.

El baño le aguardaba; la navaja de afeitar también, y entregándose con ahínco a uno y otra, pulcramente vestido, al cabo de una hora dejaba sus habitaciones que quedan en completo desorden, mientras él, ya más feliz y optimista bajo los efectos de su higiene personal, con la agradable sensación de vida y salud que producen el agua y la ropa limpia, descendía la escalera del hotel tarareando un tango y en compañía de su camarita fotográfica.

¿Las caballerizas de Augias, rey de la Élide?... ¿La limpieza de sus costumbres?... Sí, sí... Bueno... Claro que él tendría que poner las cosas en su punto un día u otro; que declararía a Pilarín su amor y sus costumbres. Pero ahora por lo pronto lo importante era verla, ¡verla y hablarla aunque fuera para decirse tonterías y quizás ni una palabra sobre aquello que guardaba el corazón!... Su Kodak fotográfica le proporcionaba pretexto para estar junto a ella, y la retrataría sola, con su hermano y la viejita, en el jardín y en la calle, a todo bicho viviente y en todo rincón interesante.

Borrábase ya de su memoria sus anteriores ideas y propósitos sentimentales de confesiones y declaraciones, cuando al cruzar el vestíbulo del hotel para salir a la calle llegó a él una carcajada muy conocida que salía del salón próximo, ante cuya puerta pasó rápidamente. Se detuvo. Miró adentro procurando no ser visto y descubrió a su María Cruz —que ya tenía para él más de cruz que de lo otro,— con el sombrero y en tren de volver de paseo, recibiendo la visita del campechano Longinos quien de aquel modo la hacía reír. ¿Desde cuándo aquellas amistades y confianzas? Sin duda desde ese mismo instante, pues seguramente el marqués llegó preguntando por Oscar, y el diablo, que a veces lo enreda todo a maravilla, deparóle el encuentro con la que en el hotel pasaba por la «señora» Bustamante.

Allí permanecían conociéndose por su cuenta y trabando amistad, a satisfacción de ella al parecer, y seguramente con todavía mayor gusto por parte del Tenorio que seguramente desde hacía algunos días le picaba la curiosidad por saber en persona quién era y cómo era la misteriosa dama cuya historia le refiriera el propio Oscar una tarde.

Nuestro héroe, indeciso, pensativo aunque no muy preocupado ni celoso por el incidente, permanecía parado ante la puerta del hotel contemplando el movimiento de la calle, los tranvías, autos y camiones; los presurosos transeuntes que se sucedían de continuo, entre los cuales con una sonrisa un poco irónica se le ocurrió cuán pocos habría a los que sucediera una cosa tan chocante como el desear por primera vez que le engañasen a sabiendas...

¡Si las caballerizas se limpiasen por sí solas, no esperando el impulso de Hércules, si todo se arreglase por su cuenta, no sería él quien lo lamente!

De nuevo alegre y optimista emprendió la marcha con tal apresuramiento que más de una vez tropezó con alguno de aquellos transeuntes, los que indudablemente se reírían a gusto –como lo estaban haciendo don Alfonso y María Cruz– si supieran su graciosísimo caso...

¡Bueno! Lo principal era sacarle unos retratos a su muchacha, bien bonitos, para tener en qué posar sus labios durante sus horas románticas.

VI

EN DONDE SE NOS MUESTRA OSCAR  
UN DIPLOMÁTICO

–Llegaron juntos los novios  
y al dar la mano y abrazo  
el Cid mirando a la novia  
le dixo todo turbado...

*Romancero del Cid*

Si un caballero andante viniera de muy lejos a pedirla que fuese su Dulcinea ¿qué le contestaría? –preguntaba Oscar días después en el jardín de palacio jugando, nerviosamente, sin darse cuenta, con el ovillo de lana recogido del suelo al cual daba vueltas y más vueltas, enredándolo.

Pilarín, así interpelada, trabó rápida unos cuantos puntos de ganchillo en el jersey que tenía entre manos. Vio mal parada su lana entre las garras de Oscar, y, quitándosela, le contestó dulcemente:

– Si un caballero andante viniera... le diría... pues, le diría.. que acallara su corazón; que supiese quererme y callar hasta el momento de no hacer sufrir a nadie por su causa. Eso, si viniera. Pero no vendrá... La soledad en que vivimos es poco propicia a que me salga en un rincón de este palacio ese pollo que de manera tan bonita me ha pintado.

– ¿Quién sabe? – El se ponía nervioso de ver a Pilarín sin que soltase la labor, y con decisión, audazmente, se la quitó de las manos depositándola sobre el taburete próximo, a fin de que le prestara toda la atención debida. Entonces, la niña ocupó la larga pausa que siguió trazando círculos y dibujitos en la arena con el tacón de su calzado, que por la parte de arriba se completaba en una inquietante media de seda. Y él, embelesado, seguía las evoluciones de aquel piecillo travieso, y lo miraba demasiado atentamente, hasta que su dueña se dio cuenta y con un mohín de coquetería escondió el pie bajo la falda.

De improviso levantáronse los ojazos negros, húmedos de ternura y reconocimiento, hacia el mozo que de manera tan velada mostrábale su afecto respetuoso.

– Escuche, Oscar. Usted me aprecia y querrá sin duda hacerme un favor ¿eh?

– Pida por esa boca...

– ¿Por qué no le busca una novia a Panchito?

Asombro del mozo. Estupefacción. ¿Hablaba en broma? ¡Las cosas que se habían de oír en aquel palacio!

– De veras, sí, de veras – repitió ella aseverando con movimientos de cabeza, formalmente, hasta llevar el convencimiento al ánimo de su oyente – Usted lo sabe. Por el momento es lo más importante en casa. Ya una vez le pedí que se hiciera su amigo porque... porque era el mejor medio de que no fueran ustedes enemigos. Una perogrullada que usted entiende ¿verdad?

– Sí, señorita – asintió con respeto, el joven que en sus ensueños y en sus cartas – no puestas en correos – la llamaba de *tú* y con muchísimas confianzas...

– Lo intentó y lo consiguió. ¡Ya lo creo! Y ahora Panchito no puede vivir sin usted y cuando se le antoja algo piensa en su amigo Oscar como una providencia para allanarlo todo. Usted lo mima demasiado. Es usted demasiado bueno...

Respiró fuerte Oscar y se esponjó hecho un pavo de satisfacción... «Hombre soy y no Dios, carne y no ángel» dijo el Kempis... y he aquí

que el hombre es débil y harto sensible a los elogios. Porque recordaba el mozo las semanas que habían pasado y cuánto le costó llegar a la amistad y confianza con el adolescente. Le vio pálido, enflaquecido, en obcecamiento enfermizo, y ante aquella naturaleza tan distinta, la suya sana y robusta amiga de los caminos llanos, sentíase inclinado a dejarlo que pereciera, a desear su muerte, como debe desaparecer todo lo morboso para dar paso a la vida y al triunfo de los más sanos y más fuertes... Por amor hacia la jovencita se hizo su compañero, su amigo.

– Soy vencedor de mí mismo. ¿No es hora ya del premio? – se dijo en su interior. Se llamó cobarde para cobrar ánimos y tener la audacia de cogerla una mano, una de aquellas manecitas blancas y finas que, destacándose como dos lirios de marfil sobre el estuche oscuro del traje, parecían estar pidiendo besos... Quiso besársela... No se atrevió ni a empezar. ¡El héroe tuvo miedo al sentirla de tan cerca y aspirar el levísimo perfume que sus cabellos exhalaban, subiendo hasta él, mareándolo! Pero la niña, es posible que no creyera aún llegada su hora, porque se levantó con viveza; es posible que viera acercarse con temor algo desconocido, y soltándose la mano

– Quedamos – dijo dulcemente – en que todavía voy a tener otra deuda con usted...

Pesaroso murmuró Oscar con cara de lástima:

– ¿Ya me bota? – y ella más acostumbrada a sus dominicanismos, explicó mirándole con afecto:

– No le boto, no. ¿Como voy a despedir a una persona a quien le pido un favor?

– Bueno. ¿Usted lo quiere? Haré de alcahuete...

– ¡Uy! ¡Qué palabrota fea! De alcahuete no, sino de hada o más bien de genio protector de los buenos amores.

La sonrisa de sus ojos y sus labios cuando tal dijo era arrebatadora para el mozo, que no pudo resistir los entornados ojazos. Se levantó también con firmeza del banco, en donde había quedado como un pobre a quien niegan una limosna, y accionando enérgicamente, tal

un caballero que levanta el brazo en juramento y homenaje de pleitesía ante su dama.

– Ahoritica mismo – dijo,– me planto en la calle y a la primera buena moza que me tropiese, la halo por el brazo y se la traigo a Pancho...

– ¡Jesús María! Fingió la niña alarmarse de su fogosidad. –Ya sé bien que no lo hará así. Nada tiene usted de bruto, a Dios gracias.

Después de esta conversación, en efecto, el pretendiente puso en juego todo su ingenio, aguzado por la esperanza y el amor, para quitarse de enmedio aquel estorbo sin deshacerlo entre sus manos de hierro. Los ratos que se lo permitían sus ocupaciones mercantiles, pues su viaje le era fructífero y no perdía el tiempo, vendiendo cacao, café y azúcar dominicano en España, cuando no embarcando otras mercancías, o escribe a sus representantes y corresponsales que se los enviaban de otras partes, –se entregó a la compañía de Panchito. Ya lo dijo Pilarín: fue su amigo, hermano mayor suyo, y sin querer poco a poco ganó sus voluntades el joven dominicano que con dinero y esplendidez, optimismo y buen natural, alguna vez se le figuraba al pobre Pancho uno de esos seres todopoderosos que salen en los cuentos provistos de una varita mágica...

Por lo pronto, el hogar feliz de Margarita fue el campo en que se iniciaron sus maniobras.

Margarita, ocupadísima, llena toda de su luna de miel que prolongaba la falta de chiquillos, si bien no frecuentaba ahora tanto la casa de su antigua condiscípula, no dejaba de ir por allá, donde poco tardó en notar las frecuentes visitas del señor Bustamante. Y con aquella natural indiscreción que la caracterizaba, enseguida la dijo a ella dándole un codazo mientras otro le señalaba a aquel:

– Te felicito, chica – Pero al ver la cara de ignorancia que ponía su amiga, los observó de nuevo atentamente... El cazador a quien una vez le falló el tiro ahora apunta con más cuidado. Y el examen la satisfizo, pues concluyó: Me parece que ahora sí que va de veras.

Mas la niña de Longinos difícilmente abría su corazón a nadie para mostrar lo que había dentro. A fin de confundirla, se limitó a mirar a Margarita de arriba a abajo, desdeñosamente, e hizo un gesto de indiferencia bien teatral y exagerado, antes de decirle confidencialmente empleando su habitual tonillo de guasa:

– Mira, Margot,

*Un modesto silencio en la mujer  
es el adorno de mayor valer.*

Así es que si los dedos se te hacen huéspedes, guárdate para tí tus observaciones desprovistas de sentido.

– ¡Hum! – Nada más preguntó la joven casadita sabiendo la reserva que se gastaba por aquel lado; empero, ya que en su felicidad presente creía ser deudora juzgóse obligada a algo en su favor, se mostró muy amable y hospitalaria hacia el supuesto pretendiente de su amiga, invitándole repetidas veces a sus salones cuando convidaba también a Pilarín y otras chicas.

Ostentábase, en sus «tes de moda» con música, todo costeadado por el abuelito o el papá, los días de recibo, fresca y pimpante a la manera de una rosa junto al alegre marido, quien jamás la abandona en los ratos libres del cuartel. Felices, enamorados, satisfechos de la vida, sus miradas acariciadoras y envolventes, los apretones de mano y abrazos disimulados seguían normalmente su curso. Llegó Oscar a mirarlos con envidia casi. La feliz pareja era lo más a propósito para una propaganda en honor del santo matrimonio; para inclinar las gentes a bendecir como ellos la existencia y desear en grado igual ser como ellos, feliz...

Mientras alguna joven de la concurrencia destrozaba, al amparo y complicidad de la pianola, el último couplet de Raquel Meller o de Pilar Alonso, él contempla a la niña que de lejos le sonrío. De ese modo sonreiría sin duda Julieta a Romeo en el baile de los Capuletos para encalabrinarle... ¡Por aquella sonrisa, hasta el fin del mundo!

Heroicamente, cruzaba entonces el salón, de puntillas, e iba a cogerse del brazo de Pancho, a quien siempre arrastra en sus paseos, y, con mucho tacto y disimulo, mostrando que a él mismo le interesaban enormemente, le hacía pasar revista a las señoritas reunidas. Esta era guapa y de unos ojos que valían una millonada. La que estaba junto al balcón y se reía enseñaba unos dientes de «comía de coco» entre la boquita sonrosada. Daría gusto besarla...

– ¿Eh, Pancho? ¿Qué harías tú solo si te dejaran en compañía de semejante muchachita, que gasta esos dientes y esta boca? –Dábale con el codo y picarescamente, trataba de incitarle a imaginaciones sensuales. Y Panchito deja escapar su risa de buen chico inocente, mientras el americano le enzarzaba en bromas, en juegos de prendas, para que saliese en castigo arrodillarse ante una joven o besarle las manos, quizás darle un abrazo...

No podían oponerse los dueños de la casa, porque ellos mismos, en su derecho de anfitriones y de recién casados, colaban alguna trampa en el reparto de las prendas a fin de que tocase sólo a ellos besarse mutuamente, divertidos con las protestas un poco exageradas de la concurrencia.

Desde su solitaria morada a aquella regocijada reunión, todos jóvenes y alegres, el chico de Rosario, sin embargo, tardaba a adquirir soltura; desentonando, no se halla en su centro. Las picarescas excolegialas, burlonas unas, otras encopetadas y ceremoniosas, imponían de todas maneras cierto respeto a quien no se habitúa a la sociedad.

Una tarde en que, muy sofocado y pesaroso, no obstante sus obstinadas negativas, que ya constituían falta de educación, le forzaron a bailar, Panchito, al quedar libre buscó a su amigo, su mentor y su refugio para rogarle que le sacara de allí sin ser notado.

Oscar le condujo en su auto al Paralelo. ¿Acaso el hijo tendría la inclinación plebeya al modo de su padre, el amator de todas,

*desde la princesa altiva  
a la que pesca en ruin barca*

y el pálido retoño, descendiente de cien nobles, también se encontraría mejor lejos de las novias señoritas, buceando entre los bajos fondos? Era aquello una tecla inédita que había de ensayar...

Anchurosa y populachera, la avenida de las juergas y la alegría, convidábales con sus teatros sin número, a lado y lado de las también bastante anchas aceras. Y sobre su superficie las mesitas de los cafés, en grupos, por entre las cuales las gentes perdidas y las gentes formales – hombres, mujeres – circulan a todas horas de la noche. De tarde aún el público es menos fino y más decente, pues lo forman por lo general obreros que vuelven del trabajo, y concurrentes a las sesiones vespertinas de los teatros. Alguna que otra señora desentona por su elegante seriedad sobre el fondo pintoresco del Paralelo.

Obscurece. Salen de sus guaridas, no sé como, las aves negras de la noche, las «desgraciadas», «las que caen», – y nunca se les ocurre caer de rodillas ante el trabajo – yendo a cumplir su fácil y asquerosa existencia de ofrecer al público un don de amor a cambio de monedas.

En el vestíbulo de lujoso bar, todo bello, espacioso, bien decorado, se sientan el dominicano y su amiguito para tomar el vermut.

No eran más que las seis. El sol de otoño comenzaba a ocultarse, tiñendo el cielo y la avenida de color violeta.

Por completo en su faena, el más joven de los mozos trataba de pescar una succulenta aceituna sevillana, rebelde al palillo de dientes, cuando nota que son tres ya en la mesa. Una «pajarita» de aquellas volanderas se había sentado entre ambos y le decía a Oscar, sin pedirle permiso:

– *¿Vols venir, maco?* (\*)

El, – que no entendiera – le contestó de broma:

– La tuya, por si acaso...

Panchito soltó la risa, francamente, ante la disparidad entre la pregunta y la respuesta; pero no dejaba de mirar con cierta alarma a

(\*) – ¿Quieres venir, guapo?

aquella señora, bien entrada en años y en carnes, que se adueñaba de su mesa, y mareaba con su olor infame a esencias fuertes y baratas.

Mala suerte tuvo la aventurera, –la cual en casa rica, con un delantal blanco, hubiera hecho mejor papel como ama de llaves,– pues tras breves instantes de vacilación, y consulta con la mirada a Pancho, el americano dijo muy fino:

– Diga, comadre, ¿quiere usted haserme el servicio de desalojar?...

Ella lo miró extrañada, y sin cortarse cogió una aceituna del plato. Mientras se la comía, considerando que aquel «cubano» no estaba para cuentos, quiso ensayar con el más mozo. Este sentía algo así como asco de aquella matrona impertinente. Oscar lo comprendió...

– Amigo, tendrás que extenderle a esta doña su pasaporte en catalán para que entienda.

¡Ni por esas! Pagaron al camarero largamente; luego de unas monedas a aquella infeliz en gracia a su trabajo inútil, y, precipitadamente, echaron a andar tras unas chicas que riendo, a sus espaldas dejaban una estela de alegría joven y sana para invitar a seguir las.

Piropos y chicoleo en grande. Una lluvia de denuestos a causa de la frescura de los mismos.

Las tres modistillas, alegre florescencia de los talleres barceloneses, no se mordían la lengua, empleando el mismo desparpajo con que las interpelaba Oscar y hasta Panchito – ya más animoso y suelto gracias al vermut y los empujones incitantes de su mentor.

Frente a una callejuela se desconcertó el terceto y se esfuman las dos de ellas en un lóbrego portal, y la otra, una rubia bonita de tipo señorial y fino, siguió sola, no sin examinar con cierta temerosa sorpresa a sus audaces perseguidores.

Un gesto vago y siguió su camino. Su silueta grácil destacábase entre todas; movíase la gentileza de su cuerpo al compás de sus menudos pasos, y Panchito, inconscientemente, aturdido por la charla y criollismos de su compañero, poco a poco fue callando y admirando más la forma que tenía delante.

Repentina, se detuvo, plantada ante ellos, decidida, el ceño fruncido... Quieta entonces y las manos en jarras, pareció poseer toda la gracia de un ánfora griega...

– Creo que ustedes se equivocan –díjoles.

El dominicano se descubrió respetuoso. Panchito le imitó.

– No, señorita, dispéñseme. Es lo mismito que usted dise, pero todo lo contrario. Mi amigo, aquí presente, Francisco de Longinos, hijo del marqués de ídem... ná, que se empeñó en seguirla en cuantico la vio tan linda, y ahora se le mete en la cabeza acompañarla hasta su casa pa que nadie le falte y yo le sigo de manera que no la vean junto a uno solo.

– Junto a dos, peor. – Es usted un fresco y su compañero no tanto –agregó la chica sonriéndole menos arisca a Panchito que se había quedado con el sombrero en la mano trastornado y sin saber donde esconderse, desde que su amigo obraba y hablaba en su nombre. Lo de marqués sin duda fue lo que la sentó mejor, pues observaba al aludido con curiosidad, igual que a un ave rara.

– Muchas gracias, señorita, por lo de la frescura. Es un favor que me hace – Dispuesto a seguir adelante, poco se inmutó Oscar, como vemos.

– No, que es justicia. Y además ensartan ustedes las mentiras en grande. La joven, sin parar mientes en que insultaba o no; pero al mismo tiempo su actitud no era de enfado.

– Anda, Pancho, saca tu tarjeta, tu fe de bautismo, y la de tu papá si la tienes, para que esta muchacha se convensa, anda.

Panchito, de su cartera, regalo paterno con la corona del marqués, entregó una tarjeta a la linda jovencita que no le parecía costal de paja ni muchísimo menos. Si la gruesa matrona que anteriormente les molestó hubiera tenido sus hechuras no retiraría tan pronto su brazo ni su pie. Toda ella emanaba un no sé qué atrayente, voluptuoso, completamente arrollador para el chico. Frente a ella, sin tocarla, se le figuraba no obstante que la tenía muy cerca; que su piel, suave sin duda, le quemaba como le ocurrió una vez con Pilarín. Además, un

levísimo perfume a carne de mujer en la atmósfera, cuando ella hablando se movía, le hablaba de besos y de abrazos, sugiriéndole el deseo de cosas ignotas todavía... Esto lo hizo audaz, se sintió hombre, a ejemplo de su amigo, y mirándola le preguntó en un balbuceo casi:

– ¿Cómo se llama?

Pronto se da cuenta una muchacha del efecto que hace.

El «cubano» (en siendo de las Américas todos lo son para algunas gentes–), sólo era un charlatán, un bromista; pero el otro, el que no hablaba sino con los ojos, estaba algo «calado»... ya se vé... Marquesito, bien vestido, y de no mal ver, tan pronto pálido como ruborizado en exceso, no constituía para la modistilla un bocadillo despreciable.

– Me llamo Carmencita.... ¿Es un nombre feo, verdad? –preguntó haciendo un mohín zalamero.

– Igual que usted, mi negra.

– ¡Anda! Mire que llamarme fea y negra. ¿Quiere callarse y dejar espacio a los otros para conversar?

– No, que no los puedo dejar solos y eso quisieran.. Vamos, andandito que yo haré de papá y aguantaré la capa... Con las maneras más naturales del mundo cedió a Panchito el lado de la preciosidad aquella que, jovial, conversadora, seguía junto a ellos su camino.

– Aquí vivo, – ante una casa también de pobre aspecto, semejante a la de sus amiguitas, declaró parándose.

– No la volveremos quizás a ver más, – dijo Oscar en voz muy baja para que Panchito sólo le oyera e incitarle así a algo. El chico, nervioso, se movió, fue a hablar, pensó que iba a decir una tontería, pensó también en que al desaparecer de su vista, la iba a perder para siempre; pensó callarse... pero como Oscar le dio un pellizquito disimulado osó decirle:

– ¿Por qué... no viene... a dar un paseo?

Entreabrió las perlas de su boca riendo la muchacha.

– ¿Está usted loco? ¿Ya no hemos paseado bastante desde el Paralelo que me vienen siguiendo hasta aquí?

Su bondad alentó a Panchito:

– Yo decía en auto... – balbució. – Lo tenemos allí...

Mira la joven en la dirección señalada y en efecto, constata que un magnífico auto les seguía a cierta distancia. No pudo comprobar que era de alquiler. (El de Longinos se vendió hace poco tiempo). ¡Deslumbrante!.. Aquellos chicos debían ser riquísimos, y la pobre obrerita suspira con cierta envidia ingenua.

– ¡Qué buena vida se darán ustedes! ¡Y yo que nunca he paseado en auto!..

El hado, propicio a las intenciones de los mozos, hizo que se agarraran a aquella exclamación para instarla fuertemente a que lo probase. ¡Cómo! ¿Era creíble, en el siglo de las luces, en la archicivilizada Barcelona, una mujer que aún no hubiese sentado su cuerpo gentilísimo y tan digno de todos los refinamientos y todos los lujos sobre los cojines de un auto? No y mil veces no: gracias a ellos, semejante ignorancia, vergüenza de nuestro siglo, no seguiría adelante.

Pero la chica, si bien joven y ansiosa no era tonta. ¿Con ellos en auto cerrado, y Dios sabe a dónde? Si su padre al volver del trabajo, o su madre que andaría buscando la cena, la tropezaran por ahí, menuda paliza sería final de fiesta.

Nada de auto... al menos por ahora –Y después de pensárselo un breve instante.

– Mañana, y de día claro, – dijo – pasaremos en el tranvía cuanto ustedes quieran, porque en tranvía va uno con todo el mundo y aunque me encuentren hablando los padres puede ser casualidad. Y luego... otro día... según los vaya conociendo... si quieren siempre que lo pruebe, iremos en auto; pero con otras chicas del taller.–

Notábase en la obrerilla al dar su negativa deseo al mismo tiempo de no disgustar a aquellos jóvenes elegantes, sobre todo al menos osado, al marquesito, su tímido admirador según el otro. Era un poco descolorido, parecía enfermo, –cuando el rubor no le atacaba, –mas no importa, la palidez era aristocrática y ella que leía muchas novelas y adoraba las «series» peliculeras, – desconociendo como es natural

la anécdota de Luis XIV y el duque de Vivonne (\*)— no concebía un hijo de la nobleza con colores estables y campesinos, —como los que gastaba aquel «cubano» por ejemplo.

El deportista, está encantado. Al despedirse rápidamente, luego procura eclipsarse, quisiera ser invisible, un átomo, una molécula, ¡dificillo era! — para dejar en libertad a la chica y a Pancho de estrecharse las manos largo rato. El se restrega las suyas, tal el director de escena satisfecho de la película que empieza a filmar...

Así, mañoso, del mismo modo que el escultor maneja el yeso virgen, fue como el americano quiso escribir en la virgen cera del corazón de Pancho un nombre nuevo que borrara por completo el antiguo. ¿Lo logrará?

El chico se interesó por la obrerita, fácil y simpática criatura. No alcanza en su ingenuidad los manejos de Oscar y todo lo encuentra naturalísimamente. Si días después, aquel pretexta sus negocios para irles acostumbrando a pasearse solos, en un principio experimenta timidez; pero luego, la tranquilidad de su compañera —que sólo era corta de falda y de años — le devuelve todo el aplomo.

Y como la modistilla era para gustar a cualquiera, ya le inquietaba, hallándole no sé qué de Pilarín... Su aroma de mujer, sus formas insinuadas nada más... Se parecían hasta en los grandes ojos que en ésta eran castaños y en la otra muy negros, en fin se parecían sobre todo... en que las dos eran mujeres, y en que él era hombre joven y aún no sabía amar.

Pero no tan de prisa cual pretendiera el antillano llévase a término la substitución de una imagen por otra en el corazón del adolescente, sino que por el contrario se entremezclan y confunden allá dentro, haciéndose un lío que no sabemos como explicar, porque él mismo

(\*) Se cuenta que el rey Sol pregunto en una ocasión a su amigo el Duque, guapo rozagante siempre y de buen color, y loco por la lectura:

— ¿De qué os sirve leer tanto?

— Sire, —respondió aquel— los libros causan en el espíritu el mismo efecto que vuestras sabrosas perdices a mis mejillas.

ignora a punto fijo cuál era la que adoraba con más fuerza. Pilarín seguía siendo algo así como el ideal inaccesible, la bien amada a quien no se puede olvidar aunque se traicione su recuerdo; y la otra – ¡pobre Carmencita, si lo supiera!– venía a ser sólo un premio de consolación entregado a sus afanes por la diplomacia de Hércules metido a casamentero.

Bajo la égida del hijo de Júpiter y Alcmena seguía el idilio nuevo de Dafnis y Cloe.

Las mañanas de domingo favorecidas por el espléndido sol barcelonés de invierno, y favorecidos también por el eclipse del americano, no menos espléndido en proveer la carterita de Pancho, como avaro de su presencia, eran aprovechadas para las escapatorias a las bellísimas afueras de la ciudad. Mientras Oscar está narrándole a Pilarín el éxito de sus gestiones, el hijo de Longinos y Carmencita se hallan muy contentos en lo alto de un imperial que hoy les conduce a la Avenida Tibidabo. No encontraron asiento juntos y la modistilla iba sentada delante del mocito. Este, aunque muy acatarrado, se sube el cuello de la gabardina y procura seguir la recomendación de su amiga de abrigarse y tomar mucho sol para curarse los constipados. La joven de cuando en cuando volvía hacia él su rostro en la conversación; pero, generalmente de espaldas su nuca desnuda y tentadora en el comienzo del pelo, mostrábase al muchacho inclinado hacia delante para hablarle.

Y el pobre, pensaba ingenuamente. –Cuando me case con ella, si se puede, le daré un besito en el cuello.

Pero aquella Cloe, la picaruela considera que es harto tímido, que le dice pocas cosas y que será preciso animarlo a la declaración, para que no se le pudra en el cuerpo... Al bajar del tranvía, él le ofrece ayuda y ella se toma no sólo la derecha sino todo el brazo, así como quien no quiere la cosa. Queda sentado el precedente y ésto se repetirá siempre, aunque a Panchito se le ponen los pelos de punta imaginando que papá o mamá le vieran...

Muchas veces quiere ir ella a pie hasta la estación del Funicular y de camino pregunta a su marquesito con picardía:

– ¿No tiene usted nada que decirme?...

Si; Panchito tiene muchas cosas que decirle; pero se las irá diciendo luego, luego...

Los días transcurren, las semanas también. Hubo días nublados en que no dejaban a Pancho salir de casa, y otros con mucho sol que le hacía sudar desde el tranvía o en auto cerrado; en los teatros y cines o en partidos mañaneros de fútbol a que Oscar les enviara billetes – pues es siempre quien organiza y costea en la sombra toda clase de excursiones.

Al fin, un día, en San José de la Montaña – después de visitar el santuario, donde Pancho besa una medallita que ha comprado, antes de entregársela a ella, – frente al panorama de Barcelona lejana y chiquita a sus pies, el muchacho va a atreverse, va a insinuar su declaración, inclinado al oído de ella sobre la baranda...

– Tengo una cosa que decirle...

– ¿Sí? Pues empecemos.

– Yo... pues... usted... Pilarín... Carmencita...

– ¿Cómo?... ¿Qué es eso? ¿De donde sacamos ese nombre y que tengo yo que ver con esa Pilarín?

Se puso encarnado el pálido pretendiente, y al cabo de un silencio embarazoso logró explicar que era el de una hermana suya y no sabía cómo se le vino a la cabeza...

– Bueno... Se lo preguntaré al cubano. Pero... ¿no tenía usted algo que decirme y se le olvida?... Aunque noto ya que no... Usted *no me quiere ni pizca*...

Al chico debe encantarle la inteligencia de aquella criatura en hacer ver que comprende las cosas al revés, cosa que facilita los caminos...

– ¡Sí la quiero, Carmencita! ¡Si precisamente era eso lo que iba yo a decirle!...

Ella sonríe satisfecha y algo turbada se le escapa todo esto:

– ¿Me quiere? ¡Ya lo sabía!... ¿Y... cuando nos casaremos?...

Ahora es él quien se turba más y explica, como excusando semejante contestación:

– ¡No sé! ¡No lo sé! Haré que Oscar se lo diga a papá y a mamá, porque yo no me atrevo....

De este modo comenzaron en realidad sus relaciones, y a la hora de comer, al medio día, sentado el chico entre sus padres y frente a Pilarín que examinaba atentamente su aire triunfador y extraño, el muchacho metía casi la cabeza en el plato del cocido, para esconderse a las miradas de la niña, cual si quisiera ocultarle su traición... ¡No sabía el pobre cuánta alegría hubiera llevado al seno de toda su familia de saberse aquellas andanzas y que hubieran llegado a feliz término!

Pero el hombre propone y Dios, la casualidad, el destino o lo que sea, disponen los acontecimientos.

## VII

## UNOS QUE SE VAN

«Mi alma está triste hasta la muerte y  
muerte de cruz...»

SAN MARCOS  
*cap. 14, vers. 34.*

Día triste, lluvioso, amaneció Navidad con sus acostumbrados rumores y bullicios de Nacimiento, de comilonas y alegría que hasta se transmitían al espacio. La atmósfera de todas las casas parecía despedir un vaho apetitoso a golosinas, a pavo y turrón, en torno al pesebre, donde hubiera familias con niños, para festejar el advenimiento de aquel otro Niño que nació tan pobre...

Era un día que reclamaba el suave calorcillo de los hogares, y comerse en compañía los pavos y pollos que días antes cruzaban las calles, mansa y resignadamente, en manadas, con su pastor que les llevaba a la muerte trágica.

Rebosan las tiendas de comestibles grandes cestas más o menos de lujo y arte donde se juntan botellas de lo espumoso al *suculento* Jijona o Alicante, el dulce Jerez y el desmayante Málaga, armonizando líquidos y sólidos, todos en rico sabor, los nombres de las poblaciones españolas que celebra algún producto digno de Lúculo el romano.

Pero todo lo entenebrece el invierno, la constante llovizna humedeciendo las calles y el frío que comienza. Sobre las Ramblas y

las vías del Ensanche caen, rezagadas, las últimas hojas de los árboles que eran su adorno, y el descanso y sombra en el verano. Un momento en carrera loca por el espacio, iban a morir crujiendo bajo los pies del que las tropieza.

Oscar regresó al hotel muy cansado. Los días que precedieron a las Pascuas, en viaje, recorrió muchas casas de clientes, ocupadísimo con el gran proyecto que acariciaba de comprar por cuenta propia y unos socios un barco que hiciera el comercio y travesía entre España y las Antillas a fin de así incluir su siempre postergado Santo Domingo en la ruta.

Dispuesto ya a cambiar de ropa, sin extrañarse de no ver a su Cruz por ningún lado, con el pensamiento en otras cosas muy diferentes, un mozo del hotel vino a dejarle unas cartas sobre la mesa. Como buen comerciante, de la correspondencia ante todo se ocupó y abrió las dos sin echar una mirada a los sobres.

Era la epístola primera de María Cruz acompañándole su propia carta declaración a Pilarín que se la devolvía y contenedora de estos primores literarios:

«Sabrás que menterao que tienes huna nobia y buen provecho que te aga y tantísimas gracias por los piropos que me dedicas en esta y el animalito y la muñeca seréis tú y eya, pero llo nó, que más animalitos que vusotros no abrá, y como me desgusta destorbar ha nadie, te dego tranquilo y me boy con Pepe Chaleco lo cual que es un hantiguo conocido y habenido con muchos cuartos hasí que no eres tú solo, chico, que los demás tanvien pueden darse postín.

«Sabrás que lo del animalito te lo digo porque mencontrado eso entre tus papeles que llo te registraba siempre buscándote las perras en tu cartera, y tantísimas gracias buelbo y te repito.

«Y sin más por oy se despide tu afectísima que te apresia ésta que lo es:

*María Cruz».*

Una mueca de asco y un suspiro de alivio en el amante abandonado.

– No sabía que escribiera tan rematadamente ¡Séale la tierra leve! ¡*Requiescat in pace!*!... –cantó burlesco dando grandes voces a guisa de responso y comentario final a sus amores. ¡Gracias sean dadas al Señor! ¡Era ya libre!

La alegría rebosaba por todo el cuerpo y, contoneándose a compás entonó un tango según costumbre suya cuando estaba contento. Abrió la otra, –una carta perfumada que acercó al olfato y a los labios. Late, late, corazón...

«Pilarín Noé e. l. m. al amigo Oscar Bustamante y le participa que ya que hemos tenido la “suerte” de atrapar la gripe en su ausencia, no olvide por eso a los desgraciados y recuerde, si no tiene miedo al contagio que, una de las obras de misericordia es visitar a los pobres enfermos. Le saluda afectuosamente».

Y nada más. Un sobresalto. Se llamó infiel y bruto. ¡Cuántos días sin verla, entregado al torbellino de sus negocios y asuntos por cuyo motivo hizo viajes a Sabadell y Mataró y he aquí lo que ganaba! ¡Ella enferma y quizá alguien más en su casa! Seguramente Panchito. Ahora recordaba que lo dejó acatarrado, y como era más flojo que una varilla de coco...

De prisa, en volandas casi, se metió el sombrero y por el camino la chaqueta y el abrigo. Un taxi... y al palacio de Longinos. Ya está.

El corazón fuertemente agitado, entre tanto que el espíritu en un principio alegre se le ensombrecía con extraños presentimientos. Iba a morir quizás su Pilarín de aquella epidemia de que en su viaje se enteró y empezaba ya a hacer víctimas, e iba a morir quizás como castigo de Dios por alegrarse de que partiera María Cruz y por haber alguna vez en su interior, ocultamente, el deseo sin confesárselo muy claro de que Panchito se esfumase...

¡Qué sonsos y qué malos nos volvemos a ratos en el mundo! ¿Y acaso a nadie mata un catarro tan aprisa? Maldita guerra europea que hasta esos residuos nos legó, la condenada *grippe* nacida en la podredumbre de los campos de batalla, que reaparece muchos inviernos con nombre enteramente francés o italiano – la *influenza*

llamábanla en su América, y eternamente se le cuelga el sambenito a España nombrándola española los extranjeros. Pero ello parecía quedar atrás con las pasadas convulsiones guerreras. ¿Acaso iba a reaparecer en cada invierno?

Subiendo la escalera en dos zancadas, su ansiedad movióle a hablar con una sirvienta mientras le entregaba el abrigo y el sombrero.

– Pos mire usted... Es el señorito Pancho, el que está peor. (Oscar respira con descanso ¡el egoísta!) – Como andaba tan chafao y delicáillo... ¿Sabe usted?... pues la agarrao fuerte. La señorita Pilar no creo sea ná...

– ¿Y cómo ha sido, dígame, el cogerla?

– ¡Ay, señorito! pues... cogiéndola. Primero la tuvo Maximiliano, ¿sabe? el que era chófer y ahora criado pero, ná, que un catarro; después yo, y la señora se empeñó en que era el gripe... y hace días el señorito no andaba bueno, y ná... que tenía también el gripe. Lo peor es que dicen que tenemos la culpa, que no nos lavamos pa tocar las cosas... Aquí to se cura con agua... Pero ya me voy también a acabar de pasar las Pascuas en mi casa. Yo no aguanto que me llamen sucia...

El señorito sonrió y con la suya le tomó una mano como para examinar si estaba limpia, cosa a que ella no se opuso porque notó al mismo tiempo que se introducía la otra en el bolsillo donde se guarda el dinero y le ponía en aquella cuatro, seis, ocho duros como ocho soles relucientes – era su modo de arreglarlo todo – a tiempo que le decía imperativo:

– Usted no se va, mi alma; usted no me deja a doña Rosario sin criada en este trance. Y hágame el favor de avisarla enseguida.

A solas en el salón, entre los cuadros de los antepasados de Longinos, los pesados cortinajes y una pequeña parte del mobiliario riquísimo que poco a poco iban desapareciendo – restos de antiguo esplendor que él pensaba restaurar de nuevo o hacerlo desaparecer todo con una nueva vida, el pensamiento bondadoso, aunque humanamente egoísta, sólo acariciaba ilusiones de amor y de salud;

de que era ya libre y podía hablar a su muchacha cuando se pusiera buena con el corazón en la mano para ofrendárselo todo...

Profundamente estremecióle una voz desde su puesto, en donde, apretándose el corazón, parecían ir sus miradas a la calle por los cristales entreabiertos, cuando en realidad lo que miraba era dentro de sí, sus ilusiones; y volvió a la realidad cruel que olvidaba. La pobre marquesa desde el umbral de la puerta, vestida de obscuro, con una cara pálida y las ojeras muy negras en torno a sus ojillos de buena persona, asemejábase a una Dolorosa.

– Oscar... ¿Qué hay hijo?–dijo su voz cansada sin duda por las malas noches.

Voló hacia ella su paisano, ya completamente arrepentido de sus felices imaginaciones.

– ¿Cómo está, doña Rosario? ¿Y los muchachos? ¿No está mejor Panchito?... ¿Recibieron mis postales?... ¡Si yo lo hubiera sabido!... pero no pude venir por mis ocupaciones condenadas. ¿No está mejor? ¡Dígame! ¿Y qué médicos tienen?

Callada, meneaba la cabeza Rosario con desaliento, y como si lo que iba a decir fuese tan pesado y abrumador que su cuerpo de pie no pudiera resistirlo, buscó el apoyo de una silla sin abandonar por eso el brazo que le tendiera su paisano. Este la contemplaba desolado, sin hallar palabras para consolarla, esperando y temiendo al mismo tiempo lo que irían a contarle.

De repente, rompió la madre en un sollozo en que todo su dolor se desbordó; pero silenciosa, calladita casi, como si temiera de hablarlo alto que las paredes de su casa se horrorizaran ante la horrible verdad, le salió la frase tremenda:

– ¡Ay Oscar, mi hijo se me muere!...

Había tanta pena, tanto amor doloroso en las palabras que salían de aquel cuerpo estremecido por los sollozos contenidos, que el joven sintió nublársele la vista y pasó el dorso de su mano por los ojos a fin de aclarárselos... Y la retiró mojada.

Blando de corazón como de duros bíceps, incapaz de decir nada porque también iba a llorar como la pobre madre... Y abrazándola, levantóla, hizo que de camino hasta la alcoba de Panchito le enterara con rapidez.

Cuatro días no más de lecho, pero como tan anémico desde hacía tiempo, la grippe sin duda iba a poder más que él. ¡Oh, la horrible noche última, con fiebre de cuarenta, queriendo a cada instante saltar de la cama, en el delirio!

¡Y aquellos gritos que se oían desde toda la casa y que se le clavaban allí, en el pecho, sin atreverse a abandonar su cabecera en toda la noche por no oírlos, para no morirse ella también de amargura!

El la animó al fin; tras el primer desaliento le volvía toda su fortaleza para comunicar un poco al alma débil, y le habló de que traería otros doctores, ya que ellos en su tribulación no se les ocurriera una consulta. ¡No se moría nadie de una grippe habiendo que ensayar tantos médicos y medicinas en el mundo!

Llegaron en la penumbra al aposento de Panchito, habitación interior con poquísima claridad en aquel día de niebla. Una lamparilla eléctrica cuya pantalla verde amortiguaba la luz en la mesita de noche, y, bajo dosel, el Cristo extendía sus brazos sobre lo lamentable que estaba allí, en aquel lecho, a sus pies, entre la atmósfera enrarecida por ese olor característico a medicinas y enfermo, donde reposa —pajarillo herido sobre el nido— el pobre amigo entre las sábanas.

Lo notó rápidamente, porque todo lo del cuarto le dio vueltas al descubrirla a *ella*, a la que no veía hacía unos días y se le aparecía ahora con su bata blanca y su gorrita de enferma, dulce fantasma que trató de incorporarse para saludarle, mas él lo impidió. Tendiéronse las dos manos fuertes en ademán de aprisionar las de la niña entre ellas, y se volvieron a cerrar vacías. Ella, tosiendo y tapándose la boca con las mismas, no las alargó...

— ¿Cómo está, Pilarín?

Sin mirarle, le respondió con un gesto desolado hacia el lecho en donde su hermano se agitaba.

— Ya lo ve...

Panchito, con los ojos cerrados como si durmiera en un sueño agitado, de cuando en cuando los abría, mirando hacia delante, sin ver... ¡Qué flaco, qué demacración!

Y aunque pálido y flaco desde tanto tiempo a todos se les figuró que no llegaría a estarlo más, su figura presente era una prueba de que siempre hay un grado más que quizás fuera el penúltimo...

Oscar apartó horrorizado sus ojos de él, y miró a la niña con atención. En una butaca, junto al lecho se había convertido en enfermera, según explicaba doña Rosario, porque ella no tenía apenas fiebre y de allí no se movía. Seria, pálida también, aún se imaginó el recién venido que de verle no puso buena cara, y ahora evitaba cruzar sus miradas con la de él, no apartándolas en cambio, obstinadamente, del lecho de Panchito.

Afectuosamente, él sin embargo, desprendiéndose de su amor para no pensar sino en la buena doña Rosario, en su paisana atribulada, sacó a ésta de allí en seguida, para consolarla y animarla — aunque fuera con una impresión falsa. Pudo notar de reojo en la niña, enferma y enfermera al mismo tiempo, ni un movimiento, ni un gesto ligerísimo que indicase con algo darse cuenta de su salida. ¡Extraño, muy extraño!... Quizás pensaba en que su hermano se moría; pero cuando hay un dolor no hay motivo para expresar a los demás desabrimiento. Y así, toda la alegría y ligereza de espíritu que trajo a aquella casa lúgubre, se le desplomaba entre sus paredes no dejando lugar ni a la esperanza. ¡Cuando por aquella niña, por lo que había allí dentro, luchaba él tanto y había hecho tantos esfuerzos; y sólo por ella se alegró al sentirse libre, y por ella se rebajó hasta buscarle novia a su amigo... ¡Qué sequedad en pago!

No obstante, sobrepuesto, lo excusó en aquellas circunstancias. Y trajo los médicos y se hizo la consulta aquella misma noche. El diagnóstico de los doctores no dejó casi confianza en la salvación.

Pausadamente, con voz clara, solemne, la eminencia llamada a consulta con los de cabecera empleó palabras sencillas y desprovistas en lo posible de nombres técnicos para explicar a los padres y a Oscar, reunidos en el salón, el estado del enfermo. Lo que comenzó bronconeumonía se estaba localizando en el pulmón y ésto que un organismo joven y fuerte, de pulmones firmes, podría resistir, no muy seguro sería en aquel mozo cuya fuerza no era ni aparente.

La madre explica, trémula, su desarrollo, su vida... Y el médico corroboró: niño tardío, hombre atrasado, seguramente carecía de resistencia para un mal tan poderoso. Además, el corazón como si hubiera trabajado mucho, le fallaba, estaba débil. La ciencia no obstante haría todo lo posible por salvarlo, intentando una reacción, y recetaron.

¿Cómo estaría la pobre Rosario?

Frente a su propia sentencia, llena de terror, en su rinconcito, silenciosa ya, y juntas las palmas de los dedos que le temblaban, rezaba mentalmente —¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ten piedad de nosotros!... No me hagas eso... ¡Señor ten compasión de mí! *Padre nuestro que estás en los cielos...*

Paseábase inquieto de un extremo a otro de la sala el marqués, en tanto que el dominicano se mordía los nudillos y miraba con curiosidad a aquellos médicos que tan sencillamente hablaban de la muerte como de un accidente posible con el que hay que contar sin que la verdad titubeara en sus labios ante el dolor de una madre...

El fue quien llevó las recetas a la farmacia, porque de toda la servidumbre en el palacio no quedaba sino la muchacha de los duros, heroica joven que con ese refuerzo resistía a la deserción general.

Empezaba a morirse gente de la grippe en Barcelona y desfilaron todos los criados de la casa, desde la negra cocinera a la mayordoma o ama general de llaves y rincones, doña Mariíta Avelino, que, en sus habitaciones los primeros días, a los primeros barruntos de que aquello «se pega» y podía llevarla al otro barrio, lió sus bártulos y

apresuró su instalación en casa de una parienta más rica, quien de paso en la ciudad prometía llevársela a su tierra. Así abandonó a su «querida Rosarito» en aquella aflicción, sencillamente...

Pero el pobre enfermo no estaba solo. Rodéale el cariño de su madre que rara vez desde que se metió en cama se aparta de ésta; allí tiene también a Pilarín que enjuga el sudor de su frente y le ha puesto por su cuenta paños de vinagre hasta que le dicen que en las pulmonías se debe evitar toda humedad; le da su cucharada y a cada rato quiere colocarle el termómetro para ver si cede la fiebre; allí entra de cuando en cuando su padre a preguntar si hay mejoría; y allí también Oscar va y viene, quedándose en vela por las noches en compañía de una monja enfermera a quien buscara, para imponerles un poco de descanso a la madre y a la hermana.

No, no quieren dejarle solo. Temen que la muerte que no tiene compasión de nadie, en su ausencia venga a instalarse a la cabecera y entonces ni los puños de Hércules serían bastante poderosos para sacarla de allí...

¡Ay! ¡Cómo se le aflige el alma a Rosario cuando oye gritar al hijo de su alma:

– ¡Agua, agua... Mamá... agua!

Y cómo, cuando le ve quieto, se llega de puntillas al lecho, a escuchar si respira y si aún vive, levantando los ojos hacia el techo del oscuro aposento, con angustia, temerosa de la noche y de las sombras...

Dos noches después de todo esto, Pilarín se ha quedado dormida en el sillón, bajo el peso de las veladas pasadas, del cansancio y de su catarro que no se le quita; y Oscar, sin consultar con nadie, la ha arrastrado silenciosamente por las alfombras hasta su cuarto y hecho que la monja la desvista y acueste en su cama por fin.

Ella dejó hacer, silenciosa... Abrió los ojos y lo miró a él, y los volvió a cerrar.

La noche estaba fría. Oscar también sentía frío en el alma.

A las tres de la madrugada éntrale a Panchito el delirio más fuerte, vuelto a su manía de tirarse de la cama para ir al Tibidabo, y con voces cual si pidiera auxilio.

– ¡Mamá! ¡Mamá! – Pilarín... me voy...

Sí, Rosario nota que en efecto se le va... Por eso ella también tiene fiebre de dolor y por sus mejillas corren las lágrimas copiosamente, porque su hijo no la ve ya, aunque la mire y la llame; por eso, con un temblor nervioso, sus labios repiten de continuo el nombre de Dios, mientras en su interior la fe vacila; por eso el buen Hércules, aunque ponga sus fuerzas al servicio del enfermo y lo obligue a acostarse, él casi encima, sujetándole las mantas, oculta el rostro a veces, porque no puede ver el llanto de una mujer...

En un momento todas las sábanas y mantas fueron al suelo y Panchito, como un fantasma mostrando su escuálida desnudez, se puso de pie, diciendo a Oscar que le detiene, confidencial:

– Me tengo que ir... me esperan ¿sabes?

– ¡A dónde, muchacho?

Y con su mirada extraña, respondía el enfermo:

– Allí fuera... Un paseo en auto por... Tibidabo... Pilarín... yo la quiero... ¡Me voy, me voy!

Esas lágrimas que Oscar no creía nunca saliesen tan fácilmente nublan de continuo sus ojos... Sobre el espaldar de una silla Rosario solloza, quieta, desesperadamente. Y como nota ésta a su hijo más tranquilo, detiene el llanto y corre a la cama, con una débil esperanza de que Dios la atienda.

Ya no hay gritos, ya no hay fuerzas, sino un continuo murmurar de nombres, entre los que sobresale el queridísimo ¡*mamá!* ¡Aquella mamá tan religiosa que no se ha acordado del viático para su hijo porque nunca pensó en que se moría!

La monja hace una seña y llama a Oscar y a don Alfonso para decirles aparte:

– Se debe ir a buscar un sacerdote por la extremaunción al menos...

Y don Alfonso partió. Abrazando Oscar a su paisana la animaba cariñosamente.

– Mi buena doña Rosario... no se desespere... Usté que es tan religiosa, piense que Dios es el que lo dispone... Prepárese a todo, mi viejita, que seremos dos a llorarlo...

Porque ya va bajando a las pupilas del chico el turbio velo de los moribundos, que se los obscurece, o para siempre, o para mostrarle lo desconocido que viene detrás... El rostro desencajado; sudor frío, a gruesas gotas, cae por su frente. La monja enjuga mientras reza en voz baja la recomendación del alma. Después, enciende una vela hallada en el cajón de la mesita, y alumbra, según piadosa costumbre cristiana, aquella otra vela que se apaga dentro del cuerpo – luz que brilló un solo momento de su vida reconfortando un instante a Pilarín y a la triste esposa y madre desgraciada que sólo tuvo su cariño.

Las manos del que agoniza acarician tenazmente el embozo de las sábanas pasando y repasando por ellas, con ese gesto tan peculiar del que se va... Una lágrima, la última, rueda por el rostro, y los labios, poco a poco, del cuerpo estremecido con profundos estertores y sacudimientos, sacan apenas fuerzas para seguir murmurando en voz que más que se oye, se adivina:

– Mamá... Ma... má... Mamá...

La noche es fría... Oscar sigue sintiendo frío en el alma, cuando recoge la respuesta contristada, de la mujer que balbucea con la boca crispada, tembloroso el gesto en una mueca trágica:

– ¡Mi hijo!... ¡Mi vida!... ¡Mi amor!... ¡No te vayas, no te vayas!...

## VIII

### HÉRCULES Y EL AMOR

...Vivir tan juntos como están  
los labios de una misma boca  
las perlas de un mismo collar...

¿Conoce alguien el amor?  
El amor es sueño sin fin  
Es como un lánguido sopor  
Entre las flores de un jardín...

FRANCISCO VILLAESPESA  
*El Alcázar de las Perlas*

Esto se acaba, esto se va también... ¿Será que Pilarín ha muerto?... No, que por el contrario renace a nueva vida, a través de los cuarenta grados; la fiebre horrible; el sopor; rumores vagos; gritos de dolor en el palacio; movimiento inusitado; curas que cantan en la puerta; comentarios sobre una modistilla que mira el entierro sollozando ante la muerte de sus ilusiones; un nuevo enfermo en el palacio, la madre, rendida de cansancio y pesadumbre; nuevos médicos y consultas, y al fin todo lo vence la débil fortaleza de dos mujeres, y mientras la marquesa comprueba con horror que se pone buena y sobrevive a la honda pena, Pilarín en convalecencia, melancólicamente se da cuenta de que también está viva y triunfante su juventud...

¡Tenía tanta pena, tantas ganas de morirse también!... Pero nadie se muere de dolor y es por esto que ni ella ni Rosario partieron tras el ausente.

Los primeros días del golpe lo pasaron enfermas ambas y cuando después, vueltas a la vida, juzgándolo todo una pesadilla, nació la esperanza insensata de que alguno las desengañase, hállanse sólo ante un lugar vacío, un hueco en la casa, un rostro querido de menos...

Tras la pena la desesperación; algo de conformidad al fin, con el correr del tiempo.

Está ausente, está fuera de casa... Quizás un día lo tropezarán en un rincón del hogar...

Rosario era piadosa y en sus rezos y su fe, se refugiaba. Y Pilarín que no tiene tanta fe, se muestra más triste, más inquieta, y es que algo tiene en el alma que le punza a la vez. ¡Oh, es que hay algo más triste que la muerte, más fuerte que el dolor, y es el cariño que los celos hieren!...

Por eso evita, ya que no la presencia, pues es casi imposible, del solícito Oscar, el tropezar con sus miradas, que se le figuran engañosas, y se refugia en el recuerdo de su hermano como en el de la única persona que la quiso de veras en el mundo, y, si como dice San Bernardo «la vida de los muertos está en la memoria de los vivos» nunca como ahora ha vivido tanto Panchito en la memoria de su hermana, que no ignora la aventura de la modistilla.

¡Todos los hombres son un poco falsos!... Hasta aquellos que asemejarse a la misma perfección; los más humanos; los que parecen más buenos y agradables...

¿Qué tiene la niña contra Oscar? Durante su convalecencia nada le faltó, ni siquiera el *dulsito*, como dice él, los bizcochos delicados, las cajas de bombones, flores... Y sin embargo, cuando él llega, se refugia en la biblioteca, en el salón, en el comedor, en cualquier sitio donde no se figure que está... Para darle algo que hacer, por que al fin y al cabo, la busca por toda la casa y da con ella.

Hoy es en el saloncito contiguo a la escalera, frente a la estatuilla de Hércules que se le asemeja y allí en la penumbra, un día que empieza a oscurecer ya a las cuatro de la tarde, Pilarín se halla sola y está triste; permanece en un canapé medio echada. No hay encendida la calefacción por que trae mucho gasto, y se ha cubierto con una manta las rodillas apoyándose los pies en una almohada, otra en la espalda.

Con la mano en la mejilla, medita tristemente contemplando la linda estatuilla de Hércules...

Es verdad... Se le asemeja, salvo la barba que tiene ese tío feo y algo viejo y en su lugar una hermosa cara juvenil, afeitada, simpática, de buena persona, aunque de algunos malos hechos... una en fin como la que acaba de retratarle la pequeña luna veneciana que tiene al lado y es la del personaje acabado de entrar.

Es *él*. Bueno: lo más conveniente e indicadísimo ahora es la actitud de completa indiferencia, para que sepan bien ciertas personas que si una tiene una espina clavada por su culpa no se puede proceder tan fácilmente a la extracción, y Pilarín echa mano a un libro que olvidó seguramente su padre en la silla próxima y sin mirar el título hace como que lee.

Detenido en el umbral de la puerta, con los brazos en cruz, desafiador, la mira él... Ella también lo nota, aunque no mire y su imagen la lleva tan retratada en el espíritu que le parece va a cubrir con su presencia toda la puerta, a agigantarse, ser el verdadero Hércules que entra, mostrando, casi desnudo, como el dios, sus enormes bíceps, sus pectorales robustos, su hermosísima presencia, que la retan a mostrarse indiferente ante aquella estampa. Para conjurar la tentación evoca el recuerdo del pobre difunto y reza mentalmente con el libro delante:

– Dame, señor, un corazón que sólo sea sensible al sufrimiento; dame pena; dame amargura; dame el recordar sólo la memoria de los que sufren, de los que han llorado mucho en este mundo; dame el pensar sólo en los que han muerto...

Inútil. No puede luchar más, la vista se le enturbia, las letras bailan, parece que se va a marear de debilidad y tiene que darse cuenta de lo que hay en la puerta, que es lo que le produce aquel trastorno.

– Buenas tardes... ¡Ah! ¿Estaba usted ahí?

Nada responde Oscar y, extrayendo de su bolsillo «El Mundo Deportivo» pónese también a hacer como que lee, cómicamente grave, sentado a su lado sin pedir permiso; así es que, imposible conservar la seriedad, se descompone la actitud digna y la niña al fin sonríe ante semejante pantomima. Pero como una goma poco resistente que al estirarse aprovecha la ocasión de romperse por cualquier parte, así sus nervios tan agotados por la convalecencia y la pena, al estirarse en una sonrisa se dextienden en dos lágrimas que ruedan como dos brillantes perlititas por sus mejillas...

El joven alarga su mano, mirándola afectuoso; pero, confuso, no halla por de pronto qué decirle.

«Venció el orgullo» como en la poesía de Bécquer y la lágrima prestamente fue secada, y la mano se retiró sin compañía...

Al fin, ya sabe cómo hablarla:

– No esté siempre tan triste, hija, que nada se gana con vivir entregada siempre al recuerdo del que se fue. Se ha hecho todo lo humanamente posible por él mientras vivía; pero seguir entregada a la memoria de los muertos es una vida negativa que Dios mismo no aprueba. Rece, bueno. Haga limosnas por su ánima bendita; pero que no sea todo ese recuerdo. ¿No cree que hay otras cosas en la vida?...

Insinuante, buscó la proximidad, acercándose más a ella, para que le mirara bien cara a cara; y se retiró desanimado. Nada. Impenetrabilidad era en aquellos momentos la propiedad más característica de aquel cuerpo que el pobre Oscar tenía a su vera. Sin embargo, como a él entonces le empezó a vibrar la vena de la elocuencia, siguió conversando buscando una ocasión por los cabellos, para decir al final todo lo que quiere y sacar algo en limpio sobre la esquizidez de la niña... El libro abandonado en la silla sería el pretexto, y lo toma, hojeándolo rápidamente.

–La lectura es una buena distracción... A ver lo que lee... ¡Por amor de Dios! ¡Cachimbo! ¿Eso lee? No lea esas cosas. Una almita blanca, pura, como la suya, no debe haserlo porque hasta los mismos hombres si se entregan a ésto prenden en la lujuria perniciosa que es lo más bajo y vil, que embrutese a la gente y aniquila, tan diferente de la voluptuosidad sana, amorosa, que gosan los que se quieren...

Llena de confusión la chica miró entonces el título de la obra que tomaron sus manos aquella vez sin culpa y se espantó del título «Carne de mujer».

El, inspirado, seguía en tono de sermones:

– Usté, seguramente tiene ansia a sus años de verlo todo, de saberlo todo. Usté que seguramente no ama a nadie y es mujer ¿cómo es que inquieta su almita blanca con esas ansiedades? Déjeme esa tarea de abrirle los ojos para el hombre afortunado que la merezca...

Bueno. Ya fatiga tanta prédica injusta, y la seguridad de su inocencia mueve a Pilarín a buscar sin turbarse un cambio de línea:

– ¿Quién ha de querer a una pobre chica como yo, sin padre ni madre, y con todas estas circunstancias agravantes? Sobre todo, cuando hay *otras*...

– En mi país, en la libre tierra americana, cuando un hombre se fija en una mujer no lo hace preguntando como en Europa si es rica ni quién es su papá, importando poco si es hija natural o legítima. Sólo buscamos que sea buena, bonita...

– ¿Y barata? –interrumpió sarcástica su oyente.

– No, eso no... –El se puso serio. –Pero, claro, usté está pensando que a mí quién me mete en lo que no me importa.

– Y no lo digo...

– Anjá... ¿No me lo figuré? Es inteligente y mordás la linda cabecita. ¡Qué saliditas más cáusticas me va soltando! Y a pesar de los pesares, tengo unas cuantas cosas por que regañarla y se lo voy a decir...

Nuevamente el espíritu burlón que cosquilleaba a Pilarín a veces, haciendo desfigurar sus sentimientos, y nacía entonces de algunos

rencores íntimos, la impulsó a preguntarle con un tonillo bastante impertinente,

– ¿Será muy largo el cuento?

¡Eso faltaba! Saltó el joven de su asiento como si una mosca verde le picara y se dirigía hacia la puerta, el ceño fruncido, presagiando nada bueno en quien no está para que le tomen a chacota las cosas graves que tenía que decirle. Si ella iba por el camino de las burlas, merecía la soledad. Buscó el sombrero.

Mucho había deseado Pilarín un encuentro completamente a solas con el mozo para dejarlo partir así, sin que mediase alguna otra explicación. Huía su presencia, pero deseando que él la buscase; entorpecía la conversación y al mismo tiempo gustaba escucharle. Por eso ante su enojo temió extralimitarse y tuvo miedo a una irreparable ida.

Y... lo detuvo. Ni su gesto ni su voz reconoció cuando se atrevió hasta a sujetarle por el saco y decirle más sumisa, humildemente...

– ¡No se vaya, no! Perdóneme... Ande, ríñame usted, que buena falta me hace, aunque no se lo aguantaría a ninguna otra persona, después de todo lo que me sucede...

Vuelto hacia ella de nuevo, el mozo la observó atentamente y casi rabioso, le cogió con fuerza una muñeca, apretándosela...

– ¡Pilarín! –exclamó ceñudo– Volvió usted a ser por un momento la de siempre, la de antes, la que me contaron que era; la niña linda y buena que se complace en parecer una malcriada y choteona; pero que no cuenta –agregó enérgico siempre apretando la frágil muñeca como si fuera a romperla– no cuenta con que le saldrá al paso un hombre fuerte, y de más voluntad que ella, como debe ser el que ha de dominar a una muchachita malcriada, a quien enamora...

¿Oyó bien? Sí... Cerró los ojos... ¡Qué hermoso sonaba todo aquello en sus oídos!... Para resistir la dulce música adentró en su corazón en donde había algo clavado y decide arrancárselo aunque fuera con dolor... Ella sobre todo prefiere la franqueza, sinceridad, situaciones claras... ¡La enamoraba! Algo extraño era el exabrupto y

más en compañía de aquella diestra formidable que oprimía su mano y la obligó a sentarse en un sillón en cuyo brazo también él se sentó, muy junto a la niña. La voz se hizo más cadenciosa al seguir hablando:

– Pero vamos a ver... ¿qué es lo que tiene contra mí? ¿Cuál es mi pecado para que se me ponga de ese modo la indina? ¿Es acaso culpa mía si Panchito se murió? ¿No me he portado bien con ustedes en todo este tiempo? Y si ya tenía que irme a mi tierra y no me voy, Dios sabe bien lo que hace dilatarme...

Los ojos de ella entonces se conmueven y miran hacia adelante, hacia un punto lejano, inaccesible, mientras, graves, los labios se contraen en un gesto de emoción y agitando nerviosamente una pierna cruzada sobre la otra, le salieron todas sus quejas y reproches, todo lo que le amargaba, mordéndola y torturándola más que la fiebre y la enfermedad, más que la muerte misma del hermano:

– Una noche... hace algún tiempo... cuando vivía el pobre Panchito... estábamos en el comedor todos reunidos y el tío hablaba con mi tía y doña Mariíta de usted, sin fijarse o dando poca importancia a que yo escuchaba con un libro abierto por delante y sin leer...

– Vamos... Ni más ni menos que como hacía ahorita mismo... ¿no?...

– Eso... Y si adivinó que yo ni siquiera conocía el título de lo que me sorprendía entre las manos ¿por qué se empeñó en sofocarme con aquel sermón acerca de las buenas lecturas?...

– Por que yo no soy de melcocha, mi vida, y no me gusta que me coman, y si me vienen con una mecha, sigo el engaño: y cuando me hablan con franqueza, como ahora, yo soy el más franco de todos... Siga, sígame contando lo que dijeron de mí...

– Pues el tío decía, y la bruja de doña Mariíta, su compatriota, corroboraba aduciendo datos, que usted con todo ese aire cándido de buena persona tenía una fulana... con quien vivía en el hotel, haciéndola pasar por su señora... y hasta dijeron el nombre y todo...

Por la confusión del joven comprueba Pilarín la certidumbre de los murmuradores. ¡Era verdad!... Y sintió de nuevo más profundo clavado el aguijón de los celos... y velaron unas lágrimas su vista...

El no niega. Lo confesó todo. Ante aquellas negras pupilas, indignadas, que a la manera de dos carabineros le impedían trasponer las fronteras del amor, desplegó sus pasaportes y documentos en regla. Sí, tenían razón los que charlaban, aunque con atenuaciones. El «brollo» lo tuvo antes de conocerla a ella y aunque desde entonces ya le aburría, no era cosa de darle dos «patás» y «botarla» a la calle como una piltrafa. Había él escrito una carta, que no pasó de borrador, dirigido a Pilarín para contárselo todo y no osó enviarla; pero quiso Dios la encontrara la otra como pie para un rompimiento y se fue, dejándole una misiva de adiós –ambas religiosamente conservadas en su cartera por el mozo. Y las mostró, a fin de que se convenciese.

Aproximóse la niña a los cristales del balconcete en busca de luz.

– ¡Qué estilo de criada! –exclamó leyéndola satisfecha por la inferioridad de su rival... ¿La puedo romper?

– Sí...

En menudos pedacitos cayeron las «pulidas» expresiones de María Cruz dentro de la escupidera. Vino otra vez la niña al sillón en cuyo brazo sentado la esperaba el joven con la otra carta en la mano, observándola a ella atentamente, con aire entre pícaro y conmovido.

El momento era de emoción para los dos. Sólo turban el silencio augusto de la casi solitaria casona sus voces remisas alternando, y el ruido de alguien que sube la escalera, a lo que no presta atención ninguno.

Antes de abandonar en su falda la carta, él arregla cuidadosamente y amoroso la manta sobre las rodillas de la convaleciente. Y deja allí la ofrenda...

– ¿Quiere que alumbre? Ya no verá...

– No, no; estamos mejor así. ¿Se puede leer ésta?

– Sí...

Tembló entre los dedos pálidos el papel; la víscera de las emociones comenzó unos saltos de acróbata, y aunque no se distinguen muy bien las dulces frases, era preferible sin embargo la semi obscuridad para ocultar la ola turbadora que la envuelve cuando con afán devora:

«Amor mío: deje que le llame así por primera y quizás única vez...

Leyó la joven toda de un tirón, interrumpiéndose sólo en algún momento para preguntar:

– ¿Qué dice aquí? – ante unas palabras confusas, y sentirse entonces halagada en los oídos, y obsequiar en algún momento a Oscar con un parpadeo nervioso, de agradecimiento ante la prueba irrefutable...

– No está terminada... – balbuce por decir algo la niña cuando termina la lectura.

– ¿Quieres que le pongamos el final ahora mismo? – murmura el autor, inclinado hacia ella, tanto, que sus pestañas cosquilléanle la frente, ruborizándola aún más con el roce de su varonil presencia, el suave aroma de sus cabellos que llegan casi a juntarse con los otros negrísimos.

Todavía pregunta la niña como si el caso necesitara aclaración:

– ¿De modo que... usted me quiere?

Dulcemente la atrajo él junto a su pecho, sobre el cual se acurrucó la niña como una paloma enamorada que encuentra al fin su nido. Poderosos, tal las alas de un águila, los brazos del mozo, al recibirla se cruzaron sobre la espalda femenina, estrechamente, y sólo el oído de ella recoge cierta respuesta, que allí deposita él, entre los bulecitos de las sienes:

– Te lo estoy diciendo, nena... ¿Y tú, me querrás a mí?

– Yo, sí... Te quiero, te quiero de siempre...

Se abrazaron. En la dulzura del cuchicheo, bajó los párpados Pilarín. Aquello tan delicioso, tan sereno y tan casto, la posesión de un espíritu que domina con suave yugo a otro, llevando a ambos una dicha grande, abrumadora, les agobió de ternura y ella consideró interiormente.

– ¡Dios mío! ¡Yo creía que estas cosas tan buenas no existían sino en los libros..! Más allá de ésto... ya no puede haber nada mejor...

El pícaro amor, dios de las burlas, la hubiera demostrado que más allá aún había algo más, quizás lo mejor o lo peor, después de la ternura que unas veces debe ser incentivo, otras el velo que envuelve la animalidad, la disimula y hasta la eclipsa momentáneamente, recordándonos como somos algo más que materia y que el espíritu goza también sus buenos ratos. Mas son en tal manera sutiles y fácilmente franqueables esas fronteras entre el alma y la carne impura, que sabedor de ello el ángel de la guarda, algún santo desocupado y protector de las buenas costumbres o tal vez el propio Hércules, semidiós, que les miraba, hizo que el excelente Oscar se separase en su embriaguez un momento de la niña, tras rozar apenas con labio ardiente su mejilla sin tocar la boca. Quedaron unidas, de pié ellos, las manos de los nuevos novios, frente a la ventana, arrullándose en voz baja...

– Pero, hombre ¿qué hacéis aquí a oscuras?... ¿No tenéis frío?

Era don Alfonso, que entró dando vueltas al boton de la electricidad. Separáronse, tratando de mostrar toda la compostura debida.

Algo de aquella ráfaga feliz que les embriagó minutos antes queda como luz vivísima en los ojos de los dos, haciendo que el recién llegado les observe atentamente, dándose cuenta de que aquí pasó alguna cosa, y con su experiencia dedujo al punto por el aspecto feliz y satisfecho de ambos... que no tenían remordimientos.

Es que no hay duda: cuando somos dichosos,–sea ello muy íntimamente– algo en nuestra frente, en nuestros ojos hay, en la sonrisa, que nos vende, así como un aureola luminosa, y nos traiciona el secreto hasta el eco de nuestra voz feliz.

Don Alfonso estuvo aquella vez a la altura de las circunstancias... De las circunstancias económicas por que atravesaba, inspirándole ideas geniales para solucionarlas, y tomándose tiempo de reflexionar lo que le convenía mientras enciende un cigarrillo, dijo entre dos chupadas.

– ¡Hola, Oscar! Me alegro encontrarte, porque tengo otra vez una consulta que hacerte sobre aquello de San Servindres ¿sabes?... Me ha vuelto con sus proposiciones...

– Yo también tengo que hablarte muy en serio de un asunto por el estilo... – respondió Oscar.

Se disipó rápida, igual que una sombra en la obscuridad del pasillo la niña, en tanto que las festivas campanillas del amor y de la juventud repicaban a gloria del alma en el interior de la suya y la de aquel que iba a ser su prometido.

IX

LA MEDICINA ESTÁ EN EL MAR...  
U OTRA VEZ LA EPÍSTOLA  
DE SAN PABLO...

Ya toda me entregué y di  
y de tal suerte he trocado,  
que mi Amado es para mí  
y yo soy para mi Amado.

SANTA TERESA

*Poesías*

No sé si es que soñaba, Margarita, o si que hasta ahora estuve soñando, y vino el despertar. ¡Qué despertar más dulce y agradable! A veces me restrego los ojos después de apretarlos mucho para abrirlos luego ante lo que me rodea y aunque es naturalísimo según parece, se me antoja de tal manera extraordinario que necesito mucho tiempo para acostumbrarme a ello.

«Miro las montañas de olas que lamen los costados del buque como amenazando tragárselo, oigo su rugir de fieras, mientras el barco se menea cual un cascarón de nuez, y cogidos del brazo pasan las horas en contar las blancas gaviotas que nos siguen y se posan hasta en los mismos palos de nuestra casa flotante, —tal unas buenas amigas que han querido acompañarnos un rato durante la travesía para decirnos adiós más largo tiempo.

«¿Sabes, Margarita, que me vuelvo yo romántica también? Ahora hay una luna hermosísima y no te harás una idea de los paisajes encantadores que su luz nos hace ver pintados en las nubes.

«Oscar que sabe de todo en este mundo (o a mí me lo parece) me explica los nombres de las estrellas – cosa que olvidé en el colegio – y me las señala, así es que sé por donde sale Venus, y cual es Marte y el hermoso Júpiter. Nos dedicamos pues, al estudio astronómico... Aunque tú dirás, picarilla, que sin duda, no es la astronomía lo que ocupa todas nuestras noches... y querrás saber... Bueno, ya te contaré...

«Pero he de hablar primero de los delfines.

«¿No sabes? Son unos simpáticos habitantes de los mares que también se empeñan a ratos en escoltarnos y tan buenos e inofensivos según Oscar, que si un hombre cae al agua le rodean e impiden se lo coman los tiburones. ¡Más graciosos si los vieras, como saltan sobre cada ola, igual que chiquillos, divirtiéndose!

«A bordo se pasa la vida muy bien. No nos mareamos y yo sólo espero las horas de comer y beber, que casi son las del día, pues no te puedes figurar en estos barcos españoles lo bien que tratan a la gente. La comida es riquísima, los camareros te sirven con tanta finura que te obligan a comer sin ganas. Luego en el salón, pasamos unos ratos agradables en juegos y bromas con los otros pasajeros. Yo me divierto enormemente... aunque comprendo lo que dice Oscar cuando todo se lo pondero riendo tan a gusto: que es nuestra disposición de ánimo –pues a él le pasa igual a pesar de su luto, lo que me hace encontrarlo todo bueno y después de llorar mucho ¡con qué gana se ríe una! Aquí lo del pan y cebollas...

«Con él, aunque no viajáramos en primera sino en compañía de esos infelices emigrantes, comiendo todos en un mismo cazo, durmiendo en sus sucias camitas; y con él, aunque me viera condenada a habitar una isla desierta... Y ya te estoy oyendo, Margarita, te veo mover la boca para decirme: «Ay, esa Pilarín cómo se vuelve!»

«Estoy contenta, Margot, por una felicidad tan grande que me parece mentira.

«Tu algo sabes de ésto... No te puedo hacer la boca agua, pese a toda ésta que nos rodea en abundancia, dispuesta a tragarnos si el capitán del barco se descuida. ¡Cuánta gente caería en ella! Figúrate que en ese pasaje de tercera, hay más de cuatrocientos emigrantes que marchan *a hacer la América*, –casi como nosotros... y el tío cuando los mira desde la escotilla, él dentro de su pantalón blanco y puesta su gorra blanca, impecable, que le asemeja a los oficiales, no me parece muy sincero al lamentarse rutinariamente de que por ello la península se empobrece y no sé qué más.

«Mi marido –¡uy! qué gusto me da escribir eso por primera vez y lo repito, “mi marido” le contesta empleando el tono grave con que él trata todo lo serio:

«–No, mi amigo, no se apure. Todo eso es sangre noble y buena que se le inyecta a nuestra América, y aunque vayan sucios y ripiosos nada perdemos nosotros ni nada pierde España, porque dentro de unos años traerán más dinero y más cariño a su patria que amarán mejor que cuando se fueron, y entre tanto siembran la nuestra de semilla fecunda...

«El tío se ríe, pero a mí me parece que si Oscar lo dice debe ser el Evangelio o poco le falta. Tiene un modo de subrayar con enérgicos ademanes lo que sus labios pronuncian pausadamente, con ese dejo americano y suave (y me encanta por lo mismo que es lo único débil que hay en él) que por fuerza me convence de todo.

«Bueno, Margarita, tú diras que estoy chiflada y de remate, más ya que me pediste largas cartas “contándotelo todo” has de soportar mis latas enormes. Tú sabes que Oscar es muy guapo, sí, más que Severo, aunque te dé rabia confesarlo, y no me digas que no porque me enfado. Lo que ignoras son sus sentimientos, cuánto bueno hay en su alma, tan grande como su cuerpo.

«¡Si lo hubieras podido escuchar cuando nuestra desgracia empleando delicadeza y sencillez para abrazar a la pobre tía Rosario

y decirle palabras de consuelo, te lo hubieras comido a besos, Margarita, así es que para mi satisfacción personal más vale que no lo hayas visto ni oído ¡Porque soy celosa!

«Llegóse después a la madre que lloraba desesperadamente y le enseñó un cablegrama por el cual a él le venía también su parte de lágrimas:

«—Mi buena doña Rosario —le dijo,— mi viejita querida —Voy a darle en cariño y en tranquilidad todo lo que usted sufrió. Ha muerto mamá; mis hermanas se casaron... ¿quiere que la suya sea mi familia puesto que la mía se me va, quiere usted ser mi viejita ya que la mía se me murió? ¡Ni Pilarín ni yo tenemos a más nadie que usted!... Echeme la bendición a estos dos hijos que le nacen en lugar del otro, y que ya no se le separarán, y más nunca la dejarán sola por la vida... Vamos a darle en cariño cambiadas todas las penas que sufrió. Pilarín tiene una deuda muy grande con usted, y desde este momento todas las deudas de ella yo las pago, porque yo la quiero...

«Así fue, Margarita, el principio de la cosa, así de esta manera comenzó lo que tuvo este final dulcísimo y agradable cuyos pormenores te voy a contar para que no estalles al fin de curiosidad imaginándote “cómo fue”.

«Te puedo escribir algo por que mi esposo está durmiendo plácidamente en una silla de extensión, ahí fuera. Sí, hija mía, no te extrañe, pasamos muy buenas noches... conversando, y claro, de día nos caemos en cualquier sitio, es decir, se cae él, pues yo no sé cómo me arreglo que estoy siempre despabiladísima desde que me casé. ¿Te acuerdas que yo te leía en voz alta con voz dramática que hasta te hacía llorar, los dramas de Shakespeare gritándote: “¡Macbeth ha matado el sueño!”

«Pues yo podría declarar ahora: “Amor me ha matado el sueño!... Y nunca me parece pronto para acostarme, siempre es temprano para levantarnos... Entiende tú. Ata esas moscas por el rabo...

«Mi marido, cuando se levante, después de desperezarse un poquitín con disimulo, mirará a un lado y otro buscándome

sobresaltado de no verme y vendrá aquí al salón donde te escribo; pero no hay cuidado que lo lea si se encuentra ante este verdadero ejército de “mis patitas de mosca” que le espantarán por su magnitud. Quiere que siempre escriba en su máquina, pues no concibe sino la letra clara y mercantil, mas yo, aunque ya voy teniendo mucha práctica en la mecanografía y pienso darme postín “ayudando a mi marido”; decididamente, prefiero escribirte a tí empleando las consabidas “paticas” que sólo tú y yo entendemos.

«Lo único que amarga un poquitín nuestra dichosa existencia es el contemplar a la tía Rosario, tan buena, tan dolorida... ¡y tan callada, Señor!... ¡Me da una pena verla! Muchas veces le tengo que ir detrás y sorprenderla para que no llore, encontrándola sobre cubierta con las manos unidas, apoyada en la barandilla, y mirando al mar horas y horas, fijos sus ojos tristes en el agua que pasa y repasa por los costados del barco sin dejar más que una pequeña huella húmeda...

«No lo puedo resistir. La pobre tía, pequeñita, cada vez más doblada, y con su actitud de mujer buena que cruza las manos ante lo inevitable porque Dios se lo manda, es lo que empaña mi felicidad, me hace llenar los ojos de lágrimas y juzgarme muy egoísta, muy miserable, a su lado, muy indigna de este buen destino que el mismo Dios que a ella la prueba me depara...

«Entonces me llego a ella con suavidad, humildemente, para que Dios me perdone los malos ratos que sin quererlo haya podido darle, las ásperas contestaciones, mis malos humores pasados, y la abrazo con toda la ternura que me ha enseñado Oscar para abrazar una madre desde que pasa por la pena de haber perdido la suya, y de mi corazón sale francamente esta santa palabra, la primera que decimos a la nuestra, la palabra santa que se va acostumbrando mi alma a repetir hace tres meses con la dulce esperanza de que dentro de otros seis haya un ser pequeñín que a mí me lo repita; pero ¡ay! esta palabra misma fue la última que dijo el que lloramos cuando se moría:

«-¡Mamá!

«Ya no la llamo tía; ya sólo le digo mamá cuando le hablo. Ella me abraza conmovida, me besa, y me dice con su voccecita buena

«-¡Mi hija!...

«Qué contenta vuelvo a estar entonces! Mi Oscar la quiere y la contempla tanto o más que yo desde que murió su madre y aunque naturalmente ella no olvida a su hijo, siempre la consuela un poco nuestra ternura y nuestro afecto.

«¿Podrás creerlo, Margot? Hasta ahora nunca me entretuve con ella en hablar de mi madre verdadera, la que murió hace muchísimo tiempo y casi no recuerdo, y es que hasta el presente no he considerado a la tía Rosario como algo tan mío como ahora. Todos tres somos uno solo en el cariño. Ahora nos pasamos muchos ratos unidas y hablando de la que se fue tan pronto, para dejarme huérfana y sola y que la tía me recogiese en su bondad inagotable... Hablamos, como en las novelas, del pasado, y al aparecer mi Oscar –se presenta algunas veces con los ojos encarnados, pues él también llora a su madre– quiere entonces que sólo hablemos del porvenir.

«Yo siento la muerte del pobrecito Pancho con una pena que parece remordimiento, y cuando lo pienso mucho ruego a Dios que me arrebaté un poco de la dicha tan enorme que El me está dando junto a mi Oscar si ha de ser en desagravio. Quisiera entonces tener ganas de morirme mirando al agua con la tristeza con que la mira la mamá... Cuando tengo esas ideas es generalmente al anochecer... No me duran mucho, no... El cariño de mi Oscar es capaz de hacerme volver a amar la vida, aun cuando esté muerta y en el cielo... Todo para en que experimento una verdadera necesidad de que me estreche entonces en sus brazos; un afán egoísta de que me consuelen, de consolarnos mutuamente; sentirnos muy pequeñitos y muy desamparados para que el amor me ampare... con sus besos...

«Y así vivimos, así se desliza nuestra vida sobre el agua, un rato triste y la mayor parte del tiempo egoístamente satisfechos, procurando esconder nuestra felicidad a los ojos de los demás pasajeros que nos atisban; entre las penas del recuerdo y el sabrosísimo jugo de nuestra

luna de miel, que nos dura hace ya meses y durará más allá de Puerto Rico.

«No te quiero cansar más sobre las bondades de mi marido para con mi familia, y no porque me dé vergüenza referirte que él ha pagado los médicos, las consultas y todas las cuentas de la enfermedad de Pancho; que el palacio y todo cuanto se creía la gente riqueza de los Longinos andaba con tres o cuatro hipotecas y él lo deshipotecó (oh, y qué palabras más feas); ni que él ha pagado muchas trampas de mi tío y como si fuera un niño grande lo ha metido, casi se puede decir, en este barco a fin de sacarlo de enredos y a ver si emprende nueva vida en las Américas –cosa que dudo– para tranquilidad de mamá. No, no te entro en detalles porque ésto sería una letanía sin fin en honor de mi hombre y hay que poseer cierta modestia conyugal.

«¡Valencia! ¡Málaga! Te voy a hablar de esas simpáticas poblaciones en donde hicimos escalas –que parecían los escalones del cielo... Pero me da vergüenza, muchísima vergüenza el confesarte que de la una sólo recuerdo un coche que da vueltas por la ciudad con una pareja muy feliz estrechándose y todo lo más juntos posible dentro, y una modista de sombreros a cuya casa fuimos a parar para comprarme uno.

«Después Málaga... Sí, la Catedral, las afueras, precioso todo... Te mando un bloc de postales de cada una de estas poblaciones para que te enteres de lo bonitas que son y lo mismo Cádiz y las Palmas –en donde paramos algo y en donde conocimos dos hoteles muy recomendables para los novios que desean descansar unas horas de la cocina y camarotes de a bordo... Me entra otra vez la vergüenza... y claro, imposible el relato de lo que hicimos en los susodichos “grandes hoteles”. Sin embargo para que no te vayas a figurar Dios sabe qué, he de decirte que la comida del barco que a mí me encanta, a Oscar como ha viajado tanto y la ha probado tantas veces le parece muy monótona. Así es que siempre que se puede bajamos a tierra; un paseo más o menos largo; y cuando ya se nos ha abierto el apetito de las cosas ordenadas buscamos mesa y lecho donde reposamos...

«Cuidado con imaginarte que somos unos egoístas y, a fin de estar solos no instamos a mamá, no tratamos de que venga con nosotros, al contrario: siempre se niega a nuestras obstinadas súplicas de bajar a tierra, y es que para ella no hay más en el mundo que soñar con su hijo y volver a ver a su país para morir en él...

«¡Morir, pensamiento de muerte cuando hay tantas cosas buenas en la vida; cuando hay tantas poblaciones en el mundo que podré yo un día visitarlas del brazo de mi nene querido! Yo no puedo pensar más que en la vida, y aunque esto sea malo, pasados esos momentos levísimos de los pesares, sólo sueño con el país desconocido en donde voy a vivir; siento un afán saludable de vida y de esperanzas; de goces; de disfrutar mucho y desquitarme los tormentos pasados. ¡Qué hemos de hacerle! Soy joven y aunque lleve gafas negras lo veré todo de color de rosa semejante a aquella “Elvira” que leía a Campoamor...

«Cierro los ojos –tal te decía al principio– y me veo, tiempo atrás, vistiendo el antipático uniforme del colegio, llena de pesadumbre, en un rincón, y otros ojos tristes que me seguían doquiera por mi casa, si a ella volvía... Y los abro y me veo aquí sobre un barco, con un tío que me quiere como siempre y como todo lo que hace él, ligeramente; una santa mujer, a quien yo debo mucha gratitud y mucho afecto, y un marido el cual me dice poniendo en su voz ternuras tan de hombre y tan de niño que me estremecen el alma. –¡Qué feliz me haces, nena!...

«Dime Margarita ¿tú crees que debo creer en que hasta ahora estuve soñando y ahora despierto, o bien lo contrario, mi vigilia hasta el presente y que desde hace poco estoy durmiendo en el sueño más sabroso de la vida?...

«Mientras espero tu carta que va a aclararme tan importantísimo asunto, ésta tiene que tener un fin, porque, hijita, ya van muchas carillas y temo marearme, si no con los meneos del barco, por lo menos con el movimiento de la pluma.

«¡Ah, sí! Dije que te iba a contar el comienzo de... Bueno, pues... Pero chica, ¿quién te mandó a estar fuera de Barcelona dos o tres días

después de la boda nuestra? A no ser así, de viva voz, sentadas en mi gabinetito, las manos cogidas, te habría secreteado al oído... todas esas cosas que no se pueden escribir, y no te canses ya más preguntándolas porque no vas a saberlas ¡curiosina! Recuerda las tuyas; aplícame el cuento... y en paz.

«Lo que se puede narrar de aquella noche es que experimenté entre otras variadas inquietudes, risa y miedo. Después de despedirme de la tía presa de cierta vergüenza al darle las buenas noches y ver que el tío –cosa rara en él– también quería obsequiarme con un beso antes de irse a la cama, me quedé sola en mi cuarto y no sabiendo por donde andaba Oscar me desvestí deprisa y... sin atreverme a meterme en la cama... me introduje en el armario... Hija, no creas que fue equivocación por lo turulata que estuve.

«Ay, que risa! Lo dejé entre abierto para la respiración y entonces ví que él salió y empezó a buscarme llamándome primero bajito y luego, ya impaciente en voz alta.

«–¡Pilarín! ¡Pilarín! ¿Dónde estás?

«Yo, muerta de risa en mi escondite, me apretaba la boca con una mano para no estallar. Hasta debajo de la cama busca el buen Hércules a su Onfala, completamente nervioso, y sin saber lo que se pescaba. Pero luego, la bromisla fue embromada, porque no sé si fue que dejó escapar alguna risita, dio un salto a través de la cama que está en medio de la habitación como sabes, echó la llave y me encerró en el armario.

«–¡Pide perdón, –decía– si no no te abro!

«–¡Te crees tú eso! –pensé yo. Y fui poco a poco disminuyendo mis voces hasta quedarme calladita. El, asustado, abrió enseguida creyendo sin duda que me asfixiaba, y me tomó en sus brazos. Y así hizo él ¡mi buen y generoso Oscar! –que como todo hombre en medio de tantas cualidades sólo ostenta un defecto, ser un poco brusco a ratos... Y cuando yo, en medio a una caricia se lo digo:

«–Anda, chico, no sea bruto, que me haces daño– pone una cara el pobre tan compungida, se queda tan confuso de su inconsciente

fuerza, que a mí entonces es a quien le dan ganas de deshacerlo y comérmelo a besos a mi buen atleta.

«Pero entonces, no. Me acarició cálido y tierno solamente, hasta despertar en mí el deseo de pagarle con el mismo fuego todos sus besos...

«Y después... Una dulce noche, un hermoso sueño cayó sobre nosotros... Y seguimos soñando todavía...»

[Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page]

# POESÍA

1913

## ¡PERDÓN!(\*)

«...Quiero tener siempre presente  
esa juventud, esa casi infancia  
sepultada en una blanca cajita...»

Perdona, madre mía  
si, olvidándote un momento, así gemía;  
¡Ven, oh Muerte!  
Por no ver al Dolor... ¡quisiera verte!

Perdón, oh Dios, si existes  
Porque en mis noches tristes  
Sufría tanto, tanto  
que maldije, Señor, tu nombre santo!

Y tú, mi pobre pluma,  
Perdona la tristeza que te abruma,  
Perdona los delirios de mi mente...  
¡Ha sido mi Dolor tan inclemente!

Perdón, que desde ahora  
la pena callaré que me devora.  
Yo seguiré cantando  
Mientras el corazón... siga llorando!

(Barcelona 1915)

---

(\*) *La Cuna de América*. 4 (13-14): s.p., abr., 1915.

## LOS TRES FANTASMAS(\*)

...en la florescencia de todos mis pecados,  
con todas mis imperfecciones sobre mi  
cabeza, fui enviado ante mi Juez...

Hamlet- ¡Oh horrible, horrible! ¡oh, muy  
horrible!

SHAKESPEARE  
*Tragedias*

### I

#### AMOR

El Poeta se pierde en caminos de rosas...  
Azules horizontes descubren sus miradas...  
Y en tanta paz y dicha, para otros tan preciosas,  
el siente vago anhelo de cosas ignoradas...

El oro, rey del mundo, sus rutas siempre allana...  
Cansado de encontrar llanuras a sus piés  
clamó al amor inmenso, a la pasión insana  
que pronto halló y ahora, su prisionero es.

Amor, amor infame, sacrílego, imposible,  
se adueña soberano de todas sus potencias,

---

(\*) Revista *Letras*. 3 (135): s. p., 2 nov., 1919.

El poeta se encuentra en la senda terrible  
en que se olvida a Dios, el mundo, las creencias...

Los celos traicioneros el corazón le hurtaron  
silbándole al oído canciones maliciosas;  
con ellas de la duda el veneno derramaron  
y casi creyó ciertas especies mentirosas.

Y en librarse de ese el pobre poeta insiste,  
fantasma doloroso bajo formas de Amor;  
y como Hamlet el príncipe de Dinamarca triste  
«¡Horrible, horrible, horrible!» –dice de su dolor.–

## II

## LOCURA

Sintió que su cerebro cual cascabel sonaba,  
que su débil razón le huía por momentos;  
sintió que dentro dél, una luz se apagaba...  
Que atado a una cadena iba de sufrimientos.

La cadena infinita era fuerte y pesada  
pendiente del carruaje de la fatal locura...  
Sin saber como fue, su vida se vio atada  
a la fatalidad de horrenda desventura.

Un fantasma imperioso presidía sus acciones  
El Poeta seguíale, dócil, sin voluntad,  
del bien y de lo malo no tiene ya nociones  
ni concibe muy clara la idea «realidad»...

¡Pobre poeta loco! en otro tiempo ahito  
de la monotonía de los caminos rectos,  
cruza ahora la senda del dolor infinito  
que siguen otros seres del mundo casi abyectos.

En un momento lúcido, la magnitud abarca  
del mal que loco hace y subsanar procura.  
Y como Hamlet el príncipe triste de Dinamarca  
«¡Horrible, muy horrible!» –dice de la locura...

### III

#### LA MUERTE

Entonces, el más negro de los fantasmas todos  
cubrió sus albos lechos volando amenazante,  
y aunque el pobre poeta rogó de tiernos modos  
la Muerte, inapelable, el arrebató su amante.

En esta vida, campo sembrado de tristezas,  
el cáliz doloroso no se agota jamás.  
Siempre está cernido sobre nuestras cabezas  
un buitre que demanda su paso nada más...

Cayó la bella estatua de gracia y de pecado,  
la Tierra, como madre, la recibió en su seno.  
Y el pobre amante pudo mirar desesperado  
que el cáliz de amargor... ¡estaba casi lleno!

Sobre tanta hermosura pusieron una losa.  
En su delirio el triste a ver tan solo alcanza,

en vez del nombre escrito encima de la fosa:  
-«Aquí... se terminó- ¡Dejad toda esperanza!»-

Llorando siempre siempre, fúnebre luto viste,  
besa la tumba fría en que yace su amor,  
y como Hamlet, el príncipe de Dinamarca triste  
«Horrible... horrible» -gime- la muerte es el Horror!»

## LA SEMANA SANTA EN ESPAÑA(\*)

*A mi madre ausente.*

Visión de Jueves Santo en la España lejana...  
El aire está impregnado del tomillo bendito  
que a las puertas del templo la vendedora afana  
por dejar en las manos del feligrés contrito.

Con las levitas negras, la seda y la galana  
mantilla –hermoso marco de algún rostro bonito,–  
la muchedumbre inmensa, serena, no profana  
la grandeza del templo, la majestad del rito.

Refulge el monumento como un ascua de oro...  
con mil luces eléctricas... Apagan una... El coro  
el misterioso «oficio de tinieblas» rompió  
a cantar... Y en la Rambla, bajo el sol que agoniza  
hay la orquesta de ciegos, que en el aire desliza  
una copia que gime, como Jesús gimió...

.....

¡Viernes Santo! ¡Tristeza de la muerte de Cristo  
cuya Iglesia, enlutada, su pasión conmemora!

---

(\*) Revista *Letras*, 4 (158): s. p., 9 may., 1920.

¡Todo se ha consumado como *El* lo había previsto  
con su mirada lúcida que en el misterio explora!

Recordando «aquel tiempo», anualmente se ha visto  
que el madero infamante el buen cristiano adora  
y siempre grita el mundo: ¡Reparación a Cristo!  
y, pecador eterno, su crimen siempre llora...

Con mantillas que incitan a la frase galante  
sufriendo de la vida el poderoso empuje,  
del femenil cortejo, vé el desfile triunfante  
la mañana de sol, que ignora la tristeza  
de la iglesia, en que el trío de sacerdotes reza  
frente al coro implacable que el «¡Crucifíxi!...» ruje.

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900

1901

1902

1903

1904

1905

1906

1907

1908

1909

1910

1911

1912

1913

1914

1915

1916

1917

1918

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

1926

1927

1928

1929

1930

1931

1932

1933

1934

1935

1936

1937

1938

1939

1940

1941

1942

1943

1944

1945

1946

1947

1948

1949

1950

1951

1952

1953

1954

1955

1956

1957

1958

1959

1960

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

# CRÓNICAS DE VIAJE



SEÑORITA ABIGAIL MEJÍA

## HOJAS DE UN DIARIO VIAJERO

*El amable Director de La Cuna de América me pidió, ha días, que no echara en olvido esta revista; y, sin prometerle nada con firmeza, según mi sana costumbre, tan solamente convine en tratar de hacerlo. Deseaba él por escrito mis impresiones de viaje por el Cibao: hoy satisfago con creces su solicitud enviándole, no sólo esas sino otras muchas, anotadas en mis cuadernos desde que salí de España, deuda que tenía conmigo misma contraída, pues me había prometido hacer como frecuentemente hacen los escritores: hablar de mi persona, referir mis impresiones personales... ¡Qué novedad en mi vida literaria!*

*Empiezo y copio:*

Ad imo pectore

*Mayo 25 de 1919*

BARCELONA ES BONA... ADIOSES CON MÚSICA GENUINAMENTE  
ESPAÑOLA Y FLORES.

Hoy hemos de decir adiós a la ciudad Condal, la hospitalaria y gentil Barcelona, refugio de extranjeros «albergue de la cortesía», según Cervantes, cuyos paseos, rondas y ramblas he recorrido tanto; adiós a la ciudad de las hermosas ramblas de los Estudios, de Canaletas, de las Flores y los Pájaros, donde éstos en invierno cantan sobre los pelados árboles hasta dominar el ruido ciudadano; la tierra

de las incomparables verbenas; la ciudad donde los pobres pueden no comer, pero sí divertirse pasando toda la tarde o la noche por tres centavos o cuatro, viendo muchísimas películas, escuchando zarzuelas o admirando las piernas de una bailarina; Barcelona, que es *bona si la bolsa sona* –según el refrán, a que el pueblo ha agregado con satisfacción: *tan si sona como si no sona, Barcelona es bona!*... –porque es hermosa, la ciudad de los sombríos templos, algunos medioevales, que convidan a la oración y al recogimiento aún a los más profanos; la de los bellos parques y artísticas construcciones particulares que hacen preguntar al extranjero si aquello es una iglesia, un palacio o un museo, para maravillarse con la respuesta:

–Eso, no es mas que la casa de un burgués.

¡Ciudad donde hasta los burgueses sienten el arte y no les duele soltar el dinero para hacer una obra original! Así está llena de casas artísticas la ciudad del fatídico Monjuich, atalaya frente al puerto de los inmensos muelles, montaña tras la cual está el Cementerio nuevo, un parque colmado de tumbas magníficas, de sol, pájaros y flores, donde el espíritu no sueña con la muerte sino con la resurrección y la vida. Todo canta allí y nada recuerda el polvo y la ceniza, cuando se mira al mar, al cielo, a los árboles y las flores. Sentada en un banquito oculto entre los árboles, junto a una gruta en donde una fuente deja caer su hilo de agua monótonamente; aspirando el perfume de las flores que hay por todas partes sembradas, he mirado muchas veces desde el Cementerio al mar que tenía en frente y me veía, como hoy me veo, decir desde el vapor ¡adiós! a la virgencita que allí duerme; adiós a ella y adiós a Barcelona, a mi hermanita muerta y a mi patria adoptiva, llena de vitalidad, cuyos aires volveré siempre a respirar con alegría. Me ocurrió una vez volver a París, la admirable ciudad luz, de las mil bellezas, incomparable por todos conceptos; tenía yo el alma deslumbrada de maravillas... y sin embargo, al tornar a ver *le beau soleil de l'Espagne*, que envidian los franceses, el corazón me saltó de alegría– casi con la misma fuerza con que se estremeció al regreso a mi querida patria dominicana después de once años de ausencia.

¡Once años! Casi he llegado a tener dos patrias, dos amores... Ahora al despedirme de la segunda no puedo decirle ¡adiós! sino ¡hasta la vuelta! Voy en busca de la primera y más querida!

Colón, el Estilita, como puede llamarse al que desde la altura de su elevadísima columna, señala perpetuamente hacia el nuevo Mundo, en cuya dirección voy, debe haber recogido en su enorme brazo, mis adioses.

Para las dos de la tarde está anunciada la salida del «Cadiz», aunque hasta las tres y media no vinimos a zarpar. Mi madre llora al oír la sirena... —No llores, santa madrecita: serán de esa naturaleza las únicas lágrimas que te haré yo derramar! —Flores de España que una mano amiga colocó en este camarote para que no la olvide ¡adiós, flores amigas! o mejor dicho hasta la vuelta, pues las flores del trópico no me harán olvidar las rosas queridísimas cogidas en aquel jardincito oreado por la suave brisa del Mediterráneo!

Se fueron... me dejaron... o yo los dejé a ellos, a mi madre, mi familia y mis buenos amigos de España. No obstante, siempre me parece que es a mí a quien dejan abandonada en este «Cádiz» flotante, a merced de las olas.

Los muelles van desapareciendo, la costa se pierde... se difuma ya el perfil de la montaña de Monjuich la cual márchase también al fin de nuestra perspectiva, no sin antes enviar hacia allá el último y cariñoso saludo a nuestra pobrecita muerta, que al borde de una avenida, en un nicho de la enorme colmena sepulcral, reposa tras ese desolado Monjuich. Ella no verá de nuevo las costas de la patria...

Mis consideraciones tristes y filosóficas, en esta hora de sentimentalismo son interrumpidas por la campanada que a la cena nos llamó: también la mesa, sobre la que campea, por ser domingo, el rubio champagne, está adornada con «las estrellas de la tierra» como las llamaría Marianela... ¿Por todas partes habéis de perseguirme, rosas de mi Rambla?...

Para ahuyentar la melancolía de mis pensamientos, luego de cenar opíparamente (cual nunca había de hacerlo mas tarde, sino con la

imaginación, en los vaporcejos de la «Clyde») toqué al piano algunas cositas españolas. Una compañera de camarote sabe muchísimas canciones:

«¡Clavelitos! ¿A quién le doy claveles?  
¡clavelitos para los churrumbeles!»(\*)

Divina, incomparable música de España; no hay otra como ella en el mundo para llevar al alma la alegría. Parece inspirada por los ángeles, pero por unos angelitos alegres, traviosos y juguetones, por cuyas armonías bailan solos los piés... Música incomparablemente alegre ¿qué tienes tú que ver en esos monótonos aires yankees, a base siempre del eterno one-step o fox-trop introducidos ya en tu repertorio, pero que sólo como intermedios pasan? Eclecticismo en todo. Unos y otros, bien, pero la monotonía ¡jamás!

Pensando así y oyendo cantar

«¡Clavelitos! De la tierra adorada...»

solo nos quedó de Barcelona el recuerdo.

Mayo 26

VALENCIA. – CAUSA NOSTRA LAETICIA.

Anoche escribí unas postales y hoy me apresuro a enviarlas a tierra con un botero, pues el vapor va a quedarse poco tiempo en el Grao, el puerto de Valencia. Nos quedamos sin conocer la hermosa tierra de las flores, y los huertos colmados de frutas que en «Cañas y barros», «Entre naranjos», «La Catedral» y en «Arroz y tartana» ha descrito Blasco Ibáñez con su estilo lleno de vida y de color. Desde el Grao, queriendo mirar hacia Valencia sólo se ven los tranvías que a ella

---

(\*) «Clavelitos». Canción española. Texto: José Juan Cadenas; música: Joaquín Valverde. (Nota de E.).

conducen, mientras veo llegar a Leticia con su papá y los acompañantes que la vienen a despedir, como a mí ayer en Barcelona. Con ella, suben abordo la alegría y la animación; nombre mejor puesto no se encuentra. Es ella la alegría, la gracia y el equilibrio del espíritu, y para ser completa está dotada hasta de cierto encantador egoísmo que no le sienta mal del todo. Mujer feliz por excelencia, según me confesó en conversación un día, no recuerda haber pasado en toda su vida una noche entera sin dormir, a no ser las horas que había dedicado al baile y otras fiestas. Quizás no hallará el sentido a los versos inquietantes de Rubén:

*Los que auscultasteis el silencio de la noche,  
los que por el insomnio tenaz habéis oído  
el cerrar de una puerta... el resonar de un coche  
lejano... un eco vago... un ligero ruido...*

pero, a su equilibrado espíritu no hará falta pensar en inquietudes. En fin, ella es la *causa nostra laetitia* desde que ascendió la escalerilla de «Cádiz».

Ya nos hemos de reir mucho juntas, roto el hielo que existía entre los pasajeros de abordo, entre los cuales nos contamos: una señora de San Felin con sus dos hijas, mis compañeras las tres, de camarote, y dos hijos mozos; otra señora mayor que no hace otra cosa que guardar silencio y marearse; Baquero, Don Eduardo, Leticia y quien esto se entretiene en escribir, mientras su compatriota escribe al novio.

*Mayo 29*

Pasamos ante Gibraltar.

Desde el barco, sin necesidad de anteojos, se pueden contemplar las costas y las fortificaciones, perfectas y resistentes, con que los

ingleses defienden ese pedazo de tierra española que como el Egipto, el paso del Suez y todo lo que valga la pena, ha de poseer ese sajón: por «fuerza propia» – que no derecho. ¡Nunca, por eso, Gibraltar será otra vez español!

Nuestras miradas lo escrutan, llena el alma de la santa ira que debe experimentar ante el fatídico peñón todo buen amigo de España, la grande y la despojada...

### *Mayo 30*

CÁDIZ, TACITA DE PLATA.– EL AMOR A BORDO.– «TADEO».

Sin que parezca cosa de Pero Grullo, declararemos que en el «Cádiz» la tripulación es en su mayor parte gaditana. La camarera, el mozo de salón, los marineros, todos suspiran por ver pronto a la «tacita de plata», como llaman a la ciudad de las Cortes, en donde le espera una esposa, una madre o una novia, soñando todo el mes con este día... Y apenas nos acercamos a ese pedacito de la tierra de María Santísima, todos, sobre cubierta, suspiran y hablan de Cádiz. Forzosamente, sin sentirnos por eso boleheviques, hemos de dar importancia a las impresiones de esas gentes. ¡Somos tan pocos pasajeros, para estudiarnos sólo a nosotros que por fuerza nos hemos de fijar en las penas y alegrías de los que nos rodean!

Ellos, los humildes, están alegres hoy: en cambio el segundo oficial se sentirá triste porque en Cádiz dejará a su esposa, que embarcó con él en Barcelona, después de la boda. Han venido gozando silenciosamente de su luna de miel marítima... Maliciosos juicios se hicieron al principio sobre la amorosa pareja que buscaba siempre la soledad y el silencio.

–Vaya –nos decíamos–; el señor oficial se ha encontrado a bordo una amiguita. Pero, después, al saber que eran recién casados legítimos, nos pareció sublime el idilio en el mar...

Fondeó el vapor en la Bahía que ya conocíamos pero no bajamos a tierra. Pasamos alegremente la prima noche: el quinteto «Guillotina» entra en funciones. Cae en nuestro grupo un nuevo pasajero, a quien desde luego bautizamos con el nombre de Tadeo, no sé porqué. Cuanto hagamos con él lo merece realmente, por ser el ser más presumido que pisó un barco. Se le ha escapado decirnos que viaja por economía, pues le sale más barato que por tierra, y sin embargo, empieza a darse ínfulas de gran marino, de gran elegante, y otras cosas por el estilo, pero sobre todo de gran charlatán: más, como el zángano en la colmena, ha de pagar sus culpas. Al fin, en vista del aplomo con que nos reímos de él, el buen hombre no sabe si hablarnos en serio o en broma y comienza a amoscarse... pero eso se le pasa pronto y de la noche al día siguiente nos ha de ir dando cuenta, sin que nadie le pregunte, no sólo de cuantas camisas de seda tiene, sino hasta de la hora en que se afeita, cosa que parece importarnos mucho saber.

En fin, debemos agradecerle a Tadeo y a la música el no aburrirnos, durante las primeras horas de la noche que pasamos fondeados en la Bahía.

### *Mayo 31*

HERMOSA VISTA DE LA BAHÍA.— IMPRESIÓN NO MUY AGRADABLE  
 DENTRO DE LA CIUDAD.— OTRA COSA BELLA: LA CATEDRAL.—  
 MAGNIFICENCIA DE LAS CATEDRALES EUROPEAS.

Desde Edmundo de Amicis, todos los escritores que han hablado de Cádiz, la han pintado tan blanca y tan bonita, que cuando se la ve puede uno sufrir ligera decepción. Lo realmente hermoso es el puerto, hermosísima Bahía natural. Era yo muy pequeña la primera vez que pasé por aquí; recuerdo sólo la impresión de belleza que me causó, repetida ahora. Entonces no pudimos bajar, el mar estaba muy

picado y mi madre se opuso a ello, pero pudimos contemplar el espectáculo deslumbrante de ese pedacito de azul de mar metido en la tierra y sin confundirse con ella, siempre lleno de barcos de todas las nacionalidades. Según el italiano autor de «España», en Cádiz todo es blanco, de blancura deslumbradora; no hay una casa que sea más oscura que la otra, sus calles limpiísimas, etc. Le parece a lo lejos una bandada de gaviotas descansando sobre las rocas. Tal es el efecto, realmente, de lejos, más de cerca se nota que no es tan grande la blancura. Es una ciudad muy antigua; las calles son estrechas y no muy rectas. Estamos sentadas en un café frente a la catedral, y por delante de nosotros cruzan muchas mujeres envueltas en negros mantones, casualmente nada bonitos ni las unas ni los otros. Si juzgáramos a la ligera por la impresión de este instante, pudiéramos escribir en nuestro cuaderno de notas: «Cádiz, ciudad vieja, por la que no transitan más que mujerucas envueltas en sucios y rípidos mantones». Muchos juicios hemos visto formar así, partiendo del caso de uno o dos individuos a la regla general. Así es Europa, por ver uno que otro tipo de nuestra tierra algo oscuro, hay muchos que sentencian: «Todos los dominicanos son negros». (Como luego tuve el disgusto de notar también que porque a Santo Domingo lleguen pobres emigrantes en mal estado de higiene haya gente que formen de ligero esta idea: «Todos los españoles son sucios».) El reflexivo debe calcular que una golondrina no hace verano. Por eso yo no creo que sean como estas mujeres del pueblo todas las andaluzas, tan saladas y ponderadas siempre, y que precisamente en esta parte tienen fama de bonitas y de vestir bien; pero a la una de la tarde no podemos pedirles que abandonen su siesta o su sobremesa para convencernos a nosotros.

Vamos a visitar la catedral, puesto que otra cosa no podemos ver de la ciudad de las Cortes, cuna de la primera constitución española (hecha durante el bombardeo de Cádiz en medio de la heroica indiferencia del pueblo.) ¡Eterno heroísmo humano! En el año 1812, reunidas las primeras Cortes de la monarquía para formar la

Constitución, que aun rige con algunas modificaciones, bombardeaba el extranjero la pobre «tacita», con intenciones de abollarla... mas, como de plata al fin, sólo conseguía sacar de ella respuestas armoniosas. Y se componían coplas...

*«Con el plomo que tiran  
los fanfarrones  
se hacen las gaditanas  
tirabuzones...»*

Luego dirán de Scévola...

Nos decidimos a ver la catedral. Esta es de estilo moderno, del 1700 y tantos: muy majestuosa, con profusión de mármoles, y hay en ella también obras de arte; una Purísima Concepción que unos atribuyen a Murillo y otros al pintor gaditano Clemente de Torres, (quizás con más razón, pues se parece poco a la del Louvre); un Santo Tomás, copia del divino pintor de las Concepciones. Sobre la puerta de la sacristía está San Lucas, supuesta obra de Miguel Angel, como un San Bruno de Martínez Montañés. A lo que se ve, abundan los nombres «grandes», pero muchos son suposiciones. Tiene el coro hermosísima sillería tallada, parecida a la de Málaga. En el trascoro hay una presunta pintura de Zurbarán que representa a Santa Ursula.

Todas esas catedrales e iglesias dan una impresión de grandeza y majestad imponente. Paseando por sus anchas naves y bajo sus altísimas bóvedas, el espíritu se olvida de las miserias de la vida y sólo se recuerda que para hermosearla, y afortunadamente, existen Dios y el arte que todo lo diviniza. Bajo las sombrías naves de Nuestra Señora de París, empequeñecida el alma de devoción, consideré una vez: – Dios mío ¿no mereció en realidad la humanidad pasar por algunos siglos de fanatismo con tal de legarnos tan preciados monumentos? No puede decirse tanto de la catedral de Cádiz, que apenas llega a los dos siglos, pero es bastante bella. Tanto que, después gritar «adiós» bajo las bóvedas del campanario, donde el eco lo repite diez y doce

veces, al regresar al barco me dieron tentaciones de escribir en esta libreta:

«Cádiz: dos cosas hermosas: la catedral y el puerto».

*Junio 1<sup>o</sup>*

NAVEGANDO HACIA EL NORTE, RUMBO A LA CORUÑA.

Hasta ahora andábamos sin saber si tocaríamos en la Coruña, dando un rodeo a la península, para ir a recoger muchísimos emigrantes que allí esperaban. Unos decían que sí, otros que no. El único que lo sabía bien era el capitán y a penas lo veíamos en la mesa. Al fin lo descubrimos y hablamos con él. Es muy simpático y joven, el más joven de todos los de la marina mercante española: cinco lustros a penas, lo cual prueba su mérito. Es feo, no nos extraña verlo sobre el mar pues parece un tiburón. El capellán del barco (los vapores de la Trasatlántica y de Pinillos llevan siempre su capellán) es un curita de veinte y tres años. Esto nos hace gemir cómicamente: Ay, Señor! ¡Que nuestro destino material y espiritualmente haya de estar confiado en manos de la inexperta juventud!

Para vengarnos de la necedad de Tadeo, que a cada rato cambia (y lo hace notar) sus corbatas, trajes y calzado, con lo que parece querer deslumbrarnos, nos proponemos hacerle marear, y al fin el éxito corona nuestros modestos esfuerzos: ¡Tadeo se mareó! pero no como nos iba a marear él, a fuerza de necedades y pachequismo, sino con todos los repugnantes síntomas de tan triste enfermedad.

Hay un nuevo pasajero (subido con Tadeo el día antes y del cual ya hablaré más adelante) el escritor mejicano señor Díaz Conti, quien se sonríe de nuestra travesura, y al notar la desaparición repentina de Tadeo y su rápida vuelta, cambiada la indumentaria, pregunta con sonrisa solapada:

—¿A que no saben ustedes cuál es el colmo del mareo?

—Pues... «cambiar la peseta» y... cambiar de ropa.

Carcajada general. ¡Pobre Tadeo!

### *Junio 3*

ARRIBO A LA VERDE GALICIA.— LA CORUÑA, SEÑORIL CIUDAD.—  
 MARUSIÑAS.— ÚLTIMOS GESTOS DE TADEO.— OCHOCIENTOS SESENTA Y  
 CUATRO EMIGRANTES.

Un paisaje de égloga, algo pastoril; un buen fondo para un idilio, tal es el efecto que hacen las primeras costas, llenas de verdor y lozanía de la bella Galicia, a la manera de una sirena que por lo cubierta de algas, resulta húmeda y fresca al surgir del mar.

En medio de esa verdura aparece ya una mancha gris: un conjunto ciudadano: la Coruña. Llegamos a ella con el alma preparada por tantos libros que nos pintaron a Galicia, la patria de Rosalía de Castro y Curros Henriques, como un país de ensueño y como tal la encontramos en la realidad sin sufrir la más ligera decepción, no sé si debido a que, compenetrados con nuestras ilusiones, bajo ese velo lo miramos todo verde y azul. Tal nos parece la patria de los marusiñas, que bailan la muñeira, al acompasado son de la gaita; la tierra en que lejos de ella se siente la «Morriña» como la sintió «Esclavita»; donde nació la parla musical en que la poetisa Rosalía nos dice:

*Antr'as pedras, alelixes:  
 antr'os topos, campanillas;  
 por antr'os musgos, violas:  
 regos por antr'as curtiñas  
 Río abaixo está o muiño...*

.....

*Rio arriba on rio abaixo  
 todo e calma n'a campía...*

¿Acaso no ocurre con este dulcísimo dialecto (que hasta el rey sabio, Alfonso X, empleó en la Edad Media para sus «cántigas») como pasa con el idioma italiano, que aunque no se entienda sabe a música divina?...

Nos convidan a ir a tierra.

Todos esos balcones que miran al puerto tienen forma de tribuna con celosías, y dan a la Coruña el aspecto de un fanal, cosa pintoresca.

*Tadeo* está contentísimo por llegar a su tierra. Apunto en mi libreta: «Lo malo que tiene Coruña es ser madre de algunos *Tadeos*»... Es el pícaro demonio de las burlas quien me inspira eso, que ha de convertirse, si continúa, en perversa ingratitud, pues el necio compañero se nos convierte de repente en precioso cicerone, cual hay pocos. Va a hacer algunas diligencias mientras nosotros andamos sin rumbo y al volverle a ver, mientras de él hablamos, fresco y sonriente siempre, surgiendo no se sabe de dónde, al modo de una aparición, Baquero no puede más y le manifiesta el afecto de todos nosotros con un abrazo:

—¡Oh, señor *Tadeo*!... ¡digo!... señor Arcadio!

El servicial Arcadito no se enfada, y se ofrece espontáneamente a mostrarnos las bellezas de su villa natal en donde él nos dice es casi una personalidad. Popularísimo, sí que lo es: todo el mundo le saluda, aunque a veces nos parece que es con una sonrisa. En fin, gracias a él vamos al palacio del ayuntamiento, que un conserje, conocido suyo, nos enseña, explicoteando a su modo cuanto hay que decir sobre lo que costó la obra, sobre el salón de sesiones, de magnífico e imponente aspecto; los cuadros de ilustres coruñenses, la grandeza del palacio y el panorama que desde sus balcones se descubre. Salidos de allí pasamos por el teatro «Pardo Bazán», y Arcadito se empeña,

dándose las de amo de cuanto encierra la ciudad, con aire importante, en enseñárnoslo. Es bastante capaz y tiene buen aspecto exterior; como él hay varios en la Coruña. (Hablo del teatro, no de Arcadio).

Bulla por todas partes; vitalidad; gentes presurosas que acuden a sus trabajos y asuntos; hermosas, elegantes coruñenses que visten con una aristocrática profusión de seda y terciopelo. Asomadas o tras los cristales de sus balcones se las ve tan sencillamente «bien» en trajes de interior, que dan la idea de que la elegancia mujeril de esta ciudad no es como en muchas, improvisada, para los ojos que la hayan de ver, sino únicamente para satisfacción propia del que viste, como toda elegancia verdadera. Además, estas «galleguiñas» son casi todas bonitas, (juzgándolas sin pasión de mujer que a otras juzga), todas son bonitas, desde la *señoritina* que vive pendiente de la moda, hasta las «marusiñas» trajeadas con el típico vestido de la gente campuna; falda de colorines pintorescos, pañolón en la garganta cruzado modestamente sobre el pecho y el pañolito en la cabeza atado de un modo particular. Abundan las campesinas de trenza rubia, que pasan, modestitas, conduciendo una vaca o un asnillo cargado de botijas con aquel aire resignado y triste que tan divinamente pinta la Pardo Bazán, la ilustre escritora cuya estatua admiramos aquí, entre las flores, en un parque que bien pudiera llamarse el «Parque de las Rosas».

Las hay de todas clases; por todas partes en el parque flores y verduras; azul y verde todo, pues al frente, está el mar.

Seguimos a Arcadito al «Parque de Sports», en donde nos dice que él ha sido presidente o algo así. Nos enseña el campo del tennis. Cruzan por delante de nosotros aristocráticas niñas que se deslizan suavemente sobre la pista como sobre el césped y la arena, con sus patines. Me acuerdan el Turo Park, de Barcelona, en que hay todo esto y muchas otras cosas. ¿Qué más? ¡Ah! Nos reconciliamos casi con Tadeo —el cual se queda en la Coruña— pues no sabiendo ya como agradarnos, nos obsequia galantemente con flores... ¡Buen Tadeo! ¿Por qué le teníamos *tema*, como dicen los gallegos? Es una cosa sin fundamento la simpatía o la antipatía, pero así es.

Embarcamos encantados de la Coruña. Pero como todos los medallones en este mundo tienen al mismo tiempo que el anverso, decorativo y precioso, su reverso mas o menos severo y despojado de adornos; así nos ocurrió que, contrapuesta a la impresión sumamente amable que la aristocrática y señorial ciudad nos hiciera, nos esperaba en el vapor una visión desoladora y tristísima: la de la miseria humana que emigra en busca de pan y trabajo. Muchos son los sin fortuna que ascienden la escalerilla del barco; unos ochocientos según nos dice un oficial que los va contando. ¡Miserable rebaño humano! Casi todos son hombres sanos, fuertes, en el apogeo de su esperanzada juventud; ahora nos dan lástima, y después, al cabo de algunos años, causarán quizás envidia. ¡Cuántos volverán ricos! Aunque serán siempre bastantes los desilusionados. En la península abundan los pesimistas que claman contra las emigraciones a América, por mal entendido patriotismo.

—¡España se despuebla! —gritan con fatídico acento. Verdad es que sale mucha gente de ella, pero esa emigración no es sino del sobrante de su población que aquí se muere de hambre y en las feraces tierras de América halla siempre trabajo y ocupación. No se enriquecen todos los que a la Virgen se llegan con ansias de conquistarla; generalmente les va mejor que en sus explotadas aldeas, donde abunda la gente y falta el trabajo, lo contrario de lo que ocurre en las tierras colombinas. Los perezosos, los incapaces, a los que en todas partes les va mal son por lo común quienes tornan desilusionados del Nuevo Mundo, como lo estuvieron de Europa, como pueden estarlo de la vida.

Sorpréndenos ver algunos viejos, intrépidos aún, lanzarse a la aventura. Es admirable la confianza en el porvenir que demuestra el emigrante de «cuarenta para arriba». ¿Cuánto contarán vivir esos hombres que a tal edad quieren empezar?

Van subiendo la escalerilla: el «Cádiz» se puebla con los miserables, hombres, mujeres y niños, llevando casi todos una sola maleta vieja,

un bulto mal amarrado, con el cual se lanzan, por todo equipaje, a cruzar el océano. Algunos no llevan más que lo puesto. ¡Qué horror!

Un señor de uniforme, con insignia de no sé que autoridad, los empuja: –¡Suban, suban! ¡A prisa! ¡No se puede esperar una hora! ¡Eh! A ese animal, que se le cayó la maleta al agua! – Y los insulta, los apresura, los maltrata. ¡Pobre rebaño! Acuden a mis labios las palabras que el profeta pone en boca de Jehová: «¡Ay de los pastores que desperdician y derraman las ovejas de mi manada!»

Uno bueno y servicial: el oficialito que venía con su mujer en viaje de bodas de Barcelona a Cádiz. Hombre enamorado, que debe, con añoranzas, saborear aún las dulzuras de su pasada y cortísima luna de miel, no puedo ser malo y menos para las mujeres; y a las míseras «marusiñas», asustadizas, cargadas unas con el niño, otras con su maleta, las ayuda, sale a su encuentro bajando la escalerilla y les da la mano, tomando a veces en sus brazos a los angelitos rubios y sucios que llevan las emigrantes, las cuales lo miran con más sorpresa que agradecimiento.

¡Piedad para las «marusiñas» del rebaño!

*Junio 5*

PEQUEÑAS FILOSOFÍAS SOBRE LO AZUL.

Hétenos completamente abandonados a la monótona visión del mar y del cielo, frente a lo azul por muchos días, el cual ofrece a la contemplación de nuestras miradas su inmensidad y su serenidad. ¡Su inmensidad! Ya sabemos que no es cierta, pero ante nuestra pequeñez así parece: tal una montaña para una hormiga. ¡Cuánta diferencia desde el tiempo en que los antiguos no se atrevían a penetrar en la «mar tenebrosa», robándole su secreto, a los días en que los viajeros

modernos se entregan, con plena confianza, al trasatlántico que les conduce de uno a otro hemisferio!

Esto, en el siglo veinte, es una cosa tan hacendera y sencilla como beberse la sopa; ya nadie se sorprende. Solamente los que gustamos desentrañar la pequeña filosofía de las cosas, podemos entretenernos en divagaciones sobre la inmensidad del mar y su fácil cruce para el hombre de hoy. ¡Hasta por los aires! Al mismo tiempo que nosotros verifican por primera vez la travesía del océano los intrépidos aviadores europeos. ¡El triunfo del hombre sobre lo fatal, desafiando a aquello que siempre le amenaza con la muerte!

En alta mar, mientras contemplo las montañas de olas que se elevan, amenazantes también, el alma timorata piensa en Dios... Frente a las olas profundas y el océano que nos parece infinito, se siente uno inclinado a creer en el otro Infinito, para sacar esta conclusión: sí, Dios y el mar se asemejan, los dos son grandes, el último sólo en la apariencia es inmenso, como lo debe ser Dios; pero ambos son iguales con nuestra miseria, ambos implacables hacia la pequeñez! Y la pequeñez es el hombre... Cae uno al agua, y esa mar azul y magnífica, sin remordimiento se lo traga y no toma en cuenta que el pobre ser amaba la vida y tenía en ella una esposa, una madre, sus hijos queridos. Así Jehová: si un hombre *se ha* de volver loco, *ha* de morir o *debe* caer en la más espantosa miseria, eso sucede indefectiblemente, sin compasión de allá en la altura... ¿Por qué lo infinito es implacable?...

*Junio 6*

«HISTORIA DE LAS SIETE CUÑADAS SORDAS» – MAS ANDALUZADAS –  
S. P. Q. R.

Nos distrae muchísimo con su conversación el señor Díaz Conti, un escritor mejicano muy culto y muy simpático, que viaja con *catorce*

baúles, mundos y maletas, que salieron tras él en Cádiz. ¡Y en la Coruña, después habíamos de ver a la «galleguiñas» embarcar con un solo paquete bajo el brazo!... Unos tanto y otros, tan poco...

La historia del mejicano, su mujer, su suegra y las siete cuñadas sordas que le esperan en Veracruz, nos hace sonreír. Debe, o merece ser, un inverosímil cuento árabe, como las historias malaventuradas de las «siete hermanas del barbero» en las Mil y una Noches. ¿Cómo ha de soportar un hombre el suplicio de vivir con tal familia? Por eso viaja continuamente, para distraerse, según él: conoce toda América del Norte, innumerables ciudades de Italia, Francia y España. Si, como dice Hugo, «el que no ha viajado no ha abierto aún la primera página del libro de la vida», el mejicano se sabe su libro bastante bien y de él nos muestra páginas muy amenas; chispeantes descripciones del carácter americano, de la vida en las colosales metrópolis yankees (que dejan aturrullados a los pobres burgueses ignorantes de lo que es arte); historias saladísimas de chulos madrileños ¡oh, ese Madrid que a él le encanta! ¡Esos bailes «castizos» de la Bombilla! Y cuando «ciñéndose» un schotis allí o un tango en el *Moulin Rouge* de París le asaltaron el pensamiento las «siete cuñadas», etcétera, recordándole el amor de familia, volvía a ella, embarcándose para Méjico cargado de regalos, sombreros, trajes preciosos, zapatos, discos y rollos de música europea, con que acallar las horas protestativas de suegra, mujer y el resto.

Aunque comprendemos que no es mas que un «juerguista» el tal escritor –muy parecido en el físico a Linares Rivas– gustamos de su amena charla. En este momento nos está refiriendo una anécdota que nos prueba dos cosas: primero, lo poco fuerte en historia romana que está el bailaror de schotis y tangos de la Bombilla; y, segundo, cuán poco apura una respuesta a un niño andaluz, según comprobamos en Málaga.

Pasaba el mejicano –según cuenta– las fiestas de semana Santa en Sevilla; era un día de procesión, cuando vio uno de los que en la misma iban disfrazados de soldados del imperio, llevando un estandarte con

las águilas romanas y estas cuatro letras grabadas en él: S. P. Q. R. (*Senatus populos que romanum.*)

—¿Sabes tú qué querrán decir esas letras? —preguntó curioso a un sevillanito que andaba tras la procesión.

Rascóse el niño la cabeza; miró de nuevo el jeroglífico aquel... miró también la cara del elegante interlocutor, y, haciendo una mueca elocuentísima de granjería, salió con esto:

—Pué... yo creo... digo yo... ¡vaya! que *quedrán deci*: «San Pedro quiere rosquillas...»

¡Caracoles! Y cuánto latín sabía el chico. Lo suficiente para ganarse una propina de un oyente regocijado con que comprar las rosquillas que sin duda le gustaban a él más que a San Pedro.

### *Junio 11*

SOBRE LAS OLAS Y HACIA EL PAÍS DE ENSUEÑO — REALIDAD.

El vapor se está meneando que da gusto.

Imponente el mar. Lluve.

Nos refugiamos en el salón, cómodamente reclinados sobre los almohadones de los asientos.

Me dedico a hojear los pocos libros de la biblioteca de a bordo que han caído de mis manos, tras la lectura de los dos o tres de la mía particular que a este fin había traído.

Mientras Leticia sueña con su doctor peruano, mi espíritu vaga por los países de encantamiento a que lo conducen, dulcemente, como a los niños, unos cuentos de Carmen Sylva —la reina poeta,— en los que hay gnomos y muchachitas que son reinas de las hormigas, y duermen sobre pétalos de rosa, en donde en lugar de mullido colchón, pusieron sus vasallas granitos de polen. Pétalos también eran las puertas; las cortinas, robadas a las arañas. Un perfume de todas las

florejillas del bosque embalsama el palacio de «Formica». Todo lo hacían los insectos a fin de retener a la reina pero ¡ay! un día el amor acabó con la dulce paz de la huerfanita ascendida a soberana del minúsculo reino subterráneo. Un príncipe rubio y hermoso –como todos los de los cuentos– fue el causante del trastorno. Las obreras, no capacitadas para amar, implacables, secuestran para siempre, hasta la muerte, a su reina que se permitió soñar con el amor...

Profunda consideración. Suave poesía, se desprende de los cuentos infantiles. ¡Bienaventurados los escritores que no desdeñaron descender hasta los pequeños para hablarles de Caperucita roja y de Pulgarcito; de las hadas del mar y de los bosques; del príncipe Cañamón y de Polichinela! Octavio Feuillet, Karr, Jorge Sand, el viejo Dumas, pusieron el reino de la poesía al alcance de los niños, tornándose un momento uno de ellos, como quería Jesús a los que desearan entrar en el de los cielos. Allí deben tener ellos su puesto, junto al del infantil y moralizante Schmid y el *tres* bueno y dulce poeta de la niñez, Juan Cristian Andersen.

Sí; bueno está que sueñe yo cuentos de hadas y países de ensueño, mientras la realidad es muy otra.

¡Ir navegando sobre un lirio acuático, tirado por mariposas que hacen deslizar mansamente sobre el lago la frágil y floreal barquilla... en lugar de crearme dentro de un trasatlántico y frente a tres compañeras mareadas!

Y, allá abajo, en el comedor, el desfile de los emigrantes, de la miseria y la suciedad, ante el Oficial que parece un juez al interrogarles. No creará él posible que esos ochocientos sesenta y cuatro entes que llenan la proa del «Cádiz» y parte de la cubierta, por ambos lados, sean personas como nosotros. Hacinados, casi unos sobre los otros, comen así, allí duermen, arrojan si se marean, junto al otro que está cenando. Si un resto de comida o de salsa les queda, al suelo va. Y en esa inmundicia se mueven hombres y seres que no asemejan mujeres, ni tiene nada de común con las marusiñas ideales de la Coruña. Pronto

los higienizaría yo, haciéndolos pasar bajo las enormes mangueras con que cada día concienzudamente baldean el vapor de arriba a abajo, dejándolo limpiécito y reluciente, una patena, como para que resalte así aún mas la suciedad del pasaje de tercera.

De seguro por eso los desprecia y trata a la baqueta el Oficial de a bordo. Severamente les pregunta:

– ¿Cómo se llama usted?

– Blas Piñeiru.

– Diga volando su profesión.

– Trabajar el campu.

– ¿Con qué cuenta usted para desembarcar en la Habana?

– Con mis manos y mis pies, dice un gallego, «digno de ser moreno y sevillano», el muy guasón.

– ¡Animal! Que cuánto dinero llevas!

– Diez pesetas.

– ¡Me... caso con el demonio! ¡Dos duros! ¿Y con eso, pedazo de alcoroque, piensas conquistar a Cuba? Llévete el diablo si no hay que devolverte a tu tierra en seguida.

El Oficial sabe que por encima de nuestro libro de cuando en cuando prestamos atención a su interrogatorio, por lo cual quiere lucirse y hacer el gracioso a costillas de los miserables. No le basta con insultarlos y les sigue tomando el pelo, hasta encontrar uno capaz de contestarle:

– ¿Y tú, cuánto llevas?

– Siete durus...

– Bueno, Roschild, ya tienes para redimir tu alma.

– Ahora no tengo más de siete durus –responde el emigrante– pero cuando vuelva a mi pueblu le aseguru que tendré para comprar mil veces la suya. Lo dice con dignidad y aplomo.

Aquel emigrante se me antoja hecho de la pasta de que se fabrican los millonarios. El *llegará*.

*Junio 13*

TOCA A SU TÉRMINO LA TRAVESÍA.

Un calor horrible abruma el «Cádiz», a pesar de estar funcionando ya todos los ventiladores eléctricos, de los que se halla bien provisto.

Pasado mañana llegaremos a Puerto Rico y así saldremos de un infierno para entrar en otro. Allá hay más, dicen.

Se acabaron estos días apacibles de a bordo, y probablemente no volveremos a ver al colosal *Ursus* ni al bromista Salvador, ni pareja de baile por las noches. No tropezaremos nunca, quizás, con Narciso, el romántico enamorado y sus dos hermanitas. Ya no veremos a la señora silenciosa que se marca y calla. Ni a Díaz Conti, el mejicano tan viajador y cuentista de las amenas narraciones, dueño de innumerables recursos de sociedad para distraernos. Bajo su dirección organizamos la otra noche varios juegos. Nos recitó versos y nos declama un monólogo en carácter, «El teléfono», divertidísimo. Pero en cuestión de baile el colosal *Ursus* llévase la palma, danzando el tango y one-step. Su figura gigantesca no hace mal papel sino muy al contrario, y todos lo miran con admiración.

Y todo esto pasará... El momento que se va no vuelve.

¿Qué dice Schopenhauer acerca de eso?

«Cada separación nos ofrece un anticipo de la muerte; cada nuevo encuentro nos hace gozar las dulzuras de la resurrección. Aún las personas más apáticas, cuando tornan a verse regocíjense intensamente».

(Parece que haya recurrido humildemente al gran filósofo, abrumada bajo el pensamiento de emitir uno mío en tal sentido, porque recuerdo lo que otro filósofo afirma de nosotras, infelices sensitivas: «La mujer... es un bípedo de cabellos largos e ideas cortas».)

Aunque no estuviera medio triste, como ahora, no me atrevería a refutar tan sesuda aseveración.

*Junio 15*

SAN JUAN DE PUERTO RICO – VISIÓN ANTILLANA – UN PUNTO  
 NEGRO... Y ... ALGUNOS PUNTOS SUSPENSIVOS E IRÓNICOS.

Cuando ya marchitas cayeron, cruzando el ventanillo de mi camarote al mar las últimas flores que una mano amiga puso en él en son de despedida, y que mi solicitud hizo durar muchos días, una infinita tristeza dominó mi alma... Pareció general mi pena, tal si en mí muriera toda mi vida en España... Abierta aquella a nuevas sensaciones, hubiera sido capaz de decir, parodiando a una heroína de Dumas: «Floreced ahora, rosas de Santo Domingo»!...

Sin embargo, con las pequeñas distracciones de la travesía fue amortiguándose la honda tristeza con que me separaba de MI España para ir en busca de MI Santo Domingo, llena de añoranzas. ¡Nada del mundo podrá hacerme perder, junto el amor patrio, ese cariño a España, que tiene casi una docena de años de vida!

Pasadas las Azores, según nos íbamos aproximando a las Antillas, contaba los días que aún faltaban para dejar el amable «Cádiz» y tornar a ver la tierra americana; y como todo momento llega, según se expresaría mi amigo *Monsieur de la Palisse*— en castellano conocido por Pero Grullo— también llegó el de ver apareciendo en el horizonte las primeras playas de San Juan, escondidas por entre la vegetación exuberante de los trópicos, con sus viviendas que hacen el efecto de casitas de Nacimiento, para la vista acostumbrada a las casas de cuatro y seis pisos, de Europa, junto a las cuales unos árboles pequeñitos dan sombra y ponen un poco de verdura en el paisaje urbano.

¡En Puerto Rico, al fin!

Todo lo miramos ansiosamente, escrutando la visión tropical, monísima, que se despliega como una cinta mágica, después de tantos años, ante los ojos desacostumbrados al panorama de luz, de esplendor y de color. Es una tela magnífica, un cuadro de colores casi desconocidos y raros. La cinta de la costa, estrechita, confusa en

un principio y que a medida que el vapor se mueve va acercándose, agrandando...

Una faja de arena muy blanca... Detrás, se muestran, cada vez más próximas, las matas de coco que se nos figuran inconmensurables y unas casitas que se me antojan pequeñísimas.

Alargándome sus gemelos, *Ursus* me interroga:

– ¿No se siente usted desfallecer de alegría al volver a ver estas tierras después de once años?

– Yo no experimento nada: mi patria no es ésta aún, y sólo siento una afán de curiosidad algo infantil delante de las costas exuberantes de vegetación, con los árboles grandiosos y los cocoteros tan elevados, que parecen meterse en el cielo para ir a preguntar a Dios si no es ésta en verdad legítima heredera de la *tierra de María Santísima*, a cuyos hijos saludan desde su convento, situado sobre la roca, las monjitas españolas agitando la gloriosa bandera de su gloriosa nación, el pabellón rojo y gualda! ¡Oh, la dulce añoranza de mi España! Un estremecimiento de emoción recoge el barco. ¡Es la Madre España que saluda! Y desde el capitán al último camarero de a bordo, hoy como en el viaje anterior y en el próximo, todos conmovidos sacan sus pañuelos y corresponden a la tradicional y santa costumbre de las monjitas que desde que el país pasó a otras manos guardan en Puerto Rico el sacro fuego del amor siempre constante hacia la pobre Madre lejana!

¡Anjá! Ya aparecieron los primeros negritos... Para el que no se ha movido de aquí o el habituado a viajar por estos mares es cosa naturalísima que los botes vengan poblados con gente de color de bronce unos y de carbón los otros; mas, a quien ha olvidado ese *punto oscuro* ¿no se le puede excusar el asombrarse?

Mientras tanto sigo extasiada mirando el cuadro de la naturaleza tropical y póngome a considerar que si por arte de encantamiento pudiese trasladar toda esta vida y color a las Ramblas de Barcelona en invierno, cuánta no sería la admiración ante el contraste! Ni mas ni

menos que si soltaran en aquellos paseos tres docenas de negritos *filorios*, de los que aquí se ven en abundancia, y que allá obtendrían tanto éxito como lo tuvo el boxeador Jack Johnson(\*) cruzando las calles con su ideal mujercita, o el sultán Muley Hajid, objetos un día de la curiosidad barcelonesa y de la mía propia.

.....

Al llegar aquí, tendremos que exclamar donosamente como el sublime Manco a las puertas como el sublime Manco(\*\*) a las puertas de la muerte: ¡adiós, donaires, adiós risas!... ¡adiós!... porque han subido a bordo la seriedad y la adustez en la persona severísima del Jefe de inmigración o lo que sea; un señor yankee muy tieso que nos muestra prácticamente el modo de tratar sin urbanidad a las señoritas pasajeras.

Debe ser –y Dios me perdone si me equivoco– que existe la galante costumbre de considerar como a un enemigo declarado o algo muy peligroso a todo el que concibe la exorbitante pretensión de desembarcar en Puerto Rico cual moro de paz... ¿He censurado yo antes el que los oficiales del barco traten con alguna dureza a los pobrecitos emigrantes y sin embargo sepan portarse como se debe con las damas que a ello se han acostumbrado? Pues me retracto. Los democráticos ciudadanos... de la Sanidad, nos demuestran que le merecemos en justicia la misma galantería que un sucio cocinero... Temblando, sintiéndonos culpables y merecedores del más severo castigo por el crimen antes mencionado de pretender bajar en el lindo y caluroso San Juan, de paso para nuestra tierra – otro *monstruoso*

(\*) John Arthur Johnson, conocido como *Jack* (1878-1946). Primer negro en ganar el título de campeón mundial de los pesos pesados (de 1908 a 1915). (*Nota de E.*).

(\*\*) Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616). Formó parte de la triunfante expedición naval contra los turcos en Lepanto (1571). Allí recibió heridas que le inutilizaron su brazo izquierdo, lo que dio origen al sobrenombre de *Manco de Lepanto*. (*Nota de E.*).

intento— nos presentamos ante el tribunal de la Inquisición ¡digo! ante el Jefe de inmigración y Sanidad.

Nos hace levantar la mano solemnemente para jurarle que vamos a decirle la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad...; y, aunque el demonio del chiste nos hace cosquillas en tan grave momento, juramos todo lo que aquel buen señor quiso y pasamos a manifestarle nuestras perversas y descabelladas intenciones.

Siempre, en España, que se habla de alguna cosa extravagante y rara hay la costumbre de atribuir la invención a los Estados Unidos, como país en donde nada se extraña; pues bien, hay que modificar tal idea. El que una señorita viaje sola es una cosa absurda para esa gente y de todo punto sospechosa, tanto más si esa señorita va recomendada a un señor respetable que viaja con su hija, como Don Eduardo y Leticia Ricart; y más todavía si la susodicha señorita usó la malhadada expresión de decir que ellos eran *algo parientes* suyos.

—¿Qué es eso de medio parientes? —me pregunta con toda la severidad de que fue capaz— Y yo entonces, con toda humildad (creedme que no tenía ganas de reír entonces) tuve que darle un curso de parentescología teórica. Luego el buen señor me trató casi de embustera (y no se figure nadie que por haber puesto en el pasaporte los dos años de menos que acostumbro quitarme entre mis amistades), no; sino por haberle dado a guardar a D. Eduardo el dinero con que pensaba desembarcar en Puerto Rico y tener el valor de declarar que era mío. ¿Comprendéis la enormidad de mi pecado? Lejos de mí la idea de indignación por el concepto que le merecí a aquel gentleman (!); al contrario: me retiré profundamente agradecida y completamente edificada por tan *gentil* proceder, consolándome con el recuerdo de otros viajes que sola he hecho sin encontrar mas que respeto y sin ninguna dificultad, como si empleados de aduanas, marineros y hasta criados españoles y franceses, se supieran de memoria las leyes de la cortesía con las damas.

Luego, el adiós al «Cádiz» en donde quedaba la familia Torrente, *Ursus*, y el buen amigo Baquero, a quien no dejan desembarcar en Puerto Rico por el delito de tener pasaje hasta Cuba, cosa harto sospechosa, ¿verdad?

Y después, el desembarque en una calurosísima ciudad, de rectas y limpias calles, con bastante animación y movimiento; el doblar una esquina, subir a un piso y encontrarme con unos brazos fraternales que me estrechaban, mientras una vocesita de niña se resiste a llamarme tía por no encontrarme suficientemente venerable para ello. (\*)

---

(\*) Serie de artículos publicados en siete entregas en la revista dominicana *La Cuna de América*: [I]: 9 (2): s. p., may., 1920; [II]: 9(6): s. p., ago., 1920; [III]: 9(8): s. p., sep., 1920; [IV]: 9(9): s. p., oct., 1920; [V]: 9(10): s. p., oct., 1920; [VI]: 9(11): s. p., nov., 1920; [VII]: 9(12): s. p., nov., 1920.

## DE MI PEREGRINACIÓN A ROMA Y LOURDES

### I

Quien sueña con París, sueña con placeres; quien piensa en New York, sólo ve cosas enormes. Lourdes, es el milagro... Pero el nombre de Roma sólo evoca historia, cosas augustas y santas... A Roma y a Lourdes, pues... Y el peregrino va en busca de derroteros de arte; en busca de las viejas piedras, del milagro y la emoción.

Salimos de Barcelona con novecientos cristianos más que como yo verán al Papa y las tierras maravillosas de Rómulo y Remo, los hijos de la loba. Pita el tren. La gente acude de un lado a otro... De nuevo, un silbato. Y echamos a andar. Ya estamos otra vez corriendo entre los campos interminables, ante los paisajes que vuelan a nuestra vista. Ya estamos otra vez viajando... Y como siempre que vamos en tren o en autobús, corriendo por la vida, así, de prisa, con el ruido de los hierros, las ruedas y las maderas y el de la máquina que os lleva no sé donde, el alboroto que os aturde y apabulla, pienso con más fuerza que ese es el símbolo de esta vida nuestra, la vida moderna. Así es la existencia en este siglo, así, de prisa, de prisa, sin tiempo para oír el corazón que os grita. Así, más de prisa, hasta que vengan la muerte y el descanso...

Pasamos sobre las tierras de España, trabajadas y cultivadas, viejas tierras gastadas de mi España, que a fuerza de sudores ella fertilizó en su aridez; campos de trigo y amapolas, —lo pajizo y lo rojo,— el afán de los hombres adornado con las florecillas de Dios que a la manera

de gotitas de sangre lucen a trechos en el mar amarillo de las mieses!... Solo se ven sembrados, cuadraditos de tierra muy aprovechados, por todas partes, hasta la frontera.

Perpiñán. Narbonne. Cambio de tren. El paisaje también varía. ¡Bello país de Francia y su Natura! Ahora bosques, agua, muchos ríos, árboles doquier... ¿Es que en Francia no se trabaja? Naturaleza pródiga nos canta la canción del agua y de los árboles por todas partes. ¡Es que el labriego en España persigue en cambio al árbol y tiene en ello su penitencia! Los árboles, —que regulan las lluvias,—le niegan ese consuelo allí, y él se ha de afanar mucho sobre la seca tierra.

Contemplo con melancolía los muchos ríos gálicos, sus verdes bosques...

Un incidente del viaje distrae nuestra atención. Desde aquí señalo soldados de Africa, de las tropas coloniales francesas que pasean cerca de Marsella.

—Negros, tropas africanas...

—¿De Africa? —dice una señora muy enojada y llena de cuartos, pero que sin duda viaja como su maleta por los países desconocidos— ¿De Africa? Entonces puede que estemos cerca...

Sonrisas que se escapan... ¡Pobre señora rica que se gasta en ir a ver al Papa y ni siquiera sabe si va hacia el Norte o hacia el Sur!

Noche perdida en el tren. A las doce pasábamos ante las luces de Marsella.

¿Dormir? Imposible en el vagón repleto e incómodo con tanta gente.

### *13 de junio*

Y es el amanecer.

La noche fue pesada y con desvelo; pero a la llegada del día todo es blanco... ¿Qué es tanta blancura? ¿Quién es ésta —diremos como en

el Cantar – que viene ante nuestros ojos vestida de blanco, bella, coronada de flores, al modo de una desposada en el día de sus bodas? Tórnate, tórnate, que es Niza la bella, la alba y nítida, alegre y deslumbradora. Sus casas son altísimas, de muchos pisos, con muchos floridos jardines. Merecedora de su fama, la ciudad de Niza, la villa alegre y limpia, aseméjase a un gran sanatorio del espíritu, un lugar para descanso de los ojos y del alma... ¡Que dulcemente aquí se reposa!...

## II

Entre el color de rosa de la madrugada dejamos a la derecha a Mónaco, toda llena de chalets y hotelitos simpáticos. Aquí se trabaja, se estudia, de este lado, como nos lo pinta fielmente Blasco Ibañez en una de sus novelas. Al otro queda Monte Carlo, en la ladera de la montaña, bañado por el mar más luminoso de toda esta costa azul, digno de ser cantado por poetas. Es una agua, clara, límpida, azul celeste a ratos, con un cielo plácidamente bello por doquiera. ¡Y aquí vienen las gentes, no a postrarse de rodillas ante la bellísima Natura, cantándole con el bardo americano:

*llena eres de gracia madre Naturaleza;  
tú pones en mis ojos este Edén no perdido...*

sino a perderse en este Edén, metiéndose en un casino a jugar sus dineros!...

Recuerdo una obra, creo que de Xenius, titulada «El hombre que trabaja y juega...» Sí, en efecto; hacia esta banda hay el hombre que trabaja, el Príncipe de Mónaco, amante del estudio y la Oceanografía; y allá, arriba, en el monte, el hombre burgués, o nuevo rico, pobre o aristócrata – que juega siempre, siempre.

El bello espectáculo d ame tiempo a tomar una foto con mi Kodak amiga, y partimos otra vez, con la visión de Niza y Monte Carlo en los ojos, como de ciudades de ensueño, de lo más lindo que el hombre so n , mercedoras de su fama.

Ya entramos en Italia, por Ventimiglia.  Adios, poesía!. Y la multitud de los peregrinos, –humana, demasiado humana...– se desborda, de los vagones a tierra, y curas y curitas, señoras y niñas devotas, nos atropellan cristianamente cuando nos encuentran a su paso, por descender a la «Stazione» y tomar algo caliente, –conducta en un todo «evangélica» después de tanto hambre de veinticuatro horas...

Bueno. Otra vez poesía, de flores, claveles y rosas, cultivadas en sembraditos en los campos italianos –que no sólo de pan vive el hombre, aunque haya peregrinos que lo olviden... Después de las poblaciones mon simas, –visiones como de Nacimiento, entre montañas que el mar besa – al medio día llegamos a Génova. Gran ciudad, parecida a Barcelona en sus paseos, con buenas manzanas de casas, simétricas, y también sus barrios viejos. Enorme la Estación, en cuyo restaurant nos sirven el almuerzo a las 900 personas. Mucho frac, mucho lujo, y no harta comida, con gran desesperación de algunas de mis «vigorosas» compañeras de viaje...  Pero es que acaso hemos venido a comer sólo?  Vamos camino de Roma – aunque no lo parezca – a ver el Papa, y no debíamos preocuparnos de si las cestas que nos dan para el viaje son solo pollos, carnes, fiambres!

Un episodio: el horror de los túneles  Hemos visto el miedo a la muerte de muy cerca! Un túnel tras otro, hasta contarse centenares. Resulta que se han dejado las ventanillas abiertas, la locomotora humea demasiado, y, al cruzar larguísimos túneles se van llenando los vagones ya repletos de gente, también con el humo de fuera. Angustia, sensación de ahogo entre la multitud. A una señora le sobreviene un ataque de nervios, – muy oportuno, indicad simo en estos trances en que todos se sienten predispuestos a su correspondiente patat s... Olvidamos nuestros sustos por el suyo. Pero... no; no

abrigamos deseos de morirnos aún. La juventud reacciona más de prisa que los viejos y se da cuenta de lo que hay que hacer. Tres o cuatro señoritas, un joven cura y yo, nos apoderamos de las ventanillas, hacemos centinela, y en cuanto llegamos a algún túnel, lo cerramos todo; al volver a pleno campo tornamos a abrir y entra el aire puro y fresco. ¡Aún no hemos vivido demasiado!... La situación se despejó.

En Pisa cambiamos la locomotora por una eléctrica, a Dios gracias.

Campos de trigo que se parecen a los de Castilla; campiña romana que el arado de los invictos surca hoy como en tiempo remoto; tierras de poesía y de historia, sobre las que cruzan como antaño, en la época de los cónsules y pretorianos, de los Valerios y los Fabios, bueyes blancos y pardos, cabras grises ente el fondo verde y el azul del cielo... Y de paso, algún montecillo, un pueblo que se le ocurre formarse allá, en la altura. De repente, blancura de mármoles. Son las canteras de Carrara, el mármol que conducen los vagones desde donde están los picapedreros, hasta las casetas en que se han ido a establecer algunos escultores. ¡País del arte y los artistas!

Llega a nuestros oídos una música, una dulce canción... Cae la noche otra vez sobre los campos y sobre los humanos... Los restos de la abundante cena, regada copiosamente con vino de esas mismas campiñas sacado, van a ser rica pesca de los pobres caminantes que nos cruzan. Rapazuelos, mujeres del camino nos dicen en su divino idioma armonioso:

*Grazie, grazie, Signore e signorina... ¡Tante grazie!...*

Yo no sé si así se escribe lo que dicen. Yo sólo sé que una madre muy pobre me conmueve llamando así a su hijo:

–Corre, corre, *figlino*...

Y vienen presurosos a recoger del peregrino la limosna, del peregrino a quien por otra parte, eso no cuesta mucho, y se da el pisto de obrar misericordiosamente...

Mientras las Ave María y Padre Nuestro del Rosario se van desgranando en el silencio, solemne, somnoliento... de uno a otro

vagón, el Tiber aparece en la oscuridad, con las luces de las urbes que refleja...

¡Roma!... Las doce de la noche... Apunto en mi carnet a la débil luz mientras los otros rezan.

¡Es la ciudad eterna que me espera! Y los chofers gritan sin ninguna consideración al respeto que nos sobrecoge!

– ¡Plaza!

– ¡Quirinale!

– ¡Regina!

– ¡Vittoria!

En uno de sus hermosos autos – todo muy bien organizado en la Peregrinación, por grupos con nombres e indicaciones a los peregrinos – vamos por entre las luces y las sombras de la vieja Roma – mater, al aristocrático barrio, vía Cerdegná, donde está el hotel que nos destinan.

La visita a *San Pietro in Vaticano*, la canonización de Bernadette, –vidente de Lourdes–, es el motivo de todos nuestros pensamientos ahora, y deseamos con ardor el día siguiente, que nos traerá todo eso.

En la página opuesta: «Ante uno de los más caracterizados restos de la antigua grandeza romana, el patriotismo y la devoción cívica de los romanos actuales, ha erigido este sencillo y sobrio monumento que consagra sobre un respaldo secular y de cara a la admiración devota de las generaciones presentes y futuras, la gloria inmarcesible de los que hicieron a la gran patria italiana el sacrificio de sus vidas. Esas piedras blancas que se recortan con majestuosa sencillez de altar sobre el fondo oscuro de un pabellón venerable, son la tumba del Soldado Desconocido».



(Foto: Abigail Mejía).  
Revista *La Opinión*, 1925.

## III

Ya reposábamos en la vieja Roma, la ciudad de los Césares y los Papas; ya nuestro humilde corazón conmovido está latiendo junto al inmenso corazón del mundo católico; ya sin querer rezamos, mientras nos vestimos el negro traje sedero y la mantilla para ir al Vaticano:

–Dame señor el don de nunca viajar como una maleta; dame el tener siempre este espíritu ingenuo y propicio que en París se sintió pagano y amaba con ardor la vida; en Toledo se ensombreció y admiró al Greco; allá en Madrid gustaba las simpáticas grandezas, y aquí en Roma se extremece ante las viejas piedras, con el pensamiento en el Vicario de Cristo...

Un auto nos conduce raudo.

Las columnas de la Plaza inmensa de *San Pietro* se agrupan en semicírculo y parecen poder abarcar en su tremenda amplitud la muchedumbre de las peregrinaciones del orbe todo, que aquí vienen ansiosas de arte y de piedad; muchedumbre... muchedumbre: eso es Roma y; eso *San Pietro* en este año Santo. Por doquiera gentes, que, desparramadas, como hormigas, se divisan desde lo alto de la escalinata que nos lleva a los umbrales de la «chiesa». Tres cúpulas magestuosas en lo alto. Trece colosales estatuas en la fachada.

Penetramos en el templo, el mayor del mundo, y algo grandioso, profusión de mármoles y de bellezas, hierde, nuestra vista. Se da uno cuenta al caminar por él, de sus enormes proporciones; entrando todo parece pequeño a larga distancia; pero de cerca ¡cuán enorme! ¡Cuántos pasos para llegar a estas estatuas, que se nos figuraban chicas y de las cuales, a los pies de un Santo, un angelote colocado es ya de por sí más alto que un hombre!

Asistimos – con el pensamiento, puesto que no vemos nada, – al Oficio por la beatificación de Bernadette, y delante nuestro pasan sacerdotes, obispos, cardenales, de todos los países; negros, mulatos, blancos, amarillos... Un cura aquí donde hay tantísimos, es un

soldado raso, sin importancia; un obispo, un arzobispo no tiene mucha; un cardenal apenas es algo donde hay un Papa...

En las lejanías del altar mayor perdidos, ni se distinguen después los oficiantes, ni las anchas naves traen al oído el eco de su voz que canta. Es asombroso. De repente se corren hasta nosotros... Y la imagen de Bernardita Sanbirous aparece por primera vez en un altar, en el altar de San Pedro del Vaticano. Nos dedicamos, después al clarearse la multitud, a recorrer las naves del templo. Vemos las tumbas de muchos Papas, entre las que recuerdo las de tres Gregorios, el XIII, el XIV y el XVI. La de Benedicto XV; la de Inocencio X con su hermosa barba haciendo contrapeso a la tiara enorme; la de León XI, «del claro linaje de los Médicis», según reza orgulloso el latín de la inscripción. Y me detiene extática la tumba de los Stuardos, poético monumento en mármol, con dos ángeles de formas bellísimas que lloran ante tanto dolor y tanta desgracia en la familia de la reina María...

Mis contemplaciones artísticas las interrumpen deberes de peregrina. Tres veces hemos de entrar, y salir tres veces, pasando por la Puerta Santa (abierta este año) y rezamos y cantamos con la peregrinación catalina. Un grupo de seminaristas dirige al aire el rezo angustioso y nosotros todos respondemos con voces que quizás molesten a los Santos de Piedra:

- Sanctae Mattahale...
- Sancto Simon...
- Ora pro nobis...

En el templo en que todo es imponente, nos parece inoportuna, pequeña, la súplica repetida de la interminable letanía...

Por la tarde paseamos en auto. Me coloco al lado del chofer, amable y dicharachero, para hacerle preguntas a cada rato.

- ¿Cómo se chiama questa chiesa?

Es mi vocabulario flamante, nuevecito, que me ha proporcionado un cuadernillo titulado: «Quiere Ud. aprender italiano en diez días?» Gracias a él, soy la más «instruida» de la comparsa, la intérprete oficial

de estas cinco personas. Mis buenos cincuenta céntimos me costó alcanzar este «grado de cultura»...

– *Ecco l'arco de Tito. La porta de San Sebastiano...* – Y cuando me pregunta adonde quiero ir.

– Vamos a la Vía Apia –dígame por todas, aunque parece una profanación. ¡A la vía Appia en *automóvil*!

Es una carretera como otra, rodeada a veces por murallas antiquísimas.

He aquí la capilla de «Quo Vadis...»

Todos sabéis la divina leyenda. San Pedro, a ruegos apremiantes de sus fieles, accedió a huir de Roma, durante una de las persecuciones contra los cristianos. Al cruzar la Via Appia se le apareció el señor con su cruz a cuestas.

– Quo Vadis, Dómine? –¿Dónde vas, Señor? – preguntó el fugitivo. Y Jesús le dice con una sonrisa:

– A Roma, a ser crucificado otra vez, ya que tú abandonas mi rebaño...

San Pedro comprendió la divina indirecta y ansioso del martirio volvió a la ciudad donde le sacrificaron. Más tarde se levantó esta capilla diminuta en el sitio que marca la leyenda.

Hemos visto esa capilla. Hemos contemplado la piedra en donde se posaron los pies del Señor dejando huella... Y una estatua de Jesús con la cruz al hombro, en la forma en que se cuenta apareciera.

Divinas paparruchas quizás, pero con más belleza y menos inquietantes que el Snobismo que hace creer en la Teosofía y en el misterio de las mesas giratorias!...

En la página opuesta:  
Plaza de San Pedro, de Roma.



(Foto: Abigail Mejía).  
Revista *La Opinión*, 1925.

#### IV

Paseando en «máquina» por la Ciudad Santa, mientras avanza la tarde que ha de cubrirla con un manto majestuoso y digno de ella, nuestros ojos hiere la belleza de sus calles, de sus casas modernas interrumpidas de cuando en cuando por el paréntesis de unas ruinas, por las fuentes caudalosas y armoniosas que cantan en las plazuelas la poesía de la ciudad de los Papas, muchas de ellas regalo de un Pontífice, como la magnífica fuente monumental de cinco cascadas, donada por Paulo V. En una de esas plazas hay un Neptuno enorme, motivo también para un chorro de agua, más allá un Fauno atrevido. Roma es esto: el Papa, las piedras, muchas fuentes, muchos jardines. Todo poesía. El pasado, el presente... Y el arte en todos los rincones...

Ascendemos una pequeña altura, y, arriba, el Parque de San Pietro in Montorio, desde donde se divisa el panorama de toda la urbe, que a nuestros pies reclínase, no humilde, sino siempre fiera y digna de los Césares. Allí está el monumento de Garibaldi, el héroe de la Italia unificada y libre, sobre un pedestal, con su clásica gorrita, a caballo, y pareciendo lanzar aun su grito grabado sobre la dureza de la piedra:

¡O Italia o morte!

Y la Patria y Victor Manuel, esculpidos en la base, parecen agradecerlo.

El auto se detiene. He de soñar un momento ante el Palatino y los jardines que le rodean. ¡Por aquí pasó Nerón! «El hombre más abominable del mundo...» – según nos dice el austero Tácito en sus «Anales». Allí quizás subió, a esas terrazas, con su cítara en la mano, para contemplar el incendio de Roma, aquel parricida, emperador y bufo, con algo de simio y de fauno, que hoy unos quieren justificar mientras la Historia execra y la ciencia –como expone A. Cullére en «Las Fronteras de la Locura»– duda si estuvo loco o solamente fue cruel.

Y de la Roma de Nerón vamos a la de San Pedro, al Vaticano otra vez.

Me ocurre un gracioso incidente con el chofer elegante y simpático. Quiere a toda costa que descienda en la ancha plaza, en expresiva mímica de que sea yo sola, precisamente yo, quien le acompañe... Mi italiano en diez lecciones flaquea... No le comprendo... Pero le sigo, confiada y sonriente... Mis compañeras se inquietan... El me lleva de la mano al centro de la plaza... Me coloca sobre una gran piedra, única... ¡Ah!, las intenciones del simpático auriga-mecánico no eran perversas: son artísticas y hasta geométricas puras. Este es el centro desde donde únicamente se domina la serie de columnas que hay a un lado y otro, y vista desde este centro –del semicírculo que todas forman–, aparecen en una sola alineación, en un solo orden.

Le damos las gracias, pagamos, y queda descontento de la propina.

Bueno.

Ahora estamos ya en la Basílica. El cuadernillo de mis notas saco difícilmente del monedero, y la estilográfica funciona. Nos hallamos apretadísimas entre la multitud que llena a *San Pietro in Vaticano*. Son las 6 de la tarde, y desde las 5 <sup>1</sup>/<sub>2</sub> aguardamos aquí la presencia del Papa, perdidas como granitos de arena entre la muchedumbre. En torno a nosotros la gente discute en todos los idiomas del mundo, buscando espacio o comodidad imposibles, mientras la vista de esta pobre peregrina se acompaña de emoción artística al pasear por las naves gigantescas.

Esta iglesia es una torre de Babel. Se comen bombones, se habla, se disputa... Sin embargo el imponente templo todo lo traga, lo devora y borra todo en su amplitud.

Unos soldados forman en el ancho paso que aun queda al medio. Presentan armas... Avanzan los guardias suizos, con su pintoresco uniforme que Miguel Angel dibujó –casco luciente, seda, terciopelo, oro y negro es el traje; el calzón, corto–. Algo flota en el ambiente de

extraordinario que mueve a la piedad, a algo magnífico e imponente. Es el momento de entonar versos triunfales como los de Rubén Darío:

«Ya se oyen los claros clarines...»

Y desfilan caballeros de capa y espada, caballeros españoles, a lo Felipe II. La Capilla lanza sobre las cabezas de los fieles, allá en la altura, la Marcha Pontificia... Y el dulce rey de los Católicos del mundo, el Pontífice, serio, de cara bondadosa, se adelanta, se divisa desde lejos, todo vestido de blanco desde la cabeza a las zapatillas, sobre su silla gestatoria, como un emperador de Bizancio, pero también como figura de paz que reparte bendiciones. Corre un estremecimiento por la multitud... El momento es solemne... ¡Es el primer instante en que nuestros ojos ven al Papa! En todos los idiomas se le aclama. Se oyen hurras, gritos en alemán, en francés, en español...

*E viva il Papa re!*... –claman los italianos mientras muchos corazones se exprimen en llanto, las manos aplauden, los pañuelos se agitan...

¡Roma es aun suya! El mundo espiritual le pertenece...

A mi lado las mujeres que antes reñían por el puesto, ahora lloran. Y mi alma inquieta, indecisa y frágil, recoge las briznas de mi fe de hija, y, amorosa, dulcemente, cierro los ojos cuando ante mí ha de caer la bendición del Papa, y rezo con el pensamiento:

–Bendice Señor a mi madrecita lejana... Que sean para ella, tan piadosa, y que no pudo venir, todas las bendiciones del cielo...

Cierro los ojos cuando los otros gritan o lloran... Y la bendición del Papa Santo al caer sobre mi alma quizás cruzó la tierra y el mar y se fue a España...

## V

Cuenta una leyenda –que parece cuento,– cómo un día del caluroso agosto amaneció cubierto de nieve el Esquilino. Liberio el

Papa vio en sueños a la Virgen que le ordena erigir una iglesia en aquel sitio milagroso y níveo... De esa piadosa leyenda nació este templo que se llama *Santa María la Mayor*, por ser el más grande consagrado a la Virgen María en todo el orbe.

Tres veces, cantando y rezando, entramos y salimos por la consabida Puerta Santa, que aquí es una de las cinco entradas que hay en el Pórtico de esta gran basílica, para gritar bajo las bóvedas el «Gloria a Cristo» de nuestro desesperado canto... Sí, desesperado, porque ya fatiga el que todo tan rápidamente lo miremos, ocupadas solo en rezar y en ver lo que nos enseñan, en este ir y venir de atosigamiento, que no me dejan admirar serenamente aquellas cosas tras las cuales se van mis ojos, enamorados del arte.

¿Qué puedo evocar? Un templo, con un campanario el mayor de Roma. Grandes arcadas; el techo con sus riquísimos artesonados; resplandeciente baldaquino de metal en el altar mayor, como el del Vaticano, sostenido por columnas de pórfito, con palmas rodeándole. ¡Estas sí que son iglesias; estos sí que son templos dignos de Cristo! Del dulcísimo y vaporoso Guido Reni, son unos frescos representando santos y alegorías, visiones de dulzura y piedad.

Vamos luego, en rapidísima visita, a la basílica de *San Giovanni in Laterani*, donde reposa León XIII, y hay otras grandes tumbas y doce enormes apóstoles de mármol. La iglesia finge una gran taza de oro.

Cercana está la Escala Santa, aquellos escalones del Pretorio que según la tradición subió Cristo para que Pilatos lo juzgara. Hoy los cristianos vienen de lejos a subirlos de rodillas, en expiación... Y mañana tornarán a ofenderle... Ya lo dijo un poeta, castellano y filósofo:

*La rueda de la existencia  
la pintaré en un cantar:  
Pecar, hacer penitencia  
y luego... vuelta a empezar...*

Andamos, andamos... Las vías de Roma son atravesadas de nuevo por nuestras figuras severas, en alineación, cantando. Somos una larga cola que serpentea y musita en catalán sus cánticos.

— ¿Brasileños, ingleses, alemanes...?— La gente se para a vernos y pregunta curiosa por nuestras insignias. Nosotros les respondemos que venimos de España, *Paese lontano é bello...*

En la tarde, siguiendo al parco almuerzo de Hotel Vittorio, —con sus camareros de frac y sus salones de lujo, pero poca comida—, continúa nuestra ruta. Sí, sin duda en los hoteles creen que a los peregrinos venidos a esta urbe en busca de Santos Lugares de devoción no les hace falta la vil prosa del *mangiare*. ¿Muchos *spaguetti* y *macarroni*, sabrosos *caneloni*? Nada de eso: cuadros, biblioteca, salones, piano, confort... Yo no protesto; los demás, sí, incluso los curas de las mesas vecinas.

—¡Señor! ¿Si se creerán estos italianos que estamos jugando a comiditas?...

El templo basílica de San Pablo Ostiense (127 m. de largo, según el guía) fue edificado por Constantino, glorioso hijo de Santa Elena, sobre la sepultura del Apóstol. Otros emperadores y Papas siguen agrandándole, embelleciéndole, para reparar los daños que el tiempo, las invasiones y el fuego le causaran, y, finalmente León XII lo restauró en la forma actual, haciendo del templo una basílica digna de aquel *vas electionis* que fue Apóstol de los gentiles. ¿Por qué Dios escogió a su más encarnizado perseguidor y lo convierte?... No analices, muchacho, no analices... Si San Pablo no hubiese caído herido, en su borrachera de furor contra el cristiano, sobre el camino de Damasco, hoy no admiraríamos esta maravilla de arte.

Es grande el templo, más no [mutilado en las colecciones consultadas para esta edición. *Nota de E.*].

## VI

¡En Roma no se debía dormir, sino soñar despiertas!... Y sin embargo, bórranse las visiones de la Possegiata Archeológica con sus ruinas diseminadas; la cristiana visita a las profundas Catacumbas y sus inscripciones «Pontianus, episcopus», «Eutiquianus, diaconus», junto a la de algún necio que allí grabó su nombre en recordación de su visita... Y dormimos vulgarmente las noches de la ciudad eterna. Tanto, que me descuido en este *quehacer* y lo prolongo hasta perder algo del programa de la Peregrinación. No voy a la iglesia de Jesús, mas, «en cambio», me quedo sin almuerzo. Salgo con mi camarita fotográfica a andar, a cumplir con la «alegría de andar» y extraviarme. ¡Qué hermoso es esto de perderse en las calles de una gran ciudad, desconocida aun para mí, yo molécula insignificante, desconocida también para ella, como lo es ese Soldado a cuya gloria se levanta, próximo a los jardines del Pricio, ese sencillo monumento emplazado ante las antiguas murallas, ante la Roma vieja. Es el Soldado Desconocido de ese barrio y cada uno en la ciudad tiene su Soldado; muchos en las otras ciudades del Lacio, muchos en toda Italia y sus regiones. ¡El dolor de tantas madres está representado ahí, en esas elocuentes piedras que simbolizan el montón de víctimas ignotas, devoradas por la gran Guerra! Entre esa muchedumbre desconocida, de todos esos cadáveres que no se sabe a quiénes pertenecieron, la suerte ha designado el que recibe todos los honores por sus compañeros.

Ando muchísimo. Me extravió y he de preguntar por mi ruta. Un *signore* que me pareció muy serio, entre otros varios a quienes pregunto, se ofrece a acompañarme. Sabe francés, y, amablemente, conversando, conversando, luego no se resigna a abandonarme en la vía pública, a merced de la frescura de otros transeuntes, tan frescos como él... Resulta médico de X. y quiere volver a verme, hacerme una visita, a curarme un brazo, un pie, cualquier cosa... Me desprendo como Dios me da a entender de mi conquista y echo a andar por las amplias avenidas. La vía Nazionale se extiende a mis pies, una de las

más hermosas de Roma. Los grandes nombres me persiguen por doquier: aquí Vías Termas de Diocleciano; más allá, Fuente de Moisés...

En la tarde nos cabe la satisfacción de visitar en la antiquísima iglesia de Santa María Aracchi el sepulcro de Santa Elena, descubridora de la cruz de Cristo. Columnas arrebatadas al templo de Juno adornan la iglesia. Nos muestran para que lo besemos y demos limosna al *Santo Bambino*, un niño Jesús que no tiene de notable sino la devoción, las muchas cartas que recibe.

Y por la vía del Campidoglio vamos a una altura desde donde una visión remota, una gran visión de antigüedad magnifica el momento. He ahí un gran trozo de la Roma que fue, estudiada y bien reconstruída hoy, gracias al arqueólogo *Boni* que a ello consagró años de su existencia. Ya se conocían algunas porciones, de las que hasta el siglo VI permanecían intactas; pero después los cristianos, la bárbara piedad de los ignorantes y devotos, empezó a sacar estatuas y transportar columnas para adorno de los templos cristianos. Queda en pie el Palacio del Senado, ante el cual fue asesinado César por los secuaces de Bruto – luego convertido en templo de San Adriano; el templo de Castor y Polux del año 496 antes de J. C.; el de Vesta, también convertido y bautizado... El más entero es el de Antonino y Faustina su mujer. Unos cuantos más se alzan aun airosos. Los demás, son piedras muertas, campos de desolación. Sobre las columnas – religiosamente apuntaladas y conservadas por el Estado, – del Foro Romano conservan su primitiva elegancia. Son unas cuatro, sosteniendo un trozo de capitel, vivientes, siempre lozanas, hermoso testimonio del pueblo de los Quírites, que aun se destacan bajo el azul del cielo.

Las palabras del guía resuenan ahora solemnemente en la majestad de la tarde:

–Aquello, de allá lejos, es el templo levantado a la Concordia por el Cónsul Marco Fulvio. Y ese otro, reluciente, la basílica de Constantino.

¿He de anotar, tras las grandezas del Paganismo las muchas iglesias que seguimos viendo? Una es la de San Lorenzo Extramuros, situada en apartado barrio – en donde nos cuentan que las mujeres son más malas que los hombres–. Al lado, un precioso cementerio en donde se quisiera dormir en la poesía de aquella soledad, bajo unos altísimos cipreses que amenazan al cielo con sus verdes torres puntiagudas. Un cuadro digno de pintarse. Más dentro de la iglesia también hay pinturas lindas, de César Francesquini, que se dice hubiera llegado a ser un Rafael de no morir a los 23 años. Representan la vida del Santo diácono que mostró los pobres como si fueran el verdadero tesoro de su iglesia. Sobre una piedra negra una gran mancha que devotamente tocan los peregrinos. Allí caía la sangre del pobre Lorenzo cuando lo tostaban... Santa Ciriaca recogió sus restos, los enterró y hoy los suyos también reposan junto a aquellos.

Allí también vemos la tumba de Pío IX que pidió un reducido espacio para sus huesos...

Otras iglesias vistas rápidamente en la misma tarde: el Cesorio y la de Santa Croce in Jerusalem. ¡Pero en todas partes los mercaderes del templo! No, no quiero hablar de ello... ¡Qué pena el pensar que hasta los clavos de Cristo, la corona de espinas – más o menos auténtica – sean motivo de negocio, de compras, ventas y de limosnas!... En la Sacristía de la iglesia hay largos mostradores llenos de baratijas. Se venden medallas, rosarios; se venden... –¡oh pasmo de los siglos! – unos clavos de metal, imitación de los que martirizaron a Cristo que vamos a ver luego en esta iglesia de la Santa Cruze... Y pasamos, charlando, riendo, comentando, a ver las santas reliquias que hay aquí. Yo no creo mucho; sin embargo, el corazón palpita conmovido cuando me acerco al altar donde un fraile nos enseña, – incrustados en riquísimos relicarios, alumbrándolos irreverentemente, como a cualquier joya de doblé para que brillen más, en unos postes eléctricos, – las santas reliquias... ¡Bendito Dios!...

Pero volvamos al arte, que no nos desencantará jamás. ¿En qué iglesia fue, de tantas como he visto y tan grandiosas? Parece que en

la de San Pedro *in Vincula*—o de los lazos o cadenas. Allí ví al gran Moisés de Miguel Angel, la celeberrima escultura. Es enorme. Se acerca uno a ella con cierto temor. Vive. Palpita. Es un gigante. Las venas, gruesas como cordones, parece que revientan bajo los gigantescos músculos del brazo. Unas pantorrillas de dios Hércules. El legislador hebreo es la misma imagen de la ley. Está en una postura tan noble, tan serena, con los dedazos jugando entre los bucles de la enorme barba, que impone respeto y hasta miedo. Parece que de repente puede levantarse y darnos un golpe que nos aplaste y anonade, la terrible ley personificada en el legislador colosal. ¡El gran Moisés de Miguel Angel! A esta media luz que da en el mármol, una infinita poesía, de grandeza, del Dios del Sinaí, baja sobre los pobres peregrinos y nos achica...

¡Aun no se acaba la vena de las grandes emociones! ¡Aun vemos esta tarde alguna otra cosa de inmensidad: el Coliseo! Nombre santo, nombre mágico. Esto sí que es algo que no se puede describir; que hiere nuestros corazones más que la visita a las catacumbas, y a los Santos clavos y espinas. Y me increpo, sollozante:

—Carne mísera, cuerpo que tanto te cuidas, ¿qué eres tú, vil gusano, ante esa mole, representante del triunfo del espíritu cristiano sobre la materia, tan rebelde a la muerte, que sin duda se resistiría al pisar las arenas y sin embargo, el espíritu triunfó?...

Primero la impresión no fue tan lejos, al entrar y ocuparnos en comprar y tomar fotografías. Pero luego, salimos y se forma la peregrinación en larga fila, ante el arco de Constantino. Los curas van delante, cantando. Nosotras seguimos, y como una hilera de hormigas invadimos poco a poco el recinto inmenso, y al compás de nuestros cantos, de un emocionante *Via Crucis*, vamos dando la vuelta al enorme circo. Es de tarde. Todo nos habla de triunfos y de Cristo: el arco de Constantino, erguido fuera; la modesta cruz que va al frente de nuestra peregrinación y que vimos de tan lejos; nuestras voces entonando cánticos en que se habla de perdón y de la Pasión Sagrada. Es un circo en ruinas, una tremenda plaza de toros, y sobre esa arena

cayeron destrozados los mártires. ¡Desde esos palcos lo contemplaban Nerón y el pueblo digno de él!... Por esos subterráneos, –destrozados ya, – saltaban las fieras. Todo eso meditamos sin dejar de cantar y rezar. ¡Qué dulces, qué quejumbrosos resultan nuestros cánticos entre estas ruinas, azuladas por la tarde que muere!... Nuestras voces femeninas mezcladas a las de los hombres, parecen un homenaje de triunfo a través de los siglos, para los mártires que cayeron en la arena.

Es el momento de las lágrimas... Ni el Foro Romano con sus ruinas de templos; ni el castillo de Santangelo; ni el Palatino de los Césares de ayer; ni el Quirinale –morada de los reyes de hoy – valen en belleza y emoción lo que este instante en las ruinas del Coliseo, a la hora en que la tarde muere...

## VII

Tempranito prepararse para la misa del Papa.

No se encuentra a esta hora en Roma, a las siete de la mañana; ¡oh, y cómo «madrugan» los italianos!... ni un coche, ni un tranvía propicio, ni un auto, pese a telefonear a todos los garages. Andando, andando, al fin, de uno extrajimos un carro particular que a fuerza de súplicas y por cincuenta liras nos lleva al Vaticano, ala izquierda, frente a la Puerta de Bronce.

El Vaticano es un mundo de palacios sin contar la iglesia. Y en aquel laberinto de columnas y escaleras interminables, empezamos a preguntar a los criados y guardas suizos, tiesos y elegantes dentro de sus respectivos uniformes, por la Sala de Audiencias. Allí se alza el blanco altar. Las avalanchas cosmopolitas llenan toda la extensión visible. Con el ceremonial de siempre, –músicas, vítores, aclamaciones, viene esta vez a pié, echando bendiciones, el Santo Padre. Dice su misa rezada. Mientras dura, resuenan en la Sala, unos después de otros, pausados–, tomando un grupo la palabra cuando el otro la deja–, cantos en todos los idiomas, que se elevan al cielo majestuosos,

como prueba de la universalidad de la Iglesia. Y entre ellos triunfa potente el «*gloria a Cristo*» en español.

Desaparece como vino la suave figura de Pío XI, con su cara saludable y rosada de buena persona; sus ojillos bondadosos tras las gafas negras, y su parsimoniosa actitud de algo sobrenatural que siempre impone...

En el intermedio hasta la de la audiencia, pasamos las tres horas libres recorriendo el templo y museos, sin salir del Vaticano.

Tercera vez que visito a San Pedro, como medio de verlo todo bien. Me fijo ahora en los tapices accidentalmente colocados por la beatificación actual, que es la de Bernadette. El uno representa la cura de un caballero enfermo; el otro la de una monja con úlcera en el estómago y a quienes la intervención de la vidente de Lourdes puso buenos. Son dos milagros, dos pruebas que se presentan al proceso de beatificación o de canonización...

Y mientras de nuevo admiro el baldaquino del altar mayor, la estatua antiquísima del apóstol titular de la iglesia, con su pie gastado por los besos de los fieles, pienso que estos templos, verdaderos museos de arte, son quizás las únicas cosas que en Roma se pueden ver sin gastarse una porción de liras. ¡Buen negocio, de todos modos, el Año Santo!... Me dice, campechano, un cura amigo mío de la peregrinación:

–En verdad que el Santo Padre puede decirle a Roma parodiando al maestro: *Ego sum panem tuum...* Yo soy tu pan...

Por la calle de la Vondamenta –también dentro del Vaticano–, pesada de ascensión pues va en pendiente, nos llegamos al museo de pinturas o Pinacoteca Vaticana. No es grandioso, como otros que por el mundo vimos, mas yo quisiera para mi Santo Domingo uno así. (Y pienso en mi *plan para un museo dominicano*, soñado, escrito, acompañado de grabados, y... archivado por su autora en el cajón de los ensueños quizás intangibles...)

La Pinacoteca fórmanla siete saletas de cuadros célebres por sus firmas, tales como el primitivo Filippo Lipi con su *Coronación divina*

y su San Jerónimo. Cierta diseño luce la dulzura subyugante de Leonardo, tras unos cristales. Un cuadro pequeñito de Fray Angélico. Espléndido colorido y atrayendo todas las miradas, hay la célebre *Madonna de Foligno*, de Rafael, toda serenidad y reposo, mientras su grandiosa *Transfiguración* ocupa toda una pared, y, llena de movimiento, es la antítesis de la otra. El Perugino, Guido Reni en otras salas. Muchos italianos y muchos españoles: los dos pueblos que ostentan superioridad en la pintura sobre sajones y franceses. Y allí Murillo en su *Adoración* y sus *Desposorios de Santa Catalina*, sonriente siempre, mientras el Paputelto nos da un sombrío «*Mártires de San Lorenzo*». Por ante un bello desnudo de la *Fortuna* un sacerdote pasa rápido y me mira avergonzado. ¿Hay pecado en el arte? Pues ¿cómo los Papas atesoran estas pinturas?...

Larga caminata hasta volver a la Sala de la Audiencia. (Esta frase se *dice* fácilmente pero se *hace* en una hora).

En fila nos colocamos a lo largo de las salas las mujeres, y un criado del Pontífice, vestido de seda roja de los pies a la cabeza, con calzón corto y chapines, nos pasa revista a ver si estamos suficientemente decentes para que el Papa nos eche una mirada y dé su anillo a besar. No nos sorprende: ya vinimos preparadas con negros y seriecitos trajes, modesta mantilla, sin enseñar de las pantorrillas más que lo justo; y así y todo algún exceso encuentra el satélite pontificio, pues, sonriente, aconseja a unas cuantas un alfilerito en el escote:

–Por mí, que vayan ustedes más frescas... Pero... a su Santidad no le es lo mismo – explica el buen hombre.

Pío XI atraviesa las salas interminables, y una por una, nos da su anillo a besar y en recuerdo una medalla bendecida. Suave plática en su melodioso italiano vibra en el aire y un sacerdote la traduce luego. El Santo Padre nos bendice a todos, a nuestras familias, a nuestra patrias, a todo lo que llevamos en el corazón en este momento...

Y desfallezco... Sí, pero no de emoción, sino de angustia. Son las tres de la tarde. Mis compañeras, diligentes han podido salir un momento y miraron por sus vidas. Yo, entre la multitud, entregada

al arte, después a la espera de la audiencia, he visto pasar las horas sin comer desde ayer... Los vítores al Papa no me han nutrido. Consejo: si vais a Roma y esperais audiencias pontificias, llevaos algo en la mochila...

### *18 de Junio*

Aquí, falta de compañía-, pues no todo el mundo participa de mis gustos-, véome hoy sola, perdida en los incontables salones del Vaticano, presa de vértigos, en una fascinación que me mueve a ir siempre adelante, cual si una voz soplara en mis oídos: «Anda, anda, y mira con toda la fuerza de tus ojos».

Y como no me fatiga nunca el arte, nerviosa y rápida -¡yo que sólo por esto vine a Roma!... -no puedo deleitarme en la Biblioteca con sus 300,00 volúmenes y sus 20,000 manuscritos, y, volando me detengo sólo en una rotonda en donde brilla un gran tazón de pórfido, con estatuas y bustos de emperadores. Rodéanme bellísimas esculturas. Hay una estatua de Antinoo, el seductor jovencito, con la cabeza coronada de pámpanos. Todas las admiraciones mías van a los pies de *Apolo Citaredo*- o tocador de cítara - que en la Sala de las musas de ésta se acompañan. Las nueve Hermanas son muy bellas, más el Apolo es adorable. ¿Qué dios bajaría del cielo para servir al escultor? La cabeza es perfecta, sobre un nobilísimo cuerpo vestido y muy verosímil, -pese a las togas con que se cubre y que de lejos pudieran asemejarle a una matrona-. Respira gracia y belleza.

¡Dulce vida la que se deslizara entre estatuas, mármoles y cuadros, como la de León X, el Sibarita!

Varias galerías dejo atrás. Miremos la Afrodita de Cuidia, impudicamente púdica: medio cuerpo desnudo y divino. La una mano sobre un jarrón, y la otra, sosteniendo el lazo de las vestiduras prestas a caer.

Júpiter con sus barbazas; una *Nióbide fugente*; el grupo del pobre Laoconte atormentado por culebras, y otro fermoso Apolo, el del Belvedere, con su triunfante brazo extendido, huérfano del arco que quizás sostuvo. ¡Salve a Roma y Grecia antiguas, las auras del mundo y auras de la belleza, dignos pueblos del cetro que el destino puso en ellos, y que vivirán llenos de ideales y no como los nuestros, libres de preocupaciones estéticas, sino pensando en embellecer su vida, como D'Annunzio hoy, como una obra de arte!...

Narciso extático ante su propia lindura; Antinoo, Apolo, o bien las Venus y las Ninfas o las Musas, con el mismo entusiasmo rendían culto a la belleza, sea en hombre o en mujer —héroes o diosas... Emperadores y filósofos dejo a un lado. Embriagada de blancuras, las dejo y atravieso la galería de las cartas geográficas. ¡Ando buscando al divino Rafael Sanzio! Y me hallo al fin en la sala de sus Estancias.

Son cuatro, y cada una tiene su nombre de la principal entre las pinturas al fresco que adornan por completo sus paredes. Sí, la *Sala del Incendio de Borgs*—durante el pontificado de León IV. La Sala de la Segnatura, en donde está la célebre *Despula del Sacramento* en que figura Savonarola. La de Eliodoro y la de Constantino. Algo empalidecidas, mas se nota la mano del maestro, a la que ayudaron alguna vez sus discípulos, proporcionando él los cartones.

Logias, estancias, vuelan ante mi vista. Pienso que me aguardan impacientes en la puerta y me doy prisa! ¡Y yo que para esto y por el Papa vine a Roma!...

—*Ecco la Capella Sixtina*... Descendemos una larga escalera. Aquí se reúnen los cardenales para elegir Papa. Llenan la capilla peregrinos y turistas; ingleses, americanos, con sus espejos en la mano se dedican a explorar los techos en donde Miguel Angel derramó toda su fantasía. El genio de la Pintura tiene aquí su morada, un ciclón, un cataclismo, los cielos que se desprenden, la tierra que le abre sus secretos y de esta conmoción surge, loco o genio, Miguel Angel fabricante de dioses, de sibilas colosales, de la Creación y el Diluvio.

al arte, después a la espera de la audiencia, he visto pasar las horas sin comer desde ayer... Los vítores al Papa no me han nutrido. Consejo: si vais a Roma y esperais audiencias pontificias, llevaos algo en la mochila...

### *18 de Junio*

Aquí, falta de compañía-, pues no todo el mundo participa de mis gustos-, véome hoy sola, perdida en los incontables salones del Vaticano, presa de vértigos, en una fascinación que me mueve a ir siempre adelante, cual si una voz soplara en mis oídos: «Anda, anda, y mira con toda la fuerza de tus ojos».

Y como no me fatiga nunca el arte, nerviosa y rápida -¡yo que sólo por esto vine a Roma!... -no puedo deleitarme en la Biblioteca con sus 300,00 volúmenes y sus 20,000 manuscritos, y, volando me detengo sólo en una rotonda en donde brilla un gran tazón de pórfido, con estatuas y bustos de emperadores. Rodéanme bellísimas esculturas. Hay una estatua de Antinoo, el seductor jovencito, con la cabeza coronada de pámpanos. Todas las admiraciones mías van a los pies de *Apolo Citaredo*- o tocador de cítara - que en la Sala de las musas de ésta se acompañan. Las nueve Hermanas son muy bellas, más el Apolo es adorable. ¿Qué dios bajaría del cielo para servir al escultor? La cabeza es perfecta, sobre un nobilísimo cuerpo vestido y muy verosímil, -pese a las togas con que se cubre y que de lejos pudieran asemejarle a una matrona-. Respira gracia y belleza.

¡Dulce vida la que se deslizara entre estatuas, mármoles y cuadros, como la de León X, el Sibarita!

Varias galerías dejo atrás. Miremos la Afrodita de Cuidia, impúdicamente púdica: medio cuerpo desnudo y divino. La una mano sobre un jarrón, y la otra, sosteniendo el lazo de las vestiduras prestas a caer.

Júpiter con sus barbas; una *Nióbide fugente*; el grupo del pobre Laoconte atormentado por culebras, y otro fermoso Apolo, el del Belvedere, con su triunfante brazo extendido, huérfano del arco que quizás sostuvo. ¡Salve a Roma y Grecia antiguas, las auras del mundo y auras de la belleza, dignos pueblos del cetro que el destino puso en ellos, y que vivirán llenos de ideales y no como los nuestros, libres de preocupaciones estéticas, sino pensando en embellecer su vida, como D'Annunzio hoy, como una obra de arte!...

Narciso extático ante su propia lindura; Antinoo, Apolo, o bien las Venus y las Ninfas o las Musas, con el mismo entusiasmo rendían culto a la belleza, sea en hombre o en mujer —héroes o diosas... Emperadores y filósofos dejo a un lado. Embriagada de blancuras, las dejo y atravieso la galería de las cartas geográficas. ¡Ando buscando al divino Rafael Sanzio! Y me hallo al fin en la sala de sus Estancias.

Son cuatro, y cada una tiene su nombre de la principal entre las pinturas al fresco que adornan por completo sus paredes. Sí, la *Sala del Incendio de Borgs*—durante el pontificado de León IV. La Sala de la Segnatura, en donde está la célebre *Despula del Sacramento* en que figura Savonarola. La de Eliodoro y la de Constantino. Algo empalidecidas, mas se nota la mano del maestro, a la que ayudaron alguna vez sus discípulos, proporcionando él los cartones.

Logias, estancias, vuelan ante mi vista. Pienso que me aguardan impacientes en la puerta y me doy prisa! ¡Y yo que para esto y por el Papa vine a Roma!...

—*Ecco la Capella Sixtina*... Descendemos una larga escalera. Aquí se reúnen los cardenales para elegir Papa. Llenan la capilla peregrinos y turistas; ingleses, americanos, con sus espejos en la mano se dedican a explorar los techos en donde Miguel Angel derramó toda su fantasía. El genio de la Pintura tiene aquí su morada, un ciclón, un cataclismo, los cielos que se desprenden, la tierra que le abre sus secretos y de esta conmoción surge, loco o genio, Miguel Angel fabricante de dioses, de sibilas colosales, de la Creación y el Diluvio.

Poeta, pintor, músico, escultor, de todo lo bello ha cultivado su genio, ecléctico a la manera de mi dulcísimo Leonardo de Vinci.

Un instante lo admiro, y, presa de desaliento y desesperación, como en un sueño vertiginoso, paso ante la magnificencia de los techos y paredes miguelangelescos que no me es dable admirar en reposo, una y otra vez; como las horas divinas que en Madrid soñé en el Prado y en París, en el Louvre, donde mis compañeros amaban como yo el arte y no me daban prisa. ¡Adiós, Roma bellísima! ¡Qué terrible es no tener todos los días almas gemelas... y ni siquiera primas!



Los altares de la devoción universal. Una vista del río Gave, que corre suave y rumoroso por la dulce tierra de Francia, atravesando la población de Lourdes, surgida al conjuro de un milagro.

(Foto: Abigail Mejía). Revista *La Opinión*, 1925.

## VIII

–¡Visca la Mare de Deu de Lourdes!...

–¡Visca!... –rompen el silencio los peregrinos catalanes con sus aclamaciones, cuando en la obscuridad de la noche, desde el tren, divisamos la cruz luminosa que marca el principio de la tierra de los milagros.

¡Tierra de los milagros y la maravilla! ¿Quién podrá aclarar tu secreto? El alma inmolan lo misterioso y la piedad. Y es que Lourdes es algo extraordinario. Un bello país, húmedo, fértil, todo cubierto de vegetación, de bosques naturales y artificiales; todo verde en la tierra, todo azul en el cielo. Dios lo hizo pintoresco; el hombre lo completó y explotó.

El Gave corre suave y misterioso, atravesando la población que se formó al conjuro de unas palabras de milagro.

¿Quién no conoce la fábula de la gruta, bella leyenda, como de hadas? Una pastorcilla, Bernadette, sale con sus compañeras a recoger leña en los alrededores de Mossabille– en el Alto Pirineo. Se alejan. Ella es delicada, frágil; su hermana y sus amigas pueden atravesar el río; pero ella no las imita por temor a su quebranto. Queda sola en esta orilla. Reza... Me imagino la inmensa paz, la soledad completa de aquel instante... Sólo se oye el murmullo del Gave... Está frente a una gruta de las que abundan en esta tierra, una gruta con huecos en la piedra, que parecen destinados a recubrir santas imágenes... Y de repente, un viento fuerte, un ruido, una forma, un espíritu, una Dama blanca, de belleza incomparable que se le aparece y le sonrío... ¿No es una alucinación de aquel instante de completa paz; no era aquello algo que estaba esperando su espíritu contemplativo, enemigo de la acción y amigo de la meditación ociosa?... Desde el hueco de la gruta más apropiado para fingirse una visión, en aquella hornacina natural, la forma misteriosa le sonrío y desaparece.

–¿No habéis oído un rumor como de fuerte viento? ¿No habéis visto nada? –pregunta a sus amigas que se acercan. Estas la miran sorprendidas... ¿Si estará algo loca?

–Nada...

Calla Bernardita. Pero volverá otro día. Sólo ella ve la aparición; sólo a ella sonríe y habla.

–Si venís de parte de Dios, acercaos – dice la piadosa muchachita. Y otro día –Señora, escribid en este papel quién sois y qué deseais.

–Yo quiero hacerte feliz –le dice *aquello*, como ella nombraba a la aparición blanca y misteriosa, que ella ignora quién es y cómo se llama.

Se extiende la noticia de las visitas misteriosas. Acude gente. Centenares de personas asisten a los éxtasis de la niña. Y así una vez y otras muchas. *Aquello* debe ser algo divino, pues habla de rezar, de penitencias por los pecadores. Una vez la hizo cavar en el suelo y beber el agua lodosa del hoyito: así brotó la fuente cuya es el agua que a los enfermos cura. Otro día la dice:

–Yo soy la Inmaculada Concepción... – Días después se despide. Había habido diez y ocho apariciones...

Estoy mirando la gruta. La Virgen de mármol hoy junta las manos en el mismo sitio donde contó la chica que la viera, y sobre la gruta se ha levantado una basílica aprovechando las sinuosidades del terreno, y así queda la gruta allí empotrada. De la roca penden las muletas, los exvotos de todos los curados por el agua milagrosa que hoy mana en varios caños. Se hicieron castillos enfrente; levantáronse casas; se formó una población. Viacrucis, estatuas de santos, grupos alegóricos desparramados entre el follaje; muchos árboles y bosques, acaban de completar el encanto del paisaje que es divino. Tiendas, negocios, –eternos mercaderes de cosas santas – quedan algo más lejos, en el camino de la población a la Gruta. Alrededor de ésta sólo brotan poesía y piedad, nubladas por la visión de los enfermos que vienen aquí, a esta tierra de las consolaciones buscando la Virgen que da salud... Cercando, invadiendo el paisaje maravilloso, ¡cuántas lágrimas!...

Y yo también desde que estoy en Lourdes no hago más que llorar ante la visión de los enfermos y el recuerdo de la enfermita por quien

me encomendaron rezar. Sólo me atrevo a proponerle a *Aquello* misterioso:

–Señor, si es que puedes, cúralo o llévatelo, a ese pobre angelito que padece...

No veo más que tristeza. Bello el paisaje y la humanidad misérrima; el lugar, predestinado a grandes cosas, y los que lo pueblan – estas peregrinaciones catalana y belga, numerosísimas, con sus enfermos, –llenos de lacerías y de enfermedades, oprimiendo nuestro corazón con el espectáculo de sus desgracias, de su fe que viene de tan lejos a buscar la salvación al mísero cuerpo martirizado con dolores!...

¡He venido aquí sólo a llorar! Anoche reía locamente en el tren recordando a Roma y los píropos con que nos despedían los italianos; la declaración amorosa de un vendedor de refrescos... Sí, hay que reír, reír mucho cuando se puede, y yo aprovecho a maravilla la ocasión de risas para cuando me toque la hora de las lágrimas... Esta es la hora... Me hallo sentada ante la gruta maravillosa. La humanidad doliente, de rodillas, sin fijarse en que la tierra está mojada, con los brazos en cruz repite a gritos la oración que el sacerdote de su nación reza en su idioma. La voz del cura es trémula al implorar, lo mismo que la de los corazones afligidos que le contestan, y las más conmovedoras plegarias rasgan el aire saliendo de los pechos españoles y de los robustos pechos de estos belgas grandotes, arrodillados con los brazos en cruz y en una mano el rosario, por sus enfermos que han traído en carritos, en camillas, en sillas de mano, los fuertes conduciendo a los débiles... Y se oye un grito y cinco mil gritos repiten:

–Señor, si tú quieres, puedes curarme...

–Señor, dí una sola palabra y sanaré...

–Jesús, hijo de David, ten piedad de nosotros...

–Señor, haz que vea...

–Señor, haz que oiga...

–Señor, haz que camine...

Y los ciegos, los cojos y los paralíticos, los atacados de las más extrañas enfermedades rezan, y sus acompañantes alzan con la voz los

brazos al cielo pidiendo acaso un imposible. ¡Para eso vinieron a este rincón de Francia tantos belgas; para eso vinieron los de Barcelona!

Van pasando las camillas, la procesión de los tristes. Acostados, unos tienen la cara deformada por la escrófula; otros son monstruos de pies torcidos y cabeza descomunal. Una joven palidísima, en el último grado de la tuberculosis acude a Lourdes como recurso supremo. Otro, un hombre, rodeado de nueve o diez, padece ataques epilépticos y por eso le rodean y vigilan. Cierta monja enferma eleva la fe de los iluminados retratada en la mirada. ¡Y los niños, los pobrecitos niños enfermos, anormales, con sus miembrecitos torcidos y sus ojillos sin luz!...

## IX

Mucho tiempo va estirándose esta cuerda de mis pobres emociones. Va a romperse... Si duro muchos días en Lourdes creo que enfermaré del corazón ante tanta miseria, tantos dolores que del mundo se han vaciado aquí, sobre esta tierra bonita, y que hacen vibrar el frágil hacecillo de mis nervios hasta resolverlo todo en lágrimas...

Roma fue para mí admiración; Lourdes, sensación... Lourdes, no es algo que se cree o que se duda; Lourdes, no se discute, se siente. Es cosa de dejarse llevar por las olas de sentimiento y emoción que a tantas multitudes de todos los países ha anegado. ¿Que si creo ciegamente en los dulces milagros, en el cuento maravilloso de la Virgen blanca aparecida a la Vidente?... Yo sólo sé que he llorado mucho en Lourdes; y que me inclino en síntesis a admitirlo todo cuando veo la fe que mueve a estas gentes a venir de tan lejos en busca de consuelo. Cuando veo rezar con tanta fe yo rezo; cuando veo a los que con lágrimas en los ojos y el rosario en la mano – porque aquí por dondequiera abundan los rosarios – piden a la Virgen por el ser querido que a su lado padece, no puedo menos que admitir un Dios, un Jesús bueno y una Santa Virgencita destinados a auxiliarnos en

estos casos tan tremendos. ¡Dulce fe que hace milagros! Si mi fe vacila, no privaré en cambio a nadie de su consolación...

Acabo de presenciar la conducción de los enfermos a las piscinas. ¡Cuánta, cuánta miseria y lacería...! Los enfermeros voluntarios de la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes presurosos corren de un lado a otro llevando camillas; arrastrando carritos; con la pobrecita carne de los niños enfermos en sus brazos robustos y caritativos... Son jóvenes, distinguidos, y sólo por caridad, por cumplir algunos una promesa, por humanitarismo los más, desempeñan estos oficios humildes de cargar con miserias ajenas. De las salas de la Hospitalidad los llevan hasta frente de las piscinas. Allí esperan los enfermos sus turnos. Hay una sección de baños para hombres y otra para mujeres. Los enfermeros del sexo respectivo los cogen en brazos, y, allá adentro, los desvisten, poniéndoles una enorme camiseta –según me han contado–.

Una breve oración y el agua corriente cae sobre ellos en la piscina, fría, impresionante... Salen luego los pobres ciegos, los paralíticos, los deformes, los que a veces vienen un año y otro año, si no curados, al menos consolados... Al pasar junto a ellos, acostados en sus camillas que reposan en el suelo, con la muerte pintada en algunos sobre la faz palidísima y la esperanza aun brillando en los febriles ojos, aparto los míos con angustia. Unos me dan asco, los de enfermedades en la piel. ¡Dios mío! ¡Cuántos curarán de tantos males?...

Los no muy enfermos y los que estamos sanos por nuestro pie acudimos a beber del agua que brota de las fuentes junto a la gruta. He bebido también de ese agua milagrosa. Es muy fresca y agradable. La beben con unción, con delectación, como un elixir maravilloso. He llenado varias botellitas para llevarme. Las peregrinas se pelean, disputando por beber primero, pues la demanda es mucha, y llevan damajuanas, cántaros y toda clase de vasijas. Hasta venden unos cantaritos con la Virgen pintada, apropósito para poner el agua. También –¡oh, eterna Sinomá!– hay allá abajo, en la población, sus tiendas que venden de todo, hasta pastillas fabricadas con esta agua,

y hay una casa destinada a la exportación del agua célebre... ¡Bueno está el mundo, bueno, bueno!...

Y torno a acercarme a la Gruta. Su misterio me atrae. Y, a veces, cuando mis compañeras andan de excursiones por los bellos alrededores y profanas grutas de Lourdes, tomo mi libreto y vengo a sentarme frente a la Virgen. Quisiera investigar, analizar la cosa extraña, pero es inútil. La razón quiere analizar, buscando la explicación de todo esto; pero, la razón nada puede cuando el sentimiento se desborda. Si hay un alma escéptica quizás es la mía, y, sin embargo— ¡qué mísera sensitiva es, solo a ratos!

Mucha paz en estos contornos. El sitio es magnífico, lleno de majestad. Por todas partes bosques espléndidos, un río cristalino y silencioso, de un verde azulado como de mar. Nunca admiré un río tan lindo. Un silencio solemne reina en la Naturaleza, ahogando la voz de la multitud. La Naturaleza impera aquí con su grandeza; lo abarca todo, y ahoga casi al hombre, aunque sea en grandes colectividades. El cura desde el púlpito de piedra que hay en la roca, reza en catalán las plegarias conmovedoras que todos repiten, súplicas tomadas del Evangelio, otras dirigidas a la Virgen de Lourdes; y, como el ciego de nacimiento, como las hermanas de Lázaro, el Sacerdote clama tres veces y los de su nación repiten:

—*Señor, el que tú amas está enfermo...*

—*Jesús, hijo de David, tened piedad de nosotros!* La voz es patética al gritar casi con clamor desesperado:

—*¡Señor, os adoramos!*

—*¡Señor, creemos en vos!* —Y a veces es un nuevo gemido de desesperación:

—*¡Señor, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!...*

Y ante la naturaleza incommovible sigue la caravana de los enfermos. Ahora los conducen para asistir a la Procesión del Santísimo, una de las cosas trágicas e imponentes de Lourdes. Todo el mundo se forma en la inmensa explanada, los enfermos delante, formando un cuadro inmenso.

Podrá haber diez mil personas... Pasa el Cardenal Vidal y Barraquer con el Santísimo, bendiciendo, uno por uno a los desamparados. Ante cada doliente se detiene y hace la cruz con la Custodia. El enfermo se inclina para recibir la bendición... Y mientras tanto, la multitud sigue pidiendo con su clamor de angustia, y los corazones se oprimen en la espera angustiosa del milagro... Es la hora en que ocurren las curaciones repentinas... Pero... o no hay bastante fe, o no sabemos entre tanta gente lo que ocurre. Por más que miro con toda la fuerza de mis ojos sólo veo ¡ay! y sólo oigo a unos pobrecitos niños epilépticos y anormales que no paran de alborotar, rompiendo la majestad de las preces con sus sonidos inarticulados... Vuelvo la vista en torno mío y apercibo un mozo como de veinte años que sin recato muestra las lágrimas de sus ojos, y un gesto mudo y elocuente de sus manos alzadas al cielo para pedir al Señor por la madre que en un carrito, al lado suyo, parece moribunda...

Y otra vez me acongoja al ver cómo arrastran hasta aquí, sólo un momento, el instante justo de bendicirla e inclinar la cabeza, a una tísica, ya en las últimas, que la traen a la bendición postrera del Santísimo – ¡por ver si Dios, al fin, hace el milagro!– y se la llevan otra vez, de prisa, con la mirada ya extraviada y en el estertor de la agonía, rezándole sus acompañantes las últimas preces...

De noche, algo curioso es la procesión de las Antorchas, espectacular y profana. En todas partes venden unas candelitas con sus guardabrisas de papel para el caso. Van llegando peregrinos con sus luces a la gran explanada. Desde la terraza del templo los contemplamos y nos parecen como luciérnagas en la oscura noche. Se agitan, levantan las luces y cantan el ave, avemaría... cada uno en un tono, sin entenderse nadie. Es una inmensa cocuyera de cuyo seno parten vociferaciones miles, mientras van formando eses y llenando con sus dibujos la explanada.

No; no inspira veneración esta fantasía espectacular. La Virgen debe aburrirse de esos gritos...

Y en cambio, favorece a los humildes. ¡Al día siguiente hubo milagros! Un niño belga que sanó –dicen– y hoy arrastra su carrito, donde antes le arrastraban a él. Una suiza también se ha curado. Y una tísica del estómago va pregonando muy contenta que Dios la ha puesto bien por intercesión de la Virgen de Lourdes...

Lourdes, Lourdes...! Tierra de la fe; tierra de las agonías y las desesperaciones de los incurables, que buscan a veces la imposible salvación! Tierra de las enfermedades y miserias de todos los países, que vienen a manchar un paisaje bello de la bellísima Francia, ¿quién podría poseer tu secreto?

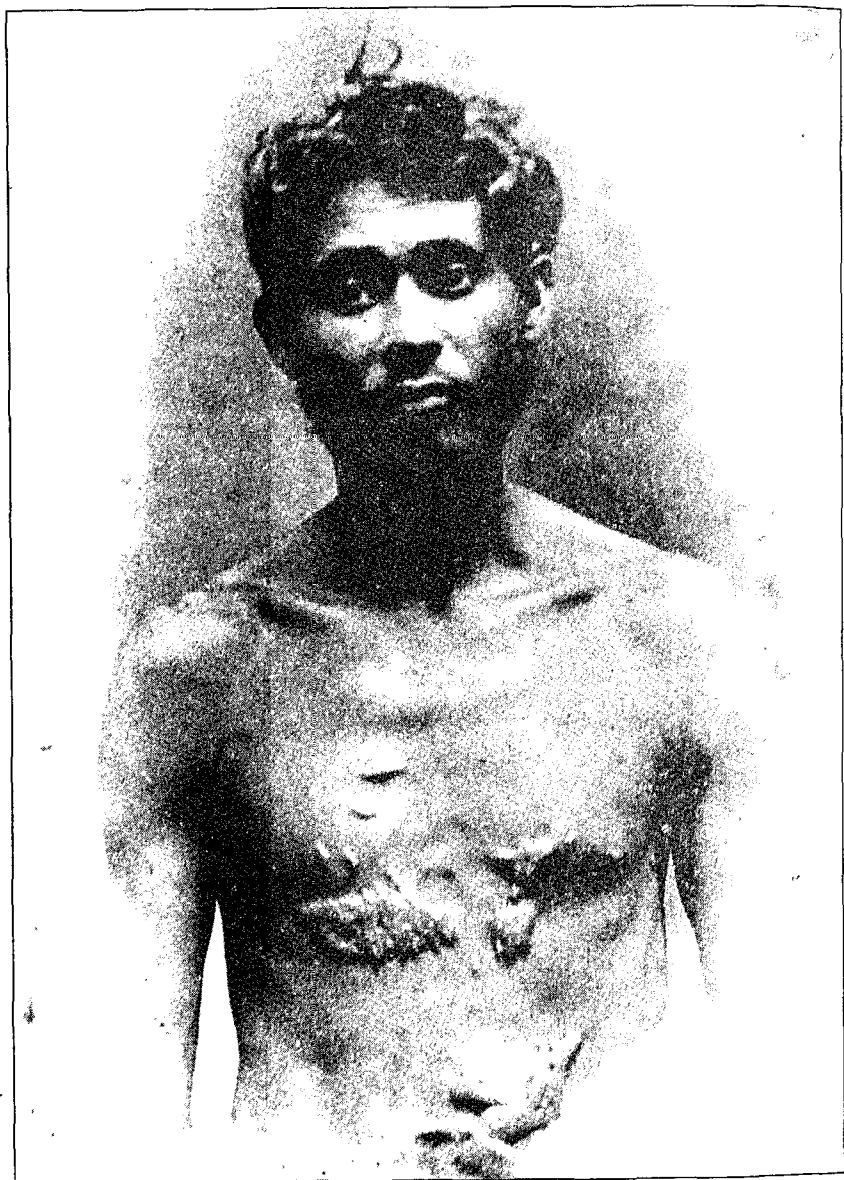
Mi alma se ha estremecido a ratos, como agitada por furioso vendabal. Otras veces, algo como corrientes eléctricas me invadió, entre peregrinos de todas las naciones. Pero... He quedado desconcertada... He aquí el final de mi peregrinación a la tierra del milagro.(\*)

---

(\*) Serie de artículos publicados en nueve entregas en la revista dominicana *La Opinión*: I: 3(136): s. p., 12 sep., 1925; II: 3(138): s. p., 26 sep., 1925; III: 3(139): s. p., 3 oct., 1925; IV: 3(142): s. p., 24 oct., 1925; V: 3(144): s. p., 7 nov., 1925; VI: 3(145): s. p., 17 nov., 1925; VII: 3(146): s. p., 21 nov., 1925; VIII: 3(147): s. p., 28 nov., 1925; IX: 3(148): s. p., 5 dic., 1925.

# TRES PERSONAJES DOMINICANOS





«Esta imagen de Cristo campesino le ha dado la vuelta al mundo». (Fabio Fiallo). Ramón Leocadio Báez (Cayo) nació en 1892 en Guanábano, hoy Cayetano Germosén (Provincia Espaillat), y murió en Bonao el 13 de noviembre de 1982. Fotografía reproducida en *Letras*, 4 (176): s. p., 7 nov., 1920.

## EL HOMBRE DE QUIEN NO SE PODÍA HABLAR: CAYO BÁEZ

No creáis en un ser extraordinario, es decir, que haya pasado por alguna administración saliente con las manos limpias, entre las censuras y las envidias, no. Este de quien no se puede hablar, y sin embargo se habla mucho, es un hombre oscuro por su condición, aunque clara la piel y el alma llena de diafanidades, nacido en el interior de la República Dominicana, e inconsciente de la excelsitud a que es acreedora su hazaña estoica al repetir el gesto de Muscio Scévola. El puede que no sepa leer, ni trazar siquiera las cuatro letras de su nombre, que ya ha corrido muchos papeles de uno y otro continente, envuelto en un grito de solidaridad humana y protesta contra la barbarie disfrazada bajo capa civilizadora.

Ignorante de cuanto puede ignorar un campesino, desconoce por seguro la abominación eterna que la Historia ha dejado caer sobre la actuación de un tribunal llamado la «Santa Inquisición», cuya existencia se remonta a siglos, pero ha aprendido prácticamente, en este siglo de las luces, cómo los soldados de una nación que las monopoliza todas, encendieron, no las capaces de iluminar su entendimiento, sino las que, desprendidas del fuego, abrasaron un intestino humano: el suyo. ¿Su nombre? En mi tierra no se puede pronunciar sino muy bajo. Por publicar su retrato fue preso, multado y expulsado un periodista. Su nombre, su apellido, toda la triste y gloriosa historia, andan, tal cual dijimos antes, en papeles por el mundo. En una revista que se llama «España», nombre simbolizador de todo cuanto sea causa noble y

justa, acabamos de leer un artículo en que de él se trata e irónicamente, de fraternidad humana. ¡Pobre fraternidad humana! ¿Creería en ella acaso el difunto alcalde Cork, a quien la gran Inglaterra dejó morir de hambre por tener el buen alcalde la testarudez sublime de defender un derecho? Sin duda que no, del mismo modo que no debió creer en la libertad, ni en la igualdad, pese a los esfuerzos de la Revolución Francesa por querer imponerlas al orbe. Así como tampoco puede tener fe el pobre campesino dominicano en la civilización, en la virtud cívica, en la fuerza de la verdad (que tanto amaba Washington...) y en otras quisicosillas que le parecerán chirigotas cuando lleve las manos a su vientre y palpe las cicatrices grabadas allí por el crimen de no querer ser ni mentiroso ni delator. Una de dos, según razonaría Pero Grullo: o sus compañeros tenían en efecto armas escondidas, o no las tenían. De todos modos, si Cayo hablaba fuera reprochable su acción, y prefirió callar. La intervención, ¡digo! la Inquisición le condenó. Y él sufrió el tormento estoicamente, porque a pesar de toda su ignorancia es así como ciertas gentes aprecian un gesto cívico y él lo sabía.

Recordad ahora ésto: hubo una vez un hombre, un maestro de escuela algo pedantón y revolucionario, que tomó parte activa en una revuelta, la cual tuvo como «inofensivo» fin quemar conventos e iglesias, destruir obras de arte y achicharrar de paso algún frailote. Todas las naciones, en un caso por el estilo, cogen al agitador, me lo fusilan como primera providencia, y no dan cuenta luego a los demás, sino que es por su seguridad personal o nacional. Francia está cansada de ejecutar traidores y revolucionarios, sin mayores consecuencias: los Estados Unidos de igual modo electrocutan tranquilamente al que pone las bombas. Pero esto lo hace España —¡qué atrevimiento!— y se arma una bulla de cincuenta mil pares de demonios. La inocente Albión protesta, la dulce Germania chilla, la culta Rusia imperial lleva a cabo más de una manifestación, y Bélgica levanta una estatua al mártir Ferrer... (que nada tenía de mártir y sí mucho de mendaz...)

Veamos ahora en qué país del mundo se efectúan mítines y manifestaciones contra el martirio repetido de campesinos dominicanos, a quienes se tortura para obligarles a ser delatores o embusteros. Escuchemos para oír la primera voz protestativa ante los tormentos del fuego, del hambre y del agua, resucitados a través de los siglos por los que van a la cabeza de la civilización.

Y que se apresuren si quieren honrar en vida a este nuevo hijo del Lacio: Cayo Báez... ¡El pobre campesino, con nombre de los romanos antiguos, llevó en efecto a cabo una hazaña digna de los tiempos en que sobre la tierra florecieron los Gracos, los Brutus y los Scévolas, y es merecedor de un monumento en piedra que perpetúe para *in aeternum* su nombre, su martirio, y el baldón de sus verdugos. (\*)

(*Listín Diario*, 37 (10,952): 2, 6 sep., 1925).

---

(\*) Artículo publicado originalmente durante la Ocupación Norteamericana en *El Imparcial* (Puerto Rico) y en el libro *Por entre frivolidades* (1922), bajo el título de «El hombre de quien no se puede hablar». (*Nota de E.*).



**Amelia Francisca Marchena de Leyba (Amelia Francasci)**  
(S. D., 4 octubre 1850 - S. D., 27 febrero 1941).

## AMELIA FRANCASI

Cuando leí, interesándome mucho su lectura, «Monseñor de Meriño íntimo», un libro nacional bien escrito, por una pluma conocida ya de antiguo, — obra consagrada a enaltecer una memoria que ya a la gloria pertenece, causóme extrañeza los escasos comentarios inspirados a nuestros escritores y críticos. ¡Se alaban tantas insulseces! ¡A tanto escritorzuelo ignaro o necio lo remontan a las nubes, sólo por compromiso, sólo por gratitud a una dedicatoria kilométrica!

Acostumbrada a la desorientación de la pseudo crítica, investigué y hallé: la romántica escritora de ayer no conoce las triquiñuelas de hoy, y no prodiga las dedicatorias. Tal es el quid de esta cuestión de silencio.

Únicamente una persona como don Fed. Henríquez pudo tomarse el trabajo de remitirlo a la consideración de críticos extranjeros que lo hayan estudiado y apreciado sus valores positivos y negativos. Luego supe que el mismo don Federico se encargó de hacerle imprimir dicho libro a su amiga. Algo digno del maestro.

La juventud iconoclasta y perezosa, de la cual aun no conocemos las grandes obras, pero que vemos alzarse escribiendo disparates que nos quieren hacer pasar como licencias poéticas o como escuela o modalidad nueva (¡cuando los sofismas y el disparatar son tan antiguos!) no fijan por nada su atención en lo viejo, aunque tenga su valor, y tan solo porque es viejo no les interesa. El whiskey moderno les hace perder el sabor de los añejos vinos.

– ¿Amelia Francasci? Psh... Una antigua escritora, romántica, chiflada... – Es todo cuanto dicen de ella. Yo quería saber algo más y tuve curiosidad por visitarla.

Un día ella hizo llegar a mis manos delicado presente en forma de sus libros y sus flores atadas sobre ellos con una cinta violeta. Aquella tarde fui a verla.

Amelia Francasci (pseudónimo de doña Amelia Marchena viuda Leyba), vive una vida especial, muy siglo XVIII, sin visitar a casi nadie, sin que la gente sepa de su vida, en un rincón de nuestra vieja ciudad, en la plazoleta que hay tras la venerable Catedral y junto al legendario «Arquillo». Vive en el pasado romántico y ensoñador que ama.

Es una dama afable, bondadosa, cuya alma inteligente aun se asoma con melancólica coquetería a sus ojillos grises a azulados. Gusta de la soledad y la penumbra. Ha vestido siempre de blanco, con una alba capita muy peculiar, muy suya, siempre sobre los hombros.

Nos recibe simpática y acogedora, como si nos conociéramos de viejo, en la intimidad de una salita en la que hay varios muebles antiguos, almohadas y almohadones, una silla de extensión, un sofá. Hay flores por todas partes en la habitación y difunden un olor penetrante que nos parece llega más al espíritu que a los sentidos, al modo de esas flores secas con que tropezamos en los libros.

A media luz, en la salita, yo pregunto, miro y oigo con toda atención, inquisitiva.

– ¿No ha sido usted feliz, doña Amelia?

– ¿Feliz? No, hija, al contrario. Si usted supiera... Yo he sufrido mucho en la vida.

– Pero ha logrado usted vivir a su modo, en sus recuerdos, en su soledad, fuera de este siglo que no le place... – objeto yo examinando con la mirada el retrato de su esposo, adornado con flores; los retratos de sus otros muertos queridos también con su florida ofrenda, entre ellos el de Monseñor Meriño.

– No crea es por gusto que he vivido tan retraída; es por el orgullo de mi pobreza... – dice con su vocecita trabajosa, como de persona

que casi ha perdido la costumbre de mover las mandíbulas para hablar y llega a manejarlas con dificultad.

¿Pobreza? ¿Cómo era posible? No podía figurarme que la noble dama de la alba capita y el vestido blanco, de los sueños exagerados y románticos; que ha sido amiga tan fiel de Pierre Loti y del Padre Meriño; la escritora que tantos libros ha aportado a nuestra pobre Biblioteca Nacional, viera correr sus últimos años en estrecheces prosaicas. Cuesta trabajo imaginarse a la autora de «Francisca Martinoff» barriendo, pero es así. Unos Gobiernos le han dado una pensión, otros se la han quitado. Fuerza es pensar que el Gobierno de don Horacio Vásquez, el ilustre prócer para el que ella recogiera simpatías en un tiempo, según nos cuenta en sus libros, enmiende este error, contando con la simpatía de toda esta República abundante en literatos productores de menos literatura que doña Amelia – sea o no pasada de moda.

La bondadosa señora me hizo el honor que aprecio en mucho, de mostrarme en aquella visita, respetuosamente, como los recuerdos de un santo en su relicario, un cofrecito de caoba en donde guarda las cartas de Monseñor de Meriño, que tomo en mis manos con unción y leo. Están copiadas fielmente en su libro último. Son originales de letra clara y firme, tal lo fuera el espíritu luminoso que guió la mano diestra de aquel mitrado. Hablar de las afecciones comunes y los mismos ideales y devociones; entretenerse en literatura; ejercer la sugestión del espíritu robusto sobre el más débil que se cree moribundo a fin de que cure y deje a un lado sus románticas, enfermizas aprensiones, sobre esos materiales construyóse la amistad sincera y pura que ha dado lugar, con sus epístolas de unión a ese libro titulado «Monseñor de Meriño íntimo» con que Amelia Francasci hace perdurables su cariño y su respeto al que murió para el mundo pero vive aún en la memoria de sus agradecidos.

## II

La autora ya había escrito otras obras anteriores a esa. «Francisca Martinoff» y «Madre Culpable» – dos novelas consideradas «de clave», como todas las que se escriben en nuestro medio, en eso no muy capitolino. Campea en ellas extremado sentimentalismo, algo falso, no sólo por la afección del lenguaje usado por los personajes (cosa que aun gusta y emplean nuestros escritores, enemigos del realismo que me place) sino por la «catástrofe» precisa y necesaria en que fatalmente todo ha de acabar mal. Por eso me gustan más sus «Recuerdos e impresiones» y las historietas de «Cierzo en Primavera», un poco menos afectadas, un algo más realistas, porque la escritora nos cuenta algo vivido y visto, aunque siempre a través de su temperamento y estilo tan propios.

«Monseñor de Meriño íntimo» es superior, gracias a la luminosidad de la principal figura, al sentimiento sincero con que se trata toda la evocación, y a la mayor sencillez con que ello hace correr la pluma. En su libro explica y analiza admirablemente la autora su estado psicológico en cierta época, y hasta su caso patológico. Enferma del cuerpo menos que del espíritu, con esas aprensiones de los que sueñan únicamente cosas altas, irreales, frutos de la exaltada fantasía y a cada paso tropiezan con la realidad que es muy diferente, víctima de la vida y de los nervios – al modo de tantas otras de nosotras, débiles mujeres – la autora deseó la muerte y llegó hasta a pensar en el suicidio. Y la mano bondadosa de familiar condujo a su casa providencialmente la figura egregia de Monseñor. Ella vino en confesarse, y es natural que la palabra elocuente de aquel varón famoso pudo convencerla, fascinarla, sugestionarla inclusive con el fin de apartarla de sus tétricas ideas, y lo consiguió.

Una correspondencia surge ahora de aquella amistad del pasado. 59 cartas en las que todo resplandece puro, afectuoso, pleno de caridad y de nobleza. No es el espíritu ascético de San Jerónimo dictando sus Cartas a Laela sobre la educación de las jóvenes; es

nuestro Monseñor de Meriño muy humano y muy bueno el que aparece escribiendo epístolas a una amiga. La figura del Padre Meriño se alza sobre las otras con proporciones de montaña. Es una cumbre el ara que al apóstol evangélico le han consagrado la devoción y el reconocimiento de una mujer. Y esa dama, – mejor conocedora de la literatura francesa que de la española, que escribe aun elegantemente el castellano, y ha enlazado con episodios interesantes de su pluma tales cartas, sin galas de palabras ni pompa erudita, también debe merecer la devoción y respeto de los escritores jóvenes por lo que aporta a la biografía del gran orador y lo que ella misma representa en las no harto ricas letras dominicanas.

Pedir para ese libro que nos ha conmovido e interesado un aplauso merecidísimo y para la autora una pensión modesta no será pretensión excesiva.

Es continuar la obra que ella ha hecho: el enaltecimiento de nuestras figuras nacionales, cada una en sus necesarias proporciones.

(*Blanco y Negro*, 7 (357): s. p., 25 dic., 1926).



María Adriana Engracia Billini  
(Santo Domingo, 11 marzo 1863 - La Habana, 20 enero 1946).

ADRIANA BILLINI  
ARTISTA DOMINICANA

Recientemente apareció en cierto diario un suelto sugiriendo al Gobierno Dominicano la adquisición de algunas obras de Adriana Billini para enriquecer con ellas la Mansión Presidencial. Particularmente, nosotros nos hemos adelantado en reconocer el mérito y la bondad de la autora, y en cuanto supimos de su llegada al país nos apresuramos a entablar amistad con ella para obtener esta promesa: cuando sea un hecho el Museo Nacional –siempre será en futuro, por desidia–, no faltarán en él varios cuadros al óleo de la ilustre artista.

Escépticos que nunca faltan para desanimarnos con el chorro frío de su desánimo algún día nos dijeron:

–¿Qué sueña la «Dama del Museo»? ¿Acaso hay suficientes artistas dominicanos para formar una verdadera colección de arte?

Y nosotros, en contestación, en esta campaña por el arte y la historia patria que significa la fundación del Museo, –campaña en la cual puede decirse luchamos solos, pues los que pueden no quieren apresurarse, y cuantos quieren... no quieren sino ponerse en frente, en lugar de luchar en bloque por el triunfo...; nosotros, sin estar investidos de ninguna representación oficial, nos hemos atrevido a solicitar la ayuda de varios poseedores de objetos indígenas, de varios artistas, y, buscando nombres hemos hallado estos dos, los cuales, por ser de mujeres, hemos procurado poner en contacto: Adriana Billini, la laureada pintura de origen dominicano y escuela cubana, y Celeste Woss y Ricart –joven pintora criolla de gusto modernista. Y esos entre

otros muchísimos que otras veces hemos citado, de paisajistas y retratistas dominicanos.

Una tarde suave y azul nos hemos reunido las tres en el taller de Celeste –un oasis de arte en el ambiente frívolo capitalaño–. Mientras Celeste nos enseñaba sus telas que duermen el sueño del olvido en viejas arquetas y rincones de su estudio, la ilustre visitante que le llevamos, hacíase intérprete de nuestros sentimientos rogándola nos diese un «Salón de Arte», una exposición de sus obras en cualquiera de nuestros casinos. Y la escritora observaba a las dos.

Adriana Billini es una dama de espíritu exquisito, cuya cabeza comienza a encanecer y cuyo talento compite con su benevolencia franciscana. Todo en ella trasciende a bondad, y como el Jesús Nazareno de la parábola de Tolstoy sabe ver en todos los seres y cosas de la creación el lado bello; –hasta en el perro asqueroso y moribundo encontrará algo apreciable: el colorido, la blancura de los dientes. Virtud e inteligencia que le vienen de abolengo, pues es sobrina y pariente cercana del Padre Billini, nuestro único filántropo; del ilustre Francisco Gregorio Billini, aquel varón de alma blanca y pura que bajó del poder «alta y serena la frente, limpias y sin mancha las manos del oro corruptor del peculado»; y de aquella maestra meritoria que se llamó doña Nicosala Billini, directora del Colegio «El Dominicano».

Ha venido a la tierra suya, de su familia y de su estirpe, –tierra casi desconocida para ella–, tras muchísimos años pasados en el más benévolo hacia los artistas, suelo cubano, en donde dirige una academia de pintura. Sus pinturas al óleo se hallan a la vista del público en el pabellón cubano de nuestra Exposición, pues la artista vino al país con la misión cubana. Tres obras recordamos con su firma: una es «Idilio Estival», magnífica de color dentro de la más severa técnica académica. Representa un pescador en su barca recostada sobre la arena de la playa y que ve venir hacia él una aparición luminosa, una figura de mujer. Todo el cuadro respira claridad veraniega sobre todo en el paisaje marino y la figura de mujer es de una gran idealidad. Otra bellísima obra suya es «Cocinera cubana», copiada sin duda por

completo del natural, y en la cual se destaca, con medio cuerpo sobre la mesa, una negra de reluciente piel, con un brillo tan real que a cualquiera desanima por su dificultad para hacer una imitación. Nos muestra, vaciándola sobre la mesa, la repleta cesta que trae de la compra: verduras, un pescado, frutos. Y admira uno, junto a la difícil interpretación de la figura principal la no menos importante en la parte que podríamos llamar «de bodegón»: los productos tropicales en abundante lozanía.

De factura muy diversa es el cuadro –muy amado de su alma– representando a su madre, y prometido ya por la ilustre artista en herencia al Museo Nacional dominicano. Es de esas obras de las cuales el artista se enamora; de las obras más suyas por ser hechas con mayor cariño, fieles intérpretes los pinceles del amoroso pensamiento: «Mi madre». Las manos entretenidas un día en peinar ajenas canas amadísimas, hoy se deleitan trazándolas, entretejiéndolas con el pincel sobre el lienzo alrededor del rostro tan querido, surcado ya por las arrugas.

No recordamos otras obras: sabemos sólo de la belleza en el colorido general, la perfección de la técnica –un poco violada hoy por los pintores modernistas, pero en ella siempre correcta, clásica. Lo cual nos hace considerar a la autora entre los ases de nuestra pintura, junto a Abelardo, a Sisito Desangles. (Quizás la que es hoy gran pintora dominico-cubana, de haber permanecido en el frívolo ambiente nativo, hubiera tenido que evolucionar de retratista a fotógrafo, en la lucha por la vida, como hicieran esos artistas del lente, meritísimos amigos y luchadores que son Palau y Senior.)

Dios ha querido que a la manera de Sisito pudiera triunfar en tierra extraña. Los cuadros de Adriana Billini están en el extranjero donde se formó, y al extranjero volverán los ahora expuestos en la Exposición Nacional. Ojalá el Estado dominicano, consciente por una vez de cuanto significa el Arte, se preocupe de adquirirlos, y así como es fácil admirarlos en mansiones particulares e iglesias cubanas –tal el de su «Virgen de la Altagracia», célebre por la interpretación

original— puedan verlos sus compatriotas de hoy y mañana en el Museo Nacional.

¿Que hay muchas otras cosas «más necesarias» en qué emplear el dinero nacional? Eterna queja del hipócrita utilitarismo, ya condenado por el ilustre autor de «Ariel» el exquisito Rodó cuando censura la queja de Judas viendo el «despilfarro» del vaso de nardo derramado «inútilmente» sobre la cabeza de Jesús. «La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios». Gastar dinero en arte es superfluo; pero esos pseudo-utilitaristas lo emplearían muy bien en bailes y parrandas, sean o no nacionales.

Si es verdadero progreso el nuestro, deben protegerse las artes, las letras, las revistas artísticas criollas. De lo contrario troquemos por el de Fenicia antillana nuestro antiguo honroso título de «Atenas del Nuevo Mundo».

(Revista *Blanco y Negro*, 8(375): s. p., 4 jun., 1927).

# BLANCO y NEGRO

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Director-Propietario.—Francisco A. Palau.

Año VIII Santo Domingo, R.D. Septiembre 3 de 1927 No 388

## De Adriana Billini a Abigail Mejía

Muy querida amiga:

He leído y releído tu bella novela «Buena Pillarín», como también he tenido el gusto de leer el interesante artículo con que me has honrado en la prestigiosa revista Blanco y Negro, siendo tantas y tantas las impresiones que me producen, que no sé cómo agradecerle ni cómo expresártelas por medio de mi palabra indocta.

Muy agradecida por el artículo con el que me honras; mucho también por el obsequio del ejemplar de tu novela enriquecido con el autógrafo que la exorna. ¡Qué bien escrita, como demuestras tu conocimiento de la psicología femenina, y qué reales son sus escenas! Te diré con el estilo de quien solo sabe y malamente de embarrar cuadros, que parecen copias del natural: esos personajes viven. ¡Son tan vigorosas tus narraciones! Pero hay también el gracejo que tienen muchas de ellas, su estilo festivo y galano, absorbe tanto la atención que no se la puede dejar antes de terminarla. Todo este conjunto bello, recomiendan a su autora.

Leyendo, cada uno de los personajes nos parece recordar a personas que tratamos a diario. Ese marqués, su hijo Pancho, fruto de una vida ga ante, licenciosa; doña Rosario, de inteligencia estrecha y ancho corazón; esa Mariña, prototipo de la «viduora», como llamamos por aquí a esos tipos ególicas, parásitos sociales, que se alimentan—¡las ociosas!—como re-

gido banquete de las discordias que engendran sus cuentos y enredos. Muy pintados Dargot y el capitán. ¡Qué viva la escena de sus amores! Atractivos los cuadros en que colocas a la protagonista: la haces querer; el desenlace interesante y espiritual me ha dejado una grata impresión de tu Pillarín. Te felicito calurosamente.

Perdona estas disparatadas apreciaciones de tu bella novela, pero me nacen del alma y quiero expresártelas ingenuamente.

Otra cosa: deseo expresar mi gratitud al señor Director de Blanco y Negro por haber publicado en su prestigiosa revista el artículo que me dedicaste.

También te encargo otra comisión, pues sé que tendrás gusto en realizarla: He sabido, aunque extraoficialmente, que han sido honrados con Medalla de Oro, los cuadros que expusimos en la Exposición de Santiago de los Caballeros, y en mi nombre, y en el de los demás compañeros te pido les expreses nuestro más efusivo reconocimiento. Empero me des el nombre de los miembros del Jurado para escribirles.

Envío un especial saludo a tu simpática mamá, la preferida de mi inolvidable tía Nicolasa Billini. También a la Celeste, pintora, mi amiga y compañera.

Con un cariñoso abrazo cierra esta tu amiga y admiradora:

Adriana Billini



PLAN ACERCA DE LA  
FUNDACIÓN DE UN  
MUSEO NACIONAL  
DOMINICANO

1900  
1901  
1902  
1903  
1904  
1905  
1906  
1907  
1908  
1909  
1910  
1911  
1912  
1913  
1914  
1915  
1916  
1917  
1918  
1919  
1920  
1921  
1922  
1923  
1924  
1925  
1926  
1927  
1928  
1929  
1930  
1931  
1932  
1933  
1934  
1935  
1936  
1937  
1938  
1939  
1940  
1941  
1942  
1943  
1944  
1945  
1946  
1947  
1948  
1949  
1950  
1951  
1952  
1953  
1954  
1955  
1956  
1957  
1958  
1959  
1960  
1961  
1962  
1963  
1964  
1965  
1966  
1967  
1968  
1969  
1970  
1971  
1972  
1973  
1974  
1975  
1976  
1977  
1978  
1979  
1980  
1981  
1982  
1983  
1984  
1985  
1986  
1987  
1988  
1989  
1990  
1991  
1992  
1993  
1994  
1995  
1996  
1997  
1998  
1999  
2000  
2001  
2002  
2003  
2004  
2005  
2006  
2007  
2008  
2009  
2010  
2011  
2012  
2013  
2014  
2015  
2016  
2017  
2018  
2019  
2020  
2021  
2022  
2023  
2024  
2025

## PLAN ACERCA DE LA FUNDACIÓN DE UN MUSEO NACIONAL EN SANTO DOMINGO

### DE LA NECESIDAD DE UN MUSEO NACIONAL

En todos los países del mundo existe un saludable y amoroso afán de conservar cuanto represente para ellos una reliquia histórica, un recuerdo de los tiempos que fueron. Todo tiende a este fin, y se crean Juntas, se forman Museos, se declaran Monumentos nacionales las viejas piedras históricas. Es la memoria de los vivos en forma de respeto hacia los muertos...

Cuando llega un extranjero a nuestras playas, grande es nuestro orgullo al poder decirle:

—He aquí los restos del Primer Almirante Don Cristóbal Colón; ved nuestra hermosa Catedral; más allá las ruinas del palacio de don Diego...

Pero nuestro orgullo fácilmente se convierte en pudor patriótico si recordamos que las lagartijas se pasean impunemente por entre la maleza que rodea a aquellas ruinas ilustres; si pensamos en lo difícil que es mostrar a nadie recuerdos del tiempo de los indios, anterior a la conquista; que de las piedras de San Nicolás se ha hecho demolición y exportación; que la pobre y nobilísima Ceiba donde según la tradición, amarró el Descubridor sus carabelas, se está muriendo después de haber vivido tantos siglos.

Tinajas, ídolos, vasos de barro, cráneos... nuestro patrimonio histórico de los aborígenes anda repartido por ahí, en manos de particulares que a veces lo cuidan como se merece, otras no hallan cosa

mejor que hacer con ello sino regalarlo a un extranjero, para que vaya a enriquecer los museos de fuera, tan sobrados de todo... Y en cambio en nuestra propia tierra no tenemos ni uno solo...

En la época aciaga de la Intervención Yanki, se vio a nuestros conquistadores y sus *mises* recorrer ávidamente cuantos rincones guardaran algo notable, digno de admiración y digno de llevarse de paso como botín a su país de mercaderes... Guías ¡ay! de nuestra misma sangre les condujeron a las cuevas donde hubieran dejado de su existencia, de sus artes, los contemporáneos del gran Caonabo, de la inteligente Anacaona, los que cantaban con sus pobres instrumentos «areítos»; los que en la tosca tierra, de su barro, —al modo que los egipcios en sus huertos y jardines— se forjaban dioses, que alguno queda y no recibe nuestros respetos en un Museo porque no le hay. Ni nos cuidamos de tenerlo...

¿Para qué?...

Así habla la desidia tropical...

#### EL PATRIOTISMO QUE HA DE PROVEER ES EL DEL ESTADO.

Hay entre nosotros innumerables ciudadanos beneméritos que sin duda se resienten de semejante abandono; que lamentan no poseer en la patria adorada muchas cosas que abundan en el extranjero. Ellos quisieran poder consagrar su vida y sus afanes a obra tan digna de Quisqueya. Pero...

Desde los tiempos de Cervantes, que murió casi en la miseria; desde más atrás aún, cuando el filósofo Diógenes habitaba una tinaja, (quizás en un rasgo de humorismo, quizás para disimular su pobreza de verdadero intelectual...) siempre esta clase de los sabios y los hombres de letras fue escasa de recursos. Los ciudadanos intelectuales y beneméritos no pueden con sus propios recursos impedir el éxodo de nuestros recuerdos arqueológicos, ni pagarse el lujo de abandonar la busca de su duro pan de cada día al objeto de consagrar graciosamente

el correr de todas sus horas a la busca y captura de los objetos históricos; a impedir que manos profanas los rapten o destruyan; ni a poner en práctica el bello ideal de formar con cuanto cae en sus manos, con ayuda del bolsillo, un Museo que regalar a su Patria.

Por esto el patriotismo más rico, el que puede cuidarse de esto, es el patriotismo del Estado.

¡Cuántos sueldos se sostienen y se pagan por rutina, por conservar algunas veces lo existente, y cuántas pensiones se otorgan acerca de las cuales gobernantes y legisladores viven íntimamente convencidos de su inutilidad!... Sin embargo, algo de tanta necesidad como la inmediata fundación por el Estado de un Museo Nacional, se nos antoja tan lejano tan poco factible o importante que nadie se ha ocupado de pedirlo apremiantemente con voces clamorosas y patrióticas hasta que nos hagan caso. Sí, hubo loables tentativas, rumores aislados que lo han mentado como un ideal inaccesible, de cuya inmaterialidad andan en el fondo convencidos.

Fuerza es confesarlo: *Solo el Estado es el más capaz, el menos pobre*, no digamos el más rico, y el más poderoso, con las disposiciones ejecutivas a su alcance —para crear un cargo y formar una Institución.

Es un caso de conciencia ciudadana, una deuda del patriotismo es la falta de un museo, y la institución que hay que fundar enseguida poniendo cuanto antes los primeros materiales es el *Museo Nacional Dominicano*. Es una deuda que mantiene en pie nuestra república con respecto a nuestros antepasados de la Prehistoria; con los recuerdos de la Conquista y la Colonización que van quedando; con los mismos padres de la Patria —cuyos objetos, de su uso personal y de su tiempo, permanecen en manos de particulares, sin que la Nación agradecida, los recoja y exponga a la veneración pública en esos archivos del pasado que se llaman Museos.

Pero eso sí: lágrimas de cocodrilo corren abundantes cada vez que se sabe de algún valor artístico o histórico que se va para el extranjero; de algo que se derrumba o que se destruye por un necio afán equivocado de progreso demoledor...

## LOS MUSEOS EUROPEOS

Con el paso respetuoso, de puntillas, el alma puesta en la mirada ávida al recorrer lo que fue... hemos visitado y estudiado muchas colecciones de esta clase en tierras del Viejo Mundo. No queremos hacernos pasar por los únicos que tal hicieran puesto que los Museos son de lo primero que –muchas veces indiferente– el forastero visita en las grandes ciudades y en todo sitio nuevo para él.

Nosotros, siempre el pensamiento puesto en nuestra tierra, hemos visitado al par que las grandes pinacotecas del mundo, las colecciones humildes, las de pueblos y ciudades pequeñas, las de capitales no tan importantes, las que podemos imitar en nuestro Santo Domingo. Y si nos deslumbramos en el mejor de Madrid, el magnífico Prado donde hay Velázquez como en ninguna parte del mundo, si vimos durante el tiempo que siguió a nuestra dichosa época estudiantil, en las vacaciones pasadas en París, un Louvre que han llenado de maravillas Francisco I, y Luis XIV, y el buen Roland, y el rapaz aunque glorioso Napoleón –aquel águila tan ambiciosa de terrenos como de tesoros artísticos para su patria, en cuyo honor desposeyó tantos palacios y museos, también pusimos especial atención en los museos pequeños; museos de fácil imitación si queremos tener uno entre nosotros.

(*Blanco y Negro*, 7 (321): s. p., 27 mar., 1926).

[Incompleto en el original...] (\*) tinajas, ídolos, cráneos, fósiles, etc. Que se les pida en nombre de la gran obra patriótica del Museo, y si esto no basta, que se les pida en nombre del dinero, con cargo a un pequeño fondo que el Estado destine a este capítulo de gastos y adquisiciones.

---

(\*) En la hemeroteca del Archivo General de la Nación aparece este artículo sin la primera parte. Infructuosamente tratamos de completarlo en otras bibliotecas, pero debido a su importancia hemos decidido publicarlo, aunque incompleto. (*Nota de E.*)

La colección de objetos y utensilios empleados por los primitivos habitantes de la Isla, que formó el señor Ramón A. Imbert, hoy está según creemos, en poder del Ayuntamiento de Santiago, que quizás lo ceda para un destino más amplio y nacional. También la familia Llenas de la misma ciudad de los Caballeros guardaba un cráneo fósil de gran tamaño que debe ser cosa notable. Además serán fuentes interesantes para la busca, excavaciones y registros, las montañas del Bahoruco, donde se refugiaron los últimos restos de la raza india; el circo de Anacaona, San Juan de la Maguana, la orilla izquierda del Ozama, allí donde se fijaron los cimientos de la Isabela. Algo se podría traer de las lejanas «Caritas», junto al lago Enriquillo, que se dice son piedras talladas por los aborígenes, y de muchas cuevas como las de Santa Ana, San Lorenzo de Samaná y otras.

*Segundo.*—Sala de Colonización. Aquí pondremos, antes que las haga desaparecer el afán desatinado de progreso, —algunos arcos, puertas, ajimeces, que se ven aún en casas particulares, de la época colonial; trozos de columnas y lo que reste del expoliado y repartido San Nicolás y otras iglesias; azulejos que en alguna mansión antiquísima hemos visto; restos arquitectónicos, curiosidades arqueológicas probablemente nada difíciles de hallar en recorriendo nuestra misma vieja ciudad de los Colores, así como algunas pinturas de las que almacenan la Catedral y nuestras iglesias.

En fin, no será esta obra completa sin una disposición del Congreso Nacional que prohibiera seguidamente toda salida de objetos históricos del país, toda demolición futura de ruinas.

*Tercero.*—La Sala del Recuerdo, o de los Padres de la Patria.

Se adornaría con los auténticos retratos, en primer lugar, de todos nuestros próceres. Acudiríase a las familias que, como la del mártir Francisco del Rosario Sánchez, conservan óleos debidos a pintores también dominicanos, tal Desangles, que hizo el retrato del héroe y de su señora. La sortija que dio Juan Pablo Duarte a su novia; los objetos que resten de su uso venerando; cartas de Luperón, cuanto

fue de él o de Mella, se luciría en vitrinas apropiadas para la veneración de los visitantes.

Luego, he aquí el arte moderno. El perito director, colector o encargado de crear nuestro Museo, por medio de instancias, apelaciones repetidas al patriotismo y generosidad de los artistas dominicanos, figurémonos que recogerá por donación de sus autores y poseedores actuales muchas obras de artistas nacionales que andaban por ahí desperdigadas. Y, si no por donación —lo cual siempre se haría constar cuando así lo fuera, en unas plaquitas colocadas al pie de las adquisiciones— se obtendrían por compra, con los fondos a esto destinados.

Arturo Grullón, Adriana Billini, —hoy profesora en la Escuela de Bellas Artes de la Habana; Julio Pou, L. Navarro, el conocido Luis Desangles —Sisito—, celebrado Director de una Academia de Pintura de Santiago de Cuba; Carlos F. Ramírez, Eliseo Roques, M. M. Sanabria, Ramón Mella, Pedro Escoboza, Lucila Pereyra, Domingo Villalba, Senior, Celeste Woss y Ricart, Esperanza Dujarric, y más que todos, el genial Abelardo, autor de los *Extraviados*; unos y otros, originales y copistas, con sus obras aquí mostrarían el esfuerzo artístico de Quisqueya en la Pintura.

Y en la escultura: Angelito Perdomo, Francisco González Lamarche; Abelardo también con su estatua al Padre de la Patria y su *Caonabo*; y tantos otros talentos cuyas obras andan ocultas, también serían, si bien modesto exponente, al mismo tiempo alentador estímulo para los artistas que surgirán mañana.

Unos los cederían graciosamente; en otros se apelaría a su generosidad, y es de creer que los menos serían los que negasen o pusieran precio exorbitante a la honra de contribuir al Museo Nacional. Y ya nos parece ver en él figurando los bustos y cabezas de estudios de Angel Perdomo; el desgraciado «Uno de tantos», de Rodríguez Urdaneta mostrando al aire su pobrecita carne de cañón ya herida, y ciertos mármoles y yesos de todos conocidos unos, y otros desconocidos de la multitud que ahora les admirará.

Faltaría completar el Museo con una pequeña colección de Historia Natural, en vidriera aparte disecados los ejemplares de la fauna indígena que la mano práctica de alguno de nuestros galenos enseñaría a conservar. Raros animales al modo de las iguanas, curía, búcaro, la bellísima garza real, el flamenco, algún caimán procedente del lago Enriquillo, hicoteas de tamaño notable, los pájaros raros o hermosos de nuestros bosques enseñarían a los chicos, a los grandes que no han recorrido nuestras selvas, y a los extranjeros que por aquí transitan, cómo es nuestra fauna. De algunos de estos se podría quizás alimentar y criar ejemplares vivos en un jardincito anexo, chiquitín parque zoológico en formación. Igualmente, plantas del suelo quisqueyano se podrían cultivar.

Y por último, con la biblioteca de todos los autores dominicanos que hasta el presente escribieron, completaría la obra.

Todo eso abarcaría el Museo en su existencia que suponemos será larga. «*Principio quieren las cosas*» –según reza un castizo refrán y así, a grandes gritos, principio reclama nuestro Museo.

Nada es imposible de cuanto hemos planeado hasta aquí. Una voluntad poderosa que lo impulse, que entregue el edificio, que nombre Director competente, y vote para todo esto una pequeña suma es cuanto hace falta.

En repetidas ocasiones probó el Gobierno actual sus patrióticas inspiraciones, sus tendencias nuevas; que su propósito es el fomento de cuanto redunde en beneficio solo de la República. He aquí una obra que no pide grandes recursos; pequeña por ésto y sin embargo enorme por su significado patriótico, cultural y trascendente. Obra digna de la alta consideración y hondo amor patrio del señor Presidente de la República y del Congreso Nacional.

(*Blanco y Negro*, 7(323): s. p., 10 abr., 1926).

## DE LA NECESIDAD DE UN MUSEO EN NUESTRA PATRIA

Patrióticamente, mi pluma infatigable se propone ver si a fuerza de sus caminitos tesoneros sobre las blancas cuartillas logra al fin la otra ruta cierta que hasta la realidad de nuestro Museo nos guiará. Y, por si acaso ella cejara en el empeño, de cuando en cuando una voz de aliento llega de diferentes sitios, buscando la voluntad que la mueve, para animarle a seguir esta campaña.

«Con creciente interés – escribeme un culto abogado de San Pedro de Macorís – sigo el movimiento de sus ideas acerca del proyecto de Museo Nacional. He leído con mucho entusiasmo el último artículo, y por los conceptos emitidos en él, la declaro que es así como se hace patria; es así como se elabora, lenta y reflexivamente, el porvenir de una nación.» Y más adelante: «Todo aquel que tenga cabal concepto de lo que es el alma de una nacionalidad tendrá que alabar y admirar sus proyectos bellos y saludables.»

Esta y otras adhesiones que recibo me prueban dos cosas:

1<sup>o</sup> Que el MUSEO NACIONAL es una NECESIDAD NACIONAL algo deseado por el país entero.

2<sup>o</sup> Que si hasta el presente no se hizo realidad este ideal –en un país tan idealista–, debió ser por falta de gentes verdaderamente entusiastas que lo pidieran, y que indicaran con voces clamorosas y tenaces, su necesidad.

Cuando llega un extranjero a nuestras playas –decíamos en nuestro plan–, grande es nuestro orgullo al poder mostrarle las

*iglesias y ruinas que aún van quedando en pie. Mas la satisfacción fácilmente se convierte en pudor patriótico si recordamos las lagartijas que se pasean impunemente entre la maleza y la soledad casi inaccesible que rodea el alcázar de los Colones, si pensamos en lo difícil que sería enseñar a nadie los recuerdos, desparramados por ahí, del tiempo de los indios, que de las piedras de San Nicolás se hizo demolición y exportación... Que la pobre y nobilísima ceiba histórica no la hemos regalado al extranjero porque no hemos podido, pero que por lo pronto ya la hemos convertido en una ceiba de cemento armado... Y por si todo ello no mostrara claramente el respeto que profesamos al pretérito, por ahí anda repartido nuestro patrimonio histórico, en manos unas veces cultas, como las del doctor Alberti –mercedor de una protección oficial para sus excavaciones y exploraciones arqueológicas–, del doctor A. García Lluberes; pero otras veces el afortunado y estulto poseedor no sabe hacer con su tesoro cosa mejor que regalarlo para que vaya a enriquecer los museos de fuera, tan sobrados de todo. Y en cambio en nuestra propia patria no tenemos ni uno solo.*

*Ni nos cuidamos de tenerlo...*

*¿Para qué?*

Así habla la desidia tropical, mezclada a la ignorancia de los que no conocen lo que es un museo. En todo el país no existe uno, sino diferentes colecciones particulares, además de la municipal que hay en Santiago.

Recordamos al Sr. Secretario de Instrucción Pública (y ojalá también de Bellas Artes), y a los señores representantes de Santo Domingo en las Cámaras algo ya dicho por nosotros anteriormente: *No se trata de votar un millón para reconstruir malamente, con mano quizás indocta y pecadora, el Palacio de Don Diego; no se trata de emular con pretensión ridícula, el museo del Louvre ni el del Prado.*

Es una casa vieja cualquiera, en la cual sobre todo no se hayan de hacer grandes reparaciones; es una pequeña suma ANUAL con que cubrir gastos de adquisiciones, personal y conservación.

Y es principalmente la voluntad patriótica del señor Ministro y de los legisladores lo que hace falta para que surja a la vida y sea tangible el archivo de nuestro pasado; la escuela de nuestro respeto a la Historia; el muestrario de toda nuestra cultura que constituirá el MUSEO NACIONAL.

En nombre de la civilización y de la patria, repitamos la queja civilista que el gran Cajal aplicó a España y podemos igualmente a nuestro Santo Domingo para ponerlo a nivel de los pueblos donde el arte y la ciencia es el pan de cada día:

«Avanzamos a paso de tortuga cuando necesitaríamos velocidades planetarias».

(*Listín Diario*, 38 (11,366): 1-2, viernes, 29 oct., 1926)

## EDITORIALES DEL LISTÍN DIARIO:

### EL MUSEO NACIONAL

Venimos siguiendo paso a paso la cívica labor que se ha impuesto nuestra distinguida amiga y colaboradora señorita Abigaíl Mejía, escritora de fuste y novelista de las que entran pocas en libra, a favor del establecimiento del Museo Nacional, y, convencidos de que se trata de un empeño altamente patriótico, deseamos arrimar también el hombro a la noble empresa, como lo demostramos en reciente editorial.

Voces de aliento sigue recibiendo la señorita Mejía de todos los sectores del país, y no podía faltar la nuestra, siempre leal y espontánea cuando se trata de las cosas que atañen al honor y engrandecimiento de la República.

Tenemos a la vista todo el trabajo realizado y coleccionado por la señorita Mejía y que ésta presentó a la Secretaría de Estado de Justicia e Instrucción Pública en los días en que estaba al frente de ese Departamento el Lic. Estrella Ureña.

Es un trabajo completo en el cual se establecen las necesarias comparaciones con cuanto la autora ha visto con sus ojos en París y en varias importantes ciudades españolas.

Y cierra en buena labor con el «Plan que debe seguirse» y que nosotros rememoramos para fines de útil propaganda.

«Abarcando todo cuanto constituye nuestra vida nacional, ya que de nada tenemos mucho, sino de todo un poco, en estas salas o secciones debiera concentrarse nuestro Museo:

1º Sala de la Prehistoria y los Aborígenes;

2º De la Colonización. Recuerdos de la Conquista y Arqueología de la Epoca Colonial.

3º Sala de los Padres de la Patria.

4º Arte Moderno. Pinturas y esculturas dominicanas.

5º Colección de Historia Natural. Flora y Fauna del País.

6º Biblioteca Nacional».

Y planea seguidamente la formación de las distintas salas: para la primera sala, hacer un llamamiento directo a cuantas personas conserven objetos ayer propiedad y uso de nuestros antepasados y de su época, tales como tinajas, ídolos, cráneos, fósiles, armas, etc. Que se les pida en nombre de la gran obra patriótica de nuestro Museo, y si no es bastante que se les pida... en nombre del dinero corruptor y allanador de todo, con cargo a un pequeño fondo que el Estado destine al capítulo de Gastos y Adquisiciones. No queremos calcular cifras, mas bien acomodarnos a cuanto el Estado pueda disponer, pero creemos que con 4 ó 5 mil pesos anuales serían suficientes para sueldos, gastos y conservación del Museo; en la segunda sala pondríamos, salvándoles antes de que el afán desatinado de progreso los haga desaparecer, ciertos arcos, puertas y restos arquitectónicos que aún restan en casas particulares de la época colonial; trozos de caoba y columnas, lo que anda por ahí repartido del expolio de San Nicolás; azulejos que en alguna mansión antiquísima hemos visto; curiosidades arqueológicas nada difíciles de hallar en recorriendo nuestra vieja ciudad de los Colones y hasta algunas pinturas que guarda nuestra Catedral y que nos cediera el señor Arzobispo, de las que ostenta su colección diocesana, etc. etc.»

Examinaremos los detalles de los salones restantes en próxima oportunidad.

## ALGO MÁS SOBRE EL MUSEO

Concluye el punto de la segunda Sala del Museo, la señorita Mejía, con esta muy atinada reflexión: «En fin, no sería nuestra obra completa sin una Ley ejecutiva o del Congreso Nacional, prohibiendo seguidamente “toda salida de objetos históricos, toda demolición futura de ruinas o edificios antiguos sin previa inspección y requisa del Director del Museo”.»

«La Tercera Sala será la denominada Sala del Recuerdo, o de los Padres de la Patria. Se adornaría con los retratos de nuestros próceres, acudiendo a las familias que cual la del mártir Sánchez conservan libros y muebles suyos, el retrato al óleo hecho por Desangles del héroe y su señora etc. La sortija que dio Juan Pablo Duarte a su novia —quizás en poder de manos profanas—, después de una irrespetuosa pública subasta; todo lo que se halle de su uso venerando; las cartas del General Luperón, cuanto fue de él o de Mella, se luciría en vitrina apropiadas ante la veneración de los visitantes». Pudiéndose agregar cuanto se relacione con los demás beneméritos hijos de la República, que lucharon por la Independencia o por la Restauración.

En la Cuarta Sala, tendríamos lo que la señorita Mejía llama el «arte moderno», o sea el resultado de las solicitudes y peticiones del Director del Museo a los autores o poseedores de innumerables obras de artistas nacionales que andan por ahí desperdigadas y cuando no fuera posible la donación generosa se obtendrían por compra con los fondos destinados a gastos y adquisiciones.

Con aquel mismo fin cultural, entraría en el programa la organización de Exposiciones anuales de Bellas letras en el mismo Museo, con medallas de oro y plata para premiar los esfuerzos de los artistas quisqueyanos, quedando las obras premiadas como propiedad del Museo, enriqueciendo así conscientemente su colección. Esto no costaría mucho y constituiría, sin embargo, un grande honor para los escogidos.

La Quinta y última Sala, se completaría con una pequeña colección de Historia Natural, en vidrieras aparte, disecados los ejemplares de la fauna indígena que la mano práctica de algunos de nuestros galenos enseñaría a conservar. Raros animales al modo de la iguana, curía, búcaro, la bellísima garza real, el flamenco, algún caimán cual hemos visto procedente del Lago Enriquillo; hicoteas de tamaño notable; los pájaros extraños de nuestros bosques, enseñarían al visitante, a los chicos, a los grandes que no conocen nuestras selvas la zoología criolla. De alguna de estas especies se criarían y podrían alimentar muestras vivas en el patio sin duda anexo a la casa del Museo, chiquitín parque zoológico en formación.

Y con los libros de todos los autores nacionales que hasta el presente escribieron, una colección lo más completa posible, fundaríamos la Biblioteca Nacional, inclusa al Museo, por lo pronto, pero que más tarde alcanzaría su vida propia e independiente».

Hemos puesto casi nada de nuestra cosecha, dejando siempre la palabra, en la exposición de sus ideas, a la ilustrada señorita Mejía, a fin de no traducir sino exponer todo su bello pensamiento.

Acogemos, aplaudimos, prohijamos en todas sus partes el hermoso proyecto de Museo y Biblioteca Nacional, esperando que en el seno del Congreso Nacional se alce una voz dominicana que proponga su realización. Motivo de legítima gloria lo hay aquí.

## LA SEÑORITA ABIGAÍL MEJÍA Y LA BIBLIOTECA NACIONAL Y EL MUSEO

Hace pocos días, cuando aplaudíamos el hecho de que se tratara seriamente en la Cámara de Diputados, la creación del Museo Nacional y la Biblioteca, no hicimos mención, que es menester hacer, de que la iniciativa brillante de esta obra importantísima, es de la Srta. Abigaíl Mejía, dama que resueltamente luchadora por los sagrados ideales de la mujer y de la patria, ha hecho sentir el valor indiscutible de su personalidad en España, con la gracia de su literatura y la exquisitez de sus crónicas interesantísimas, y hoy en la Patria dominicana, rinde una labor educacional en la Escuela Normal de Santo Domingo como profesora de literatura y en la prensa nacional lucha tesonera y noblemente porque se den pasos seguros de avance como este de la creación de la Biblioteca y del Museo Nacional, dando a la vez la pauta para su mejor organización.

La idea de la Srta. Mejía será pronto una realidad indiscutible, orgullo de todos, porque el legislador dominicano no puede dejar de atender a una necesidad como ésta.

Esperamos pues, que muy pronto, tendremos Biblioteca y Museo Nacionales.

Por hoy, nos complacemos al felicitar a la Srta. Mejía por su idea y hasta por su triunfo, ya que en esta época en un país republicano, no puede dudarse de la buena acogida que han de tener todas las ideas

sanas, nobles, tendientes a conducir al pueblo por un camino de cultura y prosperidad.

JOSÉ MARTÍNEZ CONDE.

(*Listín Diario*, 38 (11,380): 1, viernes, 12 nov., 1926)

## DE CÓMO VISITAR EL MUSEO NACIONAL

Dícese con mucha frecuencia que un Museo es una ESCUELA, pero muchos que no le visitan, o lo hacen muy rápidamente, no se dan buena cuenta de que esto es cierto. Con el paso respetuoso, casi de puntillas, el alma puesta en la mirada ávida, es así como hemos recorrido, en nuestros viajes del ayer lejano, tantos museos europeos: los de París, Roma, Barcelona, Tarragona, etc. Y si el nuestro no es tan rico ni suntuoso, no deja de ser interesante lo que de nuestra historia y nuestro arte en él se muestra, y aún se mostrará con el tiempo, si hay ayuda.

Todo turista que pisa nuestro suelo viene al Museo, lo mismo que acude a ver las nobles ruinas de San Nicolás, que están al lado. Porque saben que allí se encuentra lo más interesante acaso que pueda enseñar la propia Ciudad Romántica: su pasado, su historia, su vida muerta, que surge de repente ante los ojos. (Y como en todas partes se acostumbra a ver, a observar, más detenidamente que entre nosotros, no extrañan siquiera –al modo de algunos– la inscripción, a estilo antiguo, del MVSEVN, así puesto, con V que es la U antigua, según aparece en todas las inscripciones que llenan nuestra Catedral, el Convento, San Francisco, etc.).

Para visitarlo con fruto (pequeñito y todo como es aún, hasta que crezca y lo trasladen al Alcázar de los Colones, reconstruido según la Ley del 24 de Agosto de 1932, si hay fondos para la reconstrucción total), hay que ir metódicamente, buscando, para empezar, lo más antiguo, la ARQUEOLOGÍA PREHISTÓRICA, es decir, todo lo de la

época de los indios. En diez vitrinas grandes y cuatro pequeñas, clasificado todo, está lo que aquí hay de muestra de esa edad prehistórica. Comprende ANTROPOLOGÍA, ARMAS Y OBJETOS DE PIEDRA, ÍDOLOS O ZEMÍES, y Colección de CERÁMICA INDÍGENA, formada, ante todo, de utensilios domésticos que nos enseñan su manera de «guayar» la yuca sobre la piedra, de moler el maíz, de hacer en grandes «burenes» sus tortas de cazabe, lo mismo que su magnífico arte, aún no superado por nuestros campesinos, de fabricar ollas, tinajas, potisas, garrafas de barro, llenas de figuras de animales y seres fantásticos, (o con aquellas «caras de monas regañadas» de que hablaba fray Román Pane en su célebre obrilla acerca de usos y costumbres de los indios), todo lo cual aparece ante los ojos de los que saben ver y no son los que repudiaba Jesús, porque «*oculos habent et non videbunt...*», en recorriendo detenidamente las salas de nuestro modesto MVSEO. También halla el estudioso, en estas salas, algunos simbolismos extraños de su religión, tal la adoración a la piedra triangular (igual que en la antigua Asiria, de donde fuera a Roma con Heliogábalo), significando la generación humana y su principio, –al mismo tiempo que esotéricos grabados, representativos acaso, según notables deducciones del sabio Dr. Narciso Alberti–, del camino que tenía que hacer el difunto por el otro mundo. La preocupación por el eterno viaje está patente en el esmero con que fabricaban estas ollas, modelos de su cerámica, que se encontraron con los cadáveres de indios hallados en los antiguos cementerios de Andrés y la Caleta, –igual que se encontraron toda clase de objetos en el Egipto famoso, en las tumbas de los Tutamkamen y demás faraones. ¿No creían necesitar hacer su comida para la «ruta desconocida» los pobres indios caídos en el fondo del tremendo «agujero negro», ese «trou noir» que al altísimo poeta que fue Neruo preocupaba, lo mismo que a los salvajes?...

La Edad de la Piedra limentada surge aquí en todo su esplendor. Si hubiera espacio y sitio apropiado, ¡cuánto no podríamos enseñar más plásticamente –cual se hace en otros museos– al visitante. En un

«bohío» pequeño, un indio, en figura de cera, aparecería cual el «Caonabo» pintado tan bellamente por Desangles que hay en el Museo, –en actitud de preparar junto al fuego sus alimentos (aves, peces, caza de «hutías», «curías» o del mismo SOLENODONTE, que según los viejos cronistas de Indias comían, al citar de Sanguily en su libro *Los caribes y Colón*).

Dejemos los bellos morteros con cabezas muy bien esculpidas, las hachas simplemente pulidas y las muy trabajadas, con caras de ídolos e imágenes humanas, en forma de momias y otras cosas curiosas. Dejemos las magníficas garrafas, de ancho vientre y linda cabeza de animal –algún sapo o algún mono. Y sin mirar sino someramente los collares que sin duda fuertes guerreros se colgaban al macizo cuello, con cuentas enormes y un idolillo colgante, muy lindo, hecho en piedra común, en mármol, o en marfil– algunos hasta de diosecillos mellizos–, detengámonos en esta visita, que es sólo a la ARQUEOLOGÍA PREHISTÓRICA, a preguntarnos: ¿Preocupaba a los indios la ASTRONOMÍA o no les decía nada el estrellado cielo de estas hermosas noches tropicales? ¿Y la MEDICINA? A qué altura estaban sus creencias al respecto nos lo indica un detenido examen a las vitrinas numerosos 10 y 12 en donde, respectivamente, hay una piedra con la Constelación del Cisne grabada, y una potisas con figuras de hombre y mujer desnudos, enfermos el uno de elefantiasis (y se ve en sus piernas enormes, a estilo paquidermo) y la otra de hidropesía aguda, a juzgar por su deplorable hinchazón monstruosa.

Cinco impávidos monolitos, de piedra esculpida con cara humana, contemplan como en antes el de los siglos –el correr de nuestros días.

Y, como no tenemos tiempo, otro día hablaremos al público de tiempos más modernos y de otras colecciones.

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

# ABIGAÍL MEJÍA Y EL FEMINISMO



Doña Abigail Mejía de Fernández, líder feminista

## LA MUJER EN SANTO DOMINGO

Todo cuanto se refiere a la República Dominicana debería ¡ay! ponerse bajo el subtítulo de NUEVO DESCUBRIMIENTO DE UNA TIERRA QUE SE LLAMO LA ESPAÑOLA.

¡Se la conoce tan poco! Y sin embargo hay allí muchas cosas que debieran saberse por los españoles –fuera de los que nos mostró hace poco elocuentemente el docto catedrático de esta Universidad, señor Pérez Agudo, en las conferencias que acerca de los países hispano-americanos viene dándonos desde la misma.

La situación de la mujer en Santo Domingo es harto halagueña, sin gozar de la libertad excesiva que en los Estados Unidos ni del voto femenino que no necesita para maldita la cosa. Como verdadera descendiente de españoles se conforma en ser reina en el hogar y en la sociedad donde se la ama y respeta muchísimo. La vida social es intensa y muy activa no sólo en la capital sino en los pueblos.

El hombre hace por la mujer que adora los más rendidos obsequios y hasta sacrificios (sobre todo, antes de conquistarla...), porque allí la mujer decente no sufre la competencia de la *cocotte*. En aquella tierra no existe la en mal sentido llamada GALANTERÍA distinguida y barata de los cabarets y tes danzantes yankees o europeos.

Sus escuelas son laicas y muchas neutras o bisexuales, donde la mujer se acostumbra a la compañía de los varones y no le extraña como a las colegiales de convento cuando llega la hora de asomarse al mundo.

La religión es católica y es libre de recibirse o no en las escuelas. Generalmente es la madre quien la enseña con la práctica en el hogar, junto al culto por la Virgencita de la Altagracia, patrona de la República.

En las escuelas de varones no es raro ver al frente de un grado a una maestra, sobre todo tratándose de niños pequeños, que en esto modernas teorías pedagógicas las prefieren a profesores hombres, siempre más recios, menos dulces que como aconseja Pestalozzi.

Todas las profesiones están abiertas para la mujer y hace tiempo invadió las oficinas, correos, edificios públicos, etc. Igual que en España, no obstante, las maestras y comadronas son abundantes; y en cambio, primero que aquí vimos en Santo Domingo ejerciendo su carrera a cuatro farmacéuticas. Abogadas hay algunas, mas que médicas, y en cuanto a bachilleras... (broma aparte) ¡una legión!

El tennis y el deporte hípico son los favoritos de la dominicana actualmente; y también como en todas partes se vuelven locas las chicas por el cine, llegando hasta a imitar, en su tocado y trajes, a la Pearl White, la Bertini y demás constelación cinematográfica. Hace poco se impresionaron en la República las primeras películas, siendo protagonistas señoritas de la buena sociedad. Se representó la leyenda APARICIÓN DE LA VIRGEN DE LA ALTAGRACIA.

En cuanto a las letras abundan las poetisas, desde la ilustre Salomé –ya desaparecida– (que citó con aplausos Menéndez y Pelayo) y que con su esposo el doctor Henríquez, luego Presidente, hizo un hogar de poetas, – pareja apolínea repetida por otro gran poeta de allá, Pellerano Castro y su mujer–, los dos buenos cultivadores del verso. Las escritoras y novelistas son más escasas.

En fin, las mujeres de la República Dominicana se distinguen por su cultura, sus sentimientos de ternura y sacrificio por la familia; su extraordinario amor a la Patria; y las cualidades características a las de esta Península –que no en vano dijo Villaespesa en el final de su CANTO A SANTO DOMINGO:

*nadie arrancarte podrá tu alma  
y tu alma siempre ;será española!*

según también repitió el docto catedrático antes citado.

(*El Día Gráfico*, Barcelona)

Reproducido en el *Listín Diario*, 17 mar., 1924. p.3

## SOBRE EL MISMO TEMA DEL FEMINISMO

Desde estas columnas del «Listín», –palenque de todas las ideas de actualidad– se han leído los artículos que contra el Feminismo escribe muy castizamente una «Incógnita» –que sin duda alguna es un «incógnito» con muy poco avanzadas ideas–, y han aparecido las bien inspiradas réplicas extrañando dos cosas: Que si es dama e ilustrada, según demuestran sus escritos– ¿por qué aboga porque las otras no lo sean?... Y si es hombre ¿a qué bueno escudarse con seudónimo femenino para solapadamente demostrarse antifeminista?

El ilustrado «Incógnito» nos prueba su dominio del idioma y cualidades de escritor. Luego, con elegantes rodeos, nos relega al hogar y a la cocina; y además, como fenómenos dignos de figurar en las barracas de feria –según irónicas dijimos en nuestra conferencia de la «Casa de España», –expone la singular idea de que el «fenómeno-escritora» no debe casarse... Ni las mujeres sabias tampoco... ¿Tan alejado vive el retrógado «Incógnito» del mundo que hasta simula ignorar que Madame Curie tiene sus hijas y Concepción Arenal fue una excelente madre hasta el punto de firmar la Memoria premiada en la Academia de Ciencias con el nombre de su hijito? ¿Y que la Pardo Bazán mantuvo a su madre y a sus hijos como hace Concha Espina con su hija? ¿Y que la muy ilustre feminista y escritora Carmen de Burgos, la célebre «Colombine» sabe de cocina bastante, tanto como Fernán Caballero fue muy mujercita de su casa? Lo cual prueba que no hay disparidad entre unas y otras funciones, las intelectuales y las naturales de la mujer.

A tiempo que le ruego me perdone esto que no es ataque, sino aclaración, remítome de nuevo a mi ya mentada Conferencia –cuyo tono general fue moderado y de ahí la simpática acogida que tuvo del público masculino y femenino–, ahora me place repetirle y dedicarle algunos párrafos y pensamientos de la misma.

«La naturaleza –dicen los recalitrantes– ha dado ya a las hembras su misión: la maternidad, es decir, la misma que a las gallinas... Verdad solo hasta cierto punto. Nada tan sublime como esta augusta misión de mecer en nuestros brazos un muñequito de carne, semejante al adorado. Pero a veces ni el amado ni el Esperado llegan; a veces a la mujer a la que solo se le enseña el camino de la boda, le pasan los años y las puertas del amor siguen cerradas. ¿Por qué, si cabeza tiene y corazón no ha de consagrar su actividad en cosa más útil que la inútil espera?»

«En cuanto a los que sin disimulo y entre chirigotas quieren tomar el pelo a cuantas se ocupan en menesteres hasta no ha mucho exclusivos de los hombres, solo veo en ellos unos... ¿cómo lo diremos? –pícaros celillos de quienes se acostumbraron a sobrepujarnos y están siempre con el temor de que nosotros nos empinemos. Cita Severo Catalina en su obra «La Mujer» a un sabio latino que decía:

«Contiene que el marido pueda cometer impunemente un solecismo...» He ahí el quid de la cuestión, el por qué de la guerra que ciertos hombres hacen a las que con más o menos fortuna se dedican a las letras: celos de que pudieran ellos hacer a su lado un triste papel.

«No creais a los que temen que con un feminismo razonable nos volvamos menos femeninas. Esos que así charlan son muy capaces de cargar con su cocinera– bien poco femenil y muchas veces parecidísima en su facha a un carabinero sin bigote.

.....

«El severo crítico Clarín expone en el caso de la Pardo Bazán: “Muchas de las enemistades que surgieron contra la Condesa tienen

su origen en la envidia de ciertos barbudos sujetos que no pueden llevar con paciencia que sepa más que ellos una señora de la Coruña...”

.....

«Es de una puerilidad tan manifiesta la creencia de que una señora por manejar la pluma, los pinceles o el bisturí ha de ignorar en cambio el uso de la aguja y el arte culinario que casi no merece refutación, pues de su peso cae el argumento de que si una hace bien lo que los demás no intentan ¿cómo va a desconocer otras faenas que la más rústica y zafia desempeña medianamente?

«¡Cuántas mujeres en cambio que no son escritoras ni sabias ni artistas, ni supieron nunca redactar una carta al novio, y se pasan la vida de ba...coneos, comadreando en el vecindario, o tendidas en una mecedora, en espera eterna de la costurera? ¿Merecen esas elegantes ociosas el dulce nombre de «ángel del hogar» a los contrarios del feminismo, a los que no pueden ver a las mujeres invadiendo empleos que el hombre solo quiere para sí?

.....

«El feminismo es la doctrina bienhechora por la cual se concede o lucha por conceder al sexo menos fuerte, pero no menos inteligente, la facilidad de desempeñar todos los puestos y empleos, siempre que para ello demuestre dotes –aunque convengamos en que muchos hombres arriban sin ellas, solo por tener pantalones y un padrino en el gobierno que mande...»

.....

«La feminidad es el perfume de la mujer; mas no creas que por cambiar de vaso ya no más aromara el ambiente. Tal es su misión, y lo mismo en un delicadísimo búcaro como en miserable cazuela de

barro, la flor que es flor derramará perfume, igual entre el humo de los cigarros como frente al castillo de labor. Hay que estar muy próximo al perfume suave para aspirarlo.

«No le cerréis a la mujer las puertas de ninguna oficina o gabinete porque corréis el riesgo de ahogar en germen una vocación luminosa. ¿Por ventura no se dijo que vale más absolver a cien culpables que castigar a un inocente? ¡Dejad pues, paso a todas, a todos los pueblos, antes de que se malogre en la inercia una Roland, una Madame Curie o una Concepción Arenal!

.....

«Las mujeres han sido todo lo grandes que las han dejado ser los hombres. ¿Acaso hay derecho para cerrarles algún camino si de ellas ha habido genios, y hasta políticas y gobernantes? Por eso en estos tiempos modernos y más avanzados ella busca el voto y el derecho a la elección. Si quereis negárselo con fundamento, borrad algunas páginas de la Historia».

(*Listín Diario*, núm. 11,069, p. 3, 3 ene., 1926)

MANIFIESTO DE LA  
«ACCIÓN FEMINISTA DOMINICANA»

LA JUNTA DE LA  
«ACCION FEMINISTA DOMINICANA»  
SE DIRIGE A TODAS LAS MUJERES  
DEL PAIS

EXPONE LOS PROPÓSITOS QUE HAN DETERMINADO LA CREACIÓN DE ESE  
GRUPO, QUE LUCHARÁ POR LA REIVINDICACIÓN FEMENINA,  
EN FORMA PROGRESIVA Y GRADUAL.

COMPAÑERAS:

¡Hasta las playas que acaricia indiferente el río Ozama llegan los clamores libertarios, los acentos de reivindicación lanzados por las mujeres de uno a otro ámbito del orbe: desde las méminas intrépidas de Norteamérica y de Albión, hasta el último rincón de Oriente, en donde las desencantadas turcas quitáronse de encima el velo espeso de muchas y pesadas tradiciones, al igual que las del Japón y de la China! Hasta nosotras alcanza el eco de lo obtenido por las damas consejales y alcaldesas en la Madre Patria bajo la Dictadura, y que hoy con la República ignoramos a dónde llegarán en el desempeño de los cargos públicos: y a nosotras llega simpático el rumor de las actividades desplegadas por nuestras hermanas antillanas, tan bravamente enérgicas en su actuación feminista.

No podemos ya más permanecer indiferentes a las señales de los tiempos y a las voces del progreso que nos llaman. ¡Mientras las

mujeres en otras partes vuelan, trocando sus ficticias alas de ángel – cantadas por los poetas engañosos– por reales alas de aviadoras, no debemos seguir en triste inercia, arrastrándonos entre frivolidades, las hijas espirituales de Salomé y Trinidad Sánchez, las descendientes; de aquellas reinas de Jaragua que sabían ser Caciques y sabían manejar el plectro y la corona!

Frente a la realidad del feminismo mundial –ya por algunas de nuestras mujeres predicado y ensalzado en la tribuna y en las letras de molde– hemos querido unirnos y formar un solo cuerpo de batalla pero de batalla de paz. Nuestra bandera es blanca y de progreso: queremos exhortar a todas las que sientan esto a unirse con nosotras para robustecer una Asociación que, a la sombra del tantas veces aplaudido «CLUB NOSOTRAS», hemos formado un núcleo de sus socias. El «CLUB NOSOTRAS» es precisamente una demostración de la capacidad femenina: hay en él profesionales de todos los matices, madres de familia –abejas y reinas–; allí se han dado conferencias, exposiciones artísticas, conciertos, manifestaciones culturales de toda especie; su misión ha sido preparar los espíritus, enseñando lo que la mujer sabe y puede. No ha sido sociedad feminista, no lo pretendió y, sin embargo, todo el mundo lo juzga así; prueba de que el FEMINISMO es cosa buena, es el confundir las gentes las labores del CLUB con las labores feministas.

Pues bien, a su sombra, sin desgarranos de la rama, un grupo de sus socias hemos formado esta JUNTA DE ACCION FEMINISTA, cuyo objeto es favorecer a todas las mujeres. Nuestros ideales serán luchar por la reivindicación de los derechos femeniles, pedir leyes nuevas que protejan el trabajo de las obreras, de las maestras, de las mujeres que trabajan en general; la protección al niño, etc. En lugar de combatir al hombre ayudarle en su mejoramiento social e individual; el feminismo enarbola bandera de paz y no quiere ser armados a los civiles: combatiremos el porte de armas, el alcoholismo, la prostitución y, en fin, hemos de luchar por todo lo que lleve a nuestra patria al mejoramiento de sus leyes y a una era fecunda de civilización bien

comprendida. En último término, como fin de nuestras aspiraciones estará el derecho al voto: no tenemos prisa ninguna a este respecto: sabemos que, a veces, es máxima sabiduría sentarse a la sombra de un árbol del camino... y esperar. Cuando la ocasión pase nos juntaremos a ella, activamente.

En época de prejuicios, las primeras mujeres que estudiaron se vestían –para acudir a las cátedras sin llamar la atención– de hombres; hoy no hace falta reclamar el derecho a las profesiones y al trabajo; en nuestro mismo país hay doctoras, dentistas, abogadas, conferencistas, oficinistas, farmacéuticas, etc. ¡Vistámonos sólo de espíritu firme, de osadía, pero no dejemos de ser siempre la hidra cariñosa que envuelve al roble potente, si éste cumple su papel protector y no nos rebaja!

En vez de aquel «¡Despierta, ferro!», a cuyo grito, durante muchos siglos los hombres se han despedazado sin piedad, digamos a la mujer: «¡DESPIERTA, FEMINA...!» aunque, acaso, nuestro clamor provocará, como siempre, las diatribas de los espíritus trogloditas y arcaicos... No importa: los hombres generosos e hijos de su siglo, la juventud entusiasta, estarán de nuestra parte.

¡Mujeres de todas las provincias, profesionales, oficinistas, maestras de escuela, que nunca veis el premio de vuestro continuos afanes; madres de ciudadanos sin conocer ninguna de las ventajas de la ciudadanía; ricos contribuyentes al erario y no contribuyentes a hacer la ley: pobres obreras sin derechos –pajuelas capaces de formar un apretado y fuerte haz– LA UNION HACE LA FUERZA! Os invitamos a formar en nuestras filas sin miedo ni timidez. «Si vis pacem, para pacem»... Queremos paz, y la paz fecunda y duradera de los espíritus preparados al desear disposiciones igualitarias para las dos mitades de la humanidad.

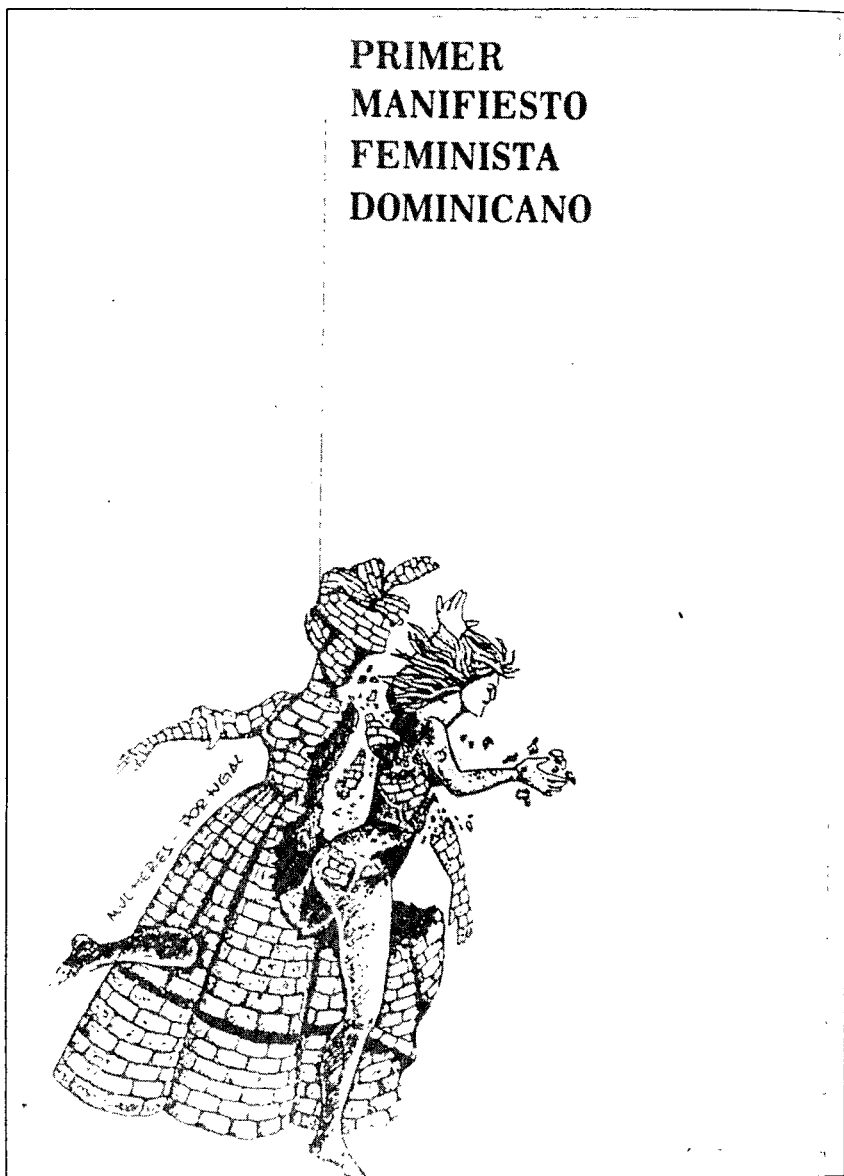
Igualdad ante la ley y, como se ha dicho por una de nosotras en una tribuna social: No queremos estar ni a los pies del hombre ni por encima de su cabeza, sino a la altura de su cerebro y de su corazón, con iguales derechos, como corresponde a la esposa, a la novia, a la hermana y a la madre de los hombres ciudadanos.

## FIRMANTES:

PROF. ABIGAÍL MEJÍA DE FERNÁNDEZ, LICDA. CONSUELO GONZÁLEZ SUERO, DRA. GLADYS DE LOS SANTOS NOBOA, PROF. CELESTE WOOS Y GIL, PROF. MARÍA PATÍN PICHARDO, CARMEN G. DE PEINADO, PROF. MERCEDES LAURA AGUIAR, PROF. EVA MARÍA PELLERANO, PROF. ELPIDIA GAUTIER, PROF. ISABEL A. VDA. PELLERANO, PROF. JOSEFA AMIAMA, PROF. PATRIA MELLA D., PROF. MERCEDES M. AMIAMA B., LICDA. FLORALBA DE BENCOSME, ANGÉLICA A. DE BENÍTEZ, BR. ANGELA M. DE LOS SANTOS N., BR. MILADY FÉLIX MIRANDA, LICDA. IRIS RUIZ DE NADAL, LICDA. ALICIA RAMÓN D., LICDA. CELESTE A. CABRAL, PROF. CARMEN RODRÍGUEZ D., PROF. CLEMENTINA HENRÍQUEZ, DRA. AMÉRICA CABRAL, PROF. FLORIBE VDA. CARBONELL, PROF. AMADA M. DE PITTALUGA, PROF. GLADYS NIVAR LEÓN, PROF. AYDA M. TAVÁREZ, PROF. ANA JOSEFA PUELLO, PROF. FLÉRIDA M. SOTO, PROF. ERNESTINA PEGUERO, BR. DELTA GUTIÉRREZ, BR. CONSUELO NIVAR, PROF. ISABEL DE CASTRO, PROF. VICTORIA CASTRO, PROF. ESTELA CASTRO, FLOR DE MA. PELLERANO, HEMMA APONTE, PILAR GÓMEZ, CARMEN GONZÁLEZ, ALTAGRACIA OLMOS, MARÍA LÓPEZ, ROSA CELIA DELMONTE, ENRIQUETA T. DE LAMARCHE, ALTAGRACIA TRONCOSO S., ELOÍSA L. HEREDIA C., SERVIA RUIZ DE RODRÍGUEZ, PROF. MARÍA C. DE PICHARDO, JUANITA PICHARDO ARISTAZÁBAL, MARÍA LLADÓ DE TIÓ, MINERVA BERNARDINO, LICDA. MERCEDES CLOTILDE SALAZAR, PROF. ANA LUISA AQUINO, PROF. CERAFINA AQUINO, PROF. ATALA GUERRA, PROF. ANDREA MORATÓ DE EGEA, LICDA. INOCENCIA MOTA M., AUREA BLANDINO, PROF. AMALIA MIESES G., PROF. CONSUELO RAMÍREZ, PROF. PURA PELLERANO A., PROF. PROVIDENCIA FANDUIZ, PROF. CASIMIRA HEUREAUX, PROF. ORFELINA VICENS DE LEÓN, PROF. MERCEDES SOTO, PROF. ESTELA HEREDIA, ISABEL VALVERDE, AYDA CARTAGENA PORTALATÍN.

(Publicado en 1931).

**PRIMER  
MANIFIESTO  
FEMINISTA  
DOMINICANO**



Facsímil de la portada del Primer Manifiesto Feminista Dominicano,  
publicado en 1931.



JUNTA SUPERIOR DE LA DIRECTIVA DE LA «ACCIÓN FEMINISTA DOMINICANA». Sentadas, de izquierda a derecha: doña Isabel Amecha-zurra Vda. Pellerano, Srta. Celeste Woss y Gil, Sra. Abigaíl Mejía de Fernández, Srta. Minerva Bernardino y doña Altagracia D. de Gautreau; de pie, en el mismo sentido: Srta. Carmen Rodríguez, Srta. Carmen González, Srta. Clementina Henríquez, doña Andrea M. de Egea, doña Floripez Mieses Vda. Carbonell, Srta. Livia Veloz, doña Delia Weber, Srta. Patria Mella y Srta. Josefá Hernández Llorente. (Fuente: Kassim Elhimani: *Santo Domingo de ayer y hoy*. Santo Domingo, 1934, p. 308).



**PRIMERA ASAMBLEA NACIONAL DE LA «ACCIÓN FEMINISTA DOMINICANA» CELEBRADA EN EL «CLUB NOSOTRAS», EL 14 DE MAYO DE 1932.** En el centro de la última fila: Abigail Mejía de Fernández, presidenta de la «Acción Feminista Dominicana»; a su derecha, la doctora Gladys de los Santos N., secretaria general, y a su izquierda la Srta. Minerva Bernardino. En la misma fila, Pilar Constanzo Hernández, Andrea Morató de Egea, Patria Mella y Atala Cabral. A la derecha de esa misma fila, Alicia Ramón, Altagracia D. de Gautreau, Dra. Sofía Oliva y Enriqueta T. de Lamarche. Además pueden verse: Juan Bautista Lamarche, Carmelita de Soto de Acevedo, Mercedes Laura Aguiar, Isabel Emilia Morel de Goico, Clementina Henríquez, Consuelo Bernardino, Isabel Amechazurra Vda. Pellerano, María Patín Pichardo, Aidita Tavarez, Elpidia Gautier y Adolfinia Henríquez. Sentadas, entre otras, Lcda. Miladys Félix, Dra. Flor Alba Bencosme, Angela de los Santos N., Eloisa Heredia, Amalia Aybar, Chana de Henríquez y Mítica Rodríguez. (Fuente: Minerva Bernardino: *Su lucha por los derechos de la mujer*. Santo Domingo: Amigo del Hogar, 1976, p. 79).

## IDEARIO FEMINISTA(\*)

La única coquetería que algunos hombres no perdonan es la de tener talento.

La naturaleza, según los recalcitrantes, ha dado ya a las hembras su misión: la maternidad. Es decir, lo mismo que a las gallinas...

...Pero a veces ni el Amado ni el Esperado—su vera efigie—llegan. A veces, a la mujer que sólo se le enseña el camino de las bodas... se le pasan los años y las puertas del amor siguen cerradas... ¿Por qué, si cabeza tiene y corazón no ha de consagrarse a cosa más útil que la inútil espera?... Y es eso lo que hacen muchas «alocadas» idealistas...

Hijo mío que estás en mis brazos, y que, por darte vida, a poco la mía perdí; que bebes en mi seno el jugo vital de mi sangre; que es el cuidarte labor continua de todos mis días y el insomnio de todas mis noches. ¿Acaso tú serás como esos VALIENTES hijos de otras madres a quienes incomoda que las MADRES de los HIJOS pidan SUS DERECHOS?...

La mujer ha sido y ha hecho todo lo que el hombre le ha permitido ser y hacer; y fue REINA, y SANTA, HEROÍNA, ARTISTA, SABIA, MADRE, MUJER

---

(\*) Publicado en el *Listín Diario* entre el 13 de febrero de 1932 y el 26 de junio del mismo año. (Nota de E.).

Y MUÑECA... ¿Cómo no va a estar PREPARADA para votar y hasta para no HACER NADA, como se HACE muchas veces en el Congreso?...

Pedimos para la mujer TODOS LOS DERECHOS, y también TODOS LOS DEBERES, menos el de ir a la guerra. Ella no debe quitar la vida. Ella la da...

(17 enero 1932)

¿Qué es FEMINISMO? Doctrina reivindicadora que quiere se conceda a la FÉMINA O MUJER, es decir, al sexo MÁS DÉBIL pero NO MENOS INTELIGENTE, los mismos derechos HUMANOS que su compañero el HOMBRE se abrogó para sí solo; la facultad de desempeñar todos los puestos y funciones siempre que para ello muestre dotes... (Aunque convenga más en que muchos hombres llegaran a ello únicamente por tener pantalones y un amigo en el Gobierno).

FEMINISMO es REIVINDICACIÓN, liberación de la mujer; una RECLAMACIÓN algo tardía. No pide concesión, porque esto implica una gracia o un regalo. Y una pide lo suyo... Nada más.

«Conviene que el marido pueda cometer impunemente un solecismo» —dijo un escritor latino y socarrón...— ¡He ahí el quid, el por qué del temor y la guerra que nos hacen los mediocres: Celillos, miedo de hacer un triste papel cuando las que están agachadas se levantan... y sorprendan quizás con su estatura.

Plantar un árbol, escribir un libro, tener un hijo, fundar algo o predicar un ideal, todas estas son cosas difíciles. Más fácil y hacedero es celebrizarse y encumbrarse hasta la fama insultando a quienes, hacen todo eso. (Lo malo es que hay otros que creen que tal oficio no es HOMBRÍA SINO COBARDÍA Y PERVERSIDAD).

FEMINIDAD es el perfume de la mujer, más no creáis que por cambiar de vaso la flor que es flor ya no nos aromará el ambiente. Si

tal es su misión lo mismo en delicadísimo búcaro, como en miserable cazuela de barro, junto al humo de los cigarros en la oficina, como ante el cestillo de labor derramará perfume. Hay que estar muy próximo, muy cerca, para aspirarlo.

Ocurre si, en ocasiones, que por un milagro de la germinación universal la flor no es más que estuche, semilla de un árbol frondoso que se formará y crecerá, y no se por qué luego ha de admirar y olvidarse en su grandeza, de que vino de una flor...

(24 enero 1932)

En Inglaterra el FEMINISMO es conservador o laborista; en España, republicano o moderado; en México, católico o ateo; en Rusia rojo o ultra-radical; en Finlandia, es ya antiguo y razonable, como las gentes de aquel clima; en Venezuela, laborista y cristiano... ¿Y sólo en el mísero islote de Quisqueya no se podrá adaptar a su modo e idiosincrasia?... O es que, —según dijo aquel Señor: —(Esto no será nunca NACIÓN, sino PAÍS...?)

Cuando se dice EL HOMBRE se habla muchas veces GENÉRICAMENTE y se comprende, EN GENERAL, a HOMBRES y MUJERES DEL MUNDO. Sin embargo, a la hora de proclamar los DERECHOS DEL HOMBRE se entendió en la práctica de una manera específica y egoísta, (a pesar de que la cabeza de Mad. Roland(\*) rodó en la guillotina lo mismo que la de Danton.(\*\*) En nuestro siglo, se aclara esto y se proclama esto y se proclama ahora lo que quedó en el tintero: LOS DERECHOS DE LA MUJER.

---

(\*) Marie-Jeanne Roland (París, 17 marzo 1754 – Ajusticiada el 8 nov. 1793). Célebre personaje de la Revolución Francesa. Al subir al cadalso pronunció una frase desde entonces célebre: «¡Oh Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!». (Nota de E.).

(\*\*) Georges Jacques Danton (1759-1794). Uno de los líderes de la Revolución Francesa. (Nota de E.)

Pretender oponerse a que se plante y cultive aquí, como nos dé la gana, el grano que ya es madura espiga cosechada nada menos que en CINCUENTA Y CUATRO PAISES, es tan candorosa pretensión cual la de la inútil piedra puesta a mitad del arroyo a impedir que el río corra... Y el FEMINISMO TRIUNFANTE llegará aquí algún día, como todo progreso, un poco tarde, como han llegado los aeroplanos, los automóviles y la radio.

Destructora labor de RATONCITOS que quisieran convertir en ESCOMBROS la montaña! Con esta dama altiva acabo yo; a la otra insulto, a las demás desmorono). Pero el FEMINISMO queda en pie con su IDEAL... Que es algo constructivo y no demoleedor...

(La mujer no sirve más que para ser mujer) –decretó Pero Grullo en una copla insulsa que corre por ahí. Monsieur de la Palisse le corregirá: (Y el varón no sirve más que para ser varón). Con lo cual podrán reducirse VARÓN Y HEMBRA a la pura misión zoológica y productora... (Aunque uno y otro pueden aspirar hacia algo más).

(31 enero 1932)

Entre HOMBRE Y MUJER no existe más diferencia que la misma que Naturaleza impuso: el hombre engendra y la mujer concibe. Pero toda la multitud de horas ociosas bien pudieran emplearse en otras actividades fecundas no sólo para la Sociedad UNIVERSAL...

Si un FEMINISMO MODERADO alzó aquí tanto revuelo, ¿cómo va a poder triunfar aquí el llamado FEMINISMO INTEGRAL O BOLCHEVIQUE?... La horca, la hoguera, la picota, no serían suficiente castigo a tal osado intento.

(¿Quién va a zurcir nuestros calcetines?) (¿Quién va a cocinarnos bodillos?) –claman con fingida alarma quienes nunca se preocuparon

por tales cosas mientras las esposas frívolas corrían tras las películas en tanto que Maritornes hacía de las suyas entre los fogones... ¡Dulce (poesía del hogar) que puede venir a estropearle el pícaro Feminismo!

Tópico gastado en demasía ya resulta aquello de que no estamos PREPARADAS... ¡Cuánto tan bien lo están, sin duda alguna, incultos campesinos, analfabetos macheteros, inocentes ignorantes que llevan a las urnas sin saber lo que es eso, ni firmar su nombre!... Y en cambio, mujeres ya triunfantes en las Escuelas, en las Universidades y en la vida, – ésta que fundó un asilo, aquella Doctora en Medicina, la de más allá, ilustre educacionista, la que con su profesión sostiene a su familia... no toman parte en elegir sus mandatarios y, legisladores, porque son maestras y licenciadas en letras o en Derecho, pero sí pueden hacerlo los pobrecitos incultos, los pobrecitos analfabetos... Justicia de LOS HOMBRES...

La MATERNIDAD es (la más alta y única misión de la MUJER). Pero no hay ninguna ley entre nosotros que proteja esta misión (tan alta)... Y en cambio, tan (alta misión) se dice que es el *estorbo* para que la mujer no pueda tomar parte en hacer SU LEY... ¿En qué quedamos? ¿Merece esto castigo o premio?

(7 febrero 1932)

Naturaleza fue tan buena madre para el HOMBRE que él llegó a creerse REY DE LA CREACIÓN; pero, mala madrastra, dejó sólo dolores y miserias fisiológicas en el regazo femenino, desde la pubertad. Y completó aquel don funesto de Natura, impía desigualdad ante la SOCIEDAD y ante la LEY, fabricadas por el más fuerte.

La Inteligencia carece de sexo y es pueril considerarla monopolio masculino. Cuentan que Minerva, que era hembra, salió completa y PREPARADA de la cabeza de Jove. (Aunque ello no más sea una broma feminista de la Mitología).

EL FEMINISMO NO es un problema exclusivamente socialista, ni comunista, ni bolchevique. Es problema SOCIAL, y en cada país puede encauzarse de acuerdo con sus corrientes nacionales y sociológicas.

No pretendemos ser ni superiores ni inferiores a nuestro compañero. Ni por encima de su cabeza, ni por debajo de sus pies, sino a la altura de su corazón o de su cerebro. CORDIAL Y RAZONABLEMENTE IGUALES.

(13 febrero 1932)

Así como se dijo que «no sólo de pan vive el hombre», así tampoco de trapos sólo puede vivir la mujer. ¡Ya las muchachas han conquistado el DERECHO A LOS LIBROS! Los trapos se han vuelto papel! Dejemos que sobre sus páginas abiertas se agiten para aquellas los nuevos problemas que están conmoviendo en el mundo a la MUJER NUEVA.

Nos colocan en un altar a veces, y nos echan mucho incienso, mucho humo, como para marcarnos un tanto y que se nos suba a las narices, y no nos demos cuenta de que más arriba, está el cerebro, y se nos ocurra decir, parodiando a André Chénier (\*): «¡Qué lástima! Aquí había algo...»

Carnaval!... Alegría de la farsa y del vivir, cuando, jocunda, la juventud se disfraza de vejez! Pero qué ridícula y triste la pobreza con careta de opulencia, la vejez tras la máscara de juventud; y la FRIVOLIDAD con apariencia y antifaz de FEMINIDAD —fútil pretexto para apartarse de todo pensamiento serio que pueda ajar los nardos de la frente!...

---

(\*) André Marie de Chénier (1762-1794). Poeta. Al protestar por los excesos del Régimen del Terror fue guillotinado en París el 25 de julio de 1794. (*Nota de E.*)

Para muchos decir MUJERES UN SER SUBLIME, etéreo, incomparable... Una hipsipila, (\*) un HADA... Mejor aún: un ÁNGEL, una virgen, una madre inmaculada... (Pero eso sí: que no pida ningún derecho. Entonces, por extraña metamorfosis, ya no es ni CRIATURA HUMANA...)

(21 febrero 1932)

Aunque las madres sufren el mayor dolor de los dolores en la carne, a ellas les place, –más que derramar sangre– enjugar los dolores y la sangre de la Humanidad. Y ya lo dijo Horacio, el Venusino: «*Bella matribus detestata...*» Las madres no aman la guerra.

«Que no estamos PREPARADAS»... «Que nos preparemos...» ¿Y todo por un papelucho electoral?... Sin duda en el carbonero y el labrador y en el mísero analfabeta votante, ansioso demandador de empleo, o el que va de «conse a Madril», hay un tratadista de Derecho Público Internacional...

¿SEXO DÉBIL? El que da la vuelta al mundo, y se lanza al espacio en las pruebas de un paracaídas, y cruza a nado el Canal de la Mancha, y el Atlántico sobre las alas de un avión, como Ruth Elder... ¿En dónde está la DEBILIDAD? ¡Ahí sí: ante la LEY DESIGUAL que no la ampara.

Las mujeres no hemos inventado la PÓLVORA... Ni la dinamita... Pero una dama inició la CRUZ ROJA; otra, el primer HOSPITAL; y a la abolición de la ESCLAVITUD contribuyó aquella con un libro; y el Premio Nobel de la PAZ lo mereció alguna otra. Sembró sólo AMOR y quiere ahora recolectar JUSTICIA, la pobre fémica misericordiosa!...

(28 febrero 1932)

---

(\*) Hipsipila. Diosa de la mitología griega hija de Tahoas, rey de Lemnos y de Mirina. (Nota de E.).

Según el mito bíblico del Génesis, sacó Jehová a la mujer de una costilla del VARÓN, y él la llamó VARONA, es decir, su SEMEJANTE. Para que así pudiera él exclamar: «Esta es hueso de mis huesos y será sangre de mi sangre...»

Una MUJER PUBLICA es despreciable porque vende su persona. Un HOMBRE PUBLICÓ (aunque se venda también...) es algo muy respetable y envidiado...

De todos los animales, la mujer INTELIGENTE es lo más parecido a un hombre inteligente. Entre cualquier viejo palafrenero analfabeta y Shakespeare existe mayor distancia, en la escala zoológica humana que entre Napoleón y Madame Stael, pongo por caso...

¿Por qué ELLOS hacen cosas para las que no están PREPARADOS, pero ELLAS, en cambio, por muy PREPARADAS que estén, no pueden hacer esas mismas cosas? Es condenar a las MADRES a hacer ciudadanos, pero no a poder HACER LO QUE ELLOS HACEN.

Cierto sabihondo murmura de que algunas FEMINISTAS escriben mal... pero ¿acaso escriben bien todos los plumíferos que escriben? Ni todos ellos son Cervantes, ni todas Teresa de Jesús.

(6 marzo 1932)

Quando se quiere elogiar a una mujer se la dice que vale TANTO COMO UN HOMBRE. Quando se la quiere escarnecer: que PARECE UN HOMBRE. En realidad, mujer y hombre no son seres tan disímiles, sino los bípedos más parecidos de la creación. Jesús o Leonardo de Vinci tenían más suavidad femenil que la «Monja Alférez» o la propia Juana de Arco.

EL FEMINISMO DOMINICANO enarboló bandera de paz, color blanco y de esperanza, pues no amamos la guerra. No tratamos de vencer a los contrarios sino de CONVENCERLOS.

A veces, como casi dio a entenderlo la ilustre socióloga Concepción Arenal –la PERFECTA CASADA, o la PERFECTA MUJER DE SU CASA, no es más que una PERFECTA EGOÍSTA, ajena a las inquietudes de sus hermanas y de la Humanidad; o una víctima de los egoísmos que tiene al lado y que la necesitan en su reino...

Los hombres reclaman para ellos los DERECHOS todos, con pretexto de que trabajan fuerte y pesadamente y van a la guerra a batallar ¡Y cuántos no fueron nunca a oír un tiro y gozan todos SUS DERECHOS, sin trabajar ni fuerte ni pesadamente, como lo hace una mujer en las angustias de la MATERNIDAD...

(13 marzo 1932)

¡Cuánta admiración no causaría el honorable Presidente de una República llamada DEMÓCRATA si nombrase un JUEZ FEMENINO para Macorís, La Vega o Santiago, de los galantes Caballeros! Y sin embargo, hace muchos muchos siglos, que la añeja Biblia (tan retrógrada, tan poco democrática, eh?), nos cuenta de cómo Débora administraba justicia, bajo una palmera, en Israel.

Predominó hasta en la gramática la fuerza masculina. Pero a condición de que, en la concordancia o al decir GENÉRICAMENTE: el HOMBRE, o los NIÑOS –por decir niño y niña– se entiendan comprendidos IGUALMENTE las dos mitades de la humanidad: hombre y mujer.

Y por ello, al decirse DERECHOS DEL HOMBRE: debieron abarcar los de los dos.

Francia, Italia, el Paraguay... Países latinos, ardorosos: Mucha admiración y mucho éxtasis. Inglaterra, Irlanda, países fríos y serenos: menos éxtasis. Y fueron los primeros en dar derechos prácticos a la mujer.

La amada no necesita que Werther se suicide por ella, sino que le haga suave la vida, dentro de JUSTICIA Y EQUIDAD...

(17 abril 1932)

«A la generosidad y a la justicia de los hombres de la República – según Clara Campoamor,– debe la española el voto; y ella corresponderá con su lealtad a la República»– ¿Qué deberemos nosotras a la JUSTICIA y a la GENEROSIDAD de los nuestros, para corresponder con nuestra LEALTAD?...

JUSTICIA Y AMOR es nuestro lema. Pero en nombre del AMOR no se debe cometer obra de injusticia, ni con lo más alto que tenemos en nuestras tradiciones, que son los PRÓCERES, ni con lo más débil, que es la mujer.

«No azotes a la Mujer ni con una flor»... –reza un proverbio oriental. Y a las feministas dominicanas se las flagela a veces con estas FLORES «impreparadas, impertinentes, insuficientes, ñoñas, agachaditas y otras yerbas». La canastilla de la CABALLEROSIDAD se volcó toda...

Cuando no saben ya que argumentar se les dice a las mujeres que no están PREPARADAS para el FEMINISMO ni menos para el SUPRAGISMO. Así se les dijo a las inglesas... y se echaron a la calle a revolucionar hasta que las llevaron al Parlamento. Así se les dijo a las españolas... y ayudaron a hacer la República. Así se nos dijo a las dominicanas, ¡y hubo gente tan MEDIOCRE que aplaudió...

(20 marzo 1932)

Cuando nos llueven PALOS, son todos cariñosamente ESPECIALIZADOS para las pobres FEMINISTAS DOMINICANAS. Cuando los PALOS son triunfos... ¡ah. Entonces el triunfo es de la MUJER DOMINICANA, en general.

La tímidas, las incapaces y las frívolas son los tres rebañitos de rémoras para el avance del FEMINISMO a la conquista del DERECHO. Aquellas, por la secular pasividad de oveja suave y mansa al que la oprime; las otras, porque ¿si sólo saben fregar, pongo por caso? ¿a qué más derechos, VOZ ni VOTO?... Y las últimas... ¡si el baile, el cine, y el flirt les roban tanto tiempo a estas SANTAS MUJERES!...

—¿Cuántas leguas me faltan para llegar a Atenas?— preguntaron a un filósofo— ¡Echa a andar! —contestó. ¿Cuántos años nos quedan hasta el triunfo definitivo del FEMINISMO en Santo Domingo? ¡Echemos a andar con mucho ánimo, por lo pronto...

No hay LEY, CADENA ni YUGO impuesto que sea suave. Para la MUJER NUEVA Y CONSCIENTE las únicas cadenas que la atarán hasta «in aeternum», son los bracitos amorosos de algún niño, bajado desde el seno de Dios al de una madre.

(27 marzo 1932)

Al suponer que insultaban a sus mujeres dominicanas... ¡qué hondo regocijo antifeminista... Pero ahora creen que han insultado a los pobrecitos insultadores. ¡Hay que defenderlos! Caballeros, ¡a la lid!... (Yo creo —con perdón— que el SEXO DÉBIL ha cambiado de sitio...)

El primer GRAN POETA que tuvo Santo Domingo fue una mujer: SALOMÉ UREÑA. Primera MÁRTIR de la INDEPENDENCIA fue una anciana que enseñó a los hombres a morir: TRINIDAD SÁNCHEZ. Y ya, desde el

tiempo de los indios, hubo caciques hembras, gobernadoras *per se*. ¿Si estarían *preparadas*?...

Mejor es a la mujer, entre nosotros, dedicarse al COCTAIL o al BRIDGE que al FEMINISMO: al menos ésto no se ataca en los periódicos... Una mujer que juega como UN HOMBRE parece más respetable que una mujer que TRABAJA COMO UN HOMBRE y que, como ÉL, quiere tener OTROS DERECHOS noblemente deseables.

—¡Pero si son MADRES y ya tienen HIJOS! — Pues no están PREPARADAS.

—¡Pero si han estudiado y comido el pan amargo del SABER.— Pues no están PREPARADAS.

—¡Pero si se ganan la vida COMO LOS HOMBRES.— Pues no están PREPARADAS.

—¡Pero si si son DOMINICANAS Y HERMANAS tuyas.— Pues no están PREPARADAS.

—¿Quién es el monomaniaco del estribillo? Miré: vi un gorrioncito que empezaba a volar...

(3 abril 1932)

Al misógino Eurípides, precisamente, se debe en su «Medea», el primer GRITO DE REBELIÓN DE LAS MUJERES, —que han tomado para sus cantos las sufragistas inglesas—. Hoy —como dice un escritor— «la dulce Ofelia, como la sarcástica Medea, contestaría con una carcajada al autoritario Hamlet que la mande a un convento», o a recluirse en la cocina...

Los antiguos llegaron a creer que no teníamos alma; pero también tenían la equivocada creencia de que el esclavo era una COSA. Esopo y Epicteto, desde su ergástula, desmienten la teoría. Como la otra pudo desmentirla ZENOBIA en el desierto, o CORINA venciendo a Píndaro.

Amar a quien nos ama, es LEY NATURAL. Y discutirle CAPACIDAD Y PREPARACIÓN a los que nos la han discutido a NOSOTRAS, es LÓGICA pura.

¿Quién se la dio a ELLOS?...

¡Curiosísimo! Los españoles juzgaban –«in illo tēpore»– que las inglesas votantes estaban PREPARADAS, pero que sus COMPATRIOTAS NO. Sin embargo, la española obtuvo el voto al fin. Algunos CUBANOS opinaron ha poco, desde el Congreso, que las CUBANAS no están PREPARADAS todavía para el SUFRAGISMO. Y desde aquí, en cambio, algunos MONOS SABIOS descubrieron que las Cuban@s si que están PREPARADAS para el FEMINISMO, pero las DOMINICANAS no... Moraleja: NI Ana ni nadie es profetisa en su Patria...

(10 abril 1932)

«El siglo XIX vio el triunfo de los DERECHOS del HOMBRE el siglo XX verá los de la MUJER». (Esto no lo anuncié yo, sino el gran Víctor Hugo).

«Todo lo dicho en contra del SUFRAGIO FEMENINO está dicho en contra de la razón y de la EQUIDAD». (Y esto lo escribió HOSTOS).(\*)

«Es de cualquier punto de vista, tan enorme la injusticia, la inutilidad y la indelicadeza de que no sean iguales las leyes para ambos sexos, que ello sólo justificaría los mayores apasionamientos de las sufragistas más exaltadas. ¿Cómo ha podido el HOMBRE ser tan injusto con el sexo que le dio el ser y al que, además, se complace en llamar DÉBIL?... ¿Y esto no lo inventé yo, ni otra mujer, sino el doctor MARAÑÓN...» (\*\*)

«No queremos que la mujer goce únicamente los mismos derechos que el hombre, pues esto sería una injusticia para ella. Reivindicamos para el sexo femenino DERECHOS ESPECIALES, inasequibles a los hombres. (Y tal se atreve a declarar GURLITT,(\*\*\*) que es un varón).

(\*) Eugenio María de Hostos (1839-1903). (Nota de E.).

(\*\*) Gregorio Marañón (1887-1931). (Nota de E.).

(\*\*\*) Ludwig Gurlitt (1855-1931). (Nota de E.).

Y cuando tales cosas escriben los grandes hombres, las pequeñas mujeres debemos meditar y acatar.

(1 mayo 1932)

¿Por ventura seremos más felices con el triunfo del FEMINISMO en Santo Domingo?. Acaso no; pero la mujer de aquí debe tener DERECHO a vivir su vida COMPLETA. Y aunque le haga daño, quiere comerse también su manzana del bien y del mal...

Himeneo hace sufrir... y todas confían casarse; ser madre es un dolor, y todas ansían el HIJO porque la vida hay que vivirla y a la ley del progreso de las especies someterse. Y el FEMINISMO y el SUFRAGISMO son señales de progreso y de evolución, cuya hora ha de sonar, como todas.

Después de sembrar muchos beneficios, sería un buen «affaire politique» conceder, con otros derechos en la magnánima mano, el acceso a los comicios a las favorecidas. Las mujeres solo votarían por quien las favoreciera con el DERECHO al VOTO.

Unas han nacido para reinas y otras para abejas obreras, —aunque todas son necesarias en una buena REPÚBLICA y en una buena colmena... ¡hasta los abejaorros zánganos que sólo sirven para reproductores!...

Si porque defendernos tenazmente el DERECHO de TODAS nuestras hermanas nos llamamos FEMINISTAS, a aquellas que se conforman con el «statu quo» de los derechos del varón debiéramos llamarlas MASCULINISTAS de verdad...

(15 mayo 1932)

Cada Semana de Pasión tiene su Sábado de Gloria... Y (tras un período que ahora se nos antoja corto pero largo en luchas, organizaciones, burlas y veras), amaneció el sábado 14 de mayo de 1932, cuando el Jefe del Estado hizo esta declaración solemne y FEMINISTA: «Puede irse considerando la NECESIDAD de dar CIUDADANÍA a la MUJER».

«Yo simpatizo con ese movimiento de JUSTICIA SOCIAL en favor de la mujer».(\*)

---

(\*) La autora se refiere al discurso pronunciado por Rafael L. Trujillo Molina en el Ateneo Dominicano, la noche del 14 de mayo de 1932, al ser recibido como Miembro Protector y de Mérito de esa institución:

«PUEDE IRSE CONSIDERANDO LA NECESIDAD DE DAR CIUDADANIA A LA MUJER»

Yo, que he venido siguiendo con satisfacción el movimiento cultural de nuestras jóvenes mujeres, regalándome con la lectura de versos emotivos brotados de su pluma, o de exquisitas páginas en prosa, con que dan vuelo al discurrir de sus ideas, pienso que, tales frutos del talento femenino en esta hora que vive la República, son claros exponentes del esfuerzo de la mujer dominicana por ofrecer su colaboración inteligente a la obra social de la cultura. Ahí están, testimonios vivos de ese noble esfuerzo de nuestra juventud femenina, Abigail Mejía de Fernández, que sabe extraer de la realidad humana asuntos para sus novelas, en las que pone animación y gracia descriptiva; Josefa Sánchez de González, temperamento fino de mujer, que lo mismo dirige una aula superior o pulsa una cuerda, como hace en una página emotiva de dedicación de un festival; Amada Nivar de Pittaluga, espontánea cultivadora del verso, a quien distingue una ternura tan sincera como delicada; Martha María Lamarche, poetisa auténtica; Margarita Peynado y Milady Félix, togadas del foro; Delia Weber de Coiscou, creadora de delicados pensamientos de sabor oriental; Rhina Espaillat, inclinada a la prosa de costumbres; María Josefa Gómez, Maestra, escritora laureada y conferenciante, a quien cabe el honor de presidir la evolución intelectual salcedense; María Patín Pichardo, de bien perfilada vocación para el cultivo de la prosa; y otras más que con Melania Thevenin, Carmen Lara Fernández, Rosita Tavares, Dolores Bobadilla y Ligia Veloz son ya promesas efectivas en el campo de las letras.

¿Y qué decir de algunas que en el magisterio y otras actividades de la vida social emplean dotes bien definidas de damas superiores?

Y las mujeres –las FEMINISTAS, al menos–, simpatizamos con esa declaración PRESIDENCIAL de JUSTICIA.

¡Todos cabemos en el mundo! Para que una mujer brille no se necesita ensombrecer a otra; para que un hombre se destaque no es preciso obscurecer a las mujeres.

Gracioso será, a la hora de aproximarse a los comicios, en la hora del voto y de los triunfos, ver cómo se prenderán de las alas que otras les fabricamos para volar con ellas, las hasta ahora rezagadas y tibias...

---

La consideración de este loable esfuerzo de la mujer dominicana, precisamente en momentos en que se inicia en el país un movimiento feminista, me colocan frente a la necesidad de ir pensando en ayudar ese movimiento, creado en la última mitad del pasado siglo, si bien tuvo su génesis en tiempos de la Revolución Francesa, favorecido por la opinión de Condorcet y de otros filósofos, y que es hoy una de las más hermosas orientaciones del sentimiento de la libertad humana.

Confrontamos en la República una democracia que nunca como ahora se manifestó con más firme carácter liberal, democracia que debe ir más allá de los límites que aquí como en muchos países, le han trazado las conveniencias e intereses de los hombres.

Yo simpatizo con ese movimiento de justicia social en favor de la mujer. Creo que puede irse considerando la necesidad de otorgarle derecho de ciudadanía.

Se beneficiaría la sociedad dominicana con que nuestras mujeres llevaran a la arena cívica sus sentimientos delicados. La fuente del sufragio habría de ganar en eficiencia constructiva.

Nuestras mujeres en las luchas del municipio y en los negocios del Estado pondrán al servicio del pueblo ideas y sentimientos de conservación social que ahora no aportan, pero que aportarían cuando tuvieran personalidad política y civil.

Sirvan estas declaraciones que por primera vez ocupan en el país la mente de un hombre de Estado, como una prueba más de mi profunda devoción al ejercicio de la libertad humana.

RAFAEL LEONIDAS TRUJILLO MOLINA

Rafael L. Trujillo M.: *Discursos, mensajes y proclamas*. Santiago: Editorial El Diario, 1946, t. I, pp. 208-210. (Nota de E.).

¡Nivelador progreso que todo lo arrastras y verás igualadas aún a los que te aman y luchan por tu avance como a los rutinarios reacios a la nueva luz!...

(22 mayo 1932)

¡Grande y noble FIESTA DE LAS MADRES! Y cuánta literatura BARATA un día al año en honor de quien, en la realidad casera y diaria, no es TUTORA ÚNICA Y SOLA de sus hijos, cuando falta el padre, ni siquiera CIUDADANO todavía, ante la ley sustantiva, ni privilegiada por ninguna ley adjetiva, hechas todas por aquellos que ella puso en el mundo, con dolores de su carne!...

Es algo frecuente ver a un MACACO mantenido POR MUJERES y luego dedicado a la dulce y agradable tarea de despotricar CONTRA MUJERES... Su MÁXIMA VIRILIDAD la prueba ahí...

¿Por qué cuando se promulgó el mal llamado SUFRAGIO POPULAR O UNIVERSAL (como si las hijas de Eva no formáramos parte del PUEBLO ni del UNIVERSO...) no se presentó el alegato de que el DERECHO al VOTO fuera privativo de los cultos, y ahora surge la no muy galante duda de si EL VOTO debe ser RESTRINGIDO y sólo para las que saben leer y escribir. Adán CIUDADANO es letrado o iletrado: Eva CIUDADANO tiene que ser forzosamente universitaria?...

Los hombres verdaderamente BUENOS Y NOBLES se han dolido siempre de la PRETERICIÓN que la mayoría de los otros –por una costumbre varias veces secular– impuso a las mujeres. CON ELLAS no se contaba, pero si se legislaba PARA ELLAS. ¡Y eso sin contar con el DERECHO ni la OPINIÓN de las que eran sus esposas, sus hijas, sus hermanas!...

(29 mayo 1932)

Muchos aún están con la vieja teoría de Nietzsche: (\*) «Gatas: he ahí lo que son las mujeres, gatas y pájaros. O, cuando las cosas marchen bien, vacas...» (¡Qué toro! –habría que decirle al viejo Nietzsche...)

¿Por qué ha de haber DOS MORALES, una para el HOMBRE, otra para la pobre MUJER, una de MANGA ANCHA, otra de MANGA ESTRECHA? ¿Por qué ha de haber DOS LEYES, DOS DERECHOS y NO IGUALES? «La mitad de una cosa –según apuntó geoméricamente una feminista en la Asamblea– debe ser exactamente igual a la otra mitad» – como reza el axioma– ¿Y no somos la mitad del género HUMANO?...

Algunos presuntos (y presuntuosos) GRANDES HOMBRES del intelecto se parecen sólo en esto a las catedrales: en lo majestuosos y VACIOS. Y todavía busca una en esos TEMPLOS la Virgen y no la halla. Allí lo único virgen es su talento...

Las primeras sufragistas inglesas fueron las mártires del ridículo en los anales del FEMINISMO batallante y la FEMINIDAD ultrajada y motejada.

¡Estudiar las LEYES! ¡Mejorar el CÓDIGO! ¡Predicar incesantemente el FEMINISMO... ¿Y para qué? Mejor que dedicarse a sembrar IDEAS que harán el bien de TODAS el día del triunfo, es sumergirse en el NARCISISMO agudo de la propia contemplación en nuestro espejo, egoísta y dulcemente, como hay TANTAS... ¡Triste es confesar que así piensan MUCHAS...

(5 junio 1932)

---

(\*) Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900). (*Nota de E.*).

El mayor de los misterios de Gozo es... un HIJO en brazos de una MADRE. Una supuesta DEBILIDAD amparando a otra chiquitita! ¿Y dónde una LEY buena que a ambos proteja como un escudo?...

A los apóstoles de todas las IDEAS casi siempre los martirizan, por predicar y hablar mucho. Pero acaso hay más belleza en San Pedro, clavado en la cruz, que en el mismo Papa esplendoroso, en la Roma que a aquel crucificó. Uno murió cabeza abajo, para que al otro le pusieran la tierra en la cabeza, años después.

Cuando en la alta cumbre dominicana un MANDATARIO se declaró dispuesto a ir CONSIDERANDO LA NECESIDAD DE DAR CIUDADANÍA A LA MUJER, los escasos TROGLODITAS que aún quedaban, o callaron solapadamente, o murmuraron a estilo napoleónico: -¡Desde el fondo de estas cavernas cuarenta siglos de DESIGUALDAD os contemplan con asombro!...

La mísera madre del potrico TRABAJA tanto como el semental o más, al tirar de una carreta. La débil hiedra SUBE tan alto como el corpulento roble. Y de la flor delicada sale el fruto, fuerte y jugoso, que recuerda a la flor. ¡Sólo entre los HUMANOS prosperó la teoría de que la mujer-flor, hiedra, madre-, no PODÍA O NO DEBÍA llegar tan alto como el VARÓN, su complemento!

(12 junio 1932)

Que deseamos hacer COSAS como los HOMBRES; que deseamos PARECERNOS a los HOMBRES... Pero ¡Dios mío! Cabe preguntar con ingenuidad franciscana: ¿es que acaso el HERMANITO HOMBRE hace COSAS TAN MALAS que no las podamos hacer NOSOTRAS como las hace EL?...

La verdad de todo es esto; el hombre PROPONE, la mujer DISPONE y el Diablo INDISPONE, en cuestiones de AMOR. Por lo cual debe hacerse una EQUITATIVA Y JUSTA Ley de Divorcio, de sentido bilateral, para ambos.

Un burro puede ser CATEDRÁTICO O ACADÉMICO (se dan casos...) y enseñar, como el mono de la fábula, con la linterna apagada... Mas, en tratándose de una mujer (sea Pardo Bazán o Concha Espina), (\*) todos son impedimentos y trabas para la pretensión inaudita... Y ello sin duda, por galantería y CONSIDERACIÓN al sexo DÉBIL...

¡Hasta los ESPÍRITUS que conversaron largamente (según él...) con Allan Kardec eran FEMINISTAS. No referían bellos casos ni historias conmovedoras —como los que interrogó el Dante en los Infiernos, ni los que hablaron a Fausto,— sino que —cual espíritus bien educados y frente a este siglo—, declararon la IGUALDAD DE DERECHOS ante la ley HUMANA, lo mismo que la igualdad ante la tumba...

(19 junio 1932)

Bueno es apuntar que los grandes MUJERIEGOS no son generalmente los grandes FEMINISTAS. Una cosa es amar a LAS MUJERES y otra amar y considerar a UNA MUJER. Entre Don Juan que las burlaba, y el Hijo de María que las dignificó, media un abismo.

¡Cuántas infelices, POR NO SABER, se vieron, casi sin darse cuenta, divorciadas, a pesar de ser inocentes, y creer —en su ignorancia de las

---

(\*) Emilia Pardo Bazán (1851-1921); Concha Espina y Tagle (1879-1955). (Nota de E.).

leyes y del Código—, que el mal por eso nunca las estrujaría, despiadado, con sus garras!...

MORALEJA: —la mujer DEBE SABER e interesarse por las leyes que le conciernan.

En la Francia que para por cerebro del mundo, con su divino París, de la triunfal galantería y el amor libre... aún no vota la Mujer... Ni ésta tiene prisa, allí en la «Ville Lumière», por exigir sus DERECHOS, pues cuando le da en gana, —y es con frecuencia— ella se los toma todos...

Si no hubieren de apalearnos diríamos que el FEMINISMO, lejos de aspirar a MASCULINIZARSE, pretende, por el contrario, FEMINIZAR un poquitín a los hombres, suavizarlos, dulcificarlos... Y que no se nos rían, pues a través de sus historias descubrimos que los más nobles ejemplares de la HUMANIDAD, Cristo, Budha, Sócrates, Leonardo de Vinci, Pestalozzi, (\*) —tenían algo de la delicadeza y el sentimiento FEMENINOS.

(26 junio 1932)

---

(\*) Juan Enrique Pestalozzi (1746-1827). (Nota de E.).

ESTADÍSTICA

PÁG. 12

# ¿Qué mujeres serán Diputados en las próximas elecciones?

La adquisición del voto para la mujer mexicana, es el acontecimiento de mayor trascendencia en nuestro medio. Es por ello que se nota en los círculos feministas de esta capital una gran expectación.

Ya se rumoran los nombres de las mujeres que podrán llegar a las Cámaras Legislativas para el próximo período.

Hemos oído sonar con insistencia dos nombres femeninos que gozan de grandes simpatías en la República: el de la Señora Abigail Mejía de Fernández y el de la señorita María Paulín Pichardo.

Viramos desde este mismo número una investigación entre nuestros lectores para que nos indiquen su voto

para la mujer que ellos crean con capacidad para desempeñar idóneamente una curul. Sabado a sábado iremos dando a conocer del público en estas mismas columnas el resultado de la votación.

Desde luego hemos oído mentar con insistencia los dos nombres, padamos anteriormente, pero también a un lector dar el suyo a quienquiera que juzgue digna de tal honor.



Señora Paulín Pichardo.  
(Candidata a diputada)



Señora Abigail Mejía de Fernández.  
(Candidata a diputada)

## Las triunfadoras para Diputados

El octavo y último escrutinio de los votos recibidos ha dado el siguiente resultado:

Abigail Mejía.....	172	votos
Gladys de los Santos.....	170	"
Delia Weber.....	109	"
Petronila Angélica Gómez.....	56	"
Minerva Bernardino.....	32	"
Dra. L. Martínez de Gómez	19	"
María Patín.....	18	"
Ana T. Paradas.....	9	"

### CONCURSO CLAUSURADO

El último escrutinio que publicamos hoy para averiguar quiénes eran las feministas que alcanzarían la mayoría de sufragios, si llegan las mujeres a alcanzar el voto, dio el resultado que publicamos en otra parte.

Las dos damas que alcanzaron mayor número de votos fueron: Abigaíl Mejía y Gladys de los Santos.

Hubo una gran cantidad de nombres en el concurso, pero entre estas dos líderes y al través de sus simpatizadores, se dio la batalla.

Nos parece que todavía las inquietudes feministas no han pasado, entre nosotros, del sector directamente interesado en esas cosas. La gran mayoría del público permanece expectante: una parte con simpatías platónicas por el movimiento. Otra parte del público, con antipatías mucho menos platónicas.

Felicitamos tanto a doña Abigaíl como a la doctora Gladys de los Santos por haber alcanzado los dos puestos más altos en el concurso que clausuramos hoy.

## Colofón

...Y, después de la ardua brega en luengos años, después de haber (como dijo Concha Espina en 1930) «querido romper las cadenas que ataban a mis hermanas», después de haber (como dijo también un amigo escritor, ex-discípulo mío) «trasladado del valle a la montaña la bandera de la cultura y del derecho femeninos»... al sentir el Olvido, la Inconsecuencia y la Traición, que acariciaban mi frente, después de veinte años de iniciar tal apostolado, me senté, fatigada ya, al borde del camino, y dije como Bolívar, suspirando:

–He arado en la arena y he sembrado en el mar...

Colofón de Abigaíl Mejía a la edición de 1939 de su *Ideario Feminista*, reproducción parcial de los trabajos publicados originalmente en el *Listín Diario* en 1932.

## ¿ESTÁN PREPARADOS LOS HOMBRES PARA EL VOTO DE LA MUJER?

En nuestra contestación a la Encuesta últimamente propiciada por un gran periódico local cerca del Voto Femenino, nos permitimos mencionar –por trasmano– el aforismo jurídico que recordó, en cierta memorable conferencia dictada desde el teatro Rialto de esta Ciudad por el ilustre jurisconsulto y feminista Dr. Manuel de J. Troncoso de la Concha, actual Presidente de la República: «La función hace el órgano»... Ello trata de explicar como –si Dios lo quiere y el Generalísimo y Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina lo propone– con su voluntad poderosa y su visión certera y clara del porvenir de la Patria, que siempre le acompaña– y nos otorgan Derechos Políticos, antes de esperar el siglo XXI o al XXII –como parecen pretender algunos,– la mujer irá preparándose para la función del voto a fuerza de ejercerlo, del mismo modo que altos y bajos funcionarios perfeccionan sus funciones a fuerza de ejercitarse en ellas, y de idéntica manera que el niño aprende a andar, tras buen acopio de caídas y tropiezos...

Hemos palpado –durante quince años que llevamos en la enseñanza– avanzar animosamente las mujeres a la conquista del derecho de instruirse. En 1925 escasas eran las estudiantes normalistas y aún menos las universitarias. Año tras año, el ejército de las que ansiosas buscan la cumbre, progresan, llenan las aulas, las profesiones, los pequeños cargos administrativos... pronto serán a montones las

doctoras, las «filósofas»... casi en igual número que los varones del sexo fuerte...

Y mientras el hombre dominicano que cuenta casi un siglo de vida constitucional, de ejercer sus derechos políticos, a veces los ejerce con cierta dejadez, la mujer profesional u oficinista, la intelectual en fin, y sobre todo la mujer del pueblo, se ha mostrado deseosa de ejercerlos –y acaricia una esperanza, que luce como una luz en su cielo– un poco siempre cargado de nubes –ahora señalado por el índice del Generalísimo Trujillo.

Las mujeres que han respondido a la encuesta se producen casi todas a favor del voto, para el cual todas se creen capacitadas; los hombres también, salvo unos pocos que, timoratos, muestran salvedades y distinciones... A ellos, es bueno recordar ciertas estadísticas... Por ejemplo: la población de la República es de 1.479,417 habitantes, de ellos 750,704 varones, entre hombres, niños, ancianos e impedidos; las mujeres alcanzan a 728,713. Pues bien, si no estoy errada, en 1934 –poco después de efectuado el Censo– votaron unos 200,000 hombres en los comicios, mas o menos; y en cambio, en el mismo año, recogimos en nuestras pequeñas urnas de ensayo la opinión escrita de 96,247 mujeres a favor de la reforma de la Constitución. De modo que si en verdad hubo 632,441 mujeres que no votaron o no pudieron votar por diversas circunstancias, es lamentable comprobar que, a pesar de su preparación política o intelectual, dejaron de votar unos 550,704 hombres.

Ante la elocuencia de tales datos estadísticos cabría preguntarnos humorísticamente: ¿es que no están preparados de una manera muy completa los hombres para el voto?... Y ante las tímidas objeciones que ofrecen (–que si por economía, que si los gastos electorales– que si las analfabetas–) también podría preguntarse: ¿Es que están preparados los hombres para ver votar a sus mujeres?... O es solamente la juventud universitaria, la entusiasta legión de los jóvenes que se levantan junto a las muchachas, sus camaradas de aulas– la única preparada para no espantarse de los progresos del siglo y aplaudir

calurosamente los altos y generosos pensamientos del Jefe Ilustre, el Generalísimo Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina, propicio a la concesión de la igualdad de derechos cívicos y políticos para todos los dominicanos.

Diciembre 12 de 1940

*(Plus Ultra Revista Universitaria, núm. 13, dic., 1940)*



# ESCRITOS DIVERSOS



## DIVAGACIONES ACERCA DE CRÍTICA

Juez imparcial, en asuntos intelectuales, no se puede ser con cierta comodidad en esta tierra. Lo es Usted, habitualmente, en el tribunal de exámenes de una escuela, y el muchacho *tal*, rechazado, le «guarda la piedra» para arrojársela, indecentemente, aunque sea por radio, a la primera oportunidad (que esto si se puede hacer en esta tierra...) El Padre *cual*, de otro niño rechazado, «le devuelve la piedra», aunque sea en forma oblicua del proverbio hebreo, en esta manera: «Ojo por diente» y «diente por ojo». Lo es Ud. en la crítica literaria, –que viene ejerciendo desde hace más de veinte años,– y siempre se expone a no contentar al observado con su opinión, si es valerosa y desinteresada. Es más sólo con que le atribuyan a Ud. un pensamiento no muy del gusto de algún buen amigo, (a quien, por otra parte, Ud. aprecia y admira en otros aspectos), le expone a Ud. a... enojosas situaciones. ¡Ya nos está incomodando (a los que la venimos cultivando con desigual fortuna, en labor de libros, de prensa y de radio), el que se repita lo de que no existe la crítica imparcial entre nosotros! ¿Y esto, que es? –nos preguntamos, con la mano encima de muchos ya amarillentos artículos, de gruesos infolios y otras cosillas... Y nos contestamos, en forma cartesiana: «*Cogito ergo sum*». Pienso, luego existo. ¿He criticado y juzgo con disgusto? Luego, existe la crítica.

En medio de todo, las piedras tropezadas en el camino satisfacen a quien se traza uno, recto, derecho... ¡y no quiere apartarse de él



## DIVAGACIONES ACERCA DE CRÍTICA

Juez imparcial, en asuntos intelectuales, no se puede ser con cierta comodidad en esta tierra. Lo es Usted, habitualmente, en el tribunal de exámenes de una escuela, y el muchacho *tal*, rechazado, le «guarda la piedra» para arrojársela, indecentemente, aunque sea por radio, a la primera oportunidad (que esto si se puede hacer en esta tierra...) El Padre *cual*, de otro niño rechazado, «le devuelve la piedra», aunque sea en forma oblicua del proverbio hebreo, en esta manera: «Ojo por diente» y «diente por ojo». Lo es Ud. en la crítica literaria, —que viene ejerciendo desde hace más de veinte años,— y siempre se expone a no contentar al observado con su opinión, si es valerosa y desinteresada. Es más sólo con que le atribuyan a Ud. un pensamiento no muy del gusto de algún buen amigo, (a quien, por otra parte, Ud. aprecia y admira en otros aspectos), le expone a Ud. a... enojosas situaciones. ¡Ya nos está incomodando (a los que la venimos cultivando con desigual fortuna, en labor de libros, de prensa y de radio), el que se repita lo de que no existe la crítica imparcial entre nosotros! ¿Y esto, que es? —nos preguntamos, con la mano encima de muchos ya amarillentos artículos, de gruesos infolios y otras cosillas... Y nos contestamos, en forma cartesiana: «*Cogito ergo sum*». Pienso, luego existo. ¿He criticado y juzgo con disgusto? Luego, existe la crítica.

En medio de todo, las piedras tropezadas en el camino satisfacen a quien se traza uno, recto, derecho... ¡y no quiere apartarse de él



## DIVAGACIONES ACERCA DE CRÍTICA

Juez imparcial, en asuntos intelectuales, no se puede ser con cierta comodidad en esta tierra. Lo es Usted, habitualmente, en el tribunal de exámenes de una escuela, y el muchacho *tal*, rechazado, le «guarda la piedra» para arrojársela, indecentemente, aunque sea por radio, a la primera oportunidad (que esto si se puede hacer en esta tierra...) El Padre *cual*, de otro niño rechazado, «le devuelve la piedra», aunque sea en forma oblicua del proverbio hebreo, en esta manera: «Ojo por diente» y «diente por ojo». Lo es Ud. en la crítica literaria, —que viene ejerciendo desde hace más de veinte años,— y siempre se expone a no contentar al observado con su opinión, si es valerosa y desinteresada. Es más sólo con que le atribuyan a Ud. un pensamiento no muy del gusto de algún buen amigo, (a quien, por otra parte, Ud. aprecia y admira en otros aspectos), le expone a Ud. a... enojosas situaciones. ¡Ya nos está incomodando (a los que la venimos cultivando con desigual fortuna, en labor de libros, de prensa y de radio), el que se repita lo de que no existe la crítica imparcial entre nosotros! ¿Y esto, que es? —nos preguntamos, con la mano encima de muchos ya amarillentos artículos, de gruesos infolios y otras cosillas... Y nos contestamos, en forma cartesiana: «*Cogito ergo sum*». Pienso, luego existo. ¿He criticado y juzgo con disgusto? Luego, existe la crítica.

En medio de todo, las piedras tropezadas en el camino satisfacen a quien se traza uno, recto, derecho... ¡y no quiere apartarse de él

ni a tres tirones! «La verdad, aunque nos perjudique» repetimos con el «Listín», y, sin escarmentar, seguimos adelante.

Y es que aquí es el país de los sabios, de las personas perfectísimas, sin una tacha... Hay dos o tres ejemplares de esos *Rar-avis* que se hallan en todo... (aunque si los exportáramos de aquí no servirían para nada).

Porque, el que ha triunfado, *honradamente*, en el extranjero sabe bien lo que es triunfar. A aquellos ¡qué bueno si les saliera un Stentor, un fray Cantallano que les sacara a relucir las cosas, como hizo el saladísimo García Gómez con Moreno del Cristo en su artículo «Pero, Pater...» Tal aquí, con algún Don Sabiecito, con quien topamos en todos los caminos; habría que emprender algo por el estilo. Si es la Academia de la Historia, don Sabiecito está allí. Aunque haya tropezado en el umbral, es decir equivocado un personaje. Si es la Academia de la Lengua, Don Sabiecito está allí, aunque antes no sabía ni escribir un buen párrafo, porque, ya aprendió a – escribir en la Academia de la Historia; y si es la Universidad Don Sabiecito también se colará allí, dispuesto a dictar sus cátedras, porque ya sabe enseñar desde que le introdujeron en la Academia. ¿Cuántos años practicó? Ninguno; pero ya se sabe que es un sabio *de nativitate*... ¡Pronto le veremos Rector, Ministro!, ¡y hasta Candidato a substituir al Jefe en todas las bellas cosas que este sabe construir para la Patria!

Suerte grande la de algunos ciudadanos que ni siquiera han dado grandes señales de Trujillismo para llegar a todo; pero son *Sabios honoris-cause*, por aquello de –«Cría fama y échate a dormir»... ¡Nadie ose crítica a esos señores!...

«La verdad, aunque nos perjudique» – repetimos con el «Listín» Pero ¿quien, osa desenmascarar a tantos fantoches de las falsas letras?... ¿Qué Moratín emprenderá la «Derrota» de estos «Pedantes» que se han empinado, a poco esfuerzo y hasta con malas mañas, en el arduo campo de la literatura, hasta treparse en el Olimpo y desde allí dictar sus leyes: «Sólo yo soy sabio...» «Aquí no valen más que mis libritos...» «Aquí no entra nadie más que yo y los de mi familia...»

ESCRITOS DIVERSOS

«Aquí sólo yo estoy dispuesto a escribir lo que sea, imitando a alguien o tomando de alguien o alguna por ahí...» y después... Esto es el Evangelio... porque lo dije yo, Don Sabiecito...»

(En vista de lo expuesto, lector, y de lo que aún no digo, ¿crees tú que es algo cómodo hacer crítica de veras en nuestro país?...

(*Listín Diario*, sábado, 17 feb., 1940)

Febrero 1940

Señor Director de *La Opinión*.  
y Señor Director de *Plus Ultra*.

A los periódicos que tan cordial e ingenuamente externaron en sus columnas la misma peregrina idea de homenaje a quien acaso nada merezca ni desee, sino un tantico de justicia de cuando en vez dirijo agradecida estas líneas, un poco tardías *ex profeso*. Prueba de que esperé con el fin de madurar mi respuesta y a que, con el tiempo, también maduraran otras uvas...

Ya han madurado, en efecto, amigos míos... El autor del suelto aparecido en la «Opinión» apeló a las sociedades culturales, y ellas (cuando no existen ni el Club «Nosotras» ni la «A. F. D.», mis hijuelas queridísimas de ayer...) ellas que son el Ateneo, que preside Díaz Ordóñez, el Instituto de Investigaciones Históricas, dirigido por Gustavo A. Mejía, y ambas Academias, en donde campea (monopolizando concurso, centenarios, «publícalos» con su nombre y hasta notas de lo que se recibe), gratuito enemigo desde el Certamen de Máximo Gómez, el imprescindible señorito de todas las academias, certámenes y cátedras, brillaron por su galante y desdeñoso silencio... El del suelto de «Plus Ultra», que inspiró el cariño de algún discípulo mío topado en mis DIEZ Y SEIS AÑOS de cátedras normalistas (Rijo, Contín, Hoepelman?... ) propuso que el homenaje lo rindiera la Universidad... Y el «Alma Mater», –a quien he traspasado muchos hijos espirituales– contestó desdeñosa a la juvenil idea de homenajear a la pobre autora de la *Historia de la literatura dominicana*, texto que

aprobó el Consejo N. de Educación desde 1928, recomendado de consulta para la segunda enseñanza en Puerto Rico, y que mereció elogios de autoridades hispanas cuales son Concha Espina, Palacio Valdés, Dionisio Pérez, del exigente crítico venezolano Rufino Blanco Fombona, del mexicano Carlos Pereira, del polaco Stanislaw Pazurkievich, del norte americano Samuel Guy Inman y tantos otros de ese calibre, forjadora también de la primera *Historia de la literatura dominicana* que abarcara desde la poesía de los indios a la de nuestros días, el «Alma Mater» dijo, contestó nombrando al aludido gratuito enemigo, que en sus obritas y en sus enormes «Publícalos...» nunca me menciona, para explicar la *Historia de la literatura dominicana...*

*Esto, Inés, ello se alaba,  
No es menester alaballo...*

Consuélome con las mieles inmerecidas que en cambio me brindan corazones generosos de mi tierra, como Ustedes, los Llovet, los Cundo Amiama, Prats Ramírez, Homero Henríquez, Hoepelman, Fabio Fiallo, y muchos, muchos más, a quienes no molesta que una mujer pretenda esto: HACER, más que aquello: LUCIR y que me alientan en mis luchas, igual que las continuas recordaciones que siempre me vienen del extranjero, ya de la Argentina, ya de Chile, ya de España...

Agradezco la buena intención; pero no quiero más homenajes. Solo pido a Dios salud y trabajo al Generalísimo, para poder seguir haciendo siempre algo por mi Patria y por mi hijito, como Ustedes dicen.

De todo corazón les saluda con reconocimiento y afecto:

ABIGAÍL MEJÍA

### NOTA DE «PLUS ULTRA»

Esta carta nos la envió Abigaíl Mejía el mes pasado. Prueba es de su espíritu agradecido y siempre atento a las realidades del medio.

Con respecto a su pregunta sobre el autor del suelto la contestamos: Virgilio Hoepelman. Y con respecto a sus alusiones si acaso se refieren a un joven escritor, abogado, que conocemos, autor de variados ensayos, diremos que nos parece uno de los más estudiosos y meritorios de la juventud pensante dominicana. La verdad por encima de todo.

*Plus Ultra*, órgano de conciliación y amor, hará un homenaje a la ilustre escritora, la cual ha sido maestra de muchísimos jóvenes que ahora reciben de la Universidad el aliento de su pan cuatricenario.

(*Plus Ultra*, Revista Universitaria, 2(5): s. p., marzo 1940)

## LA CAOBA DOMINICANA EN LA HISTORIA

Cuando el gran Almirante bañó por vez primera sus ojos (alucinados en la búsqueda de tierras maravillosas, de la lejana India y del Cipango de Marco Polo), con las verdaderas y reales maravillas que encerraba el Nuevo Mundo, expresó en su «diario» de viaje algo de lo mucho y nuevo que le impresionó, y lo mismo hizo en sus cartas a los Reyes Católicos y a otras personas. De la Isla Española de Santo Domingo dejó escritas muchas ponderaciones y dice de ella que posee «montes sublimes agradables a la vista, dilatados sembrados...» bosques... Que todas estas islas estaban «llenas de mucha diversidad de hojas, porque las vi tan reverdecidas y brillantes cual suelen estar en España en el mes de mayo».

Aunque con gran entusiasmo siempre pintó estas estupendas regiones tropicales, sus prevenciones, y su obsesión por hallar oro que brindar a sus monarcas le hicieron descuidar el brindarnos más detalles de otras positivas riquezas que por aquí halló, cuales son los hermosos bosques de maderas preciosas, aptas para toda clase de construcciones, bosques cuya reina – por su belleza, fortaleza, exquisitez y perfección– bien pudieran ser nuestra caoba, la «swietenia mahogani» de los naturalistas.

Quien primero la describe con cierto entusiasmo es el Padre las Casas, siempre pronto en alabar, (cuando no exagerar), lo de la América toda. Y pondera su bondad y su perfume especial y aún otros méritos. Pero Gonzalo Fernández de Oviedo nos la describe de manera más amplia y exacta: «En esta Isla Española y otras, y en la

Tierra Firme, hay muy grandes robles naturales e como los de España, e de muy recia madera; e la hoja es así como la de los robles de Castilla. Destos y de otro árbol, que tractaré en el capítulo siguiente, se hacen los usos y exes de ruedas de los ingenios de azúcar en esta Isla, e las vigas para las prensas, que son muy luengas e gruesas e a cuatro esquinas labradas, de septenta e ochenta pies de luengo e de diez e seys en cuadro o redondo de cintura, después de labrada la viga. Que es muy grande cosa e son piezas muy hermosas de ver, por su groseza e longitud; e como tengo dicho, es muy fuerte e buena madera, e a mi ver yo la tengo por una de las más lindas que hay en el mundo; lo cual nos han enseñado agora nuevamente la silla episcopal e las otras que con ella están en el coro de la iglesia mayor de esta ciudad de Santo Domingo de la Isla Española, que son desta madera de la que se dirá en el siguiente capítulo del *Caoban*. Y, digo que a mi parecer, son sillas que en el coro de la iglesia mayor de Toledo e Sevilla metropolitanas, serían estimadas e tenidas en mucho; porque los asientos y espaldares destas sillas son deste roble y la guarnición e columnas e perfiles de *Caoban*, e labradas de escelentes esculturas, al romano, de medio relieve a queda lo ques de roble de una color más que pardo e vecina a color blanco e como plateado ques de *Caoban* muy colorado, ques como un morado que tira a la color púrpura. En fin, a mis ojos ella es rica madera e la mejor cosa que he visto para semejante edificio e para cualquier cosa, en la que quisieren poner. Pero, para labrar este roble se requiere que esté mucho tiempo cortado, etc.»

·Más adelante, en otra parte, dice de ella: «*Caoban* es un árbol de los mayores y mejores e de mejor madera e color que hay entre todos los desta Isla Española, la cual madera es asaz colorada, e hácese della muy hermosas puertas e mesas e caxas, e tablazón para lo que quieren, e muy lindas vigas, e tan gruesas como las quieran o las pide la obra».

Todo esto escribía el buen capitán Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), quien tras sus campañas por Italia y Flandes, allegose

a las Indias en carácter de funcionario, designado Alcaide en la Fortaleza de Santo Domingo hacia los años de 1535, cuando, encerrado voluntariamente en sus ratos de ocio, en la Torre del Homenaje, componía su «Historia Natural y General de las Indias y Tierra Firme de la Mar Oceana» con mucho acopio de datos, por haber residido en el país largos años. Con él nace, en verdad, la historia natural del Nuevo Mundo, pues es el primero que describe, sin alardes retóricos de ningún género, la flora, la fauna y la mineralogía de los flamantes países surgidos en la mar tenebrosa al conjuro de la firmísima fe del Almirante, secundado por los bravos Pinzones.

Trajo el Almirante en su segundo viaje, entre los que pudiéramos denominar especialistas o sea gente capaz de sacar partido de las novísimas cosas que se irían topando, al físico sevillano Diego Alvarez Chanca, a fin de que estudiase nuestra producción y cuanto pudiera ser observado con ojos científicos en tal época, – si es que puede llamarse ciencia la suya. Ello es que tal físico –, con sueldo y ración, como de escribano al servicio de la armada de las Indias, se dedicó a apuntar algunas de las que le chocaron por lo extrañas. Pondera, en diversas ocasiones, la tierra llana muy cubierta «de árboles muy espesos» y de «tanta espesura de arboleda que era maravilla, e tanta diferencia de árboles no conocidos de nadie que era para espantar, dellos con fruto, dellos con flor, ansi que todo era verde», y se entretiene en pintar algunos; pero de nuestra elogiada caoba o *Caoban* nada nos dice.

Es de suponer en nuestros indios, quienes bastantes implementos fabricaban la madera, abundante en todas partes, que usarían igualmente la caoba para todos los fines. El no hallarla más frecuentemente en nuestros tesoros arqueológicos de esa prehistórica edad no prueba nada; pues las habitaciones indígenas eran «bohíos» cuando no ya cuevas, y la humedad del suelo poco propicia a su conservación. De diversas maderas sábese que construían canoas, bastones, «duhos», (unas preciosas banquetas, con zemís grabados, muy llamativas y relucientes); flechas, macanas de dureza y resistencia

considerables, así como otras armas; instrumentos cual el llamado «baiochabao», especie de atabal con el que acompañaban sus canciones; «zemís» o idolillos de todos tamaños, hasta hechura de todo un tronco de árbol, grueso, ahuecado y labrado en superficie, y muchos objetos más, que, si no se han conservado los de caoba debió ser por la razón apuntada.

Durante la larga era colonial ¡cuán bellísimas cosas se tallaron en caoba! Ya hemos visto al principio las interesantes ponderaciones que de la silla episcopal y de las demás del coro que adornó nuestra Catedral escribió el historiador Fernández de Oviedo. Todo el coro bajo lucía magníficos tallados, en los asientos de los sacerdotes cantores. Los había mandado a construir el Arzobispo Alonso de Fuenmayor. La ignorancia de algunos otros, siglos después, – mandó destruirlos en parte, hacia 1877. Quedan, afortunadamente, colocados en el altar mayor, a ambos lados del presbiterio, hasta 23 de esos bellos sitiales en alto relieve, salvados, del polvoriento rincón donde yacían, por el ilustre Arzobispo Adolfo A. Nouel, recientemente fallecido. El trono, cuya edad data del año 1540, ostenta en relieve dos cabezas a uno y otro costado, que algunos dicen ser la de Carlos Quinto y la otra de la de su hijo, el entonces infante don Felipe, rodeados de flores y hojas enlazadas.

Hacia 1586 Sir Francis Drake, en su arrogante y devastadora invasión, se permitió quemar muchos objetos de caoba; cruces, estatuas, etc. de esa misma catedral, en donde sentó sus reales... Otros despojos, se dice que los llevó consigo.

De caoba era también un bello retablo y todo el altar mayor de la iglesia adyacente al antiguo Convento de los Jesuitas o hijos de San Ignacio de esta vieja ciudad, trabajado en estilo barroco, y que obtuvieron muy lijeramente unos extranjeros al donar un órgano para ser colocado en el coro alto de nuestra Catedral. Quizás hoy luce dicho retablo en algún museo de fuera... Felizmente, bastantes otros objetos de caoba aún nos quedan, tales, en la propia Catedral, el cuadro de la Virgen de la Antigua, que a Colón regalaron los Reyes

Católicos, según reza la leyenda, igual que la antiquísima cruz plantada como insignia en el centro del campo en donde había de erigirse la iglesia del Primado en las Américas.

Y así todos nuestros viejos templos plenos se hallan de objetos fabricados con la preciosa «swietenia mahogani». Hasta las vigas y añejas ventanas y portalones de nuestras antiguas casas son de caoba, prodigalidad increíble en otra tierras, en los que saber de tal riqueza dejaría estupefactos! En novela moderna de autor ruso y bolchevique hemos leído un capítulo ponderativo así intitulado *Caoba*, en donde avarientos mercachifles se presentan en la búsqueda ansiosa de todos los viejos muebles fabricados del rico vegetal que aquí aún se encuentran en puertas y ventanas viejas. Bien la apreciaba el ingenioso Cura de los Ingenios Antonio Sánchez de Valverde y Ocaña (1729-1790) en su afamada obrilla intitulada *Idea del valor de la Isla Española de Santo Domingo*, cuyo capítulo intitulado: «De las maderas útiles que produce la Isla» comienza, así: «En el género de las producciones vegetables y útiles ninguna más abundante en Santo Domingo que las caobas. Este es un árbol grueso, de seis y siete varas de circunferencia, casi igual desde lo alto, en que estienden sus ramas hasta el suelo, en cuya distancia tiene el tronco doce y catorce varas y a veces más. Su color veteadado de un rojo oscuro, es bien conocido y preferido por su hermosura para los muebles preciosos de las casas. Su madera es sólida; pero fácil de labrar. Son innumerables los que se crían, especialmente en una mitad de la Isla, comenzando por la parte Este. Dánse también en el resto de ella, aunque no con la misma abundancia y corpulencia. En los bosques de Azua se ha descubierto, en estos últimos años, otra especie o clase de estos mismos árboles mucho más vistosos y apreciables, para mesas cómodas, etc., porque además de recibir el mismo brillo con el beneficio de la cera, ofrece a la vista, en vez, del veteadado, unos ojos que, a corta distancia, no parecen sino pintados de propósito».

Prueba de su perdurabilidad y resistencia, en el paso de los tiempos y ante los ataques de los insectos destructores, conservamos

en le Museo Nacional alguno objetos de esta madera, entre las cuales algunas procedentes de vetustos templos cual el de San Francisco, hoy en ruinas, restos de imágenes religiosas, puertas, molduras, altares, retablos, y otras valiosas cosas, de gran estimación arqueológica, cuya edad es de centurias y que han visto tanto como nuestras viejas piedras...

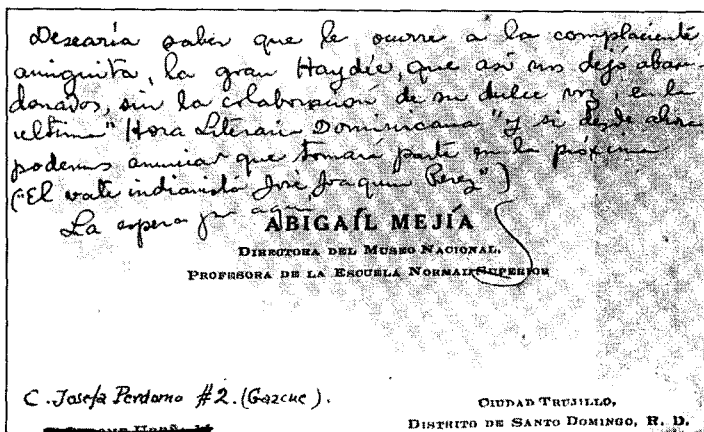
*(La Nación, 1(72): ?, 2 may., 1940)*

# ANEXO





En primer plano, tercera de izq. a der., Abigail Mejía con su hijo Abel Fernández Mejía, a su izquierda. Detrás, a la izquierda, parcialmente oculta, la Srta. Haydee Castillo Gautreaux (1909-1979).



Tarjeta personal de Abigail Mejía enviada a la Srta. Haydee Castillo Gautreaux acompañando la fotografía superior.

312 En la ciudad de Santo Domingo a los veinte y ocho días  
 del mes de Diciembre de mil ochocientos noventa y cinco.  
 Ante mí Isidoro Perez Oficial Civil de la Parroquia Cate-  
 dral al caso presente el Señor Juan Tomás Mejía y expresó  
 que el día quince del mes de Abril del año en curso dio  
 a luz su esposa la Señora Carlota Soliere una niña  
 su hija legítima a la que se le puso por nombre Ana  
 Emilia Abigail siendo sus padrinos el Señor Enrique  
 Mejía y la Señora Emilia Sanchez de Sanchez  
 de todo lo que certifico y doy fé.

313 En la ciudad de Santo Domingo a los treinta y dos días  
 del mes de Diciembre de mil ochocientos noventa  
 y cinco ante mí Isidoro Perez Oficial Civil de la

Facsímil del acta de nacimiento de Ana Emilia Abigail Mejía Solière.

(Fuente: Archivo General de la Nación).

[N. 312

En la ciudad de Santo Domingo a los veinte y ocho días  
 del mes de Diciembre de mil ochocientos noventa y cinco.  
 Ante mí Isidoro Perez Oficial Civil de la Parroquia Catedral  
 compareció el Señor Juan Tomás Mejía y expresó que el día  
 quince del mes de Abril del año en curso dio a luz su esposa  
 la Señora Carlota Soliere una niña su hija legítima a la que  
 se le puso por nombre Ana Emilia Abigail siendo sus padrinos  
 el Señor Enrique Mejía y la Señora Emilia Sanchez de  
 Sanchez de todo lo que certifico y doy fé.

Ana Emilia Abigail  
 hij legítima

Isidoro Perez]

Esta primera edición de 1,000 ejemplares  
de ABIGAIL MEJIA – OBRAS ESCOGIDAS,  
auspiciada por la Secretaría de Estado de Educación,  
Bellas Artes y Cultos,  
en cumplimiento del Decreto 87-95  
del Poder Ejecutivo,  
se terminó de imprimir  
el día 27 de diciembre de 1995  
en los talleres gráficos de  
Editora Corripio, C. por A.  
Calle A esq. Central  
Zona Industrial de Herrera  
Santo Domingo, República Dominicana

BIBLIOTECA A G N



026863

[Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page]

**BIBLIOTECA A G N**



**026863**

Hemeroteca-Biblioteca



026863

EDICIÓN CONMEMORATIVA DEL CENTENARIO  
DE ABIGAÍL MEJÍA (1895-1995)